
WIDENER
HN 7ZWJ 4



SPAN 2472.2
Harvard College Library
FROM THE
SALES FUND
Established under the will of FRANCIS SALES, Instructor in Harvard College, 1816–1854. The income is to be expended for books "in the Spanish language or for books illustrative of Spanish history and literature."



HISTORIA DE GRANADA.

HISTORIA

DE



COMPRENDIENDO LA DE SUS CUATRO PROVINCIAS

Almería, Jaen, Granada y Málaga,

DESDE REMOTOS TIEMPOS HASTA NUESTROS DIAS;

ESCRITA

Por D. Miguel Lafuente Alcántara.



GRANADA.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE SANZ,

CALLE DE LA MONTERERIA NUM. 3.

1845.



Res enim ardua est vetustis novitatem dare, novis authoritatem, obsoletis nitorem, obscuris lucem, fastiditis gratiam, dubiis fidem.

Ardua empresa es presentar con novedad cosas antiguas, dar autoridad á las modernas, interés á las pasadas, claridad á las oscuras, amenidad á las molestas, fe á las dudosas.

PLINIO EL JOVEN.

CAPÍTULO XIII.

Continuacion de la monarquía Nazérita.

Abu-Abdalá Jusef II. = Mohamad VI, Aben-Balba. = Jusef III.= Guerras con los cristianos.=Conquista de Antequera y otros sucesos.

Abu-Abdalá Jusef fué proclamado sucesor de su padre Mohamad[1]: los nobles, los alcaides, los walíes del reino acudieron al palacio de la Alhambra, tremolaron banderas, y le besaron la mano con grande aparato en el salon de Comares. El nuevo rey siguió la senda de su solícito padre, dando mayor estimacion á la gloria sólida de la paz, que á los funestos laureles de la guerra: así, no bien concluyeron las fiestas y torneos de su proclamacion, envió mensajeros al concejo de Murcia y á su adelantado Alonso Yañez Fajardo, brindándose á continuar las treguas que una política

Rey II, Abu-Abdalá Jusef, sucesor de su padre Mohamad. Año 1391 de J. C.

---

[1] Algunos autores suponen que á Mohamad V sucedió un hijo suyo del mismo nombre, y para diferenciarlos llaman á uno Mohamad el Viejo, y al otro Mohamad Guadix, porque permaneció largo tiempo en esta ciudad. La circunstancia de haber sido destronado Mohamad V y de haber recuperado su trono ha hecho creer malamente á algunos autores que en el período de su dominacion existieron ambos personajes.

conciliadora habia mantenido durante los reinados de D. Enrique II y D. Juan I [1]. Para granjearse la voluntad del rey de Castilla escribió una decorosa y elegante epístola revelando sus inclinaciones benignas é invitándole á seguir su ejemplo[2]; y por si no bastaban las exhortaciones escritas, se propuso ligarle con los vínculos de la gratitud y empeñarle con una fineza desusada. Gemian aherrojados en las mazmorras de las torres Bermejas algunos adalides de Jaen, cautivados durante la anterior administracion. Aunque el reinado de Mohamad no habia sido fecundo en desgracias, ocurrió en los dias siguientes á la muerte de D. Enrique II un formal amago de guerra, durante el cual los caballeros de la frontera juzgaron rota la tregua y cabalgaron con designio hostil. Aben-Habib, capitan de 200 ginetes árabes, sorprendió y mató en las inmediaciones de Quesada á Pedro Lopez Dávalos, alcaide de esta villa por nombramiento del concejo de Úbeda, á los caballeros Luís Fernandez de la Trapera y á Juan Sanchez de Molina, sembró el campo de cadáveres y condujo cautivos á Granada á algunos hidalgos que imploraron misericordia [3]. Tiempo habia que suspiraban estos desgraciados por recobrar su libertad; y considerando Abu-Abdalá Jusef que ningun obsequio podia ser

Sus deferencias con los cristianos.
Enero.

Anterior correría del capitan Aben--Habib.

---

[1] D. Alonso Yañez Fajardo, hijo de D. Juan, obtuvo por merced del rey Enrique III el título de adelantado de Murcia, que conservó largo tiempo la familia de los Fajardos.

[2] La carta del rey de Granada se ha publicado por Cascales (*Disc.* 9, cap. 1,) por Gonzalez Dávila (*Historia de Enr. III,* cap. 11), por el editor de las *Crónicas de los reyes de Castilla* (tom. 2, pág. 647, impr. de Sancha, año de 1780).

[3] Argote, lib. 2, cap. 86.

mas agradable á D. Enrique que el rescate de los prisioneros, los envió á la corte escoltados por el alcaide de Málaga, y con ellos un regalo de seis caballos de raza muy pura, ricamente enjaezados por los artífices mas diestros del Zacatin. El walí malagueño fué recibido con mucha benevolencia en la corte de Castilla, concertó las treguas y regresó á Granada en compañía de mensajeros cristianos, quienes las ratificaron en nombre de D. Enrique [1].

Queda la paz afianzada.

Con el buen éxito de estas negociaciones y con el carácter bondadoso de Abu-Abdalá, presagiaban los granadinos un porvenir venturoso; mas la ambicion, que se adormece en los momentos del peligro y se despierta en el seno de la paz, introdujo la discordia en el recinto mismo del palacio árabe. El rey educaba con igual cariño á sus cuatro hijos Jusef, Mohamad, Alí y Ahmad. La índole del primogénito formaba singular contraste con la de su segundo: aquel, bondadoso, discreto, dotado de blandas y afectuosas costumbres, se habia granjeado tanta popularidad, que los grandes, la plebe de Granada y hasta el mismo rey le veneraban como digno heredero de la corona: no así Mohamad, altivo, ambicioso, devorado de envidia, parecia herido de dardos envenenados cuando miraba las demostraciones y oia los vivas con que la muchedumbre agasajaba á Jusef. Ciego con sus rencores concibió el plan siniestro de destronar al padre y vengarse de su futuro sucesor: para ello atrajo á su partido á todos los alfakís intolerantes y fanáticos, los incitó

Ambicion é intrigas del príncipe Mohamad.

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 26. Gonzalez Dávila, *Histor. de Enr. III*, cap. 11.

á que prepararan la opinion del vulgo inconstante, culpando al rey por su familiaridad con los cristianos, y por sus deferencias en haber concedido gratuita libertad á los cautivos: hasta las útiles relaciones que granadinos y castellanos entablaron durante la paz con grande acrecentamiento del comercio y de la industria, fueron malignamente interpretadas como consecuencias de una política errónea, perniciosa y contraria á los dogmas prohibitivos del islamismo. Las pérfidas exhortaciones engendraron un tumulto: una turba de villanos, capitaneados por los agentes de Mohamad, osó aproximarse á las puertas de la Alhambra pidiendo con gritos y amenazas la deposicion de Abu-Abdalá Jusef. Sorprendido este, se asomó á los agimeces del palacio, y al ver los grupos de sediciosos y la fiereza con que blandian sus picas y espadas, retirose acobardado á una oscura alcoba y resolvió abdicar la corona para ceñir con ella las sienes de su culpable hijo. Hallábase á la sazon en el mismo palacio el embajador de Fez, personaje grave, respetado del pueblo granadino, no solo por la investidura de su encargo, sino tambien por la fama de su valor y de su sabiduría. Indignado el africano con la debilidad del rey que abandonaba el cetro al primer vaiven y con la audacia del hijo, animó al afligido padre, pidió un caballo, y montando con prontitud, salió á la plaza con pausado ademan y grave continente. Así que vió fijas en él les miradas de los conjurados y de los muchos curiosos que sin saberlo daban al tumulto mayor importancia, arengó á la muchedumbre, halagó á unos, vituperó á otros, y confundió con voz enérgica á los traidores. Su acento terrible pintó los horrores de la guerra civil; maldijo á los pocos ambiciosos que promueven excisiones y bandos, invocando

Conciliadora influencia del embajador de Fez.

el bien público que sacrifican á su provecho y egoismo, y remató su arenga popular diciendo: «¿Qué fué de la gloria de los Omíades, de los Al-«moravides y Aben-Hudes bajo este mismo cielo «que ahora nos cobija? Desapareció como el hu-«mo desde el dia en que la discordia armó al mús-«lime contra el múslime. ¿Por qué no esgrimís «esos aceros que ahora veo brillar en vuestras ma-«nos contra las huestes castellanas, que os acechan «desde la frontera y que sabrán enajenadas de jú-«bilo este escándalo? El creyente que se sienta «poseido de amor patrio y de celo por la causa «santa, apareje su caballo y empuñe su lanza; que «ya el rey despliega sus pendones y reune en tor-«no caballeros leales y no tardará en llevar el ter-«ror y la muerte á los campos enemigos: cuando «la fama pregone sus proezas verán los ingratos «hoy á qué príncipe tan noble y á qué caudillo «tan esforzado están ofendiendo." Las aclamaciones populares pusieron término á las palabras del embajador, quien entró sin dilacion en la Alhambra é hizo conocer á Abu-Abdalá Jusef el único modo de conjurar la tempestad. Consistia en salir desde luego á campaña, para que desfogase la impetuosidad del pueblo [1]. Convino en ello el rey, alistó 700 ginetes y 3.000 infantes, y quebrantando á pesar suyo la tregua, invadió los campos de Murcia: mieses y árboles desaparecieron con la tea incendiaria y con los golpes de la segur; los rebaños y pastores que no pudieron huir á los montes fueron apresados impunemente; y como estaban desarpecibidos los fronteros, cor-

Sale el rey violentamente á campaña. A. 1392 de J. C.

[1] Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.*, p. 3, cap. 22. Conde, p. 4, cap. 27.

rió el enemigo sin tropiezo hasta la villa de Caravaca. Habíanse refugiado los vecinos á su alto castillo, desde el cual despreciaban las intimaciones de rendirse. Irritada la soldadesca granadina saqueó y abrasó las casas que no estaban al abrigo de los tiros de la fortaleza, y amenazó con un asalto á los sitiados. Resistian estos fiados en la actividad del caballero Alonso Yañez Fajardo, del cual presumian que aunque desapercibido para la guerra, no vacilaria en acudir con presto socorro. La esperanza no era ilusoria: no tardó D. Alonso mas tiempo en cabalgar que el preciso para hacer rogativas en las iglesias y encomendarse á la Vírgen de las Huertas, imágen venerada desde remotos tiempos en el santuario de Lorca: al eco de trompetas y campanas improvisó una hueste de caballeros y peones, gente voluntaria de aquella poblacion y de Murcia, y saliendo en busca de los granadinos los halló de regreso en la altura de Nogalete. No titubeó el adelantado en atacar, aunque era excaso el número de sus soldados: los cristianos, aunque inferiores, desbarataron algunas compañías agarenas, rescataron el botin y á casi todos los cautivos, y habiendo picado la retaguardia de la hueste enemiga hasta verla replegada en la frontera, entraron en Lorca, y fueron en procesion á ofrecer los trofeos de la victoria á la Vírgen de las Huertas[1]. No bien cundió por Castilla y Aragon la noticia

Saqueo de Caravaca.

Ataque de Nogalete. Valor de D. Alonso Fajardo.

---

[1] Lopez de Ayala, *Crón. de Enr. III,* año 2, cap. 17. Barrantes Maldonado, *Crón. de Enr. III*, manuscrita, cap. 10. Gonzalez Dávila, cap. 30. El P. Morote *(Blasones de Lorca,* p. 2, lib. 3, cap. 6) ha referido la correría de los moros con detalles mas prolijos que los tres analistas del rey Doliente.

del quebrantamiento de la tregua, se levantó un clamor general contra lo granadinos: los pueblos otorgaron subsidios; la gente de armas se aprestó para la guerra; y la opinion unánime pedia venganza del traidor agravio[1]. Fué necesario toda la prudencia de Abu-Abdalá Jusef para desarmar á sus enemigos: el rey moro contestó á las comunicaciones acervas de los monarcas cristianos, revelando que le habian violentado para aquella correría; les advirtió que la invasion de que se quejaban habia sido un medio de salvar su trono y su vida, y que podia ser útil para afianzar una paz sólida; porque desfogadas ya las pasiones de la gente díscola y turbulenta y calmados los ánimos, habia recobrado fuerza con que evitar en adelante asonadas y escándalos. Satisfechos los ofendidos, renovaron sus alianzas: los pueblos volvieron con ellas á gozar de quietud y á dar impulso con seguridad á sus labores, á sus especulaciones y granjerías.

Quejas de los reyes cristianos.

Contestacion del rey moro.

No tardó el rey de Granada en hacer iguales reconvenciones. D. Martin Yañez de la Barbuda, portugués de alta nobleza, habia sido clavero de la órden de Avis en su patria, desertó de las banderas de su maestre y se pasó á las de D. Juan I de Castilla, que guerreaba contra aquel personaje sobre los derechos de sucesion al trono lusitano[2]. D. Martin atacó á la cabeza de las filas

Imprudente empresa y muerte del maestre de Alcántara.

A. 1394 de J. C. Abril.

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 27.

[2] D. Juan I de Castilla casó en segundas nupcias con la infanta D.ª Beatriz, hija de D. Fernando rey de Portugal: por fallecimiento de este monarca alegó el de Castilla derechos de sucesion á nombre de su esposa, y prendió en Toledo á su tio D. Juan, hermano del difunto, para evitar el resultado de sus pretensiones y de sus intrigas. Pero su tio

castellanas en la batalla de Aljubarrota, y en recompensa de sus servicios fué elegido maestre de Alcántara. Este caballero no sabia conciliar el valor con la prudencia: voluntarioso, iracundo, presumido y pedantesco, dió en la extravagancia de aplicarse al estudio de la astrología y de tener incesantemente á su lado como consultor á un ermitaño llamado Juan Sago, fraile de imaginacion fogosa y algo extraviada con las austeridades y los rigores del yermo. Este fanático soñó y anunció con tono de profeta, que D. Martin estaba predestinado para restaurar la gloria de la cristiandad y libertar al mundo de moros, de judíos y de todo linaje de paganos. ¡Disparate gentil á que asintió ciegamente la simplicidad del maestre! Trató este de realizar el pronóstico, y envió para ello á Granada dos escuderos con encargo de desafiar de su parte á Abu-Abdalá Jusef y de notificarle que Mahoma habia sido un impostor, y que no habia otra religion verdadera y santa sino la de Jesucristo; y que si no lo confesaban así el rey y sus alfakís y sus santones y su gran cadí, saliesen 200 moros de dura lanza contra 100 de Alcántara, ó 2.000 contra 1.000, para someter á juicio de Dios el exámen de los perniciosos errores del Corán[1]. Los emisarios tu-

---

D. Juan, otro hermano bastardo del rey D. Fernando y maestre de Avis, sostuvo la guerra contra Castilla y disimuló con sagacidad sus planes ambiciosos hasta que logró ser proclamado rey en Coimbra: con esta investidura salió á campaña y venció á los castellanos en Aljubarrota. D. Martin Yañez de la Barbuda abandonó las quinas portuguesas y peleó en favor de D. Juan de Castilla.

[1] Lopez de Ayala, *Crón. de Enr. III,* año 4, cap. 8. Barrantes Maldonado, manuscrito cit., cap. 19. Gil Gonz. Dáv., cap. 45.

vieron la audacia de presentarse en la corte enemiga y de comunicar tan imprudente y grosero mensaje, y como era de esperar, fueron apedreados por calles y plazas y últimamente presos por disposicion de las autoridades que les veian amenazados del furor de la plebe. Irritado D. Martin con el mal éxito de su embajada, convocó á los caballeros de Alcántara y alistó, por instigaciones del ermitaño Sago, á una multitud de aventureros allegadizos, pertrechados de malas armas, faltos de disciplina y mas rapaces que valientes. El rey D. Enrique y sus ministros trataron de evitar la inoportuna expedicion, y despacharon órdenes para contener al maestre. Vana diligencia; los mandatos fueron desatendidos, y no hubo medio de estorbar que los 300 lanceros y 1.000 peones reunidos en Alcántara saliesen para Córdoba, ni que el fraile dejase de predicar por los pueblos del camino, ni que abajase D. Martin una cruz y una bandera que llevaba enarbolada con grande aparato como pendon de cruzada[1]. Las autoridades de Córdoba quisieron hacer cumplir á mano armada las órdenes del rey, y colocaron guardias en el puente para estorbar el paso del Guadalquivir. Mas no bien se hubo enterado D. Martin de estas prevenciones, comenzó á dar voces y á alarmar al pueblo: el ermitaño atizó el fuego con sus exhortaciones furi-

---

[1] « Iba camino de Cordova con 300 lanzas e 1000 omes de pie, e levaba una cruz alta en una vara e su pendon cerca de la cruz, e cuando vio las cartas del rey dijo que obedecia las cartas del rey como de su señor; empero que este fecho era sobre la fe e que le seria gran deshonrra tornar la cruz atras, e no levar adelante lo que habia comenzado.'' Lopez de Ayala, *Crón. de Enr. III,* año 4, cap. 9.

bundas, y tan arrebatados peroraron ambos, que tuvieron que ceder las autoridades y dejar que aquellos ilusos siguiesen su camino de perdicion. Tampoco bastaron la intervencion ni los consejos de D. Alfonso Fernandez de Córdoba, señor de Aguilar, ni los de su hermano D. Diego, mariscal de Castilla: salieron estos dos caballeros al camino de Alcalá la Real, para hacer presente á D. Martin que no era lícito quebrantar la tregua con el rey de Granada; que la impremeditada empresa iba á reproducir todos los males de la guerra; que su hueste era despreciable para resistir una sola embestida de los escuadrones granadinos, diestros en guerrear y muy disciplinados; y para arredrarle, trajeron á la memoria la desastrada muerte de los infantes D. Pedro y D. Juan en sierra Elvira, por haberse empeñado en semejante temeridad. Cuando esperaban aquellos sensatos caballeros que el maestre atendiese á sus razones, escucharon su respuesta hiperbólica y arrogante: «Agradezco, dijo, vuestros consejos; «pero nunca desisto de lo que una vez he resuel-«to, y lo que es ahora no he de volver hasta di-«visar la puerta de Elvira y clavar en ella mi lan-«za: fiado en Dios y en su santa pasion he de ha-«cer un escarmiento en los moros renegados de la «fe[1]." Sin escuchar la voz de la razon siguió el maestre su camino, pasó por Alcalá la Real, y durmió con su hueste en 25 de abril á las márgenes del rio Azores. Á la mañana siguiente pa-
26 de abril. só el límite de la frontera y atacó á la torre de Egea, que era el mas cercano castillo. Defendié-

[1] Perez de Ayala, año 4, cap. 10. Barrantes Maldonado, manuscrito cit., cap. 19. Gonzalez Dávila, cap. 45.

ronse los moros, hirieron en la mano al maestre y mataron tres escuderos al lado suyo. Comenzose ya á dudar del agüero del fraile, el cual habia asegurado que todos los cristianos escaparian ilesos en la campaña; mas el santon se sostuvo en lo dicho, explicando que su prediccion versaba sobre batallas campales y no sobre el asalto de los muros. Viendo el maestre que sin otros aparatos no era posible rendir aquella fortaleza aislada, mandó que la gente se retirase á tomar alimento y á preparar leña para incendiar la puerta. Divididos en corros restauraban sus fuerzas con frugal racion los caballeros de Alcántara, cuando se divisó á lo lejos espesa nube de polvo y se oyó un pavoroso estruendo de trompetas y atabales: á su compás marcial avanzaba la flor de la caballería granadina y el rey al frente. El maestre cabalgó al punto, alineó sus peones y colocó en los extremos á la caballería. Los moros avanzaron lentamente; mas al llegar á tiro de ballesta cargaron á escape, arrollaron y acuchillaron á los flacos peones, envolvieron á las 300 lanzas de Alcántara, y sin dejar caballero á vida cautivaron 1.200 soldados. El maestre y su ermitaño fenecieron alanceados. Los capitanes moros recogieron á instancias de D. Alonso Fernandez de Córdoba el cuerpo de aquel caballero, le hicieron honores fúnebres y permitieron que fuese trasladado á su convento. Sobre el husillo de su sepultura fué gravado un pomposo epitafio, que Carlos V leyó con la risa en los labios y comentó luego con agudeza[1]. La corte de Granada en-

Desastre de los cristianos.

Sepultura del maestre

[1] El rey de Granada permitió á instancia de D. Alonso Fernandez de Córboba que el cadáver del maestre fuese

vió mensajeros al rey de Castilla quejándose de la infraccion de la tregua: el rey D. Enrique III contestó satisfactoriamente, demostrando que el maestre habia obrado contra las reiteradas órdenes de su consejo, y que con su muerte, con la de sus caballeros y adalides quedaba purgado suficientemente el comun desacato. La correría que Jusef emprendió comprometido por la gente turbulenta y díscola de Granada y el malhadado encuentro provocado por el personaje portugués, fueron los únicos accidentes que turbaron por breves dias la fraternal alianza de Abu-Abdalá Jusef y D. Enrique III. Ambos proporcionaron á sus pueblos los beneficios de la paz, y las felicidades de sus gobiernos habrian continuado sin la prematura muerte del rey granadino.

Reconvenciones.

Mantenia éste relaciones estrechas con Abu-Amer Zelim, califa de Fez, y en calidad de amigo aceptó paños de púrpura, armas de temple delicado, varios turbantes y caballos. Recomendaba Abu-Amer entre estos presentes una aljuba de seda y oro: vistióla el granadino para cabalgar, paseó largo rato, y al desmontarse sintió agudos

Muerte de Abu-Abdalá Jusef. A. 1396 de J. C.

---

traslado á la iglesia mayor de Santa Maria de Alcántara, donde fué sepultado con el epitafio siguiente: «Aqui yace aquel en cuyo corazon nunca pavor tuvo entrada, el maestre D. Frey Martin Yañez.'' Esta arrogancia dió motivo á aquella observacion irónica de Carlos V: «Estoy seguro que ese buen hidalgo no tuvo ocasion de apagar un pabilo con los dedos.'' En los *Viajes de D. Pedro de Portugal por las siete partidas del mundo*, libro insípido y relleno de fábulas, se dice que un hijo de D. Martin llegó á ser soldan de Babilonia. Véanse Rades (*Crón. de Alcántara*, cap. 30), Salazar de Mendoza (*Oríg. de las Dignid. seg. de Cast. y Leon*, lib. 2, cap. 15) y Barrantes Maldonado (*Crón.* manuscrita cit., cap. 19), los cuales hacen referencia de esta sospechosa tradiccion.

dolores, vértigos y todos los síntomas de envenenamiento. Los físicos pronosticaron tristemente: la dolencia fué agravándose hasta el punto de convertirse en lepra, de ulcerar el cuerpo, de consumirle como una momia, y de terminar los padecimientos al cabo de treinta dias. Fueron diversas las opiniones sobre el orígen de la enfermedad. El vulgo, inclinado á zaherir á los poderosos, atribuyó la muerte al sutil veneno con que vino impregnada la aljuba de regalo, y aun sospechó que el infante Mohamad era cómplice en el crímen; voz mas fidedigna rechazó como calumniosa esta presuncion, y aseguró que el rey, aquejado de lenta y antigua dolencia, se habia acelerado la muerte, contrayendo con sus corridas á caballo un pasmo y una agudísima irritacion[1]. El cadáver fué sepultado con gran pompa en Generalife, al lado de los de su padre y abuelo.

Duodécimo rey, Mohamad VI: prende á su hermano.

Mientras el infante Jusef daba señales de dolor profundo por la pérdida de su buen padre, Mohamad agitaba á la gente turbulenta de la corte y se sentaba sin rival en el trono. Recelando que la presencia de su bondadoso hermano desarmase á los revolucionarios, le sorprendió en su habitacion privada, y aun cuando le vió afligido y ajeno de cortesanas intrigas, no vaciló en

---

[1] «El veneno ó ponzoña con que la ropa venia inficionada era tan eficaz, que luego que Jusef la vistió se hirió de tal suerte, que dentro de treinta dias espiró atormentado de gravísimos dolores, cayéndosele á pedazos la carne.'' Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.* p. 3, cap. 22. Conde deja en duda la causa ocasional de la muerte del rey: p. 4, cap. 27. Mármol conviene con la generalidad de los analistas cristianos en que la ropa de regalo venia envenenada. *Descrip. de Afr.* lib. 2, cap. 38.

Le manda conducir preso á Salobreña.

enviarle preso con grande escolta á la fortaleza de Salobreña. Este alcázar servia de antiguo para retiro de los reyes de Granada, para depósito de sus tesoros y para prision de altos personajes: por esto allí fué enviado Jusef con su esposa y servidumbre. No fué tan duro Mohamad que condenase á su inofensivo hermano á una prision estrecha y sombría. Le permitió pasear por todo aquel valle, el mas hermoso y fértil de toda la costa. En el castillo, construido sobre una colina al borde mismo del mar, descollaba un palacio con ajimeces á todos vientos. Desde los salones del sur se descubrian el Mediterráneo en toda su anchura y la vela de los navíos deslizados sobre las olas; las brisas suaves trasmitian á veces el canto de los pescadores y la voz de mando de los marinos, y á veces escuchábase entre el rugido de la tempestad la triste voz de los náufragos. Eran tan deleitosos estos pensiles [1], que los poetas árabes los comparaban con el Eden. Mohamad quiso adormecer á su hermano en este paraiso y hacerle gustar todos los halagos de la vida, menos la libertad. El antojo del cautivo se satisfacia sin restriccion: su mesa era un prolongado banquete; turbas de juglares residian en aquellas inmediaciones para disipar su melancolía; resonaban músicas á todas horas, y coros de odaliscas giraban con graciosas danzas á medida de su deseo. La docilidad de Jusef mitigó la aspereza de un hermano insensible á la dulzura de los sentimientos domésticos y capaz de dar órdenes de muerte al mas leve amago de resistencia. El heredero del trono, resignado á su condicion

---

[1] Al Kattib en Casiri, tomo 2, pág 253.

adversa, desarmó al usurpador y consiguió hacer menos acerba la desgracia viviendo en aquella encantada mansion al lado de su esposa y de algunos esclavos fieles[1].

Mohamad ocultaba un alma pérfida y traidora bajo la máscara de una fisonomía interesante y de unos modales estudiados. El pueblo de Granada y la corte de Castilla no tardaron en conocer á fondo su índole falaz. Recelaba el nuevo rey que el justo D. Enrique desaprobase su elevacion violenta y que favoreciendo á los partidarios de Jusef hiciera vacilar su usurpado trono; y temia por otra parte hacer ostensible su alianza con los cristianos, por haber sido su oposicion á ella el principal resorte de la intriga. Para salvar su compromiso convocó á los oficiales de su guardia, les previno que se aprestasen para la campaña, hizo grandes preparativos de guerra, y salió al frente de sus tropas con direccion á la frontera de Jaen. A la primera jornada diseminó sus huestes, quedó con la sola compaña de 25 caballos, y escoltado por estos se disfrazó, tomó el camino de Toledo, fingiéndose por los pueblos del tránsito embajador granadino, y se presentó á las puertas del alcázar. D. Enrique recibió al incógnito personaje con las finas y benévolas demostraciones usadas entre príncipes y caballeros, le alojó en sus mejores estancias, y entre convites y saraos ratificó las paces. Mohamad regresó á Granada, y para justificarse con el rey de Fez, á quien su embajador habia trasmitido con fidelidad todo lo ocurrido, escribió notas muy expre-

Carácter de Mohamad.

Visita al rey de Castilla.

A. 1397 de J. C.

Quiere captarse la voluntad del rey de Fez.

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 27. Pedraza, *Hist. Ecca. de Gran.*, p. 3, cap. 22.

sivas, diciendo que ocupaba el solio á pesar suyo y solo por condescender con la irresistible voluntad del pueblo[1].

Infraccion de la tregua

La paz conseguida con el artificio y prolongada con la mentira es frágil, como edificio cimentado en endeble arena. Mohamad no pudo encubrir en Granada su dolosa política, ni refrenar á la faccion turbulenta que le habia ensalzado como representante de ideas exaltadas y belicosas. Sin haber espirado la tregua y sin previo aviso á la corte cristiana, predicaron cruzada los santones del reino: el sonido de los atabales turbó el sosiego de sus laboriosos habitantes, y las banderas de guerra ondearon en las altas almenas de la puerta Monaita y de la Alhambra. Cuatro mil caballos y veinte y cinco mil peones desfilaron por la puerta de Elvira, rompieron por el reino de Jaen y atacaron á la villa de Quesada. Su alcaide Lope García de Peñuela, aunque desapercibido, se resistió heróicamente en el castillo con un puñado de hidalgos y provocó la venganza de la soldadesca que abrasó los arrabales y granjas de aquella poblacion[2]. Otra hueste se apoderó de Ayamonte, fuerte castillo inmediato á Olvera[3].

Correrías y sorpresas. A. 1406 de J. C. 6 de octubre.

Circuló con la rapidez del rayo por toda Andalucía la noticia de la invasion traidora. Los fronteros de Úbeda D. Pedro Manrique y Diaz Sanchez de Benavides recibieron el aviso en el momento mismo en que las campanas tocaban á los maitines de la tarde, interrumpieron el rezo, ciñeron

---

[1] Mohamad VI es llamado tambien Aben-Balba por algunos cronistas.

[2] Argote, libro 2, cap. 158.

[3] El P. Mariana (lib. 10, cap. 13), á quien han seguido ciegamente en la narracion del suceso que nos ocupa otros

sus espadas, y despacharon un correo á los caballeros de Baeza Martin Sanchez de Rojas, al mariscal Juan de Herrera, á Alonso Dávalos, sobrino del condestable de Castilla, y á Garci Alvarez Osorio para que estubiesen prevenidos y velasen sobre las armas. Tuvieron á mengua estos hidalgos permanecer dentro de las murallas habiendo moros en campaña, y contestaron á los de Úbeda que saliesen con toda la gente disponible para reunirse y provocar al enemigo en campo raso. Ningun caballero excusó la invitacion. El alguacil mayor Pedro Ruiz de los Cobos paseó las calles con pendon enarbolado, allegó gente voluntaria y se juntó con la de Baeza en las márgenes del Guadiaro. Los caballeros de esta ciudad y algunos de Úbeda, entre los cuales iba Pedro Ruiz con el estandarte, se adelantaron animosos, y sin esperar á la retaguardia embistieron á los escuadrones granadinos: revolvieron estos furiosos y abrumaron con su número aquel puñado de valientes, admirando su heroismo; ninguno dejó de herir y de pelear hasta caer exánime. No tardaron en saber el desastre D. Pedro Manrique y Diaz Sanchez de Benavides, y enardecidos y ciegos corrieron á vengar á sus

---

escritores, supone que la villa de Ayamonte sorprendida por los moros, estaba «puesta en la boca del rio Guadiana, por la parte que desagua en el mar.'' Es una equivocacion, tanto mas grave cuanto que basta echar una ojeada sobre el mapa para conocer las dificultades y tropiezos con que habian de luchar los moros y la alarma que su aparicion habiá de producir en todo el reino de Sevilla, antes de acercarse á la raya de Portugal y de sorprender una villa importante. Ayamonte era un castillo fronterizo hácia la Serranía de Ronda, no lejos de Olvera, cuyas ruinas eran notables en tiempo de Ortiz Zúñiga. *Anal. de Sev.*, lib. 10, año 1407.

compañeros ó á imitarlos en su gloriosa muerte: unidos y alineados 500 lanceros y 200 peones arremetieron á la division agarena, formada con ánimo de resistir en la pendiente de una colina que llaman de los Collejares. Una descarga de flechas diezmó á la caballería cristiana: Diaz Sanchez cayó herido, pero D. Pedro Manrique y los decididos voluntarios desalojaron al enemigo de su posicion, dejaron tendidos en el campo algunos centenares de moros é hicieron á los restantes buscar abrigo en los alcázares de la frontera[1].

Batalla de los Collejares.

Operaciones de guerra en la frontera de Murcia. A. 1406 de J. C. Diciembre.

Hácia levante ocurrian al propio tiempo escaramuzas, desafíos, talas y cautiverios. Hernan García de Herrera, capitan mayor de aquel distrito y mariscal de Castilla, supo por el espía de Lorca Jaime Blanco, que Reduan, uno de los mas afamados capitanes de Granada, ocupaba á Vera con 12.000 peones y 1.500 caballos, y que otro caudillo quedaba en Orce con una division igualmente respetable. Este alarde de fuerza, que era un verdadero amago, puso en conmocion á los hidalgos de Murcia y Lorca, dispuestos á cual-

[1] Argote, lib. 2, cap. 159 y sig. En el *Memorial de la casa de Benavides*, pág. 148, se deshace la equivocacion de algunos autores creidos que Diaz Sanchez de Benavides, de quien descienden altos personajes de Castilla, murió en la batalla de los Collejares. Si bien el noble caballero otorgó testamento en Ubeda, domingo 17 de octubre de 1406, por hallarse gravemente herido, sanó luego y sirvió al rey en graves destinos, y particularmente en la embajada extraordinaria á Portugal en compañía del obispo de Mondoñedo, año 1412, para arreglar los asuntos con el maestre de Avis: murió desempeñando su comision en Lisboa, el dia 19 de febrero de 1413. Los ilustres genealogistas Argote de Molina y Alonso Lopez de Haro, han incurrido en equivocaciones de mucho bulto al hablar de Diaz Sanchez de Benavides el de los Collejares.

quiera hora para blandir sus lanzas contra los infieles. El mariscal salió con su hueste á explorar el campo y avanzó hasta Pulpi: Reduan, que se proponia estar á la defensiva para facilitar la excursion por Jaen, diseminó sus fuerzas en destacamentos que amparasen á los pueblos de la frontera, y permaneció en Vera con 300 ginetes y 1.000 peones. Hernan García presentose á la vista de esta plaza, apercibió sus tropas, tocó timbales y trompetas á vista de los torreones coronados de moros, y desafió con altas voces á la caballería granadina para que saliese á cruzar lanzas con la cristiana. Reduan refrenó á sus soldados, y vió impasible el destrozo de algunas huertas y jardines que hermoseaban aquella árida campiña. Formaron entonces los cristianos tres divisiones, siguiendo las tres banderas de Lorca, de Murcia y del mariscal, asaltaron á las tres puertas de la ciudad sin la necesaria prevencion de herramientas y escalas, y rechazados con bastante pérdida se retiraron abrasando arrabales y caseríos. Entretenidos en este estrago supieron que el alcaide de Baza Alí-Ben-Muza, se habia alojado en Surgena con 2.000 peones y 500 lanceros, y que reunia los destacamentos y el paisanaje de Huercal, Arboleas, Albox y Cantoria, para tomar la retaguardia y entrar á sangre y fuego por el reino de Murcia. Corrió el mariscal con su division á evitar la entrada, tomó posicion en el campo de Vallebona y aguardó allí á las banderas de Lorca y Murcia. No tardó Alí en presentarse y en atacar con denuedo: la infantería cristiana, firme como una roca, resistió varias embestidas, y dió tiempo á que maniobraran las lanzas de Lorca con el feliz resultado de herir de muerte al alcaide moro. Sus lugartenientes, desalentados, se replegaron á unos olivares junto Surgena, y

allí tomaron respiro y abrigada posicion. El mariscal y sus compañeros, viendo que era aquí peligroso el ataque, se retiraron satisfechos á Lorca para cubrir los límites de la frontera y estar á la mira de Reduan[1].

Alarma general.

El rompimiento de las treguas, y las duras represalias ejercidas en breves dias, sembraron la alarma en Castilla y Granada: no habia en el dilatado círculo de la frontera plebeyo, hidalgo, escudero ni caballero que no preparase sus armas y arneses para la campaña. Redobláronse las rondas y espías, recompusiéronse las atalayas y torres telegráficas, y los alcaides salian cada noche con buenas escoltas á explorar su término.

Historia de los amores y muerte de Macías en Jaen.

Por este tiempo, cuando los ánimos estaban vivamente preocupados con tales prevenciones, ocurrió en Jaen una desventura de aquellas que se trasmiten de siglo en siglo é inspiran siempre lástima, sin que el tiempo mitigue la compasion que despertaron en su época. Fueron los amores y muerte de Macías, historia repetida entonces con indignacion y pena entre sus compañeros de armas durante las vigilias en acecho del moro, interpretada con mordacidad por las dueñas, severas comunmente en asuntos de amores, escu-

---

[1] Gonz. Dáv., cap. 82. Argote, lib. 2, cap. 148. Bleda, *Corónica de los moros*, lib. 4, cap. 41. Morote, *Blasones de Lorca*, p. 2, lib. 3, cap. 8. Hay alguna diversidad en los cronistas sobre el mes de esta campaña: unos la refieren en los últimos dias del reinado de D. Enrique, cuya opinion seguimos con el erudito y fidelísimo Cascales; otros, en los dias primeros del reinado de D. Juan II. La circunstancia de haber fallecido D. Enrique á fines de diciembre de 1406, cabalmente cuando estaba mas viva la guerra, hizo que la noticia de la victoria de los murcianos llegase á Castilla y se celebrase reinando ya el menor D. Juan.

chada con avidez y quizá con daño por tímidas doncellas, y por último aprovechada para argumento de canciones populares, de tiernas elegías, de tristes y apasionados dramas. D. Enrique de Aragon, mas conocido por el título de D. Enrique de Villena, célebre por su aficion á las letras y por las amarguras que le acarrearon un vulgo bárbaro, que le acusaba de brujo y de corresponsal de los espíritus del infierno[1], y una nobleza turbulenta que le disputaba sus dignidades y sus riquezas, era maestre de Calatrava, y recibió de escudero á Macías, jóven hidalgo de la villa del Padron en Galicia, gentil, sensible y dulcísimo poeta. Apenas entró el doncel en casa del maestre quedó ciegamente enamorado de la hermosura y discrecion de una doncella que se hallaba al servicio del mismo señor: merecieron

---

[1] D. Enrique fué hijo de D. Pedro de Aragon y tercer nieto del rey D. Jaime: su madre fué D.ª Juana de Castilla, hija bastarda de D. Enrique II. Desde niño logró familiarizarse con la poesía, la historia, las matemáticas, la física y la astrología, muy cultivada en su siglo. Obtuvo el maestrazgo de Calatrava, para lo cual se divorció de su esposa D.ª Maria Albornoz á quien amaba mucho y con la cual no cesó de tener correspondencia; mas despojado luego de su alta dignidad y de su marquesado de Villena, empobrecido y deshonrado, volvió á unirse con ella.

Segun Zurita la biblioteca de D. Enrique era la mas rica de España. La idea frívola de que su dueño era hechicero y y de que sus libros tenian influencias malignas, hizo á D. Juan II encomendar al obispo de Segovia Fr. Lope Barrientos el exámen de todos los volúmenes, y por dictámen de este prelado fué quemada la mayor parte de ellos. El rey se arrepintió luego de haber accedido á la opinion del obispo, de quien decia el picaresco bachiller de Cibdad Real, que «no los vió él mas que el rey de Marruecos": epist. 66. Juan de Mena, y D. Iñigo Lopez de Mendoza, marqués de Santillana, vindicaron en aquel mismo siglo al ilustre D. Enrique de las acusaciones frívolas y malignas con que la barbarie y el fana-

estos amores fina correspondencia, y prosiguieron tan misteriosos que nadie concibió sospechas, y el maestre propuso á la jóven apasionada su casamiento con un hidalgo de Porcuna. La sin ventura se opuso en vano á este enlace odioso con lágrimas, con excusas, con sentidas quejas. D. Enriqne la reprendió con aspereza y la hizo pronunciar ante las aras un sí que desmentian sus sollozos y su no disimulada melancolía. No se hubiera consumado esta violencia á estar Macías en Jaen; pero ocupado en la guerra contra los granadinos, nada supo hasta que las cartas de su dulce amiga le revelaron el mandato tiránico del maestre y la boda sacrílega. La pasion de Macías llegó al mas alto grado de vehemencia: la idea de haber aprovechado su ausencia para arrebatarle la prenda de sus amores, le desconsolaba y abatia: la reflexion de que otro hombre llamaba esposa á la que el cielo le habia destinado, le atormentaba como horrible ensueño. El doncel amante recibió nuevas cartas y avivó mas y mas el fuego que ardia en su pecho al

---

tismo pretendieron mancillar su gloria. Fernan Perez de Guzman (*Gen. y Semb.* cap. 8) hace la siguiente pintura del mismo príncipe: «Fué pequeño de cuerpo, é grueso, el rostro blanco é colorado, fué muy sotil en la poesía é oradores, é gran historiador, é muy copioso é mezclado en diversas ciencias: sabia hablar en muchas lenguas; comia mucho, y era muy inclinado al amor de las mujeres.'' Las obras de D. Enrique conocidas hoy, son: 1.º *Los trabajos de Hércules:* 2.º *De rebus Philosophicis et Moralibus:* 3.º *De la Gaya Ciencia, ó Arte de Trobar:* 4.º *Del Arte de cortar el cuchillo:* 5.º *La traduccion de la Eneida, hecha por complacer al infante D. Juan, rey de Navarra, que no sabia latin:* 6.º *La traduccion de la Divina Comedia del Dante:* 7.º *La Retórica de Tulio.*

En el *Cancionero general,* impreso en Amberes año 1573,

leer en caracteres regados con lágrimas, que reinaba y reinaria siempre en el corazon de la mujer á quien habia consagrado su cariño. Frenético, devorado de pesar incesante, juraba unas veces arrancarla de los brazos del hidalgo aborrecible, matarle si necesario fuese, huir con ella á la frontera, contar sus cuitas é implorar hospitalidad á algun caballero moro; ideaba otras, deshacer las bodas. Estas ilusiones le halagaban por algunos momentos; pero luego reconocia la realidad de su infortunio y que sus planes eran las quimeras que forja el amor contrariado.

Llegó el momento en que el pueblo de Jaen salió á recibir con palmas á la hueste aguerrida. Macías apareció á los ojos de su amada ostentando el laurel de la victoria, gallardo con su armadura empañada por el polvo de la batalla, y

---

se inserta una composicion del marqués de Santillana hecha á la muerte de D. Enrique de Villena: entre otras coplas merecen citarse las dos siguientes:

Hendiendo la cumbre yo fue discerniendo
unas ricas andas y lecho guarnido
de hilos de Arabia labrado é tejido
y nueve doncellas en torno plañendo,
los cabellos sueltos, las haces rompiendo,
así como hijas de padre muy caro,
diciendo: «Cuitadas, ya nuestro reparo
del todo á pedazos va desfalleciendo.''
....
Sabida la muerte de aquel muy amado
mayor de los sabios del tiempo presente,
de dolor pungido lloré tristemente
y maldije á Atropos con furia indignado,
y la su crueza que no cata vado,
ni cura de sabio mas que de prudente,
y hace al menguado igual del potente
cortando la tela que Cloto ha hilado.
(*Fol.* 36 *y* 39).

pálido aunque no con heridas abiertas por la cimitarra del infiel. El bizarro adalid sirvió de nuevo en casa del maestre y avivó sus amores, que, si no hallan disculpa ante las restricciones rígidas del deber, fueron inevitable resultado de haber infringido el mas santo de todos, los que aconsejaron y consintieron la criminal violencia. El imprudente marido descubrió la pasion de Macías y de su esposa, y cobarde y débil no osó presentarse armado cara á cara con el doncel é incurrió en la flaqueza vergonzosa de acusarle ante el maestre. D. Enrique llamó á Macías, le reprendió severamente y le amenazó con un castigo ejemplar si no olvidaba para siempre á la mujer del hidalgo ofendido. Sin duda no habia aprendido el maestre con sus lucubraciones prolijas, que el amor crece cuando halla obstáculos: la aficion de ambos amantes tomó mayor intensidad y la del mancebo degeneró en una especie de idolatría que le transportaba ensalzando á su señora y dando publicidad á sus amores. D. Enrique quiso evitar este escándalo, y no pudiendo reprimir con blandas amonestaciones al jóven impetuoso, mandó prenderle. Macías fué conducido al castillo de Arjonilla, lugar de la órden á cinco leguas de Jaen; y allí, en las sombrías bóvedas del torreon, lamentaba su desventura y componia en elogio de su amada epístolas y trovas, que recitaba á los pasajeros y cantaba á veces en el silencio de la noche. La correspondencia y los versos escritos llegaron á manos del marido, el cual sañudo y despechado se armó de adarga y lanza, montó á caballo y comenzó á rondar junto al calabozo. Prorumpió Macías en sus canciones acostumbradas asomado á la ventana de su prision, y en aquel punto el hidalgo que le acechaba le disparó un ve-

nablo tan certero, que el triste amante cayó atravesado de parte á parte, y exhaló con el último suspiro el postrer á Dios á su querida. El asesino logró con la ligereza de su caballo sustraerse de la venganza de los amigos y compañeros de Macías, se internó á escape en la frontera y se puso al servicio del rey de Granada. El cadáver, conducido en hombros de los caballeros y escuderos de la comarca, quedó sepultado en la iglesia de Sta. Catalina del mismo castillo. La traidora lanza fué colocada sobre su tumba modesta, y uno de sus amigos, trovador tambien, compuso el epitafio siguiente:

Aquesta lanza sin falla
¡Ay coitado!
Non me la dieron del muro
Nin la prise yo en batalla;
Mal pecado.
Mas viniendo á tí seguro
Amor falso é perjuro
Me firió; é sin tardanza
Fué tal la mi andanza
Sin venturo.

La historia no ha trasmitido el nombre ni la suerte de la desventurada jóven. Muchos poetas se han ensayado felizmente celebrando con entusiasmo la exquisita sensibilidad de Macías, su constancia, sus trovas, y recordando con dolor su alevosa y temprana muerte[1].

Turbaciones en Ubeda.

No bien concluyeron las exequias de Macías, sus amigos y compañeros marcharon hácia Ube-

[1] Macías tiene un lugar eminente entre los poetas creadores del Parnaso Español. El marqués de Santillana, en la célebre *Carta al condestable de Portugal,* cita al « gran enamorado Macías, del cual no se fallan sino cuatro canciones;

da, no con objeto de batir al moro, sino á poner término á los escándalos con que los hidalgos de esta ciudad entorpecian las operaciones militares. La familia de los Traperas, enemistada con la de los Arandas á quienes favorecia el condestable de Castilla, atacó á los individuos de ésta en las calles, y los persiguió de muerte con tal ferocidad que los obligó á ceder sus hogares y haciendas y á buscar un asilo en Bezmar, Jimena y Jódar, villas propias de su protector. Los Arandas, reunidos en la velada de S. Juan, salieron á las márgenes del Guadalquivir, junto á los molinos inmediatos á la puente vieja, y provocaron á sus rivales: estos salieron furiosos y acuchillaron á casi todos sus contrarios. El condestable, cerciorado de esta funesta enemistad, alejó á los Arandas y los trasladó á Alcalá la Real. Los vencedores, engreidos con su triunfo, monopolizaban la administracion de los fondos públicos y se convirtieron en tiranos de Úbeda. Diego Hernandez de

---

pero ciertamente amorosas é de muy fermosas sentencias.'' Argote, que dedica el cap. 148 del lib. 2 de la *Nobleza á la Historia de Macías el enamorado,* inserta la de

Cativo de minha tristura
ja todos prenden espanto,
é preguntan ¿qué ventura
foy que me atormenta tanto?

En los códices del Escorial y en el *Cancionero de Baena* se hallan las otras composiciones del apasionado poeta. Juan de Mena (*Laber.,* cap. 105 al 108), Rodrigo Cota (á quien se atribuye un *Diálogo entre el amor y un viejo),* una poesía inserta en el *Cancionero del marqués de Santillana* y Gregorio Silvestre (en sus *Rimas)* citan á Macías como á un jóven digno de compasion por su malogrado genio y la infelicidad de sus amores.

Los poetas contemporáneos y amigos suyos casi le divi-

Molina se opuso á la dominacion odiosa, armó gente y trabó nueva lid en las calles. El adelantado de Andalucía Perafan de Rivera acudió con tropas á sofocar estas turbulencias, é impuso pena de muerte á los hidalgos que se hallasen reunidos en número de cuatro; mas vió burlado su decreto por la astucia de los Traperas, que fundaron una cofradía para juntarse con este pretexto en la iglesia de S. Pablo. Aquel caballero, que entendió el ardid, sorprendió á los congregados, hizo perecer en un cadalso al instigador principal, mandó que el apellido de Trapera quedase abolido para siempre en la comarca, trocándolo por el de Alcázar, que aun conservan los de aquel linaje, repuso á los Arandas en la posesion de sus haciendas y reprimió con estos actos de severidad el sangriento desórden[1].

Indocilidad y castigo de algunos hidalgos.

---

nizaron como á un mártir de amor. El comendador Stúñiga, explicando á unas damas los pesares que le aquejaban, empieza diciendo:

Los años y meses, semanas y dias
las horas, momentos y muy chicos puntos
yo hallo conmigo trabajos tan juntos,
que hago ventajas al santo Macías.
(*Cancion. Gen.*, fol. 321.)

Garci Sanchez de Badajoz, en sus *Liciones de Job, apropiadas á sus pasiones de Amor*, fol. 161, y en su *Infierno de Amor*, fol. 165, y Juan Rodriguez del Padron, paisano de Macías, en los *Siete Gozos de Amor*, copla final, fol. 122, celebraron tambien la memoria del infortunado doncel.

Los poetas dramáticos han aprovechado la misma historia para argumento de sus obras. Á tres ingenios del siglo XVII debemos una composicion de mérito escaso, titulada: *El español mas amante y desgraciado Macías*; y al del desventurado D. Mariano José de Larra, otro sobre el mismo asunto.

[1] Argote, lib. 2, cap. 156.

Muere D. Enrique de Castilla. Situacion de este reino. A. 1407 de J. C. 25 de diciembre.

Considerables refuerzos se aprestaban en Castilla con acuerdo de las cortes para reponer las guarniciones de la frontera granadina y tomar la ofensiva contra el moro; pero la muerte de D. Enrique y el horrible motin de Toledo, dieron treguas á la venganza. El populacho, enfurecido con la creencia de que el rey Doliente habia muerto envenenado, arrastró y descuartizó al médico de cámara D. Mair el Judío, y ocupó á los personajes mas graves del estado en contener el tumulto[1]. La reina viuda D.ª Catalina y su cuñado el infante D. Fernando, atendian juntamente á los medios de fortalecer el trono de D. Juan II, niño que aun no habia cumplido dos años[2]; y discernida la tutela al infante y allanadas por su prudencia algunas dificultades, llegó el dia de vengar las injurias con que los granadinos provocaban á la gente castellana. Á cada momento se recibian noticias de correrías, de oscuros combates, de escaramuzas y de felices emboscadas. Fué la mas señalada de estas ácciones la hazaña de varios adalides de Baeza: ocultos en una selva del camino de Granada sorprendieron á 40 ginetes moros, los corrieron largo trecho, y habiéndoles tomado un pendon, lo colocaron como trofeo en la iglesia del Salvador de aquella ciudad[3]. Menos afortunados los fronteros de Lorca á las órdenes del aragonés Per Melladas y de Martin Fernandez Piñeiro, corrieron los campos de Cantoria y Surgena, y asaltaron y se hicieron dueños del castillo de Huercal; mas el alcaide de

Hazañas memorables en la frontera de Jaen.

En la de Murcia. Abril.

---

[1] Argote, lib. 2, cap. 156.

[2] Fernan Perez de Guzman, *Gener. y Semb.* cap. 33. Mariana, *Histor. gener. de Esp.* lib. 19, cap. 15.

[3] Argote, lib. 2, cap. 167.

Mofarres, acudiendo con 3.000 caballos y 6.000 peones, rescató la fortaleza y cautivó en ella á aquellos dos caudillos y además á los caballeros Rodrigo de Ávila, Diego Gomez de Ávalos, Juan de Salazar y Diego Hurtado de Mendoza, que habian llegado de refuerzo. El moro, benigno con sus prisioneros, los condujo á Granada proporcionándoles cómodos alojamientos en los pueblos del tránsito, y les permitió el uso de sus armas y caballos[1]. Otra division de granadinos rompió por los campos de Priego, se apoderó de Pruna y degolló la guarnicion[2]: en cambio, reunidos en cuadrilla varios aventureros de Carmona, de Marchena y de Olvera corrieron las tierras de Alaquin y Montecorto, vencieron á doble número de moros de Ronda y mataron al wacir de esta ciudad. El maestre de Santiago D. Lorenzo Suarez lograba entre tanto, con la industria de un moro pasado á las huestes castellanas, recobrar el castillo de Pruna[3], y á todo esto los granadinos se derramaban á manera de torrente por el reino de Jaen: 3.000 caballos y 30.000 peones arrasaron las campiñas de Lucena, torcieron luego hácia levante, abrasaron los contornos de Baeza y se estrellaron ante los muros de esta ciudad, defendida por los caballeros Pedro Diaz de Quesada y Garci Gonzalez Valdés[4]: en venganza atacaron á Bezmar, rindieron el castillo y asesinaron á sus defensores. Únicamente fueron perdonadas 60 mujeres y entre ellas dos

En Córdoba y Sevilla.

4 de junio.

17 de agosto.

[1] Fernan Perez de Guzman, *Crón. de D. Juan II,* año 7, cap. 28.

[2] Argote, lib. 2, cap. 167.

[3] *Crón. de D. Juan II,* año 7, cap. 23 y 24.

[4] Sobre este acontecimiento se conserva un gracioso ro-

niñas hijas del comendador de Santiago Sancho Jimenez, para ser conducidas en triunfo á Granada y aumentar el número de las esclavas que vegetaban en el harem del rey y de los magnates [1]. El pueblo, reducido á pavesas, fué luego restaurado por el maestre de la órden y bajo direccion de un sobrino suyo.

Audaz correría.

La noticia de estos desastres estimulaba á los hidalgos y aventureros para hacer correrías y ejercer represalias. Garcí Mendez del Carpio reunió en Teba 200 ginetes y 600 peones, natura-

---

mance en forma de arenga del rey de Granada á sus soldados:

Moriscos los mis moriscos,
los que ganais mi soldada,
derribádemes á Baeza,
esa villa torreada;
y á los viejos y á los niños
los traed en cabalgada;
y á los mozos y varones
los meted todos á espada;
y á ese viejo Pero Diaz
prendédmelo por la barba,
y aquesa linda Leonor
será mi enamorada.
Id vos, capitan Venegas,
porque venga mas honrada;
que si vos sois mandadero
será cierta la jornada.

El autor de este romance, posterior al suceso, incurre en un anacronismo: los moros Venegas de Granada eran de linaje de cristianos, hijos de un caballero de la casa de Luque cautivado despues.

[1] Conjeturan algunos con fundamento qne la célebre sultana Zoraya, esposa del rey Muley Hacem de Granada, cautiva cristiana llamada D.ª Isabel de Solís, era una de las dos hijas del comendador Sancho Jimenez, asesinado en esta correría. Véase la *Crón. de D. Juan II*, año 7, cap. 32, y Argote, lib. 2, cap. 169.

les de Carmona, Écija y Osuna, incendió los campos de Casarabonela, apresó ganados y pastores y sostuvo una escaramuza feliz con algunos moros que salieron al rescate de la cabalgada. Á la voz de esta invasion se armó el paisanaje feroz de Málaga, Cártama y Ronda, corrió á la delantera y se interpuso en el camino de Teba á Osuna. Garci Mendez se detuvo ante aquel obstáculo y vió encomendarse á Dios á algunos de sus compañeros; arrebatado entonces de inspiracion marcial, les alentó diciendo: « No hay que temer, señores, que Dios y el apóstol Santiago son en nuestra ayuda: á ellos, que no son nada": y sin mas detencion picó á su caballo y arrastró con su heróica decision á todos los hidalgos y soldados. Los moros, parapetados en un desfiladero, resistieron tenaces; y como el ardimiento de los cristianos crecia con la oposicion, fué horrible el destrozo de una y otra parte: la victoria quedó indecisa, porque si bien los unos perdieron su botin, abrieron el paso que cerraban los enemigos y se salvaron[1].

Reflexion sobre los anteriores sucesos.

Fatigosa y monótona parecerá tal vez la narracion de los daños y correrías con que moros y cristianos atizaban sus rencores externos; pero bien considerados estos sucesos, no deben desdeñarse por la pluma del historiador. Serán hazañas de gloria efímera, y si se quiere humildes, mas hay que confesar que eran mas peligrosas y difíciles que un regular combate; que engendraron en la raza española el hábito de pelea y el deber de defender la patria y la religion, y prepararon el temple de aquellas almas que ele-

[1] *Crón. de D. Juan II*, año 7, cap. 30.

varon los pendones de Castilla á una altura que ha causado la admiracion del mundo.

Preparativos del infante Don Fernando, tutor del rey menor. A. 1407 de J. C. Setiembre.

Estas correrías eran preliminares de una campaña formal. El infante D. Fernando, tutor de su sobrino D. Juan, bajó á Córdoba, pasó despues á Sevilla, conferenció en discretas asambleas de capitanes y caballeros sobre el plan de campaña, y no tardó en apercibir una escuadra, en reunir los pertrechos necesarios de víveres y armas y en alistar la juventud bizarra de Castilla.

Conquista de Zahara. 3 de octubre.

Zahara, situada á cuatro leguas de Ronda sobre una peña escarpada, fué el punto contra el cual se reconcentraron todas las fuerzas. Los moros, sorprendidos con la muchedumbre cristiana, repararon los adarves, hicieron preparativos de defensa, y sobre todo acestaron sus tiros á las puertas de la fortaleza, para facilitar la evasion en un caso desesperado. El infante, que adivinó la intencion, mandó que Diego Fernandez de Quiñones asentase sus tiendas en frente de ellas para hacer perder á los cercados la esperanza de la salida. El extrago de las lombardas, cuyas balas desmantelaron despues de muchos tiros infructuosos una parte del muro, obligó á los moros á pedir albricias. El infante rechazó sus proposiciones con dureza y les amenazó con una entrada á cuchillo si no se rendian á su clemencia. Mitigada la severidad del príncipe en nuevas entrevistas, entregó el alcaide la fortaleza, con seguro para todas las familias: fueron estas conducidas con sus alhajas y ropas por una escolta hasta las puertas de Ronda. El infante subió luego al castillo, admiró su elevacion y el costo y solidez de la fábrica, y celebró nuevo consejo para proseguir la campaña. Querian algunos capitanes volverse á Castilla, antes que el rigor del cercano invierno paralizase las operaciones é

inutilizara todos los aprestos; otros, con el príncipe, atacar á Ronda; la mayoría consideró prematuro lo primero, arrriesgado y difícil lo segundo, y adoptó como término medio y empresa menos grave, el cerco de Setenil. Moviose el ejército hácia esta villa con lentitud por el estorbo de las lombardas, mantas y bagajes, y mientras tanto divisiones de caballería ligera se extendieron á acopiar víveres y á explorar la comarca. Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete, desalojó al enemigo de Audita, aldea junto á Zahara, la fortificó y dejó en ella el necesario presidio; otra division, capitaneada por Diego Hernandez de Quiñones, merino mayor de Asturias, y por los donceles Rodrigo de Narvaez y Pedro Alonso Escalante, saqueó á Grazalema, y corrió tras de sus vecinos despavoridos hasta las breñas de un monte cercano. El conde Martin Vazquez, varios hidalgos portugueses y una escogida hueste de la mesnada del infante en número de 200 lanzas, avanzaron hasta las puertas de Ronda, y pelearon sin fruto contra 400 infantes, capitaneados en guerrilla por el alcaide de la ciudad. El infante entre tanto daba vista á Setenil, distribuia las estancias, colocaba las lombardas y batia la fortaleza, donde un intrépido moro habia izado bandera negra. Ni las amenazas de muerte, ni la vista del muro aportillado, ni la furia con que la artillería reiteraba sus tiros pudieron infundir pavor á los cercados: el caudillo árabe habia jurado por el Corán, quedar sepultado entre las ruinas antes que entregar la fortaleza, y no solo hizo gala de su valor desde el alcázar, sino que tambien salió al frente de sus soldados, quemó máquinas, clavó lombardas, inutilizó víveres y dejó tendidos en el campo á centenares de cristianos. Esta proeza desalentó mucho á las tropas del infante, quien

Cerco de Setenil. 5 de octubre.

Ventajosas correrías de los cristianos.

para animarlas tuvo que distraerlas en paseos militares. Diego Lopez de Stúñiga recuperó el castillo de Ayamonte. El maestre de Santiago rindió á Ortegicar, se apoderó de Priego y Cañete, y otros caballeros se extendieron saqueando las comarcas de Casarabonela, Cártama, Coin, Camarchente, Álora y apresaron gente casi á las puertas de Málaga. El alcaide de Setenil, aunque no ignoraba estas excursiones sangrientas, perseveraba en su resistencia heróica[1].

Cercan los moros á Jaen. 10 de octubre.

Mohamad de Granada se propuso distraer al enemigo y levantar el cerco de Setenil, amenazando á Jaen, la ciudad mas considerable de la frontera. En 10 de octubre amaneció á la vista de ella con un ejército numeroso. Avisado el infante convocó á consejo, y acordó que Diego Perez Sarmiento acudiera á marchas dobles á socorrer aquella capital con 600 lanzas, y circuló avisos á todos los fronteros, para que se reconcentraran en ella y la defendieran hasta morir. Era necesaria toda la serenidad de caballeros habituados desde niños al estrépito de las armas, para no desmayar con el aparato del enemigo: las huertas y contornos de Jaen veíanse cubiertos de tiendas y turbantes: durante tres dias, permanecieron allí 6.000 caballos y 80.000 peones, con el rey, con el caudillo Reduan y con otros guerreros de nombradía: preparados los moros para dar un asalto, se vieron embestidos á vanguardia por el prior de S. Juan y Diego Hurtado de Mendoza, que salieron á las barreras de Jaen con toda su gente, y á retaguardia por las 600 lanzas de D. Diego Perez Sarmiento, reforzadas con

---

[1] *Crón. de D. Juan II,* año 7, cap. 40 al 50.

la hueste de Baeza y Úbeda á las órdenes del obispo de Jaen D. Rodrigo de Narvaez, tio del doncel del mismo nombre, de Diaz Sanchez de Benavides y de Pedro de Quesada. Reduan, el mas intrépido de los caudillos granadinos, quiso reunir algunas compañías desbaratadas en la carga de la caballería cristiana, y cayó del caballo herido de mortal lanzada. El refuerzo penetró en la ciudad; y viendo Mohamad las dificultades que ofrecia el asalto, alzó el cerco, quemó caseríos y taló huertas, olivares y viñas[1].

Son desbaratados por los cristianos.

La retirada del infante D. Fernando sin haber rendido á Setenil, neutralizó la desagradable impresion que la muerte de Reduan y el mal éxito del cerco de Jaen causaron en Granada. Obstinado Mohamad en indemnizarse con la conquista de alguna plaza fronteriza de la pérdida de Zahara y de los castillos que se le habian cercenado en la última campaña, cercó á Alcaudete con 7ↀ caballos, 12ↀ peones y formidables aprestos de lombardas y máquinas de guerra. Intimada la rendicion fué despreciada por el señor de aquella villa Martin Alonso de Montemayor, y entonces mandó Mohamad colocar las baterías y comenzó un nutrido y certero fuego. La hueste sarracena, formada en tres divisiones, dió tres asaltos sucesivos desde el rayar del alba hasta ponerse el sol. Martin Alonso, que capitaneaba algunas compañías aleccionadas por el infante en su anterior campaña, el comendador de Martos Payo de Argote, Diego Alonso hermano de Martin, y Lope Martinez, ricos caballeros en tierra de Jaen y Córdoba, acaudilla-

Retirada del infante sin rendir á Setenil. 25 de octubre.

Cerca el rey de Granada á Alcaudete. A. 1408 de J. C. 18 de febrero.

[1] *Crón. de D. Juan. II*, año 7, cap. 45.

ban la gente de sus estados dentro de la villa, y no abandonaron un instante el muro ni la brecha; ya manejando la saeta ya la lanza, ya quebrando y derribando escalas, rechazaron las embestidas tremendas. Los soldados que vigilaban en las almenas y adarves oian en el silencio de la noche los ayes de los moribundos y heridos que yacian abandonados y luchando con la muerte en los fosos. Apenas rayó el alba del siguiente dia, aplicaron los moros nuevas escalas, y fueron alejados por cuarta vez; y viendo que sus esfuerzos eran estériles y que se sacrificaban sin provecho millares de valientes, mandó el rey abrir una mina con direccion al centro de la villa. Los cercados contraminaron con maravilloso acierto, descubrieron la galería enemiga, y á oscuras y sepultados en las entrañas de la tierra, trabaron un horrible combate: los cadáveres obstruyeron el subterráneo, que desde aquel momento fué objeto de terror como una caverna de muerte. Dos dias continuó la muchedumbre pagana amenazando, y embistiendo flojamente, y al cabo de ellos quedó convertida la campiña en una inmensa hoguera: olivares, encinas, viñas, álamos fueron incendiados, y vengada con este daño la muerte de muchos caudillos y caballeros que habian espirado en la brecha y en las escalas, desapareció Mohamad y se encaminó triste y despechado á Granada. Al pasar por las inmediaciones de Alcalá sufrió segundo insulto: algunos señores que allí residian á las órdenes de D. Alonso Fernandez, señor de Aguilar, salieron al campo y sostuvieron escaramuzas y zalagardas.

Infructuosos asaltos.

Combates y escaramuzas con divisiones

Las numerosa huestes congregadas para el asalto de Alcaudete necesitaban abundantes provisiones de víveres y forrajes. Para prorcionarlos,

fueron destacadas dos divisiones, una de 1.000 caballos con muchas recuas hácia Alhendin, á las órdenes de un caballero granadino que usaba de su pendon tremolado por su alférez; otra de 2.000 caballos con direccion á la Higuera de Martos. Estaban todos los pueblos de la comarca prevenidos con espías para avisar cualquiera novedad á los alcaides fronterizos. Así, D. Martin Fernandez de Córdoba, alcaide de los Donceles, Pedro Nuño de Guzman y Rodrigo Narvaez que estaban en Baena, acudieron hácia Alhendin con 500 lanzas: las avanzadas de los moros las divisaron y dieron aviso á su caudillo, quien mandó al punto apresurar las cargas de vituallas, las encaminó á vanguardia y formó su gente en el vado oriental del rio Víboras: los cristianos atacaron, pero rechazados con pérdida de algunos escuderos muertos y de muchos soldados heridos, y perseguidos por una compañía de bravos lanceros, se retiraron á Baena en buen órden. La segunda division de 2.000 caballos entró sin resistencia en el pueblo de la Higuera, donde los peones y bagajeros quedaron para completar sus cargas: el grueso de la gente se fijó á las orillas del rio Salado, y solo 300 caballos avanzaron hácia la torre de Ben-Salá. Acogiéronse algunos aldeanos á los muros inmediatos de Porcuna y sembraron el terror entre sus vecinos. El conde D. Fadrique que allí se hallaba, armose al punto, y mientras reunia y ordenaba su tropa, envió á Luís Mejías y á Rui Barba su hermano con 10 caballos á recononocer el campo y á inquirir la verdad de las noticias que circulaban contradictorias y exageradas. Los 10 ginetes dieron vista á la Higuera, observaron desde un cerro cercano que los moros salian ya dejando incendiado el pueblo, y trasmitieron el aviso á Porcuna. El con-

destacadas al merodeo. 22 de febrero.

de D. Fadrique, D. Enrique su hermano, algunos caballeros que habian acudido de Baeza y Úbeda, y varios escuderos é hidalgos (no llegaban todos á 100) resueltos á atacarlos, arremetieron con el grito de «Santiago, Santiago" á la pequeña escolta que guardaba á la recua y alancearon á 12 bagajeros: escaparon á todo correr algunos moros y avisaron la novedad á los escuadrones cercanos que habian tomado posicion en las márgenes del Salado, y no tardó en aparecer una nube de ginetes con lanza en ristre y caballos á escape. Los cristianos se replegaron con igual celeridad, y corrieron con buena delantera hasta encerrarse en Porcuna. Este movimiento fué aciago para los 300 caballos que habian avanzado á la torre de Ben-Salá. El comendador de Martos Payo de Argote, D. Alonso Tenorio, adelantado de Cazorla, Juan Quijada, señor de Villagarcía, y Gonzalo Ruiz de Sosa cargaron sobre ellos con duplicada fuerza, y les hicieron replegar en buen órden hasta las márgenes del rio Salado: creian los moros encontrar aquí el socorro de sus compañeros; mas sorprendidos con su desaparicion inesperada, se turbaron y huyeron á la desbandada, proporcionando liviano triunfo al enemigo. Cien soldados perecieron en el paso del rio; sesenta quedaron cautivos, y las recuas cargadas de grano fueron apresadas y conducidas á Martos. Los fronteros del reino de Sevilla no permanecian entre tanto inertes. Garci Fernandez Manrique, Fernan Gutierrez de Vallecillo, alcaide de Zahara, y Fernan Arias de Saavedra corrieron los campos de Cañete, de Estepona, de Marbella y de Ronda apresando ganados y gente campesina[1].

---

[1] Los detalles de esta campaña se escriben con toda

Los daños de estas correrías y el cansancio de los combatientes hicieron á granadinos y castellanos otorgar á principios de abril tregua por ocho meses [1]. Apenas comenzó Mohamad á participar de sus beneficios, cayó postrado con peligrosa dolencia: una turba de físicos rodeaba incesantemente su lecho, propinando en balde drogas y medicamentos para combatir los síntomas de su enfermedad cada dia mas pertinaz y maligna. Aunque los ministros y cortesanos rehusaban advertir al rey su peligroso estado, tuvieron al fin que revelarle la proximidad de la muerte. Mohamad oyó pusilánime este tristísimo pronóstico, y cuando parecia mas acongojado y falto del aliento vital, despertó de su letargo, reanimó su semblante cadavérico, y con voz trémula llamó al arraez Ahmad Aben-Farag, y le comunicó la órden de partir á Salobreña para asesinar al príncipe Jusef. Era tal el hábito de sumision al rey y tan rígido aquel linaje de absolutismo, que la dilacion en cumplir su mandato, por bárbaro que fuese y dictado al borde del sepulcro, constituia un delito odioso. Ahmad montó á caballo, apeose en el recinto de aquella fortaleza, y halló al alcaide sentado bajo el templete de un jardin jugando al ajedrez mano á mano con el infante proscripto [2]. Ámbos se levantaron

Treguas. Abril.

Aguda enfermedad de Mohamad. A. 1408 de J. C. Mayo.

Orden de asesinar á Jusef.

---

puntualidad por Fernan Perez de Guzman, cronista del rey de Castilla, y por el diligente Argote de Molina, cuyas narraciones están conformes con la de Conde.

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 28. Argote, lib. 2, cap. 176.

[2] «A la llegada del arraiz á Xalubenia con esta órden, jugaba al ajedrez el príncipe Jusef con el alcaide de la fortaleza, sentados sobre preciosos tapices bordados de oro y en almohadones de oro y seda; que en comodidad y tratamiento vivia allí Jusef como un príncipe:" Conde, p. 4, cap. 28.

ofreciendo sus almohadones de seda y oro al emisario granadino, el cual rehusó con ademan sombrío y dió á leer la sentencia de muerte al alcaide desprevenido. Este se sorprendió y no disimuló su repugnancia en descender al vil oficio de verdugo, y mayormente para sacrificar á un príncipe inofensivo, digno heredero del trono y que se habia granjeado el cariño y el respeto por su bondad inefable. Mientras el arraez instaba con impaciencia para la ejecucion del bárbaro decreto, el alcaide vacilaba, estimulado por el temor y reprimido por sus nobles afecciones. Jusef advirtió la acalorada contestacion, presumió que versaba sobre el decreto de su muerte trasmitido por su insensible hermano, y se dirigió á ambos preguntando: «¿De qué tratais? ¿Es acaso de asesinarme? ¿Pide el rey mi cabeza?" El alcaide puso entonces en sus manos el fatal escrito; y ya sea por el exquisito temple con que el infortunio suele preparar los caracteres dulces y sensibles, ó ya por el hábito del sufrimiento que embota y extingue á veces la sensibilidad, Jusef leyó su sentencia de muerte con entero ánimo y sin visible conmocion. Imploró entonces como único favor algunos instantes para dar el último á Dios á su tierna y solícita esposa, ángel consolador en su largo cautiverio, y repartir sus alhajas, excasos restos de sus grandeza, entre las esclavas y los criados leales. El inexorable Ahmad Aben-Farax, recordando las prevenciones rigorosas para hundir cuanto antes el puñal en el pecho del prisionero, no accedió á que se verificase la entrevista patética. Jusef doblegó entonces la inflexibilidad del arraez con dulzura, con calma y con agudeza. «Permíteme, le dijo, avanzar las últimas piezas de este ajedrez; que aunque gane, he de acabar perdien-

do." Condescendió el emisario: sentáronse el príncipe y el alcaide, y éste turbado proseguia el juego equivocando la marcha de los *castillos* y *peones*, y dejando indefenso á su *rey*. Su magnánimo compañero le avisaba las inadvertencias, y al dar la voz de *jaque*, hacia metafóricas alusiones sobre el peligro á que se expone un monarca defendido por mala caballería. Jusef acestaba ya sus *alfires* y su *reina* para matar al *rey* enemigo y se disponia á rendir el postrer suspiro con la jugada final, cuando vió entrar en el jardin á dos cortesanos que habian corrido en veloces caballos desde Granada. Postrados á los piés del príncipe, dijeron: «Mohamad acaba de espirar entre las maldiciones y el rumor del pueblo amotinado, que os proclama rey." Jusef, careciendo de agentes en la corte, resignado ya á morir, olvidado por sus amigos, dudaba de un suceso que le hacia aceptar un trono por una tumba. No tardó en disipar su incertidumbre con la llegada de otros y otros caballeros, quienes no solo confirmaron la noticia de los primeros, sino que le saludaron como aclamado rey. El pueblo habia hecho justicia humillando á la faccion inicua que, no contenta con haber usurpado el poder, se proponia perpetuar su dominacion cometiendo un vil asesinato. Jusef recibió reiteradas invitaciones de los granadinos para acudir y recibir los homenajes y la investidura de rey y cabalgó entonces rodeado de sus amigos y de algunos cortesanos, tan diligentes en prodigarle adulaciones en la prosperidad, como remisos y flojos en defenderle en el infortunio. La plebe esperaba al nuevo soberano con un entusiasmo que rayaba en delirio: artesanos, militares, nobles señores, jeques, alfakís, cadís y santones cubrian en confusa muchedumbre los lla-

Se salva Jusef y es aclamado rey de Granada. A. 1408 de J. C. 11 de mayo.

Entusiasmo en Granada

nos de Armilla y Alhendin, impacientes por victorear al benigno príncipe, á quien su hermano desnaturalizado habia hecho apurar el cáliz de la amargura. Apenas asomó la comitiva real por las lomas del Padul, Jusef miró embebecido el rojo alcázar donde habia pasado su infancia, oyó el rumor del gentío que avanzaba tremolando pendones y palmas, y vió el confuso tropel de mil ginetes engalanados, que desgarrando los hijares de sus caballos, se disputaban la honra de saludar primero al recien venido. Si lisonjeras habian sido las aclamaciones que escuchó Jusef desde las colinas del Padul, mas delicadas y afectuosas fueron las fiestas y demostraciones con que lució en el recinto de la ciudad la galantería cortesana. La caballería de la guardia con vestidos de seda y oro, con airosos turbantes de lazos y plumas, esperaba ordenada en la rambla del Genil; y apenas victoreó al rey, rompió ordenada marcha al son de timbales y añafiles, y facilitó el paso á la comitiva. La puerta de Bibrambla estaba obstruida con apiñada turba: en mitad de la plaza se elevaban arcos de triunfo: el suelo estaba sembrado de rosas y nardos y las calles entoldadas con ricos paños de seda y grana. El paseo del primer dia por el Zacatin, calle de Elvira, el Zenete, la Alcazaba, el Albaicin y el Hajariz no bastó para satisfacer el ávido entusiasmo del pueblo: tuvo Jusef que salir al siguiente de la Alhambra y que recorrer entre nuevas aclamaciones otras calles preparadas para su tránsito. Estas sensaciones agradables, de que solo es dado gustar á un corto número de personas privilegiadas, eran para Jusef la cabal recompensa de los sinsabores de su largo cautiverio. Las maneras afectuosas, la naturalidad y gracia con que correspondia á la bene-

volencia general contrastaban con la dureza, con el aspecto severo y tétrico de que Mohamad se habia revestido en los últimos años de su reinado [1].

Situacion política.

Jusef debió el trono y la vida á los esfuerzos de una mayoría morigerada, prudente, que cifraba todas sus esperanzas en afianzar la paz, porque conocia que la riqueza y el bienestar de los pueblos crecen bajo sus auspicios como el árbol frondoso al abrigo del huracan. Este partido combatia la política exagerada y funesta del bando contrario, que no reconocia otro medio de gobierno ni mas legitimidad en la esfera del poder, que un odio implacable y una guerra sin tregua á la gente cristiana. Esta faccion triunfante con Mohamad perdió su influencia y su prestigio con el mal éxito del cerco y asalto de Alcaudete, renegó de sus rígidos principios, aceptando la paz que habia rechazado con orgullo insensato, y sucumbió con la muerte de aquel monarca, fiel representante de sus ideas. Jusef, blando y benigno por temperamento, sometido á inspiraciones conciliadoras, víctima del encono del partido fanático, era la personificacion de un sistema contrario; veia en Jusef Abul Egiad y Mohamad V dos modelos que imitar, y abrigaba la noble ambicion de proporcionar á los granadinos los dias tranquilos y venturosos que hicieron gloriosa la memoria de sus hábiles abuelos.

Facilitaba las negociaciones entre granadinos y castellanos D. Alonso Fernandez de Córdoba:

---

[1] *Crón. de D. Juan II,* año 8, cap. 69. Conde, p. 4, cap. 28. Mármol, *Descrip. de Afr.,* lib. 2, cap. 28. Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.,* p. 3, cap. 22.

Se otorgan las paces hasta fin de agosto de 1409 de J. C.

este caballero era alcaide de Alcalá, y se habia refugiado en la corte granadina para evitar las acechanzas de una proscripcion injusta; y perdonado y repuesto ya en su destino mantenia estrecha amistad con los magnates moros que le habian dado hospitalidad en sus mismos palacios. Jusef invocó la cooperacion del grave castellano, delegó al ministro Abdalá Alamin para comunicarle su elevacion por voto general del pueblo, y rogarle que intercediese en amistoso arreglo con el rey de Castilla. D. Alonso correspondió con eficacia á la lisonjera invitacion, y con su influencia allanó todas las dificultades. Abdalá partió á la corte de Castilla, y fué presentado al rey, á la reina y al infante; distribuyó preciosos regalos de pieles, armas, jaeces y frutas exquisitas, como memoria del soberano su señor, y logró ratificar la tregua por los ocho meses[1]. Los alcaides de la frontera recibieron avisos de sus respectivos gobiernos para suspender las hostilidades. Sin transcurrir aquel tiempo volvió á Castilla el mismo emisario granadino, para ampliar la alianza; pero regresó descontento, observando que habia cambiado la política de aquella corte, y que no eran sinceros los deseos de paz con que protestaba el infante. En efecto, poseido D. Fernando de la sed de gloria, dotado de mayor energía por la represion de las intrigas y de los desórdenes que habian hundido la administracion del reino encomendado á su lealtad, mostrose exigente en sus conferencias con el embajador de Granada, y despachó á Gutierre Diaz para que reclamase del mismo Jusef los atrasos de las pa-

Intencion hostil del gobierno de Castilla. A. 1409 de J. C.

---

[1] *Crón. de D. Juan II,* año 8, cap. 69.

rias é impusiese duras condiciones en el otorgamiento de la paz[1]. El prudente Jusef quiso evitar los peligros de un rompimiento, y encomendó la solucion de este grave asunto á su hermano Cid Alí, tan bravo en la guerra como sagaz y discreto en las combinaciones de la política[2]. Marchó el príncipe á Valladolid, y fué recibido con una etiqueta y seriedad de siniestro agüero. Pidió y obtuvo formal audiencia; mas nunca se habia concedido con tanto aparato. El rey menor y su augusta madre ostentaban sus insignias reales en elevado trono, el infante estaba colocado bajo el mismo dosel en segunda escala, para guardar las preeminencias de la corona, y en torno de los tres personajes, lucian *magníficos señores*, palaciegos y prelados. Entró Cid Alí representando dignamente su papel con un lujoso aparato de caballeros vestidos á la usanza oriental, y notificó el objeto de su embajada. El infante sin despegar sus labios hizo una demostracion grave, extendiendo varias escrituras y pergaminos auténticos, en los

Magnífico recibimiento y grave conferencia

---

1 *Crón. de D. Juan II*, año 9, cap. 75.

2 Hay alguna variedad entre la *Crón. de D. Juan*, año 9, cap. 75, y la *Dominacion de los árabes*, p. 4, cap. 28, sobre la calidad del personaje enviado por el rey moro con el carácter de embajador extraordinario á la corte de Castilla. Segun Perez de Guzman era « Aly Zohoeir, del consejo del rey, y venian con él diez de caballo; y este Aly habia sido cristiano, y fué llevado captivo siendo niño en tiempo del rey D. Enrique II, el cual era hombre discreto.'' Conde ó los editores del tomo III de su obra, aseguran que era Cid Alí hermano del rey. La *Crónica de D. Juan*, como obra contemporánea, parece mas fidedigna que la segunda publicada en este siglo con algunas incorrecciones; mas si se atiende al recibimiento que el embajador moro tuvo en la corte de Castilla, segun describe la misma *Crónica*, hay motivo para sospechar que es verídica la narracion de los manuscritos de Conde.

cuales los reyes de Granada se declaraban vasallos de la corona de Castilla y se obligaban á rendir tributos y enviar procuradores á sus cortes; y atenido á la letra de aquellos manuscritos sellados, habló lo preciso para exigir su rigoroso y pronto cumplimiento. El príncipe Cid Alí advirtió que hechos recientes habian derogado las onerosas condiciones antiguas, y se negó á ratificar tales tratados, bajo pretexto de que su rey y hermano no le autorizaba para ello. Cumplida sin eficaz resultado su mision, regresó el infante moro á Granada. D. Fernando, cumpliendo con todas las solemnidades establecidas por la política de aquel tiempo, envió al escribano Diego García, para que amonestase por última vez á Jusef y le intimara ó el pago de las parias y el reconocimiento de vasallaje, ó guerra sin tregua. Desechada la proposicion primera, se interrumpieron las relaciones entre ambas cortes; los alcaides y campeones de la frontera se aprestaron para nuevas lides, y el estrépito de las armas turbó la seguridad de los moradores pacíficos[1].

Declaracion de guerra.

Carácter del infante D. Fernando.

D. Fernando, devorado por los estímulos de la gloria, aspiraba á seguir la senda trazada por el rey Santo á sus augustos nietos. Las banderas muslímicas ondeaban en las mismas almenas adonde no alcanzó la espada del conquistador de Córdoba, Jaen y Sevilla, y la no menos terrible del vencedor del Salado. Las campañas de los últimos reyes no habian tenido las consecuencias importantes de adelantar la conquista. Entradas repentinas, correrías sin concierto, incendios de mieses y fortines aislados, escaramuzas y desafíos

---

[1] *Crón. de D. Juan II*, año 9, cap. 75.

prolongaban eternamente la guerra sin ensanchar los límites de la monarquía castellana. Tan efímeros triunfos no aquietaban el genio emprendedor del infante: no le satisfacian los laureles ganados en un dia sobre el campo de batalla: combinaciones arduas, grandes aprestos, ardides que discurrir, obstáculos que superar, le eran necesarios para dar alimento á la actividad de su espíritu. Baza, Antequera, Ronda, Gibraltar, plazas fuertes defendidas por alcaides bizarros, enlazaban el ámbito de la frontera, y cual torreones de un muro circular, amparaban extensos radios: la conquista de cualquiera de ellas ofrecia rica cosecha de gloria y rompia la cadena de comunicaciones del enemigo. Vino D. Fernando á Córdoba, reunió á los caballeros mas influyentes de Andalucía, á muchos adalides prácticos en el terreno, encanecidos en el ejercicio de las armas y cubiertos de cicatrices, oyó en reiteradas sesiones los consejos de la discrecion y de la experiencia, y aleccionado cumplidamente resolvió apoderarse de Antequera [1]. Fueron convocados para esta empresa los aventureros célebres, los señores y soldados mas aguerridos de Castilla y se hicieron grandes preparativos de víveres y armas.

Sus deseos de gloria.

Consejo: organizacion del ejército: primeras marchas. A. 1410 de J. C. Abril.

Las legiones cristianas, capitaneadas por el mismo infante, salieron de Córdoba, atravesaron las llanuras de Écija y se detuvieron en Lahanoz, á causa de las grandes lluvias que pusieron intransitables los caminos y retardaron la marcha de peones, caballos y carretas. Incorporose

---

1 Lorenzo Valla, *De rebus á Ferdinando gestis*, lib. 1, edic. de la *España ilustrada*.

aquí el caudillo de la legion sevillana, el adelantado Perafan de Rivera, que traia con suma veneracion la espada de S. Fernando para armar la diestra de su intrépido descendiente, y poner al ejército cristiano bajo los auspicios de tan glorioso talisman[1]. El infante salió largo trecho á recibir á los nuevos guerreros, saludó cortés al adelantado, y al mirar la reliquia militar del rey Santo, apeose de su caballo, hincó rodilla en tierra y la besó con grande reverencia. Perafan de Rivera la empuñó entonces, y cercado de cruces y banderas y entusiasmado con el sonido marcial de mil clarines cuyos ecos atronaban los vecinos campos, dejóla pendiente del arnés del caballeresco y esforzado príncipe[2]. Devorábase éste impaciente de esgrimirla contra los infieles: en vano le advirtieron algunos capitanes que no era prudencia avanzar sin la llegada de los nuevos refuerzos que se esperaban. D. Fernando desatendió estas amonestaciones, y fiado en el valor y calidad de su gente y en la santidad de su empresa, dió órden de proseguir el camino de Antequera y de hacer alto en las márgenes del rio Yeguas [3].

Disposiciones militares en las márgenes del rio Yeguas. 26 de abril.

Era este el límite de la frontera, y la invasion del territorio enemigo requeria mayores precauciones. Antes de vadear la mansa corriente, formaron las tropas en batalla. Abria la marcha una linea de vanguardia, capitaneada por D. Pedro Ponce de Leon, señor de Marchena, y por los caballeros D. Martin Fernandez de Córdoba, alcai-

1 *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 84.
2 Ortiz Zúñiga, *Anal. de Sev.*, lib. 10, año 1410.
3 *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 84.

de de los Donceles, D. Egas de Córdoba, Alonso Martinez de Angulo y Alonso Fernandez de Argote: componian esta hueste 3.000 peones y 1.000 ginetes. Seguia el grueso del ejército apoyado en dos alas; el centro á las órdenes de Rui Lopez Dávalos, condestable de Castilla, y de otros guerreros de gran fama y de claro linaje, el ala derecha, al mando de D. Alonso Enriquez, almirante de Castilla, y de Juan Velasco, y la izquierda al de Gomez Manrique, adelantado de Castilla; venia en pos la reserva, formada tambien en batalla: el infante mandaba el centro de ella con gran comitiva de donceles, guardias y criados y 1.000 lanceros: D. Sancho de Rojas, obispo de Palencia, armado de todas piezas cual los demás caudillos, Alvar Perez de Guzman, alguacil mayor de Sevilla, el adelantado de Cazorla Alonso Tenorio y otros campeones protegian con 2.000 infantes la derecha. Perafan de Rivera, Diego Hernandez de Quiñones, Álvaro, camarero del infante, Rodrigo de Narvaez y Pedro Alfonso de Escalante defendian la izquierda con igual fuerza: seguia al ejército en dilatada hilera un convoy de bestias y carretas cargadas con armas, escalas, máquinas de guerra, tiendas y víveres[1]. La vanguardia y las dos lineas sucesivas abarcaban con sus extensas alas larguísimo trecho, y exploraban valles, cañadas, cumbres y selvas. Turbado el silencio de aquellas soledades veíanse correr á manadas liebres, raposas y lo-

---

[1] «Iba en las espaldas de la batalla del infante todo el recuaje, donde iban tantas acémilas con reposteros y tantas carretas, que era maravillosa cosa de ver y parescia diez tanta gente de la que iba:" *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 84.

bos enormes. Los capitanes tenian que acallar con fieras amenazas la vocería y reprimir el desórden de la soldadesca que, al divisar á tiro de ballesta aquellas veloces alimañas, interrumpia la formacion y gastaba en darles muerte las flechas destinadas para ejercicio mas cruel y peligroso[1]. El ejército prosiguió sin obstáculos, y el 26 de abril dió vista á la plaza enemiga.

Posicion de Antequera.

Antequera habia sido una de las ciudades mas populosas del reino de los Alhamares [2]. Su vega solo puede compararse en anchura y feracidad con la de Granada. El rio Guadalhorce que nace en los montes de Archidona, el Lavilla que pierde en aquel su nombre, los torrentes del Alcázar y de las Adelfas dan con sus raudales mayor fertilidad á aquella riquísima llanura. Al S. E. elévanse altas y pintorescas sierras, de las cuales es muy notable la del Torcal, por las caprichosas formas de sus peñascos, por sus deliciosos bosques y por el intricado laberinto de sus cue-

---

[1] Valla, el apologista del infante, nos ha trasmitido este hecho verosímil. *Cumque in agrum hostilem perventum est, magna vis ferarum excitata est ex consuetis locis, propter diutinam, ut fit in bello, desuetudinem rusticorum ab agris. Quæ feræ ab agmine armatorum in quos inciderant fugientes, cum in aliud et subinde in aliud incurrerent, fugatæ abque exterritæ hominum vociferationibus, tandem conficiebantur, aut vivæ præsertim defessæ fugitando in potestatem multorum manusque veniebant. De reb. gest.*, lib. 1.

[2] Véase Casiri *Biblioth. aráb. hisp.*, tom. 1, pág. 162.

No hay poblacion alguna de Andalucía, exceptuando á Córdoba, Sevilla y Granada, que tenga tantas y tan curiosas memorias como la ciudad de Antequera; mas por una lamentable indiferencia yacen entre el polvo de los archivos casi todas estas curiosidades: justo será dar noticia de algunas de ellas y llamar la atencion de los eruditos y bibliógrafos. La historia clásica de Antequera, la que ha servido

vas y sendas. Al N. E. descuella la Peña de los Enamorados, así llamada por un suceso de que en lugar mas oportuno nos ocuparemos. Hácia el O. E. manan las salutíferas aguas de Fuente Piedra, las que mezcladas con algunas otras salitrosas, se estancan, forman un lago de tres leguas de circunferencia poblado de ánades y de otras aves acuáticas y se convierte junto á la orilla en

---

de base á trabajos posteriores, fué compuesta por el P. Francisco Cabrera, agustiniano que floreció en el siglo XVII: esta obra corre manuscrita con el título de *Historia de la ciudad de Antequera, sus grandezas y antigüedades*, y de ella hay un ejemplar refundido, ampliado y purgado de algunas equivocaciones por el docto y laborioso P. Sanchez Sobrino: se conserva en poder de una familia ilustre de Antequera. El estilo de ambos, es decir, del autor y enmendador, es natural, sencillo; su erudicion copiosa; sus investigaciones prolijas y acertadas.

Tenemos á la vista otro manuscrito titulado *Historia de la antigüedad y nobleza de la ciudad de Antequera, por el doctor Alonso García de Yegros, canónigo doctoral que fué y despues dignidad de tesorero de la santa iglesia de Baza, natural de Antequera:* floreció á fines del siglo XVI. D. Luís de Cuesta, canónigo de la iglesia colegial de esta ciudad, hizo adiciones á la obra, y el Lic. D. José Antonio Molina, arcipreste de la misma, la continuó hasta el año 1713. Es un curioso manuscrito en 4.º algo abultado.

Tenemos además una compilacion ó *Historia general de Antequera, sacada de varios autores, año* 1814, que aunque corre anónima, sabemos que es trabajo de D. Manuel Solano, caballero ilustre de Antequera. Es un manuscrito en folio voluminoso, en el cual se encuentran reunidas muchas y muy peregrinas noticias de esta ciudad. Estadística, topografía con algunos planos, arqueología, historia propiamente dicha, biografía de hijos ilustres en la literatura, en las carreras militar y togada, poesía y traducciones caballerescas, antiguos documentos copiados de los archivos municipales y casas notables; en fin, cuanto puede apetecer la erudicion y la crítica se encuentra en dicha compilacion. D. Cristóbal Fernandez, presbítero, ha publicado en Málaga (año 1842) una *Historia de Antequera,* valiéndose de los anteriores manuscritos y particularmente del de Yegros y de la anterior

purísima sal [1]. Los campos comarcanos estaban cual hoy sembrados de ruinas majestuosas: primorosas estatuas, lápidas, pedestales, aras y otros varios objetos descubiertos por el arado revelan la existencia de poblaciones arrasadas por los extragos del tiempo y por el daño de los hombres[2].

Los árabes reconcentraron su poblacion en una altura y elevaron en ella una sólida fortaleza, aprovechando los vestigios de la romana. Habíase disminuido la riqueza, menguado la agricultura y emigrado la gente mas acomodada de Antequera con la proximidad del enemigo: al primer toque del clarin se destacaban de Lucena, Cabra y Osuna cuadrillas de aventureros cristianos, se extendian por aquellos campos talando árboles, incendiando mieses, apresando rebaños y matando hortelanos y labradores. Con esto y con la noticia de los planes y aprestos del infante, la ciudad agrícola y tranquila en otro tiempo

---

compilacion. El P. Luis Zapata y el P. Capitan han prestado en tiempos recientes algunos trabajos relativos á la historia de la misma ciudad. Mas adelante habrá ocasion de hablar de las *Coplas de Galindo,* desconocidas de nuestros literatos y anteriores al *Cancionero de Baena;* del poema castellano por D. Rodrigo Carvajal sobre *La conquista de Antequera;* del *Latino de la Peña de los Enamorados,* por el Lic. Juan de Vilches, composiciones alusivas á la historia de la misma ciudad y del *Defensorio jurídico* por el Lic. Aguila Fontiberos, impr. en dicha ciudad año 1770. Pecaríamos de molestos si fuésemos á citar las noticias que consignan en sus obras Morales, Mariana, Medina Conde, Ponz y otros escritores conocidos de cuantos poseen mediana erudicion.

1 Yegros, *Histor.,* cap. 4.

2 En el tomo I hemos publicado las inscripciones y antigüedades romanas de Antequera, prefiriendo el texto del P. Sanchez Sobrino *(Viaje Topogr.)* á los manuscritos de Cabrera y Yegros, por ser mas correcto y esmerado.

se convirtió en una imponente plaza de armas y en vasto cuartel de tropas. El rey de Granada habia reforzado la guarnicion y encomendado la defensa á Alkármen, uno de los capitanes mas intrépidos del reino.

El ejército cristiano da vista á la plaza.

El ejército cristiano columbró con fiero vocerío el alcázar enemigo: en sus altas almenas ondeaban pendones árabes, brillaban armas, y se veian grupos de gente que observaba el movimiento compasado de las legiones castellanas. El príncipe arengó á sus campeones y excitó el furor de sus soldados, recordándoles las hazañas de sus mayores y pintándoles la impiedad de la raza pérfida á quien el conde traidor habia abierto las puertas de la España. Tan prudente como fogoso, adoptó luego precauciones para evitar las sorpresas de un enemigo intrépido y astuto. Seguido de una gran escolta reconoció el terreno y sentó los reales á la falda de un otero conocido hoy con el nombre de Cerro de la Cruz y Coso de S. Francisco. Consideró el infante muy flaca esta posicion y dijo que la clave era una altura superior al castillo donde se elevaba una mezquita de morabitos y es conocida hoy por el Cerro de la Vírgen de la Cabeza. Se oponian á este pensamiento algunos caballeros alegando que era peligroso diseminar las fuerzas; mas D. Fernando les hizo ver que era un absurdo desatender aquel punto, y que esta falta de precaucion fué el principal obstáculo que tuvo el rey D. Pedro cuando cercó la misma villa [1]. Sin pérdida de momento y ya de noche dispuso que el obispo de Palencia D. Sancho de Rojas, seguido de otros campeones

Reconocimiento y disposiciones acertadas del infante.

[1] *Crón. de D. Juan II,* año 10, cap. 85.

esforzados y de 2.000 infantes y 600 lanceros, subiese y se atrincherase en aquella cumbre. Al rayar el alba se observó que esta posicion era falsa y peligrosa si otro destacamento no defendia segunda colina mas elevada, conocida hoy con el nombre de Cerro de S. Cristóbal. El infante mandó al punto ocuparle: los caballeros Martin Blazques, Fernan Perez de Ayala, merino mayor de Guipúzcoa, Frei Juan de Sotomayor, y Ramiro de Guzman, comendador de Alcántara, plantaron en él sus reales con 1.000 peones y 400 lanceros. El ejército, acampado á alguna distancia, no podia prestar pronto socorro á aquellas divisiones aisladas ni mantener incesantes comunicaciones: para evitar estos inconvenientes se trasladaron las estancias á punto mas cercano, á la explanada que hoy media entre las iglesias del Cármen y de la Victoria. El campamento se convirtió en un vasto arsenal: unos soldados levantaban parapetos y trincheras, minaban otros el terreno, allanaban los mas el camino para la conduccion de las bastidas y lombardas y construian explanadas para las baterías [1].

Los príncipes Alí y Ahmad ocupan á Archidona con un ejército. 4 de mayo.

No habia estado inerte el gobierno de Granada: Jusef convocó á todos los caballeros de su reino y mandó predicar en las mezquitas la guerra santa. Los dos príncipes Cid Alí y Cid Ahmad aceptaron el cargo de caudillos, acudieron á Archidona y revistaron en sus campos 80© peones y 50© ginetes [2]; gente allegadiza la mas, escasa

---

[1] Yegros, el autor de la compilacion ó *Historia general de Antequera* y D. Cristóbal Fernandez nos han ilustrado con sus explicaciones sobre las localidades y sus denominaciones antiguas y modernas.

[2] No parece excesivo este número al considerar lo que

de disciplina y alistada en los momentos de peligro. Los escuchas y las avanzadas del infante observaron el vasto campamento de los granadinos en los contornos de Archidona, avisaron la novedad é hicieron á los cristianos redoblar su vigilancia. Frente á frente los dos ejércitos, mandados ambos por caudillos de estirpe real, amenazada una de las ciudades mas fuertes del reino granadino, no podia excusarse sin mengua el extrago de una batalla. Al dia siguiente esperaban los cristianos el ataque hácia la Peña de los Enamorados; pero sagaces los príncipes moros flanquearon con sus huestes por los bosques del Jobo y las Fresnedas, y plantaron sus tiendas al abrigo de la sierra llamada Boca del Asna[1]. Comenzaron los desafíos y escaramuzas: el alcaide de Ronda avanzó con algunos ginetes á reconocer el campo. El obispo D. Sancho de Rojas que observó desde la Rábita sus movimientos, destacó contra ellos 100 lanceros: arremetieron unos y otros y el bravo alcaide y dos capitanes de la Serranía fueron alanceados. Un caballero granadino quedó cautivo y los demás se salvaron á todo correr. Rui Diaz de Mendoza, hijo del comendador de Estepa, Juan Carrillo de Hormasa y el gallego Anton García pelearon en esta za-

Movimiento de los moros. 5 de mayo.

Escaramuzas y batalla sangrienta.

dice la *Crón. de D. Juan*, año 10, cap. 87: «El rey de Granada como supo que el infante estaba sobre Antequera, mandó á dos infantes sus hermanos que con todo su poder fuesen á la villa de Archidona, y mandó pregonar que todos los moros de Granada, así de caballo como de pié, de todas sus ciudades y villas se fuesen á Archidona."

[1] La Boca del Asna es una hendidura ó corte de la cordillera que se prolonga hácia el mediodía y abre paso á la gente de tierra adentro para la costa de Málaga.

lagarda con heróico esfuerzo. El prisionero, conducido á la tienda del infante é interrogado con prolijidad, reveló las fuerzas y planes del enemigo y facilitó el acierto en las combinaciones posteriores. Intentaban los príncipes moros envolver las divisiones atrincheradas en los cerros, arrojarlas de su ventajosa posicion y precipitarse sobre la llanura para desbaratar la gente que en ella acampaba. D. Fernando reforzó entonces la línea avanzada de la Rábita con un destacamento de 500 lanceros á las órdenes de Rodrigo de Narvaez, de Álvaro el camarero y de Pedro Alonso Escalante: este escuadron se colocó en el cerro que hoy se llama de Sta. Lucía. El murmullo y la algazara del ejército enemigo disipó el sueño á los cristianos, y les hizo velar armados [1]. Al alba siguiente mandó el infante que D. Pedro Ponce de Leon, Carlos Arellano, D. Lorenzo Suarez de Figueroa, Frey Juan de Sotomayor y Ramiro de Guzman avanzaran con 800 lanzas y 300 peones á reconocer el campamento de los moros. Estos destacaron guerrillas de flecheros y algunos escuadrones, y les obligaron á replegarse á la altura donde formaban los 500 caballos de Rodrigo de Narvaez y sus compañeros. No tardó en oirse un confuso estruendo de atabales y trompetas en las lineas moriscas: sus divisiones avanzaban en movimiento concéntrico hácia las alturas de la Rábita, donde el obispo de Palencia D. Sancho de Rojas se habia atrincherado. Observaban los cristianos desde sus eminencias las huestes

Martes 6 de mayo.

---

[1] « Oian muy claro el ruido que los moros tenian en su real y estubieron toda la noche armados por recelo de los moros.'' *Crón. de D. Juan II,* año 10, cap. 90.

moras, distinguian á sus alcaides y banderas y admiraban el peregrino contraste de los albornoces rojos y de los turbantes de mil colores, uniforme de la tropa agarena, con el fresco verdor de las yerbas y el matiz de las flores que el aura de mayo habia extendido como alfombra de aquellos campos[1]. Los soldados del obispo, reforzados con la hueste de Juan de Velasco, de Diego de Sandoval y de Pedro de Stúñiga, rechazaron una furiosa carga dirigida por el alcaide de Alhama, tan tenaz en la pelea, que se entró alfanje en mano en el palenque, y murió acuchillado cual rabioso tigre. Los infantes granadinos formaron empeño en posesionarse del cerro, y reiteraron el ataque con duplicadas fuerzas á las órdenes de un alfakí, que tan pronto explicaba en las mezquitas de Granada las suras del Coran como blandia la cimitarra en el campo de batalla. Los cristianos, parapetados en la trinchera, resistieron la formidable embestida, y cobrando aliento mayor con la llegada de la division sevillana, capitaneada por Lope de Stúñiga y los caballeros Manriques, dispersaron á los adalides infieles y despedazaron al alfakí, que rehusando abandonar su puesto, gritaba á los suyos que huian: «Volved cara, cobardes, y no morireis[2].» Lope de Stúñiga y Fernan Sanchez, deseosos de señalarse y de ganar mayores indulgencias del papa, se adelantaron con mas arrojo que acierto

---

[1] «Parecia del real del obispo que venia toda la sierra cubierta de moros y traian todos quejotes bermejos y las barbas y cabellos alheñados que parecian vacas.» *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 90. Aun es mas expresivo Lorenzo Valla: *Siquidem non alia veste amicti erant quam rubra venustate, aut ex ambobus discolore. De reb. gest.*, lib. 1.

[2] *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 91.

hasta el mismo frente de la gran línea agarena, provocaron á algunos ginetes y no tardaron en experimentar los resultados de su imprudencia. El primero cayó alanceado sin vida: el segundo se retiró veloz y culpó al alcaide de los Donceles y á D. Diego de Rivera por haber presenciado el lance con indiferencia [1].

Son vencidos los moros.

Cid Alí y Cid Ahmad se pusieron entonces á la cabeza de sus columnas con designio de conquistar la única posicion que les hacia dueños del campo enemigo. En el mismo instante, los castellanos avanzaron guiados por el estandarte de Santiago y entusiasmados con la presencia del infante que blandia la espada de S. Fernando y con las exhortaciones de un fraile del Cister que corria las filas enseñando un crucifijo. Una descarga de flechas aclaró las opuestas líneas; la infantería se precipitó espada en mano y la caballería trabó tambien reñido combate. Estubo largo rato indecisa la victoria: los moros comenzaron por fin á perder terreno, y su movimiento no tardó en convertirse en huida á la desbandada.

Persecucion y despojos.

Rotas y deshechas las filas agarenas viéronse aquellos campos inundados por turbas que buscaban un amparo en las escabrosidades de la sierra. Los caminos de Cauche, Málaga y Archidona quedaron inundados por pelotones fugitivos, y el espacio que media entre el paraje donde fué trabada la batalla y los puertos de la Escaleruela y Boca del Asna, cubierto con las reliquias del ejército vencido. Millares de infieles perecieron despiadadamente alanceados en los alcances. Algunos se precipitaron en cavernas y se despe-

---

[1] *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 91.

ñaron desesperados por derrumbaderos y tajos[1]. Cid Alí y Cid Ahmad se salvaron. Mayor habria sido la matanza si la soldadesca cristiana no hubiese sido mas sensible al incentivo del botin que á la gloria del vencimiento[2].

Si damos crédito al elegante historiador de esta campaña [3], 30© moros quedaron tendidos sobre el campo: los cristianos tuvieron pérdida insignificante. La presa fué tan cuantiosa como se podia esperar de un ejército acostumbrado á marchar con pompa asiática. La soldadesca cayó sobre las tiendas asentadas á la falda de la sierra, las desgarró con sus manos ásperas y arrebató alhajas, armas, almohadones, alfanjes magníficos, lanzas, bridas de caballos y albornoces bordados. En aquella confusion fueron cautivadas 500 damas; la mayor de las afrentas para unos guerreros que se preciaban de rígidos en sus celos y de galantes: 2.000 banderas blancas de los capitanes y alcaides y el pendon real de tela roja en cuyo centro se veia una granada de realce abierta en cascos, fueron mayor trofeo de la victoria[4]. D. Fernando repartió el botin entre los soldados, adjudicó las banderas á los campeones mas bizarros, y únicamente reservó para sí un hermoso caballo overo hallado en la tienda

---

1 Valla, *De reb. gest.*, lib. 1.

2 *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 91.

3 Valla, *De reb. gest.*, lib. 1. *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 91.

4 Mosen Diego de Valera y Valla refieren los despojos y trofeos ganados: «Siguieron el alcance hasta que recogieron toda la gente, y volvieron al real de los moros donde hallaron mucho oro y plata, y mucha moneda amonenadada, y muchos caballos y mulas, y muchos y muy ricos jaeces, y seiscientas tiendas y muchos moros y moras en ellas.'' *Cró-*

de Cid Alí[1]. D. Pedro Ponce de Leon y sus caballeros persiguieron á los dispersos camino de Málaga; y los hermanos Manriques y Carlos de Arellano acosaron á otras bandas hácia Cauche. Durante el dia no fué posible llamar á las filas á los soldados entretenidos con el halago del botin. Al ponerse el sol acudieron los vencedores al campamento, donde habia permanecido con suficientes fuerzas D. Lorenzo Suarez de Figueroa. Engreidos los soldados con su triunfo amenazaban de muerte á los vigías árabes, á quienes veian pasear con ademan sombrío en las altas almenas. Los pueblos cristianos celebraron hecho de armas tan brillante con procesiones, romerías y regocijos profanos.

Resistencia de los moros cercados.

Alkármen el alcaide y sus intrépidos compañeros no solo no se desalentaron con tal reves, sino que respondian con insultos á las invitaciones de rendirse. Los sitiadores esperaban de Sevilla maderos para construir bastidas y escalas é introducirse á viva fuerza: al fin llegó el tren

12 de mayo

conducido por Hernan Rodriguez de Monroy, y en breve fué construido y puesto en la explanada que se llama del Cármen un castillo portátil. Los antequeranos, que observaron los aprestos del enemigo, acestaron una pieza de artilleria contra la nueva máquina, la destrozaron y barrieron con disparos de metralla y con nutridas descargas de

---

nica dedicada á la reina D.ª Isabel la Católica, p. 4, cap. 125. Valla, que fija el número de mujeres cautivadas, dice que los vencedores se apoderaron del estandarte real: *Unum præterea Granatæ, cujus in meido pictum erat granatum (ita enim malum punicum vulgo vocans) hians phenicæa grana exerens. De reb. gest.*, lib. 1.

1 *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 91. Mosen Diego de Valera, *Crón.*, p. 4, cap. 125.

flechas los parajes descubiertos: la vista del suelo sembrado de cadáveres arredró á la gente del condestable Rui Lopez Dávalos, encargada de aquella maniobra. El infante hizo entonces armar otras dos bastidas, y encomendó su movimiento á Garci Fernandez Manrique, á Carlos de Arellano y á Rodrigo de Narvaez: las compañías aguerridas de estos capitanes quedaron sacrificadas con el horrible fuego de las baterías de la plaza, y principalmente con los disparos frecuentes y certeros de una lombarda colocada en la torre del Homenaje. Viendo que no era posible realizar trabajo alguno sin apagar los fuegos de esta máquina formidable, se brindó á inutilizarla un artillero aleman llamado el maestro Jácome: aprestó éste otra lombarda, hizo varios disparos sin éxito, y por último logró con fija puntería introducir una bala por la boca del cañon enemigo y apagar sus fuegos. La alegría de esta operacion se turbó con una noticia desagradable. Un escuadron de caballeros jóvenes del reino de Jaen habia entrado en tierra de moros: atacado junto á Montegícar por el alcaide de Bogarre, fué disperso y perseguido despiadadamente; perecieron 70, muchos mas quedaron cautivos, no habiéndose salvado mas que Pedro Muñoz y Diego Gonzalez Mejía con 12 ginetes[1].

Operacion arriesgada.

Aunque estaba destrozada la principal batería del enemigo, habia que vencer nuevo obstáculo para aproximar las bastidas: un foso profundísimo interceptaba el terreno y abrigaba y defendía el paño de la muralla, y no habia otro medio de ejecutar la operacion que colmar de es-

---

[1] *Crón. de D. Juan II,* año 10, cap. 94.

combro la honda cava. Algunas compañías recibieron órdenes de emprender tal faena provistas de espuertas, que era condenarlas á una muerte segura. Antes que el material, caian los cadáveres en el foso, y los peones que escapaban ilesos contraian tal terror, que resistian las órdenes de mando y se arremolineaban sin avanzar: el instinto de conservacion era mas poderoso que el rigor de la disciplina. La bravura del infante restableció el celo infatigable del soldado; montado á caballo arengó con brio, echó luego pié á tierra, y tomando una espuerta, llegó al borde del foso y la vació diciendo: «Avergonzaos, y ha«ced lo que yo hago." Una descarga que recibió sobre el arnés le hizo vacilar y casi rodar por tierra. Los capitanes y soldados, arrostrando espesa lluvia de balas, piedras, flechas y saetas envenenadas, candela y aceite hirviendo, nivelaron el suelo y aproximaron las bastidas. Carlos Arellano, Álvaro Camarero, Rodrigo de Narvaez, Pedro Alonso Escalante y otros muchos bravos quedaron heridos entre montones de cadáveres. Alkármen hizo una salida contra las estancias de D. Lorenzo Suarez de Figueroa, acuchilló á los soldados y redujo á cenizas las máquinas allí preparadas. Por la tarde reiteró el ataque hácia las compañías de Carlos Arellano, hirió á otros y mató al adalid Ruiz de Avendaño.

Valor del infante.

Asalto malogrado.

El infante resolvió dar el asalto en la mañana de S. Juan, mas un remolino de viento y polvo cruzó los aires como aparicion siniestra y dilató la operacion hasta el dia 27. Al apuntar el alba dieron las trompetas señal de ataque: las columnas avanzaron, las bastidas giraron con imponente movimiento, y los moros que coronaban las torres y baluartes menudearon sus tiros y flechazos: afianzadas las escalas resultaron cortas y frá-

giles; y los cristianos se retiraron desalentados[1]. Esta malograda tentativa aumentó el ardimiento de los moros. El infante procuró distraer á sus soldados, que ya dudaban del éxito de la empresa, y ocuparlos en acopiar víveres. Garci Fernandez Manrique, Carlos de Arellano y Alonso Martinez de Angulo recibieron órdenes de correr los campos de Archidona y Loja. Otras divisiones fueron destacadas hácia Ronda, Cártama y Álora: unas y otras volvieron con provisiones abundantes[2]. No tuvo igual fortuna el jóven Hernando de Saavedra, alcaide de Cañete; sorprendido en sus merodeos por el gobernador de Setenil, fué muerto de un bote de lanza[3].

Partidas de merodeo.

El rey Jusef escribió al infante proponiéndole partidos ventajosos, con tal que levantase el cerco. Zaide Alamin, emisario granadino, obtuvo paso entre las filas castellanas y propuso las bases de su alianza. Inflexible D. Fernando, respondió que no admitia treguas hasta rendir á Antequera; y que si despues los moros querian paz, sería negociada con las tres condiciones siguientes: 1.ª que Jusef se declarase vasallo del rey su sobrino: 2.ª que pagase las parias de sus antecesores; y 3.ª que diese libertad á todos los cautivos. Como Zaide Alamin vió que estas condiciones no eran admisibles, derramó el oro entre algunos villanos comprometiéndolos á incendiar los reales. Descubierta la conspiracion, fueron descuartizados los culpables y sus miembros ensartados en escarpias. Rodrigo Velez, á cuya delacion se debió el descubrimiento del plan, re-

Proposiciones del rey Jusef.

Conspiracion descubierta.

---

1 *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 98.
2 *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 99 y 100.
3 *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 101.

cibió en recompensa vestidos y caballos, obtuvo para sí y sus descendientes el apellido de *Antequera*, y conducido luego á la corte recibió de mano de la reina gobernadora 10.000 mrs.[1]

Cerco de tapias: nuevos recursos del infante.

Continuando pertinaces los moros en su defensa, tuvo el infante que recurrir á las operaciones lentas de un sitio regular: decidido á no levantar los reales hasta rendir la plaza, mandó cercarla con tapias, dobles en algunas partes, triples en otras, como único medio de evitar las comunicaciones que Alkármen mantenia con los moros del exterior. Alarmado con la noticia de que Jusef aprestaba un nuevo ejército, pidió socorro á las ciudades de Andalucía, y dispuso con penas rigorosas que volviesen á las filas los muchos desertores de Córdoba, Jerez, Carmona y otros lugares. Consumidos ya los subsidios, solicitó nuevos recursos: el clero hizo considerables adelantos y se aumentó el tesoro con una fuerte derrama sobre el caudal de los judíos, en calidad de empréstito reembolsable en el termino de cuatro meses, y la reina suplió de su peculio algunas cantidades; de esta suerte se dieron pagas al soldado y se activaron los trabajos del cerco.

Batalla en

En torno de los reales habia diseminados ex-

[1] La *Crón. de D. Juan* refiere con suma prolijidad los detalles de la conspiracion, y á pesar de ello dudamos de la exactitud de este hecho. No es verosímil que Zayde confiase á un trompeta su propósito de incendiar los reales, ni era posible que un corto número de personas iniciadas en el plan abrasase simultáneamente las muchas tiendas asentadas en torno de la villa. Creemos que la maldad de un villano deseoso de medrar y de granjearse partido entre los cristianos, fingió la conspiracion y procuró cohonestar su superchería disponiendo que fuesen sorprendido algunos incautos con hachos preparados para cocer sus viandas.

ploradores que avisaban las novedades de algunas leguas á la redonda. Una mañana brillaron sobre la Peña de los Enamorados las hogueras çon que señalaban los espías la proximidad del enemigo. Alonso Alvarez de Hinestrosa, comendador de Azuaga, cabalgó al punto con 500 caballos y partió á cerciorarse. Salieron en pos Carlos Arellano, Garci Fernandez Manrique, Álvaro Camarero, Rodrigo de Narvaez, Pedro Alonso de Escalante y Juan Carrillo de Toledo con banderas desplegadas, y no tardaron en saber por un peon fugitivo, que el alcaide de Archidona con 400 caballos habia apresado tres criados y dos guardas del infante, y que quedaba batiéndose con los lanceros del comendador en las márgenes del arroyo del Ciervo[1]. Rodrigo de Narvaez y sus compañeros corrieron á tomar parte en la refriega y antes de pasar la angostura de la Peña esperaron á D. Pedro Ponce de Leon que conducia de refuerzo los pendones de Córdoba. Al desembocar estos en la vega de Archidona divisaron la caballería del comendador, retraida y sin atreverse á embestir á las fuerzas enemigas ordenadas en batalla. Unos 600 caballos moros formaban en mitad de la vega de Archidona y 1.200 peones se apoyaban á retaguardia en las colinas con que termina por levante aquella llanura, y que son conocidas hoy por las Cumbres de la Samiaja. Los cristianos que contaban con iguales fuerzas, no titubearon en provocar á los contrarios, y para ello avanzaron en correcta formacion tocando

la vega de Archidona.

---

[1] Este arroyo nace en término de Archidona, corre por unas cañadas asperísimas, sale á la vega de la misma villa, fertiliza un pago de huertas y pierde su nombre en el Guadalhorce.

trompetas y tremolando el pendon de Jerez. Los caballeros lucian sus arneses en la delantera y protegian la linea de peones que caminaban á retaguardia. Los agarenos se precipitaron con insolencia, y fué necesario todo el valor de D. Pedro Ponce de Leon, de Rodrigo de Narvaez y demás caballeros para resistir la primera embestida y sostener un segundo ataque. Los moros retrocedieron al fin, y diseminados varios por los páramos inmediatos y dispersos otros en la vega, permitieron que los cristianos se aproximasen á las mismas puertas de la villa[1]. El comendador D. Fadrique y Diego Perez Sarmiento llegaron al campo de batalla decidida ya la accion, y aunque se aproximaron tambien á Archidona, reconocieron la fortaleza de sus muros y la imposibilidad de rendirla sin formal asedio. Todos volvieron triunfantes á los reales.

Entretenimientos del infante. A. 1410 de J. C. 2 de setiembre.

El infante se distraia durante las fatigas del sitio haciendo cabalgadas militares por la comarca y entreteniéndose en gentilezas propias de aquel tiempo. Un hijo del conde de Fox acudió al campamento atraido por la fama de tan alta empresa, y fué armado caballero. Alkármen continuaba su resistencia heróica y habia acobardado con su valor á los soldados castellanos: alentó á estos una noticia trasmitida por un judío descolgado por la muralla para hacerse cristiano: los sitiados carecian de agua, se surtian del rio que corre lamiendo los escabrosos peñascos sobre los cuales se elevan aun los muros, y disimulaban la necesidad bajando por un postigo en la

---

[1] Valla, *De reb. gest.*, lib. 1. *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 110.

oscuridad de la noche. Diego Fernandez de Quiñones y Juan Hurtado de Mendoza quedaron encargados de acechar á los aguadores y privar á los cercados de aquel recurso, y lo consiguieron sosteniendo reñida escaramuza. Causó nuevo entusiasmo en la tropa la vista del pendon de S. Isidoro, enarbolado por un fraile á quien seguian numerosos voluntarios. Reorganizado el ejército y restablecida la disciplina, mandó el infante que las baterías continuaran sus disparos; se figuraban asaltos para hacer á los moros subir á las explanadas y lanzarles á cuerpo descubierto mortífera metralla. Diezmada con este ardid la guarnicion recibió impulso una bastida, quedó afianzada con una áncora á la torre del Homenaje, y las trompetas señalaron á los soldados el momento de morir ó vencer. Es imposible relatar los prodigios de valor de asaltantes y sitiados en aquel ataque simultáneo. Los caballeros disputaban por subir á las explanadas de las bastidas, y pelear cuerpo á cuerpo con los moros. La historia nos ha trasmitido el nombre del vizcaino Juan Choque, que pereció el primero en las almenas de la torre de la Escala; el de Juan de S. Vicente, que quedó mal herido; y los de Gutierre Torres, Gonzalo Lopez de la Serna, Sancho Gonzalez Chirino y Fernando de Baeza, que los siguieron en el asalto. Los pendones de los caballeros y concejos y los de Santiago y S. Isidoro ondearon en los torreones del recinto de la muralla obstruida con los cadáveres de sus defensores. Las tropas se precipitaron en la poblacion y asesinaron indistintamente á cuantos no habian podido ganar el alcázar. Únicamente fueron perdonadas algunas mujeres para sufrir los ultrajes de una soldadesca desenfrenada y sorda, durante sus violencias, á los reiterados pregones

Quedan los moros privados del agua.

Asalto general: 16 de setiembre.

del infante [1]. La artillería colocada al punto sobre las ruinas de la poblacion comenzó á desmantelar el segundo recinto. Alkármen, reducido al estrecho ámbito del alcázar, sin víveres, sin agua y abrumado con la consternacion de las muchas familias que allí gemian, conoció que no era posible defenderse largo tiempo. Para mayor tribulacion los castellanos acestaron 19 bombas seguidas, y desmantelaron de tal modo un ángulo, que no bastaban esfuerzos humanos, parapetos ni faginas. En tan apurada situacion enarboló Alkármen bandera de parlamento. El conde D. Fadrique y el obispo D. Sancho entraron en la fortaleza á conferenciar y admiraron la serenidad y entereza del moro: pedia éste para ren-

Apuro de los moros refugiados en el alcázar.

Proposiciones de rendirse: 19 de setiembre.

---

[1] Valla, *De reb. gest.*, lib. 1. *Crón. de D. Juan II,* año 10, cap. 112. Los historiadores de Antequera, Cabrera, Yegros y Fernandez.

D. Rodrigo de Carvajal en su poema *La Conquista de Antequera,* impreso en Lima año 1627 y dedicado al rey Felipe IV, refiere todos los lances del asalto: para muestra de su estilo copiamos la siguiente octava del canto 20, relativa á la proeza de Juan de San Vicente:

« Mas Juan de San Vicente fué el primero
Que tomó posesion del alto muro,
Recogiendo de un bravo rodelero
En su fuerte pavés un golpe duro;
Mas pagole con otro el caballero,
Y el alma le arrojó al infierno oscuro;
Partiéndole rodela, brazo y frente,
Hasta la trabazon del labio y diente. ''

Es muy extraño que nuestros críticos, que han analizado obras como la *Bética* de Juan de la Cueva y otras composiciones lánguidas, apenas hagan mencion del poema de *La Conquista de Antequera,* escrito con mas gracia y soltura que otros muy encomiados, y sobre todo fecundo en tradiciones romanescas.

dirse, libertad de personas, seguridad de bienes y esmerada asistencia de los heridos y enfermos. Inexorable D. Fernando, respondió que si no se fiaba instantáneamente á su clemencia y entregaba todos los cautivos que gemian en las mazmorras y renunciaba con los suyos todos bienes y haciendas para don de sus soldados, reduciria á polvo el alcázar y pasaria á cuchillo á cuantas personas hubiera en él. Alkármen contestó que condiciones tan deshonrosas eran mas crueles para un soldado que la muerte misma; que prolongaria la resistencia hasta perecer bajo los escombros. La artillería reiteró sus explosiones, y causó tal estrago que los sitiados perdieron toda esperanza, y enarbolaron segunda vez bandera de paz. Las puertas del castillo rechinaron nuevamente para dar entrada al conde D. Fadrique y al obispo de Palencia: otorgaron éstos las capitulaciones sin otro beneficio para los sitiados que la libertad de las personas y la conservacion de bienes muebles [1]. El dia designado para la ceremonia de la entrega se formó el ejército castellano en extensa línea. Alkármen, seguido de un puñado de valientes, extenuados cual sombras por el hambre, por los insomnios y combates de cinco meses, abandonó los muros que habia defendido con gloriosa perseverancia. Dos mil seiscientas treinta y ocho personas [2], escasos restos de

Capitulacion: 24 de setiembre.

Ríndense los moros: 25 de setiembre.

---

[1] Entre los documentos fidedignos sobre la conquista de Antequera merece citarse la carta que Alonso Fernandez Cascales, alcalde de corte y testigo de aquel hecho de armas, escribió á la ciudad de Murcia refiriendo los pormenores de la entrega. Cascales, el autor de los *Discursos históricos* la ha publicado.

[2] La *Crónica de D. Juan II*, año 10, cap. 117, fija este número: Cascales, carta cit., el de 2815.

una poblacion floreciente, salieron lanzando miradas de desconsuelo al cielo de su infancia y vertiendo lágrimas entre los paternos hogares que perdian para siempre. Las madres y las esposas suspiraban al mirar entre los escombros el cadáver de un hijo ó de un marido, á quien la mano del soldado castellano arrojaria con desprecio en innoble sepultura. Los mismos vencedores, no exentos de sensibilidad y admirados de la heróica resistencia de aquellos moros, les prodigaron todos los socorros posibles en su deplorable estado, les proporcionaron mil bestias para conducir á Archidona sus mujeres, sus ancianos, sus niños, sus heridos y enfermos, y les permitieron vender y trasportar algunos utensilios y muebles, únicos restos de su naufragio. Cincuenta personas espiraron en el camino de aquella villa, y muchas mas dentro de ella[1].

Es ocupado el alcázar.

El conde D. Fadrique y el obispo D. Sancho de Rojas subieron á la fortaleza con las compañías que mas se habian distinguido en el asalto, y tremolaron el pendon de la Cruzada: á su vista aquellos castellanos de porte altivo se arrodillaron contritos y repitieron en coro el *Te Deum*, entonado por muchos clérigos y frailes que ceñian espada en el campamento. Ondeó en seguida el entandarte del Apóstol, que fué saludado con las marciales aclamaciones de «Santiago, San-

---

[1] Cascales tributa admiracion al valor y perseverancia de los moros sitiados: « No habia moro valiente que no fuese herido ó muerto...... y daban que hacer (los moros) no durmiendo ni holgando como fuertes y valientes y leales guerreros, y tanto que todos los caballeros de los cristianos se admiraban cómo hombres de carne y hueso podian sufrir tanto. " *Carta cit.*, Véase Perez Guzman, *Gener. y semb.*, cap. 4.

«tiago." Desplegose por último el de Castilla con iguales muestras de entusiasmo. Los vecinos de los fuertes comarcanos Jevar, Aznalmara y Cauche imploraron la clemencia de los vencedores, abrieron las puertas á los destacamentos castellanos y se declararon vasallos del rey niño D. Juan II. El infante quiso saborear su victoria y celebrarla con una accion de gracias al Dios de los ejércitos. Luego que los capitanes y soldados reposaron de sus arduos trabajos, dispuso consagrar la mezquita del castillo y celebrar en ella una misa solemne. Salieron las tropas á sus campamentos y los altos personajes fueron llamados para formarse en solemne procesion. Los caballeros, vestidos de hierro, los adalides, los fieros capitanes trocaron sus sangrientas espadas por frágiles cirios, y marcharon entonando la letanía con admirable recogimiento y devocion: los clérigos y frailes delanteros llevaban cruces, reliquias de algunos mártires españoles, escapularios y la bula de la santa Cruzada: seguian algunos alféreces enarbolando las banderas de Santiago, la de S. Isidoro de Leon, las de las armas del infante y el estandarte de su divisa: el arzobispo de Santiago D. Lope de Mendoza con su servidumbre y una comitiva numerosa, cerraba con grande aparato la procesion. En esta forma se encaminaron los vencedores á la mezquita. El arzobispo de Santiago purificó con las ceremonias del rito el templo pagano, y lo puso bajo los auspicios del Salvador. El obispo de Palencia celebró la misa, y un fraile domínico[1] convirtien-

Entréganse otros castillos: 28 de setiembre.

Procesion: fiesta solemne. Medidas del infante. 1.° de octubre y siguientes.

---

[1] Los analistas de Antequera aseguran que predicó un religioso domínico: una inscripcion publicada por D. Antonio

do en púlpito el alminar del almuhedin, tegió el panegírico de los conquistadores. El infante donó á la nueva iglesia una cruz de oro y dos campanas; y la bandera de sirgo que los moros tremolaron en el alcázar durante el asedio, quedó convertida en casulla, que aun se conserva cuidadosamente por el clero antequerano. Concluidas las ceremonias religiosas, no se detuvo en la ciudad el príncipe victorioso sino el tiempo preciso para distribuir las casas y haciendas entre los conquistadores y organizar el gobierno de ellos. Rodrigo de Narvaez, el doncel mas bravo del ejército, obtuvo la alcaidía; Gonzalo Chacon su primo, la vara de alguacil mayor y el título de alférez: 10 caballeros fueron nombrados regidores y jurados, y Alonso Lupion escribano público y secretario del concejo: 500 infantes, 130 ginetes y 1.000 ballesteros quedaron de guarnicion á las órdenes del alcaide, previo juramento de rendir siempre pleito homenaje al rey D. Juan. Adoptadas estas prevenciones regresó el infante con su ejército á Sevilla, donde fué recibido con singulares regocijos [1].

Tal fué la conquista de Antequera, en cuya empresa lucharon de poder á poder castellanos y

---

Ponz (*Viage de Esp.*, tom. 18, carta 4), dice que fué D. Sancho de Rojas. Nos parece lo primero mas verosímil.

[1] Los conquistadores de Antequera proclamaron (no sin algunas controversias) á Santa Eufemia patrona de la poblacion, y adoptaron por armas de la ciudad una jarra de azucenas (insignia de la órden de la Terraza, instituida por el rey de Navarra D. García y restaurada por el infante D. Fernando), un castillo á la derecha y un leon á la izquierda: sobre el primero una *A*, sobre el segundo una *Q*, interpretadas *Antequera;* en la garganta de la jarra una *T*, Terraza, y al pié de ella la cifra *P. S. A. Por su amor;* aludiendo al infante.

granadinos y brillaron el heroismo de los moros y el vasto genio del príncipe D. Fernando. El digno nieto del rey Santo aplacó la sed de gloria que aquejaba á su alma de fuego, añadiendo al blason de sus mayores el título de *infante de Antequera*; mas la grandeza misma de su hazaña debilitó al estado é impidió la continuacion de la guerra: varias circunstancias preparaban la opinion en Castilla á favor de la paz.

Fundan los antequeranos un barrio en Granada.

Alkármen y sus heróicos compañeros vinieron á Granada, contaron al rey su desgracia y pidieron hospitalidad para sí y sus familias empobrecidas. Jusef, no pudiendo desatender á unos súbditos leales que habian dado tan glorioso ejemplo de valor y perseverancia, les distribuyó limosnas, les proporcionó medios de subsistencia y les asignó viviendas casi á las puertas de su alcázar. El nombre de *Antequeruela*, uno de los barrios de Granada, recuerda aun la desventura de los emigrados que lo fundaron[1].

Tendencia á la paz.

Jusef, poco activo durante la campaña, quiso vengar la pérdida de una ciudad importante. Algunos campeadores se presentaron á la vista de Antequera, recobraron el castillo de Jebar y prendieron al alcaide Pedro Escobar. Rodrigo de Narvaez reconquistó aquel fuerte y lo aseguró con un destacamento de 100 caballos y 100 peones.

La penosa campaña habia consumido los recursos del estado, y las hostilidades requerian nuevos sacrificios que no podian soportar los pueblos exhaustos. Al mismo tiempo la muerte de

---

[1] Aun se conserva aunque ruinoso el barrio de la *Antequeruela*.

D. Martin, rey de Aragon, trasmitió al esforzado príncipe derechos á esta corona[1]; y como sus vasallos le aclamaban rey, cerciorados de que ocuparia dignamente el trono propio quien sabia sostener á un débil niño en el de sus mayores, fué precisa la ausencia del conquistador de Antequera. Ocurria para transigir, el inconveniente del agravio hecho á los granadinos y la venganza que preparaban. Afortunadamente para Castilla, la traicion del alcaide de Gibraltar obligó á Jusef, no solo á mostrarse propicio para la paz, sino á solicitarla con instancia.

Sedicion en Gibraltar. A. 1411 de J. C.

Los benimerines africanos habian perdido su señorío de Gibraltar y Ronda durante las campañas de D. Alfonso XI, y los granadinos con capa de amistad habian guarnecido ambas fortalezas y las retenian por la aquiescencia y debilidad de sus rivales. Un pérfido y ambicioso alcaide faltó á sus juramentos, desconoció la autoridad del rey de Granada, y expulsando á los vecinos que no le inspiraban confianza, enarboló la bandera del benimerin en la torre del alcázar. El califa de Fez aprovechó la ocasion de recuperar la llave del Mediterráneo, perdida por sus antecesores, y sobre todo de alejar de su corte con pretexto plausible á su hermano Abu-Said, temible por su popularidad. Mil caballos y dos mil peones desembarcaron en la Punta de Europa á las órdenes del príncipe africano. Marbella y los pueblos de la Serranía de Ronda se sometieron con la inesperada presencia de la hueste extranjera, y Jusef tuvo por esta causa que activar la conclusion de los

Desembarcan tropas de Marruecos.

[1] Valla, *De reb. gest.*, lib. 1 y 2. Mariana, *Histor. gen. de Esp.*, lib. 19, cap. 21 y lib. 20, cap. 4.

tratados de paz con Castilla. Zaide Alamin acudió á Sevilla con exquisitos presentes, y negoció la tregua; y libres los granadinos de la guerra con los castellanos, acudieron contra los advenedizos. La guardia real de Granada salió á marchas dobles, capitaneada por el infante Cid Ahmad: los benimerines abandonaron con la proximidad del enemigo el territorio que acababan de invadir, y reconcentrados en Gibraltar fueron cercados rigorosamente. Los africanos, no habiendo tenido sobrado tiempo para acopiar víveres en la fortaleza, experimentaban los horrores del hambre, y únicamente les alentaba la esperanza de los socorros pedidos con instancia á Fez. El califa hipócrita, falso, envidioso, sentia interiormente que su hermano se granjeara la gloria del vencimiento y que despertase las simpatías del pueblo, y temia por otra parte no concitar odios abandonándole á sus propios recursos. La política bárbara de la corte africana sugirió un medio de conciliar tan opuestos deseos. Se hizo saber al pueblo congregado en las mezquitas que el rey aprestaba una escuadra surtida de municiones y víveres abundantes (siendo así que únicamente se preparaban algunas embarcaciones viejas y mal equipadas), y se anunció el dia en que habia de hacerse á la vela: al propio tiempo se recibió en Granada la noticia de la hora en que la mentida escuadra habia de arribar á las costas andaluzas. Los buques de Almería y Málaga cruzaron en el Estrecho y apresaron el miserable y decantado convoy[1]. Abu-Said

Otorga Jusef la paz con los castellanos.

Perfidia del califa de Fez.

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 28. Mármol, *Descrip.*, lib. 2, cap. 38.

Prision del príncipe benimerin.

se rindió á discrecion, y cuando esperaba que Cid Ahmad le entregese á la lanza, á la saeta de sus soldados ó á la cuchilla del verdugo, halló á un amigo que le abrazó cariñosamente; que le brindó con su tienda y que le condujo á Granada con toda distincion entre sus soldados triunfantes. Jusef le recibió en la Alhambra con demostraciones igualmente afectuosas, le alojó en el regio alcázar, y puso á sus órdenes negros y esclavos y todo el séquito de una servidumbre real [1]. Regocijado el tirano de Fez con el cautiverio de su hermano Abu-Said quiso dar complemento á sus planes execrables brindando á Jusef con una perpetua alianza, bajo condicion de que envenenase al noble prisionero. El rey de Granada era demasiado justo y clemente para convertirse en vil asesino; además los recuerdos de su infortunio le hacian constituirse en defensor de todo procripto, y mayormente de un príncipe expuesto cual él en otro tiempo á las asechanzas de un criminal hermano. La política aconsejaba tambien utilizar la influencia de un cautivo que contaba en Fez con muchos y muy ardientes partidarios. Así el soberano granadino rechazó con indignacion la abominable propuesta, se abstuvo de contestar al benimerin, y entregó las cartas á Abu-Said. Pasmado y absorto éste con su lectura postrose á las plantas de Jusef, y le pidió soldados para lanzar del trono á un monstruo indigno de llamarse rey. Jusef facilitó recursos á Abu-Said y para ello dió libertad á los cautivos expedicionarios de Gibraltar. Muchos caballeros de Granada se ofrecieron á tomar parte con sus

Expedicion de los gra-

[1] Conde, p. 4, cap. 28.

vasallos en la campaña, y preparada una hueste respetable pasó el infante benimerin á bordo en la rada de Almería, navegó felizmente y se apoderó de Ceuta. El califa, que juzgaba ya hundido en el polvo á su aborrecido hermano, recibió con un pavor, igual á la alegría de que se hallaba poseido, la noticia de la aparicion del enemigo y pérdida de Ceuta, y la mas grave aun, que la hueste granadina se reforzaba con muchas tribus de la costa del Riff. Mayores fueron sus sobresaltos cuando llegaron repetidos avisos de que Abu-Said se proclamaba rey y avanzaba á banderas desplegadas hácia la corte. El caudillo Abdalá Tariff, único jefe de reputacion con quien podia contar el tirano, y el español Juan Gonzalez de Valladares[1], natural de Campos, capitan de algunas compañías renegadas, salieron con todas las fuerzas disponibles á evitar la marcha del infante. La aguerrida caballería granadina dió una prueba de su valor, dispersando en la primera carga á los soldados enemigos, y sembró de cadáveres las campiñas de Fez, entre los cuales quedó para pasto de las aves el de Juan Gonzalez. Abdalá Tariff cayó prisionero con sus cabos y capitanes. Triunfo tan completo abrió las puertas de la capital africana é hizo probar al tirano las vicisitudes de la fortuna: el populacho morisco le encadenó en el mismo alcázar regio y le condujo á los piés de su hermano victorioso. Abu-Said, clemente como Jusef, le perdonó la vida y le condenó á encierro perpetuo. Aclamado rey el proscripto mostró su gratitud á Jusef de Granada, enviándole exquisitos regalos y

nadinos á Africa.

Resistencia del califa.

Su humillacion.

---

[1] *Crón. de D. Juan,* año 11, cap. 122.

estrechando su alianza, y remuneró dignamente á los esforzados guerreros que habian tomado parte en la feliz campaña [1].

Se prorogan las treguas por la generosidad de Jusef. A. 1412 á 1423 de J. C.

Nuevo rasgo de Jusef acalló los rumores que circulaban en Castilla y Granada, sobre rompimiento de hostilidades al espirar las treguas. Diego Gonzalez, señor de la Guardia, Fernan Ruiz de Narvaez, padre de Rodrigo el alcaide de Antequera, y algunos otros caballeros y escuderos de esclarecido linaje, habian caido prisioneros en el reino de Jaen durante la campaña del infante. Aunque vivian en Granada con regalo y comodidad, suspiraban, cautivos al fin, por abrazar á sus familias y amigos. Jusef, mas sagaz en combinaciones políticas que afortunado en empresas militares, retenia aquellos caballeros como una prenda que asegurase una paz honrosa. La tregua espiraba; y el abandono de los campos, la emigracion de los pastores, el acopio de víveres en los castillos, notábanse en la frontera como síntomas precursores de la campaña. Antes que estallasen las hostilidades, aparecieron aquellos personajes rescatados en el seno de sus familias, y excitaron en el pueblo y corte de Castilla un justo reconocimiento hácia los granadinos y sincera benevolencia hácia su benigno rey [2]. Tales eran los medios con que Jusef aseguraba su influencia en la corte de Fez, desarmaba á los cristianos dispuestos á renovar la guerra y hacia gustar los beneficios de una larga paz á pueblos eternamente hostiles. Las

---

[1] Conde, p. 4, cap. 28. Otros autores aseguran que el califa fué asesinado por el populacho. Ayala, *Histor. de Gibr.*, lib. 2, párr. 60.

[2] Argote, lib. 2, cap. 179.

treguas quedaron afianzadas: los caballeros mas esforzados de Castilla venian á Granada y visitaban cortesmente á los campeones con quienes habian cruzado lanzas en el campo de batalla. Invitados otras veces para tomar parte en las justas y torneos, salian al palenque sobre bizarros caballos y brillaban con sus cruces y bruñidos arneses al lado de los caudillos árabes engalanados con el traje oriental y con el blazon muslímico. Venian algunos á satisfacer bajo los auspicios de Jusef, deudas de honor y á realizar retos caballerescos.

Resultados de la paz.

Así lo prueba entre otros el lance siguiente: un escudero de D. Iñigo de Stúñiga mató con alevosía á Antonio Bonel, diestrísimo justador y bizarro adalid á quien estimaba mucho D. Juan Rodriguez de Castañeda, señor de Fuentidueña. Éste y D. Iñigo tuvieron contestaciones acerbas, y se desafiaron de muerte; mas no pudieron medir sus armas en Castilla por las severas prohibiciones de la reina gobernadora, á quien se notició lo ocurrido [1]. Acudieron ambos al rey Jusef y obtuvieron permiso de celebrar su desafío en Bib-Rambla, ante damas y caballeros. Los dos castellanos entraron por la puerta de Elvira al son de añafiles y trompetas con gran comitiva de escuderos y vasallos; reposaron en hospedajes suntuosamente dispuestos por el rey, y llegado el momento de combatir aparecieron puntualmente en la liza armados de punta en blanco. Los jueces moros, sentados bajo un dosel, presidian el acto con mucha gravedad. Jusef les pre-

Desafío en Granada. A. 1417 de J. C.

---

[1] Conde, p. 4, cap. 28. *Crón. de D. Juan*, año 17, cap. 262.

vino que evitaran el derramamiento de sangre, con tanta mayor eficacia cuanto que habia ofrecido en carta secreta á la reina gobernadora conciliar á los dos rivales. El sonido de la trompeta dió la señal de acometer; los caballos partieron encontrados, las lanzas acestadas contra el peto de las corazas volaron convertidas en astillas, y ambos ginetes revolvieron con las espadas desnudas. Cuando el concurso esperaba con ansiedad el resultado del nuevo linaje de combate, poblaron el viento los ecos de los atabales y lelíes, suspendiendo el reto. Los jueces fallaron que los dos campeones habian dado pruebas inequívocas de caballeros. La nobleza granadina descendió al palenque y condujo á los dos cristianos al palacio de la Alhambra, donde Jusef habia preparado fiestas y zambras con que celebrar la gloria y la buena ventura de tan esforzados rivales; y allí, entre la alegría de los convidados y entre el placer de los almíbares y bebidas de hielo, se anudaron las amistades interrumpidas. El rey de Granada escribió á la gobernadora de Castilla la oportunidad del aviso y el buen éxito de su mediacion. Cundió por Europa la noticia del medio ingenioso con que se habian convertido en amigos dos enemigos implacables, y fué tan general la simpatía que despertó el magnánimo y caballeresco Jusef, que se olvidó el ejercicio de las armas y parecia otorgado entre moros y cristianos el tácito pacto de prolongar las treguas [1]. Revivió la seguridad : los contornos de

---

[1] « El rey de Granada era tan amigo de conservarse en paz con los cristianos, que no se dió lugar por ninguna de las partes á novedades, antes se conservaban concordes como si con nuevos tratos estubiesen confederadas. " Pedraza,

Granada cobraron la animacion de que habian carecido con las amenazas y el estrago de las guerras anteriores. Las granjas deleitosas, los jardines, los cármenes pintorescos de que aun se conservan vestigios en el ámbito de la feracísima campiña, se convirtieron en asilo de familias opulentas sabias en el arte de combinar los placeres de la corte con el sosiego y la felicidad de los campos. Si algunos accidentes inevitables turbaban los goces de esta situacion feliz, la sagacidad y la prudencia de Jusef desvanecian pronto los recelos.

Dias venturosos.

Como eran inciertos los límites del territorio, ocurrian rivalidades y frecuentes riñas entre los pastores y campesinos sobre abrevaderos y aprovechamientos de pastos y frutos. Los moros de la frontera, alegando la posesion de algunas praderas y dehesas, las invadieron con sus ganados y excitaron las antiguas antipatías de los castellanos pobladores de la comarca. La gente de Úbeda acudió armada, prendió á los pastores y apresó sus rebaños. Irritados los moros fronterizos quisieron tomar venganza, y entraron á sangre y fuego. Quizá se habrian quebrantado las treguas si Jusef hubiese dado oidos á quejas apasionadas: en vez de obrar así, dispuso que dos graves personajes dirimiesen como arbitradores la discordia. En efecto, D. Diego Fernandez de Córdoba, y Mohamad Handum, alfakí mayor de Granada, como jueces de las partes celebraron varias conferencias, declararon culpables á los moros, y para evitar ulteriores compromisos de-

Querellas inevitables. A. 1417 de J. C.

Histor. Ecca. de Gran., p. 3, cap. 24. En el mismo sentido se explican Perez de Guzman, Argote de Molina, Zurita, Mariana, Garibay, Mármol y Conde.

terminaron que en todo el radio de la frontera se designara un terreno neutral donde no fuese lícito á unos ni á otros conducir sus ganados. La decision prudente fué aceptada y cumplida por una y otra parte y calmó la efervescencia. Se reprodujo esta en 1420 en que reiteraron los moros la invasion del terreno vedado, y sufrieron segundo ataque. Los ganados y pastores eran de Huelma; su alcaide comisionó al alfakí Alí Alcomin para solicitar reparacion, y en vez de ella obtuvo una respuesta insultante. Vivamente ofendido, trasmitió sus quejas á los amigos, y reuniendo 400 caballos y 1.000 peones de Baza y Guadix corrió con bandera de guerra los términos de Bezmar y Albanches hasta indemnizarse con usura del daño recibido. Juan Gonzalez, regidor de Úbeda, salió con algunos caballeros y escuderos á proteger su territorio. Antes que el gobierno de Granada hubiese podido adoptar prevenciones, circuló la noticia de la violacion de la tregua, y los alcaides y capitanes dieron la voz de alerta á sus soldados. D. Alonso de Guzman, hermano del conde de Niebla, corrió al frente de 1.000 caballos la comarca de Archidona: Rodrigo de Narvaez salia diariamente de Antequera, amagaba á Cártama y Álora, y con la fama de su valor paralizó las operaciones agrícolas de muchas leguas á la redonda: tal vez habria estallado la interrumpida guerra si Jusef no hubiese convocado á consejo á los caballeros mas sensatos de su corte, y calmado los ánimos, sometiendo las discordias provocadas á las inspiraciones de la justicia[1].

A. 1420 de J. C.

Amago de guerra. 28 de marzo.

[1] Argote, lib. 2, cap. 195.

Los anteriores jueces Mohamad Handum y el mariscal Diego Fernandez de Córdoba escribieron á los alcaides de la frontera para que, suspendiendo las hostilidades, elevasen sus quejas justificadas. La discreta mediacion de los dos caballeros cortó el fuego y restauró las relaciones interrumpidas entre ambos pueblos. Segunda decision.

Anécdota caballeres-ca.

Durante las anteriores hostilidades celebraron granadinos y castellanos un rasgo de clemencia que ha prestado argumento para canciones y trovas y demostrado á la posteridad cómo la galantería y el espíritu caballeresco templaban los rigores de una guerra incesante. Conservaba la alcaidía de Antequera Rodrigo de Narvaez, el doncel querido del infante conquistador[1]; prevenido en la paz y activo en la guerra, alcanzó alto renombre entre los caballeros de su tiempo teniendo siempre á buen recaudo una plaza enclavada en territorio enemigo y bloqueada constantemente por las partidas moriscas.

Alarmado Narvaez con el amago en el terri-

---

[1] Rodrigo de Narvaez descendia de una familia establecida en la raya de Francia, en S. Juan de Pié Puerto. Uno de sus ascendientes fué D. Iñigo Ruiz de Narvaez, señor de Benacaron y Benarreduan, lugares de la Huerta de Valencia, y alcaide de Jerica, y tuvo por hijo á D. Pedro que casó con D.ª Teresa Rodriguez de Viedma: de este matrimonio fueron hijos D. Juan, D. Alvaro y D.ª Constancia.

D. Juan casó con D.ª Catalina Hernandez de Villaescusa, y procreó á Hernando y Rodrigo de Narvaez; el primero guerreó contra los moros y quedó prisionero en una batalla; el segundo fué obispo de Jaen.

D. Hernando casó con D.ª Mencía de Padilla, y fué padre de Rodrigo, el alcaide de Antequera y doncel del infante D. Fernando; de Dia Sanchez de Narvaez, maestresala del rey D. Juan de Navarra; de Juan de Narvaez y de D.ª Elvira: viven ricos descendientes de Rodrigo en Antequera y Loja.

torio de Jaen, salia en diversas horas á explorar los contornos de Antequera para evitar una sorpresa y purgar sus campos de criminales y bandoleros [1]. En una de estas excursiones rondaba como de costumbre en compañía de nueve hidalgos, y dispuso dar algun descanso á los caballos en medio de un bosque camino de Álora. Era cabalmente una noche de primavera de aquellas en que los campos andaluces presentan mágicas decoraciones; el horizonte bañado en la misteriosa luz de la luna; las brisas frescas y embalsamadas por los efluvios de los árboles y flores; el silencio profundo. Los cristianos estaban recostados sobre la viciosa yerba, cuando oyeron un ligero rumor y las pisadas de un caballo que atravesaba la pradera. Amilanados y conociendo que se les ofrecia alguna aventura en que emplear su valor, embridaron con prontitud , saltaron sobre sus monturas, y divididos en dos grupos con la prevencion de que si los unos se viesen en aprieto tocasen una corneta para ser socorridos por los otros, se prepararon en unas encrucijadas, visera calada, adarga al pecho y lanza en ristre. Los emboscados sintieron cada vez mas cerca el trote del caballo, y oyeron una voz suave que cantaba un romance árabe alusivo á amores. La so-

---

[1] Pulgar da un lugar muy señalado á Rodrigo de Narvaez en su *Galería de personajes ilustres del siglo XV*. «¿Quién fué visto ser mas industrioso ni mas acepto en los actos de guerra que Rodrigo de Narvaez, caballero fijodalgo, á quien por notables hazañas que en la guerra fizo le fué cometida la cibdad de Antequera, en la guarda de la cual y en los vencimientos que fizo á los moros ganó tanta honra y estimacion de buen caballero, que ninguno en sus tiempos la ovo mayor en aquellas fronteras?" Pulgar, *Claros Varones de Castilla*, tít. 17.

ledad, el silencio, la tibia claridad de la luna, el perfume de la flores, el susurro de las hojas mecidas por la brisa, todo infundia en el ánimo sublime recogimiento y daba mayor armonía á la cancion, cuyo estribillo era segun Jorge de Montemayor:

«Allí vivo donde muero,
Estoy do está mi cuidado,
De Alora soy el frontero
Y en Coin enamorado."

Cinco de los cristianos, que formaban el grupo mas avanzado, estubieron inmóbiles hasta columbrar el caballo y á un ginete moro que era el que así interrumpia el silencio que reinaba en aquellos bosques; y mas atentos á la buena presa que á la cancion del enamorado, dieron el «Santiago" y se abalanzaron sobre él con furioso ímpetu. En vano quisieron cautivarle; la lanza del moro hizo morder el polvo al primer adalid, abrió paso, y el caballo árabe picado por el ginete ganó como una sombra gran delantera. Los burlados tocaron entonces su trompeta, á cuya señal Narvaez salió con sus compañeros al encuentro del fugitivo, logró detenerle hiriendo á su caballo con un venablo, y le intimó la rendicion[1]. El moro arrojó con desden su lanza, y sin proferir palabra prorumpió en amarguísimo llanto. Era el cautivo un mancebo gentil de veintidos á veintitrés años; vestia una marlota de seda con rica guarnicion, una graciosa toca tunecina, bo-

---

[1] Jorge de Montemayor ocupa casi todo el lib. 4 de su *Diana* con este episodio caballeresco. Cervantes hizo referencia en el *D. Quijote,* tratando indulgente al autor de aquel libro.

nete de grana, y caminaba armado de lanza y de adarga labrada. «¿Quién eres", preguntó Narvaez admirado del lujo y gentileza del jóven aventurero.— «Hijo del alcaide de Ronda."— «¿De «qué tribu eres?"—«Abencerraje."—«¿Dó te en«caminabas á tales horas y al través del bosque?" Á esta pregunta quedó el moro silencioso y reiteró su llanto. «Esas lágrimas, volvió á decir «Narvaez, desmienten tu linaje; no hay Aben«cerraje cobarde ni tan flaco de espíritu que se «muestre abatido por el infortunio, ni que llore «cual tú ahora mas bien como mujer que como «soldado."—«No me intimidan, replicó el moro, «el cautiverio ni la muerte; mi negra fortuna ha «querido affligirme con el mas hondo de los pe«sares."—«¿Y cuáles pueden ser estos? Cuénta«los, que tal vez pueda mitigarlos tu vencedor «el alcaide Rodrigo de Narvaez."

Calmado el moro al saber que estaba en presencia de uno de los caballeros mas cumplidos de Castilla, contó lo siguiente: «Hace años que «es señora de mi libertad Jarifa, hija de un ene«migo de mi linaje y alcaide de un castillo inme«diato. Por ella he teñido mi lanza en la sangre «de tus cristianos; y ojalá hubiera podido con«quistar un imperio para llamarla mi reina y se«ñora. Mi fiel amiga me esperaba esta noche en «los jardines de su castillo, para huir conmigo y «celebrar secretamente nuestras bodas. Jarifa «aguardará en vano toda la noche sin que resue«ne en su jardin el galope de mi caballo. ¡Dime «ahora si tal desventura merece lágrimas....!"— «¿Juras como caballero, dijo entonces Narvaez, «volver á poder mio, si te doy libertad para que «desengañes á tu mora contándole tu desgra«cia?"—«Lo juro."—«Pues toma caballo y lan«za, y mañana serás conmigo en Antequera."

Diligente el moro llegó á los jardines donde le aguardaba Jarifa, refirió su cautiverio y el juramento que le obligaba á volverse á prision. La mora se propuso entonces seguirle como esposa y compañera de infortunio, sin que el Abencerraje pudiera disuadirla, pintando las penalidades del cautiverio. Jarifa sacó secretamente sus joyas y sus ricos adornos mujeriles, y colocada en la delantera del caballo entre los brazos de su amante, huyó del hogar paterno. Ambos entraron en Antequera, se arrojaron á los piés de Narvaez y le dieron las alhajas como precio del rescate. El alcaide magnánimo «Sois libres, les dijo, ornen «esos presentes la sien de la desposada, y añada «á ellos los que yo le dono en este momento;" y dió á la mora mayores riquezas. Mandó en seguida que todos los caballeros y señoras de Antequera acudieran á rendir homenaje á los leales amantes; escribió al padre de la novia intercediendo para que la perdonase, y dispuso que una lucida escolta los pusiese salvos en las puertas de Ronda[1].

Sabida en Granada la generosidad de Narvaez, los poetas compusieron trovas y los caballeros celebraron el feliz desenlace de aventura tan peregrina.

Al propio tiempo hubo ocasion de celebrar otro rasgo de honradez y de integridad. D. Rodrigo de Vera, caballero de la banda de Oro, vivia en Otra anécdota.

---

[1] Antonio Villegas, en su *Inventario*, impreso entre sus obras en Medina del Campo año 1577. Argote de Molina, se valió de este libro para hacer el elogio de Rodrigo de Narvaez y contar la aventura del moro. *Nobleza*, lib. 2, capítulo 183. Tanto Antonio de Villegas, como Jorge de Montemayor y algunos autores modernos qne los han copiado sin

una quinta no lejos de Jerez, en compañía de su esposa D.ª Catalina Coronel y de sus dos hijos de tierna edad Iñigo y Pedro. Un pérfido mayordomo, de acuerdo con dos esclavos moros, asesinó una noche á D. Rodrigo, saqueó la quinta, y apoderado de los dos niños huyó con sus cómplices á Ronda. Presentado al alcaide de esta ciudad con las dos criaturas inocentes, esperaba el premio de su alevosía: el moro le preguntó qué le habia movido á ejecutar tan horrendo crímen. «El deseo de volverme moro," contestó el ma-«yordomo."—«No me fiaré yo de quien tal trai-«cion cometió," replicó el alcaide, y diciendo esto mandó prenderle, y le empaló vivo al dia siguiente. Sin pérdida de momento, mandó á dos caballeros moros que condujesen con una escol-

---

crítica, incurren en un anacronismo suponiendo á Narvaez alcaide de Antequera y Alora. Esta villa no fué conquistada hasta el tiempo de los reyes Católicos. Uno de los romances alusivos á esta misma aventura, pinta así la impaciencia de Jarifa:

«Con estas y otras congojas
de llorar no descansaba,
y otras veces de tristeza
en su estrado se arrojaba;
y otras veces se ponia
de pechos en la ventana,
y de esta en aquella almena
el campo en torno miraba.
No le da miedo estar sola,
ni las sombras le espantaban,
ni los nocturnos bramidos
que suenan en las montañas."

Los moros nos han trasmitido tambien los detalles de este suceso, como puede verse por el apéndice ó *Anécdota curiosa* con que termina la *Histor. de la Domin. de los árab.* de Conde.

ta los dos niños y los volviesen al regazo de su afligida madre. Así lo hicieron, recibiendo en Jerez lisonjeros homenajes de toda la nobleza y ricos presentes de la ilustre matrona[1].

Muerte de Jusef. A. 1423 de J. C.

La ratificacion de las paces fué celebrada por los granadinos con sus continuos regocijos de fiestas y zambras, sin prever que toda aquella alegría iba á trocarse en luto y tristeza. Jusef, el imitador de Alhamar y de Abul-Hegiad, el sagaz político, el discreto cortesano, el gentil caballero, el monarca y padre del pueblo, murió como herido de un rayo. Una apoplejía fulminante le hizo caer exánime sobre el pavimento de uno de los salones de la Alhambra, sin que bastaran para reanimarle los recursos de la medicina: la frialdad de la muerte no tardó en aparecer con su postracion, y publicado su fallecimiento, el príncipe Muley Mohamad su hijo quedó reconocido como sucesor entre los sollozos de los granadinos.

---

[1] Alonso Lopez de Haro, *Nobiliar. genealog.*, lib. 5, cap. 15.



CAPÍTULO XIV.

Civilizacion Granadina.

Límites y divisiones topográficas del reino granadino.=Poblacion y riqueza.=Descripcion árabe de Granada.=Engrandecimiento progresivo de la misma ciudad.=Noticia histórica de la Alhambra.=Ordenanzas del rey Jusef.=Estado de las ciencias y de las artes entre los granadinos.=Clasificacion de escritores ilustres.

Objeto de este capítulo.

El reino de los moros estaba reducido con poca diferencia al espirar el siglo XIV al territorio que hoy comprenden las tres provincias de Almería, Granada y Málaga. Si bien los reyes Alhamares tenian motivos para deplorar los estrechos límites de su monarquía, comparada con el imperio de los Abderramanes y de Jusef el Almoravide, podian consolarse con la idea de que reinaban en uno de los países mas deliciosos de la tierra, y que regian el pueblo mas industrioso, mas bravo y mas civilizado de la Europa. En su corte brillaban el lujo y las artes, y tenian un asilo los placeres; la naturaleza habia derramado en sus estados los dones de la abundancia, y la particularidad de estar casi todo el país erizado de montañas, era ventajosa para contener al enemigo, y reponer las pérdidas que ocasionaban en la fronteras sus correrías incesantes. La civilizacion granadina aparece sin embargo fastástica ú oscura, y al buscar en la historia de España su

verdadero orígen, su desarrollo y su apogeo, desmaya el ánimo al descubrir el velo del error extendido aun sobre acontecimiento tan memorable. En este capítulo suspendemos la aciaga narracion de batallas, crímenes é infortunios, y consagramos nuestra pluma á describir el estado de un imperio floreciente, y la gloria de unos reyes que, aunque moros, fueron españoles, y merecieron la palma de los genios felices que han contribuido á civilizar el mundo.

Límites del reino.

Los límites del reino, al morir Jusef III, comenzaban en las márgenes del Guadiaro junto á Gibraltar, y seguian por las vertientes occidentales de la sierra de Ronda. Los campos de Jimena, Hardales, Antequera, Archidona, Iznajar, Alcalá la Real, Torre Campo, La Guardia, Bedmar y Quesada formaban la línea fronteriza desde el Mediterráneo hasta las faldas de la sierra y adelantamiento de Cazorla; proseguia por Huescar y el Chirivel hácia los confines de Lorca, y remataba en las playas de Mojácar, término hoy del reino de Murcia, como lo fué en tiempo de los romanos de las provincias Bética y Tarraconense.

Climas.

Las revoluciones y vicisitudes de la guerra habian confundido ó modificado las demarcaciones geográficas de los *climas, coras* y *tahas*, en que los árabes tenian dividido el país granadino para su sencillo régimen administrativo. Xerif Aledris el geógrafo del siglo XII, nos ha trasmitido las circunferencias de los climas que componian en extension arbitraria un distrito ó provincia[1]. El de

---

[1] Los geógrafos árabes y persas dividen el globo en siete climas fijos, que les sirven de regla para sus denominaciones y cálculos, y en otros arbitrarios á cada region pa-

Clima de Rute.

Riat ó de Rute, el mas occidental, se extendia casi por los mismos límites del antiguo convento jurídico cordobés; tenia por oriente las sierras de Alhama hasta Velez Málaga; por mediodía las playas del Mediterráneo hasta el Guadiaro; comprendia la hoya y axarquía de Málaga, y subia á buscar por Sierra Yeguas y Estepa las márgenes del Genil[1].

Climas de Elvira, Begaya y Albuxarrate.

Confinaba con el anterior el de Elvira, así llamado por su capital[2]: extendíase por el mediodía desde la playa de Velez Málaga hasta Adra; comprendia los valles de la costa, el de Lecrin, la vega de Granada, y terminaba por el norte en sus montes; á poniente tenia la línea del de Rute; á levante confinaba con el de Begaya y Albuxarrate; éstos abarcaban la provincia de Almería hasta el rio Almanzora, y mucha parte del reino de Jaen[3].

Coras y Tahas.

Subdividíanse los climas en *coras*, y algunas de estas en *tahas*. Los árabes, al repartirse en los primeros años de su dominacion la tierra conquistada, asignaron límites á sus respectivas colonias[4]: cada una de estas obtuvo títulos de seño-

ra facilitar el conocimiento del país: estos son los que hoy nos ocupan. Véanse las tablas astronómicas de Vlugh Begh en la obra *Sintagma dissertationum* del Doctor Hyde, tomo 10.

[1] Xerif Aledris, trad. de Conde, pág. 29.

[2] Xerif Aledris, trad. de Cond, pág. 29.

[3] El conde de Noroña, muy apasionado de la literatura oriental, escribió y públicó en 1806 un poema en celebridad de Abderraman y de los héroes Omíades; y en vista de los trabajos de D. Antonio Conde sobre el Nubiense fijó los límites de los climas de nuestra tierra y los describió con prolijidad. *Ommiada,* canto 10, y en las notas geográficas del tomo 2.°

[4] La *cora* correspondia á un distrito ó provincia, aunque mas reducida que las que hoy tenemos en España. D.

rio que sirvieron de base á sus denominaciones topográficas. Los granadinos conservaban con orgullo las tradiciones de su estirpe, sin consentir que se borrasen las reminiscencias de los nobles ejércitos en que habian militado sus abuelos. Al Kattib nos dice, que entre las 23 regiones en que estaba dividido el hermoso reino, aun se conservaban memorias de los damasquinos establecidos en Granada y su término, de los egipcios y yeménitas en Almería y la Alpujarra, de los palestinos en Ronda y Málaga y de los calcienses en algunas poblaciones de Jaen[1]. Los moros del África, que abandonaron sus praderas y surcaron el Mediterráneo para gustar las delicias de nuestra tierra, mezclaron su linaje con el de las primitivas razas, y alteraron y confundieron sus antiguas divisiones topográficas. Solo hay memoria de que la Alpujarra fué compartida en tahas y poblada de castillos por los reyes granadinos, para dictar leyes á sus habitantes belicosos é indóciles. En cada taha habia un alcaide autorizado para hacer sentir los rigores de la cimitarra á la gente indómita, y un alfaki encargado de atraerla con el yugo blando de la religion[2].

En el territorio comprendido entre la frontera Poblacion.

Diego Hurtado de Mendoza hace una curiosa advertencia sobre la voz *cora:* «Cuando los moros, ganada España, se quisieron volver á sus casas, para detenerlos les dieron á poblar á cada uno la tierra que mas parecia á la suya; y á estas provincias llamaron *coras*, que quiere decir tanto como la redondez de la tierra que descubre la vista: horizonte la podrán llamar los curiosos de vocablos.'' *Guer. de Gran.*, lib. 2, párr. 20.

[1] Ben Alabar, *Biblioth. arab. hisp. escur.*, tom. 2, pág. 32. Al Kattib, *Histor. de Gran.*

[2] « *Tahas* llaman ellos á los partidos, de *tahar* que en

ya señalada y el Mediterráneo, se triplicó la poblacion bajo la dinastía de los Alhamares. Los desgraciados moros de Sevilla y Córdoba, de Murcia y Valencia, que cedieron sus hogares á los conquistadores cristianos, vinieron á labrar el suelo granadino, y á ponerse bajo el amparo de sus hermanos y de príncipes de su raza. La plata, las joyas, las bestias y utensilios librados de la rapacidad de los enemigos, sirvieron para enriquecer el suelo hospitalario. Las familias empobrecidas tuvieron que dedicarse á cultivar tierras eriales, á poblar parajes abandonados y á crearse un fondo de subsistencia en su economía, en su arreglo doméstico y en su trabajo. Al recorrer el país con espíritu observador, pudieran encontrarse en los valles de Ronda y de la Alpujarra nombres, costumbres y tradiciones de estas colonias. Aunque carecemos de un dato irrevocable y de una estadística cierta para fijar la poblacion, deducimos de los anales de la guerra algunos muy importantes. Los reyes moros ponian sobre las armas 100.000 caballos y 200.000 infantes[1], y durante las campañas de la conquista, la destruccion de las casas, torres y alquerías de la

---

su lengua quiere decir sujetarse." Hurtado de Mendoza, *Guer. de Gran.*, lib. 2, párr. 16.

Mármol es mas explícito: « *Taha* es un epíteto, de que antiguamente usaron los africanos en todas las ciudades nobles.... y *taha* quiere decir cabeza de partido, ó feligresía de gente natural africana, aunque otros interpretan pueblos avasallados y sujetos." *Rebel.*, tom. 1, lib. 4, cap. 8.

[1] *De Hispaniæ regiones ubertate arabum annales mira predicant: in quibus memini me legere Granatæ reges centum fere equorum millia in sui bellique usum semper habuisse, ac bis centum millia militum stipendia merentium adversus christianos non semel parasse. Biblioth. arab. hisp. escur.*, tom. 1, pág. 338.

vega de Granada, el paraje mas despoblado del reino por la facilidad con que el enemigo le invadia y devastaba, ocupó á muchos millares de peones [1]. El censo de la expulsion de los moriscos y los cálculos que se tuvieron entonces presentes, revelan que el reino granadino contenia tres á cuatro millones de almas[2].

Es una máxima muy sabida por los antiguos y repetida hoy como nueva por economistas vulgares, que la poblacion crece en razon directa del fondo de subsistencia. Así los moros, elevando la agricultura al mas alto grado de perfeccion y creándose una industria peculiar, pudieron mantenerse en situacion próspera y resistir luego á las calamidades de una anarquía sangrienta y á las devastaciones de los cristianos. Los granadinos aclimataron en los valles templados de la costa, en la Serranía, en la Alpujarra y vegas de Granada, de Guadix y Baza los frutos que la naturaleza habia creado en los bellos climas del Oriente y en las abrasadas praderas del África. En los siglos felices de los Abderramanes, en los cuales

Agricultura

---

1 Pulgar, *Crón. de los Rey. Catól.*, p. 3. Salazar de Mendoza, *Crónica del Gran Cardenal*, lib. 1, cap. 72, párr. 1, 2 y 3: y *Bleda, Corón.* lib. 6.

2 Véase la *Memoria sobre el censo de poblacion del reino de Granada* por Sempere y Guarinos, y la muy rara de D. Manuel Nuñez del Prado, contador de la Alhambra, sobre el mismo asunto: se titula *Relacion auténtica de la creacion de la renta de poblacion del reino de Granada, certificacion sacada de la veeduría y contaduría de obras, hacienda y bosques de la Alhambra, en la que se hallan los capítulos y reales cédulas para poblar el reino*, imp. en Granada año 1753. Este libro es una copia de documentos y de relaciones estadísticas muy importantes para juzgar de la poblacion morisca de Granada. En el archivo de poblacion de este reino se conservan curiosos expedientes, que hemos registrado con utilidad.

la caballería cristiana no pudo hollar los campos andaluces, los árabes, aleccionados en la agricultura caldea, multiplicaron las plantas y los árboles, los perfeccionaron con ingertos, y formaron una ciencia del ejercicio mas provechoso al hombre [1]: los Zeiritas, los Almoravides y Almohades, á quienes hoy nos representamos como inciviles y bárbaros, alentaron el cultivo con premios y estímulos á los labradores y pastores[2]. Los libros y cartillas de agricultura de los árabes citan al Columela granadino, al moro Haf, que

---

[1] Juan Leon, hablando de la agricultura africana y del esmero con que algunas tribus bárbaras labraban sus campos, dice que los conocimientos les fueron trasmitidos por los granadinos reinando Almanzor. Este no debe confundirse con el *habig* ó ministro de Hischem Abu Mozni, primer rey ó señor Zeirita de Granada, mereció tambien aquel epíteto, que equivale á vencedor ó glorioso. Dice así el escritor de Africa: *Extat et penes hos ingens quoddam in tres divisiones volumen, thesaurum agriculturæ vocant. Hic iis temporibus á latino in eorum linquam versus est, cum Manzore apud Granatas rerum potiretur. In hoc thesauro omnia reperiuntur, quæ ad agrorum culturam videntur; veluti temporum varietas, serendi modus, multaque id genus similia. Descriptio Africæ,* p. 1, pág. 8, edic. Elzevir, 1632. La magnífica obra de Abu Zacaría (*Libro de agricultura, su autor el doctor excelente Abu Zacaría Yahia Aben Mohamed Ben Ahmed Ebn el Awam sevillano,* traducido por D. Josef Antonio Banqueri, dos tom. fol. imp. real año 1802) es el tratado de agricultura mas completo que hay en España con aplicacion singular á los reinos de Sevilla y Granada. Contienen útiles nociones sobre todos los ramos y operaciones del cultivo, y revela la erudicion de los árabes en este género de estudios. No solo conocian á los agrónomos y naturalistas griegos, latinos y persas, sino que enriquecieron sus tratados con nuevas reglas y observaciones. Segun las conjeturas de Casiri, Abu Zacaría floreció en el siglo VI de la heg., 12 de J. C.

[2] Véanse las memorias histór. de Al Kattib en Casiri, tom. 2, pág. 96. Escrituras arábigas del siglo XIII, conservadas en el archivo de poblacion de Granada.

invirtió los años mas floridos de su vida en divulgar útiles conocimientos sobre la calidad de las tierras del reino de Granada, sobre las estaciones oportunas para trasplantar é ingertar, sobre economía rural, sobre pastos y ganaderías. La agricultura era considerada por los moros como un ejercicio agradable á Dios, y de aquí sentencias y proverbios agrícolas inspiraban respeto á los conquistadores mas bárbaros y duros.

Proverbios agrícolas.

«Dios, dice el Coran al recomendar la contri«bucion del diezmo, ha criado las legumbres y «los árboles que hermosean vuestras huertas; ha«ce brotar las olivas, las naranjas, los dátiles, las «diversas frutas de forma y sabor infinitamente «vario; usad de estos dones" [1].

«Todo aquel que plante ó siembre alguna cosa «y con el fruto de su simiente proporcione sus«tento al hombre, al ave ó la fiera, ejecutará «accion tan recomendable como la limosna."

«El que construya edificios ó plante árboles, «sin oprimir á nadie ni faltar á la justicia, reci«birá premio abundante del Criador Misericor«dioso" [2].

«Procurad el cuidado de vuestra hacienda. Es«to es lo que verdaderamente da fama al noble y «produce utilidades sólidas."

«Cuida con esmero y vigilancia de tu pequeña «posesion, para que se haga grande; y no la ten«gas ociosa cuando grande, para que no se haga «pequeña."

«La heredad dice á su dueño: *Hazme ver tu som«bra*" [3].

---

[1] Sura 6, v. 141.

[2] Abu Zacaría, *Libro de Agricultura,* prólogo, artíc. 1.

[3] Abu Harirat y Abu Sofian, citados por Abu Zacaría, *Libro de Agric.,* prólog. artic. 2.

Riegos. Siglo X de J. C.

En tiempo del rey Al Hakem II las aguas del Genil corrian por ramales de acequia fecundando la vega de Granada[1]. Jusef el Almoravide y su

Siglo XI de J. C.

ministro Mumel cubrieron de alamedas y verjeles los contornos de la misma y los cerros de Aynadamar, haciendo correr las aguas de Alfacar al través de montañas[2]. Alhamar y sus sucesores extendieron con nuevos canales los riegos de la ve-

Siglo XIII de J. C.

ga, y bajo los auspicios de sus reglamentos benéficos multiplicáronse las producciones y creció la opulencia de millares de familias. Los habitantes de las demás ciudades rivalizaron por precision con los de la corte, y hasta los de la Alpujarra coronaron sus cumbres con huertos y pensiles. Las escrituras y tradiciones moriscas sirven aun de código en la vega de Granada y en otros parajes para los repartimientos de las aguas y propiedades de sus pagos[3].

---

[1] «En la larga paz, que mantubo el rey Al Hakem, se fomentó la agricultura en todas las provincias de España: se labraron acequias de riego en la vega de Granada." Conde, *Domin. de los árabes*, p. 2, cap. 94.

[2] Al Kattib en Casiri, tom. 2, pág. 96.

[3] Uno de los documentos consultados en Granada para decidir las cuestiones que ocurren sobre repartimientos de aguas del rio Genil, curso de acequias y otros derechos y servidumbres rústicas, es una escritura árabe de la heg. 616, año 1219 de J. C., conservada en el archivo de poblacion; es una especie de código rural, en el cual entre otras disposiciones se leen las siguientes. «El rio Genil se reparte para regar la vega de dicha ciudad en cinco partes; dos quintos para el acequia de la Fuenmayor, aquella por la cual se riega el alcarria (la alquería) de Armilla, el alcarria de Churriana, y el alcarria de Cullar, y de ahí va á regar la parte de Tarramonta=é un quinto é medio de las dichas cinco partes para regar el Ramanzan de Purchil, Jaraf Ambros y el alcarria de Belicena, y hasta parte de la dicha Tarramonta y el Lamatar=y medio quinto para el acequia de la alcarria de la Quemaur, por la cual se riega parte de la dicha alcarria é pa-

La seda habia sido una mercancía reservada en tiempo de los romanos á los pueblos del Oriente. Caravanas de comerciantes persas atravesaban en elefantes los desiertos de la Tartaria; se surtian en la China de aquella preciosa manufactura, y cuando las bandas salvajes del desierto no les arrebataban con la vida el fruto de su peregrinacion remota, centúplicaban sus capitales en las ferias de Damasco. Los árabes especulaban revendiendo la delicada produccion en los puertos de la Siria, hasta que el emperador Justiniano, indignado del tributo indirecto que pagaban los vasallos de su imperio á los aborrecibles sátrapas, dispuso trasportar las crisálidas á la zona templada de la Grecia, y en breve propagó la raza [1]. Las colonias de árabes españoles

Productos: la seda.

---

go de la Quemaur ó parte de la dicha ciudad, é parte de la alcarria é pago de Ñafexar= é un quinto para el acequia de la alcarria de Tafiar, por la cual se riega la dicha alcarria de Tafiar y el majair y el alcarria de Atarfe Elvira." Estos cinco repartimientos subsisten hoy como en tiempo de los Almohades, es decir, hace 700 años. La subdivision de pagos y el mismo método de riegos con que los árabes fertilizaron la vega, se conservan sin alteracion. Habiendo pedido á algunas corporaciones la comision de Códigos informe sobre la legislacion de aguas en este país, ha habido que referirse á las escrituras y tradiciones moriscas.

[1] La seda fué en los primeros siglos de la dominacion romana produccion propia de la China, y sus manufacturas eran pagadas en todos los mercados de Occidente á precios altísimos. No desconocian los romanos la calidad del árbol que alimentaba con sus hojas á la oruga, pero no le cultivaban, como se deduce de aquellos versos de Virgilio:

Quid nemora aethiopum, molli canentia lana?
Velleraque ut foliis depectant tenuia seres?
Georg., lib. 2, v. 120.

Plinio, declamando contra la profusion romana y contra el uso pernicioso de los vestidos de seda, dice claramente

iniciados en secreto de esta granjería, encontraron en los valles andaluces un clima acomodado á ella, y poblaron el terreno con los árboles que alimentan á la mas útil de las orugas. Concentrados los moros en el territorio granadino, y animados por un saneado lucro, multiplicaron las moreras, perfeccionaron las fábricas de seda y mantuvieron una ventajosa competencia con Pisa, Florencia y demás ciudades de la escala de levante. El Zacatin y la Alcaicería ostentaban toda suerte de ropas, tafetanes, sargas, ricos terciopelos y otras manufacturas del gusto persiano y chinesco. Una de las principales rentas del gobierno moro, era la impuesta sobre la seda, ya por el diezmo directo, ya por el medio diezmo de exportacion por los puertos de Málaga, Almuñécar y Almería. Años despues de la conquista se contaban en Granada 5.000 tornos, y en los gremios, ordenanzas y vocablos de los tejedores se conserva aun notable memoria de los creadores de esta industria.[1] Los reyes moros to-

---

que era mercancía extraña. *Hist. natur.*, lib. 6, cap. 20. Esto se confirma por Vopisco, quien asegura que una libra de seda valia en tiempo de Aureliano 12 onzas de oro. *In Aurel.*, 45. En tiempo de Justiniano dos frailes persas penetraron como misioneros en la China, se informaron del método usado en este pais para criar, hilar y tejer la seda; y habiendo regresado á Constantinopla, propusieron al gobierno del emperador un medio de introducir en el Occidente su cultivo. Aceptada la proposicion, partieron ambos segunda vez y burlaron con tanto ingenio como sencillez la sagacidad de los chinos, que no consentian la extraccion de las crisálidas: rellenaron de semilla varios canutos de caña, y los ocultaron hasta hallarse alejados de la raya de aquel pueblo suspicaz. Presentados en Constantinopla con su adquisicion, dirigieron en la estacion oportuna las operaciones, y propagaron la raza en Occidente.

[1] La granjería de la seda se hizo general en la Siria,

leraban á los cristianos y les permitian el ensanche de sus giros y negociaciones con la mayor latitud. Los genoveses tenian establecimientos mercantiles en Granada, y la fonda donde se alojaban estuvo situada en el paraje mismo donde hoy está construido el convento del Ángel[1]: traficantes de Cataluña, de toda la Italia, de Tunez y de Alejandría vivian en Granada como en una patria comun y en el mas rico de los emporios; y fué tal la fama de probidad y honradez que se granjearon en los mercados y plazas extranjeras los comerciantes granadinos, que se decia: *La palabra del granadino y la fe del castellano forman un cristiano viejo.*

Viñedos y olivos.

Aunque el Profeta vedó á sus sectarios el uso del vino, no amplió su restriccion al jugoso gra-

---

Egipto é islas de la Grecia. Los árabes, que conquistaron aquellos paises y despues vinieron á España, y los colonos andaluces que mantuvieron con el Oriente muy activas relaciones, trajeron á nuestra tierra tan importante ramo de riqueza. El rey Rogerio de Sicilia conquistó en 1050 algunas ciudades griegas, y trasportó á Palermo muchos esclavos para que enseñasen á sus vecinos á criar y tejer seda; las manufacturas de esta isla rivalizaron con las de Granada y Almeria. Equivocado estubo el erudito Cascales al asegurar (*Disc. hist. de Murcia,* 16) que la cria de seda no se introtrodujo en España hasta fines del siglo XIV ó principios del XV. Abu Zacaría (*Lib. de agric.,* p. 1, cap. 7, art. 23) y Al Kattib (*Hist. de Gran.*), prueban que era mas antigua su elaboracion. Algunos doctores granadinos, segun consta del catálogo de manuscritos del Escorial, declamaron contra el uso del vestido de seda, porque consideraban que provenia de un gusano, animal inmundo; pero sus declamaciones fueron infructuosas. Las ordenanzas castellanas del siglo XV y XVI para las fábricas de este género, están redactadas bajo las bases de los reglamentos moriscos.

[1] Así consta de una escritura árabe existente en esta ciudad en el archivo del marqués de Campotejar, descendiente de los príncipes de Almería.

no que le destila. Las vides crecian en todo el territorio morisco : anchos parrales sombreaban en cármenes y granjas ; y era tal el número de viñas en las inmediaciones de la corte, que segun Al Kattib ascendia el impuesto sobre esta renta á 14.000 escudos [1]. No era tampoco desconocida la elaboracion de los vinos, vinagre y aguardiente, cuyos líquidos aplicaban á medicinas, ó vendian á los cristianos [2]. Sería inoportuno probar que el olivo, símbolo de la paz, era cultivado con grandes beneficios por un pueblo tan laborioso como el morisco.

Granadas. La granada era un objeto de prediccion para los moros: el nombre les recordaba una corte opulenta, el fruto la memoria del rey Abderraman. Aunque conocian sus varias especies, ninguna fué multiplicada con tanto esmero como la zafari. Era tradicion que Abderraman el Justo recordó en Córdoba las frutas que habia saboreado en los jardines de la Siria, y que su hermana sabiendo sus aflicciones le envió desde Bagdad como rico presente varias granadas; de aquí fué llamarlas zafaris ó viajeras. El rey mandó aclimatarlas para que sus súbditos gozasen de su delicioso jugo [3].

---

[1] Al Kattib, en Casiri, tom. 2, pág. 248 y sig.

[2] Abu Zacaría inserta un curioso artículo sobre el modo de hacer el mosto. En tiempo de los califas de Córdoba hubo ejemplos de altos dignatarios destituidos ó burlados por sus excesos en la bebida. El rey Abul Walid Ismael de Granada promulgó una ley para reprimir á los consumidores de vino, y su hijo Jusef mandó en sus ordenanzas, que en reuniones familiares no incurriesen los convidados en embriaguez. Esto prueba que no era muy observada en nuestro pais la prohibicion alcoránica sobre el uso del vino.

[3] Abu Zacaría, *Libr. de agric.*, p. 1, cap. 7, art. 18.

La caña de azúcar fué tambien conocida, y su plantacion esmerada entre los moros de la costa. Miles de ingenios destilaban el precioso líquido, y era tal la abundancia de miel y de azúcar, segun los historiadores árabes, que bastaba para el consumo y sobraba para hacer rico comercio. Incurriríamos en la nota de molestos, si fuéramos á referir todos los objetos que constituian la granjería de los moros granadinos; baste decir, que cuantas frutas, legumbres é hilazas son conocidas hoy, eran por ellos cultivadas con singular conocimiento, y que les somos deudores de la introduccion de nuevos árboles, entre los cuales merecen citarse la higuera chumba, el níspero, el algodon, el membrillo, el naranjo, la palma, el madroño y el azofaifo y muchas plantas aromáticas y medicinales[1].

Azúcar.

Otros productos.

El comercio y la industria crecieron en Granada al par de la agricultura. Un rey moro exigia del de Castilla en premio de su alianza y de su tributo la libertad del comercio en granos y manufacturas, como el mayor beneficio que sus vasallos podian reportar[2]. Además de la seda, la fabricacion de paños finísimos y otras telas de lana, el curtido de pieles, industria que los africanos aprendieron de los moros expulsos, y con-

Comercio é industria.

---

[1] Abu Zacaría, *Libr. de agric.*, p. 1, cap. 7, art. 49 y en lo restante de la obra. Casiri, *Biblioth. arab. hisp.*, tom. 1, pág. 338.

[2] Así aparece de la escritura árabe otorgada en Hardales entre el adelantado D. Diego Gomez de Rivera con poder del rey D. Juan II y Jusef IV rey de Granada. Este documento se conserva en el archivo de Simancas, de donde se sacó copia autorizada para el marqués de Corvera, que desciende del príncipe Jusef. En el capítulo siguiente se hablará de este particular con mas detencion.

servan aun en Fez como la mas útil de sus granjerías, la de gazas, jaiques, tejidos de algodon y lino ocupaban y daban sustento á un número considerable de familias: hombres, mujeres y niños se aplicaban á las diversas elaboraciones, y los ricos paños de lana y seda, que los reyes moros regalaban á los de Castilla y Aragon, se presentaban con orgullo por los embajadores de Granada como productos de la industria de sus hermanos. Las fábricas de Almería servian de modelo á las castellanas y á las de Pisa y Florencia[1]. Hoy que las artes han progresado mucho, pueden compararse sin descrédito algunas elaboraciones moriscas con las traidas de Inglaterra y Bélgica. El brillo de los colores, la consistencia de los tejidos, la prolijidad de los bordados, la viveza de las flores imitadas permanecen en las ropas y alhajas de aquel tiempo conservadas aun. Las techumbres doradas de la Alhambra, los artesonados, las menudas inscripciones en estuco y piedra, las cifras, cintas y calados, las jarras de porcelana halladas en su recinto, son una prueba de la perfeccion á que los granadinos elevaron el arte del colorido, los trabajos en madera, en piedra y en yeso, y tambien la fábrica de porcelana.

Riqueza y gusto en trajes, armas y caballos.

Los moros desplegaban toda su riqueza y elegancia en trajes, armas y arreos de caballos. Jactábanse los señores y donceles de su gusto exquisito en combinar los colores de sus turbantes, fajas y aljubas y en deslumbrar con sus bordados y lantejuelas de oro. La riqueza de los

---

[1] El M. S. atribuido al moro Rasis, dice: «Almaria..... es morada de los sotiles maestros de galeas, e facen muchos paños de seda con oro e muy nobles.'' Véase la cita del geógrafo Ben-Alwardi en Casiri, tom. 2, pág. 1.

atavíos era un motivo de emulacion entre las tribus, y una necesidad recomendada por la galantería y agradable á los ojos de sus enamoradas. Como las armas eran gala inseparable del caballero, veíanse pendientes de sus cinturas alfanjes magníficos, labrados al uso damasquino con inscripciones del Coran, ó cifras marciales y amorosas [1]; los puños de filigrana, el forro labrado con finísimos bordados, las hojas de flexible temple. Sus puñales, sus lanzas con banderolas correspondian á esta riqueza, y como todo este lustre habria causado un desagradable contraste sin los correspondientes adornos del caballo, habia ginete que solo en jaeces tenia invertido un caudal considerable. Cada uno de los infantes de Almería recibió en las particiones del caudal paterno cincuenta lanzas, veinte caballos, treinta cotas de malla, veinte coseletes,

---

1 -La espada del habig Almanzor de Córdoba tenia grabados unos versos que decian :

«Pelead en santa guerra,
y lograd premios sublimes;
combatid á los infieles
hasta que se hagan muslimes.''
M. S. de Conde existente en la acad. de la Hist.

El ilustre orientalista escribió este breve tratado de las armas, banderas y blasones de los granadinos, con motivo de haber examinado y traducido los letreros de una riquísima espada árabe que una comunidad de Granada regaló á un alto personaje. Despues de hacer una pintura exacta de aquella antigüedad, dice : « La prolija descripcion de esta espada acredita que no son del todo de pura imaginacion los bizarros y galanos ornatos que se atribuyen á los caballeros moros granadíes en nuestros célebres romances moriscos; pues restan muchos documentos históricos, que comprueban su decantada riqueza y el gusto de ostentarla en sus vestidos,

doce adargas, una marlota de terciopelo carmesí y verde, cinco jaeces de caballo labrados de seda, plata y oro en esmalte, apreciado todo en 3.568 pesantes [1]. Los reyes de Granada procuraron mantener la esplendidez y el lujo de la juventud guerrera, y hasta consignaron en sus leyes un rasgo de galantería, ordenando que el oro y la plata empleada en guarniciones de espada, lanzas, estribos y jaeces de caballos, como asimismo en brazaletes ó adornos de señoras, ó de sus esclavos no pagasen derechos á la hacienda [2].

Rentas públicas.

La prosperidad del pueblo colmaba las arcas del erario. Aunque era diverso el estado de las rentas públicas segun los accidentes de la guerra ó de las estaciones, hay motivos para computarlas en 1.200.000 ducados [3]: procedian del azake ó diezmo, recomendado como ley religiosa y deducido de todos los frutos de la tierra, de

---

armas y jaeces de caballos." En comprobacion de esto podemos advertir, que en Granada se conservan varias espadas árabes de suma riqueza y de labores exquisitas, y entre otras la que tiene vinculada el marqués de Campotejar. Los extranjeros han publicado estampas de ella en algunas colecciones heráldicas.

[1] Expediente y escritura árabe de particion, conservada en el archivo del marqués de Corvera de esta ciudad. En el capítulo siguiente se explicará quiénes eran estos infantes.

[2] Iza Ben-Kebir en su obra *Muchthasar Azzunna* ó compedio de la tradicion citada por Conde, trad. de Xerif Aledris, not. pág. 199, y en su *Memoria sobre la moneda arábiga y en especial la acuñada en España,* tom. 5 de las *Memor. de la Acad. de la Histor.,* pág. 313, y en la *Histor. de la Domin.,* p. 2, cap. 41. Véase Sempere, *Histor. del lujo y de las leyes suntuarias de España,* tom. 1, cap. 5.

[3] El tributo que Alhamar se obligó á pagar á S. Fernando fueron 150.000 mrs. en oro, aunque otros dicen 300.000: cada maravedi valia 108 dineros, que era equivalente á un pepion. Segun cómputos de Garibay (*Cómp. hist.*) y de Bleda (*Coron.* lib. 4, cap. 16), percibia S. Fernando 86.400 du-

la cria de ganados y utilidades de lo industria [1]; del almojarifazgo que era un 12 ½ p% ó la octava parte del precio de las mercancías en sus importaciones ó exportaciones; de la alcabala sobre las ventas, que ascendia al 10 p %, y del *tahadil* que consistia en un impuesto sobre las tiendas, y en una capitalizacion sobre los cristianos y judíos: de las minas, tesoros escondidos y presas hechas en buena guerra se aplicaba un

---

cados de los de nuestro tiempo. El P. Saez ha reunido cuanto se puede apetecer sobre el conocimiento de monedas arábigas de oro, en su *Demostracion histórica del valor de las monedas* de *Enrique IV*. Consúltese tambien la *Ilustracion* 20 del *Elogio de la reina Católica* por Clemencin.

[1] El Coran ordena expresamente el diezmo en la sura 6, v. 141. Iza Ben-Kebir en su *Compendio de la tradicion*, ó *Muchthasar Azzunna*, explica el significado del azake diciendo: «Es limosna que se da por ley á Dios y al rey, como medio de acrecentar los demás bienes.'' Véase Herbelot, *Biblioth. orient.* (Zacah.) En esta prestacion habia singulares costumbres, que merecen citarse, ya porque prueban la discrecion con que los moros conciliaban sus exacciones con el fomento de la agricultura, y ya porque son datos interesantes para la historia del diezmo en España. De los frutos producidos en campos regados con aguas de rios, fuentes ó con agua natural, se pagaba diezmo completo; en los que se regaba con cántaros, alcaduces ó norias, medio diezmo. Esto era equitativo, porque los gastos del labrador eran en este caso mas crecidos, y la contribucion no habria sido proporcionada, imponiendo indistintamente igual cuota. Si el fruto de la era no llegaba á 5 medidas, no habia obligacion de pagar diezmo.

En el azake de ganados se pagaba con variedad: en los camellos, un mamon de cada cinco; en las vacas, una becerra de cada treinta, un becerro de año de cada cuarenta, dos becerras de cada sesenta, y en cada sesenta mas un añal y una becerra: en las ovejas y cabras, de cada cuarenta reses una hembra ya criada; de ciento veinte, dos, pudiendo dar indiferentemente ovejas ó cabras.

En el azake de oro, plata, alhajas halladas en la tierra ó el mar, se debia dar un cuarto de diezmo cuando la cantidad

quinto para el erario [1]. Con estas rentas se elevaron en Granada palacios, mezquitas y baños, se abrieron canales de riego, se dotaron academias, colegios, hospitales y casas de huérfanos; en una palabra, se plantearon la instituciones que han hecho memorable la ilustracion del pueblo de Alhamar.

Biografía de Al Kattib, apologista de Granada

El esplendor, la hermosura de Granada, el lujo y la galantería de sus guerreros y damas, sus trajes, sus costumbres, nos han sido trasmitidos en curiosos detalles por un escritor contemporáneo. Al Kattib nació en la misma corte el año 1313 (713 de la hegira), de una familia aristocrática, que vivió sucesivamente en Toledo, Córdoba y Loja y contaba entre sus ascendientes á algunos de los capitanes célebres avecindados en España en los primeros años de la conquista. El abuelo y padre de Al Kattib figuraron en la corte de los Nazeritas por sus riquezas y por su mérito personal. El jóven granadino recibió una educacion esmerada y logró la debida recompensa obteniendo los favores de Mohamad V. Perseguido en la revolucion que lanzó del trono á este gran rey, empobrecido con odiosas confiscaciones, acompañó fielmente á su soberano, y tuvo la satisfaccion de recuperar con el triunfo de éste sus honores y sus riquezas [2]. Aunque la historia, las matemáticas, la poesía,

---

de oro llegaba á veinte doblas, y la de plata á veinte adarmes: mas no se pagaba cuando el oro, plata ó piedras preciosas se aplicaban á guarniciones de espadas, á forros de manuscritos relativos á ciencias y artes, á anillos y á galas de señora.

[1] Conde, *Domin.*, p. 2, cap. 115, y notas á Xerif Aledris, pág. 179.

[2] Murió el año 776 de la heg., 1374 de J. C., víctima

la botánica, la medicina y la geografía le fueron familiares, ejercitó su pluma con particular esmero en celebrar las glorias de su querida patria.

«La ciudad de Granada, dice, de extraño y «peregrino nombre [1], la Damasco española, es «una ciudad de Elvira, cuya poblacion se alzaba «floreciente en otro tiempo á cuatro millas de «distancia. Constituida en corte en el siglo IV «de la hegira, creció rápidamente en grandeza «y poderío" [2].

«Granada es hoy la metrópoli de las ciudades

---

de intrigantes cortesanos, que le malquistaron con su amigo y protector Mohamad V. Juan Leon al hablar de Al Kattib incurrió en gravísimos errores.

[1] Casiri, *Biblioth. arab. hisp.*, tom. 2, pág. 247) traduce: «*Granata urbs, quam exteri (hebræi scilicet, seu phœnices) Garanatam, id est, peregrinorum coloniam, nostrates Hispaniarum Damascum dixere.*" Conde (notas á Xerif Aledris, pág. 188) considera impropia esta traduccion.

[2] El testimonio de Al Kattib resuelve la duda que pudiese ocurrir, aun despues de los descubrimientos de sierra Elvira, de que ya hemos dado noticia en el tomo I, sobre la posicion de Granada y Elvira. Una parasanga árabe tenia tres millas segun Abu l' Feda y otros geógrafos árabes y persas, y equivalia á dos leguas, ó legua y media larga de las españolas; cuatro millas componen poco mas de dos leguas, que es precisamente la distancia que hay de Granada al *Atarfe Elvira,* como dicen algunas escrituras árabes del pueblo del Atarfe, en cuyo término se descubren diariamente nuevas ruinas. Además, cuando Granada estaba constituida en corte y tenia ya unidos los barrios de la Villa de los Judíos y la Alcazaba, donde se ha querido colocar respectivamente á Granada y á Elvira, los analistas árabes celebran á los hombres ilustres del país, asignando á unos como naturales de Elvira, y á otros de Granada; para comprobar esto mas y mas el historiador Ben-Hayyan, que visitó á mediados del siglo XI las ruinas de Elvira, asegura que sus bellos edificios estaban ya arruinados, y que solo se conservaba la mezquita construida en el reinado y por órden de Mohamad I, califa de Córdoba.

El mismo historiador árabe trascribe la inscripcion cúfica

Descripcion de Granada árabe.

«marítimas [1], capital ilustre de todo el reino, «emporio insigne de traficantes, madre benigna «de marinos, albergue de viajeros de todas las «naciones, verjel perpetuo de flores, expléndido «jardin de frutas, encanto de las criaturas, era- «rio público, ciudad celebérrima por sus cam- «pos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de

---

esculpida en la puerta del oratorio : «En el nombre de Dios poderoso y misericordioso. Esta mezquita se ha construido por mandato del emir Mohamad, hijo de Abderraman (Dios le prodigue sus beneficios), en la esperanza de las magníficas recompensas prometidas por el mismo, y para comodidad y conveniencia de sus súbditos (en los momentos de oracion). Su obra se ha concluido en el mes de dhilkadah del año 250 (diciembre de 864 de J. C.) bajo la direccion de Abdalá gobernador de la provincia de Elvira." Véase en la lujosa obra inglesa de Owen Jones y Jules Goury, *Plans, elevations, sections and details of the Alhambra,* el tratado del Sr. Gayangos *Historical notice of the kings of Granada,* página 3. A esta noticia podemos añadir otra muy singular y análoga, y es que los vecinos del Atarfe reconocen y designan con el nombre de *Sitio de la Mezquita* un paraje donde se descubren cimientos y vestigios de un sólido edificio. Así nos lo han asegurado personas muy fidedignas de la misma poblacion.

Entre los manuscritos preciosos que dejó inéditos en Valencia el Sr. Bayer, habia un tomo en 4.° sobre *Granada, conjeturas acerca de su etimología y tiempo en que empezó á llamarse así.* Ignoramos si este libro se habrá recogido por la academia de la Historia, ó si habrá sufrido la suerte de los muchos manuscritos que han ido á enriquecer en estos últimos años, con mengua de nuestra patria, las bibliotecas extranjeras.

Lucio Marineo Síeulo, cuyo testimonio es atendible en punto á antigüedades granadinas, confirma nuestra opinion: *Elveria porta dicta fuit ab Elvera civitate, quæ fuit olim ab urbe Granata passuum millia ferme septem, cujus cives á Cordubensibus devicti quondam Granatam devenerunt, á victoribus eorum urbe deleta. De reb. Hispaniæ,* lib. 20, *De nominibus urbis Granatæ,* edic. de la *Hisp. ilustr.*

[2] No debe creerse por esta expresion que Granada era puerto de mar, como así lo han entendido algunos, vitupe-

«acendradas legumbres y manantial inagotable «de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen «cumbres altísimas (sierra Nevada), admirables «por la blancura de sus nieves y bondad de sus «aguas. Á esto se le agregan aires saludables, «muchos y amenísimos huertos, varias yerbas y «aromas exquisitos; siendo la mas singular de «sus excelencias que en todos los dias del año «hay sembrados y lucen verdes y risueñas pra«deras. Su comarca abunda en oro, plata, plo«mo, hierro, atucia, margaritas y záfiros. Sus «montes y lagos crian peucedano ó yerbatum «genciana y espliego; por último, produce cochi«nilla, y hay tal abundancia de seda, que sirve «para el consumo, y sobra para el comercio; «con la singularidad de que estas ropas de seda «(se puede asegurar sin reparo) en suavidad, de«licadeza y duracion aventajan con mucho á las «de Siria."

«El campo es amenísimo y rival del valle de «Damasco; y tan llano y suave, que con la mis«ma comodidad se viaja por él de dia ó de no«che, á pié ó á caballo. La naturaleza ha dotado «con toda su lozanía á esta vega, y la ha refresca«do con raudales copiosos. En ella se elevan ri«sueñas aldeas, caseríos, jardines, y crecen espe«sas y deleitosas alamedas; una serie de colinas y «montañas termina su horizonte, y abraza en an«cho semicírculo un espacio de muchas millas. La «gran ciudad de Granada se extiende con sus ar«rabales sobre colinas, y está como recostada «parte en estas y parte en llano; y no es fácil des-

---

rando al escritor árabe; sino que era la metrópoli de las ciudades de la costa, por las cuales se hacia un comercio activo.

«cribir cuántas comodidades y bellezas propor-«cionan la lenidad de sus brisas, la clemencia de «sus aires, la solidez de sus puentes, la magnifi-«cencia de sus templos y la anchura de sus pla-«zas. El célebre rio Darro nace en sus términos «orientales, corre por la poblacion, divide sus bar-«rios, tuerce luego su curso, y se abraza con el «Genil, que despues de lamer sus muros lleva sus «ondas por la espaciosa vega, y enriquecido con «los tributos de otros arroyuelos y torrentes, cre-«ce á semejanza del Nilo, y se dirige soberbio há-«cia Sevilla.”

«La regia estancia de la Alhambra, sobresale «con admirable perspectiva, cual otra segunda «ciudad. Áltimas torres, espesas murallas, pala-«cios suntuosos y otros muchos edificios elegan-«tes hermosean aquel recinto y le embellecen con «su magnificencia. Raudales cristalinos se despe-«ñan, se comparten en mansos arroyos, y se des-«lizan murmurando entre bosques sombríos. Á «semejanza de Granada, huertos y graciosos ver-«jeles dan tal amenidad á la Alhambra, que las «almenas de los palacios asoman entre las bóve-«das de verdura, como el cielo sembrado de es-«trellas en noche oscura. Por do quiera se enla-«zan las parras con árboles cargados de pomas y «de otras frutas regaladas. Las huertas contiguas «producen tantos cereales y hortaliza, que solo «un príncipe pudiera satisfacer sus precios con «ricos tesoros. La renta anual de cada huerta as-«ciende á cincuenta áureos, y cada una de ellas «reditúa al soberano treinta libras. Este campo, «cubierto incesantemente de frutos, da al cul-«tivo un carácter de perpetuidad, y sus produc-«tos se calculan en nuestros dias en veinte y «cinco mil áureos. El rey posee suntuosas casas «de recreo y de incomparable deleite por sus

«bosques y variedad de plantas y jardines.”

«Á do quiera que se dirija la vista se admiran «torres de hermoso aspecto; las aguas corren en «opuestas direcciones, ya para uso de los baños, «ya para impulso de los molinos, cuyos réditos «se aplican á restaurar los muros de la ciudad. «Estas posesiones se extienden por espacio de al«gunas millas, y en su cultivo y limpieza se ocu«pan muchos honrados colonos y muchos anima«les útiles: en casi todas hay fabricados castillos «y capillas sacrosantas. La feracidad de la tierra «facilita los trabajos y da impulso á las labores. «Se elevan en estas fincas, aldeas tan alegres en «sus recintos como en sus campos; y es tal la an«chura de la vega, que hay tierra de abundante «esquilmo, y sobra mucha para pastos, realen«gas, abrevaderos, granjas y egidos. Los lugares «del radio de Granada ascienden á trescientos; «los colegios y templos de su recinto son cincuen«ta, y los molinos de agua en torno de ella cien«to y treinta.”

«Los granadinos son ortodoxos en religion, y «sectarios malequíticos, sin que la herejía haya «inficionado sus espíritus[1]; amantes de sus reyes, «sufridos y muy generosos, esbeltos y proporcio-

---

[1] Los mahometanos están divididos, como los cristianos y judíos, en ortodoxos y heterodoxos ó herejes. Los ortodoxos se llaman *zunnitas* de *azunna* (tradicion), porque reconocen su autoridad fundada en los dichos y hechos del Profeta, como un suplemento del Corán. La secta zunnita tiene cuatro ramificaciones, segun la forma y espíritu de su interpretacion. La primera es la de los *hanifitas,* así llamada por su fundador Abu Hanifa Al Nooman Ben-Habet, que nació en Corfú el año 80 de la heg. (699 de J. C.) y proclamó los preceptos de la equidad natural, como medio único de resolver las cuestiones legales y religiosas. Aprisionado en

«nados, por lo comun de cabello negro, y media-«nos de estatura. Su diccion es la arábiga mas «elegante, exornada de sentencias, y á veces de-«masiado metafísica; en disputas y réplicas sue-«len ser tenaces y vehementes. Visten, al uso de «los persas, finísimas telas de lana, seda y al-«godon, rayadas de colores con sutil artificio: en «invierno usan para abrigo la capa africana, ó al-«bornoz tunecino; en la estacion calorosa lienzo «blanco. De aquí es que al ver á los fieles congre-«gados en el templo, y los diversos colores de sus «trajes, nos parece admirar la diversidad de flo-«res extendidas en los amenos prados de prima-«vera."

«El ejército se compone de dos linajes, uno de «guerreros granadinos y otro de reclutas africa-«nos: los granadinos no consienten ser acaudi-«llados sino por algun príncipe de la dinastía, ó «por alto dignatario del estado. En otro tiempo «usaban corazas, anchas lorigas, escudos, vise-«ras, en calidad de armas defensivas; como ofen-«sivas, lanzas larguísimas de dos hierros, cimi-«tarras y venablos; y cabalgaban en sillas de po-«ca firmeza. Cada escuadron ó compañía llevaba «un alférez, que tremolaba su estandarte. Con el

---

Bagdad por mandato del califa, á quien desairó negándose á admitir el cargo de cadí, murió el año 150 de la heg. (767 de J. C.): dicen los árabes que el Dr. Abu Hanifa leyó 7000 veces el Corán. Los turcos y tártaros adoptaron la doctrina de esta secta.

La segunda de los *malekíticos* por su fundador Malek Ben-Anas: este doctor floreció en Medina á fines del siglo primero de la hegira y casi todo el segundo (sig. VII y VIII de J. C.): aunque reverenciaba las tradiciones del Profeta, siguió en algunos casos sus inspiraciones propias, y difundió cierta relajacion en punto á doctrinas religiosas. Esta secta

«tiempo se han mojorado la disciplina militar y «la calidad de las armas, adoptando corazas lige- «ras, celadas ó morriones mas airosos, sillas á la «gineta, adargas de cueros y lanzas mas agudas."

«Las cohortes africanas constan de varias gen- «tes, como son los Marines, Zayanitas, Tagiani- «tas, Agaisitas y árabes africanos: se dividen en «varias cohortes, acaudilladas por sus propios ca- «pitanes; mas estos quedan sometidos á la auto- «ridad de un jefe superior, que por lo comun es «alto caballero de la noble tribu de los Marines «y cercano pariente de los reyes de Fez. Muy po- «cos de estos usan el turbante persa, imitando en «esto al pueblo granadino, entre el cual, los sa- «cerdotes, magistrados y doctores son los únicos «que le conservan. Su arma favorita es un vena- «blo armado de varias cuchillas, que disparan al «enemigo con singular destreza: habitan en cuar- «teles de fábrica poco elevada, y en los dias fes-

---

era la que profesaban los árabes españoles y los moros de Marruecos, y cuyo espíritu dominó en las cátedras y academias andaluzas: es la que refiere Al Kattib como propia de los granadinos.

La tercera es la de los *shafeitas* de Mohamad Ben-Edris Al Shafei, que nació en Ascalon el año 150 de la heg. (767 de J. C.), el mismo en que murió Abu Hanifa, y falleció el 204 (819 de J. C.): llamáronle el *sol del islamismo* por la profundidad y elevacion con que explicó su doctrina: fué el primero que metodizó la jurisprudencia musulmana con arreglo á la azunna. Su doctrina se difundió en la Arabia, la Mesopotamia y la Persia.

La cuarta y última es la *hambalitica* por Ahmad Ben-Hambal, que nació en Bagdad el año 164 de la hegira (780 de J. C.) y murió el 241 (855 de J. C.): dicen los teólogos musulmanes que el dia en que murió este santo doctor abrazaron la fe muslímica 20000 infieles cristianos, magos y judíos, y que acompañaron su cadáver hasta la sepultura 800000 hombres y 80000 mujeres. De esta secta solo pueden hallarse ves-

«tivos visten con lujo deslumbrador, y pueblan «las hosterías dando ejemplo pernicioso á la ju«ventud con sus zambras ruidosas y sus cantares «impúdicos."

«El alimento cotidiano de los granadinos es el «pan de trigo: las familias pobres y los jornaleros «lo consumen de cebada en el rigor del invierno. «En sus mercados abunda todo género de fruta, «y principalmente las uvas vendimiadas en los fér«tiles pagos de Granada; y es tal la granjería de «este fruto, que sus rentas están computadas hoy «en catorce mil áureos. Es tambien copioso el sur«tido de otras frutas, como higos, pasas, man«zanas, granadas, castañas, bellotas, nueces, al«mendras y otras muchas, sin que escaseen en «ninguna época. Además hay uvas conservadas «al abrigo de la corrupcion de un año para otro."

«La moneda granadina, labrada de plata y oro «purísimo, se distingue por su cuño primoroso[1].

---

tigios en algunas tribus de la Arabia. Las sectas heréticas son muy numerosas.

Las cuatro ortodoxas atemperadas á unos mismos dogmas solo se diferenciaban en ciertos ritos y accidentes; por ejemplo, unos cruzaban los brazos para hacer oracion, otros los tenian perpendiculares ú horizontales; unos comenzaban sus abluciones legales por las puntas de los dedos, otros por los codos. Corabi Ben-Habes Ben-Manzor el Thekifi, discípulo del doctor Malek Ben-Anas, vino como apóstol á Córdoba, explicó su doctrina bajo los auspicios de Abderraman II, y murió en la misma ciudad año 835 de J. C. Con las controversias de estas sectas y con las muchas que han producido las religiones de los diversos pueblos de la tierra, se podia componer una curiosa historia de las aberraciones del espíritu humano.

Los califas de Córdoba y los reyes de Granada tuvieron que reprimir con severidad las demostraciones acaloradas y las disputas de algunos doctores y alfakis no muy tolerantes.

[1] Las muchas monedas árabes que circulan y se encuen-

«Los ciudadanos aplicados á sus labores se alejan «del ruido cortesano en la estacion de las cose«chas, y pasan el estío en sus granjas deleitosas. «Otros, inducidos de un ardor belicoso, viven en «las fronteras, para molestar al cristiano con ex«cursiones audaces, y servir de presidio y ante«mural á sus conciudadanos.”

«Entre los adornos recomendados por el buen «gusto de las princesas y damas granadinas, me«recen especial mencion los cinturones, bandas, «ligas y cofias, labradas de plata y oro abrillan«tado con primoroso artificio. El jacinto, el cri«sólito, la esmeralda y otras muchas piedras pre«ciosas brillan en sus atavíos. Las granadinas son «graciosas, elegantes, y de estatura tan esbelta, «que es muy raro encontrarlas desproporcionadas. «Nimiamente pulcras, cuidan con esmero sus lar«gas cabelleras, y hacen gala de su dentadura de «marfil; el aliento de sus labios es dulce como el

---

tran diariamente en Andalucia, corroboran la veracidad de Al Kattib.

Las que corrieron en el pais granadino durante la primera época de la dominacion musulmana, fueron orientales, acuñadas por los califas con caracteres cúficos en Cufa y Basora, y llamadas *dinar* cuando eran de oro, voz derivada del *denarium* griego y latino, y de donde viene nuestra palabra *dinero;* y *adirham* ó la *dragma* griega cuando era de plata, de donde nace nuestro *adharme.*

Establecido Abderraman I en el trono de Córdoba, mandó labrar moneda á semejanza de los califas de Oriente sus abuelos, y muchas se conservan que dicen: «En el nombre de Dios se acuñó este adirham en Andalus, año” (con diversas fechas, segun los años de su reinado). Sus nietos y sucesores hasta Abderraman III no variaron los tipos ni carácteres de las monedas. Este califa, el mas espléndido y poderoso de todos los de España, introdujo la novedad de fijar en ellas su nombre y títulos: así se lee en las de su tiempo por un lado en la áera: «No hay sino Dios único, no tiene compañero:”

«perfume de las flores. Dan mayor realce á sus «encantos la gracia de los modales, la discrecion «exquisita y los donaires en su conversacion. Es «lamentable sin embargo que alcancemos un tiem-«po, en que las granadinas hayan elevado sus «vestidos y adornos á una altura de lujo y mag-«nificencia que raya en delirio.”

Forma de gobierno.

En la antecedente pintura se advierte la cautela con que Al Kattib, escarmentado con discordias civiles, se abstiene de comentar hechos relativos á leyes ó costumbres políticas. El poder de los reyes Nazeritas no era un despotismo cruel, cual nos pintan el P. Haedo al de los gobernadores argelinos y el P. Sanjuan y Alí Bey al de los califas de Marruecos. El ejercicio de la autoridad real estaba atemperado en Granada á las decisiones de un *Mexuar* ó consejo de Estado, compuesto de doctores y jurisconsultos esclarecidos y de individuos de la alta aristocracia. Si bien la cor-

---

en la orla: « En nombre de Dios se acuñó este adirham en Andalucía, año de la hegira (el correspondiente):” en el lado opuesto: « El principe Anasir Ledin Allah Abderraman Amir Almumenin:” estos eran sus títulos que significaban: «El augusto defensor de la ley de Dios, Abderraman príncipe de los fieles:” en la orla de esta parte: «Mohamad, enviado de Dios; envióle con la direccion y ley verdadera para ostentarla sobre toda ley, á pesar de los infieles.” En algunas se lee tambien el nombre de sus ministros. Muchas dicen estar acuñadas en Medina Azahara, el magnífico palacio construido por este califa para divertir á su dama; del que dice el Xakiki, «Solo Dios es capaz de apreciar los tesoros gastados en esta maravilla.” Los reyes siguientes hasta Almanzor introdujeron pocas novedades. Algunas monedas circulan acuñadas en conmemoracion de juras de príncipes, de batallas y correrías célebres, y particularmente de la toma y saqueo de Santiago de Galicia.

Hundido el trono de los califas á principios del siglo XI, se declararon señores independientes de Granada, Almería y

te de la Alhambra obtenia segun las leyes musulmanas un señorío absoluto de vidas y haciendas, no podia precipitarse en los excesos de una tirania bárbara ni ejercer venganzas impunemente. Al primer amago los magnates y alcaides izaban bandera hostil, refrenaban al monarca y le hacian conocer su debilidad. El gobierno granadino era un realismo puro, creado y sostenido por una aristocracia rica, soberbia, y si se atiende á los resultados de su influencia en la prosperidad del pais, podremos llamarla tambien ilustrada.

El modo de suceder en el trono, aunque carecia de una regla fija que cerrase la puerta á las ambiciones y á las intrigas, estaba atemperado á una costumbre trasmitida por los antiguos reyes cordobeses y sancionada como ley por la aprobacion de la altiva aristocracia granadina. Desde Alhamar vemos con pocas excepciones á los primogénitos del rey ser declarados sucesores por sus

Sucesion en el trono.

Málaga capitanes audaces como hemos contado : no consta que los Hamudíes de Málaga ó Zeyritas granadinos acuñasen moneda.

Bajo la dinastía de los Almoravides se fabricó mucha y de buena calidad, y algunos *dinares* de Almería dicen en bellos caracteres africanos en el área : «No es Dios sino Dios : Mahoma enviado de Dios : Amir Amumenin Ali Ben-Jusef :" y en el área opuesta : «El príncipe Adbdallah Amir Amumenin :" y en la orla : « Se acuñó este dinar en Almería." Tambien acuñaron *kilates* ó monedas pequeñas para dar limosnas.

Los Almohades las fabricaron cuadradas con inscripciones nuevas : conservamos algunas de estas, y ofrecimos una elegantísima hallada en un pueblo de Almería al embajador Fuad Effendi, quien tuvo la bondad de aceptarla. Algunas de estas dicen en su área : «En el nombre de Dios misericordioso, el mehedi príncipe del pueblo.—La alabanza á Dios único, misericordioso y clemente. — El cain bimrri Allah

padres y recibir á su tiempo los homenajes é investidura de monarcas. Existia por lo tanto una combinacion de monarquía electiva y hereditaria aprobada por el uso y por la aquiescencia de las generaciones anteriores. Los reyes aplicaban á sus hijos al despacho de los negocios del Estado y les ejercitaban en todos los actos de la caballería y de la milicia, para educarles como candidatos dignos del cetro y la corona.

Proclamacion de los reyes.

La proclamacion de los reyes granadinos se verificaba con aparato solemne. La alta nobleza acudia á la Alhambra y esperaba en el salon regio al príncipe sucesor; presentábase éste ricamente vestido y cubierto con un manto de púlpura, é inclinándose sucesivamente sobre cuatro banderas tendidas en el suelo hácia los cuatro puntos cardinales del globo, deteníase sobre la

(el ensalzado por decreto de Dios) el príncipe Abu Mohamad Abdelmumen Ben-Ali Amir Amumenin.''

Los reyes Nazeritas de Granada labraron doblas de oro ó *dinares* y monedas de plata de forma circular y cuadrada con elegantes caracteres *neskis:* las mas comunes dicen: — 1.ª «Acuñada en Granada'' (ó en Málaga donde tambien se labró moneda) y el año respectivo: 2.ª « La alabanza á Dios altísimo: Al Galib Billah: Granada: No hay sino Dios: Mahoma enviado de Dios:'' 3.ª « No hay poder si no es Dios único.—El imperio todo es de Dios.'' Las mas raras y elegantes son del tiempo del gran rey Jusef I, cuadradas con orlas y letreros circulares. Dicen en la área: «Oh vosotros los creyentes, perseverad, sed constantes, y pelead, y temed á Dios, y así sereis felices:'' en los cuatro ángulos del cuadrado: «Wala Galibi-li-Allah,'' No es vencedor sino Dios: en la área opuesta: « Abdalá Anasir Ledin Allah Jusef Aben-Jusef Ben-Mohamad Ben-Jusef Ben-Ismael Ben-Nazar, favorézcale y ampárele Dios:'' fuera del cuadro: «Acuñada en la ciudad de Granada, á la que Dios guarde.'' El Sr. D. Manuel Cano conserva en su copioso monetario muchas de las clases referidas, y nosotros hemos logrado reunir algunas de cobre y plata.

de Oriente y recitaba una plegaria del Coran; despues juraba en alta voz y ante toda la asamblea defender hasta morir, á su ley, á su reino y á sus vasallos. Acabado el juramento, uno de los magnates postrábase de rodillas y besaba en nombre de todos y en señal de obediencia la tierra donde la real persona asentaba la planta; en seguida elevaban los reyes de armas el grito de «Dios ensalce al rey nuestro señor," y besábanle la mano los circunstantes. Por último, el aclamado cabalgaba en un magnífico caballo, y precedido de los escuadrones de su guardia y rodeado de cortesanos y de servidumbre regia, paseaba las calles de la ciudad preparadas con vistosas colgaduras, y recibia los parabienes del pueblo[1].

Familias aristocráticas de Granada.

Desde la primera época de la dominacion musulmana, las tribus establecidas en Granada y su reino jactábanse de ser descendientes de claras estirpes de la Arabia, de la Siria, de la Caldea, del Egipto y del África. El orgullo aristocrático de los vencedores no fué lo que menos irritó á los mozárabes y muzlitas de nuestra tierra, engendrando una guerra porfiada que hizo vacilar el trono de los Omíades. Las genealogías y separaciones de las tribus orientales se conservaron á pesar de las revueltas y de las entradas y preponderancia de nuevas razas de África; y era tal la fuerza de estas tradiciones, que se perpetuaron como un legado de padres á hijos hasta la conquista de Granada y rebelion de los moriscos. Ben-Alabar de Valencia, los granadinos Al Kattib y Ben-Adelhalim y los letreros mismos de la

[1] Hurtado de Mendoza, *Guer. de Gran.*, lib. 1, párr. 8, y Conde en varias partes de sus obras.

Alhambra recapitulan con prolijidad los títulos genealógicos de algunas familias cuyos nombres son populares en España y cuyas proezas han prestado galanos argumentos á romanceros y poetas. La familia real de los Nazeritas obtenia la preferencia como descendiente de la tribu árabe de Aben-Chareg, cuyos hijos fueron amigos y auxiliares (ansaris) del Profeta. Algunos escritores han hallado en esta misma estirpe el orígen de los Abencerrajes, cuyos caballeros hacen papel importante en la historia de la decadencia del imperio cordobés y particularmente en la del granadino. Rivalizaban con los reyes Nazeritas los príncipes Alnayares, descendientes de Aben-Hud y de los reyes de Aragon, los cuales contaban por abuelo á Abdelmelic Ben-Omar ó Marsilio, el célebre emir coraíxita contemporáneo de Abderraman I y de Carlomagno. Eran tambien ilustres las familias de los Meruanes y de los Omeyas ú Omíades, decaidos de su primitiva grandeza, pero orgullosos de conservar el linaje de los califas cordobeses. Los Gazanitas jactábanse de perpetuar la memoria de su tribu, la mas célebre de la Siria; los Alsalemis, los Kalebitas, los Gedelitas, los Gafekis, los Homeritas y algunos otros no perdian la tradicion de ser nietos de los caballeros y emires árabes y siros, alistados en la legion de Damasco que guerreó en España con el príncipe Baleg en el siglo II de la hegira (VIII de J. C.), y obtuvo por premio los campos de Granada y los valles de Genil y Darro. Á estas seguian en segundo rango, en cuanto á antigüedad sin ser por ello inferiores en influencia, los Zegries, célebres en las guerras de Granada, y otras tribus africanas. Los Zegries eran aragoneses refugiados en esta corte en sentir de algunos escritores, y descendientes de los reyes Zeiritas en opinion de

Los Nazeritas.

Los Abencerrajes.

Los Aben-Hudes ó Alnayares.

Los Meruanes, Aben-Humeyas y otros orientales.

Los Zegries, Gomeres y otros africanos.

otros genealogistas respetables. Los Marines estaban enlazados con los califas de Fez, y los Zayanitas con los príncipes de Tlencem. Los Gomeres eran hijos del Desierto y oriundos de los valles y cumbres de la sierra de Velez de la Gomera. Los Zenetes y Azuagos provenian del territorio de Argel; los Gazules de la antigua Getulia; los Zahanegas de los confines meridionales de Marruecos; los Almoradies de los contornos de Tánger; todos nietos de los terribles soldados de Masiniza y de Jugurta, y con sus rostros cetrinos, sus miradas ardientes y duras y sus pasiones indomables y fogosas, tipos constantes de la raza númida.

Tales familias y muchas otras que sería prolijo y enojoso enumerar, componian la nobleza granadina y daban esplendor al trono con su magnificencia. Los caballeros de estos linajes fueron los rivales de los Ponces y Guzmanes, de los Padillas y Córdobas, de los Manriques y Fajardos, de los freires y maestres de las órdenes descendientes de la raza Gótica, y los mismos los que han legado á la historia mil romanescos cuadros con sus aventuras caballerescas, sus justas y galanteos. En Granada y en otras poblaciones de su reino conocemos algunas familias que conservan sus apellidos árabes y africanos, y otras que, al remontarse en investigaciones genealógicas, tropiezan con abuelos que vistieron albornoz y turbante y esgrimieron la cimitarra en defensa de una patria que disputaba como suyo el valor castellano.

Engrandecimiento de Granada.

La opulencia, el gusto, la esplendidez de las fiestas, la actividad del comercio hacian de Granada una corte deliciosa. Los anales de los árabes nos enseñan el engrandecimiento progresivo de esta bella ciudad. Oscurecida, humilde, poblada de judíos en tiempo de los romanos, esta-

ba limitada á un estrecho recinto, demarcado hoy en las parroquias de Sta. Escolástica, S. Cecilio y campo del Príncipe[1]. Illiberi brillaba á pocas millas de distancia, y absorbió toda la atencion. Los vencedores del Guadalete, al buscar el apoyo de los judíos para sujetar á los pueblos vencidos, dieron ya importancia á Gar-nathat, y muros y torres elevados en derredor pusieron los destacamentos agarenos al abrigo de las acometidas de un enemigo implacable, y pudieron calmar los recelos que les inspiraban los indóciles cristianos de nuestra tierra.

1.ª Epoca. A. 711 de J. C.

2.ª Epoca. A. 744 de J. C.

Los soldados de Damasco, que habian atravesado la Siria, el Egipto y el África, y desembarcado en Andalucía con el emir Baleg, vieron años despues montes nevados, campos fértiles, y la colonia de la Villa de los Judíos bañada por dos rios. «Este cielo y esta tierra, dijeron, se aseme«ja á nuestra hermosa patria: reposemos aquí «de tantas penosas campañas, y pasemos en ella «una vejez tranquila;" y la Villa de los Judíos vió instalarse á una colonia de guerreros ilustres, repartirse sus campos para el cultivo, y elevar una segunda poblacion en la colina de la Alcazaba. Á la venida de Abderraman el Grande, los damasquinos fueron los primeros que tremolaron el pendon blanco de los Omíades en los muros con que ya estaba defendida Gar-nathat, y de los cuales vemos aun vestigios en la puerta del Sol y en los cimientos de las torres Bermejas; y Jusuf

---

[1] D. Rodrigo, *De reb. hisp.*, lib. 3, cap. 24. M. S. atribuido á Rasis: Mármol, *Rebel.*, lib. 1, cap. 3 y 4. Los historiadores árabes llaman á Granada con el epíteto de Al Jaud, la de los Judíos: véase la nota 2.ª de la pág. 51 del tomo II de esta nuestra obra.

el gobernador de España, al sostenerse en el poder que le disputaba su heróico rival, rindió á Gar-nathat, y quiso constituirla en centro de resistencia. Las memorias arábigas nos dicen que el destino le fué adverso, que en Gar-nathat capituló con honra, y que Abderraman y sus damasquinos conservaron esta fortaleza. La fidelidad que estos colonos ilustres y sus nietos prestaron á los reyes de Córdoba, pudo serles funesta: facciones tremendas de cristianos mozárabes y tribus árabes aliadas levantaron pendon hostil en la Alpujarra y sierras de Jaen y Cazorla, sacudiendo el yugo de la dinastía Omíada, y amagaron á Granada y á Elvira, constituida en capital de su distrito turbulento. El gran wali Abderraman Ased el Schevani elevó, poco antes de morir víctima de su valor en esta contienda, los gigantescos muros de la Alcazaba, que aun vemos sólidos como la roca y en disposicion de resistir muchos años la accion disolvente del sol y las injurias del viento y las aguas. El fuego mal extinguido por Abderraman se reprodujo con mayor estrago durante la administracion de sus nietos Abderraman II, Mohamad I y Abdalá. Entonces fué cuando los cristianos mozárabes y los mauludines ó muzlitas, capitaneados por los emires Suar Ben-Andum y Jalid Aben Suquela vencieron á los damasquinos y á las tropas del califa en una sangrienta batalla, ocuparon á Elvira y encerraron en Granada á flechazos y á botes de lanza los restos fugitivos. Parapetados los vencidos en las torres Bermejas á las órdenes de un renegado de nombre Nabil, se resistieron burlándose de las amenazas que sus enemigos les trasmitian en baladas y versos ensartados en las puntas de las flechas. Una de estas decia: «Las casas de nuestros «enemigos desiertas y sin techumbre, están inun-

3.ª Epoca. A. 765 de J. C.

«dadas por las lluvias del otoño y desmanteladas «por los vientos embravecidos. ¿Qué nos importa «ta que ahora celebren sus pérfidos conciliábulos «en las torres Bermejas? La perdicion y el in«fortunio les persiguen por do quiera[1]."

Triunfó la rebelion: los damasquinos se rindieron, y los soldados de Suar se mantuvieron en la posesion de Elvira, Granada y su distrito, hasta que los esclavos negros y la guardia real del rey Abdalá vengaron en los campos de Loja los anteriores reveses y recuperaron á Granada. Esta fortaleza y Elvira su rival continuaron desde entonces sometidas á los reyes cordobeses, y administradas por sus gobernadores; y ambas merecian ya alguna importancia cuando el rey Abderraman III, el mas magnífico y voluptuoso de los califas cordobeses, visitó con su corte á la primera, y se detuvo en ella elogiando la belleza de su situacion y sus verjeles, y cuando su hijo Al-Haken II leyó una descripcion de la segunda, escrita por el iliberitano Ben-Matrek, caballero de la tribu Gazanita. Bajo los auspicios de estos dos soberanos creció la poblacion, se perfeccionó la agricultura de Granada, y nuevos canales extendieron los riegos por muchos pagos de su vega.

4.ª Epoca. A. 1013-1091 de J. C.

La ruina de la dinastía Omíada encendió en Andalucía furiosa guerra civil. Los caudillos mas osados devastaron la tierra colmada de riqueza, ya sublevando las legiones veteranas de los califas, ya reclutando en las praderas de Argel y montes de Marruecos soldados bárbaros, de los cuales pueden servir de tipo sus descendientes los chiloacs del Atlas. Entonces el capitan africano Zawi

---

[1] Ben-Hayyan, citado en la *Historical notice*, pág. 2.

Zeiri Ben-Menad el Zahegui se proclamó señor de Elvira, tomó la investidura de rey, y alojó á los Zenetes, soldados escogidos de su guardia, en el barrio que aun conserva el nombre de esta tribu. Obligado por intereses de familia á partir á los desiertos de África, dejó encomendada la gobernacion de su reino á su sobrino Ben-Habuz, que sostuvo guerras crueles con los príncipes de Córdoba y Sevilla. Muchas familias, maltratadas por la inseguridad de la guerra y por los rigores de las armas, buscaron entonces en Granada muros donde abrigarse y una sombra de gobierno que las protegiese. Bajo el amparo de este rey, de su hijo Bedici Ben-Habuz que labró la *Casa del Viento* (hoy la Lona) y de su nieto Abdalá, creció la poblacion, cubriéronse de casas los parajes que mediaban entre la colina de la Villa de los Judíos y la Alcazaba, y la nueva corte comenzó ya á eclipsar la gloria de Elvira ó Illiberi celebérrima segun Plinio.

Ensanchada la ciudad, carecia de seguridad y defensa, y no podia considerarse corte mientras no tuviese muros que amparasen á sus pobladores. Á esta triste necesidad aplicaron los reyes africanos sus tesoros. Los Almoravides, que pasaron á España acaudillados por Jusef para contener á los cristianos, quedaron embelesados con las delicias de Granada, y si bien la historia los presenta como duros y bárbaros, mitigaron su ferocidad en nuestra tierra y rindieron homenaje á su civilizacion. Aunque el emir africano rindió á Granada y encadenó á su rey Abdalá, mantuvo en el gobierno á Mumel su sabio ministro, y dispuso que continuasen bajo su direccion obras de utilidad emprendidas ya, entre las cuales merece grato recuerdo el acueducto que conduce las aguas de Alfacar. Los Almohades, que sustitu-

yeron á los Almoravides, dejaron en Granada memoria de su dominacion, en el palacio de Abu Said á orillas del Genil. Las sangrientas guerras civiles y religiosas que hicieron memorable la decadencia de esta dinastía, fueron poco propicias á la poblacion de Granada. Quebrantado el poder africano en los campos de las Navas de Tolosa, se renovaron las tristes escenas de la decadencia del imperio Omíade, y príncipes audaces volvieron á disputar la posesion de la hermosa ciudad. Aben Hud dió acogida á los habitantes de Baeza, expulsados por el ejército de S. Fernando, y fundó con ellos el barrio del Albaicin. Alhamar, que por muerte de aquel rival suyo instaló su corte en la misma ciudad, atrajó nuevos colonos, afianzó la paz, y dió principio á su dinastía. Este gran rey trazó á sus hijos y sucesores la senda que habian de seguir en la administracion del reino: fundó en Granada hospitales, hospicios para los huérfanos y peregrinos, escuelas gratuitas y colegios: elevó á las cumbres del cerro del Sol las aguas del Darro por medio de la acequia que aun subsiste y con la cual se riegan los jardines y bosques de la Alhambra; prefeccionó la agricultura, dando premios á los mejores labradores; construyó templos; fabricó baños; hizo de la Alcaicería el mercado mas rico de España; y, en una palabra, constituyó á Granada en depósito de las ciencias y de las artes arábigo-españolas.

5.ª y principal. A. 1228-1238 de J. C.

Obras de Alhamar.

Para colmo de gloria comenzó Alhamar el palacio de la Alhambra. Él mismo aceleró los trabajos, mezclándose entre los alarifes, dándoles instrucciones y dirigiendo las cifras, las labores de los estucos y dorados y la forma de los jardines. El patio del Arrayan, sus elegantes galerías, la antesala y sala de Comarech, son obras

de su tiempo, notables por su solidez, su grandeza y hasta por la gravedad y elegancia de sus inscripciones y motes. Los escudos de sus armas brillan en las paredes entre flores, lazos y alabanzas á Dios. Armado caballero por S. Fernando, eligió por blason un escudo en campo plateado con banda diagonal azul con los extremos en boca de dragrones, y un letrero en ella que decia: *Wa le Galib ile Alá;* Solo Dios es vencedor: y formó de este escudo y de estas palabras el mas gentil adorno de su regia estancia.

Orígen de su blason.

El sagaz monarca adoptó este emblema para lisonjear á los moros granadinos que le veneraban como creacion celestial. Creian que preparadas las huestes muslímicas por Jacob Aben Jusef, príncipe de los Almohades, en la noche anterior á la sangrienta batalla de Alarcos, tan funesta para los cristianos, apareció en los espacios un ángel montado en un caballo blanco, tremolando una bandera que se extendia de polo á polo, en la cual se leian las mismas palabras: *Wa le Galib ile Alá;* y que semejante aparicion fué el anuncio de la victoria.

Modificacion de blasones.

Los hijos y sucesores de Alhamar conservaron el mismo tipo, bien que variando los colores en la forma siguiente: Unos formaron campo de oro, banda diagonal de plata, y en letras negras la inscripcion ya dicha: otros, campo verde claro, banda diagonal de listas encarnadas y blancas, y en la parte superior sobre un escudo pequeño tres puntos negros: otros, campo escarnado, banda diagonal de plata con dos líneas verdes y letras negras.

La forma de este blason hizo decir á un poeta árabe granadino, quejándose de los desdenes de su amada:

¡Oh! sus mejillas hermosas
con mis furtivas miradas,
cambian en ricos carmines,
que afrentan á los del alba.
¡Oh! si mi tímida mano
tan lindas flores tocara;
mas no mira la fortuna
los umbrales de mi casa.
El rubor virginal suyo
deslumbra en campo de plata,
cual la insignia blanca y roja
de nuestro rey en las armas[1].

Mohamad II, aunque empeñado en guerras con príncipes rebeldes y en intrigas diplomáticas con D. Alonso el Sabio, tuvo constantemente á su lado los moros mas ilustres en ciencias y en artes; añadio nuevos departamentos á la Alhambra, y remuneró con esplendidez á los artífices empleados en las obras.

Otras obras de sus descendientes.

Mohamad III hermoseó mas y mas el palacio, y construyó una suntuosa mezquita en el paraje mismo donde hoy se eleva la iglesia de Sta. María de la Alhambra[2]. «Es una obra, dice Al

---

[1] El P. Francisco Guadix, del convento de S. Francisco de Granada, en su *Libro de nombres arábigos*, de que se aprovechó mucho Covarrubias para explicar las voces españolas derivadas del árabe, explica el blason de los reyes de Granada, diciendo que el escudo morisco tiene una banda diagonal, que atraviesa por el punto que los astrólogos llaman cuarenta y cinco grados; y que sus dos extremidades estan incluidas en bocas de dos sierpes con el letrero, «Guala Galibi-li-Allah," Solo Dios es vencedor; y que fundaban este emblema en que la ciudad de Granada se conservaba contra el poder cristiano por favor especial de Dios; y que, sin este, no hubieran bastado las once mil lanzas que salian de solo Granada y otras muchas de todo el reino. Véase Al Kattib en el M. S. de Conde sobre las armas y blasones de los granadinos.

[2] Al Kattib, *Histor. de Granad.* en Casiri, tom. 2, pág. 272, y en las *Memorias históricas de los Nazeritas*, citadas en la *Historical notice* del señor Gayangos pág. 9.

«Kattib, labrada al gusto mosáico, con calados «finísimos, con alharacas, con flores de plata, y «sostenida por esbeltas columnas de mármol bru«ñido. Sin rebozo aseguro, que por la calidad de «su construccion, á la cual asistió en persona el «sultan mismo, por la elegancia de sus estucos «y hermosura en sus proporciones, es el edificio «mas admirable del reino: he oido decir á arqui«tectos entendidos en este género de obras, que «no han visto edificio ni oido haya alguno que se «le pueda comparar. Lo mas meritorio es que las «sumas invertidas en la construccion de esta mag«nífica mezquita se han deducido del tributo anual «que los cristianos de la frontera rinden á Moha«mad, para evitar el rigor de su espada: están «aplicados á su dotacion los productos del baño «que hay en frente." Los reyes sucesores han dejado escasas memorias de sus agregaciones al palacio. Solo Abul Walid Ismael restauró algunos departamentos, y dejó recuerdo suyo en breves inscripciones. Jusef I puede considerarse el Augusto de Granada: opulento hasta el grado de hacer creer al pueblo que era alquimista y que trocaba las piedras en oro, invirtió sus riquezas en obras de utilidad y de engrandecimiento. La puerta Judiciaria y la del Vino fueron construidas bajo sus auspicios; los letreros del patio de los Leones, salas de las Dos Hermanas y de los Abencerrajes, los de los departamentos interiores contiguos al patio de Lindaraja con sus baños, sala de los Músicos y de los Secretos, son alusivos *á su gloria y perpetua alabanza*. Observando con detenimiento esta parte del palacio y comparándola con la primitiva de Alhamar, se nota en una, solidez, grandeza, majestad; en otra, gusto exquisito, labor delicada y primor fantástico. La sala de Comarech parece fabricada para des-

Opulencia y gusto de Jusef I.

A. 1333-1354 de J. C.

lumbrar con el esplendor del trono; el patio de los Leones y las salas contiguas, para matar el tiempo en una mansion encantada, y enajenarse *en los brazos de aquellas princesas, que,* segun las leyendas árabes, *con solo mirar, trasmitian á raudales el veneno de la pasion*[1].

Jusef, no solo ensanchó el palacio, sino que hizo restaurar todas las piezas, y añadirles nuevas inscripciones y dorados. Al Kattib refiere que es incalculable el dinero consumido en este trabajo, y que el oro sacado de las minas de África era elaborado en Granada y convertido en hojas sutilísimas[2]. No se limitó este gran rey á embellecer la Alhambra y á prodigar en ella sus tesoros: dió impulso á la ilustracion de su pueblo construyendo la Madraza ó colegio público, donde la juventud recibia útiles conocimientos en todos los ramos de las ciencias; protegió á los poetas, á los físicos, á los artistas, y les invitaba con recompensas á establecerse en Granada: bajo su feliz reinado la poblacion de esta ciudad ascendia, segun D. Diego Hurtado de Mendoza, á 70© casas, que pueden computarse en 500.000 almas[3]. «Acabó, dice un historiador árabe, mu«chas obras en Granada, mandó pintar las mez«quitas, hermosearlas con graciosas labores, y «restaurar su alcázar: á imitacion suya, los seño«res fabricaron palacios; y comenzó é descollar «multitud de casas altas, y de torres maravillo-

---

[1] *Mil y una noches,* 162.

[2] *Historical notice*, pág. 11.

[3] «Fué (Granada) en tanto crecimiento, que en tiempo del rey Bulhaxix cuando estaba en su mayor prosperidad, tenia 70.000 casas segun dicen los moros.'' Hurtado de Mendoza, *Guer. de Gran.* lib. 1, parr. 1.

«samente labradas, ya con madera de alerce, ya «con mármoles y bruñidos adornos de metal. «Dentro de las casas habia grandes y frescas sa«las con alcobas, paredes y techos de oro y azul, «y con suelos labrados de menudos azulejos: el «agua, corriendo por hermosas tazas de mármol, «refrescaba estas estancias: la moda creó tan ele«gante arquitectura, que Granada llegó á brillar «en los dias de Jusef como una taza de plata en«gastada de jacintos y esmeraldas [1]." Al reinado de este califa inmortal puede referirse aquella grandeza de 12.000 pasos de circuito y 1.030 torreones elevados en torno de las murallas, con que Marineo Sículo nos pinta á la deliciosa corte [2].

Carácteres de la arquitectura árabe.

Las fortalezas, atalayas y palacios construidos por los árabes en el país granadino marcan las diversas épocas de su civilizacion, como sucede con los vestigios de arquitectura romana. Los primeros gobernadores de Andalucía no fueron tan feroces y dañinos como los han pintado los cronistas españoles, sin mas testimonio que las declamaciones de Isidoro Pacense. Si bien algunos emires arrasaron templos que servian en nuestra tierra de fortines y conciliábulos á cristianos rebeldes y demolieron fábricas romanas y góticas, reforzaron en cambio las torres y murallas que ya existian, y mezclando sus tipos con los antiguos crearon una arquitectura especial. Ya hemos dicho que en tiempo de los Abderramanes se fabricó la Alcazaba de Granada por el

[1] Conde, *Domin. de los árabes*, p. 4, cap. 22.
[2] Lucio Marineo Sículo, *De rebus Hispaniæ memorabilibus*, lib. 20, *De situ et forma urbis Granatæ*.

wali Ased; tambien se restauraron las torres Bermejas, y se cercaron de muros casi todas las ciudades del reino de Jaen, bajo la direccion de
A. 886 de J. C. los emires Hischem Abdelaziz y Obeidalá [1]. La lucha que la gente granadina empeñó con los califas de Córdoba y el carácter mismo de sus agentes de gobierno, fueron causa de que construyesen nuevas guaridas y presidios, que redoblasen el poder y fuesen emblema de la fuerza. Á este tiempo puede reducirse la fábrica de tanto castillo roquero, tanta torre maciza, tanto aljibe, tanto subterráneo, tanta estancia embovedada de ladrillo y durísima mezcla con que el caminante ve coronadas las cumbres de las montañas y defendidos los desfiladeros y vertientes de nuestras comarcas. Estos monumentos son las páginas de la historia de las antiguas guerras del país, gigantes viejos que nos atestiguan mudamente el recelo y el temor sombrío que embargaba á los espíritus. En los siglos prósperos, cuando las familias gozaron de quietud, y circuló el oro, y la imaginacion pudo recrearse con ideas alhagüeñas, se construyeron los asilos de placer, que prueban el gusto y refinamiento del pueblo árabe.

Su arquitectura participa de las partes principales de la persiana, egipcia y griega: sus carácteres son el arco puntiagudo, tomado de los egipcios, y á imitacion de los orientales adoptado por los godos; el de herradura ó media luna, agradable á un pueblo que veneraba como un emblema sagrado la representacion de aquel planeta en turbantes y trofeos; la escasez de ventanas, efecto de un carácter severo y del rigor con que

[1] Conde, *Domin.*, part. 2, cap. 58.

eran tratadas las concubinas; estas ventanas, en forma de ajimez con una columnita en medio y dos colaterales que sostienen graciosos arcos, eran ó naturales, para dar luz á las habitaciones, ó fingidas para adornarlas y guardar simetría. Lazos, cintas, flores, letras con adornos y dorados finísimos, se sustituyeron á las figuras animadas, cuya representacion vedaba el Corán. Sus grandes salones eran por lo comun cuadriláteros, con arcos afestonados y alcobas en los frentes: sus galerías descansaban sobre columnas algo semejantes á las corintias, aunque de menos diámetro y desfiguradas con vistosos chapiteles: sus entradas, solian tener á los lados preciosos nichos: sus pavimentos de alabastro, y sus zócalos de azulejos entrelazados, contenian letreros, sentencias alcoránicas y versos enlazados de flores; sus artesonados brillaban por los caprichos de su labor, por su exquisita madera y por la riqueza en embutidos de oro, plata, azul y nácar: las hojas de las puertas eran suntuosas y de tamaño tan extraordinario que cerraban cumplidamente los arcos á que estaban arrimadas. Esta suntuosidad no era extensiva sino á templos y palacios, porque las casas comunes eran frágiles y reducidas. Los caracteres de las obras árabes son: firmeza en las obras públicas, como acueductos, aljibes y puentes; solidez y majestad en sus castillos y torreones; riqueza en sus templos; lujo voluptuoso en sus palacios y casas de recreo, y humildad en las casas de ciudadanos vulgares.

La Alhambra, tipo perfecto de la arquitectura árabe, servia de fortaleza y de harem á los reyes de Granada: su recinto murado contenia 2.690 piés castellanos de longitud y 730 en su mayor latitud: el espesor de sus murallas, por

Plano y elevacion de la Alhambra.

término medio, 2 varas, y la altura de las mismas 10 $^1/_2$: con los paños de estas alternaban torreones y cubos poco distantes entre sí. La Alcazaba formaba dentro de la gran muralla una fortificacion interior, como se observa generalmente en los castillos de esta tierra. El palacio abrazaba una extension de 400 pasos de longitud y 250 de latitud, conteniendo 5 patios con muchos corredores, oratorios, salas, alcobas, jardines, baños y otros asilos de placer. Desde los cimientos mismos del alcázar arrancaban muchos subterráneos embovedados, en comunicacion con parajes distantes. Estas cavernas artificiales, abiertas aun, revelan el carácter suspicaz de los moros y su secreto artificio para hacerse invisibles en los instantes de rebatos y alarmas.

Oportunidad de su descripcion

La condicion de las fábricas humanas es perecedera; y si bien hoy podemos admirar el palacio de Alhamar y de Jusef, tal vez las generaciones futuras pisarán sus escombros y buscarán su descripcion con curiosidad en las páginas de la historia: deber es consignarla con la brevedad posible, si es que nuestro libro no es condenado á la perdicion y al olvido, antes que el tiempo ó los azares humanos reduzcan á polvo el monumento mas bello de la fantasía árabe.

Puerta Judiciaria.

La puerta Judiciaria, así llamada porque en ella administraba justicia el cadi segun costumbre de los orientales[1], ostenta sus formas severas

---

[1] Los reyes de Granada ejercian una jurisdiccion omnímoda, y daban audiencia frecuentemente á sus súbditos, decidiendo como árbitros las controversias sometidas á su exámen. Por lo comun delegaban el conocimiento de los nego-

como entrada principal de la fortaleza; colocada en medio de dos torreones, forma con estos un edificio de 18 varas en cuadro y 24 ½ de alto. Un arco ovalado de 11 ½ varas de elevacion abre en primer término, y en su clave se ve gravado un brazo con su mano: la torre prosigue cuadrada y termina en la propia forma. El brazo y mano es, segun unos, geroglífico misterioso que representa el poder de Dios y los cinco preceptos del Corán; segun otros, mágico talisman para ahuyentar los malos espíritus [1]. El espacio de 6 varas que media desde el arranque de los dos torreones hasta los umbrales está dominado por una abertura propia para arrojar todo género de proyectiles sobre los que osasen acercarse. La puerta, en forma de herradura y cerrada

---

cios á las autoridades, que eran el wacir, ministro universal, el mufti que conocia como superior en todos los negocios civiles y religiosos, el cadí ó caid, juez inferior que entendia en todos los asuntos civiles y criminales y decidia con apelacion en algunos casos al mufti y al consejo del rey, y el halifa que venia á ser un jefe de policía, encargado de hacer pesquisa contra los irreligiosos, de prender á los reos y de ejecutar las órdenes del cadí. En las ciudades y pueblos importantes residian alcaides *caid al beled,* los cuales por delegacion del rey gobernaban como señores feudales. Habia escribanos públicos *mulaziquin* encargados de protocolizar espedientes de particiones y cuentas, de otorgar escrituras, de recibir informaciones; y otros que intervenian en asuntos civiles ante el cadí en calidad de secretarios *kattib* ó *kuttib* en plural.

[1] La mano y la llave esculpidas en el arco principal y en el que forma la puerta, se han considerado como emblemas misteriosos; y su significacion ha dado orígen á uno de de los cuentos mas agradables, que inventara la imaginacion de Wasington Irving. Los árabes, que heredaron de los egipcios el uso de los geroglíficos, representaban á la Fuerza con una robusta mano en la forma que aparece en el arco: el mismo signo designaba la mano de Dios, y era una demos-

con tablas de hierro, tiene 3 $^{1}/_{2}$ varas de ancho, y su arco está sostenido sobre columnas, cuyos chapiteles, labrados primorosamente, dicen en signos africanos: «Alabado sea Dios: no hay Dios «sino Dios, y Mahoma es su Profeta; ni hay for«taleza sin Dios." En la clave del arco de la puerta aparece esculpida una llave, emblema misterioso como la mano; se sobreponen graciosas labores, y en grandes y elegantes carácteres se lee la siguiente inscripcion: «Esta puerta, llamada «*Bib-sh-shari-ah*, puerta de la Ley (pueda Dios «hacer prosperar por ella la ley del islam, así «como ha elevado con ella un monumento de «gloria), fué labrada por mandato de nuestro se«ñor el emir amumenim (el emperador de los fie«les), el justo y belicoso sultan Abul Haxis Jusef, «hijo de nuestro señor el caritativo y belicoso sul«tan Abul Walid Ben-Nazar: pueda Dios recom«pensar sus buenas acciones en observancia de

---

tracion compendiosa de la ley muslímica; porque así como la mano tiene cinco dedos y cada dedo tres coyunturas menos el pulgar que se forma de dos, y todos estan sujetos á la unidad de la mano que les sirve de base, del propio modo la ley mahometana impone cinco preceptos primordiales: el 1.° creer en Dios y en Mahoma: el 2.° hacer oracion: el 3.° dar limosna: el 4.° ayunar en la cuaresma de Ramadan: el 5.° peregrinar á la Meca y á Medina. Cada uno de estos preceptos recibe tres modificaciones á excepcion del 5.° que solo puede reducirse á dos: buen corazon y buena obra; y corresponde al dedo pulgar. Estos dogmas dimanan de la unidad de Dios, y todo el mahometismo se explica con la mano que contiene cinco dedos y catorce coyunturas.

Los árabes tambien interpretan de otra manera supersticiosa la representacion de la mano. Su estructura, análoga al compendio de la doctrina religiosa era, segun ellos, una defensa poderosa contra los enemigos de la ley; y no podia tener este signo lugar mas adecuado que en la puerta del alcázar habitado por el califa.

«la religion, y sus singulares hazañas en defen«der la fe. Fué cerrada (la puerta) por la vez «primera el dia 27 del mes de maulud ó del na«cimiento del engrandecido Profeta, año 749. «Pueda el Altísimo hacer de esta puerta un ba«luarte protector, y señalar su fábrica en el ca«tálogo de las acciones inmortales de los justos."[1] Es admirable la solidez de esta obra y la ejecucion perfecta de tres bóvedas interiores de ladrillo, con formas angulares para facilitar la defensa y retirada.

Puerta del Vino y torres de la Alcazaba.

Mas adelante y entrando ya en la plaza de los Aljibes, habia otra puerta, que fué demolida, quedando aislado su pórtico ó gracioso templete, construido tambien en el reinado de Jusef I. Su fachada está adornada con pequeñas columnas parecidas en diámetro y chapiteles á las góticas, y con inscripciones arábigas del Coran: á la izquierda de esta entrada se eleva la Alcazaba, castillo interior, con varias torres sombrías y de severo aspecto. Entre estas es notable la de la Vela, la mas antigua de la fortaleza: su puer-

---

[1] El año 749 de la hegira comenzó en 31 de marzo de 1348 de J. C., y concluyó en 20 de marzo de 1349. El primer dia del maulud (fiesta del Profeta), cayó en el 28 de de mayo nuestro, ó séase rabie primero de los musulmanes; por donde se deduce que el 27 del maulud corresponde al 23 de junio de 1348 de J. C., en cuyo dia fué cerrada la puerta por la vez primera. En la traduccion que Mármol hace de este letrero (*Descrip. de Afr.* lib. 2, cap. 28), se fija el dia; lo que no se verifica en la de Castillo, que solo marca el mes y el año.

En la *Introduccion á la explicacion de los letreros árabes de la Alhambra*, se observa con mucha oportunidad que el epíteto de *engendradizo*, aplicado al Profeta, que se lee en Mármol, es un yerro de imprenta; pues debe decir *engrandecido*.

ta angosta, sus corredores oscuros y sus estrechas escaleras alumbradas por rendijas, presentan el carácter misterioso de aquellas torres encantadas, segun las leyendas árabes, y destinadas para vivienda de emires crueles, de astrólogos y de brujas.

Localidad del palacio.

Á la derecha y en direccion de oriente á poniente extendíase el palacio, el cual tenia su entrada en el ángulo meridional contiguo á el de Carlos V. Los vestigios que aun restan dan una prueba de su voluptuosidad y magnificencia. El patio del Estanque podia considerarse como su centro; al frente la gran torre de Comarech y su sala de Embajadores; á la izquierda habitaciones regias con patios, salas de servidumbre, mezquitas y alcobas; á la derecha el patio de los Leones en comunicacion con otras salas admirables, con jardines, vestíbulos, largos corredores, templetes y pórticos.

Patio del Estanque.

El patio del Estanque ó del Arrayan tiene 150 piés de largo y 82 de ancho, con dos elegantes galerías en los extremos sostenidas sobre 8 airosas columnas: los adornos consisten en cifras, carácteres cúficos y africanos, motes y escudos, en los cuales se encuentran repetidas las palabras «Solo Dios es vencedor: la omnipotencia á «Dios." En los ángulos de las galerías hay dos alcobas ó capillas del mismo gusto de arquitectura mosáica, con letreros en alabanza de Dios y del rey Abi Abdalá. El estanque, con 124 piés de longitud, 27 de latitud y 5 de profundidad, recibe el agua por dos magníficas tasas de mármol, y servia para las abluciones de la servidumbre.

Galerías, antesala y

Desde la galería del sur se entra por un primoroso arco á la antesala del salon de Comarech[1];

---

[1] Esta sala pudo llamarse así, ó por haber trabajado en

á derecha é izquierda de esta hay dos alcobas formadas con arcos sostenidos por columnas de estuco; en los ángulos y en la techumbre se conservan vivos los colores primitivos y sus primorosos embutidos. El salon de Comarech es un cuadrilátero perfecto de 40 piés; su altura de 68: 9 ventanas en otras tantas alcobas á derecha, izquierda y frente, dan luz á esta habitacion. Sus adornos, lazos, cenefas bordadas, letreros cúficos y africanos, cifras, listones, arcos, frisos, y rico artesonado hacen á esta estancia la mas suntuosa del palacio. En el patio, galerías, antesalas y salon hay las siguientes notables inscripciones: salon de Embajadores.

«Estoy aderezada[1] como doncella en rito nup- Inscripciones: 1.ª
«cial, dotada de la mayor hermosura y perfec-
«cion.—Contempla este estanque, y fácilmente
«creerás la verdad de mi aseveracion.—Examina
«tambien mi tiara, y verás cuál se asemeja á la
«dulce aureola del plenilunio.—En verdad, Ben-
«Nazar brilla como el sol en su órbita brillante,
«hermosa y espléndida.—Pueda permanecer al
«abrigo de todo riesgo en la hora de su ocaso,
«cual hoy en el cenit de su gloria.»

«Yo doy mucho precio á la bendicion[2]: soy 2.ª
«un signo que realza la felicidad misma.—Tú
«puedes comparar este receptáculo á un devoto,

---

su fábrica los de la villa de este nombre, ó por la especie de labor de su adorno, que los persas, de quienes tal vez la tomaron los árabes, llamaron comarragia. Véanse D. Simon Argote, *Nuevos paseos por Granada,* tom. 2, pág. 96, y Mármol, *Rebel.* lib. 1, cap. 7.

[1] Esta inscripcion se lee en la moldura de piedra del nicho de la derecha á la entrada principal de la antesala.

[2] Esta en torno del nicho frente al anterior.

«dispuesto incesantemente á elevar sus preces, «y que apenas concluye una, se apresta á repe«tirla.—Es verdad que Dios ha establecido á sus «criaturas por medio de nuestro señor Ben-Na«zar.—Y le ha hecho descendiente de Saad Ben«Obadah, estirpe de la tribu Chazragita[1]."

3.ª «Bendito sea aquel que os encargó el mando «de los creyentes[2], para difundir y hacer propa«gar la ley muslímica.—¡ Sobre cuántas ciudades «te vió el sol al amanecer, y á la tarde fuiste se«ñor de sus vidas! Y les impusísteis la cadena de «la servidumbre, y con ella vinieron á labrar es«te alcázar.—Tú conquistaste por fuerza de ar«mas la isla[3], abriendo una puerta cerrada y de«fendida hasta entonces. — Y conquistastes 20 «alcázares, é hicísteis de sus riquezas dádivas de «tus campeones.—Si el islam hubiese de escoger «lo mas conveniente, en verdad optaria porque «vivieses perpertuamente y al abrigo de todo «mal.—Las flores de tu grandeza resplandecen «este aposento con gracia tal, que la esplendidez

---

[1] En la obra inglesa ya citada *Plans, elevations, sections,* se dice sobre estas inscripciones. «El nombre de Ben-Nazar no se aplica aquí al hijo, sino al descendiente de Nazar, hijo de Kais, estirpe de la familia real de Granada, que se llamó Nazerita. Ismael Ben-Farag, llamado por los historiadores musulmanes Abul Walid Ismael, fué hijo del alcaide de Málaga (y destronó á su tio); obtuvo tambien el nombre de Ben-Nazar, es decir, el descendiente de Nazar. Los versos hacen alusion á este rey padre de Abul Hajah Jusef I, el que hizo construir la puerta Judiciaria y del Vino. Saad Ben Obadah fué uno de los compañeros del Profeta."

[2] Esta inscripcion se lee en grandes cartelones de carácteres africanos, fijados sobre el mismo zócalo de azulejos de la galería del patio junto á la antesala de Comarech, y apoyados en otros letreros menudos que repiten « Solo Dios es vencedor. "

[3] Mohamad IV, apellidado Al-Ghani-Billah, lanzó de Al-

«misma sonrie de júbilo al columbrarlas.—Y las «muestras de tu grandeza son ostensibles en tus «acciones y mas trasparentes y lucidas que per- «las en collar.—¡Oh hijo de la grandeza, de la «prudencia, de la sabiduría, del ardimiento y de «la liberalidad! que sobrepujas á las estrellas «que brillan en las regiones del firmamento!—Tú «te has elevado al horizonte del imperio, como «el sol en la bóveda del cielo, para disipar las «sombras extendidas por la iniquidad y la opre- «sion.—Tú has salvado de las abrasadas brisas «del estío las plácidas ramas, y oscurecido con «tu poderío las estrellas del cielo.—Si los plane- «tas tiemblan en sus órbitas, es por temor á tu «grandeza; y si las ramas del sauce oriental se «mueven con dulce movimiento, es para ensal- «zarte á cada momento."

«¡Oh hijo de rey y descendiente de reyes! 4.ª
«Las estrellas, comparadas contigo, no te igua- «lan en alteza[1].—Es tal la hermosura de este ri-

---

geciras á los Benimerines, y segun juiciosas conjeturas, la *Conquista de la Isla* es alusiva á estes uceso. Otros escritores y entre ellos Mr. Shakespear, han opinado que el significado de la *isla* es relativo á la conquista de la España entera, porque los árabes llamaron Al Jezirah (la isla) á toda la península. Esta interpretacion no parece verosímil, porque hubiera sido ridícula semejante hipérbole en un tiempo en que el imperio de los reyes de Granada estaba limitado á unos términos muy reducidos.

[1] Esta inscripcion, segun Castillo el Morisco, se hallaba sobre la alhacena de la derecha en el ángulo ó testero de entrada del salon de Embajadores ó de Comarech. Véase la obra *Antigüedades árabes y letreros de la Alhambra,* por la Academia de S. Fernando, con la interpretacion de D. Pablo Lozano y de los manuscritos de Castillo, pág. 13. Hemos comparado estas versiones con los letreros mismos que hoy se conservan, y no existen los versos *encima* donde supone Castillo, sino en un lado.

«co alcázar, que él solo basta para demostrar las «excelencias de tu gobierno celebrado en las his«torias.—Con él has ensalzado de tal modo la ley «del Profeta, que no hay palabras propias para «explicarlo.—Tú eres el amparo de los creyen«tes, y tus vasallos hallan bajo tu cetro protec«cion, misericordia, justicia, liberalidad y cle«mencia: injusticia ó crueldad, jamás."

5.ª «El rey Nazar es el rey mas poderoso de to«dos los reyes[1]; de su corte salen triunfos y boa«tos.—Su poder y su fama son tales, que los pue«blos enemigos le admiran con terror.—Si pu«diese encumbrarse al alto hemisferio, los luce«ros mas fúlgidos quedarian eclipsados.—Los «monarcas envidian su clara estirpe, y los gran«des con mas interés.—Dispensa ya el rigor, ya «la clemencia, y prodiga tesoros como absoluto «dueño.—Quede sublimado en alteza; humíllen«se ante él todos los príncipes; y al blandir su al«fanje, tanto el creyente como el cristiano infiel «teman su colera."

En la alcoba principal de esta sala misma que está frente por frente de la puerta, se colocaba el rey: sobre el zócalo de azulejos y pequeña galería que se sobrepone como adorno, se lee la siguiente composicion poética:

6.ª «La Arabia Feliz y el orbe entero te saludan «desde que amanece hasta que anochece[2].—Es«te es el solio supremo y nosotras sus hijas; bien «que yo tengo la preferencia y dignidad entre to-

---

[1] Junto á la alhacena de la izquierda.

[2] En la traduccion de estos versos hay alguna diferencia entre Castillo, los editores de la obra inglesa que le han imitado, y D. Pablo Lozano; en la esencia conviene la version de unos y otros.

«das las de este género.—En verdad todas so«mos partes de su mismo cuerpo, sin que haya «division; así como en el Corán reside la fuerza «del alma y del cuerpo.—Mis compañeras pue«den ser comparadas á los signos del zodíaco en «el cielo; mas yo sola puedo jactarme de poseer «un sol: porque Jusef, mi glorioso señor, me ha «revestido con los verdaderos atributos de la glo«ria y de la grandeza, y me ha elegido para tro«no de su imperio; ojalá este trono eminente sea «sostenido por el Árbitro de la gloria divina y del «reino de los cielos."

Los demás letreros de estos departamentos repiten los motes: «Solo Dios es vencedor.—Dese «alabanza á solo Dios, y de consiguiente dense «gracias al mismo Dios.—Alabado sea Dios.— «La gracia que teneis, de Dios proviene.—Dios «es auxilio en cualquiera afliccion.—Dese honor «y gloria al rey nuestro señor Abi Abdalá Algha«ni Billah.—La eternidad á Dios.—Gloria á nues«tro señor el sultan Abul Hegiaz."

Patio de los Leones.

Contiguo al patio de los Arrayanes y pasado un vestíbulo con groseros adornos del tiempo de Felipe V, se halla el patio de los Leones. Su obra es de un gusto exquisito, su labor delicadísima; pero frágil y reducida, revela artífices é ingenios diversos de los de la sala de Comarech. Su decoracion sería maravillosa; el brillo del pavimento, el primor de los templetes y galerías sustentadas por las esbeltas columnas de alabastro, el adorno de las paredes, esmaltadas de oro, plata y púrpura, y las ondas cristalinas despeñadas de la fuente de los Leones, ó rebosadas de las muchas tazas blanquísimas repartidas en su recinto, presentarian una escena fantástica y digna de las *Mil y una noches*.

El patio tiene 126 piés de largo, 73 de ancho

Su extension y altura.

y 22 ½ de alto: está circundado de una galería sostenida por 124 columnas de mármol blanco de 10 piés de altura y 8 ½ pulgadas de diámetro: en el ángulo ó testero de la entrada se ven agrupadas de cuatro en cuatro, en los frentes de tres en tres, y en los costados alternan ya pareadas, ya solas. Avanzan al interior dos cenadores con 29 piés de altura, compuestos de calados, labores, inscripciones, frisos y ricas cúpulas. En medio se eleva la fuente de alabastro, sostenida por 12 leones toscos: la taza principal es un dodecágono de 10 ½ piés de diámetro y 2 de fondo, y sobre ella se sostiene otra taza menor de 4 de diámetro y 1 ½ de fondo. En los ángulos de la primera taza corre á manera de franja una poesía que dice así:

Inscripcion de la fuente

«Bendito sea quien concendió al Iman Moha-«mad este palacio, el mas hermoso de todos los «palacios: ó en otros términos: Este es el ver-«jel que contiene tales maravillas del arte, que «Dios no ha permitido las haya iguales en toda «la faz de la tierra.—Mira como estas madejas «de perlas centellean por todas partes, y agita-«das por la brisa se derraman cual menudo aljó-«far, y cómo se hunden en las ondas de platea-«da espuma, y se deslizan al través de cana-«les blancos y trasparentes como el pulido már-«mol.—Al contemplar esta pila, parece que es «un artificio de hielo, por donde destila el agua; «sin saber cuál de los dos es el líquido.—¿No ves «con cuánta confusion corre el agua, y cómo se «mezclan con ella nuevos raudales sin contener «su curso, así como un amante se deshace en lá-«grimas, y las reprime para no revelar su do-«lor?—Y en verdad; ¿qué es esta fuente sino una «nube levísima, que vierte sus raudales benéfi-«cos sobre estos leones, así como las manos del

«califa, que al nacer el dia se prepara para dis-«tribuir abundantes dádivas entre sus campeones, «leones de la milicia?—¡Oh tú que contemplas «estos leones! no abrigues recelo; la falta de vi-«da les impide ejercer su furia.—¡Oh heredero «de los Nazaritas! no hay gloria que se iguale con «la de haber heredado el poder, la grandeza y el «orgullo que te hace mirar con desden á todos «los soberanos de la tierra.—La paz de Dios sea «contigo perpetuamente; teniendo sumisos á tus «vasallos y humillados á tus enemigos[1]."

Á la derecha y hácia el medio del corredor se halla la puerta de la sala llamada hoy de los Aben-cerrajes, y en ella se leen letreros y versículos del Corán, y particularmente el de «Solo Dios «es vencedor"; en medio hay una gran taza de mármol; en los costados dos alcobas elegantes. **Sala de los Abencerrajes.**

Al frente del patio y pasando una antesala con cinco divisiones de arcos y labores preciosas, hay tres recintos con raras y caprichosas pinturas en sus techos ovalados. El del centro está barnizado con fondo de oro y salpicado de estrellas: en los extremos se representan dos escudos de armas con campo encarnado y atravesado de faja dora- **Salas de las Pinturas.**

---

1 La version de este letrero hecha por Castillo es mas fidedigna que las de D. Pablo Lozano y del viajero Shakes-pear. El Sr. Gayangos (*Plans, elevations, sections, and details of the Alhambra,* plate 17) hace oportunas observaciones sobre la blasfemia que inocentemente atribuyen al letrero los dos primeros, suponiendo que el significado del segundo verso dice «Dios no ha permitido que haya cosa igual á este palacio; ni aun en los dos santuarios de Medina y la Meca." Los demás letreros de este patio son los motes repetidos «Solo Dios es vencedor.—Gloria á nuestro Señor Abi Abdalá.—Gloria á nuestro Señor el justo, el belicoso sultan Abi Abdalá Alghani-Billah."

da; y en el centro se ven en círculo diez moros sentados sobre almohadones á la usanza oriental, con barba crecida, la cabeza envuelta en capuces, y una de sus manos apoyada en el alfanje[1]. Segun fidedignos historiadores y una tradicion constante en Granada, donde se ha llamado á

---

[1] Estas pinturas están sobre cueros barnizados para poner tersa la superficie y fijar los colores. Como contrarias á los preceptos del Coran, se ha dudado si son del tiempo de los moros, ó posteriores á la conquista. Nosotros creemos lo primero: no es esta la sola representacion de seres animados que se conserva en Granada. Las serpientes que adornan el blason de los reyes, los leones del patio del mismo nombre, los otros dos que existian en la casa de la Moneda destruida hoy, y que ha comprado y trasladado al jardin de su gabinete árabe nuestro amigo el Sr. Acebal y Arratia, y una fuente adornada con un cuadro de caza y combate de fieras entre una larga inscripcion árabe, prueban que no era tan rígida la prohibicion como se ha supuesto posteriormente. Fuad Effendi, el embajador extraordinario de la Sublime Puerta, que en el año pasado de 1843 visitó á Granada, convino en que existen aunque imperfectos muchos monumentos de esta clase en los estados musulmanes.

Se han hecho además diversas conjeturas sobre el pintor que ejecutó la obra. Dicen unos que no es verosímil se ejercitasen en Granada artes contrarias al Coran, ni que hubiese artífices moros capaces de ejecutar tamaña obra. Mas á esto puede responderse con los monumentos ya citados y con la relajacion de la ley en esta parte. Dícese por el Sr. Gayangos, que tanto en la correccion del dibujo, como en la colocacion de las figuras hay semejanza con las que el Giotto ejecutó en el campo santo de Pisa, y que ó algun cautivo español, formado en aquella escuela, las trazó, ó que algun discípulo del Giotto llegó armado de pincel y paleta á Granada, donde los genoveses y pisanos tenian una brillante factoría. Esto pudo suceder; pero no debe olvidarse que los moros perfeccionaron el colorido y que tuvieron algunas nociones de dibujo, como se advierte en sus telas pintadas, y adornadas con flores al gusto chinesco. Comparando el colorido de las manufacturas orientales con el que los artífices moros dieron á los tejidos de sus fábricas y adornos del palacio, se advierte mucha semejanza; y si se comparan los

esta sala *la de los Retratos*, se conjetura que se representan en ella los diez reyes fundadores de la Alhambra[1]; son otros de opinion diversa, y afir-

---

tejidos y las pinturas que hoy nos vienen de la China con las de esta sala, advertiremos alguna identidad. Así, nos inclinamos á creer, que el desempeño de esta obra fué puramente morisco, imitando al gusto oriental que se advierte en todos los productos de las artes de este pueblo.

[1] Argote de Molina, hablando de las armas de los reyes de Granada, dice: «Hoy se ven en el palacio real del Alhambra en el cuarto de los retratos de los reyes moros." *Nobl.*, libr. 1, cap. 97. En efecto, en ninguna parte del palacio están representadas las armas con tanta magnitud, lujo y propiedad. D. Diego Hurtado de Mendoza, aunque confundiendo á Alhamar con Jusef I, dice: « Hay fama que Bul Haxix halló la alquimia, y con el dinero de ella cercó el Albaicin: dividióle de la ciudad y edificó el Alhambra con la torre que llaman de Comarech (porque cupo á los de Comarech fundarla), aposento real y nombrado segun su manera de edificio que despues acrecentaron diez reyes sucesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala." *Guer. de Gran.*, lib. 1, párr. 1, edic. de Valencia año 1776. Hemos citado con estudiada prolijidad hasta el año de la edicion de la obra del ilustre D. Diego Hurtado de Mendoza, porque su testimonio apoyado por el de Argote de Molina nos parece muy fidedigno á pesar de una leve equivocacion. El fundador de la sala de Comarech fué Alhamar y no Bul Haxix ó sea Jusef I Abul Hegiag; y al primero quiso referirse sin duda el sabio granadino; tal error es disculpable en quien comenzaba á caminar por las tinieblas en que la antipatía de los cristianos vencedores habia sumido la historia de los árabes.

Para que se conozca el fundamento con que D. Diego de Mendoza y Argote de Molina escribieron, obsérvese que el primer moro es bermejo ó rubio, segun retratan algunos historiadores á Mohamad I ó Alhamar.

La tradicion de que esta sala es la de los Retratos existia á fines del siglo pasado y continúa en nuestros dias. Un religioso erudito, á quien se deben algunas curiosas noticias sobre Granada, decia en 1764: «Ganose Granada lunes 2 de enero de 1492, y habiendo entrado en ella los Sres. reyes Católicos, se fueron á la Alhambra: y en la sala de los Retratos se dijo la primera misa." El P. Chica, *Gacetilla de Granada ó Semanero Erudito*, papel 8, lunes 28 de marzo de 1764.

man que siendo esta la sala de la audiencia, aparece en ella el *Mexuar*, ó consejo del soberano.

Los dos techos de los recintos colaterales parecen relativos á historias fantásticas de desafíos entre caballeros andantes, cautiverios de princesas encantadas, y amoríos contrariados por la influencia de mágicos y astrólogos; narraciones que recreaban la imaginacion de los árabes.

El aposento de la izquierda tiene pintado un campo con un lago, en cuyo centro se eleva una fuente con pilar de dos cuerpos, que remata en una columna salomónica, sobre la cual hay un perro que tiene la cabeza levantada y arroja agua por la boca. Vénse árboles y bosques poblados de pájaros: junto á la fuente hay dos jóvenes sentadas en actitud de contemplar la hermosura del agua que se despeña de la boca de unos leones. En el bosque se representa una montería, en la cual toman parte ginetes seguidos de sus escuderos. En el extremo opuesto hay un castillo con sus fortines, y de él salen dos damas seguidas de dueñas, para recibir á unos caballeros que vienen á pié en ademan de rendirles homenaje. En medio de la bóveda hay una faja con estrellas doradas que representa al cielo.

El aposento de la derecha figura un castillo con varios torreones, uno de los cuales sobresale y deja ver á una dama acompañada de la correspondiente dueña, dirigiendo súplicas á dos caballeros que se baten lanza en ristre. Al frente de este castillo hay otra mujer en pié, sujetando con una cadena á un leon que yace recostado á la puerta. Junto á esta se divisan un brujo ó encantador, que tiene presa á la señora, y un campeon que viene armado á libertarla. En el extremo opuesto de la bóveda descuellan dos torreones con dos señoras asomadas á la venta-

na y muy desconsoladas, y al pié del castillo se ve otra dama sentada sobre un almohadon, señalando las casillas de un tablero de ajedrez, sin duda para consultar su suerte. Junto á esta se descubren dos caballeros, hiriendo uno á un venado y otro á una fiera. Se distinguen junto á este paisaje pájaros y perros y muchas alimañas.

En los círculos y otros relieves con letras que adornan esta estancia, se leen alabanzas á Dios y al rey Abi Abdalá Alghani Billah Mohamad V.

Sala de las Dos Hermanas y mirador de Lindaraja.

Frente á la sala de los Abencerrajes se halla la de las Dos Hermanas, así llamada por las dos enormes lozas de alabastro que forman casi todo el pavimento, y constan de 4 varas y 21 pulgadas de largo y de 2 varas y 4 pulgadas de ancho. Es una habitacion de las mas elegantes que construyeron los árabes. Los adornos son tan prolijos y proporcionados, que sorprende la perspectiva del suelo, paredes y techo, y hasta la elevacion sucesiva del pavimento. Debe observarse, que desde el patio de los Leones hasta el mirador que da vista al jardin de Lindaraja, hay una serie de escalones mas ó menos elevados, que prestan novedad á la decoracion. En las cuatro paredes de la estancia hay arcos: uno que sirve de entrada, dos colaterales que comunican con las alcobas ó alhamíes formados en el hueco de la pared, y otro al frente que introduce al salon cuadrilongo, en que están las puertas de las habitaciones interiores y el lindísimo arco que da paso al precioso templete ó mirador del jardin de Lindaraja[1].

---

[1] Aun subsisten, aunque muy deterioradas, las habitaciones altas de esta sala, donde es fama que las hermosas del harem tenian sus viviendas.

En este departamento se conservan los siguientes letreros:

Inscripciones: 1.ª

«Soy un verjel[1], y cada dia me revisto de nue«vas y preciosas galas: contempla mi elegancia, «y te prestará un útil comentario sobre el arte «de la decoracion.—¡Por qué, oh Dios, los ele«gantes edificios (inmediatos) aventajan á todos «los demás por el presagio venturoso inherente «á su fundacion!—¡Cuántas deliciosas perspec«tivas contiene mi recinto! ¡Cuántos objetos cu«ya contemplacion basta para satisfacer las exi«gencias de una gloria superior!—Mira esta cú«pula; sus elegantes proporciones oscurecen y me«noscaban todas las otras cúpulas.—Las conste«laciones extienden hácia ella su mano en signo «de salutacion; y la misma luna llena abandona «su curso para conversar con ella.—Y aun cuan«do tuviese que habitar en esta galería, se apre«suraria á rendir homenajes, que satisfaciesen á «todas las circunstantes.—No sería extraño que «las estrellas se eclipsaran en sus altas regiones, «y que llegara el término de la duracion de su «luz.—Mira este pórtico, que contiene todo lina«je de bellezas; sin otro adorno se realzaria es«te palacio sobre las altas regiones del firmamen«to.—¡Con cuántos atavíos la has adornado, oh «sultan! El esmalte de sus colores aventaja á «los aderezos tan encomiados del Yémen.—Al «verlos, se asemejan á otros tantos planetas que «giran bajo estas bóvedas como en su órbita, pa-

---

[1] Estas inscripciones poéticas son las de los círculos y cartelones que hay como adorno principal sobre el zócalo de azulejos. D. Pablo Lozano las publicó bien adulteradas é incompletas. Castillo y el Sr. Gayangos las han traducido con fidelidad.

«ra esclarecer las tinieblas con los raudales de
«luz matutina.—He aquí mármoles labrados con
«todas las perfecciones, y cuya hermosura ha pa-
«sado en proverbio.—Y columnas, que al ser ilu-
«minadas por los rayos de la aurora, parecen, á
«pesar de sus dimensiones, madejas de perlas.—
«Y en verdad, no se ha visto jamás un palacio
«cuyo exterior sea mas imponente, cuyo interior
«tenga tan maravillosa visualidad, y cuyas estan-
«cias sean mas espaciosas.—Son tantos bazares
«en los cuales el hombre opulento es pagado de
«hermosura, y el árbitro del gusto se instala per-
«petuamente, y pronuncia su parecer.—Cuando
«los alientos del céfiro son reprimidos por los ra-
«yos del mediodía, estos salones parecen inun-
«dados de una luz, que repele hácia la sombra á
«todas las otras luces.—Yo (el alcázar) y la fe-
«licidad vivimos en fraternal union, pero nuestra
«semejanza consiste mayormente en el resplan-
«dor con que brillamos."

«Todas las artes me han donado su gracia[1]; 2.ª
«ó mejor dicho: me han donado su esmero y su
«perfeccion.—Los que me admiran creerán que
«soy una desposada que se dirige á este receptá-
«culo á implorar sus favores, como si fuese su
«amante idolatrado.—En efecto, el que atenta-
«mente examine mi hermosura, hallará que la
«realidad excede á las creaciones fantásticas de
«una imaginacion fecunda.—Vese la luna llena
«elevarse radiante con los destellos de su luz; y su
«disco desprenderse de mi cumbre para entrar
«en las regiones del cielo.—El palacio este es un

---

[1] En los dinteles del arco que da entrada al mirador de Lindaraja.

«palacio de cristal luciente; los que le contem-«plan creen hallarse en un mar sin límites.—Y «no soy yo la única maravilla de este asilo; por-«que domino con asombro á un jardin, semejan-«te al cual no han visto los hombres otro algu-«no.—Todo es artificio del iman Ben-Nazar; pue-«da Dios conferir como una honra á otros prín-«cipes la majestad de este gran rey.—Y perpe-«tuar su altura y su gloria, para que á semejan-«za del sol y de la luna nueva, continúe eleván-«dose á las regiones superiores del cielo."

3.ª «Con mi vestido y tiara soy la hermosura de «las hermosuras [1], y se inclinan ante mí los cla-«ros luceros de la noche.—El agua murmura «aquí, como la oracion de un devoto que dirige «sus preces al cielo; y con ella mi excelencia du-«rará largos siglos.—Mi deseo es apagar la sed «del sediento, para que luzca por do quiera la «liberalidad de mi señor Abul Hegiaz.— El cual «brilla siempre en este recinto, como lucero es-«pléndido, á semejanza de los del cielo, que di-«sipan las oscuras tinieblas."

4.ª «Los artífices mas diestros aguzaron sus inge-«nios para fijar mis adornos, y colocarlos como «perlas de una diadema.—Y parezco al rico tro-«no de un esposo; mas yo soy aun mas aventa-«jada, porque su felicidad depende de mis encan-«tos.—El sediento que se allegare, satisfará su «sed en las ondas cristalinas: soy como el iris «que luce en la oscuridad.—Y el sol de ella es «mi señor Abul Hegiaz, cuyas manos distribuyen «el bien á los necesitados con tanta profusion co-

---

[1] Las inscripciones siguientes se hallan en el mirador de Lindaraja.

«mo las olas del mar.—Brille su palacio tan se-«guro como las mansiones celestiales, donde los «bienaventurados tienen amparo y abrigo eterno.”

«Nuestro rey brilla en las altas regiones del 5.ª
«imperio con el esplendor de la luna : puedan
«ser eternas sus obras meritorias, y no eclipsar-
«se jamás su esplendor.—Porque, qué otra cosa
«es sino un sol que ha parado su curso en este
«signo, para disipar todas las sombras de su al-
«rededor?—Para suspenderse sobre la corte de
«su imperio desde el trono de los califas, como
«astro brillante.—Una sola mirada suya dirigida
«á estas estancias adonde juegan los céfiros, bas-
«ta para calmar las brisas fugitivas. —Estas es-
«tancias contienen tantas maravillas, que los ojos
«del expectador quedan elevados en ellas, si par-
«ticipa de la inteligencia que conoce el mérito.” 6.ª

«Aquí circulan brisas suaves, para mitigar la «frialdad del invierno; y producen un aire salu-«dable y templado.—En verdad son tales las ma-«ravillas que en nosotras se contienen, que las «estrellas mismas del cielo se inclinarian para «recibir prestada nuestra luz.—¿Y cómo pudie-«ra ser de otra suerte, cuando nos ha edificado «un rey cuyas hazañas y obras ilustres están ya «inscritas en las páginas de la historia?—Gloria á nuestro señor el sultan Abi Abdalá Alghani Billah, el orgullo de los Ben Ansar[1].”

La sala de las Dos Hermanas y la de Lindaraja comunican por medio de salones malamente renovados en tiempo de Carlos V, con un mira-

---

[1] Los Ansaris eran los compañeros del Profeta, de quienes se jactaban de descender los Chazragitas, ó segun otros los Coraíxitas abuelos de los reyes de Granada. En este departamento se leen además los letreros comunes en elogio de Dios y del rey.

dor delicioso llamado de la Sultana: contémplanse desde aquí parte de la ciudad, las colinas de Sierra Elvira, hermosos pagos de la vega, y sobre todo uno de los paisajes de las amenas márjenes del Darro[1].

Los departamentos interiores contiguos al jardin de Lindaraja, son el de los Baños, que consta de dos piezas: una con alhamíes y galerías superiores, en las cuales se dice que se colocaban los músicos para tocar flautas, añafiles y laudes, y entonar canciones con las cuales fuese doblemente deliciosa á los príncipes la hora del baño; y otra con pilas de mármol de diversa magnitud, colocadas en graciosos aposentos, preparados con tal artificio y con claridad tan suave, que en los dias mas rigorosos de la canícula se siente en ellos frescura y deleite. Los baños comunicaban con la sala de los Secretos, cuya bóveda acústica trasmite el sonido mas leve desde un ángulo á otro.

El palacio tenia doble extension, y aun que-

---

[1] Nuestro amigo el Sr. D. José Zorrilla, el jóven poeta en quien parece restaurada la armonía de Calderon y la fecundidad de Lope de Vega, inspirado en un dia hermoso de primavera de este año de 1845 con las deleitosas vistas del mirador de la Sultana, compuso entre otras la octava siguiente:

«Bendita sea la potente mano,
Que llenó sus colinas de verdura,
De agua los valles, de arboleda el llano,
De amantes ruiseñores la espesura,
De campesino aroma el aire sano,
De nieve su alta sierra, de frescura
Sus noches pardas, de placer sus dias,
Y todo su recinto de armonías."

dan vestigios en las casas contiguas y en cercanas ruinas[1].

Otras recreaciones de Granada

No era solo en el recinto de Granada donde se elevaban alcázares maravillosos. Los valles del Darro y Genil, puestos por su aspereza al abrigo de las incursiones de los cristianos, se poblaron de caseríos, donde las familias gustaban sin recelo de una dulce primavera y de todos los placeres de la vida campestre. El Generalife, fundado segun unos por el príncipe Omar Abdelaxis el Lahmi para vivir tranquilo, contemplativo y libre de los ruidos de la corte[2], y segun otros por un artífice opulento que hubo de cederle al rey Nazar, prendado de su hermosura[3]: los palacios de los Alijares y de la Novia construidos en las mas altas cumbres del cerro del Sol[4], los de

---

1 D. Francisco Acebal y Arratia ha adquirido y restaurado un gracioso *mirah* ú oratorio que perteneció al palacio, y ha reunido en el jardin contiguo varias antigüedades; entre otras, los dos leones árabes que habia en el patio de la casa llamada de la Moneda, hospital fundado en tiempo de Mohamad V y dolorosamente destruido en nuestros dias. Algunas torres de la Alhambra, aunque abandonadas ó constituidas en asilos de familias pobrísimas, conservan aun sus preciosas labores moriscas.

2 Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.*, p. 1, cap. 27. Este príncipe descendia de Aben-Hud Aladel el Justo, y fué uno de los ascendientes de la casa de Campotejar: en el siguiente capítulo se esclarecerá su genealogía.

3 *Historical notice*, pág. 10.

4 Lucio Marineo Sículo, *De rebus Hispaniæ memorabilibus*, lib. 20, *De situ et forma urbis Granatæ*: «Tenian asimesmo otro palacio de recreacion encima de este, yendo siempre por el cerro arriba, que le llamaban Darlaroca, que quiere decir Palacio de la Novia: el cual nos dijeron que era uno de los deleitosos lugares que habia en aquel tiempo en Granada...... A las espaldas de este cerro del Sol, ó de Sta. Elena, se ven las reliquias de otro rico palacio, que llaman los Alijares, cuya labor era de la propia suerte que la de la

Darluet á orillas del Genil [1], el no menos suntuoso de la puerta de Guadix [2], los verjeles y estanques de Aynadamar[3] ofrecian á los reyes y á sus sultanas recreaciones de incomparable hermosura. Cuarenta alcaides moros tenian suntuosas habitaciones en las márgenes del Darro, llamadas entonces el Valle del Deleite, y hoy del Paraiso[4]. La industria de los moros creó vegetacion y lozanía en estos parajes, abriendo acequias y llevando en todas direcciones raudales benéficos. Una serie de jardines, de huertas y bosques

El Valle del Darro.

---

sala de Comares; y alrededor habia grandes estanques de agua, y muy hermosos verjeles, jardines y huertas: lo cual todo está al presente destruido.'' Mármol, *Rebel.* lib. 1, cap. 8. Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.* p. 1, cap. 27. Los romances moriscos celebran tambien la riqueza de

......Los Alijares
Labrados á maravilla,
El moro que los labraba,
Cien doblas ganaba al dia.

Imponentes ruinas prueban aun la magnificencia de estas obras.

[1] Los vestigios de este palacio y sus norias y acueductos se descubren camino de Cenes, en la casa que llaman de las Gallinas.

[2] Aun subsiste la planta de este palacio al final del primer tramo de la cuesta del Chapiz; y las huertas en forma de bancales á la derecha de la misma calle eran jardines magníficos.

[3] Sus ruinas se descubren en el cercado alto de Cartuja. Pedraza, al describir este paraje, dice entre otras cosas: «Aquí se ven vestigios de lo que llamaron los moros el Albercon por su grandeza: era un estanqne de 400 pasos de circuito; y tiene las paredes de algamasa, que el tiempo ha convertido en peña viva. Este albercon se llena de agua de la acequia de Alfacar; y en él hacian los moros sus fiestas navales en barcos y esquifes.'' *Histor. Ecca. de Gran.* p. 4, cap. 41.

[4] «Esta calle ha sido muy decantada en los versos árabes, porque tenian en ella los alcaides moros, que eran los

de avellanos, bajo los cuales se ven cobijadas casas rústicas, forman un valle pintoresco y risueño. Los poetas árabes venian á estas soledades en busca de inspiraciones melancólicas. Viciosa yerba, prados de flores olorosas, frutales y árboles corpulentos crecen á porfía, ya tapizando el suelo, ya formando verdes bóvedas en las alturas. Como este magnífico verjel yace abrigado por las altas cumbres del cerro del Sol, los huracanes mitigan en él su furia, y las brisas que corren son siempre suaves, recargadas con los efluvios de una vegetacion pura y saludable que restaura los espíritus y aleja la muerte del lecho de los moribundos[1]. Los moros africanos venian á este *Valle del Paraiso* y remediaban sus dolencias contraidas con los aires secos de la Libia y de Zahara. Es fama que un príncipe de Fez recobró su salud en los cármenes del Darro, y que dejó una prueba de su beneficencia construyendo una explanada, que aun subsiste, á la márgen del rio para solaz y esparcimiento de enfermos pobres[2]. Por una coincidencia singular el carde-

---

mas nobles nacion, 40 casas de recreacion con sus fuentes y jardines, y por ella llamaban á este barrio el *Haxaris*, que significa el Barrio de la Recreacion y Deleite.'' Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.* p. 1, cap. 24. Mármol, *Rebel.* lib. 1, cap. 25. El verdadero nombre del barrio era *Rabad al Raha.*

[1] «Saludable como las brisas de Granada;'' es un proberbio usado aun en Africa. *Historical notice*, pág. 1.

« A esto se agrega, dice Pedraza, la excelencia del aire, que goza este barrio de Darro; aire vital, porque viene purificado de entre los blancos copos de la nieve de Sierra Nevada, y aromatizado con sus yerbas, aprobado de la medicina contra el asma; y así á las siete calles que hay desde la puerta de Guadix hasta S. Pedro llamaban los moros el Hospital de Africa, porque venian de ella á curarse en estas casas.'' *Histor. Ecca. de Gran.* p. 1, cap. 24.

[2] Esta obra fué el paredon de argamasa, cuyos vestigios

nal Cisneros, uno de los enemigos mas terribles de la raza árabe, sintió en los mismos jardines notable alivio en su salud quebrantada: muchos enfermos buscan aun las felices influencias del ameno valle[1].

El injusto desden de los escritores cristianos ha privado á los reyes moros del mas glorioso de sus títulos, del de legisladores. La laboriosidad de un escritor ilustre [2] ha dado publicidad á las ordenanzas del rey Jusef, capaces por sí solas de vindicar á los príncipes granadinos de las injurias con que han agraviado su memoria la ignorancia y la antipatía religiosa. El código de Jusef tuvo por objeto uniformar el culto, conservar el decoro de los templos, difundir la instruccion, mantener vivas y enérgicas las creencias del pueblo, establecer una policía severa que refrenase al criminal y protegiera al moro pacífico, y por último, mitigar los males de la guerra, inspirando al soldado la idea de que la clemencia es la mejor prenda del valor. Sus artículos dicen así:

---

subsisten mas allá del puente del Aljibillo hácia la fuente de la Teja, frente á la subida de la del Avellano. D. Luís de la Cueva, literato granadino, que escribió á fines del siglo XVI unos diálogos de las cosas notables de Granada, publicados en Sevilla año 1603, pone en boca de su interlocutor lo siguiente: « Vamos á la fuente de la Teja, y sentados á la orilla del apacible Darro, oiremos muchos ruiseñores, que solos entre las aves en lo profundo de la noche cantan suavemente, donde se goza un aire muy sano..... y dicen que un rey de Africa vino á curarse aquí, é hizo el paredon, por do van á la fuente de la Teja, que aunque parece temeroso, *vide yo los moriscos pasarlo corriendo con sus mulos. Diálogo* 1.º Este escritor pudo conocer á muchos moros del tiempo de la conquista. D. Diego Hurtado de Mendoza confirma este mismo hecho.

[1] Alvar Gomez, *De reb. gest. Francisci Ximenii.* lib. 2.

[2] Conde, *Domin.* p. 4, cap. 22.

«Todos los pueblos del reino establecerán es-«cuelas gratuitas y uniformes en su enseñanza.» Leyes religiosas.

«En las ciudades dotadas de *aljama* (mezqui-«ta) principal habrá sermon y lectura los dias «festivos; y en los arrabales que consten de do-«ce vecinos se establecerá mezquita con alfaki y «alim[1], que expliquen la ley á los creyentes y les «obliguen á concurrir tanto en invierno como en «verano á las cinco oraciones[2].»

«Los habitantes en despoblado acudirán á la «oracion de los dias festivos, saliendo de sus ca-«seríos cuando alumbre el sol, y regresando an-«tes de la noche.»

«Se prohibe á todo creyente establecer su mo-«rada en sierras ásperas, ó en soledades tan apar-«tadas que no les permitan asistir con puntuali-«dad á la mezquita: la poblacion mas cercana «podrá distar dos leguas.»

«Para evitar los perjuicios que puedan resul-«tar á la gente agricultora con las anteriores pro-«hibiciones, se edificarán oratorios en las corti-«jadas que tengan doce casas.»

«Para conservar la reverencia de los templos, «se prohibe la reunion de personas de diferentes «sexos y edades[3]: los ancianos ocuparán la parte

---

[1] Los alfakis (fakiq, sabio) y ulemas sacerdotes, explicaban los dogmas religiosos y difundian la instruccion.

[2] Las cinco oraciones obligatorias segun el Coran, eran al amanecer, al mediodía, á las tres de la tarde, al caer el sol, y despues de anochecido. Además habia obligacion de rezar por la luna, por los votos en tiempo de eclipses, apariciones de cometas, terremotos, tempestades y otros fenómenos naturales.

[3] Tampoco se permitian puestos de abacerías ni tiendas en las inmediaciones de las mezquitas, para que los creyentes no se distrajesen.

«mas avanzada del templo; los muchachos se co-
«locarán detrás, y en último término las muje-
«res: los primeros y los segundos permanecerán
«hasta que hayan salido todas estas: se reserva-
«rá un lugar apartado para las niñas y doncellas,
«las cuales concurrirán encubiertas con sus velos
«y con la debida compostura."

«Todo creyente usará en los dias festivos sus
«mejores vestidos, para que su limpieza exterior
«corresponda á la pureza de su corazon; y se
«ocupará en visitar y dar limosna á los pobres,
«en tratar con hombres sabios y prudentes, ó en
«conversar con amigos sobre leyendas apacibles
«y virtuosas."

«Las fiestas para celebrar las pascuas de Al-
«fitra y de las Víctimas[1] han sido causa de albo-
«rotos y de escándalos, y en ellas las loables ale-
«grías de nuestros mayores han degenerado en
«locuras mundanas. Cuadrillas de hombres y mu-
«jeres circulan por las calles arrojándose aguas
«de olor, y persiguiéndose con tiros de naranjas,
«de limones dulces y de manojos de flores, mien-

[1] La pascua de Alfitra era la de la salida del ramazan, cuaresma musulmana que dura un mes arábigo. El ramazan, constituido en conmemoracion de haber bajado el Coran del cielo, es uno de los cinco preceptos primordiales de todo mahometano; durante la cuaresma no se debe comer, beber, fumar, oler aromas ni frutas, y se ha de observar absoluta continencia desde el crepúsculo hasta anochecer. Esta pascua es la Eid Saquir (Pascua Pequeña), dura un dia, que es el primero del schwaal, aunque algunos devotos la prolongaban algunos mas, y la celebraban con muchos regocijos.

La de las Víctimas, de que tambien se hace referencia en los ordenamientos de Jusef, es Eid Kibir (Pascua Grande): se celebraba el dia diez del mes dulhajiah, y estaba instituida en conmemoracion del sacrificio de Abraham. Se llamaba de las Víctimas, porque sacrificaba cada familia segun sus fa-

«tras tropas de bailarines y juglares turban el re-
«poso de la gente piadosa con zambras de gui-
«tarras y de dulzainas, de canciones y gritos: se
«prohiben tales excesos, y se previene el exacto
«cumplimiento de las costumbres primitivas[1]."

«Las limosnas y donativos que las gentes ri-
«cas de las ciudades y aldeas hacen en estos dias
«en dinero, en pan, en granos y en frutos, se
«repartirán á los pobres por dos ó mas personas
«que merezcan absoluta confianza: en caso de
«que la limosna fuese excesiva, se formará un
«depósito para ocurrir á las necesidades de los
«ancianos, inválidos, enfermos y huérfanos: el
«sobrante se aplicará al rescate de cautivos y á
«la reparacion de mezquitas, fuentes públicas,
«caminos, puentes, acueductos y sendas peli-
«grosas en las montañas."

«Siendo las calles y plazas lugares impropios
«para rogar á Dios, se prohibe hacer en ellas
«procesiones ni rogativas en tiempo de seca: en
«tal conflicto deberán los devotos salir al cam-
«po, y postrándose en tierra invocarán á Dios
«con la siguiente plegaria: *Señor piadoso; tú que
«nos criaste de la nada, que conoces nuestros erro-*

---

cultades un carnero, buey ó camello, con varios ritos y ceremonias.

Además en cada semana habia un dia festivo, consagrado al culto, que es el viernes y en cada año cuatro meses santos, durante los cuales estaba vedada la caza y la guerra. La necesidad y la audacia de los cristianos hacian muchas veces infringir el precepto en esta segunda parte.

[1] Las costumbres primitivas consistian en dar limosna, visitar mezquitas, fomentar la aplicacion en las escuelas con donativos, aliviar con medicinas á los enfermos, y practicar otros actos de muy loable caridad. A esto hace referencia el artículo siguiente.

«res, y que no necesitas nuestros servicios, prodiga los «tesoros de tu clemencia, ten piedad de las criaturas «inocentes que te imploran, de los sencillos anima- «les, de las aves del cielo que mueren de consun- «cion, y de la tierra cuyas yerbas están ya mustias «por falta de agua. Señor; abre tu cielo, vuelve las «nubes, desata los aires, envia tus piedades para que «vivifiquen la tierra y sus yerbas agostadas que dan «mantenimiento á las criaturas: ten piedad, Señor, «para que los infieles no digan que desoyes á los ver- «daderos creyentes."

«En los regocijos de bodas, en los que se ce- «lebran para poner á los recien nacidos bajo el «auspicio de las buenas hadas [1], y en reuniones «familiares, sea lícito divertirse con zambras y «convites expléndidos; pero obsérvese el mayor «decoro, reine la discrecion, y no incurra con- «vidado alguno en el abuso de la embriaguez[2]."

Leyes mu-

«Granada se dividirá en barrios sometidos á

---

[1] La creencia de los moros en los hechizos (azliar) y en las influencias de mágicos les hizo practicar ciertas ceremonias misteriosas para poner á los recien nacidos bajo los auspicios de buenas hadas. Los parientes solian llevar los niños á las mezquitas, donde algun santon respetable por su piedad ceñia al cuello de la criatura un talisman que tenia leyendas alcoránicas, signos mágicos y principalmente dos triángulos enlazados. Los talismanes preferidos eran un pico de águila, un hueso de erizo, una uña de leon, un colmillo de jabalí, y sobre todo una mano. Esta supersticion prolongada entre los moriscos del reino de Granada, fué prohibida en tiempo de Carlos V con severidad y bárbaramente castigada por la inquisicion. A pesar de ello, aun persevera; pues todavía vemos niños cuyo porvenir está confiado por el amor paterno á alguno de aquellos signos mágicos. En Africa se han conservado los mismos ritos. P. Haedo, ***Topografía de Argel,*** cap. 31.

[2] Esta ley prueba que no era muy observada la prohibicion alcoránica del vino.

«la vigilancia de un cadí respectivo: uno de es- «tos asistirá á los mercados para mantener el ór- «den.» nicipales.

«Cada barrio tendrá una demarcacion exacta, «y una ronda nocturna que vigile y abra y cier- «re las puertas de sus murallas, como asimismo «las principales de la ciudad.»

«El caballero ó soldado que huya del enemi- «go, á no verse acometido por fuerzas duplica- «das, ó sin recibir la órden de los caudillos, úni- «cos á quienes compete decidir el ataque ó reti- «rada y saber los secretos y estratagemas de la «guerra, será condenado á muerte.» Leyes militares.

«Se prohibe á los campeadores ó almogawa- «res y á los demás individuos del ejército asesi- «nar á los niños, á las mujeres, á los ancianos, «á los inválidos, á los enfermos, á los ermitaños «ó frailes cristianos, á no sorprenderlos armados «ó en ayuda directa del enemigo.»

«Los despojos y presas se repartirán en la for- «ma siguiente: despues de deducir el quinto pa- «ra el rey, cada individuo puede tomar cuanto «necesite para satisfacer su hambre, aplicando «lo restante al acervo comun. El ginete recibirá «dos partes; el infante una; el que preste cual- «quier trabajo en la hueste ó arrostre peligro «no siendo soldado, será remunerado debidamen- «te, previos los informes de los cabos y genera- «les.»

«El judío ó cristiano que se convierta al isla- «mismo en villa ó fortaleza conquistada, reco- «brará sus bienes, y si estubiesen ya repartidos, «recibirá una indemnizacion por justiprecio.»

«Se prohibe que los hijos de familia salgan en «cabalgadas ó correrías sin beneplácito de sus «padres, á no ser en caso de suma necesidad; «como asimismo que partan en peregrinacion á

«la Meca sin licencia expresa de su padre, ma- «dre, abuelos ó tutores[1].”

Leyes penales.

«El adulterio, el homicidio y otros delitos que «producen pena de muerte, necesitan prueba de «cuatro testigos presenciales y uniformes; el adúl- «tero morirá apedreado; el soltero que infrinja «las leyes de la castidad, sufrirá cien azotes y un «año de detierro, si no consiente en dar su ma- «no á la estuprada[2].”

«El juez puede agravar ó disminuir la pena «del ladron segun las pruebas, pero mitigando «la dureza de los castigos usados hasta el dia.”

Idea general de las controversias y de los estudios entre los árabes.

El Corán era el código universal del pueblo granadino, como lo es hoy en casi todos los climas donde aun rigen los descendientes y sectarios del Profeta. La idea de un Dios eterno, inmutable, benéfico, era la base de su creencia: el genio oriental y la imaginacion vehemente de los

---

1 Esta ley tuvo por objeto evitar los conflictos en que los hijos de familia ponian á sus padres, abuelos ó tutores reclamando arbitrios para hacer el viaje á la Meca, como una de las obligaciones de todo musulman. Los jóvenes, con el pretexto plausible de cumplir este mandamiento, se rebelaban contra la autoridad paterna y vagaban sin freno ni ley ó emprendian sin experiencia largas peregrinaciones al oriente. El empeño de los hijos justificado hasta cierto punto con el precepto religioso y la negativa de los padres ocasionada ya por falta de recursos, ya por el recelo de que peligrasen sus hijos abandonados á sí propios en la época de la vida en que fermentan las pasiones y viene estrecho á su fogosidad el horizonte de la infancia, producian disgustos domésticos y turbaban la conciencia de las familias. Jusef al promulgar esta ley dió vigor á la autoridad paterna y asentó una de las bases esenciales de la moralidad pública. Calcúlense los males que ocasionaria hoy en España un precepto del decálogo que impusiese á todo ciudadano la obligacion de visitar á Jerusalen ó cuando no fuese mas que á Santiago de Galicia.

2 La calidad de la prueba que se exige en esta ley es mas robusta y plena que la de la legislacion castellana.

intérpretes habia revestido al Ser Supremo con todos los atributos de la grandeza y sabiduría, y logrado inspirar al pueblo un saludable temor y un piadoso reconocimiento. «Dios, segun la creencia «de los doctores granadinos, llena el mundo con «su poder, con su sabiduría, con su inmensidad; «cuanto existe es obra suya; cuanto encubre la «noche y el sol alumbra, su patrimonio; conoce «lo pasado y lo presente; tiene en sus manos «las llaves del porvenir; lee en la conciencia de «los hombres; con su voluntad se elevan los mon«tes, crecen los árboles, se enfurecen ó refre«nan los mares, corren los rios y los arroyos que «fertilizan los campos; la luna y el sol nos dis«pensan su luz, y las estrellas giran con rumbo «invariable. Su mano desata los vientos, da im«pulso al rayo, y agita las nubes que fecundan «las semillas y reaniman la verdura de los cam«pos. Todo lo criado pregona su grandeza y aun «cuando las olas del mar se convirtiesen en tin«ta para escribir sus alabanzas, quedarian agota«das, sin que se celebrasen dignamente.” Estas imágenes estaban fortalecidas por los temores de un juicio final, en el cual los réprobos serian condenados al infierno y los justos conducidos á las delicias del paraiso[1].

Dios.

---

[1] M. S. árabe existente en la biblioteca del Sr. Duque de Gor. Es una recopilacion de la doctrina religiosa de los moros extractada del Corán y explicada con las interpretaciones de algunos *excelentes doctores*. Hemos consultado además á Reland, *Eclaircissements sur la religion mahometane*, á Maracci, *Refut.* y *Podrom.*, á Herbelot, *Biblioth.*, *Cadha*, y á Bolovio, *De turcarum liturgia*, pág. 255. Las inscripciones de la Alhambra, los prólogos de casi todas las obras y escrituras árabes que hemos consultado revelan la idea sublime que los moros tenian concebida del Hacedor Supremo.

Dogma del fatalismo.

La idea sublime de Dios y de sus atributos ha sido objeto de lucubraciones profundas, discutidas con sutileza y por superiores talentos por espacio de algunos siglos. Las cátedras y los claustros de la Europa cristiana y de la España árabe han consumido hombres de admirable ingenio en descifrar el hondo misterio de la predestinacion y de la gracia, y en conciliar el libre albedrío de las criaturas con el poder y la sabiduría suprema. El insensato orgullo de una literatura aérea desprecia hoy tales cuestiones, desconoce sus nombres, y las llama dignas únicamente de siglos bárbaros; la historia imparcial las vindica, proclamando que estas controversias, aunque estériles en el dia, han sido la base de las ciencias, porque obligaron á discurrir, hicieron á los ingenios despertar del letargo en que los tenia postrados la barbarie, y compartieron los laureles y los homenajes que arrancaban la fiereza de los campeones y la buena ventura de las lides. Mientras Abelardo arrebataba la admiracion de la Europa del norte, y siglos despues Raimundo Lulio lastimaba su juicio en el abismo de especulaciones abstractas, que las plumas de Sto. Tomás, de Alberto el Grande y de S. Buenaventura debian encarecer, los doctores musulmanes Ben-Althalmasah, Ben-Athia y Abu Mohamad Ben-Albaschi [1] determinaban en las cátedras de Granada la influencia de los decretos divinos en

[1] El amante de Heloisa y antagonista de S. Bernardo floreció y excitó con su infortunio el interés de la Europa á fines del siglo XI y principios del XII. Véanse, *Petri Abelardi et Heloisæ conjugis ejus operæ, ab Andrea Quercetano editæ cum præfatione apologetica Francisci, Amboesii*, París 1616, 4.º El padre Le Long *(Bibliot. Sagr.)*, El abad de la Trapa *(Vida de Abelardo)* y recientemente Mr. Re-

los tiempos, lugares y acciones de las criaturas, en sus pensamientos, en su conducta moral, en su felicidad, en sus infortunios, en su salvacion ó en su condenacion eterna. El Corán les limitaba esta cuestion á términos precisos; el hombre y el mundo están sometidos á un fatalismo inexorable; el dedo de Dios señaló a cada criatura su rumbo en esta vida y su destino en la otra; el bien ó el mal le son inherentes, como un lote ganado en la eternidad; la fuerza de su sino le encadena y le arrastra al través de la tierra hasta conducirle entre coros de ángeles á las puertas del paraiso, ó entre legiones infernales á la mansion de los suplicios. Esta idea desconsoladora y funesta, porque exime al hombre de res-

---

musat han dado á conocer la doctrina y el vasto genio del ilustre filósofo.

Raymundo Lulio, hijo de uno de los capitanes que conquistaron á Mallorca, floreció en el siglo XIII y participó de aventuras romanescas, en algo semejantes á las de Abelardo aunque no tan lamentables. Fué vehemente en sus amores, de cuya pasion escribió largamente, incansable en sus peregrinaciones novelescas, y fogoso en sus controversias con los filósofos árabes, cuya lengua hablaba como la natal, y especialmente en su refutacion de las obras de Averroes. Sin embargo, rindió homenaje á la ilustracion de éste, y de sus correligionarios: *Si forte aliquis solveret rationes quæ per sarracenos contra fidem catolicam oponuntur, cum tamen ipsæ rationes quæ fiunt pro eadem solvere non valerent, fortificari sarraceni valde literati et sapientes, id facerent christianos. Apostroph. B. Raym. Lulli. introd.* El catálogo prodigioso de las obras del filósofo mallorquin puede verse en la *Biblioth. vet.*, lib. 10, cap. 3, de D. Nicolás Antonio y en la apología de Bennazar, *Breve ac compendiosum rescriptum, nativitatem, vitam martyrium Raymundi Lulli, complectens*, Mallorca, año 1688. Puede consultarse tambien á Jordan Bruno, *Liber de lampade R. Lulli*, Praga 1588, y á Mut, *Histor. de Mallorca*, tom. 2, lib. 2, cap. 15. El genio del mallorquin no fué tan estéril como suponen Mariana y Mora-

ponsabilidad, le inclina á la indolencia y al crímen, y le precipita en la pendiente del vicio, preocupó á los doctores, que merecieron en la academia granadina, en las escuelas de Almería y Málaga y en las cátedras modestas de sus mezquitas la palma del saber y de la santidad. Porque si el hombre es libre, si su voluntad nace de un principio espontáneo, de un alma que delivera y determina y que en calidad de ser espiritual desdeña la influencia de las leyes físicas de que es esclava la materia, la sociedad tiene una base firmísima y el mundo moral una existencia. Entonces se vislumbra la eternidad y se comprenden los deberes humanos. Pero si las criaturas, si yo que ahora fijo con los carácteres de la plu-

---

tin, que lanzó contra sus estudios uno de sus sarcasmos en la comedia del *Café*. Entre los muchos proyectos que fermentaron en el espíritu fogoso de Raimundo, merecen notarse los medios que propuso á los reyes de Aragon para contrarestar el poder de los sarracenos. 1.° Establecer con anuencia del papa varios conventos, cuyos religiosos se dedicasen exclusivamente á estudiar el árabe y la teología, y fuesen un plantel de misioneros capaces de combatir las doctrinas de los filósofos mahometanos, admitidas y explicadas en todas las cátedras de aquel siglo. 2.° Crear nuevas órdenes militares, cuyos caballeros situados en la frontera hiciesen voto de no otorgar paces con los árabes. Y 3.° apoderarse á toda costa de Granada, en la cual estaba el núcleo del poder musulman *(Magnus thesaurus sarracenorum est, et fundamentum lapideum)*, y luego apoderarse de la costa de Africa y correrse por el Egipto hasta fijar sólidamente los pendones de la cruz en Jerusalen.

Santo Tomás de Aquino, el anjélico doctor, uno de los entendimientos mas fuertes que ha producido la Europa de la edad media, floreció en el siglo XIII, y fué contemporáneo y amigo de Alberto el Grande y de S. Buenaventura. Hemos estudiado con singular interés en las obras del primero (edic. de Amberes 1612) las cuestiones del *Libre albedrío y de la Gracia*, y el tratado contra Averroes, libro que abunda en

ma los signos de mi pensamiento, si tú lector que te dignas pasar por ellos la vista, somos átomos de materia combinada, máquinas sin albedrío que pensando deliberar incurrimos en una ilusion y no hacemos mas que obedecer al impulso de un vapor, ó al mecanismo secreto que fija nuestra voluntad, entonces hay que confesar que la nada es el término de nuestra peregrinacion sobre este globo, lanzado en el espacio. La incredulidad, el desamor, la indiferencia abren ante nuestros pasos un abismo en cuyo fondo solo aparecen el gas y el polvo de una sepultura. La religion y la moral desaparecen: el desconsuelo seca todas las ilusiones del alma. El asesino, el ladron, el perjuro, no son responsables de sus crímenes. «Nos-«otros, dirán, somos impelidos por el destino, «por el soplo de Dios; la justicia es un abuso de «la fuerza; las leyes son una mentira." Tales son las horribles consecuencias que se derivan del dogma del fatalismo. Los árabes pensadores comprendieron los inconvenientes de semejante principio. Si bien no nos es dado juzgar del cúmulo de manuscritos que el celo excesivo de un prelado célebre condenó al fuego en Granada, ni de los muchos que yacen inéditos en archivos y bi-

---

copiosos datos sobre la filosofía de los árabes andaluces.

Los tratados de física y los comentarios de Aristóteles por Alberto el Grande (*Opera*, edicion del P. Joanni, Lion, 1651) aunque indigestos, oscuros, sutiles y sacados en gran parte de los libros árabes, revelan los esfuerzos del espíritu humano en aquel siglo.

Las obras de S. Buenaventura contienen mas erudicion mística, que filosófica; sin embargo, su tratado *De corruptela peccati; de origine mali in communi* (en su *Breviloguii*, p. 3, cap. 1) es digno de Santo Tomás.

Ben-Athia y sus dos colegas granadinos florecieron en el mismo siglo de R. Lullio y de Santo Tomás.

bliotecas, podemos por algunos fragmentos de estas obras y por la clasificacion de los escritores ilustres conocer sus ideas y juzgar de sus controversias. Los doctores musulmanes apuraron todas las sutilezas del talento para conciliar el dogma del fatalismo con la responsabilidad moral é inspirar á los creyentes máximas y preceptos saludables. La templanza, el socorro y limosna del menesteroso, la clemencia, la represion de la embriaguez y de juegos de suerte, la abominacion de la prodigalidad, de la avaricia, de la soberbia, de la envidia, de la vanidad, del orgullo y de la venganza, la recomendacion de la piedad filial, la práctica de las virtudes domésticas y conyugales, eran elementos necesarios de vida espiritual y de práctica irremisible[1].

Filosofía. La filosofía de los árabes, en íntimo contacto con las anteriores controversias y atemperada á los dogmas del Corán, adoptó con preferencia dos sistemas; el de Aristóteles, cuyas obras presentaban un plan ingenioso, que podia considerarse una preparacion para el estudio de todas las ciencias, y el de Platon, cuyo idealismo halagaba las inclinaciones de los orientales contemplativas y místicas.

Algunas escuelas se apegaron con tal vehemencia á las doctrinas griegas, que en breve se suscitaron entre los musulmanes sectas implacables, algo parecidas en sus controversias á la de los gnósticos cristianos. Las ideas que habian servido de base á estas disputas fueron adulteradas ó interpretadas para conciliarlas con sus sistemas y con los dogmas del Corán. Juan de Damas-

---

[1] Sur. del Coran 2, 4, 11, 28 y 40 y en sus comentarios.

co, Al Farabi y Avicena [1] sembraron en las escuelas asiáticas las semillas del escolasticismo, y difundieron entre los árabes las nociones sobre lo imposible y lo posible; lo necesario y lo contingente; la sustancia y el accidente; el individuo y la especie; la accion y la pasion; la unidad, la dualidad y la pluralidad; las cualidades de la materia; y otras que fueron el tema favorito de las cátedras de Europa en los siglos medios, y que parecen sometidas hoy al exámen y jurisdiccion de la sabiduría alemana.

Algacel protestó luego en la escuela de Bagdad contra las teorías de estos filósofos, los acusó de innovadores perniciosos, y quiso imponer una sumision rigorosa y una creencia absoluta

---

[1] Juan de Damasco, llamado Almanzor por los árabes y San Juan Damasceno por los cristianos, floreció en el siglo VII de J. C. y murió pocos años antes que los ejércitos musulmanes ganasen la batalla del Guadalete. Escribió en lengua siriaca varios tratados de teología y los amplió con las ideas de Aristóteles. Los árabes, que á la sazon estaban en el apogeo de su poder, fueron iniciados por S. Juan Damasceno en las doctrinas de la filosofía griega, y no como han puesto algunos, por los médicos que llevó consigo á Persia una princesa romana casada con Sapor. La doctrina de Almanzor puede estudiarse en sus *Capita philosophica,* en la edic. completa de sus obras en griego y latin, por el P. Quien, fol. París 1712.

Al Farabi, floreció en el siglo X de J. C.: escribió 60 tratados en forma de comentarios á las obras de Aristóteles, cuya retórica se sabia de memoria. Para dar á conocer la generalidad de su genio, se cuenta que llamado por un príncipe de Oriente para discutir ciertos puntos arduos en una reunion académica, tomó la palabra y reveló tal sabiduría, que los demás doctores callaron confundidos. El príncipe dispuso en seguida celebrar una fiesta espléndida, y entonces Al Farabi tomó un laud y lo pulsó diestramente con admiracion general. Se le rogó que tocase alguna composicion de su propio genio y lo ejecutó con tanta gracia que hizo reir á

en los preceptos del Corán[1]; entonces los escritores andaluces, á cuyo frente figuraban Averroes[2] y sus discípulos de Sevilla, Granada, Almería y Málaga, salieron á la defensa de aquellas doctrinas, proclamando en vivas y ardientes polémicas los fueros del pensamiento y la legitimidad de la discusion libre. Esta fué la época en que brilló en nuestra patria feliz la luz que en otro tiempo habia iluminado los no menos deliciosos campos de la Grecia. Los libros y las doctrinas de los filósofos griegos se hicieron familiares con las traducciones arábigas y hebreas, con los comentarios y explicaciones de las cátedras. Discípulos de nuestras ciudades y villas emprendieron peregrinaciones al Oriente, hicieron gala de su erudicion y elocuencia en las escuelas de Alejandría, de Bagdad y de Cufa, explanaron sus

---

todo el concurso; despues varió de tema y lanzó unos sonidos dulces infundiendo á todos suma tristeza, y por último, les hizo dormir con una última sinfonía.

Avicena, el mas profundo, erudito y metódico de los escritores árabes, floreció en el siglo X: naturalista, médico y filósofo vivió muy honrado en la Persia. Véase *Avicennæ arabum medicorum principis, ex Gerardi Cremonensis versione, et Andreæ Alpagi Bellunensis castigatione,* Venecia, año 1595, *apud Juntas.*

[1] Algacel floreció en el siglo XII; aunque escribió muchos tratados teológicos, se hizo singularmente notable por su libro titulado, *Destruccion de los filósofos:* en esta obra combate la libertad y relajacion que en punto á doctrinas religiosas, infunde la filosofía y proscribe cuantos libros tienen pretensiones y doctrinas filosóficas. Si nos fuese permitido usar de los términos con que hoy se califican controversias análogas, diríamos que Algacel fué un escritor *ultramontano,* que acusaba de impía y *revolucionaria* á la escuela filosófica andaluza.

[2] Averroes, ilustre cordobés, refutó la obra de Algacel con otra titulada, *Destruccion de la destruccion*; floreció en el siglo XII, y se estableció en Marruecos, donde vivió muy

doctrinas y perfeccionaron sus estudios con las observaciones de los viajes [1]. Esta efervescencia despertó rivalidades provechosas; y si bien empeñó á los ingenios en un laberinto de sutilezas y de disputas tenaces, dió ensanches al pensamiento, engendró una revolucion en los métodos de enseñanza é introdujo un fecundo rayo de luz en las escuelas rutinarias de la Europa cristiana[2].

Las controversias de los nominalistas y realistas, las dulces explicaciones de Abelardo, los profundos raciocinios de Sto. Tomás y de Alberto el Grande y las abstracciones de S. Buenaventura, consideradas con justicia como puntos

---

honrado y opulento, aunque, segun algunos biógrafos, sufrió humillaciones por sus controversias demasiado libres. Hemos estudiado su doctrina en la obra *Averrhoes, epistola de collectione intellectus abstracti cum homine,* Venecia, año de 1527.

[1] La obra mas ingeniosa de la filosofía arábigo andaluza es la del sevillano Abu Bekre Abu Jaafar Ben Tophail, quien supone á un niño abandonado en una isla desierta, criado por una cierva, y entregado en la edad de la razon á reflexiones sobre su existencia, sobre la creacion, sobre el mundo y sobre el orígen y progresos de las ciencias. Casiri y D. Nicolás Antonio hablan sucintamente de esta obra que el ilustre Pococke dió á conocer hace mas de un siglo en Inglaterra. V. *Philosophus auto-didactus Hain-ebn-Yokdani, sive Epistola in quâ ostenditur, quomodo ex inferiorum contemplatione ad superiorem notitionem mens ascendere possit.* edic. inglesa y latina Oxon. 1700. Los hijos del país granadino tomaron una parte muy activa en las controversias de estos filósofos y de otros que sería prolijo enumerar, como se probará con el catálogo con que damos complemento á estas reflexiones.

[2] El judío Zacut, de Lisboa, descendiente del famoso hebreo de Salamanca Abraham Zacut, dice en la mas erudita de sus obras: *Inde linguarum disciplinarumque liberalium, densa per Græciam ac Latium oborta caligine, ad Arabes devoluta sunt studia. De medicorum principum Historia,* prœf. Lugd. 1649.

de partida para la restauracion de las letras en Occidente, no fueron sino fruto de una semilla prestada por los árabes andaluces de la mucha que sus escuelas habian acopiado con las inspiraciones de Aristóteles[1].

Estudios de experiencia y observacion.

Los andaluces no solo facilitaron á los cristianos de la edad media el exámen de los estudios abstractos, sino que abrieron la senda de la observacion y de la experiencia á las cuales son debidos tantos descubrimientos de utilidad inmediata. Los árabes elevaron las matemáticas, la medicina, la química y la astronomía á una altura que es el mayor timbre de su gloria. Perfeccionando los planisferios, las tablas astronómicas, los instrumentos de nivelacion y la maquinaria, pudieron observar los cielos, estudiar, medir á palmos y dar riegos y hermosura á las comarcas sometidas á sus leyes. Los carácteres aritméticos usados hoy en Europa, los nombres y combinaciones del álgebra, tan útiles para facilitar las operaciones de las ciencias exactas, son puramente árabes[2]. El alambique, invencion griega perfeccionada por los mismos, purificó los líquidos, dedujo sus

---

[1] Cuatro épocas notables presenta la historia de la restauracion de las letras en Occidente. La 1.ª la fundacion de las escuelas por Carlomagno: la 2.ª la discusion provocada por Rouselin relativa á si las ideas de genio, especie, clase, órden &c. tenian fundamento en la esencia de las cosas, ó si eran puramente nominales: los que sostenian la opinion primera se llamaban realistas, los que la segunda nominales: la 3.ª y principal la del conocimiento de los libros árabes y las controversias de sus filósofos, que formaron á Raymundo Lulio, á Santo Tomás y Alberto el Grande: y 4.ª la expulsion de los griegos de Constantinopla. Alonso García Matamoros, *De Academicis et doct. vir. Hispan.* tom. 2, pág. 81 de la *España Ilustrada*, hace muy acertada observacion, y tambien el P. Roa, *Principado de Córdoba*, cap. 6.

[2] En opinion de otros, los carácteres aritméticos son originarios de la India, adoptados y trasmitidos por los árabes.

esencias y trasmitió el secreto de los álcalis y de nuevos perfumes. La observacion los hizo descubrir en algunos cuerpos cualidades desconocidas de los naturalistas antiguos; y el análisis de las sustancias animales, vegetales y minerales les proporcionó el exámen de sus combinaciones y afinidades, el conocimiento de sus influencias en la economía rural y sus aplicaciones diversas á la medicina y á la industria[1]. La botánica fué cultivada con el celo mas exquisito y con una perseverancia admirable. Sirva de ejemplo la vida laboriosa de Abu Beithar. Este gran naturalista, el Tournefort de los árabes, nació en Málaga á mediados del siglo XII. El estudio de las obras de Hipócrates, Galeno, Dioscorides y Plinio formó su gusto: los viajes completaron sus conocimientos. Estimulado por el deseo de saber, registró los campos y montes de Andalucía reuniendo una coleccion copiosísima de plantas y minerales; en seguida pasó á las costas ardientes de África, y atravesó selvas y desiertos aumentando en esta tierra vírgen sus depósitos de raices y flores. Despues marchó al Cairo, peregrinó por la Siria, se internó en las provincias y montañas de la Persia, escudriñando los secretos de la creacion, y observando y comparando las producciones de diferentes climas. Estas fatigas no fueron estériles para la humanidad. El ilustre malagueño escribió varias obras, que fueron re-

---

[1] Abu Zacaría, *Libro de Agricultura*, y Avicena, *Cánon* (lib. 2, trat. 2.). cuyo tratado es una clasificacion alfabética de flores y plantas. Véase Tourtelle, *Histoire philosophique de la medecine, second age*, y particularmente la *Historia Bibliográfica de la Medicina Española,* tom. 1, p. 4, del ilustre D. Antonio Fernandez Morejon.

cibidas en el mundo literario de los árabes de Asia, África y España, como trabajos completos de medicina é historia natural. En ellas dice Abu Beithar que todo lo escrito está comprobado por un largo uso y una constante experiencia. Mas de dos mil medicamentos simples, desconocidos de los médicos de la antigüedad, se encuentran descritos, sin otros muchos clasificados por órden alfabético, con explicaciones y notas sobre los nombres griegos y latinos. Uno de sus discípulos, Aben Saiba, dice que su memoria era tan firme, que en cualquiera cuestion fundaba su dictámen primero con argumentos de razon y despues con casos prácticos y con autoridades de escritores cuyos libros y folios citaba. Tan eminente sabio no pudo menos de obtener muchos honores y recompensas de los califas: establecido en Damasco murió el año 646 de la hegira (1248 de J. C.) [1]

Jurisprudencia.

Los granadinos tenian tambien en el Corán sus leyes civiles aunque oscurecidas, cual escasa fruta en un árbol de excesivo ramaje. Como esta parte de la legislacion se versa sobre los intereses mas directos del hombre, tuvo la aplicacion y el estudio que rebuscar y coordinar todas las disposiciones relativas á la seguridad, á la hacienda, á las estipulaciones y contratos, y á las relaciones locales y de familia. Así, al consultar las memorias arábigas, vemos la jurisprudencia constituida en elemento principal y base de los estudios, y, lo que no es fácil comprender hoy, aliada con estudios mas amenos, como la retó-

---

[1] Véanse las citas de Abu Beithar, con que aparece ilustrada la traduccion del libro de *Agricultura* de Abu Zacaría y Casiri, tom. 1, pág. 275.

rica, la poesía y la historia. La profesion de jurisconsulto era respetada, proporcionaba una subsistencia honrosa y abria la puerta de los honores y de los empleos. Sus principios dimanaban de un código santo, y eran el complemento de los estudios teológicos; y por ello nos atrevemos á asegurar que el misticismo, las reglas escolásticas y una erudicion indigesta entrarian por mucho en este género de obras.

Gramática.

No era así de la gramática. Los árabes, envanecidos de su idioma como de una gloria inmarcesible, la cultivaron con singular aprovechamiento. Su alfabeto, la articulacion de sus letras, sus signos ortográficos, las diferentes partes de la oracion, la diversidad de sus verbos, la calidad de géneros, nombres, pronombres, artículos y palabras indeclinables, los principios de sintáxis, fueron atemperados á reglas fijas, que conservaron la pureza de la lengua. Ben-Malek y el Jihouri compusieron su gramática y diccionario siglos antes que florecieran Palencia y Antonio de Nebrija; y miles comentadores, entre los cuales habrá que referir muchos granadinos, ampliaron, suplieron ó corrigieron las reglas de aquellos dos escritores eminentes, compendiaron sus obras, las analizaron y enriquecieron[1].

---

[1] Casiri, *Biblioth arab. hisp. escur.*, tom. 1, *Gramatici.* El P. Cañes, hablando de la excelencia de la lengua árabe en la introduccion de su *Gramática arábigo-española,* dice: «Lengua no ruda, bárbara é inútil y que algunos por ignorancia desprecian; sino elegante, erudita y utilísima.....Con justa razon la colocan los hombres doctos entre las lenguas madres, por tener probado su orígen en la familia de Heber,» y hablando de la influencia que el mismo idioma ejerció á el habla castellana añade: « Venia á ser lengua vulgar á España. De aquí nació no solo otorgar parte de las escrituras así

Poesía.

La poesía nació entre los árabes, como planta indígena: sus tribus, bárbaras aun, tenian poetas encargados de alabar las aventuras de los cazadores y pastores, las querellas de los amantes, las victorias de sus emires, los placeres de la vida libre, la hermosura de una noche apacible, la melancolía misma de los campos solitarios: una palma, un otero, una onda cristalina en medio del arenal abrasado eran objetos de dulces inspiraciones[1]. Semejante poesía debió ser una mezcla de sublimidad y de barbarie; una flor inculta, que exhalaba perfumes en el desierto. El Corán prestó doble vigor á la imaginacion del árabe y creó mayor entusiasmo y un nuevo gérmen de poesía. Los triunfos de las armas musulmanas en los primeros siglos de la hegira sirvieron de resorte poderosísimo para inflamar los genios orientales, y el contacto con pueblos ilus-

---

públicas como particulares en puro árabe, sino tambien el acuñar moneda en aquella lengua y carácteres arábigos; porque las artes se hallaban florecientes entre los árabes españoles."

Nuestro romance tomó tantas voces, frases y acentos arábigos, que es imposible sin el conocimiento de la lengua árabe entender muchas veces el significado de un gran número de las mismas palabras que estamos hablando vulgarmente; teniéndolas por españolas, siendo en realidad árabes, no obstante que con el tiempo se hallen algo alteradas en su escritura, pronunciacion ó terminacion: pág. 2 y 3 edic. de Madrid imp. de Perez Soto, año 1785. Véanse tambien Alderete, *Orígen de la Lengua Castellana*, lib. 3, cap. 15, y Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana*, y sobre todo el *Vocabulista arábigo en letra castellana* de Fray Pedro Alcalá, 1505. El baron S. de Sacy, *Grammaire árabe, second edit.* en sus observaciones y notas sobre el Alfiyya, y Casiri, tom. 1, *Gramatici*.

[1] Assemani, *Biblioth. orient.*, tom. 3, pág. 580. W. Jones, *Discurso sobre la poesía de los orientales*, y en el exámen del *Moallacat*, ó los siete poemas anteriores á Mahoma.

trados suplió la rudeza de los sectarios bárbaros. La influencia de un clima dulce y de un pais voluptuoso despertaba sensaciones poéticas y convidaba al placer y á la molicie. Abderraman el Grande trasplantó á Córdoba los gérmenes mas puros de la cultura oriental, y rival de los Abásides dió impulso á todos los elementos de aquella civilizacion, particularmente á la poesía que es uno de los mas preciosos[1]. Este gusto, prolongado en Andalucía y singularmente entre los granadinos, se atemperó á todos los objetos: elogios de príncipes y caballeros, tradiciones históricas, epigramas, sátiras, libros de mística, epitafios y cantares amorosos fueron dominio de la poesía de los árabes andaluces. En la historia literaria de estos debe buscarse el orígen de la rima castellana y el tipo de la gaya ciencia. Hoy nos es dado juzgar de la poesía granadina: las paredes, los frisos y techumbres de la Alhambra conservan modelos que prueban hasta qué grado de perfeccion y elegancia elevaron los ingenios de esta tierra la agudeza de los conceptos, la pureza de las imágenes, y hasta qué altura remontaron los vuelos de su fantasía.

Los cuentos formaban entre los árabes una poesía tradicional, de que aun se conservan reminiscencias en Granada. La persuacion del pueblo en la influencia de la magia y en la realidad de seres sobrenaturales abria un espacio sin límites donde la imaginacion podia forjar quimeras, y revestirlas de formas ó gigantescas ú horribles, ú heróicas ó espléndidas. Á las ilusiones

Cuentos.

---

[1] Véase el Abate Andres en sus difusos tratados sobre el *Orígen y progresos de toda literatura,* tom. 1, cap. 8.

de los árabes que creian en castillos encantados, y en enanos misteriosos, y en negros alquimistas, y en brujas, y en maleficios, y en hadas, fué debida la inundacion de libros absurdos, que careciendo de la originalidad y de la grandeza, con que supieron los orientales revestir tales creaciones, fenecieron anatematizados por la pluma de Cervantes. Estas leyendas fantásticas que producen admirable efecto, contadas por un anciano en el hogar del pobre ó en un círculo de gente campesina abrigada en cabaña solitaria, trasladadas al papel degeneran en ridículas; son un vapor levísimo, que al asirle ó querer someterle á análisis se disipa ó convierte en cuerpo deleznable[1].

Historia. En cuanto á historia no participamos de la crítica severa que condena sus estudios, ni del entusiasmo que los admira ciegamente. Cierto es que los analistas árabes en nada se asemejan á los clásicos griegos ni latinos, y que la mayor parte de sus historias parecen hoy crónicas áridas, rellenas á veces de vulgaridades, ó series de biografías con elogios exagerados de sus capitanes y príncipes, y amargas censuras de sus enemigos. Mas hay que considerar los carácteres de las naciones, la diversidad de sus idiomas y las formas especiales de su narracion. Las máximas políticas, gala y ornato de Tucídides y Polibio, de Salustio y Tácito, debian considerarse supérfluas y estériles por los historiadores ára-

[1] Aun hay en Granada personas que creen en la aparicion del *caballo descabezado* y del *perro velludo*, dos monstruos encantados á quienes se supone ocultos durante el dia en los subterráneos de la Albambra.

bes, á quienes los hábitos de gobierno y los dogmas religiosos del pueblo trazaban un círculo, fuera del cual no les era lícito discurrir ni censurar. La historia de Tito Livio es reconocida en la Europa como un tipo de belleza y de buen gusto, porque las lenguas de sus diversas naciones han nacido de la latina: á pesar de esto los árabes no podian ser sensibles á la dulzura y armonía de aquella obra inmortal, porque la especialidad de su idioma no se atemperaba al hipérbaton, á los giros y construcciones de los romanos. La historia árabe es una creacion especial como su arquitectura: en cambio de sentencias políticas, se leen proverbios admirables; brilla en sus descripciones el lujo de las imágenes; la cronología está marcada con suma prolijidad y los personajes se ven retratados con un vivo colorido. La historia clásica de la antigüedad es un edificio acabado bajo reglas convenientes de buen gusto; la de los árabes ofrece hoy materiales hacinados para que luzca en ellos la mano de un diestro artífice[1].

Estas observaciones parecerian demasiado vagas y generales á todos los paises dominados por la raza muslímica, si no descendiésemos á probar con los nombres, patria y linaje de los ingenios granadinos, como en nuestra patria estubieron durantes siglos y se acrecentaron considerablemenmente los tesoros de la sabiduría árabe.

Siglo VIII y IX de J. C.: II y

Desde la dominacion de los Omíades se propagó entre los andaluces el amor á las ciencias, y la traduccion de libros griegos y latinos, y el ro-

[1] Otro defecto se puede vituperar en los cronistas árabes, y es el prurito de remontarse con genealogías fabulosas á los tiempos de Noé, Abrahan, Ismael &c.

III de la heg.

Escritores ilustres de varios pueblos.

ce y controversias con los mozárabes crearon el gusto y perfeccionaron los estudios de la escuela cordobesa. Los premios, los honores, la familiaridad que los ilustres nietos de Abderraman dispensaron á los literatos, á los doctores y poetas, avivaron la aficion á las letras, y crearon la original literatura arábigo-andaluza, en cuyos anales vemos con satisfaccion celebrados ingenios granadinos. Razis nos ha conservado la memoria de Ased Ben-Zaid Almaschabi, poeta agudísimo de Elvira y capitan bizarro en el ejército real. Su buril corrió con tanta ligereza como imprudencia, y lanzó el ridículo sobre los ojos torcidos y miradas desapacibles de Hixem I. Indignado el califa mandó hacer un escarmiento ejemplar con el poeta murmurador. Ben-Zaid perdió la lengua, cortada con sutil acero; despues la vista con un yerro candente, y sepultado por último en un calabozo, no sobrevivió á estas dos operaciones bárbaras (murió año 180 de la heg. 796 de J. C.) Mohamad I premió á Mumel Ben-Ragis el Ocaili, natural de Elvira, con los destinos de gobernador de esta ciudad y de Jaen, por sus exquisitos conocimientos en jurisprudencia (murió año 275 de la heg. 888 de J. C.)

De Elvira.

Siglo X de J. C.: IV de la heg.

El impulso continuó durante las guerras sangrientas que los mozárabes y muslitas granadinos, aliados con algunas tribus rebeldes, sostuvieron contra los califas cordobeses: los capitanes eran poetas, y las divisiones eran animadas á la pelea por las baladas de bardos, que celebraban sus proezas y participaban de los peligros y fatigas de la campaña. Uno de estos compuso aquellos versos amenazadores que, segun hemos dicho, fueron trasmitidos á los damasquinos de Granada estrechados rigorosamente y amagados de muerte en la torre Bermeja, por medio de una flecha

lanzada sobre las almenas. Calmadas estas rivalidades funestas por la buena estrella de Abderraman III, renació con vigor, como planta ajada por la tempestad, el amor al estudio, y los hijos del pais granadino contribuyeron con sus claros ingenios a esplendor con que brillaron los últimos califas de aquella célebre dinastía. El anticuario Muza Abu Amrru Abi Almosfareb de Elvira (murió año 289 de la heg. 901 de J. C.), y Kalabab Ben-Muza, natural de Raya junto á Archidona (murió año 360 de la heg. 970 de J. C.), florecieron bajo los auspicios del rey Alhakem II, y brillaron en las academias y divanes de Córdoba. El ilustre caballero de la tribu Gazanita, de Elvira, Motref Ben-Iza, viajó por la España, conversó con judíos, visitó escuelas, consultó con monjes, y no satisfecho con el caudal de conocimientos adquiridos en la peninsula, pasó al África y recorrió regiones diversas: habiendo regresado á Granada, fué llamado por el mismo califa Alhakem II, y escribió de órden suya una descripcion de su pais natal (murió año 370 de la heg. 980 de J. C.) Ahmad Ben-Mohamad Ben-Farag Abi Amrru, de Jaen, difundió en este siglo entre los árabes españoles el gusto á la poesía épica, y rivalizó con los poetas orientales que brillaban en la corte de los Abásides. Sus cantos en elogio de los héroes Omiades componian cuatro volúmenes con el título de *Huerto sembrado de árboles*: obra admirable por sus sentencias y correccion de su lenguaje, segun un analista andaluz: favorecido y colmado de honores por el rey Alhakem II, fué víctima de sus excesos en la bebida del vino (murió año 376 de la heg. 986 de J. C.) Es tambien memorable el laborioso Abdel Malec Ben-Habib Alzalami; nació en Huetor de la Vega, y murió en Córdoba: escri-

De Elvira.

De Raya.

De Elvira.

De Jaen.

De Huetor.

bió 1.100 volúmenes; y entre ellos 7 de ética, 7 de reuniones sagradas, 15 de historia y genealogía de los Coraicitas, 8 de derecho natural, 90 de arte militar y ecuestre, 22 de la vida de Mahoma, 25 de genealogías, leyes y estudios de los árabes, y 35 de astrología (murió año 377 de la heg. 987 de J. C.) Tambien Mohamad Yasadita,

De Torrox. de Torrox, educado en Granada y Córdoba, floreció como jurisconsulto y filósofo, y escribió con la mayor correccion varias obras, que legó en su testamento á la biblioteca del rey (murió año 303 de la heg. 915 de J. C.)

Siglo XI de J. C.: V de la heg.

La luz y el esplendor de las ciencias viose casi extiguido durante el período miserable que trajo consigo la disolucion del imperio de los Abderramanes: sin embargo, los príncipes Zeiritas de Granada, algunos de los Hamudies malagueños, y sobre todo los Moez Daulas de Almería conservaron vivos los destellos de aquella civilizacion combatida por una anarquía sin término, precursora del desaliento y la barbarie. Jusef el Almoravide, el héroe del desierto, el pérfido amigo y destructor de estas dinastías, respetó á los moros ilustres que Abdalá Ben-Balkin de Granada y los príncipes de Almería protegieron en sus estados: los honró, los llamó á su lado, los trató como amigos y los consultó como oráculos. Así

De Almería. brillaron Malec Ben-Ahmad, de Almería, jurisconsulto elocuente y autor de un comentario al código de las Tradiciones (murió año 436 de la heg. 1044 de J. C.): Abdalá Ben-Mohamad, de

De Málaga. Málaga, escritor ameno y amigo íntimo del rey Bedici Ben-Habus de Granada (murió año 440 de la heg. 1048 de J. C.): el erudito jurisconsulto

De Granada. Ali Ben-Taubet, de Granada y cadi de ella (murió año 447 de la heg. 1055 de J. C.): el historia-

De Almería. dor Said Ben-Ahmad Abul Cacim, dé Almería, cadi

de Toledo, autor de la historia de España y anales de los mahometanos (murió año 462 de la heg. 1070 de J. C.) : el viajero Ahmad Ben-Omar de Almería, que habiendo escuchado las alabanzas de los literatos célebres de las escuelas orientales, partió al Asia, recorrió las academias de Damasco y de Basora, y regresó á su patria dando á luz muchos y muy eruditos volúmenes de antigüedades arábigas (murió año 478 de la heg. 1085 de J. C.): el mismo rey Abdalá Ben-Balkin, rival de los ingenios mas ilustres de su época (fué destronado por Jusef el Almoravide el año 483 de la heg. 1090 de J. C.): Malec Ben-Mohdhel, de Granada, jurisconsulto, orador y poeta (floreció año 484 de la heg. 1091 de J. C.): el matemático Abderraman Alhaqueri, de la Guardia junto á Jaen (murió año 486 de la heg. 1093 de J. C.); y por último, Mumel, el gran ministro de Abdalá y de Jusef el Almoravide, bajo cuya direccion y por cuyos sabios consejos fué hermoseada Granada con jardines y obras de utilidad permanente (murió año 402 de la heg. 1088 de J. C.)

De Granada.

De la Guardia.

Siglo XII de J. C.: VI de la heg.

La dominacion de los Almoravides y Almohades se ha considerado hasta el dia como una época de barbarie, en la cual los campeones y soldados de África, sin dar treguas á la civilizacion, sumieron la Andalucía en un oscuro abismo. Sin embargo, al consultar las historias arábigas, y al hallar muchas y muy curiosas noticias de obras de ingenio, trabajadas durante este período, resulta inexacta semejante aseveracion, y vindicada cumplidamente la memoria de aquellas dos razas formidables. Los granadinos pueden jactarse de que en el siglo que los anales de Europa nos representan mas tenebroso, fueron sus ciudades el asilo de las ciencias y de las artes:

los moros feroces se aficionaron á ellas tal vez inspirados por el bello clima que mitigaba su rudeza y les convidaba á gustar los placeres de la vida, entre los cuales entran por mucho la lectura y la dulce meditacion.

De Málaga. Florecieron al principio del siglo los malagueños Abderraman Ahchaili, poeta, teólogo y anticuario (nació año 507 de la heg. y 1113 de J. C.), y Abderraman Abu Said Alsahili, doctísimo, segun Al Kattib, y autor de diversas obras; entre otras una biografía con el título de ***Prado nuevo***, un comentario del Corán y un libro casuístico: establecido en Marruecos, explicó jurisprudencia mucho tiempo, y falleció abrumado de años y colmado de riquezas (nació año 509 de la heg. 1115 de J. C., murió año 581 de la heg. 1185 de J. C.) Mereció altas dignidades, y la

De Alcaudete. muy singular de secretario del califa Ali, hijo de Jusef el Almoravide, el poeta, jurisconsulto y orador granadino, oriundo de Alcaudete, Abderraman Almoaferi: fué insigne por su aplicacion á las ciencias y á las artes; construyó en Granada suntuosos baños y un templo, y obtuvo el gobierno de Tortosa, donde dejó memoria suya en grandes y suntuosas obras. Acometido de grave enfermedad en Sevilla, vino á Granada conducido en una litera, y espiró en los brazos de sus amigos y parientes (murió año 518 de la

De Granada. heg. 1124 de J. C.) Floreció tambien el granadino Abdel Menez Ben-Mohamad Ben-Alfaraz: dotado de superior talento, aventajó en breve á sus mismos maestros y á los mas acreditados doctores; nombrado gobernador de Guadix, de Jaen y de Granada, se aplicaba en ratos desocupados á sus favoritas tareas literarias: fueron el fruto de sus trabajos un libro de los jueces, compuesto á los 25 años de edad, un compendio de or-

denanzas reales, un opúsculo del arte silogístico y unas cuestiones gramaticales en forma de diálogo entre académicos de Basora y Cufa; escribió además un libro apologético contra el cristiano D. García, y varios poemas: él mismo compuso el epitafio para su sepulcro, que decia: «Salud, «oh pasajero, que miras compadecido mi sepul«tura; considera que no soy solo el que en estos «parajes yace convertido en polvo; tú los erás tam«bien: infeliz aquel que sin consideracion de la «hora final no atiende á la eternidad, y sí á los «caducos bienes mundanos: la vida del verda«dero creyente es semejante á la del soldado, «que milita, vence, y sale ileso" (nació año 524 de la heg. 1129 de J. C., murió año 597 de la heg. 1200 de J. C.) Los doctores granadinos Ali Ben-Kalaph Albedici, Ali Ben-Doric, gramáticos (florecieron por los años 528 de la heg. 1133 de J. C.), y Abdalá Ben-Sahl, conjurador de maleficios; este residió largo tiempo en Baeza, desde donde sostuvo polémicas sobre religion con clérigos y doctores cristianos (murió año 540 de la heg. 1145 de J. C.): Mohamad Ben-Masud Albaschini, de Jaen, gramático insigne, residió en esta ciudad, en Quesada y Jódar, desempeñó cátedras de humanidades y escribió varias obras (murió año 545 de la heg. 1150 de J. C.) Mohamad Ben-Alamad Alhassa, granadino, humanista y teólogo, comentó el código de los Tradiciones (murió año 553 de la heg. 1158 de J. C.) Tambien el bello sexo cultivó las letras; como María, hija del caballero Abraham Ben-Albophayel, tan entendida en literatura como diestra en la música (murió año 555 de la heg. 1159 de J. C.); Mogia, poetisa, de ilustre cuna (se ignora el año de su muerte); Mosada, famosa por sus conocimientos históricos (murió en Granada año

De Granada

De Jaen.

De Granada

593 de la heg. 1190 de J. C.), y Lelia, célebre por su hermosura y su talento (se ignora el año

De Ronda.

de su muerte); todas cuatro granadinas. Omar Ben-Abdelmagid, de Ronda, se hizo tambien memorable: escribió una obra de gramática dividida en tres partes, en las cuales analizaba todo el mecanismo de la lengua árabe; escribió además una biblioteca arábigo-hispana, que dejó sin concluir arrebatado por temprana muerte (nació el año 547 de la heg. 1152 de J. C., murió año 616 de

De Málaga.

la heg. 1219 de J. C.) Abdalá Ben-David Alansari, malagueño, literato insigne, obtuvo cargos importantes en Sevilla y Granada (nació año 548 de la heg. 1159 de J. C., murió año 612 de la

De la Malá.

heg. 1215 de J. C.) El mas erudito, el mas sabio y honrado de los escritores de este siglo fué Mohamad Ben-Abdel Wahed Algapheki, de la Malá; libre en esta aldea del ruido y turbulencias cortesanas, pasó su vida dedicado á tareas literarias; escribió una historia de los hombres ilustres de la comarca de Elvira, otra genealógica, una biblioteca de académicos granadinos, un libro de 40 narraciones ó cuentos, y un tratado de las excelencias del Corán (nació año 549 de la

De Purchena.

heg. 1154 de J. C., murió año 619 de la heg. 1222 de J.C.) Mohamad Ben-Abdelaxis Ben-Ayaceh, de Purchena, ocupó un lugar preferente en las escuelas de Granada, donde siguió sus estudios: se granjeó en breve gran nombradía por su erudicion, su laboriosidad y su agudeza y prontitud en las composiciones poéticas; los príncipes Almohades le colmaron de honores y le nombraron gran vicir: su destino sirvió para demostrar la benignidad de su carácter: dulce y afable dessarmaba á sus enemigos con beneficios y les enseñaba con magnanimidad á perdonar los agravios: sus maestros Ali Abdalá, de humanidades,

Abulcasim, de dialéctica, y Ben-Homaseh, de derecho civil, fueron remunerados por las influencias de tan esclarecido discípulo: los príncipes Almohades leváronle consigo á Marruecos, donde celebró en un elegante poema la elevacion de esta dinastía y la decadencia de la Almoravide (nació año 550 de la heg. 1155 de J.C., murió en Marruecos año 618 de la heg. 1221 de J. C.) Fueron tambien insignes Mohamad Ben-Ali Ben-Jusef Alamui, malagueño, autor de los anales de Málaga (floreció por los años 552 de la heg. 1157 de J. C.) y los granadinos Ali Ben-Ibrahin Ben-Alcaphas, que compendió los anales de Ben-Hayan, y Ali Ben-Albacri, doctor célebre y profesor de jurisprudencia civil y canónica, autor de muchas obras místicas: murió en el camino de Guadix (florecieron ambos por los años 557 de la heg. 1161 de J. C.) Mohamad Ben-Kalaph Ben-Muza, de Elvira, gran teólogo, jurisconsulto y médico, refutó las obras del filósofo Algacel; comentó el Corán; escribió un tratado de Dios y de Mahoma; explicó la doctrina de las cuatro sectas mahometanas; explanó además algunas opiniones de Averroes; y publicó, por último, un libro de medicina sobre enfermedades de la vista, y un comentario á las obras canónicas de Ben-Malec (murió año 557 de la heg. 1161 de J. C.) Fué sobresaliente el ingenio de Mohamad Ben-Ahmad Abu Abdalá, de Guadix; retórico, poeta y sobresaliente músico en Almería: escribió aquí un arte poética y un libro sobre el mecanismo de la música: inspirado por una bella cristiana de nombre Leonor, celebró dignamente su hermosura, y se quejó de su ingratitud en tiernas endechas (murio en Granada año 561 de la heg. 1165 de J. C.) Mohamad Ben-Abderraman el Gazanita, granadino, escribió un curioso libro

De Granada y Málaga.

De Elvira.

De Guadix.

De Granada

sobre el orígen del Nilo, una obra filosófica y algunas biografías de árabes ilustres (floreció por los años 568 de la heg. 1172 de J. C.) Tambien merecen singular mencion los granadinos Yahia Ben-Alsaiphari, que escribió una historia de los Almoravides continuada hasta el año 569 de la hegira (1173 de J. C.), otra que contenia las hazañas de varios reyes de España, y un poema en elogio del príncipe Taffin (murió año 570 de la heg. 1174 de J. C.), y Abderraman Abu Giafar Ben-Alcasiri, escritor erudito y laborioso; fué discípulo de Averroes é individuo de la academia cordobesa, escribió la historia natural y literaria de Granada en varios tomos; un tratado de derecho español y otro gramatical sobre el uso de las palabras y especialmente de las anfibologias: este insigne granadino pereció en un combate naval con los cristianos á vista de Tunez (año 576 de la heg. 1180 de J. C.) Mohamad Ben-Alborac, natural de Guadix como el anterior y contemporáneo suyo, se hizo célebre por sus diversas obras; entre ellas fueron notables una de poética, titulada *Belleza de los pensamientos y espejo de cosas memorables;* un opúsculo sobre la sociedad y la amistad; otra obra sobre elegancia del lenguaje, titulada *Huerto plantado de árboles;* un poema sobre la excelencia del mes de ramadan; otro en elogio de Mahoma; una historia de los Omíades, y unos anales de España (murió año 596 de la heg. 1199 de J. C.) Por último, el malagueño Mohamad Ben-Ali Altagíbita Ben-Addrah se hizo recomendable entre todos los escritores de su siglo por la amenidad de su doctrina y buen gusto de sus estudios; aunque ocupado por los príncipes Almohades que residian en Granada en la cobranza de los tributos, no interrumpió por ello sus estu-

De Guadix.

De Málaga.

dios amenos; escribió entre otras obras un compendio de los libros de canciones del celebérrimo músico Alasphan, y la refutacion de un libro publicado en árabe por un cristiano de apellido García, en que se vulneraban los dogmas de la religion mahometana (murió año 602 de la heg. 1205 de J. C.)

Siglo XIII de J. C. VII de la heg.

El siglo XIII comenzó bajo siniestros auspicios para la raza muslímica de España. Los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, y la caballería de las Órdenes vengaron en las Navas de Tolosa las devastaciones y reveses con que los habian afligido por espacio de un siglo los Almoravides y Almohades. Á esta sangrienta batalla sucedieron las calamidades de una guerra civil y religiosa, y la conquista de Jaen, Córdoba y Sevilla por S. Fernando. Las ciencias y las artes habrian desaparecido envueltas en la ruina comun, sin la instalacion de Alhamar en el trono de Granada. La resistencia que en este reino opusieron los árabes como su último asilo, hizo que se depositaran en él los tesoros de una sabiduría, vilipendiada y tenida en poco por los vencedores á pesar de la ilustracion del rey Sabio, empeñado en luchar con las antipatías de su siglo. El catálogo de moros ilustres es tan extenso é interesante como el de los anteriores. Saleh Ben-Yezid Ben-Schoraiph, de Ronda, fué uno de los ingenios mas celebrados por los árabes de su siglo; poeta, orador, jurisconsulto, teólogo, cultivó sus diversos estudios con éxito feliz. La indicacion de algunos de sus escritos bastará para revelar la generalidad de sus conocimientos. Compuso un libro de juicios canónicos y forenses, un tratado de metro y rima, unos ensayos poéticos en doce partes dedicados á los académicos malagueños, un opúsculo sobre las revelaciones

Escritores de Ronda.

del arcángel Gabriel; una descripcion de una doncella de sonrosada y honesta mejilla; tres poemas y varios epigramas agudísimos (nació año 601 de la heg. 1204 de J. C., murió en Granada año 682 de la heg. 1285 de J. C.) Malek Ben-Alpharag Ben-Almorhal, malagueño, de ilustre familia; era hijo de Ali Abderraman, caballero riquísimo del puerto de Santa María, que habiendo emigrado de esta poblacion conquistada por los cristianos, se estableció en Málaga y educó á su hijo en los colegios de esta ciudad; el jóven Malek brilló en breve como poeta y orador elocuente; publicó algunas obras de las cuales merecieron singular aceptacion dos de retórica y poética. Este ilustre literato tomó parte en contiendas políticas, fué gobernador de la Alpujarra, y construyó un castillo en Escariantes no lejos de Berja (nació el año 604 de la heg. 1207 de J. C., murió año 699 de la heg. 1209 de J. C.) Mohamad Ben-Abderraman Ben-Alkiteb, granadino, aunque originario de Guadix, escribió dos tomos de matemáticas y humanidades; gobernó durante algunos años la provincia de Granada con beneplácito general: siendo cadí de esta ciudad construyó una soberbia basílica para administrar justicia, y reforzó el puente de Genil, invirtiendo en esta obra cuatro mil áureos (murió año 607 de la heg. 1210 de J. C.) Florecieron además Mohamad Ben-Alimad, de Jaen, que establecido en los Velez junto á Lorca, fué preceptor de gramática y retórica y publicó además una obra de aritmética. Ali Ben-Alimad Abulkassim el Gazanita, de Guadix, jurisconsulto, orador y poeta que comentó las obras canónicas del doctor Ben-Malec en diez tomos, y escribió varias obras filosóficas, y un tratado de los nombres de Dios. Abdalá Ben-Hassan Alansari, de Málaga,

De Málaga.

De Granada

De Jaen.

De Guadix.

De Málaga.

poeta, intérprete del Coran y catedrático de retórica y poética en Granada; aprendió en Málaga la gramática con el filósofo Ali Zeydun, en Granada la retórica y poética con Jiafar Ben-Alhaken, y la filosofía con Yaluo el madrileño; publicó varios libros de retórica y poética. Abdalá Ben-Soliman Ben-Atanthalla de Granada, muy honrado por los príncipes Almohades por su erudicion, su elocuencia y su sagaz y agudo ingenio para adquirir conocimientos, visitó las escuelas de Murcia, Valencia, Játiva, Almería, Córdoba, Sevilla y Málaga, y obtuvo cargos importantes, y falleció en su patria. (Estos cuatro murieron desde el año 607 de la heg. hasta 612, 1215 de J. C.) Murió hacia este tiempo en Granada Abdel Melik Abu Meruan, de Almería; viajó por Oriente, conferenció con los sabios mas ilustres de aquellos paises, y habiéndose embarcado para España con una rica coleccion de manuscritos árabes, perdió su libertad y sus tesoros á la vista de Málaga, donde su nave fué apresada por otra cristiana; rescatado luego murió en Granada. Fueron tambien ilustres Mohamad Ben-Sandat, de Almería, poeta y académico; cautivado con su hijo por los cristianos, murió en la desgraciada condicion de esclavo: Nazar Abu Omar el Gafequi, jurisconsulto, é historiador, explicó derecho en Quesada donde fué cautivado por los cristianos en el año 1224 de J. C.; rescatado luego murió en Lorca: Zahui Alhamita, de Málaga, gran controvertista y defensor de la secta mahometana: Mohamad Ben-Alkamad, de Velez, doctor y poeta, autor de la obra titulada *La suficiente;* y por último, Ali Ben-Omar Alcabzani, de Baza, eminente poeta y jurisconsulto, explicó jurisprudencia en Granada y fué asesor de su tribunal. Florecieron á fines del siglo XIII y algunos años

De Granada

De Almería

De Quesada

De Málaga.

De Velez.

De Baza.

De Granada

del XIV Mohamad Ben-Jusef Abu Hayan, de Granada; fué el mas sobresaliente de los gramáticos de su tiempo y un jurisconsulto esclarecido; concluyó sus estudios en la academia de su patria; abatido y pobre partió al Cairo, donde vivió con decoro explicando retórica; comentó las obras canónicas del doctor Ben-Malec y el Coran, y compuso una gramática (nació este escritor, uno de los mas ilustres de su siglo, el año 652 de la heg. 1254 de J. C., murió en el Cairo año 745 de la heg. 1344 de J. C.): Mohamad Ben-Rubil, se hizo célebre en su tiempo por sus conocimientos en medicina, poesía y jurisprudencia; el rey Mohamad II hijo de Alhamar, cerciorado de su mérito y de sus curaciones maravillosas, le nombró médico de cámara. El murciano Abi Giafar Al Racuthi, famoso en aquel siglo, fué su maestro de física experimental, y el sevillano Abul Hacem Ben-Alsayeb de humanidades: era tal la filantropía de Ben-Rubil, que visitaba á los pobres no solo administrándoles sin retribucion los socorros del arte, sino dándoles limosna para aliviarlos en su indigencia: algunas observaciones hechas con ligereza ante los cortesanos sobre la causa ocasional de la muerte del rey, fueron orígen de una persecucion acerba; preguntado por algunos criados sobre el alimento que debia suministrarse al moribundo, respondió: «Vosotros le habeis acele«rado su muerte con nocivos manjares, tal vez de «acuerdo con el sucesor." Esta imprudencia le acarreó la prision, la pérdida de sus bienes, y el destierro de Granada por tres años: mitigado el enojo de sus perseguidores regresó á la corte y recobró sus bienes; publicó dos obras de medicina y botánica, una descripcion de Granada y una cronología de sus reyes (nació año 654 de la heg. 1256 de J. C., murió año 730 de la heg. 1329

J. C.) Mohamad Ben-Aliatim, de Almería, literato ilustre, explicó humanidades en Canjayar, y estimulado luego por el deseo de oir á los literatos árabes, viajó por la España, el África y el Asia; publicó un análisis de sus doctrinas y unas curiosas biografías. Omar Ben-Ali Alcanita, de Granada, literato y militar, concibió hastío del mundo, fundó un monasterio, y en él vivio dedicado á místicas contemplaciones; por resultado de ellas escribió un tratado de vida monástica, y algunas poesías religiosas. Abderraman Ben-Alakin, de Ronda: era éste un caballero ilustre y opulento; se hizo insigne por su piedad y por haber distribuido su hacienda á los pobres, y haberse apartado del comercio humano para entregarse al estudio y contemplacion. Mohamad Alsahali, malagueño, descendiente de familia ilustre; jóven fué un modelo de piedad y virtudes; en edad provecta un monstruo de disolucion y de impiedad, sus pasatiempos insanos no pudieron apartarle del cultivo de las ciencias, ni de la publicacion de muchas obras elocuentes y profundas. Mohamad Ben-Alarbi, nació en Alhama la Seca, y se hizo notable por su aplicacion, su modestia y la pureza de sus costumbres en los colegios de Almería y Granada: explicó tres años retórica en Ceuta, y de regreso á su patria enseñó jurisprudencia, y compuso varios tratados de esta materia. Abi Ben-Muza, de Alcalá la Real, viajó por África y Asia, escribió una historia natural y literaria; una biblioteca granadina, y una historia de anécdotas españolas. Mohamad Ben-Mohamad Ali Abdalá, de Velez, poeta y singular humanista, se hizo notable por una perseverancia tal en el estudio, que pasaba embebido en la lectura y escritura dias enteros: gastó muchas sumas en formar una biblioteca, con que

De Almería
De Granada
De Ronda.
De Málaga.
De Alhama la Seca junto á Almería.
De Alcalá la Real.
De Velez.

De Guadix. despues se formó una pública. Ali Ben-Alphan, de Guadix, jurisconsulto é historiador, fué gobernador de Almuñecar, escribió unos anales granadinos y un comentario al poema de la medicina de Avicena (Los ocho últimos florecieron á fines del siglo XIII y en los primeros años del XIV.)

Siglo XIV de J. C. VIII de la heg.

El siglo XIV los ingenios del país granadino, protegidos por reyes ilustrados, difundieron los conocimientos y multiplicaron los libros de historia, de teología, de jurisprudencia, de agricultura y artes: así lo prueban sus biografías y el catálogo de sus obras. Mohamad Ben-Cacin Kazragita, malagueño, humanista, médico y poeta elegante, se estableció en Fez, donde desempeñó destinos muy honrosos: era habilísimo en juegos de ajedrez y en caligrafía, pero de un carácter iracundo é insociable. Mohamad Ben-Abdalá Ben-Levi, de Almería, descendiente de ilustre familia; se educó en los colegios de Granada, y admiró por sus rápidos progresos; pasó al Cairo y perfeccionó sus estudios bajo la direccion de Ben-Hayan, el célebre literato ya referido; compuso varios poemas y entre otros uno muy elegante sobre las guerras de Granada: falleció en esta ciudad. Ali Alchesteri, nació en Schater junto á Guadix; ilustre por su piedad y doctrina, publicó una obra sobre la conducta y creencia de todo mahometano, otra de los indicios para la vocacion de la vida monástica, varias epístolas y poemas; viajó por Oriente, y murió en Damieta. Abdalá Alhamari, de Guadix, fué segun el historiador Abul Barrah un caballero tan docto como rico; desempeñó en Almería el cargo de recaudador de los tributos, se avecindó luego en Granada, y compuso diversos poemas en elogio de Mahoma. Mohamad Ben-Phatis, malagueño,

Escritores de Málaga.

De Almería

De Guadix.

De Málaga.

médico insigne y humanista; murió en Lorca. Mohamad Alansari, de Málaga, músico y poeta agudísimo, fué muy favorecido del rey de Granada por sus singulares prendas. Mohamad Ben-Kalaph el Caisita, de Almuñecar, médico afamado y poeta elegante; fué tal su acierto en el arte de curar, que el rey de Granada le nombró médico de cámara; compuso varios epigramas en elogio de algunos de sus compañeros, entre los cuales cita á Ben-Jarur, judío granadino, á Abi Zafar, sevillano, á Abul Hasbag, de Valencia, y á Abi Taleb Gabel, de Segura. Mohamad el Seguri nació en Segura, fué médico del rey de Granada, escribió varios tratados de medicina y física experimental y otro de los errores del médico. Iza Ben-Mohamad Abu Muza, nació en Loja, fué médico de los reyes Nazar y Abul Walid, y escribió una obra de medicina en varios tomos, titulada *Clave para conservar la salud*. Abdalá Ben-Said el Sanegui, escritor elegante, gobernador de Granada, Ronda y Málaga, escribió una obra jurídica con el título de *Via regia*. Mohamad Almarraschi, de Almería, jóven de gentil apostura y de genio extraordinario, además de la medicina que profesó con aprovechamiento singular, compuso un arte magna, en la cual aparecia en forma de árbol genealógico las diversas ramas de ciencias y artes, y las principales invenciones del espíritu humano. Mohamad Abi Bekre, de Almería, oriundo de Vera, desempeñó en Granada destinos importantes, y compuso dos poemas, uno en elogio del rey Abul Hagiz, y otro del regreso de un hermano suyo Abil Hacem de la peregrinacion á la Meca. Abdalá Ben-Abil Maged, de Archidona, notable por su ilustracion, fué alcaide de esta villa, y falleció en Granada. Mohamad Abi Amer, de Guadix, jurisconsulto, gramático

De Almuñecar.

De Segura.

De Loja.

De Granada

De Almería

De Archidona.

De Guadix.

y poeta, que compuso en gran poema en elogio del marino Abi Baher Alarphi por la victoria de Ceuta, en que derrotó á la escuadra cristiana. El
De Granada granadino Abdalá Ben-Salomon, poeta, jurisconsulto y gramático, autor de varias obras, murió
De Almería en el cerco de Tarifa. El insigne poeta y gramático Mohamad Ali Abdalá Albun, de Almería, favorecido de los reyes, que escribió las dos obras
De Málaga. *Delicias de los huertos* y *Collar de margaritas*. Mohamad Alkanani, malagueño, jurisconsulto, filósofo y muy perito en antigüedades arábigas, fué muy amigo de los cristianos y hablaba la lengua de ellos; dejó al colegio de Málaga su escogida biblioteca. Mohamad Alcatib, de Málaga, jurisconsulto y poeta, que murió de la peste que en aquel tiempo desoló á esta ciudad. Ali Ben-Hahi Alphasori, tambien de Málaga, poeta;
De Granada murió de la misma peste. Yahia Ben-Ahmad Ben-Hazil Abu Zacaris, noble granadino, descendiente de familia ilustre, poeta, orador, médico, filósofo, jurisconsulto y astrónomo, célebre por sus estudios; fué la mas útil de sus obras la de eleccion de medicamentos y crisis de las enfermedades, y algunas observaciones del médico perito;
De Almería murió paralítico en Granada. Mohamad Ben-Salvador, de Almería, gran marino é ilustre poeta; murió en Marruecos. Mohamad Ben-Abdalá Abu
De Granada Amrru Ben-Alhagiagi, granadino, de ilustre familia, orador, poeta, médico y matemático; desempeñó cargos importantes en Loja, Málaga, Almería, Hardales y Granada; fué por último enviado á Egipto y Tunez, donde fué recibido con
De Almería honor. Mohamad Giafar Albelbas, de Almería, alcaide de Marchena, gramático, médico y poeta; escribió un poema de teologia, otro de retórica y un tratado sobre la peste. Abdalá Reduu
De Málaga. Almahiri, de Málaga, secretario de los príncipes

de esta ciudad y ministro sobresaliente, dió reglamentos para la buena policía y gobierno de esta ciudad, y fué muy notable en las ciencias. (Todos los ingenios granadinos del siglo VIII de la hegira florecieron desde los últimos años del reinado de Mohamad III y primeros del de Nazar hasta los de Mohamad V.)

Estudios y noticia de algunos judíos.

Antes de dar complemento á este capítulo debemos fijar la atencion sobre los estudios y celebridad de algunos judíos de nuestro país en la edad media. *Rabinos españoles* empezaron en el siglo XI de J. C. á rivalizar con los árabes en trabajos de filosofía, de jurisprudencia, de medicina y á sobresalir en sus estudios favoritos del talmed y en investigaciones aéreas sobre magia y astrología.

Aunque los israelitas se hallaban establecidos en el país granadino desde los primeros siglos de la era vulgar, no cultivaron al parecer las ciencias ni las artes, ó si á ellas se dedicaron, el destino enemigo de tan humilde raza, ha destruido casi todos los testimonios de su sabiduría. El foco de la ilustracion hebrea no se extinguió con los reveses de la fortuna. Los reinos orientales y principalmente la Persia, conservaron como en depósito los libros y tesoros de la doctrina de aquel pueblo desgraciado, y la academia general establecida en Pombedita, extendió sus comunicaciones á todos los países donde eran tolerados los israelitas. Los judíos andaluces siguieron como satélites el mismo rumbo que los árabes y entablaron en el siglo X de J. C. activas relaciones con sus correligionarios del Oriente; es mas, habiendo llegado á Córdoba Rabi Moyses, célebre rabino de Persia, el año 948 de J. C., instituyó una academia que fué la heredera de la de Pombedita, cuyos gobernadores

proscribieron á los judíos y cerraron sus aulas. Los discípulos de la escuela cordobesa hicieron prosélitos en las ciudades y villas granadinas y estimularon á la juventud israelita á una constante aplicacion.

Este fué el orígen del aprecio que merecieron en Castilla y Leon y en las cortes de los moros los médicos y doctores judíos.

En el país granadino florecieron Rabi Salomon Ben-Gabirol, de Málaga (siglo XI de J. C.), poeta, teólogo, moralista y anticuario: Moyses Ben-Jehuda Ben-Thibon Marimon, de Granada (siglo XII de J. C.), filósofo, naturalista, gramático y comentador de Averroes; y Rabi Jacob Ben-Samson Antoli (siglo XIII de J. C.), filósofo, traductor de las tablas astronómicas de Alphragan, célebre matemático árabe, y de algunas obras de Aristóteles.

Tal era la ilustracion del pueblo granadino á quien han injuriado ciegos y apasionados cronistas, apellidándole bárbaro.



CAPÍTULO XV.

Guerras civiles de Granada.

Mohamad VII el Izquierdo.=Revolucion promovida por su primo Mohamad VIII el Zaquer.=Recupera el Izquierdo su trono y condena á muerte á su primo.=Intrigas y facciones en Granada. =Correría de D. Alvaro de Luna, campaña del rey D. Juan II de Castilla y batalla de Elvira=Es destronado segunda vez el Izquierdo=Jusef IV=Por su muerte es repuesto el Izquierdo tercera vez en el trono de Granada=Le declaran guerra sus sobrinos Aben Osmin y Aben Ismael.=Campañas.=Aben Osmin es declarado rey.=Su carácter, sus crímenes, asesinato de los Abencerrajes y fin de su reinado.

Décimocuarto rey Mohamad VII. A. 1423 de J. C.

Con el fallecimiento de Jusef III, estalló en Granada la guerra civil con su inevitable serie de venganzas y de rivalidades implacables. Mohamad, el primogénito del gran rey, fué aclamado sucesor, con el sobre nombre de *Alhazari* ó el Izquierdo [1]. Este epíteto, debido á una imperfeccion comun, hirió vivamente la imaginacion de los moros, seducidos por inspiraciones proféticas. «El rey Izquierdo, decian, tiene indeleble

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 29. Aunque casi todo el tomo III de la *Dominacion de los árabes*, por Conde, es una compilacion superficial y ligera de los cronistas castellanos, le citamos sin embargo por contener algunas especies curiosas sacadas de los dos M. S. sobre los reyes de Granada ; el

«asido en su mano el signo de la adversidad." Las vicisitudes de su fortuna, justificaron este vaticinio tristísimo. La esplendidez, la alegría del tiempo de Jusef, convirtiéronse en mezquindad y hastío desde el momento en que Mohamad empuñó las riendas del gobierno. Sepultado en su harem, ni atendia á las necesidades de la administracion, ni daba audiencia á los desvalidos. Sin justas, sin torneos, sin corridas de caballos, se devoraba de impaciencia la altiva juventud de Granada. Una política humilde y vergonzosa invertia los tesoros acumulados con el sudor del pueblo, en rendir exorbitantes parias al rey castellano y en comprar la amistad del sultan de Tunez, Aben Farix; y para que el nuevo rey mereciera por todos conceptos el dictado de *siniestro*, buscó el apoyo de un solo partido; síntoma infalible de la corrupcion ó debilidad de un gobierno. Jusef, caudillo de la tribu Abencerraje, obtuvo la privanza absoluta; y sus parientes y amigos colmados de riquezas y de honores, excitaron la emulacion de otras tribus esclarecidas. Por toda la monarquía cundió la insubordinacion, y la guerra civil estalló en breve.

Aciaga campaña de los moros hácia Antequera.

Los capitanes de la frontera, indóciles y poco propicios á la paz, quebrantaron las treguas, y á despecho de Mohamad reiteraron sus funestas correrías. Las memorias y manuscritos de Antequera, nos dicen que hácia estos dias el moro Ali bloqueó y asaltó la misma cindad, con un ejérci-

---

uno por Pulgar y el otro por Hernando de Baeza. «Sucedióle Muley Mahamete el Azeri su hijo........ y los cristianos llamáronle el Izquierdo porque en efecto lo era:" Mármol, *Descripc. de Afr.*, lib. 2, cap. 38.

to numeroso y fué víctima de su arrojo. Helim Zulema juró vengar la muerte de su bravo compañero, y abrasó con 1.500 caballos y 5C infantes los campos de Écija, Osuna y Estepa. Rodrigo de Narvaez salió de Antequera, se emboscó con un puñado de valientes hácia la Peña de los Enamorados, y cayendo de improviso sobre el enemigo y su estorbosa cabalgada, les arrebató la presa y acuchilló á los moros ante las puertas de Archidona[1].

A. 1424 de J. C. 1.º de mayo.

---

[1] El paraje donde fueron derrotados los moros se distingue por los antequeranos con el nombre de *Torre de la Matanza,* y hoy dia se encuentran espuelas, estribos, armas y otros vestigios notables. El vulgo suele llamar á esta accion *la batalla de los cuernos,* porque se dice que el alcaide Rodrigo de Narvaez elevó una hoguera en la Peña de los Enamorados y quemó cuernos y pieles, con cuyo olor las vacas y otros animales de la cabalgada se espantaron desordenando las filas moriscas.

El ayuntamiento de Antequera celebra aun el aniversario de esta batalla con una solemne funcion de iglesia en la colegial, y tremola el pendon bajo el cual combatieron los cristianos, que es el mismo que entregó el infante al alférez Chacon cuando fué conquistada la ciudad.

Entre las curiosidades notables relativas á Antequera merece citarse la poesía que compuso Juan Galindo, soldado ginete en esta batalla de la Torre de la Matanza, en elogio de su capitan Rodrigo de Narvaez y demás compañeros: es anterior á las poesías del marqués de Santillana, de Juan de Mena y de los poetas menores del *Cancionero de Baena.*

Dice así la primera copla:

« Catorce años ha que aquí estamos
sirviendo á Dios y al rey D. Juan,
sufriendo lacería e muy grand afan;
empero al fin grande honra ganamos
de los enemigos; que siempre llevamos
gran mejoría fasta de presente;
del meridiante fasta el occidente
suena la fama que todos ganamos. ''

Prosigue el poeta en el mismo metro lamentando los es-

Conjuracion

Los ofendidos de Granada tramaron entre tanto una vasta conjuracion. Turbas sediciosas invadieron en tropel los salones de la Alhambra, proclamando rey al príncipe Mohamad el Zaguer[1], y escudriñando todos los departamentos en busca de Mohamad Alhazari. Algunos negros leales defendieron la entrada de una sala, y dieron tiempo á que el rey escalase la tapia de un jardin y escapara del alcance de los asesinos. Disfrazado de aldeano ganó la costa: aquí se fingió pescador, fletó una barca, y obtuvo generosa hospitalidad de su amigo el rey de Tunez Aben Farix[2].

Décimoquinto rey Mohamad VIII el Zaguer.

Mohamad el Zaguer (el chico ó el jóven) y su faccion celebraron el triunfo con zambras populares, con torneos y justas: el monarca mismo,

---

tragos de los moros y elogiando la perseverancia y valor de los adalides antequeranos, y despues de declarar los propósitos de todos ellos de pelear con ardimiento, añade:

«Alzé los ojos en arrededor,
y muchos fidalgos que allí estaban
de las bocas suyas muy bien razonaban
diciéndole así: — Alcaide, señor,
todos queremos por el vuestro amor
morir en el campo de muy buen talante,
aunque viniese el moro Alicante
con todas las huestes del rey Almanzor.— ”
Cop. 17.

En este mismo año de 1424 en 20 de noviembre falleció Rodrigo de Narvaez, y fué enterrado en su capilla en la iglesia del Salvador. Sucedió en la alcaidía su hijo Pedro, y á este su hermano Hernando como mas adelante veremos.

1 Mohamad el Zaguer era primo hermano del Izquierdo, hijo de Mohamad VI, á quien llaman nuestros historiadores Aben Balba: algunos cronistas suelen nombrar con este mismo título al Zaguer.

2 Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 29. *Crón. de D. Juan II*, año 28, cap. 109. Mármol, *Descrip. de Afr.*, lib. 2, cap. 38.

preciado de gentil caballero, capitaneó una de las cuadrillas, y arrancó reiterados aplausos por su ligereza en acometer, su agilidad en esquivar el golpe y su acierto en el manejo de un caballo indócil. Para granjearse el ánimo de sus grandes y cortesanos les invitó á saraos y banquetes en la Alhambra, les regaló alhajas de gran precio y discurrió sutiles invenciones para comprometerles y ligarles á su destino. Tales pasatiempos y los favores prodigados á las tribus vencedoras, fueron agravios que acabaron de encender el rencor de los Abencerrajes. Granada se convirtió en una mansion de tormento para Jusef, caudillo de esta nobilísima familia, y para sus principales caballeros. Resueltos á no tolerar por mas tiempo desdenes ni insultos, desaparecieron una noche, y á marchas dobles se presentaron ante los muros de Lorca pidiendo hospitalidad. Era regidor de esta ciudad Lope Alonso, amigo de los proscriptos é intérprete de lengua árabe; solícito el cristiano, les abrió las puertas, les proporcionó cómodos alojamientos y les consoló con la esperanza de que el rey de Castilla tomaria interés por el Izquierdo. Los nobles Abencerrajes pasaron á Illescas, besaron la mano del rey [1], y refiriéndole los motivos de su emigracion lograron interesarle favorablemente. Como la dignidad del monarca de Castilla no permitia auxiliar con oscuras intrigas al partido que trabajaba en pro de un rey injustamente desposeido, D. Juan

A. 1427 de J. C.

Huida de los Abencerrajes.

A. 1428 de J. C. noviembre.

[1] Fernan Perez de Guzman, autor de la *Crónica de D. Juan II*, refiere con toda puntualidad los acontecimientos de Granada: el testimonio de aquel cronista es tanto mas fidedigno, como que fué contemporáneo y estuvo iniciado en las intrigas diplomáticas contra los moros.

Negociaciones con el rey de Castilla y con el de Tunez

declaró guerra abierta al Zaguer. Para obtener el beneplácito de Mohamad, Jusef y Lope Alonso pasaron á Tunez, hallaron resuelto al rey destronado, y propicio además á Aben Farix. Este sultan no solo se brindó á suministrar dinero, gente y armas, sino que remitió para D. Juan ricas telas, finísimas espadas, jaeces y una coleccion de hermosos leones domesticados como perros[1]. Embarcose Mohamad Alhazari en Oran con su hueste africana, desembarcó en Vera y pasó sin dilacion á Almería[2]: reconocido como rey en las dos ciudades y en los pueblos de su comarca, difundió proclamas y alentó á muchos de sus abatidos partidarios.

Recupera el trono Mohamad el Izquierdo y mata al Zaguer.
A. 1429 de J. C. febrero.

El rey Zaguer, triste y sobresaltado en la Alhambra, envió 700 caballos á las órdenes de su hermano para evitar la proximidad del rey Izquierdo. En la primera jornada se desertaron casi todos los soldados granadinos, y reforzaron el campamento de Almería. El principe se replegó antes que el resto de su division desapareciera del todo, con cuyo movimiento se adelantó el Izquierdo y ocupó á Guadix sin derramar una gota de sangre. En esta ciudad entraban á cada momento caballeros de Granada huyendo de la persecucion, y aseguraban que la vista de la primera banderola bastaria para alentar al pueblo oprimido y ansioso de sacudir el yugo. Mohamad, aunque desconfiaba de la decision y entusiasmo con que los fugitivos pintaban poseida á la muchedumbre, resolvió avanzar. El rey Zaguer, fortificado en la Alhambra, no tardó en di-

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 29.
[2] Mármol, *Descrip. de Afr.*, lib. 2, cap. 38.

visar los pendones de su enemigo por la explanada de los cerros que dominan al Albaicin: vió luego á las huestes de su adversario extenderse por el collado de los Almendros, entrar sin oposicion en la Alcazaba y tremolar banderas en sus torres. Las aclamaciones en que prorumpieron los vecinos de aquellos barrios al ver triunfante á su legítimo rey, lastimaron luego sus oidos; y para colmo de amargura, una flecha disparada desde la colina de la Alcazaba trasmitió á la Alhambra el parte del levantamiento de Málaga, Gibraltar y Ronda á favor del Izquierdo [1]. Los defensores del usurpador, amenazados de muerte y persuadidos de la inutilidad de sus esfuerzos, captaron la benevolencia del enemigo abriendo las puertas de la fortaleza y entregando al príncipe rebelde y á su familia. El hijo de Jusef ocupó el alcázar de donde le habia lanzado antes la revolucion, inmoló en el mismo dia á su rival aborrecido y sepultó en calabozos sombríos á sus hijos y hermanos[2]. Los Abencerrajes recobraron su posicion á despecho de las tribus hostiles, y enviaron á Abdilvar, bravo y discreto caballero, á dar las gracias al rey D. Juan por los auxilios suministrados.

No eran estos hijos de la generosidad ni del desinterés. D. Luis Gonzalez de Luna, veinticuatro de Córdoba, vino á Granada con instrucciones secretas, para cerciorarse de las fuerzas con que contaba Mohamad y del estado de los

Miras hostiles de la corte castellana.
A. 1430 de J. C.

[1] *Crón. de D. Juan*, año 28, cap. 109.

[2] «Los soldados mismos entregaron á su rey, que luego fué descabezado y sus hijos puestos en rigorosa prision.'' Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 29.

ánimos en la corte, y solicitar las parias atrasadas, el pago de las doblas consumidas en la campaña y la libertad de todos los cristianos cautivos en su reino[1]. Negó Mohamad tan exorbitante peticion y mediaron amargas recriminaciones. Lope Alonso de Lorca recibió comision de D. Juan para pasar á Tunez, y manifestar á Aben Farix la ingratitud del Izquierdo y los motivos que asistian en Castilla para hostilizarle. El sultan africano contestó con desabrimiento á D. Lope, y declaró sin rebozo que favoreceria á su amigo el monarca de Granada. El interés y la honra del rey D. Juan reclamaban en este caso perentoria guerra: la trompeta despertó los inveterados odios de los fronteros, y los campeones comenzaron al punto sus correrías. Diego de Rivera, adelantado mayor de Jaen, D. Gonzalo de Stúñiga, obispo de esta ciudad, D. Egas Venegas, señor de Luque, Juan Rodriguez de Rojas, señor de Posa, reforzados con algunos aventureros y con los pendones de Jaen, Úbeda y Andujar, atravesaron á sangre y fuego la vega de Granada, se abrigaron en los montes de Colomera, y emboscados en unas espesuras destrozaron un escuadron de guardias Abencerrajes[2]. Menos afortunados Fernan Álvarez, señor de Valcorneja, capitan de la gente de Écija, y Pedro de Narvaez, hijo de Rodrigo y su sucesor en la alcaidía de Antequera, entraron por tierra de Ronda, saquearon á Igualeja, con muerte de 20 ginetes árabes y 80 peones, y se corrieron hácia los cam-

Correrías. Agosto.

[1] *Crón. de D. Juan*, año 30, cap. 175 y 183.
[2] *Crón. de D. Juan;* año 30, cap. 186. Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 30.

pos de Málaga. El rey Izquierdo habia dirigido á la sazon fuerzas considerables hácia Antequera á las órdenes de los caballeros Abencerrajes Abdilvar y Jarife, con ánimo de apoderarse de la plaza por traidoras connivencias con algunos vecinos [1]. El alcaide Narvaez regresaba con gran cabalgada por el camino de Riogordo, y fué acometido por una repentina carga de moros emboscados. El hijo de Rodrigo habia jurado corresponder al linaje y fama de su padre, no volviendo jamás la espalda al agareno, y aunque vió huir á sus peones y quedó con la escasa fuerza de 150 escuderos (en proporcion los moros 20 para uno), mandó hacer alto, cargó furioso, y peleó hasta ver tendidos sin vida á 100 de sus bravos ginetes. Abrumados por el número los 50 restantes, huyeron en desórden; pero Narvaez en vez de imitarlos se precipitó frenético en las filas enemigas y recibió la muerte. El cadáver se encontró á los siguientes dias horriblemente mutilado de la cabeza y brazo derecho: repugnante trofeo que llevaron dos moros colgado de sus arzones[2].

Muerte del alcaide de Antequera.

---

[1] Hay dudas sobre el año en que ocurrió la desgracia. Los manuscritos de Antequera están inciertos, y aunque citan una real cédula y fundan en ella conjeturas, no ofrecen una prueba inequívoca y convincente. Argote de Molina esclarece las dudas con su admirable erudicion genealógica (lib. 2, cap. 183). La *Crón. de D. Juan* (año 30, cap. 187) refiere la desgraciada correría que hizo en este año Pedro de Narvaez, y aunque no dice que muriese este bravo campeon, insinúa que padecieron mucho los cristianos. Creemos, con Argote, que en esta correría fué la catástrofe que los manuscritos de Antequera fijan con incertidumbre años despues. Véase á Juan de Mena, *Lab.*, cop. 196.

[2] Yegros, *Hist. de la antig. de Anteq.*, M. S. cap. 25. Véase tambien la reciente de D. Cristóbal Fernandez.

Es sorprendido el adelantado de Cazorla. A. 1431 de J. C. 2 de marzo.

No fueron mas felices el adelantado de Cazorla Rodrigo de Perea, ni Diego Salido, alcaide de Quesada, en una entrada que hicieron con 300 caballos y 1.000 peones: ansiosos de robar las aldeas cercanas á aquella sierra y engreidos con su feliz empresa junto á Colomera, se dejaron sorprender en el paraje llamado el Vado de las Carretas. El adelantado mismo marchitó sus laureles y dió un ejemplo vergonzoso saltando en una haca que vió á mano sin bridas, y corriendo desatentado por los montes. De sus compañeros quedaron alanceados unos, cautivos otros, ocultos muy pocos en los matorrales y hendiduras[1]. Tan lamentable descalabro cubrió de luto á muchas familias y alentó á los moros de la comarca de Cazorla. Vengaron este desastre el mariscal Pedro García de Herrera, capitan de Jaen, Juan Carrillo de Hormasa, el escudero Juan Rodriguez de Borgoña y Juan Viudo el Adalid: cada vez que recorrian estos hidalgos los términos de la frontera y columbraban la bandera árabe en los muros del castillo de Jimena, se sentian arrebatados de indignacion: resueltos á lanzar aquel padron de ignominia para la comarca, reunieron 500 ginetes, salieron de Jaen una noche borrascosa, y dejando sus caballos á cargo de los escuderos en inmediatos encinares, se acercaron á paso lento y respirando apenas para no ser sentidos. Los encargados del asalto habian ya afianzado una escala á la torre del Homenaje, cuando el chasquido de las armaduras despertó al vigía y le hizo prorumpir en voces y poner sobre

Toma satisfaccion el mariscal García de Herrera conquistando á Jimena.

---

[1] *Crón. de D. Juan,* año 31, cap. 199. Argote (lib. 2, cap. 215) fija con exactitud el dia de la desgracia.

las armas á toda la guarnicion. Desatentado el alcaide moro y confundido en medio de las tinieblas, ni sabia cuál era el punto amenazado, ni comunicaba órdenes, ni aun cuando así lo hubiese hecho habria sido escuchado con el bramido de la tormenta. Los cristianos aprovecharon los instantes de confusion para violentar las puertas y entrar á degüello, tocando trompetas y prorumpiendo en confuso vocerío con objeto de acobardar al enemigo. Aterrados los soldados de guarnicion y los vecinos, cedieron sus hogares á los caballeros castellanos y se consideraron muy dichosos en salvar las vidas y en obtener permiso para emigrar á Granada. Los vencedores se enriquecieron con gran despojo de joyas, dinero y utensilios de casas[1].

Tales asaltos y cabalgadas eran hechos de armas singulares y hazañas de los aventureros fronterizos ejecutados en un dia, y no empresas formales dirigidas por el gobierno de Castilla. Vaciló algunos años el trono de D. Juan con las guerras que engendraron su minoría, la ambicion de los grandes y la privanza de D. Álvaro de Luna. Afirmado este en el poder con el abatimiento de sus muchos rivales, obtuvo las mas altas mercedes y la mano de la primera dama de Castilla. Condestable, gran maestre de Santiago y esposo de D.ª Juana Pimentel, tenia satisfechos los estímulos de la ambicion, y solo aspiraba á ceñir sus sienes con el laurel de la victoria. Aunque D. Álvaro habia probado su valor en bandos civiles, conocia que una campaña y un desafío hecho con

Privanza y altivez de D. Alvaro de Luna.

[1] *Crón. de D. Juan,* año 31, cap. 200. El Bachiller de Cibdad Real, *Centon epist.* 49.

su gente á todo el poder del rey de Granada proporcionaba gloria mas pura. Con este propósito pidió licencia á D. Juan, vino á Córdoba con un ejército de criados y vasallos, y convocó á las aguerridas huestes de la frontera y á la flor de la nobleza andaluza: fuerte con 50.000 peones y 30.000 caballos, entró en el territorio moro por la parte de Alhendin y Alcalá la Real. El campamento, extendido en la altura que llaman Cabeza del Carnero, se desordenó en la primera noche con las inclemencias del cielo: furiosos torbellinos de agua y viento azotaban y arrecían á los soldados, á los caballos y bagajeros, y remontaban entre las nubes las telas y mástiles de las tiendas[1]. Aguardábase con ansia la venida de la aurora, en la confianza de que el astro del dia mitigase la rabia de los elementos. D. Álvaro impaciente pidió un caballo á media noche, recorrió las estancias y dió á los capitanes las instrucciones necesarias para ordenar sus haces. No bien amaneció, despejóse el cielo, y rompieron marcha las legiones castellanas. D. Juan Ramirez de Guzman, comendador mayor de Calatrava, y D. Alfonso de Córdoba, alcaide de los Donceles, ostentaban á vanguardia sus gallardas estaturas y

Correría por la vega de Granada A. 1431 de J. C.

Orden y marcha de las divisiones.

---

[1] D. Alvaro, que ya habia ascendido á la cumbre del poder, logró con su enlace las dulzuras de la felicidad doméstica. Desde su época comienza en Castilla una era de ilustracion y buen gusto, abundan las memorias históricas en prosa y verso, y el escritor entra en un campo que convida con mies abundante. Nos han suministrado noticias Fernan Perez de Guzman (*Crón. de D. Juan* y *Generaciones y semblanzas*), el autor de la *Crónica del condestable D. Alvaro*, publicada por D. José Miguel Flores, el Bachiller de Cibdad Real (*Centon espistolario*), y Pulgar (*Claros varones*, en sus *Letras*).

sus petos bruñidos, como capitanes de una bizarra hueste de cruzados de la Órden, de aventureros é hidalgos. El condestable mismo guiaba las líneas del centro, donde brillaban otros caballelleros ricamente ataviados con armaduras de hierro y con labradas adargas. El mariscal Diego Fernandez de Córdoba cerraba la retaguardia al frente de algunas compañías veteranas, compuestas de adalides encanecidos en la guerra y cubiertos de cicatrices. Tanto el caudillo como los guerreros de esta division vestian armaduras sencillas, abolladas con la masa y la lanza del enemigo ó picadas con las lluvias y los aires. Burlábase esta gente dura de los bordados y atavíos de seda, como de gala pueril, inútil y propia para acostumbrar el cuerpo á la molicie. En tal órden entró la hueste por los campos de Íllora y provocó á los moros de esta villa, que aparecieron envueltos en sus albornoces y asomados á las torres y azoteas: mieses, olivares, cortijos, chozas, todo desapareció en torno de aquella poblacion[1]. Los batidores coronaron en seguida las cumbres de Parapanda, y quedaron pasmados al divisar los verjeles de la extendida vega, los lugares y caseríos que ofrecian tan exquisito cebo á su codicia. D. Álvaro no incurrió en el desacierto de bajar á la llanura, terreno favorable á la caballería granadina, ni en el de extender sus líneas. Mandó que el ejército prosiguiese al abrigo de la montaña, y dió la voz de alto en las vertientes de Sierra Élvira á vista de Granada, en un espeso bosque de olivos y encinas, hoy llamado el Chaparral de Cartuja [2]. La feraz campiña habia

Campamento.

[1] *Crón. del condest. D. Alv.*, tít. 34.

[2] «Entró el condestable con su hueste bien ordenada en

quedado desierta: ni aldeanos, ni ganaderos, ni leñadores; todos se habian encerrado en la ciudad, huyendo del cautiverio y de la muerte. La soldadesca penetraba impunemente en los hogares abandonados por sus laboriosas y tímidas familias y cargaba el botin á su placer.

Estrago en el campo de Granada.

Extrañaban los jefes castellanos la innacion de los granadinos, preciados de valientes y reconocidos como tales por no haber esquivado nunca la pelea. Los gastadores, apoyados por mil caballeros á la gineta, llegaron cerca de Granada y abrasaron algunos cármenes de Aynadamar, sin que los goznes de la puerta de Elvira rechinaran para dar paso á los lanceros árabes. Los pendones castellanos se pusieron en movimiento y llevaron la devastacion por las floridas márgenes del Genil. Columnas de humo oscurecieron el cielo de la vega é indicaron á los granadinos el incendio de los verjeles del Soto de Roma, retiro de los reyes moros, fundado segun las tradiciones árabes por el conde D. Julian, para divertir á su Florinda desventurada[1]. Como el extrago no estimulase á los agarenos para aceptar el combate, D. Álvaro mismo mandó al rey Izquierdo, por medio de un faraute, cartel de desafío, diciéndole que en aquel campo le aguar-

Desafío.

---

la vega de Granada, e fué a sentar con ella en el Chaparral de Illora encima del rio Genil, dos leguas pequeñas de la cibdad de Granada." *Crón. del condest.*, tít. 35. Aun conserva el nombre de *chaparral* un espeso bosque de encinas y olivos á la falda de Sierra Elvira.

[1] Son curiosas para los granadinos las noticias locales de las *Crónicas de D. Juan* y de *D. Alvaro*. «Quemaron y talaron algunos lugares y hasta veinte alquerías muy buenas que estan en la vega entre el rio Guadagenil y Granada, y entre aquellas quemaron una casa muy buena que era del rey de

daba con parte de la caballería de su señor el rey de Castilla, y que le pedia por merced saliera á verse con su persona de caballero á caballero [1]. Mientras volvia la respuesta movióse el ejército hácia la izquierda, saqueó á Escuzar y atacó á Tajarja. Ya aquí se derramó sangre: tenia esta poblacion un castillo fortísimo encomendado siempre á un alcaide de fama, como punto que facilitaba las comunicaciones de Granada con Alhama, con Velez y con otros lugares de la costa. Á la intimacion de rendirse contestaron los defensores con risas de desprecio. Irritado el condestable mandó pasar á cuchillo á los vecinos que habian tenido la desgracia de quedar cautivos, y abrasó sus hogares: en seguida avanzaron á escalar el muro algunos tercios de infantería, pero los pocos soldados que no cubrieron con sus cadáveres el campo, se alejaron del alcance de las flechas disparadas como lluvia espesa desde las saeteras y barbacanas[2]. Vista la imposibilidad de rendir aquella fortaleza sin mayores pertrechos y sin artillería, detúvose D. Álvaro un dia á la vista del castillo esperando la respuesta del cartel. Contestó el rey moro que no se digna-

Infructuoso ataque de Tajarja.

Granada." *Crón. de D. Juan,* año 30, cap. 204. Esta casa era el palacio del Soto de Roma. La *Crón. del condest.,* tít. 35, dice tambien: «Entre aquellas alcarias fué quemada una notable casa del rey de Granada que se llama Alachar, y otra que se llamaba Cijuela.......... otra que se llamaba Roma e otra que se llamaba Ansola." Estas aldeas, reedificadas despues, conservan hoy con leve variacion los mismos nombres.

[1] *Crón. del condest.*, tít. 35. Sobre este y otros hechos caballerescos puede consultarse la *Apología de D. Alvaro* que inserta Salazar de Mendoza en su *Crónica del Gran Cardenal,* cap. 20.

[2] *Crón. del condest.,* tít. 35.

ba salir, porque el condestable y sus caballeros no tardarian en aceptar combate en tierra de Castilla, á donde irian á vengarse los hijos de Granada[1]. D. Álvaro, al leer esta respuesta arrogante pero evasiva, se volvió Genil abajo, taló las huertas de Loja, incendió el Salar, acuchilló algunos adalides moros que salieron á trabar escaramuzas, y acampó en las selvas del Cantaril. Al dia siguiente estragó sin oposicion los contornos de Archidona, destruyó atalayas, arruinó molinos y pernoctó en la colina con que remata la vega de la misma villa y que es llamada desde entonces la Dehesa del Condestable[2]. Bajó hácia Antequera en busca de provisiones que ya escaseaban y con propósito de rehacer la gente, de darle algun respiro y de entrar con nuevo brio destruyendo en los campos de Málaga; pero la insubordinacion de la infantería que se pronunció en abierta rebelion recogiendo banderas y rehusando hacer otra jornada si no se le suministraban raciones abundantes, trastornó sus planes. Un castigo ejemplar, el degüello de los principales sediciosos, restableció la disciplina; mas la empresa no pudo realizarse, por la aguda enfermedad que puso al caudillo al borde del sepulcro, y por los grandes aprestos que se hacian en Córdoba para la nueva entrada que habia de dirigir el rey en persona: se contaba con el auxilio de los que

Retirada devastadora.

Sedicion de la tropa en Antequera.

---

1 Así dice la respuesta del moro en la *Crón. del condest.*: «Que como quiera que por entonces non saliese a ver a él e a sus caballeros, que él prestamente seria a tiempo en que pudiera salir a ver e fallar con ellos.''

2 Aun conserva la denominacion de *Dehesa del Condestable* un collado que separa las dos vegas de Archidona y Antequera, muy cercano á la Peña de los Enamorados.

habian explorado el teatro de la guerra, y en cierto modo allanado el camino: con estas novedades pasó D. Álvaro á Écija.

Consejo en Córdoba.

Encontrados eran los pareceres de los caballeros convocados en Córdoba: presidia el rey sus asambleas [1] y oia las inspiraciones de la discrecion de los unos y del ardimiento de los otros.

Opiniones.

«Cabalguemos, decian los jóvenes; extiéndase «nuestra caballería por las campiñas que la in«dustria del infiel ha cubierto de mieses, de hor«talizas y plantíos; desaparezca todo á sangre y «fuego, y desesperados y hambrientos tendrán «que implorar misericordia los orgullosos guer«reros de Granada." «Conviene, decia gente me«nos fogosa, preparar trenes y baterías, poner á «Málaga en estrecho asedio, y engrandecer la «corona de Castilla con la primera ciudad ma«rítima del reino enemigo, asilo de piratas y puer«to franco por donde el África surte á Granada «de reclutas bárbaros." Querian los caballeros de Calatrava y los campeones de D. Álvaro regresar á la vega, fijar los pendones castellanos en los umbrales de la puerta de Elvira, y no desistir en las provocaciones y retos, hasta que el rey pagano saliese con su caballería á realizar el desafío concertado. Puso término á las discusiones y á la incertidumbre el voto de un moro considerado digno de asistir á las deliberaciones del consejo. Vínculos estrechos de linaje y de habla unian á algunos miembros de la asamblea con el caballero mahometano, como que era nada menos que D. Pedro Venegas el Tornadizo, hijo de D. Egas, señor de Luque [2]. Un nobilísimo guer-

D. Pedro Venegas.

---

[1] *Crón. de D. Juan,* año 30, cap. 205.

[2] La *Crón. de D. Juan,* año 31, cap. 205, hace mencion

rero de Granada cautivó á D. Pedro á la edad de 8 años; le educó con el esmero de un padre, y le hizo olvidar la religion de sus mayores, imprimiendo en su corazon como en blanda cera las creencias del Corán y el apego á la ley muslímica. El inocente cautivo no pudo descorrer á la edad de la razon el velo que le ofuscaba, porque el amor le cegó con su venda, y su padre adoptivo fomentó su pasion para tenerle aprisionado en redes sutiles.

Historia de este personaje: su casamiento con una princesa mora.

Descollaba en uno de los mejores barrios de Granada un palacio, al parecer encantado: largos corredores á manera de laberinto, jardines, maceteros y estanques conducian á templetes calados y á salones de estuco y oro. En este alcázar misterioso moraba una princesa, rodeada de una servidumbre de dueñas y de esclavas solí-

---

de este personaje: D. Luis Salazar y Castro, y el P. Ruano autor de la *Historia de la casa de Cabrera en Córdoba*, ilustran cumplidamente su linaje y refieren sus aventuras. Escribiendo Salazar la vida de D. Gomez Manrique, que estuvo cautivo en Granada siendo muchacho, aprendió el árabe y experimentó durante su cautiverio muchos lances novelescos, cita para comprobar que eran muy frecuentes tales sucesos, el de D. Pedro Venegas, y dice: «En una entrada que los moros hicieron en el reino de Córdoba, cautivaron á Pedro Venegas, tercero hijo de los Sres. de Luque, á los ocho años de su edad, al cual criaron en su ley, y le llamaron el Tornadizo, que en arábigo suena Gilayre.'' *Hist. geneal. de la casa de Lara*, lib. 5, cap. 12.

En la *Historia de la casa de Cabrera*, lib. 3, cap. 2, se explica con mayor extension la genealogía del mismo personaje. D. Egas, tercer señor del estado de Luque, se halló en la conquista de Antequera, y fué uno de los caballeros á quienes encomendó el rey D. Juan la prision del gran condestable Rui Lopez Dávalos; casó en primeras nupcias con D.ª Urraca Mendez Sotomayor, hija del señor del Carpio, de la cual tuvo varios hijos, y por muerte de esta señora contrajo segundo matrimonio con D.ª Mencía de Quesada, hija

citas en satisfacer sus caprichos, y escogidas para velarla como un tesoro, y servirla de salvaguardia contra el desacato de algun malsin ó caballero desesperado[1]. Para dar á conocer la alteza de su linaje, baste decir que descendia del mismo Marsilio, wali de rey Abderraman el Grande, señor de Zaragoza y vencedor de Carlomagno y de sus francos orgullosos[2]. Era tambien del número de sus mayores Aben-Hud Almotuakel, llamado el Caballero, el Liberal, el Justo, el que midió sus armas con las de S. Fernando y Alhamar, y que tal vez habria retardado la decadencia del imperio muslímico, si el villano alcaide de Almería no hubiese cortado con el hilo de su vida una carrera de gloria[3]: y contaba por abuelo ma-

---

de D. Pedro, señor de Garciez, en quien tuvo á D. Pedro Venegas el cautivo y á tres hijas, D.ª Juana, D.ª Mencía y D.ª Constanza. Hemos consultado además un M. S. existente en poder de los Sres. Pinedas, de esta ciudad de Granada, en el cual se insertan varios testimonios relativos á la genealogía de los Sres. de Luque y sacados de sus archivos: con ellos se justifica mas y mas el suceso del cautivo.

[1] La casa de esta princesa se conserva aun en Granada y es propia del mayorazgo de Campotejar, cuyo marqués, enlazado hoy con familias nobles de Italia, es descendiente de la misma dama: subsiste con elevada planta en la calle de la Cárcel Baja, frente al convento de las monjas del Angel, y se llama todavia la *casa de los Príncipes* ó *los Infantes*. Aunque muy cercenada, pues de su fondo y de sus jardines se han formado un horno y otras casas, da indicios de su antigua magnificencia.

[2] Abdel Melic Ben-Omar, ó séase Marsilio, de quien ya hemos hablado en el período de la dinastía Omíada, es el personaje notable de quien descendian Aben-Hud y los infantes de Almería.

[3] Aben Hud Almotuakel (Aladel el Justo), asesinado á traicion, descendia por línea recta del emir Marsilio: continuó su línea en los infantes de Almería, de quienes descienden los actuales marqueses de Campotejar y otras casas nobles de Granada.

terno á Abu-Said Alhamar, ó séase el rey Bermejo, á quien D. Pedro el Cruel mató en Sevilla traidoramente. Era tal el recato de la doncella, que muy pocos habian columbrado el hechizo de su semblante. Señores de vasallos, alcaides célebres, príncipes de Fez, vinieron á Granada atraidos por la fama de la misteriosa beldad y rompieron lanzas en Bib-Rambla sin vencer sus desdenes. Tal hermosura era el tesoro guardado para un caballero de extraña tierra. El jóven Venegas, cautivo por el padre de esta dama, fué adoptado como hijo, y ratificó su título recibiendo por esposa á la tierna Cetimerien[1], que este era su nombre: un amor romanesco enlazó al noble hijo de los señores de Luque con la hermosa princesa que contaba por abuelos á los emires Coraixitas. El mancebo halló la felicidad en el seno del cautiverio, y olvidó á sus padres, á su patria y á su linaje. Los nietos de Aben-Hud y Abu-Said abrigaban hereditarias enemistades con la

---

[1] Cetimerien era hija del caballero Jahie Abrahem Alnayar y hermana del príncipe Jusef Aben Alhamar ó Aben Almao, como le llaman las crónicas castellanas.

Ya que hemos hablado del linaje de D. Pedro Venegas, será oportuno esclarecer el de la princesa mora que mereció su cariño y su mano. Descendia del rey Aben Hud Almotuakel, cuyo retrato, tenido vulgarmente por el del rey Chico por no haberse detenido en leer el letrero que tiene encima, ocupa el primer lugar en la galería de Generalife, de cuyo palacio son hoy dueños los marqueses de Campotejar sus nietos.=1.° Aben Hud fué padre de=2.° Aben Celim Abrahem Alnayar, que hizo cruda guerra al rey Mohamad Alhamar I, para vengar la muerte de su padre; y tuvo por hijo á=3.° Jusef Abi Abdalá Alnayar, que prosiguió guerra contra la casa de Granada, á la que consideraba usurpadora; y tuvo por hijo á=4.° Yahia Abulcacim Aben Nayar, que se sostuvo independiente en Almería y fué uno de los conjurados contra Abul Walid Ismael: tuvo cuatro hijos: los tres Cad,

rama apoderada del trono de Granada, habian sido los principales agentes del Zaguer y detestaban al Izquierdo. Desatendidos en la corte acechaban la ocasion de vengarse, y no tuvieron reparo en adoptar un medio semejante al que sirvió en iguales circunstancias al monarca *Siniestro*, al auxilio del rey de Castilla. Jusef, hermano de Cetimerien, era el candidato en quien cifraban sus esperanzas los partidarios del infeliz Zaguer. D. Pedro Venegas, como caballero, como amante y como esposo, cumplia un deber en adherirse á los planes de su familia adoptiva y cooperar al empeño de poner á su cuñado en el trono de los Alhamares. Con tal conviccion aceptó el encargo de presentarse en Córdoba é invitar al rey D. Juan á una entrada con todo

---

Almudafar y Aben Celim perecieron con gloria en la batalla de Alicun de Ortega, y el cuarto, que continuó la línea fué llamado = 5.º Jusef Aben-Hud Alnayar, alcaide de Baza y Almería; cooperó á la revolucion que lanzó del trono de Granada á Mohamad V y colocó en él á Abu Said Alhamar (el Bermejo); dejó entre otros á = 6.º Omar Aben Nayar Abdalaxis el Lahmi, (el Ermitaño), que despues de haber guerreado y tenido una juventud turbulenta y agitada, se alejó del mundo y se hizo ermitaño: dicen algunos que fabricó á Generalife para pasar en tan delicioso retiro una vida muelle, tranquila, libre de las agitaciones y ruido de la corte: tuvo por hijo á = 7.º Cid Yahia Abrahem Alnayar, que casó con la hija del rey Bermejo asesinado en Sevilla por D. Pedro el Cruel: y ambos esposos fueron padres de los tres príncipes Cetimerien, amante y esposa de D. Pedro Venegas, de Jusef Ben Alhamar, que fué luego rey, y de Nazar, que casó con Lindaraja, hija del alcaide de Málaga.

Hemos adquirido estas noticias en una escritura arábiga en pergamino, que se conserva en el archivo del marqués de Corvera, otro descendiente de la misma familia, y en el árbol genealógico compuesto por el célebre escritor Alonso Lopez de Haro, con vista de dicha escritura y de otros documentos conservados y sacados del archivo de Simancas.

su poder en la vega de Granada[1]. Esto explica cumplidamente la aparicion del moro en la asamblea cristiana, donde asistian amigos, primos y otros parientes suyos. Las proposiciones y los consejos del Tornadizo terminaron los debates, inclinando el ánimo de los consejeros á una misma empresa. «Basta el eco de las trompetas, di«jo D. Pedro, para derribar el solio frágil de la «usurpacion." Convinieron todos los caballeros en presentarse á la vista de Granada. D. Pedro regresó á ella, comunicó á su cuñado y á sus amigos el feliz éxito de su embajada misteriosa, y con esta noticia los parciales desaparecieron lentamente de la corte y salieron á unirse con el ejército castellano.

Campaña del rey D. Juan contra los granadinos. A. 1431 de J. C.

Salió este de Córdoba capitaneado por el mismo rey, y siguió los pasos de la última correría. En el castillo de Alhendin se incorporó D. Álvaro al frente de sus caballeros de Santiago y de algunos prelados y aventureros que se habian retardado involuntariamente [2]. 70C infantes y 10C caballos desfilaron por los campos de Alcaudete y acamparon en sus inmediaciones. D. Pedro Fernandez de Velasco, conde de Haro, destacado con una columna volante, exploró la

---

[1] «Estando el rey dudoso de lo que debia hacer vínose para él un caballero moro que llamaban Gilayre, que habia sido cristiano y llevado cautivo de edad de ocho años y habíase tornado moro, y dijo al rey que si iba á la vega de Granada, creia que toda la tierra se le daria, y que era cierto que se vernia á su merced un infante de Granada que se llamaba D. Jusef Aben Almao, que era nieto del rey de Granada que llamaban el Bermejo, que mandara matar el rey D. Pedro en Sevilla." *Crón. de D. Juan*, año 31, cap. 205.

[2] *Crón. del Condest.*, tít. 27. *Crón. de D. Juan* año 31, cap. 206.

tierra de Montefrío y dió al enemigo noticia de su proximidad, incendiando mieses, montes y 25 de junio.
cortijos. D. Pedro Ponce de Leon, conde de Medellin, quedó en Alcalá la Real con algunas compañías para tener franco el camino y escoltar los convoyes de víveres con que los pueblos del reino de Córdoba abastecian los reales. Una avanzada de 1C coraceros á las órdenes del adelantado Diego de Rivera y del comendador mayor de Calatrava D. Juan Ramirez de Guzman exploraba el terreno y aseguraba el paso del grueso del ejército. La vanguardia, compuesta de la hueste del condestable D. Álvaro, descendió á la vega Orden del ejército: 26
por la falda de Parapanda, pasó á tiro de ballesta de Moclin, y como práctica en el terreno de junio.
señaló el rumbo y marcó el paraje oportuno para acampar. Se designó para este efecto el campo de Maracena. El estruendo de las trompetas y el murmullo de los combatientes turbaron durante una noche el sosiego de las familias de Granada. 27 de junio.
Las damas del rey, agrupadas al amanecer en los ajimeces del harem, observaron con femenil curiosidad las divisas y banderas de los campeones cristianos, sus vistosos plumeros mecidos por el galope de los caballos, y cerraban algunas sus negros ojos con el reflejo de las armaduras, en cuyas bruñidas superficies herian como en claros espejos los rayos del sol. Los muros, las explanadas, las azoteas de la ciudad, las cumbres de los cerros cercanos, se veian coronados de moros poseidos de curiosidad y de sobresalto, con el magnífico aparato del ejército castellano, el mas brillante de la cristiandad. Un pavor súbito se apoderó de los que habian salido extramuros, y les hizo correr atropellados á guarecerse dentro de ellos. La sinuosidad de las montañas repetia los ecos de explosiones

tremendas. Eran las baterías de Juan de Silva, despues conde de Cifuentes, y de Fernan Lopez de Saldaña, camarero mayor del rey, á quienes tocó la faccion de derribar la torre de Pinos Puente: á duras penas lo consiguieron, cautivando entre escombros y cadáveres á su pertinaz alcaide. Eligióse al siguiente dia posicion mas abrigada: moviéronse las cruces y pendones y se asentaron los reales desde las márgenes del Genil hasta el Atarfe y colinas de Sierra Elvira. La tienda de D. Juan descollaba en el ángulo meridional, en un suave recuesto sombreado por las espesas hojas de una higuera bravía. Ocupados los jefes en establecer las líneas del campamento, vieron desprenderse de Granada y avanzar á gran trote una fuerte columna de caballería, extenderse en ala y atacar furiosamente á la division del conde de Haro. Apurado este pidió refuerzo, y al punto volaron en su socorro Suero de Quiñones, célebre justador en el puente de Orbigo[1], y otros muchos caballeros de formidable lanza. Los moros jugaron su zalagarda y se replegaron. El príncipe Jusef, D. Pedro Venegas su cuñado, sus parciales y amigos, habian acudido á las estancias castellanas informando á D. Juan de las tropas con que contaba Mohamad, y advirtiéndole que velase con precaucion porque no cabia en el recinto ni en las cercanías de Granada la muchedumbre de guerreros convocados con la fama de la campaña[2]. Tri-

Ríndese el alcaide de la torre de Pinos.

Tienda del rey D. Juan en Sierra Elvira: escaramuzas: 28 de junio.

---

[1] Véase el *Paso honroso abreviado* por Fr. Juan Pineda, al fin de la *Crón. del Condest. D. Alvaro.*

[2] Conde, *Domin.* p. 4 cap. 30. «De todo el reino de Granada se habian ayuntado e recogido los moros allí; sabiendo

bus enteras habian acudido de la Serranía de Ronda, de las Alpujarras y tierra de Baza, y sin cuarteles ni casas donde alojarse acampaban en calles y plazas. Con este aviso, D. Álvaro mandó construir á toda prisa una trinchera que resguardase los pabellones del rey, redobló las guardias, encomendó la mayor disciplina y fijó un límite, pasado el cual á nadie era lícito trabar escaramuzas. El mismo maestre veló aquella noche armado de punta en blanco, para dar ejemplo de valor y puntualidad[1]. Al siguiente dia tocó la guardia al conde de Haro, á Fernan Gomez, señor de Valcorneja, y á D. Gutierre, obispo de Palencia. Los tres ganosos de pelea corrieron con sus soldados en persecucion de algunos flecheros moros, pasaron imprudentes el término señalado y fueron envueltos por los escuadrones granadinos. Los cercados, combatiendo con denuedo, pidieron socorro: D. Álvaro lo retardó de intento, para que probaran las consecuencias de su audacia inoportuna, y hasta que los vió en grande peligro no acudió á ahuyentar al enemigo: al fin lo hizo, reprendiéndoles colérico por haber desatendido sus mandatos y las reglas de la disciplina[2]. Los moros no cesaron en el dia siguiente de turbar el sosiego de los reales con zalagardas y rebatos, y muchos caballeros de Granada, impacientes por combatir, desafiaron á sus rivales de Castilla. El sol del 1.° de julio alumbró desde las cumbres nevadas el ancho anfiteatro de la vega

Prevenciones en el real castellano.

29 de junio.

---

que el rey enderezaba a la cibdad de Granada." *Crón. del Condest.*, tít. 38.

[1] El Sr. Quintana, *Españoles célebres*, *D. Alvaro de Luna.*

[2] *Crón. del Condest.*, tít. 37.

y lució por la vez postrera para muchos valientes. D. Juan saltó de su lecho de campaña en la apacible mañana, y colocado en la puerta de su tienda pedia prolijas explicaciones al infante Jusef, al moro Venegas y á los demás caballeros que le acompañaban, sobre los Alijares, la Alhambra, las torres Bermejas, las cúpulas doradas de las mezquitas y sobre otros altos edificios que veia resplandecer con la risueña aurora[1]. No pudieron los granadinos satisfacer cumplidamente la curiosidad del rey, porque anchos remolinos de polvo comenzaron á subir al cielo, interponiéndose como parda nube entre el campamento y la ciudad. El estruendo de los atabales y trompetas que resonaba como trueno lejano, se hizo mas perceptible. Una extensa línea de banderolas y turbantes avanzaba con marcial compás y se extendia al través de la llanura, como airosa cinta de una alfombra pintada. El rey moro salia con todo su poder á luchar con el de Castilla.

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 30. A este suceso es relativa aquella balada de

«D. Juan rey de España,
Cabalgando un dia,
Desde una montaña
A Granada via.
Díjole prendado:
Hermosa ciudad,
Mírame afanado
Tras de tu beldad &c.''

Y aquel romance en que se lee

«Qué castillos son aquellos?
Altos son y relucian.
El Alhambra era, señor: &c.''

Batalla de la Higuerucla: 1.º de julio.

Los caballeros de Calatrava, á quienes tocó en aquel dia el servicio de avanzada y la faena de allanar acequias y malos pasos, resistieron la repentina embestida de un escuadron árabe, y se dividieron en parejas para aceptar la escaramuza; pero acudieron tantos aventureros moros que obligaron al maestre D. Luis de Guzman á pedir socorro. El alférez mayor quedó desmontado, y huyó pié á tierra con la bandera. Se lanzaron á ganar este trofeo varios ginetes moros, y uno de estos mas osado que los demás amagaba ya con su cimitarra al fugitivo. Un hidalgo castellano de nombre Becerra revolvió en defensa de su alférez, y saliendo al encuentro del moro se batió con ardimiento, le derribó de una lanzada, y antes que le cercaran los otros moros tomó el caballo del vencido, y presentándolo al alférez se salvaron ambos con aplauso universal[1]. Los tres condes de Niebla, de Ledesma y de Castañeda acudieron con 2ↀ caballos; y si bien con sus esfuerzos y con el sacrificio de sus mas bravos soldados hubieran podido prolongar la lucha, el éxito habria sido al cabo funesto, por las tropas enemigas que á cada minuto recargaban. El rey, que observaba desde su tienda los azares de la pelea, ordenó á D. Álvaro que se adelantara con la vanguardia, no á comprometer la batalla, sino á facilitar la retirada del maestre de Calatrava y de los tres condes, para aceptar al siguiente dia el ataque decisivo. El condestable obedeció poniéndose al frente de su hueste, y despachó al comendador de Calatrava D. Juan Ramirez, para comunicar órdenes al maestre y á los tres con-

---

1 El Bachiller de Cibdad Real, *Centon espistol.*, 51.

des y combinar con acierto las evoluciones de la retirada. No tardó en volver el comendador, saltando con su caballo parapetos y zanjas, á contar á D. Álvaro una ocurrencia inesperada. El conde de Niebla D. Enrique Enriquez y el de Ledesma D. Pedro Stúñiga habian conseguido desenredarse con un ataque simultáneo de la caballería agarena; pero en vez de seguir el alcance hicieron alto para disputar sobre la prez del vencimiento, y despertaron antiguas enemistades, insultándose con voces acaloradas y palabras descompuestas. La rivalidad habia cundido ya entre los soldados, y, segun el comendador, quedaban muchos con rodela embrazada y lanza en ristre en ademan de acometerse. El condestable, apenas oyó los detalles de esta imprudente contienda, se encendió en ira, torció las riendas de su caballo, y pasando como una exhalacion entre las filas, llegó á la presencia de los dos condes, y les habló de esta manera: «¿Quién habia de esperar que unos caballeros capaces de gobernar un «estado, envileciesen á la flor de Castilla reunida «para un combate glorioso, y mancillaran para «siempre la corona de su rey? Yo creia que esas «lanzas se blandian únicamente contra el musulman, y las veo asestadas contra pechos castellanos. El que en esta ocasion no sepa olvidar «sus rencillas ni cumplir con los deberes que le «imponen sus juramentos, es traidor á su rey é «indigno de pertenecer á la órden de caballería «que habeis profesado[1].» Esta filípica, lanzada á presencia de los soldados, cubrió de rubor el ros-

Suceso desagradable entre dos caballeros principales.

Reconvencion de D. Alvaro.

---

[1] *Crón. del Condest.*, tít. 38. El Sr. Quintana omite este episodio que es sin duda uno de los mas honrosos de la vida de D. Alvaro.

tro de los dos condes, y les hizo aplazar sus enemistades para tierra de Castilla. Los moros habian aprovechado el anterior intervalo, para rehacerse y reiterar el ataque con mayores fuerzas y nueva combinacion. Ni el maestre de Calatrava, ni los condes, ni D. Álvaro pudieron ya replegarse á las trincheras, sin las apariencias de una verdadera derrota: no quedaba mas esperanza que la de un ataque general, en el cual lucharan de poder á poder castellanos y granadinos. D. Álvaro regresó á sus líneas é hizo presente al rey esta novedad. D. Juan, que se paseaba impaciente en la puerta de su tienda vestido de todas armas, cabalgó al punto con gran comitiva de grandes y capitanes, y dió al grueso del ejército que descansaba sobre las armas la señal de acometer. Juan Álvarez Delgadillo desplegó la bandera de Castilla, Pedro de Ayala la de la Banda y Alonso de Stúñiga la de la Cruzada. Infelicísima hubiera sido la jornada para las divisiones que combatian delanteras, sin el auxilio de todo el poder castellano. No eran solo caballeros de Granada adiestrados en las justas de Bib-Rambla y en todo linaje de ejercicios ecuestres los que allí combatian. Tribus enteras, armadas con flechas y lanzas, habian descendido de las montañas de la Alpujarra, y conducidas por sus alfakis poblaban en guerrilla el campo de batalla: escondidas tras de los árboles ó situadas en medio de viñas ó al borde de zanjas, evitaban el alcance de la caballería y lanzaban con ojo certero arpones untados con sumo de plantas venenosas. Los ulemas del reino habian predicado la guerra santa é inflamado al populacho; así avanzaban tambien turbas feroces armadas de puñales y chuzos y poseidas de furor con las exhortaciones de algunos santones venerados. Distinguíanse los caballeros

de Granada por su táctica en combatir, la velocidad de sus caballos, la limpieza de sus armas y la elegancia de sus vestiduras. Los demás voluntarios señalábanse por sus rostros denegridos, sus trajes humildes, sus groseras armas y la fiera rusticidad de sus modales. Esta muchedumbre allegadiza quedó arrollada al primer empuje de la línea castellana; pero comenzaron los peligros y las pruebas de valor cuando hizo cara la falange de Granada. Chocaron los pretales de los caballos, y los ginetes encarnizados mano á mano no podian adelantar un punto sin pisar el cadáver de su adversario. El agudo Bachiller de Ciudad Real, que desde la trinchera presenciaba con la pluma en la mano todos los lances de la batalla, nos pinta los horrores y peligros de este instante[1]. Hasta los jueces del consejo del rey, Periañez y Rodriguez y el relator Fernan Diaz, se mezclaron entre los guerreros y midieron tambien sus armas [2]. Ni moros ni cristianos cejaron hasta que el condestable esforzó á sus caballeros invocando con tremendas voces al apóstol: «¡San-«tiago! ¡Santiago!" repitieron los campeones reiterando cuchilladas con tal velocidad, que sus aceros golpeaban como martillos en yunques, segun dicen los cronistas árabes en tales casos. Los granadinos comenzaron á flaquear, síntoma precursor de la derrota, y al querer replegarse en órden no pudieron resistir el empuje de aquella caballería de hierro y se desunieron huyendo

---

1 *Centon epistol.*, 51.

2 *Crón. de D. Juan*, año 31, cap. 208. El festivo Bachiller dice de estos personajes: que «Mas contentos estovieran en Segovia en la gobernacion, ca de aquella facienda se les entiende mas que de batallas."

á la desbandada. Los vencedores cargaron en pos de los grupos fugitivos; de los cuales unos corrian al abrigo de Sierra Elvira, otros al de las huertas y olivares cercanos y los mas en direccion de Granada. El condestable se encargó de perseguir á estos últimos y los acosó con sus lanceros hasta los baluartes de la ciudad. El obispo de Osma D. Juan de Cerezuela asaltó y abrasó con su escolta algunas ricas tiendas abandonadas junto al Atarfe. La noche puso fin á la matanza: quedaron fuera de combate 30© moros y pereció la juventud mas florida y la mejor caballería de Granada[1]. Desordenado el enemigo volvió el rey á su palenque y entró al son de chirimías y entre aclamaciones de sus sirvientes: se adelantaron á recibirle sus capellanes y muchos clérigos y frailes formados en procesion con cruces enarboladas y entonando el *Te Deum*. D. Juan, al divisar la comitiva religiosa, se apeó, besó la cruz hincado de rodillas y se encaminó á su tienda. D. Álvaro y sus caballeros regresaron mas tarde, blandiendo sus lanzas y espadas teñidas de sangre, y tuvieron un recibimiento no menos benévolo[2]. Á poco hubo que prender á Alfonso de Acuña, al cronista Fernan Perez de Guzman y al comendador de Mérida Juan de Vera, por

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 3. El Bachiller de Cibdad Real, testigo de la batalla dice: « Los muertos e feridos eran en tierra, que serian bien mas de 30.000 moros e los mas ricamente ataviados.'' *Centon epist.*, 51. Nos parece exagerado el número de muertos.

[2] La batalla de Sierra Elvira, considerada como el hecho mas glorioso de D. Juan, fué pintada con la exactitud que permitia el estado de las artes del siglo XV en un gran lienzo, que permaneció olvidado en el alcázar de Segovia, hasta el tiempo de Felipe II. Este monarca mandó copiarlo al fres-

haberse desafiado á presencia del rey, con motivo de una disputa sobre quién libertó durante el fuego de la batalla á Pedro Melendez, postrado en tierra, oprimido por su caballo muerto y constituido en blanco de unos flecheros moros[1].

Reflexiones desavenencia de los vencedores.

Tal fué la memorable batalla de la *Higueruela*, celebrada en las crónicas de Castilla y en las memorias históricas del condestable D. Álvaro de Luna, como un hecho de armas digno del vencedor de las Navas y del rey Santo. Los laureles de D. Juan y de su privado se marchitaron sin embargo al siguiente dia entre la embriaguez del triunfo. La negligencia del monarca, el orgullo de su favorito, la emulacion y turbulencia de los grandes, todos los elementos que encendieron despues guerra pertinaz en Castilla, se hicieron ostensibles en el estrecho recinto del palenque de Sierra Elvira. Pasaron dias en inercia y abandono: juzgaban algunos capitanes que convenia aprovechar el tiempo, cercar y rendir á Granada ó caer sobre Málaga ú otra plaza cuyo asalto diera cima á una campaña emprendida con auspicio feliz; pero dióse la órden inesperada de

Retirada: 10 de julio.

retirarse á Córdoba, bajo pretesto de que faltaban las provisiones. El mandato fué cumplido, quemando el palenque, las chozas y todo el real. Cundió muy valida la voz de que el rey de Granada consiguió alejar á los vencedores, enviando

---

co en una sala del Escorial (la de las Batallas): aquí se ven retratados personajes, divisas, banderas, tiendas &c.: se ocuparon de este trabajo los dos pintores Granello y Fabricio. Véase el P. Sigüenza, *Histor. de la órd. de S. Jerónimo*, p. 4, lib. 4.

[1] *Cent. epist.*, 51. Este Fernan Perez de Guzman era el mismo autor de la *Crónica de D. Juan*, de las *Generaciones y semblanzas* y de otras obras poéticas.

á D. Álvaro sumas considerables, envueltas para disimulo en unos ceretes de higos y pasas. El regalo fué cierto, pues el Bachiller de Ciudad Real, que saboreó los manjares, nos ofrece de ello fidedigno testimonio; pero rechaza como calumnioso el indicio del cohecho con que los émulos quisieron infamar á D. Álvaro [1]. Parece mas verosímil al consultar las memorias de la época, que las intrigas de los grandes y sus inteligencias con los reyes de Navarra y de Aragon para perder al privado, fueron los motivos que decidieron la vuelta precipitada del monarca á sus estados de Castilla.

Luto y tribulacion en Granada. Terremotos

Granada entre tanto ofrecia un cuadro tristísimo. Las hijas, las madres, las viudas lloraban amargamente, contemplando desde sus mismas casas el campo de batalla cubierto con los cadáveres de sus padres, de sus hijos y de sus maridos. El terrible fenómeno que amagaba de vez en cuando con ruinas y muertes á los granadinos, hizo mas acerbas sus tribulaciones. Los subterráneos de Sierra Elvira resonaron con hondos bramidos y los terremotos de que eran predecesores hicieron bambolear á toda la comarca de Granada. Muchas torres y mezquitas se cuartearon, y un paño del muro de la Alhambra se desplomó con pavoroso estruendo [2]. El rey Izquierdo procuró mitigar la afliccion general, repartiendo limosnas á las familias huérfanas y paseando las calles para animar con su presencia á los tristes morado-

---

[1] *Cent. epist.*, 51.

[2] «En este tiempo tremió la tierra en el real, y mas en la cibdad de Granada y mucho mas en la Alhambra, donde derribó algunos pedazos de la cerca de ella.'' *Crón. de D. Juan*, año 31, cap. 210. «Era vero que dos tiemblos de tier-

res. Los elementos y los hombres parecian conjurados contra los moros: permaneciendo en sus hogares corrian peligro de morir sepultados entre escombro; si acampaban al aire libre se exponian á quedar cautivos ó á recibir la mortal estocada del enemigo.

Intrigas de Jusef.

Otra calamidad, la guerra civil, vino á colmar en Granada la medida del infortunio. El príncipe Jusef y D. Pedro Venegas que se habian retirado con el ejército, permanecieron en la frontera urdiendo tramas contra el rey Izquierdo, y al mismo tiempo elevando sentidas quejas á D. Juan por el compromiso en que los habia dejado, marchando precipitadamente á Castilla, sin recoger el fruto de la victoria. No queriendo el monarca cristiano que un moro vituperase su inconsecuencia, comisionó á D. Diego Gomez de Rivera, adelantado de Andalucía, para otorgar á su nombre las condiciones de la alianza, y encargó al maestre de Calatrava D. Luis Guzman que hiciese desde los lugares de la órden en Jaen cruda guerra al Izquierdo. El adelantado y el príncipe Jusef concurrieron á Hardales; el primero con poder y en representacion de D. Juan, y el segundo por sí mismo, otorgaron escritura recíproca con las siguientes cláusulas: el uno prometió rendir vasallaje por toda su vida al rey de Castilla, entregar todos los cautivos cristianos que hubiese en el reino, en el término de un mes despues de estar apoderado del trono, prohibir que

Pacto en Hardales con el adelantado Rivera. A. 1431 de J. C. 16 de setiembre.

---

ra batieron muchas casas de la cibdad,'' dice el Bachiller 51; y las memorias de Conde: «La tierra se estremecia con grandes vaivenes y subterráneos bramidos y truenos que en sus entrañas se oian, atemorizaba á los mas valientes, y todos esperaban grandes cosas.'' Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 30.

ningun súbdito de Castilla renegase de la fe en los dominios granadinos, pagar cada año 20.000 doblas llevadas á su costa á cualquiera villa do estuviese el rey, servir al mismo con 1.500 caballos pagados á sueldo por trimestres, y con todo poder en gran necesidad, en cuyo caso quedaria relevado del servicio pecuniario y acudir á las cortes en persona cuando fuesen celebradas de puertos aquende y por delegados nobles cuando lo fuesen de puertos allende. El adelantado, en nombre de D. Juan, recibió á Jusef por vasallo, prometió defenderle en cualquier trance peligroso, y tener abierta la frontera para que moros y cristianos traficasen libremente y sin restriccion de aduanas: tambien ofreció alejar de Andalucía á los personajes fugitivos de Granada y sospechosos por su indocilidad ó influencia política[1].

Levantamiento de las principales villas granadinas. Diciembre.

El compromiso de D. Juan, las intrigas del bando hostil y los estímulos del maestre sublevaron contra el Izquierdo la mitad del reino: los alcaides de Cambil y Alicun, en la frontera de Jaen, y los de Montefrío, Íllora, Ronda, Archidona, Casarabonela, Setenil, Turon y Hardales, en las de Córdoba y Sevilla, proclamaron rey á Jusef y declararon á Mohamad indigno de ocupar el trono. Los vecinos de Loja se pronunciaron igualmente, excepto el alcaide que se mantuvo dueño de la fortaleza y rehusó asociarse á los amotinados. El príncipe Jusef se apresuró á

[1] Esta preciosa escritura se conserva en el archivo del marqués de Corvera, descendiente del rey Jusef: á la amable condescendencia de aquel caballero, debemos copia de otros documentos importantes é inéditos de que haremos mencion en las páginas sucesivas de nuestra obra.

cercar esta ciudadela, que abrió las puertas de la vega, é invocó para ello el auxilio de sus amigos el maestre y el adelantado. El primero de estos se puso en marcha con sus caballeros, y aunque tardó algunos dias por un recio temporal de agua y vientos que estorbó la comunicaciones, pudo al fin reunirse en Loja con Jusef y con el adelantado.

Batalla de Loja: muerte de los Abencerrajes.

La tribu de los Abencerrajes salió de Granada á las órdenes del visir Jusef, respirando venganza, no contra los cristianos, sino contra los pérfidos conciudadanos que abrian al enemigo las puertas de la corte. Aquellos caballeros cargaron sobre las estancias de los moros rivales, para afrentarlos con palabras y exterminarlos con el alfanje; mas en aquel punto interpusiéronse el adelantado y los caballeros de Calatrava, reprimieron duramente el patriótico arrojo y ganaron la fortaleza. La esclarecida tribu quedó notablemente menguada: el vicir fué muerto, y los que escaparon con vida vinieron á Granada y contaron á Mohamad la catástrofe y la infausta nueva de la rendicion del alcaide de Loja[1]. Jusef ocupó sin pérdida de momento á Íllora, y sus avanzadas tremolaron pendones en las torres telegráficas de sierra Elvira. Con esta aparicion comenzaron á conmoverse los vecinos del Albaicin y á sentirse abatidos Mohamad y sus partidarios. Algunos ancianos y comerciantes ricos subieron á la Alhambra, y aconsejaron al rey que abandonara la corte y se salvara sin aventurar una resistencia que podia provocar venganzas y todo el estrago de una entrada por asalto. Mo-

[1] *Crón. de D. Juan*, año 31, cap. 218.

hamad accedió á estos consejos, cargó en acémilas las sumas del tesoro, las joyas y preseas de la corona, y acompañado de sus damas favoritas, de sus amigos mas comprometidos y de los dos hijos de Mohamad el Saguer á quienes conservaba en rehenes, salió silenciosamente de Granada y pasó á Málaga donde su rival carecia de prosélitos[1].

Huye Mohamad el Izquierdo.

Tan poderoso motivo de afliccion y el luto general tenian sofocado el entusiasmo en Granada. Jusef no pudo menos de conocerlo al ocupar el trono que habia disputado con suma perseverancia; ni aclamaciones, ni vivas, ni alegría. Algunos grupos aislados y silenciosos vieron pasar con indiferencia por la calle de Elvira, por Zacatin y Bib-Rambla la regia comitiva. Los comerciantes ricos, los nobles, las autoridades rindieron homenaje al nuevo rey en el salon de Comarech con afectada benevolencia. Cuando Jusef hubo llegado al término de su ambicion, conoció que su signo adverso no le dejaba gozar el halago de la grandeza. La permanencia de su rival en Málaga turbaba su sueño, y Aben-Farix de Tunez enviaba á la corte de Valladolid embajadores para advertir á D. Juan que se abstuviese de hostilizar al príncipe destronado. Estas noticias alarmantes, unidas á desengaños, á te-

16.° rey Jusef IV ocupa el trono de Granada. A. 1432 de J. C. 1.° de enero.

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 30. Argote, *Nobleza*, lib. 2, cap. 217. El mismo rey Jusef escribió á D. Juan una carta refiriéndole el buen éxito de la campaña, y dándole las grácias por sus favores· la inserta la *Crónica de D. Juan*, cap. 220, de donde la copiaron los editores del tomo III de la obra de Conde. El mismo Jusef otorgó en la Alhambra á 27 de enero segunda escritura, ratificando la que extendió en Hardales con el adelantado D. Diego de Rivera.

mores y á remordimientos, engendraron en el ánimo de Jusef una melancolía profunda. Nuevos achaques minaron su salud, y al sexto mes de su reinado le lanzaron desde el solio al sepulcro[1].

Su muerte. Junio.

Recobra Mohamad el Izquierdo otra vez la corona.

Mohamad el Izquierdo, no bien supo en Málaga la muerte de Jusef, corrió á Granada y recuperó el trono dos veces perdido. Aleccionado por la desgracia, adoptó una política conciliadora y logró captarse el ánimo de la faccion que le habia arebatado el cetro. Abdilvar, el caballero mas discreto de la tribu Abencerraje, obtuvo el cargo de vicir y logró con sus prudentes inspiraciones calmar el ánimo rencoroso del rey. Á no haber sido por sus consejos, los tres hijos de Jusef, Aben Celim, Ahmad y Equivila no habrian dejado de expiar con su sangre la ambicion y las intrigas del padre. Abdilvar hizo conocer á Mohamad que eran otros los tiempos, y que la opinion pública rechazaba actos de venganza, y toda medida que tuviese las apariencias de reaccion. El rey Izquierdo reprimió por ello sus conatos homicidas, y dejó á los dos príncipes y á la tierna Equivila en la posesion de sus honores y de sus riquezas. Aben Celim obtuvo confirmacion de su título de infante de Almería, y señor de Marchena en la Alpujarra, Ahmad del de Luchar, cuyos estados heredaron ambos en las particiones del caudal paterno, y Equivila recibió sin miedo de confiscacion un rico patrimonio, entre cuyas fincas contábanse la alquería de Daifontes, feraces tierras en la vega de Gra-

Política conciliadora.

Perdon de los hijos de Jusef.

---

[1] Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.*, p. 3, cap. 25, y la *Histor. de la casa de Cabrera en Córdoba*, lib. 3, cap. 2.

nada, seis tiendas del Zacatin y muchas joyas y utensilios domésticos [1]. Este acto de clemencia y algunos enlaces de caballeros produjeron una reconciliacion, que los intereses y las pasiones hicieron momentánea. Nazar, hermano del difunto Jusef, aceptó por esposa á Lindaraja, hija del alcaide de Málaga, y tan célebre en los anales caballerescos, que aun se conserva memoria de su nombre dulcísimo en los jardines de la Alhambra; y Aben Celim, primogénito del mismo Jusef, casó con una tia del mismo rey Mohamad. D. Pedro Venegas, el esposo de Cetimerien, fué el único á quien no se dispensó misericordia, ni perdon. El rey y los Abencerrajes no le nombraban sino con el epíteto del *Renegado ó Tornadizo,* y odiábanle de muerte como á un genio maligno llamado á Granada para atizar el fuego de la discordia. Astuto el caballero Venegas, audaz, temible por sus ardides y sus combinaciones sordas, era acusado como responsable de todos los actos de su cuñado Jusef y perseguido para inmolarle como víctima expiatoria. Nunca fué tan útil á D. Pedro su sagacidad como en esta ocasion: antes que los satélites de Mohamad se apoderasen de su persona se despidió de su amante esposa y de sus tres hijos Abulcacim, Reduan y Cetimerien, tomó armas y caballos y pidió hospi-

Odio contra D. Pedro Venegas.

Su fuga y su muerte natural.

---

[1] Segun la escritura árabe de particion del caudal del rey Jusef Aben Alhamar, otorgada á dos dias de la luna de rejeb del año 881 de la Hegira, ante los alfakis Mohamad Abderraman y Ahmad Aben Zayd y autorizada por el cadí de Almería Mohamad Abu Zuleyman, se apreciaron los bienes por peritos, se marcaron los linderos de los raíces, se partieron con equidad entre los dos príncipes Aben Celim y Ahmed y la princesa Equivila; y en las cláusulas de adjudicacion constan los particulares arriba citados.

talidad en Jaen. Aquí fué atendido cual cumplia á su linaje y condicion, y fatigado en los vaivenes de la fortuna, abatido con la ausencia de los seres á quienes mas amaba en el mundo, y colocado ya en la senda del desengaño adjuró sus errores, se reconcilió con la fe de sus padres y murió solitario y melancólico [1]. Abdilvar proporcionó mayor beneficio al estado negociando treguas por dos años. En este intervalo administró felizmente afianzando la paz interior, aliviando á los pueblos de contribuciones y derramas y mitigando con exquisita prudencia las rivalidades y discordias en Granada. Los pueblos pronunciaban con respeto y admiracion el nombre de Addilvar; trovas y cantares circularon en su alabanza, y hasta los mismos cristianos le celebraron, segun aparece en las crónicas del tiempo, como uno de los vicires que mas honor han merecido en la corte de los Alhamares, por su integridad, por su carácter conciliador y por otras virtudes [2].

Estalla la guerra: muere en Alora el adelantado Rivera. A. 1434 de J. C. mayo.

Apenas fenecieron las treguas, rompiéronse las hostilidades en la frontera. El adelantado de Andalucía convocó gente del reino de Sevilla, y entró por la parte de Álora á sangre y fuego. El gobernador de esta plaza rehusó salir al campo, porque no tenia mas gente disponible que una escasa compañía de flecheros. Asomado una mañana á la explanada del castillo, vió avanzar á la hueste cristiana y pararse á tiro de ballesta, y lo que mas extrañó fué columbrar en primera fila á un guerrero pertrechado de casco y corazas do-

[1] Salazar y Castro, *Histor. genealog. de la casa de Lara,* lib. 5, cap. 12.
[2] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 30.

bles, de una rodela anchísima, y de una lanza ornada con una banderola: el cristiano llegó galopando hasta los cimientos mismos del muro, y quitándose la babera, retó á grandes voces al alcaide, y le intimó la rendicion. Arrebatado de furor el caudillo moro, arrancó una ballesta de las manos del centinela mas cercano, eligió de su carcax una aguda flecha, y asomándose á la almena la disparó con ademan airado. El caballero provocativo enmudeció de pronto, hizo mil contorsiones angustiosas y abandonando la lanza y los estribos, se inclinó sobre las crines de su caballo. Escuderos y donceles acudieron solícitos, y hallaron que era el adelantado mismo á quien el ojo certero del infiel habia introducido la flecha por la boca, clavándosela en las fauces y dejándole sin habla y sin vida. Su hueste se retiró á Antequera rodeando al difunto en cortejo fúnebre, y despues se trasladó á Sevilla para sepultarle. La muerte del caballero Rivera, bravo como el Cid, fué amargamente llorada en Castilla; circularon romances en su elogio, y la musa de Juan de Mena, el bardo de aquella época, fué intérprete fiel del sentimiento general[1]. Ocurrió al propio tiempo la desgracia del jóven D. Juan Fajardo, hijo del adelantado de Murcia Alonso Yañez, á quien un escuadron de Abencerrajes sorprendió en los campos de Lorca, con muerte su-

Muerte de D. Juan Fajardo: mayo.

---

[1] «Era el adelantado de Andalucía el mas temido cabdillo de los moros,'' dice el Bachiller; *Cent.*, epist. 58. Vease la *Crón. de D. Juan*, año 34, cap. 214. «Se desenlazó la babera de la celada, y se expuso al traidor tiro.'' Ortiz Zúñiga, *Anal. de Sevilla*, lib. 10, año 1434. El muerto fué sepultado en la cartuja de Sevilla: el citado analista de esta ciudad, inserta el pomposo epitafio del caballero y el de su

ya y de sus compañeros [1]. Estos reveses irritaron á los fronteros de Jaen y les estimularon á tomar venganza. Hidalgos aventureros de Baeza, Úbeda y Andújar salieron en cuadrillas combinadas y amagaron por diversos puntos para distraer á los alcaides moros; corrieron largamente la tierra enemiga, y regresaron cargados de despojos. Fernando de Quesada comendador de Bezmar, ayudado por la gente de Baeza, logró hácia estos dias desalojar á los moros del castillo de Solera [2]; y por último, un jóven caballero de Santiago abatió el orgullo del infiel, y probó la superioridad de las lanzas castellanas, en la ardua empresa de la conquista de Huescar.

Gana el comendador de Bezmar el castillo de Solera. A. 1433 de J. C. 24 de junio.

Posicion de Huescar.

Esta poblacion, situada á la falda de la sierra de Sagra, era una de las ciudades mas célebres, mas ricas y mejor situadas del reino granadino. Lss moradores conservaban la tradicion gloriosa de que sus abuelos habian desplegado bandera de guerra contra los califas de Córdoba, elegido reyes y conservado una independen-

---

esposa. En Castilla circuló un romance alusivo á su muerte que principia:

«Alora la bien cercada,
Tu que estás en par del rio,
Cercóte el adelantado
Una mañana en domingo.''

Juan de Mena (*Laber*. copla 190), dedica un recuerdo á su memoria.

[1] D. Juan Fajardo era hijo del adelantado de Murcia D. Alonso y de D.ª María Quesada, hija del señor de Garciez, y tenia relaciones de parentesco con D. Pedro Venegas y con sus hijos los príncipes moros.

[2] Argote, *Nobleza*, lib. 2, cap. 222. Jimena, *Anal. Ecsos. de Jaen*, pág. 392.

cia feudal [1]. Activos y laboriosos aseguraban ricas cosechas y multiplicaban frutas y hortalizas con los riegos que suministra la vecina montaña, y que la industria habia extendido en raudales diversos. Los pastos de la tierra, viciosos y abundantes, nutrian rebaños de vellon tan fino, que sus lanas se pagaban en Granada á precio superior, como propias para tejerlas con seda y oro. Un muro sólido resguardado por torreones y cubos y un fuerte alcázar interior amparaban la poblacion; y como la sierra cercana estaba poblada de pastores y jóvenes belicosos, frugales, endurecidos con la intemperie y ejercitados en el manejo de la honda y de la flecha, los moros de Huescar vivian alucinados con el error de ser temidos é invulnerables. En esta ciega confianza, los dejó como heridos del rayo la certeza del peligro. Á la hora mas apacible del sueño, cuando los albores de la mañana comenzaban á teñir las cumbres del monte Sagra, mudos como estatuas y á paso lento como fantasmas, afianzaron una escala y treparon al muro de la ciudad Lope de Frias, el escudero Pedro Teruel, Álvaro Rodriguez alcaide de Segura, Pedro Sanchez de Fornos y Pedro Veas. El vigía de la torre del Homenaje columbró á la luz del crepúsculo á los escaladores, prorumpió en alaridos lúgubres é hizo despertar de su letargo á los vecinos. Muchos se arrojaron del lecho, y á medio vestir empuñaron la cimitarra ó la ballesta y salieron á las encrucijadas y á las plazas á cerciorarse de tan inesperado relato. Algunos oyeron las voces

Sorpresa. A. 1434 de J. C. 11 de noviembre.

---

[1] Los escritores árabes Al Homaidí y Ben Alabar, en la *Biblioth. árab.* de Casiri tom. 2, pág. 200.

entre sueños, y las equivocaron con el llamamiento del almuhedin que convocaba á los creyentes para la salutacion matutina, hasta que sus criados ó mujeres les advirtieron que resonaban lamentos y gritos de guerra. Una verdad terrible disipó todas las dudas. Cundió de casa en casa la noticia de que grupos de guerreros, con espadas en mano y cruces al pecho, colocados en lo alto de la muralla facilitaban la subida á otros y á otros. Como el pavor abulta los peligros, decíase que los ademanes de aquellos cristianos eran tan fieros, que no habia que esperar partidos, sino cautiverio ó exterminio. No era esto solo: en torno del muro se veian enarboladas cruces y banderas con leones pintados; columnas á pié y á caballo se apercibian para estrechar el cerco, y sus clarines y timbales sonados sin interrupcion atronaban como prolongada tormenta. No podia menos de suceder así, habiendo salido de su castillo de Segura contra la villa de Huescar el comendador de Santiago D. Rodrigo Manrique Castilla con muchos deudos, amigos y avuntureros afamados. Era este el hijo segundo del señor de Amusco y adelantado de Leon D. Pedro Manrique, y uno de aquellos mancebos en quienes estaba vinculada para honra y prez de Castilla la nobleza de linaje con el ánimo de los héroes. Niño aun fué cruzado en la órden de Santiago, y apenas cobró fuerza en su brazo para blandir la lanza, obtuvo del infante de Aragon su maestre la encomienda de Segura como puesto de honor fronterizo al moro y propio para emprender una carrera de peligros y de gloria [1].

Linaje y esfuerzo de D. Rodrigo Manrique.

[1] Salazar y Castro, *Histor. genealog. de la casa de Lara*, lib. 10, cap. 1.

Aunque D. Rodrigo habia ya dado pruebas de valor en los bandos de Castilla, se impacientaba por señalarse con alguna proeza contra el infiel: para ello reunió su gente y presentose osado ante los muros de Huescar. Formaban á su mando Manuel de Benavides, señor de Jabalquinto, el alcaide de Yeste, Diego de la Cueva, regidor de Úbeda, con fuerzas respetables, y una nube de aventureros y de hidalgos á pié y á la gineta, congregados de Alcaraz, Veas, campo de Montiel y otros lugares de la Mancha. Mientras las mujeres y niños de Huescar corrian á guarecerse en el alcázar, los viejos, los jóvenes, los alfakis y santones marchaban armados en direccion opuesta á rechazar al enemigo. Los cristianos no habian penetrado en su recinto, á no ser desarmados ó cautivos, desde el dia en que los soldados de Tariff y de Abdelaxiz tremolaron en su alcázar el pendon muslímico. Funesta fué para los cristianos la primera embestida: un aventurero siciliano, Pedro Sanchez de Fornos, García de Albuerne y dos escuderos de D. Rodrigo murieron despedazados á cuchilladas. Rodrigo de Mendoza, Juan de Rivera, Fernando de Molina, caballeros de Baeza y Úbeda, Pedro Álvarez de la Torre, Juan Quiros y Lope de Vergara rodaron heridos de espada y flecha. El alcaide de Yeste aprovechó los momentos en que los moros se distraian pelando con la anterior faccion, y corrió por calles excusadas hácia las puertas principales de la ciudad con intento de desquiciarlas ó abrasarlas, para dar entrada á la gente que formaba extramuros. Visto esto, acudieron gruesos pelotones y trabaron un combate sangriento. El alcaide peleó como leon acosado, y aunque recibió una herida de saeta continuó esgrimiendo su espada y animando con robusta voz á su com-

Hazañas memorables.

pañia, hasta derribar las puertas y dar entrada á la hueste exterior. Imposible era adelantar un palmo de tierra sin regarle con sangre: terrible operacion era la de arrollar á los moros parapetados en sus hogares y hacerlos replegar al alcázar: al fin se logró con los esfuerzos del jóven comendador, que al ver recelosos y arremolinados á sus soldados, se puso en primera fila y dió heróico ejemplo avanzando impávido. Las hostilidades no cesaron durante la noche: los voluntarios castellanos, sordos á los mandatos de sus jefes, invadieron los hogares abandonados, cebaron su voracidad, excitada por el duro ejercicio de aquel dia, con almíbares y manjares delicados, y recargaron sus mochilas con joyas de señoras y con telas de seda y oro. Los moros, validos de las tinieblas, bajaban del castillo y sorprendian en sus libaciones á la soldadesca: el golpe de la cimitarra hizo á algunos exhalar el último suspiro, cuando sus labios comenzaban á articular placenteros brindis.

Acuden los moros de Baza en socorro de los de Huescar 12 de noviembre.

Mientras las calles y casas de Huescar estaban convertidas en escena de asesinatos y pillaje, los refugiados al castillo habian dirigido aviso á los alcaides comarcanos refiriendo la fatal sorpresa y pidiendo auxilio. El Cabzani, gobernador de Baza, eficaz cual no otro, desembocó al amanecer del siguiente dia en las huertas cercanas al castillo con una hueste de 500 caballos y doble numero de peones. El compás de los atabales y dulzainas [1] confortó á los cercados é hizo á los cristianos apercibirse para nuevo y mas peligro-

[1] *Crón. de D. Juan*, año 34, cap. 214. Argote, lib. 2, cap. 221 y 222.

so combate. El Cabzani hizo señal á los del alcázar que acometiesen al enemigo y le distrajeran para que sus soldados escalaran el muro en el mismo instante. Los cercados correspondieron atacando hácia la puerta por donde se habian introducido las tropas cristianas, con el objeto de desalojarla y de facilitar la entrada de sus nuevos valedores. D. Rodrigo, aunque herido del brazo desde los primeros momentos de la refriega, opuso tenaz resistencia, rechazó á la gente de Baza é hizo á los del castillo replegarse fugitivos con muerte de 8 combatientes. Con el mal éxito de la tentativa retirose el Cabzani lejos de las flechas castellanas, cortó las acequias que introducian el agua en la poblacion y practicó un reconocimiento para dar un formal asalto. Los cristianos conocian lo crítico y apurado del caso; si bien cercaban al enemigo, eran cercados á la vez, y la perdicion era segura si los caballeros de la frontera no acudian con el socorro necesario. Dos soldados audaces se descolgaron por una parte del muro mal resguardada, y para no revelar al enemigo, en caso de quedar cautivos, el conflicto de sus compañeros y obtener crédito de los capitanes de la frontera, llevaban, el uno una sortija con que D. Rodrigo sellaba sus cartas y el otro una caperuza. Los emisarios salieron á puerto de salvacion, y ambas prendas se presentaron al adelantado de Cazorla Rodrigo de Perea y á Garci Lopez de Cárdenas y les pidieron por merced pronto socorro.

Ayuda de cristianos.

Circuló por la frontera la novedad: sonidos de trompetas, pendones desplegados, campanas á rebato y sollozos de mujeres que habian visto partir á sus hijos ó maridos en la hueste de D. Rodrigo fueron señales inequívocas de interés y de ardor en los pueblos. El recio temporal de aguas

Socorros: 12 y 13 de noviembre.

y vientos que sobrevino en el mismo dia no impidió que saliesen partidas armadas en direccion de Huescar. Pedro de Quiñones llegó primero con un peloton de 60 caballos y 100 peones, y dió una prueba de valor saliendo en guerrilla contra los moros que acampaban en la huerta y sosteniendo una escaramuza bastante porfiada. El adelantado Rodrigo de Perea acudió al alba del siguiente dia con 100 caballos destrozados de correr, y para no ser menos que Pedro de Quiñones salió á introducir en la ciudad el agua que los moros habian cortado. No fué Perea muy feliz en esta empresa, porque el Cabzani cargó con sus tropas de refresco y le hizo retirarse en desórden á la villa. Vino al dia siguiente otro refuerzo de 100 cristianos, gente tambien del adelantado; y deseoso este de vengar el descalabro anterior, combinó otra salida con toda la tropa disponible. Solo quedaron en la villa D. Rodrigo Manrique y Pedro de Quiñones con algunos hombres de armas, para hacer frente á los del castillo. Los moros parapetados en las huertas aceptaron la lid, y sostuvieron firmes la batalla toda la mañana con muchas desgracias de ambas partes; y quizá hubieran vencido á no haber desmayado con el aviso de que se aproximaban duplicadas fuerzas cristianas. Con efecto, el capitan mayor de Jaen D. Fernando Alvarez de Toledo, señor de Valdecorneja[1], guiaba escuadrones de Jaen y Baeza con toda la celeridad que permitia el vigor de sus caballos. La gente del adelantado

Batalla: 14 de noviembre.

[1] D. Fernando Alvarez de Toledo fué primer conde de Alva, por merced de D. Juan II; casó con D.ª Mencía Carrillo hija de Pedro Carrillo de Toledo, en quien tuvo á D. García Alvarez de Toledo; primer duque de Alva, que casó con D.ª

cobró aliento al columbrar las lanzas amigas, y se hizo dueña del campo que abandonaron los moros con igual motivo. Las familias y los defensores del castillo, asomados á las almenas, divisaban tristemente la huida de la hueste del Cabzani, en quien cifraban todas sus esperanzas, y al mismo tiempo el aparato de los nuevos enemigos. Abatidos los moros, abandonados á su propia suerte, imploraron la clemencia del jóven Manrique: un cumplido caballero no humillaba en aquellos tiempos al valor desgraciado. D. Rodrigo otorgó libertad á las personas, cedió á las damas moras sus vestidos y preseas, y plantó su bandera en la almena mas alta del alcázar. Salió en seguida á saludar con el respeto y cortesía que inspiran los mayores, al señor de Valdecorneja, y á pedirle por merced que tomase posesion de la villa. «He venido, respondió «este con igual delicadeza, á pelear en el cam«po y en él estar acampado; el valiente que ga«nó la villa sabrá defenderla.”

Conducta de D. Rodrigo Manrique.

Cumplida esta ceremonia y dictadas las órdenes precisas en aquellos momentos, pidió el comendador pergamino y tinta y despachó al escudero Alonso de Córdoba con carta para el rey, en que solicitaba el presidio, los bastimentos y las municiones necesarias para la conservacion de tan importante plaza. Fué tal la satisfaccion que experimentó el monarca al leer la carta y al oir los detalles del emisario, que hizo á este merced de 10© mrs. de renta vitalicia, donó á D. Ro-

---

Leonor Enriquez, hija del almirante D. Fadrique, hermana de D.ª Juana Enriquez, reina de Aragon, madre del rey Católico.

drigo el quinto del botin que pertenecia al patrimonio real, y le dió además 300 vasallos en tierra de Alcaraz y 20© mrs. de juro[1].

Tal fué la hazaña con que inauguró su carrera el mas valiente de todos los caballeros cristianos de aquel tiempo, y el que tanta fama se granjeó con el título de conde de Paredes y con la dignidad de maestre de Santiago. La conquista de Huescar fué el primer escalon de la envidiable grandeza á que supo elevarse y en la cual brilló como ningun otro personaje de su tiempo. D. Rodrigo Manrique fué el primero que desconoció la autoridad del famoso privado D. Alvaro de Luna, el primero que le despreció, que le declaró guerra á muerte y que osó desafiarle con todos sus vasallos. Al considerar la audacia, el talento, la clientela inmensa con que el bravo caballero opuso intriga á intriga y poder á poder, no hay lisonja en decir que encadenó á la fortuna y que derribó al coloso contra el cual habian sido impotentes los esfuerzos de toda la nobleza castellana[2].

Conquista de Galera y Castilleja.

No fué este servicio el único que prestó D. Rodrigo á la corona en el territorio de Huescar

---

[1] *Crónica de D. Juan,* año 34, cap. 245 y el *Cent.,* epist. 59.

[2] El jóven conquistador de Huescar heredó el condado de Paredes por fallecimiento de su padre, ocurrido en 15 de setiembre de 1440. Con este título, y con el de maestre de Santiago, alta dignidad que tambien obtuvo, figura en la historia de su siglo como uno de los caballeros mas formidables de Castilla y célebres de Europa. Si sus proezas no le hubiesen inmortalizado, la musa de su hijo el célebre Jorge Manrique habria bastado para hacer gloriosa su memoria. El conde de Paredes ocupa un lugar señalado en la galería histórica de Pulgar (*Claros Varones,* tít. 13), y ha tenido un diestro y diligente apologista en D. Luis Salazar y Castro.

Seguido de una hueste escasa pero bien apercibida, corrió á sangre y fuego los campos comarcanes de Galera y Castilleja, aterró con amagos de muerte á los moradores, y luego que les infundió profundo miedo, mostrose blando y clemente, y les ofreció proteccion y fueros si se reconocian vasallos del rey D. Juan: sometiéronse los moros á esta dura necesidad. D. Rodrigo dió al rey cuenta de los tratados, y habiendo recibido poder para perfeccionarlos, ocupó aquellas plazas y ensanchó los términos de Castilla [1].

Derrota de los caballeros de Alcántara en los campos de Archidona. A. 1434 de J. C.

La alegría de esta victoria se desvaneció en breve con un revés recibido por los cristianos. Habia mandado el rey al maestre de Alcántara D. Gutierre de Sotomayor y á los caballeros de su órden fijarse en Écija, para defender aquella frontera de las incursiones y robos del alcaide de Archidona y tomar la ofensiva si necesario fuese [2]. Impacientes los freires por distinguirse en alguna empresa arriesgada, despacharon exploradores secretos para que averiguaran el estado de las plazas fronterizas, la vigilancia de sus alcaides y sus medios de defensa. Volvieron los emisarios á Écija, sin tomar por indolencia ó miedo los conocimientos necesarios, é informaron á D. Gutierre que el castillo de Archidona y el de Ovi-

---

[1] Aunque Galera y Castilleja fueron conquistadas en 1436, hemos creido oportuno enlazar este suceso con el anterior, como consecuencia inmediata de la toma de Huéscar y por no interrumpir luego con un episodio aislado el hilo de la narracion.

[2] *Crón. de D. Juan II*, año 34, cap. 251. Rades, *Chron. de Alcántara*, cap. 34. Mármol, *Descrip. de Afr.*, lib. 2, cap. 28. Caro de Torres, *Histor. de la ord. milit.*, lib. 2, capitulo 117. Los dos cronistas de las órdenes suponen que el desastre fué en 1432. Es equivocacion.

li (hoy Villanueva del Rosario), estaban desguarnecidos y que ofrecian fácil conquista y presa cuantiosa de víveres, ganados, joyas y esclavos. Sin otras prevenciones dió el maestre á sus caballeros la órden de cabalgar: agregose á la hueste un considerable número de hidalgos y de señores de Écija, componiendo todos 800 ginetes y 1© peones. Marchaban el maestre y los capitanes ilusionados con la grata idea de sorprender aquellas dos poblaciones enemigas, sin saber que la conquista de Huescar habia hecho redoblar la vigilancia á los alcaides moros, y que miles de escuchas, ya derramados en la campiña, ya ocultos en cuevas y matorrales contiguos al camino, contaban los pasos al enemigo y daban parte circunstanciado de sus combinaciones y movimientos. Llegaron los cristianos á la Peña de los Enamorados, y resolvieron internarse en unas quiebras y hondísimos barrancos que forman las márgenes del rio Guadalhorce y se llaman hoy *Las laderas de Archidona*. «Es este, dijeron los guias, un paraje deshabitado, siempre «silencioso, y en el cual no hallaremos huellas, á «no ser de fieras y alimañas. Si avanzamos por la «vega que riega el Guadalhorce, seremos divisa«dos desde el encumbrado muro de Archidona, «se apercibirán los moros y nuestra empresa será «infructuosa: al contrario, en aquellos valles no «lucirán las armas con los rayos del sol, nos acer«caremos sin ser sentidos á Ovili, y otras sen«das nos conducirán con igual precaucion á la «segunda villa.» Sometidos los caballeros á este dictámen, rodearon la Peña y comenzaron á internarse en una cañada sin senderos ni huellas de vivientes. Á cada paso descubrian cavernas, veian abiertos ante sus piés hondos precipicios, y escuchaban, como eco amenazador, el ruido del

Guadalhorce, cuyas aguas se despeñan espumosas por tales fragosidades. Los ginetes tuvieron que desmontarse y llevar sus caballos de brida, para no morir despeñados. Cuando animaba á los cristianos la esperanza de salir de aquel laberinto, fueron detenidos por un tajo cuya pared, asentada en las entrañas de la tierra, se alzaba en recta cortadura hasta las altas regiones del aire. Inmóbiles y con el cabello erizado quedaron los delanteros al contemplar el abismo, y trataron de volver por los mismos pasos; pero al buscar sendas mas expeditas vieron asomar y girar por las cumbres unas figuras, al parecer fantásticas, dando aullidos y blandiendo teas encendidas. Creyeron los cristianos que los malos genios, dignos moradores de aquellos páramos tristísimos, se alejaban ahuyentados por el estrépito de las armas. No duró esta ilusion: eran los moros de Archidona y su comarca, que habian espiado á los cristianos y seguídolos por sus pasos calladamente hasta hacerles caer en la red. Á los gritos de los que aparecieron en las cumbres y á las columnas de humo que elevaron con hogueras, acudió el oculto gentío prorumpiendo en injurias y amenazas: los cristianos se encomendaron á Dios convencidos de que llegaba la hora postrera. No servian allí la serenidad, ni el valor, ni la destreza de las armas: los moros ofendian impunes: galgas y peñascos enormes, rodados desde las cumbres, descendian zumbando, arrastraban en pos una granizada de piedras menores y hacian volar á los precipicios mas hondos á centenares de peones y caballeros. La órden de Alcántara no sufrió desde su creacion un revés tan funesto: 15 comendadores, todos los capitanes é hidalgos de Écija y de su comarca que se alistaron voluntarios para la expedicion y al-

gunos otros de Extremadura que acudieron al mismo servicio, hallaron oscura muerte en simas y derrumbaderos. D. Gutierre pudo ocultarse en un jaral, y salió á puerto de salvacion guiado por un converso práctico en el terreno: de los 800 ginetes y 1C peones que componian la hueste escaparon 100: los demás perecieron[1].

Consecuencias del anterior revés A. 1435.

Mucho desaliento se apoderó de los cristianos con la noticia de este revés. D. Fernando Álvares de Toledo y el obispo de Jaen D. Gonzalo de Stúñiga que cercaban á Huelma, levantaron sus reales, y se retiraron á la capital[2]. El rey D. Juan, aunque muy pesaroso, escribió una benévola carta al maestre consolándole y otorgándole facultad para proveer los oficios vacantes por la muerte de los comendadores y caballeros: al propio tiempo encargó á los adelantados y capitanes de la frontera que vengaran con usuras tamaño desastre. D. Fernando Álvarez de Toledo y el obispo de Jaen D. Gonzalo de Stúñiga, fieles al mandato é impacientes de dejar limpio el brillo de sus armas que juzgaban empañado desde la retirada de Huelma, formaron hueste en union con el conde de Cortes, con el comendador mayor de Calatrava D. Juan Ramirez de Guzman, con D. Rodrigo de Perea, adelantado de Cazorla, y con otros caballeros y señores heredados en aquel reino: sus apellidos, Padillas, Álvarez, Carrillos, Mendozas, Coellos, Silvas, Zambranas, Valenzue-

Correría de los cristianos en los campos de Guadix. Reñida batalla.

---

[1] Fernan Perez de Guzman al referir la pérdida de estos caballeros (*Crón. de D. Juan,* año 34, cap. 251), hace una digresion para dar oportunos consejos á los caudillos militares.

[2] *Crón. de D. Juan,* año 35, cap. 253.

las, Aguilares y Benavides, aparecen consignados en las crónicas del siglo XV y conservados aun en la grandeza española. Todos estos, en número de 1.500 caballeros y de 6C peones, entraron abrasando villas y montes y apresando ganados hasta la vega de Guadix. El capitan mayor D. Fernando Álvarez, noticioso de que el rey Izquierdo habia reforzado la guarnicion de aquella ciudad con los fuertes escuadrones Abencerrajes y Benimerines, preparó celadas y adoptó otras disposiciones convenientes para ejercer una rigorosa tala. El mismo caudillo, el comendador de Calatrava y el obispo practicaron un reconocimiento al frente de 400 ginetes y llegaron hasta los baluartes persiguiendo á 200 ginetes y á 3C flecheros moros que salieron á disputar el paso. Encargados de la tala el conde de Cortes, Gonzalo Carrillo, Pedro Rodriguez de Torres, Juan de Mendoza y Fernando de Sotomayor, fueron acometidos por diversos batallones enemigos cuya táctica consistia en atacar, huir, ampararse en las huertas, reiterar la carga y molestar con rebatos incesantes. En una de estas tuvieron que pedir refuerzos los taladores, y el obispo de Jaen á quien tocó la guardia aquel dia, acudió abriéndose paso con su espada entre las filas agarenas y perdió su caballo. Acometido el prelado por una caterva infiel é impávido en tan grave peligro, púsose en guardia y resistió peleando hasta que llegó en su auxilio Juan de Padilla con algunos adalides. Menos feliz perdió este su caballo, pidió á un escudero otro que tambien fué muerto y desmontado por segunda vez recibió en un muslo una lanzada profunda. Ardiente sin embargo en defender al obispo, metiose entre los infieles hiriendo y matando, los ahuyentó, y los hubiera acosado á no haber caido en tierra con un

desmayo: dos hombres de armas, al verle bañado en sangre y con rostro cadavérico, le condujeron al real donde los físicos le prestaron los auxilios del arte. Habia perecido en sitio opuesto el alférez mayor Rodrigo Álvarez, y su estandarte servia ya de trofeo y vanagloria á los moros aprehensores. Apenas se enteraron de este ultraje Juan Mendoza, Per Coello y Juan de Flores, corrieron con sus armas, derribaron el brazo del infiel que llevaba el estandarte apresado, é hiriendo á unos, atropellando á otros y hendiendo cabezas hasta los hombros rescataron la mejor prenda de la hueste[1]. Resolvió el señor de Valdecorneja empeñar una batalla decisiva, y mandando tocar todos los atabales y trompetas y desplegar pendones é invocando á Dios y á Santiago, cargó con su reserva y arrolló no sin oposicion á los tenaces enemigos. Los caballeros Fernando de Cárdenas, Pedro Rodriguez y Alonso Gutierrez fueron heridos. El adelantado Rodrigo de Perea recibió una cuchillada en una pierna y un fuerte golpe de lanza que le abolló el peto y espaldar: los moros dejaron sobre el campo 400 cadáveres y dos banderas: muchos heridos se acogieron al recinto de Granada y Guadix. La comarca quedó asolada, y la hueste volvió á Jaen no satisfecha del triunfo aunque cargada de despojos[2].

---

[1] El Bachiller de Cibdad Real refiere con toda puntualidad los lances de esta batalla. *Cent. epist.* 67, á Juan de Mena.

[2] Suarez, *Histor. del Obisp. de Guadix y Baza,* cap. 8, parr. 4. Bleda, *Crón. de los mor.,* lib. 4, cap. 43. Garibay, *Comp. Histor.,* lib. 20, cap. 21.

Mientras ocurria el sangriento choque de Guadix, el adelantado de Murcia Alonso Yañez Fajardo abrasaba los campos de Velez el Blanco y Velez el Rubio, y obligaba á sus moradores á reconocerse tributarios y vasallos del rey de Castilla. Tambien entabló con algunos moros de Guadix y Baza, desavenidos con el rey Izquierdo por las influencias de la casa de Alnayar, correspondencia secreta para hacer extensivo á esta tierra el convenio; pero sus condiciones demasiado duras no fueron aceptadas: rehusaban los moros permanecer dependientes de los adelantados, rendir el tributo de vasallos y entregar las fortalezas á guarnicion cristiana [1]. Por ello la guerra continuó con sus vicisitudes de pesares y rogocijos. Los fronteros de Jaen ganaron las villas de Benzalema y Benamaurel: acudieron los moros á rescatarlas, y no lograron su intento por las activas disposiciones de la gente de Baeza. Hizo olvidar este triunfo un suceso infausto. D. Enrique de Guzman, conde de Niebla, cercó con su ejército y escuadra la plaza de Gibraltar y fué rechazado por los moros: vivamente perseguido por la guarnicion vencedora, trató de refugiarse en su galera capitana anclada junto al rio Palmones, crecido á la sazon con la marea: no bien se hubo metido el conde en la lancha, vió á uno de sus criados luchando con las olas y pidiendo socorro, é interesado el buen caballero por salvar la vida de aquel infeliz, mandó á los remeros que enderezasen el rumbo en su auxilio. Los moros entretanto sacrificaban á orillas del mar á cuantos caian en sus manos, y obligaban á muchos sol-

Hostilidades del adelantado de Murcia.

Proposiciones de los moros. A. 1436 de J. C.: enero

Catástrofe en la playa de Gibraltar. A. 1436: 31 de agosto.

---

[1] *Crón. de D. Juan*, año 36, cap. 264.

dados á lanzarse al agua para huir del hierro. Algunos de los que se sostenian nadando se dirigieron hácia la barca y se abalanzaron volcándola y arrojando al agua á los remeros, al conde y á 40 caballeros que le acompañaban: los marinos se salvaron, el conde y los demás cayeron con el peso de sus armas al fondo del mar, donde se ahogaron[1].

El marqués de Santillana conquista á Huelma. A. 1438 de J. C. 20 de abril.

Fué mas afortunado que D. Fernando Álvarez de Toledo en la conquista de Huelma D. Íñigo Lopez de Mendoza, célebre en los anales de la poesía española por su título de marqués de Santillana: reunió este caballero todos los pendones de Jaen, cercó la poblacion y combatió sus torres con arietes y lombardas. Los moros acobardados propusieron rendirse, y estando casi fenecida la negociacion vino noticia de que el rey de Granada avanzaba con un ejército poderoso: con este aviso suspendió D. Íñigo la conferencia y dió el toque de cabalgar. Estuvieron remisos algunos ginetes á quienes parecia prudente cerrar el trato y ocupar la fortaleza; mas el jefe se hizo respetar y tomó posiciones con sus soldados. Habiendo resultado falsa la proximidad de los granadinos, aceleraron los cristianos los trabajos del sitio, entraron á viva fuerza y reconcentraron á los moros en la fortaleza. Estos despues de pelear durante cuatro dias, se rindieron con la concesion de retirarse libres á Cambil y á Alhabar. Desunida la soldadesca cristiana disputaba sobre la gloria del vencimiento, y cada com-

[1] Ortiz Zúñiga (*Anal. de Sev.*, lib. 10, año 1436) fija con exactitud el mes y dia de la desgracia omitidos en la *Crón. de D. Juan.* Véase el *Cent. epist.*, 69.

pañía solicitaba que la bandera de su villa se enarbolase primero en el castillo. D. Iñigo mandó formar un haz con todas y elevarlas simultáneamente. Ganada Huelma, alegó Baeza privilegio de S. Fernando para agregarla á su jurisdiccion luego que fuese conquistada, por lo cual el regidor Juan Alfon partió á la corte é hizo valer la donacion del rey Santo[1].

Batalla de Castril: muerte del adelantado de Cazorla. A. 1438 de J. C.: 28 de julio.

Una terrible catástrofe cubrió de luto á las familias mas nobles de Castilla y de Granada y puso término con su estrago al funesto período de talas, asaltos y correrías. El adelantado de Cazorla Rodrigo de Perea, á quien ya hemos visto herido y mas animoso que afortunado en lides, dispuso entrar en algarada por los campos de Baza. El humo de las torres telegráficas trasmitió á Granada la nueva aparicion, y los Abencerrajes, que no perdonaban medio de hacerse dignos de la confianza que en su tribu habia depositado el rey, hicieron resonar el añafil de guerra. Alistados 40 hombres ballesteros y ginetes, cayeron á marchas dobles sobre el enemigo en

[1] Iñigo Lopez de Mendoza, descendiente de una de las mas ilustres familias de Castilla, fué primer marqués de Santillana, con cuyo título es célebre en la Historia de la poesía española. Casó con D.ª Catalina de Figueroa, hija de D. Lorenzo, maestre de Santiago, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos casi todos personajes ilustres: D. Diego, que sucedió en sus estados; D. Iñigo, de quien descienden los condes de Tendilla y marqueses de Mondejar; D. Lorenzo, señor de Vallehermoso, de quien descienden los condes de la Coruña; D. Pedro Laso de la Vega, D. Pedro Gonzalez de Mendoza, el gran cardenal y arzobispo de Toledo, D. Juan y D. Fernando: hembras, D.ª Mencía, que casó con el condestable D. Pedro Hernandez de Velasco; D.ª Leonor, esposa de D. Gaston, conde de Medinaceli, y D.ª María, que lo fué de Perafan de Rivera, adelantado de Andalucía.

los campos de Castril, hácia el paraje llamado de *Los Tubos*. Capitaneaba á los granadinos el hijo de Jusef, Aben Cerraz, jóven hermoso que tenia arebatados los corazones de muchas damas moras por su fina galantería y por su rara destreza en el manejo de las armas[1]. El Abencerraje habia remitido carteles á los cristianos de la frontera, diciéndoles en tono de duelo, que era extraño que caballeros preciados de valientes corrieran la tierra como aves de rapiña, y ejerciesen su furor con gente desvalida, imitando á la raposa cuando sorprende dormido á su débil enemigo; que las águilas combatian en el campo con las águilas y los leones con los leones. El mancebo Abencerraje hizo ver que su provocacion no era hija de una arrogancia frívola; porque no bien columbró á la gente cristiana, se lanzó al frente de sus escuadrones con furioso ímpetu. El adelantado Perea cayó muerto á manos de un caballero Benimerin, que le introdujo su aguda pica hasta las entrañas. Aunque los cristianos hicieron prodigios de valor, no pudieron resistir el esfuerzo de los granadinos: casi todos cubrieron con sus cadáveres el campo. El Abencerraje hacia gala de sù valor y acudia á interponer sus armas en los trances mas peligrosos, hasta que herido de una estocada y de un flechazo, se desangró en el campo, y conducido á su tienda en hombros de los soldados, espiró en breve. La muerte de este caballero, jóven, hermoso, discreto y uno de los mas galanes de la corte, acibaró la satisfaccion de los granadinos, por victoria tan se-

Muere el Abencerraje

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 31.

ñalada[1]. Entre los cristianos hubo muchos duelos por la desgracia del adelantado y de sus compañeros. Una tregua tácita ocasionada por los motines y represalias que estallaron en Castilla y Granada suspendió la guerra. La discordia civil dividió á los hijos de ambos estados en bandos homicidas, y reprodujo el caos anárquico de los siglos medios. Por una combinacion rara los dos reyes, Mohamad el Izquierdo y D. Juan II, carecian del vigor necesario para hacer formidables sus cetros, y agravaron con sus debilidades la anarquía y las tribulaciones de sus vasallos[2]. Tregua.

Se encendió la guerra en Granada con un pretexto frívolo al parecer. El rey tenia dos sobrinos; Aben Osmin é Ismael: el uno vivia en Almería disimulando su ambicion, y el otro permanecia en Granada preocupado con los amores de una doncella de admirable hermosura y en cuyo enlace cifraba toda su dicha. En vísperas de sus bodas recibió una noticia que despertó con sus celos de árabe deseos de venganza: el rey le vedaba su casamiento y disponia de la mano de su amada en obsequio de otro caballero privado suyo. Ismael declamó frenético contra tal acto de ti- Sedicion en Granada. A. 1445 de J. C.

---

[1] «La muerte del ínclito Abencerraje fué muy llorada en todo el reino, y en especial fué sentida de la noble juventud de Granada y de las damas, de quienes era muy favorecido por su hermosura y gentileza.'' Conde, *Domin*, p. 4, cap. 31. Es tambien notable el testimonio de Perez de Guzman, relativo al jóven Abencerraje: «Murió un caballero, el mayor del reino de Granada, que se llamaba Aben Cerraz, el cual habia hecho muy grandes daños á los cristianos.'' *Crón. de D. Juan*, año 38, cap. 276.

[2] Los carácteres de D. Juan II y de Mohamad VIII, tenian muchos puntos de semejanza; ambos soberanos fluctuaron á merced de los grandes y entregaron las riendas del gobierno á privados y favoritos.

ranía, abominó del monarca, y seguido de sus amigos y parciales, que eran muy numerosos en la corte, tomó armas y caballo, huyó con lucida comitiva por la puerta de Elvira, y pidió hospitalidad á los caballeros cristianos de la frontera[1]. La evasion del príncipe Ismael y de sus amigos acaloró los ánimos en Granada. Aben Osmin, sabedor del disgusto que reinaba en la corte, vino disfrazado, celebró sesiones nocturnas con personajes turbulentos, y derramando oro en abundancia, sublevó al populacho: sorprendió luego en los voluptuosos aposentos de la Alhambra á su tio el Izquierdo, le obligó á abdicar, le prendió y se proclamó rey de Granada. La rueda de la fortuna giró abatiendo segunda vez á los Abencerrajes y entregando el poder al partido opuesto.

17.º rey Mohamad Aben Osmin. A. 1445 de J. C.: setiembre.

Mohamad Aben Osmin el Anaf (el *Cojo* porque lo era) no tardó en conocer que es ilusorio el placer que se alcanza en la carrera de la ambicion. Los partidarios del vicir Abdilvar y toda la tribu de los Abencerrajes, recelosos de la perfidia de sus rivales, abandonaron la corte y se parapetaron en Montefrío. Convencidos de que Mohamad el Izquierdo habia perdido por su debilidad y desacierto las simpatías del pueblo y de que sería infaliblemente asesinado si levantaban pendones á su favor, invitaron al infante Ismael que estaba en Castilla para que acudiese á

[1] *Crón. de D. Juan,* año 45, cap. 85. El motivo de variar el órden de capítulos en las citas de la *Crónica,* consiste en la razon que apunta su autor al escribir los sucesos del año 41. « Por no multiplicar, dice, los capítulos, escrebirse ha de aquí adelante capítulo primero.'' *Edic.* de Pamplona, año 1540.

hacer valer sus derechos[1]. El príncipe pidió licencia á D. Juan II, y obtuvo además autorizacion para tomar de los adelantados y fronteros subsidios y refuerzos de caballería. Con elementos tan favorables llegó Ismael á Montefrio : adelantáronse á recibirle los Abencerrajes proscriptos y le proclamaron rey de Granada, estableciendo en la misma villa un simulacro de corte. Aben Osmin calculó que el único medio de aniquilar á la faccion enemiga y de granjearse á la venal y voluble plebe, consistia en ostentar el título de celoso defensor de la ley muslímica. Los castellanos se devoraban á la sazon con intestinas discordias, y no era prudente desperdiciar coyuntura tan favorable : así, rompió las líneas de la frontera, pasó á cuchillo á la guarnicion de Benamaurel y á sus moradores y cautivó al alcaide Alonso de Herrera. Engreido con este triunfo, presentose á la vista de Benzalema, exhortó á su alcaide Álvaro de Pecellin, por medio del prisionero Herrera, para que entregase el castillo, en cuyo caso ofrecia perdon, amenazando de lo contrario con un degüello general. Rechazada con insultos esta proposicion, ordenó el asalto, que llevó á cabo la muchedumbre pagana ensangrentándose furiosa sin distinguir clases ni edades. Estos triunfos y los despojos de ganados, armas y cautivos con que se enriqueció la soldadesca, dieron alguna consistencia al trono endeble de Aben Osmin[2].

Partida de Ismael á Montefrio.

Actividad de Aben Osmin. A. 1446 de J. C.

Viose por la vez primera á los fronteros de Jaen tolerar el agravio del moro. Baeza, Úbeda, Li-

Situacion deplorable

1 Mármol, *Descrip.*, lib. 2, cap. 38.
2 *Crón. de D. Juan*, año 46, cap. 95.

del reino de Jaen.

nares, Martos, Andujar, todas las villas considerables cuyos pendones ponian espanto en las filas agarenas, estaban convertidas en teatro de una deplorable anarquía. El infante D. Enrique, confederado con el príncipe de Aragon y con el rey de Navarra, y apoyado por muchos grandes del reino para destruir la privanza de D. Álvaro de Luna, quiso atraer á su partido las ciudades, villas y castillos de Jaen, porque en ellas residian tropas aguerridas cuya influencia era decisiva en la contienda civil. Unas mantuviéronse fieles al rey D. Juan y otras se declararon parciales de D. Enrique. Sus vecinos corrian armados los campos enemigos llevándolo todo á sangre y fuego, cual si estuviesen rotos para siempre los vínculos de un mismo linaje y de una misma sociedad. No habia mas ley que la lanza, ni mas autoridad que la del campeon que la blandia. Cada villa, cada fortaleza, era abrigo de una hueste hostil, mas bien que morada de familias regidas por el cetro de Castilla[1].

Inquietud de los caballeros de Calatrava.

Se encendió mas y mas el fuego de la discordia en Jaen con la muerte del maestre de Calatraba D. Luis de Guzman y con la inquietud de los caballeros de las Órdenes. Aunque cada faccion proponia su candidato para el maestrago, ninguna se mostró mas audaz que la de D. Luis Guzman, hijo del difunto, que proclamó maestre al clavero D. Fernando Padilla y apoderado de Martos y de las demás fortalezas de la órden en Jaen, despreció al candidato del rey y de su gobierno. D. Rodrigo Manrique, comendador de

---

[1] Argote de Molina (*Nobleza*, lib. 2, cap. 237 y sig.) y Jimena (*Anal. de Jaen*, pág. 401) ofrecen datos muy curiosos sobre las turbaciones de Jaen.

Segura, recibió el encargo de reducir al rebelde y á los caballeros de Calatrava, y seguido de muchos señores de Andalucía acudió sin demora. Acomodábale entrar en Baeza, como punto céntrico que facilitaba las operaciones militares; pero no habiéndolo conseguido por la repugnancia de los caballeros y moradores que temian la venganza de sus parientes los Benavides señores de Santistéban, tomó posiciones en Andújar. Salió de esta ciudad con 300 ginetes y partió hácia Arjona, lugar de la órden, ocupado por igual número de caballeros de Calatrava á las órdenes de D. Luis Guzman y de Juan de Merlo señor de Valdenebro. Era este un caballero cuya fama se habia extendido en todas las cortes de Europa, por su gentil apostura y por su destreza en el manejo de las armas. Apenas sabia Juan de Merlo que el rey ó algun príncipe de Francia, Alemania ó Italia emplazaba justadores para fiestas reales, cabalgaba en compañía de sus escuderos y donceles y marchaba en busca de aventuras aunque fuese á los confines mas remotos. Dos victorias en el extranjeros, la una el vencimiento de Micer Pierres de Bracamonte, señor de Charni, agregado á la casa de Borgoña, la otra, la humillacion del envanecido caballero Enrique de Remestan, en dos torneos célebres, le granjearon una fama extraordinaria. El buen justador, poseido de celo por su fe y no satisfecho con los laureles de batallas simuladas, se estableció en Alcalá la Real, desde cuya frontera se ejercitaba en provecho de la cristiandad, ya desafiando á los caballeros de Granada, ya talando sus mieses en la vega, ya sorprendiendo los exploradores y destacamentos moros. Arrebatado por el torrente de la discordia civil siguió las banderas de D. Luis Guzman, y su lanza era reconocida como la mas temible de la hues-

Carácter de Juan de Merlo.

te[1]. Las avanzadas de D. Rodrigo y de sus rivales diéronse vista en el lugar de Hardon [2]: no hubo toque de trompeta ni señal de ataque. Los caballeros de ambos bandos se precipitaron lanza en ristre, y unos cayeron sin vida y otros regaron con su sangre el campo de batalla. Equilibradas las fuerzas peleábase de caballero á caballero con emulacion altanera. Aunque D. Rodrigo y sus campeones hicieron prodigios de valor, cedieron al heroismo de los caballeros de Calatrava y tuvieron que retirarse acuchillados y deshechos. Juan de Merlo lanzose solo en pos de los fugitivos, y fiado en la firmeza de sus armas acosó á un grupo de adalides. Revolvieron estos, le hicieron retirarse, y al pasar un puente le asestaron una flecha que le derribó sin vida[3].

Correría de Aben Osmin por levante.
A. 1447 de J. C.

Estas discordias fatales infundian el mayor regocijo en el corazon de Aben Osmin, ya porque retardaban los recursos prometidos por el rey de Castilla á Aben Ismael, ya porque suministraban pábulo á la actividad de la plebe granadina, turbulenta y ávida de novedades. Los moros recibian con entusiasmo noticias de correrías ejecutadas impunemente por los caudillos y aventureros fronterizos, en las comarcas donde en otro tiempo habian encontrado su sepulcro millares de campeones. La situacion se presentaba propicia para inflamar los espíritus, para atizar el odio

---

[1] *Crón. de D. Juan,* año 33, cap. 239. Cervantes hace memoria del célebre justador.

[2] Despoblado entre Andujar y Arjona; aun se conserva un cortijo llamado El Hardon.

[3] Argote, lib. 2, cap. 247. Juan de Mena lamentó su muerte en la copla que principia

«Allí, Juan de Merlo, te ví con dolor" &c.

del pueblo contra los conjurados de Montefrío y para convertir los trofeos de la victoria en base sólida del trono. Excitaciones clandestinas produjeron el resultado que Aben Osmin apetecia: no fué solo en los torreones de la Alcazaba y de la Alhambra donde amanecieron tremolados pendones de guerra; en ciudades, en aislados castillos, en humildes villas fueron alzadas las banderas de la media luna. Las cimitarras y las lanzas brillaron empuñadas por cuantos musulmanes conservaban vigor en sus brazos y fuego patrio en sus pechos. Las naves de las mezquitas resonaron con exhortaciones furibundas, y los alfakis, apoyados en las suras del Coran, predicaron que habia llegado la hora de la venganza y el dia de restaurar el esplendor del imperio muslímico. Aben Osmin entretanto habia convocado á los guerreros acreditados y á los ancianos y jeques de las tribus, para oir sus consejos y combinar un acertado plan de campaña. Nunca se habia reunido en los salones de la Alhambra tan grave ni tan numerosa asamblea: los santones y consejeros se veian mezclados con los adalides y almogawares. La discusion no fué prolija: «No perdamos el «tiempo en deliberaciones estériles, dijeron algu«nos capitanes de ceño airado, rompan nuestras «huestes por diversos puntos de la frontera, lle«ven la desolacion y la muerte al riñon del pais «enemigo, y sea reducida á pavesas y á escom«bros la ciudad infiel que no se humille al colum«brar nuestras banderas." Nadie osó contradecir esta inspiracion arrogante: un alistamiento espontáneo reforzó en breve las filas del ejército: partieron hábiles negociadores á las cortes de Aragon y Navarra para proponer á sus reyes, enemistados la sazon con el de Castilla, alianza con el de Granada y combinar los movimien-

tos de la campaña. Las respuestas no fueron esperadas: una division salió destacada hácia Montefrío para lanzar al puñado de *traidores* que en esta fortaleza se abrigaban, mas temibles por sus intrigas que por su número[1]. El rey mismo acaudillando el cuerpo principal del ejército entró á sangre y fuego por las campiñas de levante. Arenas, Huescar, Galera y Castilleja, gloriosa conquista del comendador de Segura D. Rodrigo Manrique, y los Velez, sometidos por la perseverancia de los adelantados de Murcia, sucumbieron ante el torrente desbordado. No habia memoria en la frontera de un aparato tan temible ni de una devastacion tan general. Cuantos rebaños pastaban en las dehesas y en los templados valles de levante fueron presa de las muchas partidas destacadas al merodeo. Escuadrones ligeros conducian cada noche al campamento millares de cautivos de ambos sexos y de todas edades y condiciones, y los caudillos y los capitanes escogian como en un mercado ó jóvenes bellas para sus harems, ó esclavos de servidumbre para sus familias, ó brazos útiles para sus haciendas. Alonso Fajardo y Diego Rivera, fronteros en Lorca, no pudieron contener la irrupcion y se mantuvieron al abrigo de sus fortalezas: el ejército devastador llegó hasta los campos de Hellin y Jumilla donde residia D. Álvaro Tellez Giron. Quiso este defender aquel distrito, atacó con gente visoña y mal arreada, y el imprudente caballero tuvo que encerrarse á todo correr con su caballo en la primera de aquellas poblaciones con muer-

---

[1] Conde, p. 4, cap. 32.

te y cautiverio de todos los suyos. Saciada de pillaje la hueste agarena regresó á Granada, aligeró la balumba del botin, y se preparó para nueva correría hácia las feraces campiñas de Antequera, de Estepa y de Osuna[1].

Segunda correría. A. 1452 de J. C.: febrero.

Mientras los añafiles daban á los guerreros de Granada la señal de partir para esta campaña, Mofarris, uno de los soldados expedicionarios, tuvo una inspiracion al parecer maravillosa: sintió una voz secreta que le inclinaba con vehemencia irresistible á abjurar la fe de sus mayores y á abrazar la de J. C. Desertando de sus banderas se presentó al alcaide de la torre de Alhaquin, junto á Ronda, postrose á sus plantas, arrojó sus vestiduras moriscas y pidió que las ceremonias santas le purificasen de sus errores. El cura del castillo derramó en las sienes del pagano el agua del bautismo haciéndole adoptar el nombre de Benito y el apellido de Chinchilla[2], y tranquilo el novel cristiano cual si hubiese arrojado un peso que le oprimiera el alma, dijo que debia revelar un secreto importante á D. Juan Ponce de Leon, conde de Arcos y señor de Marchena[3]. Estaba D. Juan doliente en cama, y á pesar de su postracion mandó que condujesen á su presencia al recien converso. Este rindió acatamiento y reveló la proximidad del enemigo. No habria enardecido mas al conde de Arcos una estocada á traicion con un puñal hecho ascua, que esta noticia inesperada. Al punto se arrojó del lecho,

Eficacia del conde de Arcos: 8 de febrero.

---

1 *Crón. de D. Juan*, año 47, cap. 101.

2 *Crón. de D. Juan*, año 52, cap. 128.

3 Salazar de Mendoza, *Chronico de los Ponces de Leon*, elogio 16. D. Juan fué el segundo conde de Arcos por merced de D. Juan II, hecha á su padre D. Pedro.

alborotó á pajes y á escuderos, pidió su armadura de bronce, su adarga, su lanza, su caballo, mandó que los atabaleros y trompetas atronasen con el toque de alarma, y sin esperar refuerzos de otras villas salió de Marchena con 300 caballos y 600 peones. Creció el furor de esta pequeña hueste al ver el camino poblado de viejos, de aldeanas, de niños, de ganaderos que huian despavoridos y referian el rigor bárbaro del moro. No habia soldado que no bramara de ira y que no exhalara sus deseos de venganza. El conde, como práctico en este género de guerra, se proponia tomar posiciones en unas angosturas por donde necesariamente habian de pasar los moros, y hostilizarles y contenerles desde ellas sin riesgo de su gente: para ello anduvo en una tarde y su noche 14 leguas, emboscó la caballería en unos barrancos y colocó guerrillas de peones entre las bre-
9 de febrero ñas y zarzales. Al rayar el siguiente dia comenzaron á circular por la capiña ginetes moros recogiendo ganados, maltratando á sus pastores y devastando muy á su placer árboles, sembrados, molinos y caseríos. Exasperado el conde con aquellas violencias se precipitó en la llanura al frente de sus ginetes y comenzó á herir con tal furia en las huestes desordenadas, que estas creyéndose atacadas por todo el poder de Andalucía, abandonaron tiendas, cautivos, armas y despojos, y huyeron hácia una selva llamada de Mataparda: aquí lograron los capitanes moros con amenazas y voces rehacer sus líneas y ponerse en observacion. El conde vino en seguida contra estas filas, las desordenó é hizo al enemigo orgulloso antes ocultar su vergonzosa derrota en las montañas inmediatas. 55 presos, 400 muertos, 100 caballos enjaezados, ricos despojos de dinero y ropa, el rescate de los cautivos y ganados, y, sobreto-

do, el escarmiento del enemigo engreido, fueron el resultado de la audaz jornada[1].

Pensamiento orgulloso de Aben Osmin.

La victoria del conde de Arcos excitó la emulacion de los caballeros de Granada y picó vivamente el orgullo de Aben Osmin. «Verdad es, dijo «este cavilando en los salones de la Alhambra, «que mis soldados han vuelto gurupas al ponien«te; mas ha sido para acestar sus tiros hácia le«vante." Significaba con esta frase sus deseos de provocar nueva pelea en los campos de Lorca, Murcia ó Cartagena.

Emulacion de los caballeros granadinos.

Los caballeros moros, despechados con el anterior descalabro y devorados de impaciencia por marchar á la frontera y vengarse, acudieron á la Alhambra, y pidieron á Aben Osmin licencia para cabalgar. El rey, preocupado con igual pensamiento, no solo la otorgó sino que eligió las divisiones, nombró capitanes, aprontó dinero para las pagas y dió el mando de la hueste al jóven Abdilvar. Era este un mancebo sin miedo ni tacha, hijo del guerrero y vicir del mismo nombre que habia acaudillado á los Abencerrajes. El novel campeon rehusó con tenacidad tomar parte en la contienda de los disidentes de Montefrío, y ni las amonestaciones de su familia, ni las instancias de sus amigos sirvieron para alistarle en las banderas de Aben Ismael: un motivo secreto le tenia aprisionado en Granada y hasta le hacia inclinarse al partido de Aben Osmin[2]. En un dia de torneo clavó su vista en un ajimez y observó que una mora de aquellas «que, se-

El hijo de Abdilvar su caudillo.

Amoríos del jóven caudillo.

---

[1] Ortiz Zúñiga, *Anal. de Sev.*, lib. 10, año 1432.

[2] «Este mancebo, entretenido en unos amores, no habia querido seguir el bando de su padre el vicir Abdilvar, y con esperanza de conseguir en premio de sus buenos servicios su

«gun las leyendas árabes, con solo mirar introdu-
«cian en el corazon raudales de deleite," atendia con singular aficion á los giros de su caballo, á los botes y acierto de su lanza. Esta novedad encendió repentino entusiasmo en el pecho del caballero, y le sirvió, cual maravilloso talisman, para hacer mil gentilezas en el palenque y ganar los laureles de la justa. Al siguiente dia se informó de la calidad y linaje de la dama, hizo trovas al pié de su ventana, y aunque logró fina correspondencia, supo que era hija de un vicir hostil á los Abencerrajes, inflexible en sus enemistades y capaz á la mas leve sospecha de matar á la enamorada doncella. Deseando Abdilvar superar los obstáculos que oponian á su felicidad los rencores hereditarios de ambas familias, se adhirió al partido de Aben Osmin, y concibió la esperanza de obtener en premio de altos servicios la mano de su señora. El rey estaba tan cerciorado de las relevantes cualidades del Abencerraje, como que todos los granadinos le reconocian en cumplir su promesa fiel, en aconsejar discreto, en ejecutar veloz, en acometer animoso, en usar de la victoria clemente: era el tipo de la gracia, del valor y del genio que habian desplegado los árabes andaluces en sus tiempos de gloria. Á la fama de una campaña emprendida bajo la direccion de Abdilvar se pobló Granada de caballeros de Ronda y Málaga, seguidos de muchos vasallos armados. Aben Cacin, capitan de los exploradores reales de la vega, se alistó

---

deseado casamiento, permaneció en Granada, y el rey Aben Osmin le estimaba por su valor y le encargaba las mas dificiles y honrosas empresas." Conde, p. 4, cap. 32.

tambien para la jornada. El dia de la salida se conmovió la ciudad con el eco de las trompetas, añafiles y dulzainas, y entre vivas aclamaciones desfilaron gallardamente los Alaveses y Gomeles, los Muzas y Zegríes, los Marines y Gazules y otros muchos guerreros de linaje esclarecido[1]. Marchó Abdilvar con su ejército por Guadix y Baza, en cuyo tránsito se agregaron los guerreros de estas ciudades á las órdenes de sus alcaides Almoradi y Aben Abis: encaminose á Vera, última plaza de la frontera, á la cual acudió el gobernador de Almería Malique Alavés, apellidado el *Intrépido* por sus audaces correrías en los campos de Lorca y por el rigor de su afilada lanza. Capitaneaba Malique los moros mas feroces del reino, á los montañeses criados en sierra de Gador y en las frias vertientes de la Nevada; gente membruda, frugal, sufrida, acostumbrada á vivir sin freno ni ley en sus tierras inaccesibles y solo obediente al eco de la bocina que anunciaba la hora de tomar parte en la devastacion y el pillaje del campo cristiano. Tambien los alcaides de Cullar, Orce, Huescar, los Velez, Xiquena, Tirieza, Caniles y Purchena entraron en Vera con estandartes desplegados. Sale el ejército. A. 1452 de J. C.: marzo.

Abdilvar arengó al ejército y dió en seguida la órden de marchar: los campos de Pulpi, las Correrías.

---

[1] A este suceso es alusivo aquel gracioso romance que principia:

Allá en Granada la rica
Instrumentos oí tocar,
En la calle de Gomeles
A la puerta de Abdilvar.
El cual es moro valiente,
Y muy fuerte capitan. &c.

marinas de Lorca, áridas, solitarias, yermas, no ofrecian objeto en que el soldado pudiera cebar su rapacidad: tuvieron que correrse las brigadas musulmanas hácia los campos de Murcia y Cartagena, en cuya tierra hallaron ya ganados, cautivos y víveres en abundancia: riquísimo fué el botin reunido en aquella comarca; millares de familias quedaron empobrecidas y las que no pudieron acogerse al recinto de las villas cercanas arrastraron la cadena del cautiverio.

Sospecha de Abdilvar.

No agradaba á Abdilvar la inaccion de los cristianos, ni la particularidad de no vislumbrar una banderola en todo el horizonte. «El enemi«go no duerme, dijo á sus cabos, reune fuerzas, «y no volveremos á la frontera sin ser acometi«dos." Consiguiente á esta presuncion dió órdenes para arreglar la retirada y conducir cómodamente el botin. Las tropas desembocaron con un estorboso convoy en los campos de Corvera y Escobar, cruzaron las vegas de Lorca y pasaron á apoyarse en el Puntarron, paraje así llamado por ser remate de la sierra que media entre los campos de aquella ciudad y sus marinas. Proponíase Abdilvar proseguir al abrigo de la sierra y no extenderse por la llanura, donde sería preciso abrirse el paso á punta de lanza, y sacrificar gente y parte del botin. Malique fué de contrario parecer, y sedujo con vivacidad y arrogancia á los demás caudillos: «Nuestros soldados, no so«lo deben invadir la llanura y no dejar huella de «vivientes, sino pasar al pié de las murallas de «Lorca y tremolar ante sus defensores nuestras «banderas, y turbarles el sueño con el son de los «atabales y trompetas." Comprometido Abdilvar con estas palabras, dió la órden de continuar por la rambla de la Viznaga y pasar á vista de Lorca.

Valor del

Su pronóstico no era infundado: mandaba á

la sazon en Lorca Alonso Fajardo, llamado el *Malo* por la dureza é inflexibilidad de su carácter: unia este caballero al valor de su padre D. Gonzalo y de su abuelo D. Juan, el temperamento bilioso y tétrico de un ingles visabuelo suyo; y si bien estas circunstancias le habian granjeado el apodo del *Malo,* sus hazañas y ardides de guerra le valieron el honorífico del *Bravo*[1]. Á la primera noticia de que los moros habian pasado la frontera, dispuso D. Alonso tocar á rebato con todas las campanas de la ciudad, alistó y armó á cuantos hombres podian manejar armas, y escribió al corregidor de Murcia Diego Rivera y á Alonso Lison comendador de Aledo, para que acudiesen á Lorca con cuanta gente les fuese posible: mientras llegaban estos refuerzos juntó los suyos y los colocó en fila. Creyeron los soldados que era llegada la hora del combate; mas pronto se desengañaron, viéndose conducidos en procesion al santuario de la Vírgen de las Huertas. Arrodillose el caudillo ante las aras, comenzó una plegaria con edificante fervor, y cuando estaba mas embebido en las letanías, se le apareció en la nave de la iglesia un fraile de la órden seráfica, con rostro angelical y grave continente. Era un religioso que vivia en olor de santidad de cuyas virtudes y don profético se contaban milagros en aquella tierra, que casualmente acudia al templo para implorar de Dios la buena ventura del pueblo escogido[2]. D. Alonso se inflamó de entusiasmo religioso al ver al fraile, sa-

adelantado Alonso Fajardo.

---

1 Morote, *Blasones de Lorca*. p. 2, lib. 3, cap. 15.
2 Morote, (*Blasones de Lorca,* p. 2, lib. 3, cap. 15) es mas prolijo que Cascales en la narracion de esta campaña.

lió y recorrió en su compañía las filas de sus voluntarios y les probó que todos eran ya invulnerables con la egida del varon santo. Aun se oian las últimas palabras de la peroracion, cuando llegaron el corregidor Rivera y el comendador Lison con los refuerzos solicitados.

Batalla de los Alporchones. A. 1452 de J. C.: 17 de marzo.

Se comenzaron á divisar en esto anchos remolinos de polvo, y á oirse los ecos lejanos de las cajas de guerra. El alcaide, su yerno Garci Manrique y el comendador ordenaron su gente y salieron con ella extramuros. Cuando las madres y las esposas afligidas veian partir á sus hijos y maridos, tuvieron ejemplo de resignacion heróica en el viejo hidalgo Pedro Gabarron, que marchaba contra el enemigo con sus 12 hijos, menores todos de edad. «¿Do vais con esos tiernos «niños? le preguntaron algunas personas flacas «de espíritu; advertid, que son muchos los moros «y los mas valientes de Granada."—«Llevo, res«pondió el hidalgo, doce cachorros para que se «ceben como leones en sangre mora, y cobren «aliento para las batallas," y sin mas palabra prosiguió su marcha.

Los moros, no bien divisaron al ejército enemigo, tomaron posiciones en la rambla y adelantaron algunas parejas para sostener las escaramuzas, frecuente preludio de sus batallas. Un hidalgo de Lorca, de nombre Quiñonero [1], que se adelantó con su caballo á desafiar á un adalid, fué cautivado y conducido á presencia de Malique. La seguridad con que el cristiano se pro-

---

[1] Jines Perez de Hita refiere en su romance de las *Guerras Civiles de Granada* esta prision que confirman los analistas fidedignos de Lorca y Murcia.

metia ventura para los suyos, hizo asomar la risa á los labios del moro, el que ciertamente hubiera replicado si el grito de los combatientes no le hubiese obligado á volar á las líneas. Los cristianos que avanzaban exclamando ¡Santiago! ¡Santiago! recibieron serenos una carga impetuosa de los moros, en la cual mordieron el polvo muchos ginetes de ambas filas. Ni mallas, ni espaldares, ni petos, resistian á la agudeza y empuje de las lanzas. Malique sostenia su ala con singular ardimiento y disminuia cruelmente los escuadrones enemigos, mientras Abdilvar, seguido de algunos caballeros pundonorosos, peleaba desesperado y sostenia su flanco con notable desventaja. Los infames alarbes de la Alpujarra habian recogido banderas y negádose á combatir por no exponerse á perder el fruto de su rapiña, y se retiraban presurosos por la sierra, degollando con bárbaro refinamiento á todos los cautivos cristianos que les estaban encomendados. Abdilvar, que confió ciegamente en el refuerzo de esta gente feroz y baldía, reconoció su imprudencia en ocasion irremediable: mientras sus caballeros tuvieron vida estorbaron el paso con parapetos de cadáveres cristianos; mas abrumados por el número, cayeron alanceados unos en pos de otros. Enflaquecido el extremo de la línea, corrieron los cristianos á envolverla y lo consiguieron sin obstáculo. Malique, cercado por la gente de Lorca, defendíase bravamente, y era tal el respeto de su lanza, y tan ligero el movimiento de su caballo, que la soldadesca giraba en torno amagando pero sin decision para acercarse. Á la fama de que estaba cercado un guerrero invencible, espoleó á su caballo y acudió con lanza y adarga D. Alonso Fajardo, y mandó despejar el campo. Malique recibióle en regla, mas no con fortuna; la lanza

Son vencidos los moros.

del cristiano le traspasó un costado y le derribó anegado en sangre. Los soldados acudieron á cebar su encono cortando la cabeza al vencido; mas D. Alonso reprimió el conato vil, mandando curarle y ponerle á buen recaudo. Ejecutada esta hazaña voló á otros puntos donde aun se sostenian vigorosamente los enemigos, y no tardó en dar fin á la resistencia y á la vida de sus mejores capitanes. Aben Cacin, jefe de los exploradores de la vega de Granada, los alcaides de Orce, Baza, Huéscar, Cullar y los Velez cubrieron con sus cadáveres aquel campo que habian corrido tantas veces victoriosos. La juventud mas bizarra y pundonorosa de Granada quedó allí sacrificada; y por uno de los inexplicables azares de la guerra, Abdilvar, el valiente Abdilvar, no recibió la muerte que provocó en sus accesos de vergüenza y de coraje, y vagando como demente á merced de su caballo se internó en la frontera y se agregó á los escasos restos de su gallarda hueste [1].

Entrada triunfante de los vencedores.

Los vencedores aunque diezmados se encaminaron á Lorca con todo el regocijo que merecia su feliz empresa. La parte de botin rescatada, los equipajes, caballos y armas de los moros entraron delante, las compañías ordenadas marchaban despues al son de las trompetas y repique de campanas y entre los vivas de los espectadores. Muchos peones llevaban ensartadas en sus picas cabezas lívidas de moros, y este mismo trofeo bárbaro colgaba destilando sangre de los ar-

---

1 Cascales, *Disc. Histor.* 10 y 11, y en la arrogante carta que D. Alonso escribió despues al rey D. Enrique recordándole esta hazaña.

zones de algunos caballos. Los cautivos, y Malique Alavés entre ellos, considerados indignos de pisar los umbrales de la puerta principal de Lorca por donde entraban los vencedores, fueron conducidos á un portillo que abria á un jardin del palacio de los Fajardos. Enterado el caballero moro de la humillacion á que sus vencedores querian someterle hizo hincapié, y mas sensible al tormento de una afrenta que al dolor acerbo de la lanzada, dijo, que él era un caballero por cuyas venas corria la sangre de los califas, y que como tal caballero no debia entrar sino por la puerta principal de la ciudad; que á no ser muerto no entraria por la falsa. Las tropas que le escoltaban se enfurecieron y le intimaron la alternativa de entrar ó morir; mas como viesen que el moro no solo no se amedrentaba, sino que perseveraba tenaz y arrogante, pusieron mano á las espadas y le despedazaron. La sangre de los demás cautivos corrió en arroyos por las calles de Lorca al cabo de algunos dias. El populacho, irritado con el aviso de que fraguaban una vasta conjuracion para apoderarse de los castillos y baluartes de acuerdo con otros moros domiciliados en la ciudad, dió fin de unos y otros con asesinatos bárbaros [1].

Asesinato de Malique y de los demás cautivos.

El luto y la desesperacion cundieron en el reino con la noticia de esta catástrofe. Todo aquel júbilo con que el pueblo habia saludado á la hueste expedicionaria convirtiose en amargura y llanto: entró en Granada un grupo de 100 soldados, sin banderas, sin armas, sin formacion, con vestiduras rasgadas, con el desaliento pintado en sus

Aflicion en Granada.

---

[1] Morote, *Blasones de Lorca*, p. 2, lib. 3, cap. 16 y 17

semblantes. Las principales familias procuraban averiguar la suerte de los objetos de su cariño, y cercioradas de su infortunio se entregaban á las mas vivas efusiones de sentimiento. Aben Osmin, devorado de ardiente fiebre, vagaba por los salones de su palacio, sin que el aire purísimo de la Alhambra, ni los deleites del harem, ni las amonestaciones de sus vicires templaran su dolor. Apenas Abdilvar se hubo presentado ante su vista, fué reconvenido con amargura, y oyó su sentencia de muerte con estas breves palabras: «Ya que no has perecido como valiente en la «pelea, morirás como cobarde en la prision.» En efecto, apoderados los verdugos del jóven caballero, le condujeron á una mazmorra y cortándole la cabeza pusieron término al doble suplicio de su espíritu y de su cuerpo [1].

Indignacion de Aben Osmin.

Muerte de Abdilvar.

Tiranía.

Este crímen cambió la índole de Aben Osmin y le condujo á una senda de perdicion. Desabrido con sus mas leales servidores, altanero con los ancianos, tiránico con los agentes de su administracion, llegó á hacerse odioso á todas las clases: ni el pudor, ni la castidad, estuvieron al abrigo de sus resoluciones árbitrarias. Las esposas, las cándidas doncellas, eran arrancadas de los castos hogares para satisfacer las pasiones impuras de sus favoritos. Apenas llegaba á su noticia que alguna hermosura iba á labrar con ritos nupciales la ventura de un galan enamorado, apresurábase á impedir las bodas y conducia á la desposada á las estancias de su harem. La venalidad, la corrupcion, los excesos de todo género llega-

---

[1] Conde, p. 4, cap. 32. En el romance histórico ya citado tambien se cuenta su muerte.

ron á tal extremo que caballeros y vasallos suspiraban por abatir cuanto antes al autor de sus infortunios: en tan acerba tribulacion cifráronse todas las esperanzas en Aben Ismael y su partido. Los proscriptos, los desairados, los vilipendiados en Granada acudian á Montefrío como á puerto de salvacion, exhalaban libremente sus quejas y se aprestaban para la venganza[1].

Los cristianos favorecen á Aben Ismael.

Los refuerzos del rey de Castilla aceleraron la hora de ella. La paz otorgada á este tiempo por D. Juan con sus rivales de Aragon y Navarra dejaron sobrantes tropas y dinero con que acudir en favor de Aben Ismael. Cerciorado este del disgusto que engendraba la conducta de su rival y de la falsa posicion en que le habian colocado sus malas artes, decidiose á salir de sus trincheras de Montefrío, tomar la ofensiva y bloquear á Granada. Escuadrones Abencerrajes, destacados para rondar en la vega, presentábanse con banderas ante las puertas de la corte, ponian en efervescencia á la muchedumbre y conseguian atraerse á bravos caballeros expuestos á las acechanzas de la faccion opresora. Ofendidos los partidarios del tirano de las apariciones insultantes de los Abencerrajes, salieron á ahuyentarlos; mas sus esfuerzos, dignos seguramente de mejor causa, fueron estériles. El rey mismo, asomado á los ajimeces del alcázar, vió á sus defensores huir acuchillados hasta las puertas de la ciudad[2].

Audacia de los Abencerrajes.

Situacion violenta de Aben Osmin.

Tales adversidades abatian y juntamente exacerbaban el ánimo rencoroso de Aben Osmin. El terror, medio vulgar de los poderes débiles, fué

---

[1] Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.*, p. 3, cap. 25.
[2] Conde, p. 4, cap. 32.

ensayado en Granada para prolongar la pertinaz tiranía: un decreto promulgado en calles y plazas con estruendo de atabales, impuso pena de muerte á todo el granadino que siendo capaz de manejar la lanza no se alistase en defensa de su rey. Esta violencia aceleró la reaccion y la agonía de su gobierno. El Albaicin dió la señal de resistencia, á la cual correspondieron otros barrios de la ciudad. Los personajes comprometidos en favor del tirano tuvieron que encerrarse en la Alhambra para escapar del furor de la plebe, y estrechados en el recinto del alcázar vacilaban sin adoptar resolucion ni dar consejo: el grito de las turbas sediciosas dueñas de la ciudad y propicias á Aben Ismael, lastimaba sus oidos, y les infundia el hondo pavor que engendra el peligro de un tumulto y la impotencia para resistir: sin embargo, les halagaba el deseo de la venganza y la posibilidad de ejecutar la última y mas diabólica de sus combinaciones.

Tumulto en Granada.

Atroz perfidia de Aben Osmin. A. 1453 de J. C.

El monarca mismo despachó un emisario para notificar á los caudillos del motin su resolucion de abdicar el trono, é invitarles á subir á la Alhambra y ser testigos de las ceremonias usadas en tales casos. Los corifeos mas audaces, los agentes mas astutos de Aben Ismael, los amigos y señores de las tribus Abencerrajes aceptaron incautamente la invitacion traidora. Aben Osmin y sus pérfidos cortesanos les esperaron con faz risueña en el pórtico del alcázar, les condujeron con falaz benevolencia al patio de los Leones, y señalando la puerta de una estancia contigua, les dijeron: «Allí os aguardan.» No bien pisaron los caballeros el umbral de la sala, fueron rodeados por un tropel de negros y de esclavos prevenidos con armas, quedaron amarrados de piés y manos, tendidos sobre el pavimento y medio sofo-

cados para que no gritaran. Despues les arrastraron uno á uno hasta la taza de mármol colocada en medio de la sala para que en el rigor de la canícula mantuviese con sus ondas trasparentes una frescura deleitosa. Allí, entre injurias y dicterios, les hicieron sufrir refinado tormento hasta cercenar sus gargantas. Aben Osmin y sus despiadados satélites sonreian con las convulsiones de sus víctimas, y no suspendieron la horrible carnicería hasta que vieron rodar la cabeza del último Abencerraje, y bosar la sangre por el borde de la pila. La venganza ejercida por Abdalá y los Abasides en el palacio de Damasco la Oriental con los príncipes Omíades fué imitada en el palacio de la Damasco Occidental al cabo de siete siglos[1].

Fuga de los comprometidos.

Consumada la iniquidad, Aben Osmin y sus cómplices montaron á caballo, escaparon de la fortaleza por la puerta falsa qne aun subsiste frente á Generalife, y subiendo á galope por las colinas del cerro del Sol se internaron en los valles del Darro.

Escena dolorosa.

El pueblo, que aguardaba impaciente el regreso de sus comisionados, pronosticó mal de la tardanza y se precipitó en palacio para poner término á su incertidumbre. El espectáculo de la *Sala de los Abencerrajes,* así llamada desde entonces[2], dejó pasmada á la multitnd y como herida con la aparicion de visiones horribles. Los amigos, los caballeros, los que momentos antes res-

---

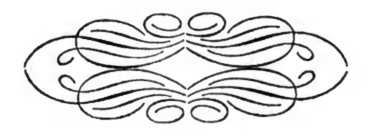
[1] La cronología de Conde es muy confusa, diminuta é inexacta en estos sucesos.

[2] Aun conserva el nombre de Sala de los Abencerrajes una de las contiguas al patio de los Leones: es tal la fuerza de las tradiciones, que el vulgo atribuye la mancha oscura

piraban el ambiente de la vida yacian mutilados en una balsa de sangre: sus semblantes dotados de sensibilidad, de voz, de hermosura, eran ya materia inerte, cabezas horriblemente lívidas. Las bóvedas de los suntuosos salones de la Alhambra se estremecieron con los clamores de venganza: se practicó una pesquisa general en busca de Aben Osmin y de sus satélites, con proposito de condenarles á suplicios lentos y durísimos: diligencia inútil por la anticipada evasion de aquellos aleves.

---

que se observa en el fondo de la hermosa taza de mármol que hay en medio de dicha sala, á la sangre de los infelices moros; bien que se supone la catástrofe algunos años despues. El color de la piedra es efecto de la humedad.



CAPÍTULO XVI.

Prosperidad en Granada y desventuras en Jaen.

Aben Ismael II. = Su bondad y feliz administracion. = Carácter de D. Enrique IV de Castilla. = Sus correrías por la vega. = Tregua. = Cautiva el infante Muley al obispo de Jaen y al conde de Castañeda. = Correría del alcaide de Antequera. = D. Enrique en Jaen. = Segunda correría de Muley, batalla del Madroño y heroismo de D. Rodrigo Ponce de Leon. = Conquista de Gibraltar y Archidona. = Fallecimiento de Ismael. = Sucede en el trono su hijo Muley Hacem. = Turbulencias entre los fronteros y singularmente en Jaen. = D. Enrique en Antequera y Archidona. = Desafío célebre en Granada. = Sucesos militares. = Motin en Jaen y asesinato del condestable Iranzu.

18.º rey Aben Ismael: su bondad. A. 1453 de J. C.

Aben Ismael sentose afligido en el trono que su primo Aben Osmin acababa de salpicar con la sangre inocente de sus mejores vasallos. Desde los primeros dias de su administracion comenzó á remunerar á los servidores que habian padecido en su defensa y á las familias huérfanas y empobrecidas con odiosas confiscaciones. No olvidado de los favores del rey de Castilla, envió mensajeros que le rindieran vasallaje y le presentaran en prueba de su agradecimiento telas de oro y seda, jaeces, armas y hermosísimos caballos. Las inclinaciones de Aben Ismael eran benéficas, paternales y mas propias para conservar la paz del estado que para engrandecerle con empresas belicosas. La amistad del rey D. Juan de Castilla aseguraba la quietud exterior, y los crímenes del partido de Aben Osmin alejaban el

Sus inclinaciones pacíficas.

recelo de intestinas conmociones. Obras de utilidad pública, reglamentos para fomentar á labradores, ganaderos y artesanos, justas y fiestas palaciegas entretenian útil y agradablemente al rey de Granada y á su nobleza. Los regocijos duraron el tiempo de paces otorgadas con el rey de Castilla; mas la noticia de su muerte deshizo ulteriores proyectos. Ismael interrumpió sus placeres y sus ocupaciones favoritas para atender á la guerra, triste ejercicio á que parecian condenados cuantos reyes se asentaban en el trono de Granada[1].

Muere D. Juan II. A. 1454 de J. C.: 22 de julio.

Carácter de Enrique IV

Para fortuna de Aben Ismael empuñó el cetro de Castilla Enrique el Impotente, en cuya alma se amortiguó el fuego que habia animado á toda la raza de S. Fernando. Frívolo, cobarde, aborrecido de sus vasallos, despreciado de la nobleza, juguete de privados corrompidos y ambiciosos, dejó brotar á la sombra del solio castellano todos los gérmenes de la anarquía, é inspiró alientos al belicoso pueblo morisco. Empezó su descrédito con ridículas campañas á la vega de Granada. Las divisiones castellanas, acaudilladas por D. Enrique mismo, atravesaron la llanura, y, sin acopiar botin ni hacer frente á los escuadrones moros que provocaron la lid con reiteradas cargas, regresaron á la frontera. Los soldados renegaron en el camino de esta campaña estéril, los grandes tuvieron á mengua no haber peleado contra el enemigo y los pueblos sacrificados para aprestar las pagas y los pertrechos militares mur-

Motivos de descontento en Castilla. A. 1455 de J. C.: abril.

---

[1] Perez de Guzman, *Gener. y Sembl.* cap. 33. D. Juan dejó tres hijos, D. Enrique IV el Impotente, D. Alonso y D.ª Isabel la reina Católica.

Protege D. Enrique á los asesinos de los Abencerrajes.

muraron del pueril simulacro[1]. No fué esto solo: Aben Osmin y sus partidarios habian descendido desde su fuga al oficio de bandoleros, y reunidos en cuadrilla vagaban por Sierra Nevada saqueando aldeas, asaltando en los caminos á pasajeros y trajinantes y poniendo en consternacion á toda la Alpujarra: cuantos bandidos de profesion, cuantos aventureros y criminales se abrigaban en montes y selvas acudieron á reforzar la hueste del príncipe homicida. En vano destacó Ismael algunas brigadas con el encargo de exterminar aquellos monstruos en los distritos de Guadix, Baza y Almería, teatro de sus rapiñas y correrías. La movilidad y destreza de la hueste rebelde burlaron al principio todas las precauciones; cargaron sin embargo tantas tropas, que los traidores tuvieron que abandonar sus guaridas, huyeron á la frontera y se presentaron al servicio del rey de Castilla[2].

---

[1] Enriquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV* cap. 10, edic. del académico Flores. Palencia, *Crónica de Enrique IV* lib. 1, cap. 4, manuscrita.

[2] La muerte del ilustre autor de la *Dominacion de los árabes,* impidió que el tercer tomo de esta obra contuviese todos los datos y correcciones que hacia indispensable la importancia del período histórico que comprende. Los editores ó no pudieron ó no quisieron ampliar los apuntes que dejó Conde, y por ello nos ha sido necesario buscar fuentes mas puras y copiosas. Cabalmente las dos historias de Enrique IV, compuesta una por Diego Enriquez del Castillo su parcial y amigo, y otra por Alonso de Palencia (M. S.) uno de sus mas intrigantes enemigos, suplen á la concision de Conde, y satisfacen cumplidamente al que se propone hacer estudios de conciencia y apurar la verdad. Las dos *Crónicas* teñidas con el prisma de los partidos en que estuvieron sus autores, aparecen unánimes en los sucesos relativos al reino de Granada.

Enriquez del Castillo dice que el rey tomó á sueldo 300

Conjuracion en Alcaudete.

La indignacion hirvió en los pechos nobles al ver al rey acompañado por los asesinos de los Abencerrajes y distinguir y premiar á Aben Osmin y á sus cómplices[1]. D. Pedro Giron, maestre de Calatrava, D. Fernando Álvarez de Toledo, conde de Alva, y el de Paredes D. Rodrigo Manrique no pudieron reprimir sus iras, y acampados en Alcaudete se conjuraron para prenderle. D. Íñigo de Mendoza, hijo del marqués de Santillana y despues conde primero de Tendilla, avisó al menguado monarca y le facilitó su evasion á Córdoba. Creyéndose aquí inseguro, huyó disfrazado y entró en Sevilla por un postigo del alcázar con su escolta de ginetes moros. Muchos sevillanos, ignorantes de los excesos y liviandades de los auxiliares infieles, les brindaron con alojamientos en sus casas, hasta que Monfarres, uno de los malvados, violó las leyes de la hospitalidad arrebatando y ultrajando á una tierna doncella hija de Diego Sanchez Orihuela, comerciante riquísimo. La desconsolada madre, que acudió al palacio á pedir justicia, sufrió del rey una insultante repulsa. Indignado el pueblo se alborotó, y habria asesinado á la brutal escolta, si el monarca su protector no hubiese escapado en compañía suya hácia Castilla[2].

Gobierno

Mientras estas vergonzosas escenas desdora-

---

moros (cap. 10), y esta condescendencia ofendió á los magnates castellanos en tanto grado, que le requirieron para «que apartase de sí los moros que en su compañía tenia." Palencia, *Cron.* M. S. lib. 1, cap. 11.

[1] Es necesario leer á Palencia (lib. 1, cap. 4) con mucha atencion, y comparar su narracion con la de Enriquez del Castillo, para no confundir las correrías sucesivas de los cristianos en la vega de Granada.

[2] Palencia, *Cron. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 5, M. S.

ban el trono castellano, Ismael ocupaba dignamente el de sus mayores, reformando la viciosa administracion del reino, realizando proyectos útiles y descargando el peso de la campaña y de los aprestos militares en su intrépido y altivo hijo Muley Hacem. Consejeros graves ayudaban con su inspeccion ó con sus planes á realizar los pensamientos del benigno rey. Fué el mas notable de su época la grande obra de aprovechar para la subsistencia del pueblo de Granada los eriales y las altas cumbres del cerro del Sol. Una política previsora reconoció la necesidad de esta empresa: las reiteradas correrías de los cristianos habian aniquilado la agricultura de la vega y aburrido á sus laboriosos cultivadores. Ningun propietario queria arrojar semillas en el surco, ni afanarse por sazonar frutos que en los meses de la cosecha servian para forraje de la caballería cristiana ó para surtir los graneros de los castillos fronterizos. Privada la gran poblacion de tan abundante fondo de subsistencia, quedaba expuesta á la escasez y á los horrores del hambre, mil veces peores que las batallas y los asaltos. Ismael ocurrió á este peligro haciendo á la industria tributaria de la agricultura y poniendo bajo el amparo de sus alcázares á los pacíficos labriegos. Hizo horadar con una galería subterránea el cerro del Sol y conducir parte de las aguas del Darro que corren por la acequia llamada de la Alhambra: formó un pozo perpendicular sobre un gran receptáculo construido al final de aquella galería, y remontando las aguas con norias consiguió ver cubiertos de mieses, de hortalizas y de frutales las alturas inmediatas á su palacio de los Alijares[1].

de Ismael.

Obra utilísima para Granada.

---

[1] Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.*, p. 3, cap. 29. Aun

Felicidad doméstica de Ismael.

Las satisfacciones del rey moro se colmaron con la armonía en que siempre vivió con la familia de su esposa la sultana Nayara, hija del infante de Almería Cid Hiaya Abrahem Alnayar, y con el nacimiento de los dos príncipes Muley Aben Hacem y Abi Abdalá (el Zagal). Hácia el tiempo que nos ocupamos, Muley habia entrado en la edad viril: ya comenzaba á sombrear sus labios con el bozo, manejaba diestramente un caballo, sostenia con rostro erguido casco y coraza de hierro y blandia la lanza con gentileza admirable. Abi Abdalá, niño aun, se entretenia con juegos de su edad y desconocia tales ejercicios. El espíritu de Muley se habia enardecido con las correrías cobardes de D. Enrique, y tanto el príncipe como sus amigos se mofaban de la ineptitud y pusilanimidad del rey castellano. Gonzalo de Ayora, caballero de la casa del conde de Cabra, nos ha conservado la respuesta que le dieron en Granada algunos moros, requiridos sobre atraso de parias: «El primer año hubiéramos «dado hasta nuestros hijos y nuestras damas, el «segundo menos y este nada."[1]

A. 1456 de J. C.

Correría. A. 1456 de J. C.

Tan irritante befa causó tal rubor á los consejeros y favoritos de D. Enrique, que en la primavera de aquel año y en la del siguiente dispusieron entrar en la vega de Granada. El rey se abstuvo de convocar á los grandes porque les temia, y aunque reiteró sus órdenes para que se excusase la pelea, los adalides y caballeros cas-

---

quedan vestigios de esta obra: en el cerro de santa Elena se ve el pozo de la noria, y en la pendiente que cae al rio Darro la boca de la mina por donde era conducida el agua al estanque subterráneo.

[1] Ortiz Zúñiga, *Anal. de Sev.* lib. 11, año 1456.

tellanos las despreciaron y no pudieron contenerse al ver los escuadrones granadinos. Un puñado de ginetes, entre los cuales cabalgaba el bravo caballero Garci Laso de la Vega, trabó una escaramuza con tan adversa fortuna, que este doncel cayó herido con una saeta envenenada y murió con agudísimos dolores. El rey sintió por la vez primera un estímulo vigoroso en su alma y mandó arrasar no solamente las mieses sino las viñas, los frutales y olivos que habian sido respetados en anteriores correrías. Encaminose despues hácia Antequera y Málaga, y rindió y abrasó, por esfuerzo del alcaide de Castellar Gonzalo Arias de Saavedra, la villa de Estepona[1]. Ismael, solícito por el bien de sus vasallos y afligido con la anterior devastacion, envió emisarios para ajustar treguas con D. Enrique. El gobierno de Granada se ofreció á pagar un tributo anual de 12© doblas, á conceder libertad á 600 cautivos cristianos, y en caso que estos faltasen á entregar en rehenes igual número de moros: con estas condiciones se ajustaron las paces estipulando que la frontera de Jaen quedase abierta para la guerra. La ventaja de esta negociacion, la mas honorífica de todas las de D. Enrique, se disipó en breve ante la buena estrella que lucia para el rey de Granada[2].

A. 1457 de J. C.

Treguas.

---

[1] Estepona la Vieja fué abrasada en esta correría: despues reconocieron los jefes de la frontera sevillana la necesidad de mantener presidio en aquel paraje, para abrigar los buques castellanos expuestos á las acometidas de los piratas moros de Málaga, Gibraltar y costa de Africa, y entonces se fabricó un castillo: con este amparo se fundó la actual villa de Estepona diversa de la Vieja, que se supone con mucho fundamento ser la *Astapa* de Tito Livio.

[2] Enriquez del Castillo, *Crón. de D. Enr. IV*, cap. 12.

Derrota de los cristianos: cautiverio del conde de Castañeda y del obispo de Jaen. A. 1436 de J. C.: 12 de agosto.

Muley, el bisoño guerrero, salió á campaña al frente de 20© infantes y 2© caballos y acometió por la parte de Baeza llevándolo todo á sangre y fuego. Aleccionado en ardides presentó á la vista de la ciudad 400 lanceros, y emboscó los restantes 1.600 caballos y toda la infantería en Puerto Torres. El conde de Castañeda D. Juan Manrique, caudillo mayor de Jaen con 200 lanzas, no tardó en apercibirse, mandando á los hidalgos de las ciudades cercanas que acudiesen á reforzarle. Concurrió con puntualidad buen golpe de gente armada, y hasta el mismo obispo de la diócesis D. Gonzalo de Zúñiga, que solia decir misa armado, trocó el roquete por el arnés y el báculo por la espada y salió con la hueste. El conde y el prelado despacharon á reconocer el campo á algunos adalides, los cuales, mal informados, volvieron asegurando que no aparecia mas fuerza enemiga que un escuadron. Con noticia tan halagüeña corrieron el conde y el obispo en su alcance; mas al desembocar en la hoya de la Estoveda, observaron la línea enemiga de ballesteros y ginetes avanzar con celeridad. El conde y el obispo no titubearon en aceptar la batalla; mas sus guerreros, embargados con la sorpresa, se desbandaron cobardemente y sufrieron dura persecucion de la caballería enemiga. Impasibles los dos caudillos se defendieron con lanza y espada, hasta que muertos ú heridos sus escuderos y reducidos á estrecho círculo se rindieron y fueron conducidos á Granada. Ambos personajes entraron á la cabeza de las compañías cautivas por Muley, excitando viva curiosidad entre la plebe entusiasmada, y fueron aposentados y vigilados en los torreones de la Alhambra. Ismael exigió por la libertad del primero 60© doblas al contado y no permitió rebajar esta suma. La condesa

D.ª Mencía Enriquez, modelo de amor conyugal, vendió sus joyas y empeñó sus haciendas, y con todo no pudo juntar mas que 25©. Mandó entonces á su primogénito D. García que viniese á Granada, que presentase al rey Ismael las 25© doblas y que quedase en rehenes por su padre hasta el pago restante: por este medio logró el conde su libertad al cabo de 17 meses, y ayudado por el rey D. Enrique satisfizo la deuda y atrajo al hogar paterno al buen hijo. Es fama que el obispo aprontó sumas considerables, aplicadas por el rey de Granada á la fábrica de los muros del Albaicin, de los cuales quedan aun notables vestigios, y que antes de abonar todo su rescate murió agoviado de años y de pesadumbre[1]. Enero.

---

[1] En ninguna parte de sus obras escriben con colorido tan diverso Enriquez del Castillo y Palencia como en aquella relativa á la conducta de los grandes que permanecieron fieles ú hostiles al rey. Los Manriques y Girones son objeto de las diatribas del primero y de los elogios del segundo. El conde de Castañeda, segun Enriquez del Castillo, cap. 15, era «mas remiso que diligente, mas descuidado que astuto en las cosas de la guerra, e mas claro que franco para las gentes de su hueste.'' Al contrario Palencia, le pinta muy prudente y esforzado. El genealogista de los Manriques (*Hist. de la casa de Lara,* lib. 6, cap. 3, y en las *Pruebas,* fól. 92,) vindica al conde de Castañeda de los vituperios acalorados de Enriquez del Castillo.

Hay quien duda del cautiverio del obispo D. Gonzalo y aun afirma que es un personaje fabuloso sin mas realidad que la que le han dado los romances. Nosotros no participamos de esta incredulidad, apoyados en documentes fidedignos y en los mismos romances históricos que casi todos ajustan su narracion á la verdad de los hechos. Ortiz Zúniga (*Anal. de Sev.,* lib. 11, año 1456) refiere el suceso y cuenta (*Disc. geneal. de los Ortíces,* fól. 87,) con prolijidad la vida novelesca del prelado pariente suyo. D. Gonzalo de Stúñiga ó Zúñiga fué quinto hijo de D. Diego Lopez de Zúñiga y de D.ª Juana García de Leiva: pasó su juventud enamorado de una jóven parienta suya, con quien casó en opinion de algunos y

Correría del alcaide de Antequera.

Hernando de Narvaez, hijo segundo de Rodrigo y alcaide de Antequera, vengó cumplidamente el anterior desastre. Poseia este caballero el valor y la prudencia con que se habian señalado todos los de su linaje, y aunque no le era lícito hacer la guerra en otra frontera que en la de Jaen, se devoraba con el hastío de la paz y no podia resistir sus tentaciones de buscar aventuras en tierra enemiga. Los moros de la hoya de Málaga, confiados en la tregua, estaban desapercibidos y poblaban con sus ganados la campiña cubierta á la sazon de yerbas aromáticas y de flores. Hernando y sus hidalgos de Antequera corrieron largamente y lograron una cabalgada numerosa. Aliatar, alcaide de Málaga, no bien supo esta invasion alevosa, salió con 400 ginetes

---

tuvo dos hijos: habiendo enviudado, abrazó la carrera eclesiástica, obtuvo la mitra de Plasencia y fué ascendido á la de Jaen. Desde esta ciudad tomó parte en muchas expediciones militares contra el moro, y rivalizó en audacia y valor con los caballeros aguerridos de la frontera; lo cual dió ocasion á refranes y coplas populares, tales como

El obispo de Jaen
suele decir misa armado.

Y aquella

¡Ay mi Dios! qué bien parece
el obispo D. Gonzalo
armado de todas armas
hasta los piés del caballo.

El maestro Bartolomé Jimenez Paton (*Hist. de la ciudad y reino de Jaen,* cap. 13,) hace la siguiente pintura del belicoso obispo: «Era de cuerpo y talle gentil, muy bien dispuesto, de rotro grave, para los suyos afable, para los moros severo, de nervios vigoroso, de agilidad grandísima, de des-

escogidos y 1© peones á rescatar la presa y administrarse justicia con la lanza. Á las pocas leguas y con noticia de que los cristianos iban de retirada hácia Álora, redobló las marchas y logró salir á la delantera y encuentro de los enemigos en los vados del rio Guadalhorce. Las avanzadas castellanas se replegaron informando á Narvaez del peligro que amenazaba y algunos capitanes tímidos aconsejaron abandonar el botin y no comprometerse en el paso del rio. Al escuchar esta proposion se irritó el caudillo, y diciendo á sus soldados «seguidme", se fué en derechura con la lanza en ristre contra el capitan moro, le derribó ensartado y muerto, y animan-

---

treza maravillosa á caballo y á peon incansable guerrero, asombro de la morisma, fortaleza del cristianismo, armado á caballo alegraba su ciudad y hacia temblar al enemigo.''

Hay un documento mas fidedigno que todos los testimonios anteriores, y es el testamento en que D. Alonso de Acuña, sobrino de D. Gonzalo y su sucesor en el obispado de Jaen, instituyó una memoria por el alma de su tio, de quien dice murió cautivo en Granada. Véase Jimena, *Anal. de Jaen* pág. 404.

Hay quien opina, apoyado en el *Calendario* de Luis Fernandez Tarancon, que la derrota y cautiverio del obispo fué en 1425. Argote contradice con mucho juicio y sana critica este parecer.

Ha llegado hasta nuestros dias el romance histórico alusivo á la prision del obispo, que principa:

Ya repican en Andujar
y en La Guardia dan rebato,
ya se salen de Jaen
cuatrocientos hijodalgos,
y por capitan se llevan
al obispo D. Gonzalo,
armado de todas piezas
en un caballo alazano.

En la iglesia de S. Gregorio el Bético de Granada se con-

do á los intrépidos antequeranos, abrió paso á toda la cabalgada y regresó victorioso á su fortaleza[1]. Lo restante del año transcurrió sin notable suceso, á no tenerse por tal el haber quedado la frontera de Jaen á cargo del maestre de Calatrava D. Pedro Giron[2].

Viene el rey á Jaen A. 1457 de J. C.

D. Enrique vino desde Castilla á Jaen en la siguiente primavera y trató de invadir el territorio enemigo. Reunidos al lado suyo el comendador Juan Fernandez Galindo, el maestre, el duque de Medina Sidonia y el conde de Arcos, entraron por Alcalá la Real, devastaron los campos de Montefrío y montes de Granada y se retiraron por Colomera sin hazaña memorable. Volvió D. Enrique á Jaen, recibió visitas del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo y del conde de Alva, y oyó duros requerimientos sobre su mala gobernacion del reino y su carácter frívolo y pueril: indiferente á las amonestaciones dispuso para la festividad de Santiago, celebrada hasta entonces en Castilla con justas y torneos céle-

servaba un cuadro del obispo cautivo, con versos alusivos á su desgracia. Esta pintura fué llevada á Sevilla á casa de una de las descendientes de D. Gonzalo llamada D.ª Teresa. *Disc. geneal. de los Ortices de Sev.*, fól. 92.

1 «Este mesmo año (1456) Hernando Narvaez, alcaide de Antequera, llegó tan cerca de Málaga que prendió y robó muy gran cabalgada, y viniéndose por junto á Alora, donde halló que en unas angosturas le tenia tomado el paso un valiente caballero moro, Alatar cabeza de Málaga.'' Asi comienza la narracion de Palencia (*Cron. de Enr. IV*, M. S., lib. 1, cap. 5), cuya fe es mucho mas autorizada que la de algunos manuscritos posteriores, en los cuales se supone la batalla en tiempo de D. Juan II (año 1441): esto no es verosímil considerando el silencio de la prolija crónica de este rey y las palabras de Palencia.

2 Palencia, *Cron. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 5, M. S.

bres, una expedicion tan peregrina como ridícula. Al rayar el alba de aquel dia solemne mandó ceñir armas á 800 ginetes, y salió con esta escolta en compañía de la reina y de sus damas graciosamente ataviadas y subidas en hermosos palafrenes. Las unas vestian guardabrazos y plumas altas sobre los tocados; las otras mejías y almaizales, representando las primeras á los hombres de armas ó caballería pesada y las segundas á los ginetes y caballería ligera. La comitiva femenina llegó hasta Cambil, en cuya fortaleza se alborotaron los moros creyéndose amenazados y salieron á trabar escaramuza. Los caballeros de la línea cristiana arremetieron y despejaron el campo, y entonces la reina se adelantó con una ballesta montada por el rey y se entretuvo en disparar algunos arpones: invertida la mañana en este juego volvieron las personas reales á Jaen con la misma servidumbre. Los cortesanos aplaudieron mucho el simulacro, diciendo que en semejantes expediciones quedaba herido el corazon de los cristianos y no el de los moros, aludiendo ó las damas[1]: mas los guerreros de oficio, los campeones de pecho endurecido y los adustos freires de Calatrava consideraron el paseo de la reina como una parodia de sus hazañas. La indignacion de estos leales caballeros llegó á su colmo, cuando vieron entrar por las calles de Jaen una carabana de moros africa-

Singular cabalgada contra los moros: 25 de julio.

---

[1] «Y como todos los caballeros que llevaban fuesen hombres acostumbrados á guerra y hubiesen visto el combate tan gracioso de Cambil, burlaban y reian mucho diciendo que aquella guerra mas se hacia á los cristianos, á causa de aquellas damas, que no á los moros.'' Palencia, *Cron. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 6. M. S.

nos, entre los cuales venian embajadores del rey de Fez con ricos presentes de armas y arreos á la gineta para el rey, y de menjuís, estoraque y algalia para la reina. Tales dádivas bastaron para suspender nueva expedicion contra los granadinos[1].

Escándalos en Castilla: campaña de los moros. A. 1462 de J. C.

La debilidad y los desaciertos de D. Enrique provocaron en Castilla las ligas y desavenencias de los grandes, los motines y escándalos que han hecho memorable su reinado. Los moros, espectadores de tan deplorables escenas, cobraban ánimo para devolver á los cristianos los daños de las últimas correrías; y aunque la fe de los tratados les vedaba la invasion de otro territorio que no fuera el de Jaen, rehusaron atemperarse á tales restricciones. Informado el infante Muley por sus adalides de la flaqueza y desamparo de la frontera de Sevilla, del disgusto que reinaba en la gente de guerra y de sus rapiñas y merodeos en las comarcas mismas encomendadas á su vigilancia, apercibió con intenciones aviesas una hueste de 1© caballos y 8© peones. Recordaban aun los granadinos la vergonzosa derrota de Mataparda en tiempo de Aben Osmin, y deseosos de ejercer cumplida venganza acamparon en Archidona, y rompieron á sangre y fuego por las tierras de Estepa y Osuna. Para llamar por diversos puntos la atencion de los cristianos, Abdalá, jefe de caballeria de Baza y Guadix, se encargó de invadir la campiña de Ecija y de maniobrar en sus llanuras con 400 lanzas escogidas[2].

---

1 Palencia, *Cron. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 6, M. S.

2 Hay diversidad de opiniones entre los cronistas, sobre el año en que se verificó esta correría. Enriquez del Castillo (*Cron. de Enr. IV*, cap. 27), Palencia (*Cron. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 14, M. S.) Bernaldez, (*Histor. de los rey. Ca-*

El conde de Cabra, que tuvo por sus espías noticia anticipada de la agresion, despachó mensajeros que previniesen á Luis de Pernia, alcaide de Osuna: la noticia cundió rápidamente por los términos de Arcos, Jeréz y Marchena con suma consternacion de todos sus habitantes. Corrian unos á las armas, cruzábanse los exploradores; tímidos aldeanos emigraban cargados con los utensilios de sus hogares á buscar refugio en las poblaciones muradas, y los rebaños que constituian la riqueza de la campiña, eran conducidos atropelladamente á selvas lejanas para sustraerlos de la rapacidad del moro. Alarma en la Andalucía Baja.

Hallábase á la sazon en Marchena un mancebo de quien pronosticaban adalides viejos que habia de ser el espejo de la caballería de las futuras edades, y un campeon mas formidable con su lanza que el Cid con su tizona. Rayaba en los 19 años, sin que el bozo tiñese su semblante; era gentil de estatura, vigoroso y forzudo; tenia rojo y rizado el cabello, y el rostro, aunque hoyoso de viruelas, ingenuo y agraciado. Aborrecia desde niño los conciertos de flautas, de dulzainas y de acordados instrumentos, así como oia con singular aficion el estruendo militar de los escuadrones, la explosion de la artillería y el sonido de atabales y trompetas. Clérigos y doctores le inspiraron aquellas máximas de sana educacion propias para formar el ánimo de un varon per- Linaje y carácter de D. Rodrigo Ponce de Leon.

---

tol., cap. 3, M. S.) mas puntual que ningun otro historiador en todo lo concerniente al marqués de Cádiz, la fijan en el año 1462. El doctor Salazar de Mendoza (*Chron. de los Ponces de Leon*, elog 17, párr. 1, 2 y 3), la refiere dos años antes en el de 1460. Nos parecen mas auténticas y fidedignas las noticias de aquellos tres historiadores, y especialmente las de Bernaldez que marca el dia, el mes y el año.

fecto. Desde muy temprano comprendió el mérito de la prudencia que evita los peligros y precave los males, de la justicia que conduce al mas fuerte por la senda del deber, de la fortaleza que da vigor al espíritu y de la templanza que refrena las pasiones y las doma. Gustaba oir cuando comia historias de hombres ilustres, y en los ratos ociosos se dedicaba al estudio de las matemáticas aplicadas al arte de la guerra. Preciábase de galante, cuando á la hermosura acompañaban el recato y la discrecion, y detestaba y perseguia á los tahures, agoreros y mujeres livianas. Despertó sus amores D.ª Beatriz Fernandez Marmolejo, hija del Sr. de Torrijos, y aun estuvo á punto de aceptar su mano; pero el astuto marqués de Villena y maestre de Santiago D. Juan Pacheco deshizo las bodas presentando á su hija D.ª Beatriz, doncella incomparable en hermosura, pureza y discrecion, arrebató la fantasía del héroe futuro y le adhirió á su familia y partido con vínculos sagrados [1]. La fama no habia pregonado aun su nombre: llamábase D. Rodrigo Ponce de Leon Nuñez del Prado, hijo de D. Juan, conde segundo de Arcos, y de su segunda esposa la condesa D.ª Leonor. El conde ha-

---

[1] Salazar de Mendoza, *Chron. de los Ponces de Leon*, elog. 17, párr. 21, Bernaldez, *Histor. de los rey. Catol.*, cap. 104 M. S. Zúñiga, *Anal. de Sev.*, lib. 11, año 1470. Uno de los medios de que se valió el astuto marqués de Villena para mantener su influencia en Castilla, fué el enlace de sus hijas con los personajes mas poderosos del reino. D.ª Beatriz, casó con D. Rodrigo Ponce de Leon; D.ª Catalina, con el célebre D. Alonso Aguilar; D.ª María, con el conde de Benavente; D.ª Juana, con el alcaide de los Donceles; D.ª Francisca, con el conde de Tendilla; otra D.ª María, con el conde de Oropesa.

bia obtenido facultad de D. Enrique para vincular en cabeza del apuesto mancebo rentas considerables con que perpetuar el esplendor y la gloria de su linaje[1]. Un secreto pesar acibaraba la juventud de Rodrigo, porque no se le habian ofrecido empresas en que distinguirse ni en que vengar á su hermano D. Pedro muerto á mano de infieles. Por esta causa la noticia de la proximidad del moro alivió su corazon é hizo hervir la sangre en sus venas. Mientras el miedo embargaba á las personas flacas de espíritu, el futuro marqués de Cádiz se habia entrado en la sala de armas de su familia y se entretenia en acomodarse una de aquellas pesadas armaduras con que sus abuelos habian arrostrado las flechas envenenadas, los tiros del arcabuz y el bote de las picas agarenas: empuñó luego un lanzon capaz de rendir el brazo mas robusto, eligió una rodela anchísima en cuyo centro lucia de relieve un leon de espesa guedeja y garra formidable, y cabalgando en un caballo que hundia la tierra do quiera que asentaba las herraduras, salió á la plaza de Marchena con gentil continente. Aunque no llegaban á 100 los ginetes dispuestos á seguirle, mandó tocar las trompetas y sin aguardar refuerzos salió por el camino de Osuna. Al llegar á esta ciudad halló á su alcaide Luis de Pernia ocupado en fortificar las entradas de la poblacion y en reclutar gente para emplearla en defenderse y no en atacar. Sobrevinieron en esto revuelos y oleadas de la multitud, causadas por la vista de

---

[1] Salazar de Mendoza, *Chron. de los Ponces de Leon*, elog. 17. El título de marqués de Cádiz con que D. Rodrigo figura mas adelante, fué conferido á su padre en 20 de enero de 1461.

los ginetes de avanzada que veian por el camino huyendo á brida suelta y confundidos en una nube de polvo con los lanceros árabes que los herian despiadadamente. Ciego de ira D. Rodrigo saltó sobre su caballo y quiso volar al combate; requiriole el viejo Luis de Pernia, diciéndole que era muy niño y que su fogosidad iba á acarrearle una desgracia. «Si no tengo barbas, respondió «el mancebo, tengo corazon;" y sin mas palabra marchó con los suyos hácia Estepa. Acompañado por el comendador de Cazalla detuvo en su carrera á los perseguidores, y reforzado luego por Luis de Pernia, á quien la prudencia y no el miedo le habian hecho estar á la defensiva, se adelantó hasta el cerro del Madroño junto al rio Yeguas, donde se elevaba una atalaya ó torre telegráfica. Muley Hacem, que supo por sus corredores ya replegados la proximidad del enemigo y su escaso número, destacó para el combate los escuadrones de vanguardia, y en su loco orgullo creyó que estas fuerzas bastaban para renovar la escena de la prision del conde de Castañeda. Quedaron burladas sus esperanzas cuando vió arremeter á D. Rodrigo con su gente por un extremo y á Luis de Pernia con la suya por otro, con tanto brio que parecia que un poder sobrenatural prestaba ligereza á los caballos, furia á los espíritus y acierto á las lanzas de los andaluces. Huyeron los restos de los primeros escuadrones; acosados por los cristianos, introdujeron el desórden en las líneas de reserva y revueltos con la infantería desorganizaron completamente el ejército de Muley. D. Rodrigo se lanzó en persecucion de los fugitivos, y cuando llevaba mas veloz carrera sintió que la adarga escapaba de su brazo, por la poca consistencia de las correas, servidas ya, secas y repasadas. Desmontado para com-

Batalla del Madroño. A. 1462 de J. C.: 11 de abril.

ponerla se vió acometido por un grupo de moros ocultos por miedo en unos jarales y pertrechados de cimitarras y hondas. Al verlos el caballero cristiano dejó lanza, adarga y caballo, y marchando sobre los enemigos con espada en mano paró en el brazo izquierdo una cuchillada que le hirió profundamente; pero acestando con el derecho un tajo furioso al alarbe agresor, le hizo morder el polvo con la cabeza hendida y se apoderó de su honda. Comenzó entonces á lanzar piedras contra los mas lejanos y á imponer terror con su espada á los mas próximos, hasta que llegaron sus compañeros y le ayudaron al cautiverio y muerte de los infieles. El rey donó al jóven intrépido 30© mrs. de juro por esta hazaña, y en el privilegio despachado para esta merced le comparó con David que derribó la soberbia del gigante: D. Rodrigo añadió á las armas de sus antepasados la honda por orla[1]. La persecucion continuó viva por los cristianos, dejando tendidos en el campo 1.500 moros, cautivando mayor número y derramando por los montes los hatos de ganado que formaban la cabalgada. El alcaide de Antequera Hernando de Narvaez, el conde de Cabra y D. Martin Fernandez de Córdoba, alcaide de los donceles, llegaron al campo de batalla cuando los moros estaban ya vencidos y causaron mayor mortandad en los fugitivos con sus soldados de refresco. Los cristianos con la escasa pérdida de 150 infantes y 30 ginetes se adelantaron é hicieron noche en Fuente Piedra, en cuya aldea se desmayó D. Rodrigo por la debi-

[1] Salazar de Mendoza, *Chron. de los Ponces de Leon*, elog. 17, párr. 2. Ortiz Zúñiga, *Anal. de Sev.* lib. 11, año de 1462.

lidad que le ocasionó la fatiga y la mucha sangre derramada por la herida del brazo: suministráronle los demás caballeros eficaces remedios y le confortaron. Al rayar el alba salieron todos á recorrer los contornos y vieron avanzar confusos grupos envueltos en polvareda espesa: se prepararon diligentes sospechando que revolvian los moros con fuerzas mayores; mas luego se desengañaron observando los rebaños de la cabalgada enemiga que, abandonados por miedo de sus conductores, volvian por natural instinto á sus partes y dehesas conocidas. Hubiera sido completa la satisfaccion de esta victoria, si Écija no se hubiese cubierto de luto en el mismo dia. Abdalá, el alcaide de Baza, atacó á 300 hidalgos que osaron medir sus armas con las de sus 400 lanceros; los dispersó en la primera carga, y habiéndolos perseguido hasta su total exterminio no respetó mieses, ni cortijos, ni árboles. La campiña quedó arrasada cual si hubiese descargado nube de langosta[1].

Conquista de Gibraltar. A. 1462 de J. C.: agosto.

Quebrantada inesperadamente la tregua, se enardeció la gente de Andalucía y clamó por ejemplar y pronta represalia: no tardaron en ejercerla el duque de Medina Sidonia D. Juan Alonso de Guzman y el mismo D. Rodrigo plantando sus pendones en los muros de Gibraltar. Empañaron el lustre de esta hazaña la funesta disension de los Ponces y Guzmanes, que tantos desastres, sacrilegios y escándalos ocasionaron en el reino de Sevilla[2]. Mayor y mas peligrosa

---

[1] Palencia, *Cron. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 14, M. S.
[2] Palencia, *Crón. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 16, M. S. Ortiz Zúñiga, *Anal. de Sev.*, lib. 11, año 1462 y sig.

conquista ejecutaron el maestre de Calatrava D. Pedro Giron, D. Fadrique Manrique y el conde de Cabra haciendo ver á los moros que era mas fácil herir al leon desapercibido que escapar ileso de su venganza.

Posicion y antigüedad de Archidona.

Servia de puesto avanzado al rey de Granada y de límite á su frontera una fortaleza altísima, encomendada como rica joya de la corona á uno de los alcaides mas acreditados del reino. La fundacion de esta ciudadela es perdida en la noche de los tiempos: la denominacion púnica ó fenicia Escua (Señora), la de Arx Domina (Reina de las Fortalezas) aplicada por los dominadores romanos, la de Arxiduna con que fué distinguida por los árabes y la de Archidona que hoy conserva, indican que á pesar de los transcursos de los siglos y del olvido de las generaciones que ya son polvo y de los confusos idiomas de diversas razas se mantiene viva la memoria de su grandeza. Vastas ruinas, pozos, acueductos, cimientos espesísimos y mas duros que piedra, son notables vestigios de una plaza de armas, cuyo recinto diseñado sin ellos pareceria mentido edificio. Un muro fortísimo enlazaba tres sierras separadas en triángulo, coronaba además sus cumbres y las hacia del todo inaccesibles con torreones reforzados y castillos dobles. Las tres montañas fortificadas abrazaban una hoya espaciosa, donde un ejército podia hallar como dentro de casa todo lo necesario para prolongar indefinidamente su resistencia[1]: allí brotan puras y copiosas aguas,

[1] Aun se descubren en el paraje llamado la Hoya, vestigios de poblacion y los cimientos y aun trozos de las murallas que la circunvalaban.

crece sabrosa yerba para forraje de caballos y pasto de ganados, hay cuevas y abrigos naturares para cuartel del soldado, alguna leña para condimento de sus víveres y sobra tierra de abundante esquilmo para hacer inagotables los fondos de subsistencia. Á la sombra de la imponente fortaleza de Archidona floreció Rayya, rica colonia de palestinos, de la cual se conservan memoria entre la gente de aquella poblacion y vestigios en su vega [1]. El tiempo, ayudado por los furores anárquicos con que los árabes de los siglos medios ensangrentaron el hermoso pais de que eran señores, cambió la faz de la colonia y el aspecto de la vecina fortaleza. Desapareció Rayya: sus familias empobrecidas y maltratadas buscaron asilo en los muros cercanos, y al verlos carcomidos y abandonados á la ruina, inevitable consecuencia de la incuria y ferocidad de los tiempos, se concentraron en la mas meridional de las tres sierras, y conservaron en ella como único punto de salvacion la alta ciudadela hermana y rival de las que coronaban en otros siglos las cumbres inmediatas. La naturaleza y el arte hicieron inespugnables los restos de la extensa fortificacion romana. Por el norte un tajo horrible de aquellos que ofuscan la vista del que se asoma á medir su altura, ofrecia un impedimento capaz de inspirar desmayo al mas bravo y astuto enemigo. Por los demás

---

[1] *Frugum pomorumque copia felix habetur.* Al Kattib, en Casiri, tom. 2, pág. 137. Xerif Aledris, trad. de Conde, notas, pág. 186. Las ruinas de Rayya se encuentran en un paraje llamado El Villar de los Moros, junto al cortijo de Vida: tenemos varias monedas árabes halladas en dicho sitio.

puntos una espesa muralla cortada á trechos por torres y cubos ceñia á la montaña en regular altura, y daban entrada al recinto dos puertas de hierro bien defendidas y cubiertas. Seguia la pendiente poblada de casas y remataba la sierra en un risco, sobre el cual se elevaba un segundo alcázar con torreones montuosos. Uno de los de entrada era llamado la *Torre del Sol*, porque el astro del dia brillaba en sus almenas antes que en la cima de los montes inmediatos. Los conquistadores de Antequera, ejercitados en empresas difíciles, practicaron reconocimientos é hicieron tentativas para apoderarse de Archidona; mas siempre se retiraron persuadidos de que su conquista era empresa de muchos dias, de tropas y pertrechos considerables[1].

Terror de su alcaide.

Era ya perentorio desalojar al moro de la importante villa: su alto alcázar servia de atalaya, de almacen y de guarida á un alcaide incansable en guerrear. Ibrahim, tal era su nombre, habia jurado exterminar á todos los enemigos de la comarca, y decia que mientras fuese alcaide no habian de respirar en ella mas cristianos que los cautivos de su castillo. Habia sido Ibrahim en otro tiempo blando y magnánimo; pero un desengaño amargo saturó de hiel su corazon, le hizo contraer habitual pesadumbre y mudó de tal manera su condicion, que su dulzura degeneró en sed de sangre enemiga y su clemencia en una ferocidad desesperada. Tagzona su hija inspiró una pasion vehemente á Hamet Alhaizar, moro gentil, favorito del rey de Granada. Contrarió Ibrahim las inclinaciones de la doncella, y sin benepláci-

La desventura de su hija da nombre á la Pe-

---

[1] *Crón. de D. Juan II*, año 10, cap. 110.

ña de los Enamorados.

to suyo la ofreció por esposa al alcaide de Alhama, viejo desapacible pero rico. No resignada Tagzona con tan duro sacrificio, salió con sus esclavas á las inmediaciones de Archidona bajo pretexto de divertir su melancolía. Detenida junto á una fuente llamada de Antequera, esperó á su amante prevenido ya, el cual no tardó en presentarse montado en un caballo brioso. Hamet se apoderó sin resistencia de Tagzona, la colocó y contuvo blandamente en la delantera del aparejo de terciopelo y picando al caballo partió rápidamente hácia Antequera. Informado y enfurecido Ibrahim salió con un grupo de ginetes en pos del raptor y de la pérfida hija, y al llegar á la garganta ó angostura de la montaña que baña el Guadalhorce entre Archidona y Antequera, halló en el camino el caballo de Hamet rendido de fatiga y columbró á los amantes encaramados en la sierra. Persiguió y se acercó Ibrahim á los fugitivos revelando intenciones severas: el mancebo arrostró la muerte escudando á su amada, hasta que acosado sin esperanza alguna estrechó entre sus brazos á su dulce amiga y conformes ambos se arrojaron por un precipicio cercano. El infeliz padre regresó á Archidona sumido en la afliccion mas profunda; sus compañeros sintiéronse tambien movidos de lástima, y la juventud de la villa corrió á dar sepultura á los cadáveres al pié de la montaña que hoy conserva el nombre de *Peña de los Enamorados*[1].

---

[1] Lorenzo Valla (*De reb. á Ferd. gest.*, lib. 1,) refiere el suceso con alguna variedad que adopta el P. Mariana. Algunos articulistas de periódicos literarios han reproducido con mayor ó menor elegancia la misma historia; pero no han conocido el poema latino de Juan de Vilches dedicado á Fabian

Los escuadrones de Ibrahim ora extendidos cual tigres en manadas por las feraces campiñas de Estepa, ora corriendo las márgenes del Genil hasta las inmediaciones de Écija ó ya bloqueando á Antequera, eran una calamidad incesante capaz de dejar solitarios y yermos los campos mas risueños de Andalucía. Apenas Ibrahim columbraba en las dilatadas vegas dominadas por su alcázar el movimiento mas leve, salia disparado con sus ginetes; y si eran pastores, morian colgados de las copas de las encinas; si pasajeros ó viandantes, sufrian la misma suerte, á no ofrecer esperanzas de rescate; si destacamentos enemigos que podian ser alcanzados, quedaban los troncos de sus cuerpos para pasto de los grajos, y su cabezas lívidas colgadas de los arzones eran transportadas á la villa para arrojarlas á los chicuelos moros como incentivo que los azuzara. Nunca el alcaide ni sus soldados importunaron al gobierno de Granada reclamando raciones ó pagas: las primeras estaban aseguradas con la abundante miés de sus rapiñas diarias; las segundas con el rescate de los cautivos de que nunca se veian desocupadas sus mazmorras. Se levantó en los reinos de Córdoba y Sevilla un clamor general pidiendo el pronto exterminio de aquellos tiranos. El rey de Castilla D. Enrique

---

de Nebrija: *De rupe duorium amantium apud Antiquariam sita. Ad literis præstantem virum, Dominum Fabianum Nebrissensem.* Aunque hay una edicion antigua del poema en varios opúsculos de Nebrija corre manuscrita entre los curiosos. Nosotros poseemos además una traduccion hecha por el P. Camilo Palacios, del colegio de la escuela pia de Archidona, uno de nuestros maestros de latinidad. Hemos ajustado la narracion á dicho poema latino y á las tradiciones del país.

mostrose indiferente á las quejas, y entonces los pueblos afligidos encomendaron su salvacion á los caballeros de Calatrava.

Carácter y poderío de D. Pedro Giron.

Obtenia la superior dignidad de esta órden y la capitanía general de la frontera D. Pedro Giron, el mas bravo, el mas rico y el mas turbulento de todos los señores de España. Poderoso y respetado como el mismo rey, dictaba leyes en vez de cumplirlas: aunado con su hermano el marqués de Villena, era el árbitro de Castilla; y por su maestrazgo, por su esplendidez, por su bravura, por sus vastos estados y hasta por su orgullo, el mas nombrado de todos los grandes. Su pensamiento altivo le hacia ya aspirar al esplendor del trono, solicitando la mano de la heroina futura de Castilla, de la tierna Isabel, y para hacerse mas y mas digno del tesoro que ambicionaba, quiso dar una prueba de celo por la fe y granjearse nuevos laureles con la conquista de Archidona [1].

Su ejército.

Los caballeros de Calatrava que defendian la frontera de Jaen, cabalgaron al primer aviso del maestre y los vasallos y criados del mismo señor cumplieron el mandato de acudir armados. Multitud de aventureros del territorio de la órden corrió bajo la enseña de la cruz roja á ganar indulgencias del papa, y tambien D. Diego Fernandez de Córdoba, conde segundo de Cabra, se brindó á reforzar al maestre con la gente de sus estados, para vengar los males que el temido alcaide de Archidona habia causado en sus posesiones. Por último, el jóven comendador de Santia-

---

[1] Véanse los *Apéndices del Elogio de la reyna Católica,* por Clemencin.

go D. Fadrique Manrique, hermano de los condes de Paredes y Castañeda y frontero de Écija, se aprestó á a expedicion con 200 caballos y doble número de peones [1].

Cerco de Archidona. A. 1462 de J. C.: julio.

No habia reunido el maestre en su larga y espléndida carrera ejército mas bizarro ni mejor apercibido. Caminaban á vanguardia los caballeros de Calatrava armados de todas piezas que parecian estatuas, y sometidos á la rigorosa disciplina de la órden. Seguian la bandera y gente de Osuna, con su alcaide Luis de Pernia, la de Moron, con Diego de Figueredo y la de Arjona con Pedro de Valdivia; en pos la division del conde de Cabra y cerraba la retaguardia la brigada del comendador D. Fadrique. En este órden avanzaban los cristianos por la vega de Archidona: el alcaide moro al columbrar los penachos y las cruces rojas de los caballeros que venian de descubierta, salió al punto á trabar escaramuzas y probó por la vez primera los reveses de la fortuna, replegándose al castillo con su gente diezmada por las lanzas de los freires. Como sabia el maestre que el indócil Ibrahim rechazaba toda proposicion de avenencia, no desperdició el tiempo en contestaciones infructuosas, y dió órdenes para asentar las estancias en torno de la villa, de tal forma que los cercados quedaron en incomunicacion completa y no pudieron pedir socorros á Granada, ni acopiar víveres. Recargaron fuerzas á la parte meridional de la villa para impedir que los cercados se surtiesen de

---

[1] Rades, *Chron. de Calatr.*, cap. 37. Gudiel, *Compendio y noticia de los Girones*, cap. 28. Salazar y Castro, *Histor. genealog. de la casa de Lara*, lib. 12, cap. 7.

agua en los claros manantiales que brotan por aquella parte; otras compañías se atrincheraron frente al alcázar en los riscos cubiertos con las ruinas de la fortificacion antigua, y algunos destacamentos recibieron encargo de explorar los bosques y montes del Cantaril, para evitar la sorpresa de enemigos exteriores. Los moros acometian furiosos y se dejaban matar en las trincheras mismas, y no habiendo podido romper las líneas se limitaron á esperar en su fortaleza escatimando los víveres almacenados y el agua del aljibe. Los sitiadores que no habian presumido fuesen tan abundantes las provisiones del enemigo, permanecieron un mes sin adelanto alguno: ya el desaliento engendraba murmuraciones. El maestre veia que peligraba su honra, que de quedar desairado en el empeño se rebajarian altamente la autoridad y la fama de la caballería de Calatrava, y resuelto á consumir sus rentas y á morir al pié de los muros antes que retirarse, despachó emisarios á Osuna y á otros pueblos de sus estados para que condujesen á costa suya artillería de batir, trabucos y mantas con que desmoronar el castillo enemigo [1]. Sus órdenes fueron cumplidas con puntualidad: un gran convoy de bestias y carretas condujo los necesarios pertrechos, y cuando se trató de ponerlos en ejercicio, se reconoció que únicamente era vulnerable la fortaleza hácia el costado de levante. Por este punto podian asestarse las baterías al abrigo de la sierra cercana llamada del Conjuro y apagar los fuegos de la torre del Sol, la mas só-

---

[1] Gudiel, *Comp. y not. de los Girones*, cap. 28.

lida y mejor defendida: fué necesario abrir un carril al través de la montaña para conducir los trenes [1]: los soldados ejecutaron este trabajo ímprobo con admirable prontitud y las primeras descargas sonaron mezcladas con las aclamaciones de los cristianos que victoreaban á la Vírgen. Es fama que lejos de arredrarse los moros, contestaron con insultos y con burlas diciendo: «Que «hacian bien los cristianos en invocar á María, «cuyo auxilio femenil era muy oportuno para «trocar las lanzas en husos y las espadas en rue«cas para hilar," y que los soldados del maestre recargando sus máquinas de balas y combustibles replicaron: «Allá van los copos hilados" y lanzaron tal diluvio de bombas, de estopa encendida, de pez y alquitran, que todos los edificios de la fortaleza comenzaron á hundirse y á arder, cual otra ciudad maldita [2]. Los moros quisieron cortar el fuego, pero luego desistieron viendo que era necesaria toda la vigilancia en las murallas y que nuevos disparos propagaban el voraz incendio. La poblacion quedó reducida á pavesas y escombros; mas sus habitantes, cual si hubiesen contraido nuevo valor con los ardores de

---

1 Aun se nota en la sierra del Conjuro junto á Archidona la señal de este carril.

2 El pueblo, inclinado á adoptar como historias verdaderas todas aquellas tradiciones que halagan el sentimiento religioso, y mayormente si recuerdan la gloria de los antepasados y la humillacion de los moros, está en la creencia de que el rastro que aparece al través de la montaña, fué el camino por donde pasó la Vírgen para lanzar combustibles contra los moros del castillo. Wasington Irving, que en su viaje de Andalucía observó la señal, y obtuvo la anterior explicacion de un honrado campesino de Archidona, ha dado un gracioso colorido á esta leyenda en sus *Cuentos de la Alhambra*.

aquel infierno, se mostraban mas insolentes y pertinaces. La falta de agua les aquejaba mayormente. Un destacamento de flecheros apoyado por algunos ginetes salió á llenar zaques y cubas en un pozo abierto de antiguo hácia la Hoya, á tiro de ballesta de la fortaleza. Luis de Pernia y el comendador que acampaban á la vista de aquel paraje, se precipitaron á evitar la maniobra, y aun cuando sus filas eran aniquiladas por la morisma que disparaba desde el alcázar, resistieron firmes y sin cejar un punto. Viendo Ibrahim que no se alejaban los cristianos salió con mayor fuerza, y empeñó una sangrienta zalagarda. Grande era el apuro de Luis de Pernia y del comendador, y no es posible adivinar cuáles hubieran sido las consecuencias de la faccion, si avisado D. Diego Fernandez de Córdoba no hubiese socorrido oportunamente ahuyentando á los enemigos y peleando con ellos hasta las puertas del castillo [1].

Asalta el maestre la torre del Sol.

Ni el hambre, ni la sed, ni el fuego, abatian los ánimos de aquellos moros intrépidos. Dos meses habian transcurrido sin adelantar en la empresa: los soldados cristianos desertábanse rendidos de la prolongada fatiga y del calor: el maestre veia agotadas sus rentas; las bombas y proyectiles de incendio se habian consumido; no quedaban mas esperanzas que las de un asalto

---

[1] El abad de Rute, *Histor. de la casa de Córdoba*, lib. 5, cap. 5. Son raros los ejemplares de este manuscrito, en el cual se hallan noticias de la familia Fernandez de Córdoba, muy prolijas, auténticas y justificadas con escrituras y documentos inéditos. Algunos de estos son importantes para esclarecer curiosos hechos de la *Historia de Granada*, que han dejado oscuros ó desapercibidos los escritores andaluces.

á vida ó muerte. D. Pedro dió ejemplo de audacia á sus soldados tomando una escala en la mano izquierda, blandiendo su espada en la derecha y poniéndose al frente de la primera columna. Seguido de sus caballeros y vasallos, y arrostrando espesa nube de piedras y saetas envenenadas, llegó al pié de la torre del Sol, afianzó la escala y subió los primeros pasos; mas no pudo continuar porque un peñasco lanzado desde las almenas aplastó su casco y le derribó herido en la cabeza y al parecer muerto [1]. Mientras sus escuderos le socorrian, los alcaides y capitanes prosiguieron en la escala, se introdujeron en la torre y facilitaron la subida á sus compañeros armados. Quinientos moros que yacian heridos y enfermos, fueron las víctimas primeras del enojo de los vencedores: otros muchos que no pudieron ganar el alcázar, fueron en seguida pasados á cuchillo: no hubo en aquellos momentos misericordia para mujeres, ni para niños, ni para viejos. La confusion que reinaba en el segundo recinto proporcionó á los cristianos fácil subida, y sus espadas immolando con furor 1.600 personas, aplacaron los manes de los muchos infelices atormentados y muertos en los sombríos torreones de la fortaleza [2].

Muerte del alcaide.

Hay memoria trasmitida de padres á hijos en la comarca de Archidona, de que apenas reco-

---

[1] Gudiel, *Comp. y not. de los Girones*, cap. 28.

[2] Enriquez del Castillo, *Crón. de Enr. IV*, cap. 45. Gudiel, *Comp. y not. de los Girones*, cap. 28. *Deinde oppidum de Archidona post longam obsidionem, plurimis arabibus cæsis strenue cum præcipua obtinuit nobilis Petrus Giron, magister de Calatrava.* Rodrigo Sanchez, *Compendiosa Historia Hispánica*, cap. 38.

bró el maestre el uso de sus sentidos y se enteró de que ya se habia dado cima feliz á la empresa, preguntó cuál habia sido la suerte del alcaide Ibrahim: al pronto nadie daba razon de su paradero, mas luego vinieron testigos presenciales y contaron su fin desastrado. El temible moro habia hecho prodigios de valor defendiendo el segundo alcázar, y cuando vió que los cristianos ganaban terreno, aguijó á su potro berberisco, partió como un relámpago, y colocándose en el borde mismo del tajo, lanzó una mirada sombría sobre las hermosas praderas que habia ensangrentado, injurió á los cristianos con risa diabólica, y estrechando á la bestia hasta el punto de hacerle clavar las herraduras en las piedras, se precipitó al aire, y caballo y caballero fenecieron estrellados en las profundidades de aquel abismo [1].

El maestre oró en accion de gracias á la Vírgen, y fundó á su advocacion un santuario en el mismo lugar de la mezquita pagana, remuneró á sus soldados, escribió dos cartas, una al rey y otra al papa á quien mandó además su toca teñida con sangre. D. Enrique otorgó á su hijo D. Alonso Tellez Giron el señorío de la villa y de su término, y Su Santidad el goce de los diezmos. Pedro Lopez de Pernia, primo del alcaide de Osuna, quedó encargado de la fortaleza, y dispuso de acuerdo con D. Pedro que la villa se

---

[1] Está en Archidona tan arraigada la tradicion de que el alcaide moro se precipitó con su caballo, que el tajo del castillo se llama el *Tajo del Moro,* y en un peñasco del borde se ven formados dos semicírculos en figura de herradura que las gentes miran y conservan con respeto como una prueba de la verosimilitud de su creencia.

reedificara fuera del alcázar. Adoptadas las disposiciones necesarias para la conservacion de tan importante plaza, partió el maestre á sus estados para tomar parte en las conjuraciones y bandos de Castilla.

Motin en Granada.

La noticia de que ondeaban en los muros de Archidona los pendones de Calatrava, los detalles de la muerte cruel de sus moradores y soldados y del fin trágico de su alcaide, reputado una de las primeras lanzas del reino, infundieron en Granada la afliccion mas amarga y excitaron el furor de los creyentes. Ismael era ya á los ojos de la plebe no solo un traidor que abandonaba á la inclemencia del cristiano los mejores adalides muslímicos, sino un monarca flojo, adormecido blandamente en su harem, sin cuidar de la frontera ni acudir al peligro de una plaza importante combatida con lento asedio. La ira que rebosaba en los pechos se hizo ostensible con aparato tumultuario: las turbas, incitadas por los alfakis, clamaron en las plazas del Albaicin y Bib-Rambla contra el rey y pidieron el castigo de su traicion. Al primer aviso de esta novedad la guardia real púsose sobre las armas, ocupó las avenidas y calles que suben á la Alhambra, y aunque impuso respeto á los amotinados, no aplacó el encono general. Ismael, conociendo por esta turbacion que aun no estaba bien afirmado en el trono, se inquietó vivamente cuando supo que D. Enrique convocaba caballería en Écija con propósito de hacer entrada en la vega. Para alejar el peligro despachó emisarios que propusieran al rey de Castilla una entrevista para rendirle parias y cumplido homenaje. D. Enrique, menguado y escaso de dinero, hecho juguete de los grandes y mas interesado que belicoso, accedió á la invitacion, y seguido de brillante escolta vi-

Es sofocado prontamente.

Alianza de los reyes de Granada y Castilla. A. 1464 de J. C.: febrero.

no desde Écija á las puertas de Granada. Ismael alojó á su rival y huésped en un pabellon regio, plantado no lejos de la ciudad, y á sus personajes y servidumbre en otras tiendas adornadas con gusto y ostentacion; salió luego de su alcázar acompañado del príncipe Muley Hacem y de toda la nobleza, y conferenció cariñosamente con el monarca rival y mandó servir una comida espléndida. La fina galantería de los granadinos y las dádivas cuantiosas del soberano cautivaron el ánimo de los cortesanos de Castilla. D. Enrique permaneció un dia y durmió una noche en su tienda bajo la salvaguardia de los moros, y al siguiente se despidió de Ismael y partió para Jaen. Muchos caballeros granadinos escoltaron al rey hasta la frontera, y mezclados con los cristianos se brindaron con sincera amistad, á la cual permanecieron respectivamente fieles[1].

Felicidad de los granadinos.

El sol de prosperidad lució para Granada en los años postreros del reinado de Ismael. Mitigado el dolor que causó la pérdida de Archidona, aplacadas las rencillas y discordias en el recinto de la corte, tomó una direccion provechosa la fogosidad del pueblo morisco. Los brazos ocupados en blandir las armas, se aplicaron á las útiles faenas de la agricultura y de la industria: las brisas volvieron á mecer doradas espigas en las vegas abandonadas por el miedo de la guerra y convertidas en praderas de cizaña y abrojos. Cintas y brocados, tejidos de seda y oro, ricas alfombras, telas de lino y cáñamo, cuantas manufacturas hacian indispensables la necesidad, el lujo

---

[1] Enriquez del Castillo, *Crón.*, cap. 56. Jimena, *Anales de Jaen*, pág. 419.

ó el capricho de los tiempos salian de los talleres de Granada para surtir los mercados mas lejanos. Moros en caravanas acudian á las célebres ferias de Castilla y vendian con superior estimacion sus utensilios y mercancías. Los buques del litoral granadino surcaron el Mediterráneo cargados con cereales, con seda, con azúcar y con los productos de la industria sin variar el rumbo con la aparicion de vela enemiga. Los castellanos, aragoneses, catalanes y genoveses tenian fondas y posadas en Granada y acudian á esta capital como al mas rico de los emporios. El resultado de sus granjerías les probó que la paz hacia refluir la riqueza del moro en provecho comun, y que era mas conveniente cultivar la amistad de los granadinos laboriosos, que cegar las fuentes de su riqueza con los incendios y calamidades de la guerra. La prosperidad de su reino habria colmado de satisfaccion al bondadoso Ismael; pero el destino, avaro de la dicha del hombre, no le concedió tan cumplido beneficio. Quebrantado de salud, vivia abatido y habitualmente melancólico: los rigores del invierno, demasiado sensibles en Granada, le hicieron huir de su corte para buscar alivio en la benignidad del clima de la costa. Almería abrió con júbilo sus puertas á la regia comitiva, y Cid Jahie Alnayar alojó en su alcázar al esposo de su hija. Ni la suavidad del clima ni los cuidados mas asiduos sirvieron para prolongar la vida del enfermo. Esperaban los físicos que las blandas brisas y el calor de la primavera restaurasen su existencia amortiguada; mas sus pronósticos quedaron fallidos, porque la muerte[1] vino al par de aquella estacion y dejó va-

Enfermedad y muerte de Ismael A. 1465 de J. C.: 7 de abril.

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 33. Pedraza, *Histor. Ecca. de Gran.*, p. 3, cap, 29.

cante el solio de Granada, para que en él se asentara su hijo Muley Hacem.

Debilidad del rey de Castilla: anarquía. A. 1465.

Entretanto la ambicion de los grandes, las intrigas de los cortesanos y la debilidad de D. Enrique, habian encendido en Castilla vergonzosa guerra civil. El príncipe D. Alonso, proclamado rey por una parte de la nobleza, disputaba el trono á su hermano, en sentir de concienzudos historiadores, indigno de empuñar el cetro. Como en la frontera granadina residian los jefes mas acreditados é influyentes, eran aquí mas notables los síntomas de su desunion. Muley observaba estas discordias y las atizaba á veces suministrando refuerzos de dinero y gente á los bandos rivales. Alonso Yañez Fajardo, el vencedor de los Alporchones, se habia constituido régulo de Murcia y Cartagena con apoyo de su yerno Garci Manrique, é indiferente á los mandatos del rey y á las órdenes del adelantado D. Alonso Yañez, primo suyo, dictaba leyes en la comarca y las ejecutaba á punta de lanza. D. Enrique autorizó á los émulos de D. Alonso para hacerle la guerra á *sangre y fuego*, y en virtud de esta facultad, el capitan Gonzalo Carrillo invadió los estados de aquel señor maltratando á sus vasallos y haciendo daños incalculables con talas é incendios. Enfurecido D. Alonso reunió la gente de su yerno, la de su primo Juan de Ayala, señor de Albudeyte, y pidió tambien socorro al rey de Granada con quien mantenia íntimas relaciones: al propio tiempo escribió una carta insultante al monarca de Castilla refiriendo sus proezas y sus servicios en la guerra, y quejándose de que autorizase á sus enemigos para hostilizarle á *sangre y fuego*. Como sabia que sus reconvenciones eran desatendidas si no las apoyaba con lanza vencedora, corrió con su hueste en busca del

Situacion de la frontera de Murcia.

capitan, y le atacó en la huerta de Murcia. La fortuna le fué adversa: su gente desapareció muerta y dispersada, casi todos sus castillos se rindieron, y el mismo señor con escasos restos se encerró en el de Lorca: aquí resistió valiente y no se rindió hasta conseguir partidos ventajosos y la devolucion de los estados que le disputaban sus émulos. Entonces cortó comunicaciones con la corte, y sin reconocer rey ni superior en aquella tierra, mandaba como señor y juzgaba como árbitro [1].

Adelantamiento de Cazorla.

Enlazaba con la frontera de Murcia el adelantamiento de Cazorla, cuya comarca dependia del arzobispo de Toledo, sin que en la provision de sus capitanes tuviese intervencion la corona [2]. Seguia luego la fortaleza de Segura, propia de la órden de Santiago, encomendada al maestre D. Juan Pacheco, y por lo mismo defendida por gente hostil al rey. Al contrario el reino de Jaen: manteníanse esta capital y algunas ciudades fieles al soberano por las influencias del condestable D. Miguel Lucas de Iranzu, del prior de san Juan D. Juan de Valenzuela, y

Reino de Jaen.

---

[1] Aunque la guerra provocada por el audaz D. Alonso Fajardo fué por los años 1457, nos abtuvimos de hacer referencia de ella, hasta el momento de pintar la situacion de las fronteras. Del estado de la de Murcia puede formarse juicio leyendo á Cascales, *Discursos histor.* 10 y 11, y á Salazar de Castro, *Histor. genealog. de la casa de Lara,* lib. 13, cap. 1.

[2] Los adelantados de Cazorla eran nombrados exclusivamente por el arzobispo de Toledo. S. Fernando, atendiendo los sacrificios y peligros con que el célebre prelado D. Rodrigo redujo algunos lugares de aquella comarca en 1232, le concedió en 1240 el señorío de la tierra extensivo á sus sucesores en la silla arzobispal. Véase Jimena, *Anal. de Jaen,* pág. 139, y Salazar de Mendoza, *Orígen de las Dignid. Segl. de Castilla y Leon,* lib. 2, cap. 13, párr. 2.

del obispo de la diócesis D. Alonso de Acuña. Eran estos personajes los mas firmes apoyos del menguado monarca, y por el prestigio de sus dignidades, por sus dádivas y por las relaciones habian sofocado en el reino de Jaen el fuego de la guerra civil. Halagaban los tres señores á la clase media, con gran recelo de la turbulenta grandeza, que veia perdida su influencia si daban tiempo á que Iranzu y sus enemigos descubriesen á las masas el secreto de su poder, organizasen un ejército y provocasen una reaccion[1]. El maestre de Calatrava D. Pedro Giron vino entonces desde Castilla á dar impulso á su faccion, y á destruir al condestable Iranzu que tenia reconcentrados en Jaen como en un foco peligroso 1.000 caballos y 10.000 peones.

Turbulencias de D. Pedro Giron, del obispo de Jaen, y de otros personajes. A. 1465 de J. C.: abril.

Antes de atacar á Iranzu tuvo que perseguir al obispo de la misma ciudad D. Alonso de Acuña, que habia trocado el báculo por la espada y convertídose de pastor espiritual en guerrillero indócil. Unos mismos intereses políticos y una amistad sincera habian unido en otro tiempo al prelado y al condestable: ambos estaban comprometidos por una misma causa, y el primero habia sido testigo de las suntuosas bodas del segundo con Doña Isabel de Torres[2]. Una exigen-

---

[1] Palencia, hablando del carácter de los dos partidos que sostenian la guerra y del apoyo con que contaba en Jaen D. Pedro Giron, dice: «Como la mayor parte de los hidalgos de ella fuesen suyos y desamasen á Miguel Lucas el condestable, el cual como fuese popular á los comunes mas que á los nobles favorecia &c.'' *Crón. de Enr. IV*, lib. 1, capítulo 31. M. S.

[2] El condestable Iranzu, á quien Enriquez del Castillo pinta como un sugeto de excelentes prendas y Palencia como *hombre de poco saber* y de condicion desapacible, se casó con

cia acalorada engendró á la sazon entre los dos personajes un odio tan implacable como estrecha habia sido su amistad. El maestrescuela Fernando de Gormaz fué nombrado alcaide de la ciudad por influencias del obispo estando ausente el propietario Rodrigo de Marruecos. Iranzu desaprobó este nombramiento, destituyó al agraciado y se quejó amargamente de su protector. Esta rencilla desunió los ánimos de los vecinos de Jaen y los acaloró hasta tal punto, que armados y divididos en bandos, iban á inundar de sangre las calles de la ciudad. Cerciorado el rey de este peligro, ordenó que se reconociese la autoridad exclusiva del condestable, y que el obispo saliese desterrado al castillo de Bejixar. No estuvo D. Alonso muy conforme con esta resolucion, pues aunque obedeció trasladándose á su destierro, no dejó de meditar medio de venganza. De acuerdo con su sobrino Juan Vazquez y con Juan de San Martin, capitan feroz y membrudo, organizó una partida, dispuso entrar en Jaen, alborotar al pueblo y prender al condestable. Para ello destacó de vanguardia una banda de 40 hombres á caballo, y salió en pos capitaneando pelotones de paisanos armados. Los delanteros entraron con brio en la ciudad, se apoderaron de la casa arzobispal, se atrincheraron en la catedral y pusieron en alarma al vecindario. El condestable se armó al punto, aper-

Antecedentes.
A. 1463 de J. C.

Antecedentes.
24 de abril.

D.ª Isabel de Torres, señora de Escañuela y del Villardon Pardo de Jaen, en enero de 1461: los esposos recibieron las bendiciones del obispo de Salamanca D. Gonzalo Vibero, que vino solo con este objeto: las bodas se celebraron con una ostentacion regia, asistiendo á ellas el obispo de la diócesis D. Alonso de Acuña. *Crón. del Condest. Iranzu,* año 1461.

cibió su gente, cercó y rindió á los sediciosos, evitó la entrada de los demás y deshizo sus proyectos. El obispo, en vez de desmayar con el siniestro desenlace de su combinacion, continuó sus tramas buscando parciales en Baeza. Hervian los odios entre los hidalgos de esta poblacion; perdidos en ella los hábitos de obediencia, no habia leyes, ni autoridades que reprimiesen la tiranía del mas fuerte: robos é invasion de los hogares domésticos, violacion de las doncellas, rapiñas en los campos, incendios en las arboledas y mieses, eran sucesos cotidianos en
26 de julio. aquella ciudad. Entonces fué cuando los Benavides y Valenzuelas sostuvieron con sus parciales una batalla, que duró todo un dia en las calles y no cesaron de acuchillarse hasta saciar sus venganzas con recíprocas desgracias. Entonces fué cuando el obispo con pretexto de apaciguar las discordias, las enconó mas y mas inclinándose al bando de los Benavides, y cuando los contrarios resentidos se vengaron prendiéndole en una
A. 1464 de J.C.: 23 de mayo. emboscada junto á Baylen [1], y conduciéndole preso al castillo de Baños con sus escuderos y pajes. Con noticia de este desacato D. Juan Romero de Torres, arcipreste de Baeza y juez apostólico del obispado, fulminó anatema y consiguió su libertad, á la cual siguieron mayores tribula-

[1] Los detalles de esta contienda se hallan en un manuscrito que corre entre los curiosos y es muy citado de Jimena, Rus Puerta, Jimenez Paton y Mazas; se titula *Calendario del canónigo Luis Fernandez de Tarancon:* en él se apuntan con una prolijidad esmerada muchas particularidades que no pueden tener lugar en su crónica extensa y que sin embargo son muy útiles para conocer á fondo el carácter de los personajes y la clave de los sucesos.

ciones. Los Benavides, alentados por D. Pedro Giron, entraron á mano armada en Baeza, prendieron en la misma casa y á presencia del obispo al asistente Fernando Villafañe, é hicieron al alcaide de la fortaleza que la rindiera reconociendo la autoridad del infante D. Alonso. No creyéndose el obispo allí seguro, regresó á Bejixar y enarboló bandera de guerra contra el maestre. D. Pedro le cercó rigorosamente, le obligó á darse á partido y entregó al saco de sus soldados las casas y propiedades. El rey indemnizó al prelado donándole en señorío la tierra de Lope Fernandez, con montes, aguas y ejidos, las casas reales de Andújar, los derechos de portazgos, pesquería y paso de madera y 6.000 florines de oro [1].

29 de octubre.

A. 1465 de J.C.: mayo

Vencido el obispo, pudo el maestre dar impulso á sus operaciones militares y mas latitud á sus intrigas. Dispuso que su amigo D. Fadrique Manrique ocupase á Arjona, Mengibar, Torrecampo, Cazalilla, Fuente del Rey y Villanueva de Andújar. Logró que los caballeros Molinas se declarasen en Úbeda á su favor, y que Martos y todos los estados de la órden levantasen pendones en el mismo sentido. Inspirábanle recelos el conde de Cabra que ocupaba á Baeza con 400 lanzas y Alonso de Montemayor situado en Alcaudete con 200; mas como estos dos señores se mantenian neutrales en la contienda, formó D. Pedro todo su empeño en apoderarse de Andújar que permanecia fiel al rey, y en desalojar de

Operaciones militares de D. Pedro Giron en el reino de Jaen.

A. 1465 de J. C.: junio

---

[1] Así consta del privilegio despachado por el rey en Salamanca á 6 de febrero de 1466, y publicado por Jimena, *Anal. de Jaen*, pág. 421.

Jaen al condestable Iranzu. Capitaneaba en esta campaña 3.000 caballos y un peonaje numeroso, con los cuales buscaba ocasion de una batalla; mas no habiendo logrado alcanzar al enemigo en campo raso, tuvo que atemperarse á las operaciones lentas de un asedio y estrechó á Jaen. Sagaces los cercados mantuviéronse al abrigo de sus muros esperando que la gente del maestre se rindiese con las privaciones y fatigas del campamento; y como no carecian de comunicaciones ni de víveres por las dificultades que oponian los montes vecinos al ejército sitiador, dejaron obrar al tiempo. La tropa de D. Pedro en su mayor número allegadiza, baldía y halagada por la esperanza del saqueo, desertaba impaciente y ejercia en aldeas y caseríos de las inmediaciones las rapiñas que no lograba en las casas y tiendas de la ciudad. La concentracion de fuerzas en Jaen alentó á los enemigos de Sevilla y dió lugar á que pulularan partidas y facciones apoyadas en la fortaleza de Carmona. La indisciplina
5 de agosto. de su ejército y las novedades de la Andalucía Baja, obligaron al maestre á levantar sus reales y á marchar contra los nuevos rivales que intentaban cortar el vuelo de su carrera ambiciosa [1].

Muere D. Pedro Giron. A. 1466 de J. C.: 2 de mayo.

La muerte de este personaje célebre no calmó la guerra de Jaen: habia renunciado D. Pedro su maestrazgo para casarse con Isabel de Castilla y dispuesto que su hijo bastardo D. Rodrigo Giron le sucediese en la alta dignidad: me-

[1] Palencia (*Crón. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 31) refiere la campaña del maestre y el cerco de Jaen, y con mayor prolijidad el manuscrito titulado *Memoria que hizo Rui Diaz de Quesada, suegro de Pedro Galera del Simon, personero*

dio ingenioso de abdicar aparentemente su poder y de conservarle en nombre de aquel niño. Apenas circuló por Castilla la noticia de que el maestre habia fallecido en Villarubia de la Mancha en vísperas de verificar su enlace, D. Miguel Lucas y el prior de San Juan D. Juan de Valenzuela tomaron la ofensiva, y cercaron á Úbeda. El marqués de Villena y maestre de Santiago D. Juan Pacheco, mas turbulento, mas fiero y mas temible que su hermano D. Pedro, corrió desde Castilla con 400 ginetes, aceptó el refuerzo de 300 caballeros árabes pagados por Aben Celim infante de Almería, y logró levantar el cerco. La gente del prior y del condestable saqueó la comarca, y replegóse hácia Jaen cargada de botin y vivamente perseguida por los hidalgos de Úbeda [1].

Se alientan en Jaen los parciales de D. Enrique.

Viene á Jaen el marqués de Villena.

Legion auxiliar de moros.

El prior salió desde Jaen con 100 caballos y 800 peones á situarse en Andújar, para evitar que las tropas del marqués de Villena y las intrigas de D. Fadrique Manrique y de D. Alonso de Aguilar, provocasen una reaccion. D. Fadrique trataba de cortar las comunicaciones de ambas ciudades, atrincherándose en los vados del Guadalquivir; pero el prior que conoció la importancia de esta operacion atacó furioso, dispersó y acuchilló á la hueste enemiga, hirió á D. Fadrique y le comprometió á capitular. Ajustándose estaban las condiciones de la rendi-

Derrota del prior de S. Juan.

A. 1466 de J. C.

---

y alcaide de Quesada, año de 1466. Es una crónica ó calendario histórico desde el año 1406 hasta el de 1484, en el cual se refieren con mucha minuciosidad todos los sucesos ocurridos en Jaen durante el turbulento reinado de Enrique IV y particularmente los de la guerra suscitada por D. Pedro Giron.

[1] Palencia, *Crón. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 39. M. S.

cion, cuando se divisó una espesa polvareda, y envuelta en ella una cohorte de caballeros armados en toda regla. Sin proferir palabra ni tocar trompeta, enristraron estos con la gente del prior, y cambiaron la faz de la escena. Los vencedores antes sufrieron una persecucion despiadada, y cubrieron con sus cadáveres el campo. Cuatrocientos fenecieron ahogados en las aguas del Guadalquivir ó ensartados en las lanzas de los desconocidos campeones. El prior mismo corrió desalentado hasta alejarse algun trecho del peligro, y recobrado luego abandonó el reino de Jaen y no cesó de huir hasta Consuegra [1]. Este inesperado socorro era el de D. Alonso de Aguilar que avisado del peligro de Úbeda, pasaba diligente á libertarla, y habiendo reconocido por casualidad abatidos los estandartes de D. Fadrique su tio no vaciló un punto en vengarle.

Tal suceso mejoró notablemente en Andalucía el partido de D. Alonso, y habria decidido la contienda si la temprana muerte de este príncipe y el matrimonio de Isabel y de Fernando no hubiesen deshecho los proyectos de la grandeza altiva y mitigado por algun tiempo la guerra. Mientras las lanzas castellanas herian pechos castellanos, los moros en número de 800 ginetes y 1.000 peones capitaneados por los caudillos mas nobles de Granada, abrasaron á Quesada y cubrieron de luto su comarca. Mayor hubiera sido el desastre si el jóven D. Lope Vazquez de Acuña, conde de Buendía y adelantado de Cazorla, no hubiese salido al encuentro de los escuadrones

Correría de los moros.

---

[1] Palencia, *Crón. de Enr. IV*, lib. 1, cap. 39. M. S. Salazar y Castro, *Histor. genealog. de la casa de Lara*, lib. 12, cap. 7.

infieles y escarmentado su audacia con un vigoroso ataque [1].

Visita D. Enrique la Andalucía. A. 1469 de J. C.

Aunque habia calmado la guerra, el desórden continuaba en Andalucía y la autoridad real era menospreciada. Aconsejado D. Enrique por sus ministros, vino á Osuna y escribió á la ciudad de Jaen previniendo que la visitaria en breve. El condestable Iranzu ya de regreso contestó en términos benévolos á nombre del vecindario, y advirtió al rey que no le acompañasen los traidores que habian encendido antes la guerra y le escoltaban ahora como amigos: aludia á D. Juan Pacheco, que despues de la muerte de su hermano y del príncipe D. Alonso se habia inclinado á D. Enrique y sometídole á sus inspiraciones. La insinuacion del condestable hizo al marqués de Villena permanecer en Osuna proyectando venganza y dejar al rey que partiese á Jaen.

Entrada en Jaen: severidad del condestable Iranzu.

El pueblo recibió al soberano con grande aparato y con vivas demostraciones de júbilo, y el condestable salió montado con lanza y adarga á la puerta de la ciudad á pasar escrupulosa revista á la escolta y servidumbre regia: viendo en ella á D. Rodrigo de Ulloa, aliado y amigo del maestre, púsole la lanza al pecho diciendo con dureza: «La ciudad de Jaen no suele acoger á los «traidores,” y le hizo alejarse. El rey permaneció ocho dias entretenido en justas y festines, y regresó á Osuna llamado por D. Juan Pacheco á cuyas órdenes estaba ya deferente. Partió luego para Córdoba con intenciones de calmar la

---

[1] Palencia, *Crón. de Enr. IV,* lib. 2, cap. 8. M. S. Alonso Lopez de Haro, *Nobiliario de los reyes y títulos de España,* lib. 6, cap. 2.

guerra que sostenian furiosos al conde de Cabra, sus hijos, y su yerno Alonso de Montemayor, señor de Alcaudete, contra D. Alonso de Aguilar.

Viene á Antequera: julio.

Trasladado luego á Écija recibió cartas del alcaide moro de Málaga Alquizorte implorando socorro: acababa de rebelarse este caudillo contra el rey de Granada y defendia bravamente su pendon hostil. Muley habia aglomerado tropas y encargado á sus vicires que hiciesen un ejemplar castigo en la persona del traidor. Temeroso Alquizorte concertó una conferencia con D. Enrique, y para celebrarla se dieron citas para Antequera. Gobernaba en esta ciudad el alcaide Hernando de Narvaez, hijo segundo del famoso Rodrigo, y uno de los valientes capitanes que se habian mantenido fieles al monarca durante las turbulencias promovidas en Andalucía por el maestre de Calatrava. Suspicaz y receloso de las perfidias de D. Juan Pacheco, presumió que el débil monarca iba á despojarle de su alcaidía para agraciar á D. Alonso Aguilar que la ambicionaba; y resuelto á sostenerse en ella á todo trance requirió para la resistencia á sus fieles y bravos compañeros. Presentose el monarca con su comitiva capitaneada por D. Alonso Aguilar y halló cerradas las puertas; llamó y vió asomar á los soldados de Hernando defendiendo la entrada: pidió hospitalidad; y entonces apareció el alcaide y dijo con arrogancia que no reconocia poder alguno en España capaz de disputarle la ciudad; que S. A. entrase con 15 criados solamente[1], y para que jamás dudara de su generosidad, podia la demás gente alojarse á costa suya extramuros

---

[1] Segun Enriquez del Castillo « de esto no fué pesante el rey, antes plugo.''

en los arrabales de Sta. Catalina. El menguado rey sometido á esta humillacion entró en la villa; mas no bien hubo pisado los umbrales con 15 ginetes, vió alzado el rastrillo, cerrada la puerta y postergada la restante comitiva. Habia reflexionado Hernando de Narvaez sobre el medio de hacer á D. Enrique comprender sus deberes, y las justas obligaciones que habia contraido con los defensores expuestos por su causa á la iras del terrible maestre de Calatrava. Verdades, no hacian mella en su alma insensible; amonestaciones dulces, eran por lo mismo infructuosas; amenazas, rebajaban á un caballero preciado de leal y fiel servidor de la corona: no quedaba otro arbitrio que el de inflamar el corazon helado del monarca, evocando los manes de los héroes con aparato lúgubre de muertos, de visiones y sombras. Narvaez realizó cumplidamente este proyecto fantástico: apenas tuvo al monarca en el recinto de la villa, le condujo en procesion á la iglesia del Salvador, en cuyo templo habian depositado sus trofeos los conquistadores de Antequera y reposaban las cenizas del fiel y valeroso Rodrigo. Hernando habia sacado de la tumba el cadáver disecado de su padre y colocádole en un túmulo en medio de la iglesia. Tapices negros colgados desde el techo hasta el pavimento, esqueletos y calaveras agrupadas en nichos, cuadros de ánimas abrasadas en las llamas del infierno, daban al templo el aspecto de un sepulcro vastísimo. Cerradas las claraboyas y ventanas, no habia mas claridad que la de algunos cirios sostenidos por candelabros toscos y cuyos reflejos pálidos servian para hacer mas visibles las tinieblas. En medio de la nave se elevaba el túmulo con el ataud descubierto y ocupado con el cadáver momia, cuyas manos sostenian una llave. No

Escena singular.

esperaban el rey ni sus 15 compañeros ser conducidos á una mansion tan desapacible, ni podian presumir el motivo de tan lúgubre sorpresa. Los circunstantes sintieron erizado el cabello al ver asomar entre las tinieblas un coro de frailes alumbrados con cirios mortuorios, entonando responsos y conjurando á los demonios con aspersiones benditas. Concluidos los exorcismos, se comenzaron á oir unos clamores sordos y unos ayes lastimeros, al parecer exhalados por almas en pena sepultadas en los mismos subterráneos del templo: fué haciéndose mas perceptible el rumor, hasta que levantada una losa sepulcral, salieron muchas dueñas vestidas de luto y por el aspecto lastimadas de pesadumbre. Postradas de rodillas en torno del ataud, rezaron contritas; arrebatadas luego de dolor, prorumpieron en copioso llanto; y por último, se enfurecieron mesándose los cabellos y gritando descompasadamente como una legion de arpías. En medio de su frenesí se dirigieron al rey, y cercándole como nube siniestra, señalaron el cadáver de Rodrigo de Narvaez, diciéndole: «Ese cuerpo, que «ahora yace consumido, estuvo animado con el «espíritu de un héroe: D. Fernando, hermano «de vuestro mismo abuelo, le entregó la llave «que hoy sostienen sus manos: como el hijo no «puede devolver esa prenda sin ofender la me«moria del padre, ha dispuesto que V. A. la ar«rebate de la misma mano que la aceptó.” El rey, suspenso y estupefacto con esta imprecacion, recapacitó sobre la injusticia de lanzar de Antequera al hijo de Rodrigo, y juró conservarle en su destino, á no mediar renuncia voluntaria. No bien prestó D. Enrique el anterior juramento, se alejaron las dueñas lloronas y los frailes, se descorrieron los tapices, se apagaron los cirios

mortuorios, se hundió el túmulo, desaparecieron los esqueletos, entró la luz del sol, y sonando chirimías y cantos y vivas fué conducido el rey á mas risueño aposento [1].

Resentimiento y hostilidades de D. Alonso Aguilar.

Los caballeros alojados en el arrabal no tardaron en saber el medio ingenioso con que Hernando de Narvaez habia exigido del rey la promesa de conservarle en su alcaidía. D. Alonso Aguilar, ya irritado con la afrenta de negarle la entrada, maldecia su ligereza en haber dejado á D. Enrique á merced de un alcaide rival, y aun recelaba que Narvaez apoderado de la real persona la retuviese como prenda, ó cambiase su ánimo flexible. No acostumbrado D. Alonso á contemporizar en tales ocasiones, sacó á su gente de los alojamientos, llamó traidores y amenazó de muerte á los antequeranos, y viendo que sus amonestaciones eran despreciadas, pidió re-

---

[1] A los que parezca inverosímil ó fabulosa la narracion del aparato lúgubre con que fué atemorizado D. Enrique segun los manuscritos de Antequera y otras memorias del tiempo, debemos recordar la escena que pinta Gomez Manrique (*Cancion. gen.* fól. 60) en el duelo del marqués de Santillana :

«Mas ví cercada de duelo
una sala mucho larga,
las paredes con el cielo
y su aladrillado suelo
todo cubierto de xarga;
ví por órden assentadas
siete doncellas cuitadas,
del mismo paño vestidas,
sus lindas caras carpidas
y las cabezas messadas.''

Los manuscritos de Antequera refieren este suceso peregrino y suponen que la entrada de D. Enrique fué en el año de 1470: fúndanse sus autores en la escritura de transaccion otorgada á 18 de mayo del mismo año entre Narvaez y D. Alonso Aguilar: es cierta la fecha del contrato, mas no lo es

fuerzos y artillería á Córdoba y comenzó á lanzar bombas sobre la poblacion. El alcaide, á quien no intimidaban las amenazas ni hacian vacilar los peligros, convocó á sus adalides, les exhortó con entereza, y abriendo de repente las puertas de la villa, salió al frente de sus lanceros con tal ímpetu, que los soldados de D. Alonso rotos y dispersos abandonaron las baterías y dejaron en mal lugar la honra de su caudillo. Los vencedores condujeron á la ciudad los cañones apresados y los colocaron en la torre mas alta del castillo, y por bajo el escudo de la casa de Aguilar, para abatir el orgullo de familia tan poderosa[1]. D. Alonso no habia experimentado en sus dias tal revés ni tanta afrenta. Abrasado en deseos de venganza, reunió bajo sus banderas á vasallos, á amigos y á parciales con intenciones de pelear hasta morir ó de degollar á toda la gente de Antequera y arrasar la poblacion y su alcázar. No es posible adivinar las consecuencias de este resentimiento, si el rey no hubiese logrado conciliar á los dos bravos señores, haciéndoles otorgar escritura de transacion.

Salida ventajosa de los antequeranos.

---

la circunstancia de que el rey D. Enrique hubiese sufrido en el mismo año la humillacion del aparato lúgubre. Segun Enriquez del Castillo, apenas el rey dió el corregimiento de Ecija á D. Fadrique Manrique, resolvió celebrar una conferencia con Alquizorte. *Crón. de Enr. IV*, cap. 133. Salazar de Castro (*Histor. genealóg. de la casa de Lara*, lib. 12, cap. 7) prueba que D. Fadrique tomó posesion en 7 de julio de 1469: su testimonio, comparado con la narracion del cronista antiguo, hace ver que la pavorosa escena se verificó en 1469. No resulta que D. Enrique se hubiese detenido en pueblo alguno desde julio hasta mayo; al contrario, Enriquez del Castillo fijó su entrada en Antequera en el año de 1469.

[1] *Histor. de Antequera sacada de diferentes autores*, M. S., lib. 1, cap. 32.

Calmados estos enconos abandonó el monarca los muros de Antequera y trasladóse á Archidona. Pertenecia esta villa á D. Alonso Girón, hijo de D. Pedro, y el alcaide de la fortaleza y su vecindario sometidos á las inspiraciones del marqués de Villena, tutor y tio de aquel niño, inspiraban absoluta confianza. Con las turbulencias de Antequera se habia dilatado la entrevista que solicitaba el gobernador de Málaga; por ello, no bien entró la corte en Archidona, se avisó al moro que concurriese á proponer los términos de su alianza. Alquizorte era uno de los alcaides mas bravos del reino, y moro tan mañoso y arrogante que aspiraba á constituirse en régulo y á luchar de poder á poder con el rey Muley Hacem. Habian desconcertado el plan del rebelde derrotas reiteradas en los campos de Málaga á manos de la caballería granadina; y el tormento y el degüello eran seguro castigo de su perfidia, si el rey de Castilla no le ofrecia puerto de salvacion en semejante borrasca. Con este motivo Alquizorte acudió diligente á las puertas de Archidona, esperó al rey de Castilla en una tienda de campaña, le rindió homenaje y le regaló caballos africanos y muchas preciosidades moriscas. D. Enrique le prometió su favor y ayuda, sin advertir que en aquel momento sancionaba las traiciones y alzamientos de los grandes de Castilla[1].

Entrevista del rey y del moro Alquizorte en Archidona. A. 1469 de J. C.

No tardaron los pueblos en experimentar las consecuencias de esta alianza bastarda. Irritado el rey de Granada, destacó un ejército que corrió los reinos de Córdoba, Sevilla y Murcia, lle-

Enojo del rey de Granada. Situacion deplorable.

---

[1] Enriquez del Castillo, *Crón. de Enr. IV,* cap. 131.

vándolo todo á sangre y fuego, sin que nadie osase poner diques al torrente. Los grandes señores de Córdoba y Sevilla promovieron con mayor encono los mal reprimidos bandos, y mientras D. Enrique vagaba flojamente de pueblo en pueblo, la sangre inundaba á torrente los campos de Andalucía y las calles de sus bellas y populosas ciudades.

Enemistad de D. Alonso Aguilar con el conde de Cabra.

Fué cabalmente en medio de estas revueltas cuando D. Alonso Aguilar y el hijo del conde de Cabra, señores y rivales en el reino de Córdoba, provocaron en Granada un espectáculo extraordinario, que pareciera patraña de los libros caballerescos, si no estuviese comprobado por testimonios indubitados y por la fe de todos los historiadores contemporáneos. Fué el desafío que el mariscal D. Diego Fernandez de Córdoba propuso á D. Alonso Aguilar ante las damas y corte del rey moro; hazaña novelesca que no es posible referir sin los antecedentes que la motivaron.

Antecedentes.

D. Fadrique Manrique y D. Alonso Aguilar casado con una de las hijas del marqués de Villena, habian seguido, como hemos dicho, las banderas del príncipe D. Alonso, y sostenido la contienda civil en Córdoba y Jaen contra la casa del conde de Cabra, inclinado al partido de D. Enrique. Muertos D. Pedro Girón y el inocente D. Alonso, D. Juan Pacheco se adhirió al rey, le sujetó á su albedrío y dió la señal de tregua á sus amigos y servidores. D. Enrique creyó conciliar los ánimos adoptando varias providencias, entre las cuales fué importante el nombramiento de D. Martin Fernandez de Córdoba, hijo segundo del conde de Cabra, para gobernador de los castillos y alcázares de Córdoba, en cuya ciudad era el mismo conde alguacil mayor. Mal avenido D. Alonso con la superioridad de sus ri-

vales en dos destinos, y resuelto á constituirse árbitro de la capital, convidó al mariscal D. Diego, primogénito del conde y residente en Baena, para asistir al acto de toma de posesion de una veinticuatría obtenida por el señor de Palma D. Luis Portocarrero. Acudió D. Diego, y en la sala misma del festin fué preso á traicion y conducido á una torre por Diego Carrillo, caballero de Calatrava, parcial de D. Alonso. Se apercibió este para las hostilidades con que le amenazó el conde, y al cabo de algunos meses concedió libertad al preso, exigiéndole ante D. Fadrique Manrique y el alcaide Luis de Pernia, un juramento de volverse á prision, si no cumplia su padre ciertas estipulaciones pendientes entre ambos sobre estados y alcaidías[1].

Prision de D. Diego Fernandez de Córdoba. A. 1469 de J. C.: 25 de octubre.

Su libertad: diciembre.

El rey, cerciorado de este escándalo, rehusó favorecer al agresor, y por carta fecha en Madrid á 15 de abril, refrendada por su secretario Juan de Oviedo, autorizó al mariscal para no cumplir lo pactado y le alzó el juramento de volver á prision, imponiendo pena aleve á quien exigiese su cumplimiento ó le acusase sobre perjurio. Libre D. Diego del compromiso, dió rienda suelta á su enojo enviando con Celi, su faraute, un acerbo cartel de desafío á D. Alonso Aguilar, llamándole alevoso y proponiéndole un combate de caballero á caballero[2], y desde Baena donde

El rey releva de sus juramentos á D. Diego. A. 1470 de J. C.: 15 de abril.

D. Diego desafia á D. Alonso Aguilar: mayo.

---

[1] *Histor. de la casa de Córdoba*, lib. 2, cap. 10, M. S. Salazar y Castro, *Histor. genealóg. de la casa de Lara*, lib. 12, cap. 7.

[2] «D. Alonso soltó al mariscal, y así suelto y puesto en libertad en la villa de Baena, determinó de afear y reprochar á D. Alonso llamándolo á batalla de ultrance.'' Enriquez del Castillo, *Crón., de Enr. IV*, cap. 138.

residia, escribió al rey pidiéndole licencia y campo seguro para la lid[1]. Habiéndola negado D. Enrique, escribió el mariscal al rey Muley Hacem solicitando palenque en su corte. El soberano de Granada, entendido cual no otro en puntos de honor y muy rigoroso en reglas de caballería, preparó en su corte ricos alojamientos á los señores rivales y un espacioso circo para teatro del hecho de armas. El mariscal D. Diego emplazó entonces á su contrario señalándole el dia y la hora del reto, acudió á Granada con lujosa comitiva y obtuvo de Muley el mas benévolo recibimiento. El plazo asignado para comparecer y celebrar el reto acercábase, y ni D. Alonso ni sus emisarios se presentaban en Granada. Llegó el dia crítico 10 de agosto, y el pueblo y señorío de la corte y muchas damas y doncellas moras acudieron con impaciencia á las gradas del palenque. Momentos antes de comenzar la escena, apareció Muley con la sultana y con los príncipes y ocupó bajo un dosel los blandos cojines de su tribuna; y á su lado sentáronse varios magnates moros, elegidos jueces del campo y asistidos por el escribano real Almanzor de Leon, que debia consignar una relacion verídica de todos los lances. D. Diego, armado de todas piezas y montado en un caballo arrogante, salió á la hora precisa con gentil apostura, paseó el palenque sin

Se opone el rey de Castilla.

El rey de Granada otorga el campo.
Agosto.

Escena caballeresca.
A. 1470 de J. C. 10 de agosto: viernes.

---

[1] D. Diego Fernandez de Córdoba escribió al rey una carta arrogante, fecha á 27 de mayo de 1470, solicitando permiso para desafiar á D. Alonso, y refiriendo el medio traicionero con que le habia preso. La inserta Enriquez del Castillo, cap. 138. Sobre la rivalidad entre ambos caballeros hace tambien curiosas indicaciones D. Tomás Tamayo de Vargas. *Genealogía de la casa de Valenzuela.*

que pareciera D. Alonso Aguilar, y mandó á uno de sus farautes que le llamase y desafiase en alta voz: y aunque esto se repitió muchas veces no sonó trompeta que anunciara la llegada del competidor. Continuaron los llamamientos toda la tarde sin resultado, traspuso el sol por las cumbres lejanas y entonces salió otro faraute con una tabla en que D. Alonso aparecia pintado en faz ridícula, y ató este retrato á la cola del caballo de D. Diego. Hincó este el acicate y arrastró ignominiosamente la efigie hasta convertirla en astillas, diciendo con voz arrogante: «Este es el alevoso D. Alonso Aguilar, que «denegando su persona no vino al plazo seña«lado[1]."

No parece D. Alonso: ultraje en efigie.

Un caballero de los concurrentes, Abencerraje y amigo íntimo de D. Alonso Aguilar, no pudiendo mirar con indiferencia los ultrajes con que se infamaba la honra de su amigo ausente, se levantó despechado, corrió á su palacio, dió prisa á sus criados y esclavos, y saltando en un caballo africano y empuñando una de sus lanzas, bajó con celeridad, saltó una valla por no entretenerse en buscar la puerta, y presentóse cara á cara con el mantenedor. No fué mas pronto aparecer el moro, que interponerse una turba de alguaciles y esbirros, destacados por el rey para prenderle. La audacia del Abencerraje causó murmullos y turbacion en el concurso: la plebe gri-

Sale á defenderle un amigo suyo Abencerraje.

---

[1] Son palabras copiadas literalmente de la *Crón. de Enrique IV*, cap. 138, por Enriquez del Castillo, quien refiere el suceso con mucha prolijidad. Palencia (*Crón. de Enr. IV*, lib. 2, cap. 17, M. S.) tambien lo cuenta, y los moros lo consignan igualmente en sus memorias. Véase Conde, p. 4, cap. 33.

taba; los nobles opinaban de diverso modo; los jueces no sabian á qué atenerse en semejante caso, no marcado en sus reglas de caballería; la sultana y las damas se agitaban sobresaltadas; el rey daba señales de indignacion; y á todo esto D. Diego, mecido en mitad de la liza con los graciosos escarceos de su caballo y preparado con la adarga al pecho, la lanza en ristre y el acicate á punto, reforzaba la voz pidiendo que le dejasen cebar sus iras en aquel moro. Con la diversidad de pareceres y singularidad del caso, crecia el desórden y se acrecentaba la cólera del rey. En esto se presentó un faraute montado en un caballo, y tocando una trompeta pudo acallar el murmullo. Restablecido el silencio promulgó órden de Muley, que imponia al moro pena de muerte con la cabeza cortada allí mismo, por haber promovido la turbacion é infringido las leyes y costumbres de la caballería. No bien acabó el pregonero de publicar este decreto atroz, desmontóse D. Diego, confió á sus escuderos las riendas de su caballo, su lanza y adarga, y subiendo al dosel del rey, se hincó de hinojos y pidió por merced el perdon de aquel caballero [1]. Muley no pudo menos de deponer su severidad y de otorgar lo que imploraba su esclarecido huésped. Concluida sin otro suceso la ceremonia, el rey declaró por medio de otro pregon que «D. Die«go habia cumplido, como bueno, leal, esfor«zado y verdadero caballero, cuanto á su honor «convenia." El escribano Almanzor extendió diligencia de todos estos actos, puso el proceso en manos de los jueces, y estos pronunciaron

El rey le manda matar.

Intercede D. Diego y logra el perdon del moro.

---

[1] Conde, p. 4, cap. 33.

sentencia en 15 de agosto declarando, segun derecho de armas, vencedor al mariscal y vencido á D. Alonso[1]. D. Diego retiróse á los estados de su familia y mandó copiar 1.000 ejemplares del proceso y pintar muchos lienzos, que repartió gratis, en que aparecia D. Alonso pisado por su caballo, con un letrero que decia: «Este es D. «Alonso Aguilar."

15 de agosto.

Algun tiempo despues del acontecimiento anterior, Muley destacó á las órdenes de caudillos bizarros una fuerte columna de caballería para que entrase á sangre y fuego en el territorio de la órden del Calatrava en Jaen. El conde de Cabra, que ocupaba á Alcaudete, facilitó el paso por las inmediaciones de esta villa, para que los escuadrones moriscos no causasen alarma en la línea fronteriza. Los enemigos amanecieron en el partido de Martos cautivando familias enteras, abrasando cortijos y alquerías, y reuniendo cabalgada riquísima, de acémilas y ganados. Como

Sangrienta correría de los granadinos. A. 1471 de J. C.

29 de setiembre.

---

[1] El abad de Rute (*Histor. de la casa de Córdoba*, lib. 5, cap. 5, M. S.) inserta el testimonio del escribano moro que dió fe de lo ocurrido, y apoyado en aquel documento pretende vindicar á D. Alonso del ultraje recibido en efigie, y califica de injuriosa la narracion de Enriquez del Castillo relativa á la tabla: no nos parecen justas sus observaciones, ya porque no es verosímil que un cronista contemporáneo faltase á la verdad en un hecho de tanto bulto como fué aquel, y ya porque es probable que la omision en el testimonio fuese aconsejada por el rey moro para que no constase que autorizaba una accion degradante contra un caballero ausente. Palencia excusa á D. Alonso Aguilar (como que era de su partido) y dice que no fué el miedo lo que le hizo no concurrir al desafío en Granada, sino el recelo de Muley Hacem, «Que tenia intimidad con el conde de Cabra y con sus hijos, y enemistad capital contra él." *Crón. de Enr. IV*, lib. 2, cap. 17, M. S.

no habian antecedido amagos ni avisos, cercaban los moros las poblaciones desprevenidas, haciendo indistintamente víctimas de sus rigores á pobres y á ricos, á mujeres y á niños, á clérigos y á frailes. Una de las brigadas sarracenas sorprendió en domingo á los pueblos de Santiago y la Higuera, inmediatos á Porcuna, é inmoló en el templo mismo á los principales vecinos congregados para la misa. Los soldados entraron blandiendo sus alfanjes y bañaron en sangre las aras, destrozaron las imágenes de piedra, abrasaron las de madera, pisaron las reliquias, y entre injurias y denuestos notificaron á los aldeanos piadosos la alternativa de muerte ó cautiverio: para colmo de sacrilegio acuchillaron á un sacerdote que celebraba misa en una capilla, y condenaron á igual martirio á un fraile que hallaron descuidado en la sacristía. Otros robaban é incendiaban las casas, ultrajaban á las mujeres y levantaban de sus lechos y hacian andar desnudos á los hombres con mofa y escarnio. No hubo una lanza cristiana que reprimiese la audacia bárbara del moro: 400 cautivos, mayor número de muertos, y mucho ganado y recuaje fueron los trofeos con que los capitanes de Muley entraron envanecidos en Granada[1].

Conquista de Cardela. A. 1472 de J. C.

Turbó los regocijos de esta victoria una de las muchas hazañas de D. Rodrigo Ponce de Leon, ya titulado marqués de Cádiz. Aunque este caba-

[1] Jimena, *Anal. de Jaen*, pág. 423. El condestable Iranzu escribió al papa Sixto IV una carta, fecha en Jaen á 15 de octubre del mismo año, dándole noticia circunstanciada de esta correría; es un documento curioso al cuál hemos ajustado nuestra narracion. Tambien es prolijo el P. Bilches (*Santos y santuar.*, p. 1, cap. 54.)

llero tenia ocupada su gente en hacer frente á su rival el duque de Medina Sidonia, no olvidaba el ejercicio de las armas contra el moro, y tenia adalides fieles que le daban parte de la calidad, de los presidios y de los bastimentos de las plazas enemigas. Uno de los espías avisó que la villa de Cardela, aunque fortísima, podia ser ganada, por la ausencia de su alcaide y guarnicion en la guerra contra Alquizorte, el gobernador insurgente de Málaga. No fué menester otro estímulo: D. Rodrigo reunió en Arcos 1C caballos y 3C peones, y cundió que iba á atacar á las tropas del duque. Desengañáronse los soldados cuando recibieron órden de avanzar hácia el castillo de Cardela, desde el cual hacian los moros frecuentes correrías. Caminaban los agresores con mucho silencio para sorprender dormidos á los enemigos; mas no lograron su intento por haber ahuyentado casualmente á tres moros que atravesaron el camino, y corrieron á dar aviso á los suyos. Así, al acercarse los cristianos, vieron los baluartes coronados de gente armada. Otro caudillo menos valiente que D. Rodrigo se habria retirado sin probar fortuna; pero el marqués no se arredraba con tales obstáculos. Sin pérdida de momento recargó su gente hácia las puertas, las incendió y ocupó la villa. Los moros huyeron al segundo recinto, y revelaban suma confianza, creidos que el esfuerzo humano no podia superar las dificultades del peñasco altísimo que les servia de abrigo. Persuadido el marqués de la inutilidad de sus esfuerzos, pensó entregar al saco la villa y abrasarla; pero un pastor cristiano que frecuentaba con sus ganados los campos vecinos, reveló el secreto de un subterráneo que subia desde la poblacion al alcázar, y puso término á la indecision de D. Rodrigo. D.

Manuel Ponce de Leon, que habia hecho voto de pasar á Berbería con un cilicio y no volver á Castilla sin haber muerto muchos enemigos de J. C., pidió á su hermano que le encomendase la arriesgada empresa de sepultarse armado en aquella caverna y guiar los campeones á la fortaleza: accedió el marqués á su demanda, y comenzó á llamar la atencion de los cercados hácia un paraje opuesto á aquel por donde su hermano debia salir á puerto de claridad. En efecto, á poco de haber trabado la escaramuza, resonaron en el segundo recinto lamentos horrorosos y confusa gritería y se vieron algunos moros arrojarse desde las almenas huyendo del acero castellano. Ocupados ambos recintos, y cautivos ó muertos sus moradores, dispuso el marqués restaurar la fortaleza, abasteció de municiones y víveres los almacenes, fabricó una iglesia, y dejando de guarnicion 70 soldados valerosos y por alcaide á Bernal Diaz, volvió á Arcos y escribió al rey los detalles de su victoria[1].

La recupera Muley. A. 1473 de J. C.

Picó vivamente el orgullo de Muley Hacem la pérdida de una villa que servia de puesto avanzado para sus correrías, y ante cuyos muros habian derramado inútilmente su sangre los duques de Arcos, antepasados del marqués. Creido que no sería difícil recuperarla, destacó una division; pero esta tropa no tardó en volver rechazada duramente, y advirtió al rey que D. Rodrigo tenia ya mejorada la fortaleza y que eran necesarios mayores aprestos para salir airosos de su empeño. El fogoso Muley aceleró

---

[1] Palencia, *Crón. de Enr. IV*, lib. 2, cap. 51, M. S. Zúñiga, *Anal. de Sev.*, lib. 11, año 1472. Salazar de Mendoza, *Chron. de los Ponces de Leon*, elog. 17, párr. 9.

con sus tesoros los preparativos indispensables, encaminó sus batallones hácia la frontera y salió en pos con algunos trenes de artillería. Presentado ante Cardela, asestó desde luego sus baterías con tal acierto que en breve quedaron arruinados los edificios, aportillados los muros, y heridos el alcaide y sus compañeros. Avisado el marqués del aprieto en que se hallaban estos valientes, quiso acudir á salvarlos; pero en aquel punto supo que su mayor enemigo el duque de Medina Sidonia amenazaba á Jerez, y que la dilacion mas leve podria ocasionar la pérdida de esta ciudad leal y el degüello de sus parciales. Atento al mayor peligro, desistió de su primer propósito y dejó á los cercados á merced de la fortuna. Bernal Diaz izó bandera de parlamento, y rindió la plaza sin otra ventaja que la de quedar libre con sus soldados. El pendon muslímico fué tremolado segunda vez en aquella importante fortaleza; alzó Muley sus reales, y cargando en acémilas los cálices, las patenas, las lámparas y las cruces de oro y plata (hasta las campanas) con que el marqués habia enriquecido la iglesia, volvió satisfecho á la Alhambra. Aquellas preciosidades, aplicadas á la fábrica de moneda de Granada y convertidas en doblas y maravedises, repusieron las considerables sumas consumidas en la campaña. D. Rodrigo, al ver llegar á Arcos á Bernal Diaz y á sus soldados heridos y macilentos, declamó frenético, no contra el moro, sino contra el duque, y juró tomar pronta y ejemplar venganza [1].

No satisfecho Muley con haber ganado á Car- Correría de

[1] Palencia, *Crón. de Enr. IV.*, lib. 2, cap. 63, M. S.

los moros por el reino de Jaen.

dela, preparó segunda expedicion al reino de Jaen, donde fermentaban gérmenes de discordia reprimidos por los esfuerzos incesantes del condestable Iranzu. El odio antiguo contra los judíos, engendrado por motivos de religion y por agravios en la exaccion de los impuestos que solian estar á su cargo, creció con las exhortaciones indiscretas de algunos frailes que por este tiempo incitaron al pueblo al asesinato y robo de aquellos infelices, en Segovia, en Toledo y en Córdoba. El encono se habia exacerbado mas y mas durante las contiendas de D. Enrique y del infante D. Alonso: bastó que este último se declarase enemigo de los judíos, para que los apadrinasen los parciales de aquel, y en Jaen particularmente el condestable Iranzu. La correría de 2.000 caballos y 1.500 granadinos á sangre y fuego en la comarca de Úbeda y Baeza dió ocasion á algunos espíritus malignos para culpar al condestable y á sus patrocinados los judíos como venales y cómplices con el rey de Granada. Iranzu, alarmado en Jaen con los síntomas del motin que no podia sofocar, disimuló sus temores, y bajo pretexto de hacer oracion, corrió á la catedral creyendo que sus enemigos no osarian añadir el sacrilegio al asesinato. Los sicarios le persiguieron en su asilo: uno mas bárbaro que los demás, le hirió de muerte, y no bien el cadáver quedó tendido á sus piés, se abalanzó la turba y le despedazó con inaudita ferosidad. Muchas familias inofensivas y laboriosas fueron degolladas con furor salvaje, sin mas delito que haber tenido por ascendiente algun judío; y aun D.ª Isabel de Torres, esposa del condestable, habria sucumbido sin la fidelidad y valor de algunos criados leales. Los instigadores del tumulto condujeron las turbas á la inmediata

Asesinato de los conversos y del condestable Iranzu. A. 1473 de J. C.: 21 de marzo.

poblacion de Torre Campo, y reiteraron la escena de vandalismo, degollando al alcaide Juan de Marruecos, á su esposa, á sus hijos, á sus esclavos y criados[1].

Tal era en Jaen como en el resto de Castilla el espíritu de discordia, y tales eran los crímenes que deshonraban los años postreros del reinado de D. Enrique[2].

---

[1] Palencia, *Crón. de Enr. IV*, lib. 2, cap. 66, M. S. Luis Fernandez de Tarancon en su *Calendario*.

[2] D. Enrique falleció en el año siguiente 1474 á 11 de diciembre; por su muerte la magnánima Isabel ocupó el trono de Castilla.



CAPÍTULO XVII.

Empresas primeras de la guerra y conquista de Granada.

Política vigorosa de Fernando é Isabel.=Arrogancia de Muley Hacem.=Sorpresa de Zahara por los moros.=Conquista y defensa de Alhama por los cristianos.=Amores de Muley, influencia de las sultanas y bandos en Granada.=Derrota de los cristianos en Loja y en la Ajarquía.=Batalla de Lucena y cautiverio de Boabdil.=Su rescate.=Tumulto en Granada.=Correrías.=Conquista de Ronda.=Abdalá el Zagal es proclamado rey.=Muerte de Muley.=Convenio entre el Zagal y Boabdil.=Campaña de Fernando, conquista de Loja y de otras villas.=Conmociones en Granada.=Conquista de Velez.=Destitucion del Zagal y proclamacion de Boabdil por los granadinos.

Energía de Fernando é Isabel.

D. Fernando y D.ª Isabel terminaron las desventuras del reinado de D. Enrique IV, asiendo con mano firme los cetros de Aragon y de Castilla. Los magnánimos esposos acometieron la empresa de reorganizar sus estados y de lanzar de sus castillos y verjeles á la raza hostil. Los portugueses, que sostenian los derechos alegados por la Beltraneja al trono castellano, rotos y vencidos, se replegaron con sus quinas á la frontera; la administracion de justicia cobró nuevo vigor; mitigáronse las parcialidades y los bandos de las ciudades populosas; acabó la insolencia de los alcaides erigidos en tiranos desde sus fortalezas y peñas bravas, y habituados á medrar con rapiñas y con el sudor de pecheros laboriosos; los Ponces y Guzmanes, los Córdobas y Aguilares aplacaron

sus odios insanos, y ya pudo desmentirse la cancion en que Gomez Manrique revelaba el espíritu agitado de la nobleza:

«Los varones militantes
condes, duques y marqueses,
solos febridos arneses
mas agros visten en veces,
que los pobres mendigantes;
ca por procurar honores
y haciendas
inmensas tienen contiendas
y temores [1].''

Proposiciones de los moros: respuesta. A. 1478 de J. C.

Espirando las treguas asentadas por intercesion de D. Diego de Córdoba, conde de Cabra[2], y acomodando á Muley prorogarlas, envió á Sevilla, donde á la sazon se hallaban Isabel y Fernando, graves y discretos embajadores: notificaron estos el objeto de su mision, y supieron por voz de aquellos soberanos, que no era posible continuarlas mientras la corte de Granada no aprontase el tributo de dinero y cautivos que habian pagado puntualmente los sultanes antecesores: advirtieron tambien los dos esposos que para reclamar los atrasos y dar una respuesta decisiva acudiria á la Alhambra un embajador cristiano [3].

Embajador castellano en Granada

No tardó en aparecer á las puertas de Granada con esta investidura el comendador de Santiago D. Juan de Vera y Mendoza, seguido de una comitiva corta, pero bien aderezada. Los

[1] *Canc. gen.*, fol. 74.
[2] Garibay, *Comp. hist.*, lib. 18, cap. 12. Ortiz Zúñiga (*Anal. de Sev.*, lib. 12, año 1478) supone con equivocacion que el conde de Tendilla fué quien otorgó las treguas. Véase sobre este particular Zurita, *Anal.*, lib. 20, cap. 12.
[3] Conde, *Domin. de los árab.*, p. 4, cap. 34.

reyes habian escogido para esta comision tanto á D. Juan como á sus compañeros, á fin de que la corte granadina admirara los tipos de la altivez y de la nobleza castellana: jóvenes todos, de mirada altiva, de estatura gallarda y de recia manopla, venian armados en toda regla y montaban con tal arrogancia en sus caballos encubertados, que al verlos se dudaba si eran criaturas ó estatuas de acero movidas con un resorte. No faltó quien advirtiese al embajador el carácter severo é iracundo de Muley, y la posibilidad de que no le pusiesen al abrigo de algun atentado ni su alta investidura ni su valor; pero como D. Juan no fuese hombre en cuyo ánimo hiciesen mella arrogancias de moros, pidió y obtuvo audiencia. El dia marcado para ella, presentóse el comendador á las puertas de palacio con la armadura é insignia de su órden, y atravesó con mucho señorío el patio del Arrayan, ocupado por una servidumbre lucida; y es verosímil que sintiese agitado su pecho con aquellos sentimientos elevados que inflamaban á los castellanos de otros tiempos, cuando juzgaban por algun accidente lastimada la dignidad de su patria, de su religion ó de su reina, al leer en carácteres colosales los versos que aun se conservan en el pórtico de la sala de la audiencia: «El sultan que labró este alcázar, cuantas veces salió al reir la «aurora, cayó sobre los enemigos, y á la tarde «fué señor de sus vidas y les impuso la cadena «del cautiverio y con ella los condujo á labrar «este alcázar......" Introducido en el salon de Comarech notificó clara y lacónicamente el objeto de su mision: habiendo concluido, oyó de Muley estas palabras arrogantes: «Volveos, y decid á «vuestros soberanos que ya son muertos los reyes «de Granada que pagaban tributo á los cristianos;

Desafío arrogante de Muley Hacem.

«y que en Granada no se labran sino alfanjes y «hierros de lanza contra nuestros enemigos[1].” Suspenso estuvo el aliento de D. Juan hasta que hubo acabado Muley, y es seguro que si no le hubiese reprimido la consideracion de que representaba allí la dignidad de los monarcas de Castilla y Aragon, habria sacado la espada y fenecido con honra ó retado al soberano y á todos los personajes de la asamblea. Despidióse con ademan soberbio, bajó á la ciudad y cabalgó al punto para llevar la respuesta á los reyes sus señores. A. 1478 de J. C.

Propósito de los reyes.

No habrian vacilado estos en recoger el guante que el moro insolente les arrojaba, si hubiesen visto consolidada la paz de sus estados; pero viva aun la guerra de Portugal y activas las facciones de los grandes, era prudente dar treguas á la venganza. Así, cuando el rey se indignaba recordando la respuesta del moro, y exclamaba «Uno á uno he de sacar los granos á esa Granada,” la dulce voz de Isabel, de su magnánima Isabel, restablecia la calma, advirtiéndole que aun no era tiempo.

Cláusula singular en las treguas: audacia del marqués de Cádiz. A. 1481 de J. C.: octubre.

Sin embargo, como habia en las treguas la singular cláusula de que se podia asaltar castillo, hacer cabalgada y entrar en correrías, con tal que no se asentasen reales, ni se desplegasen banderas, ni sonasen trompetas, ni durase la empresa mas que tres dias[2], D. Rodrigo Ponce de Leon, con arreglo á estas condiciones, sacó hueste de sus estados Arcos y Marchena, apareció al rayar el alba sobre Villaluenga, la cercó

---

[1] Bernaldez, *Hist. de los reyes Catól.*, M. S., cap. 35. Garibay, lib. 18, cap. 12. Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 34.
[2] Zurita, lib. 20, cap. 42. Bleda, *Coron. de los mor.*, lib. 5, cap. 1.º

en silencio, entró á degüello sin tocar trompetas, y la incendió; en seguida saqueó los lugares comarcanos á Ronda, arrasó la torre de Mercadillo, y antes que se cumpliera el dia tercero regresó á sus estados con botin y cautivos[1].

Se venga Muley conquistando á Zahara. Noche del 26 al 27 de diciembre.

Á este amago siguió en debida regla el golpe del moro. Zahara, villa que conquistó el infante de Antequera, estaba al cuidado de Gonzalo Arias de Saavedra, hijo de Fernan Arias. Habia seguido éste la parcialidad de D. Enrique contra la reina Isabel, y la del duque de Medina Sidonia contra el marqués de Cádiz: empobrecido en tales contiendas y perseguido de muerte, tuvo que refugiarse á tierra de moros, conservando á Tarifa: intercedieron algunos señores y alcanzaron su indulto, por cuyo favor entregó la plaza y se retiró á vivir tranquilo en el Aljarafe de Sevilla en un torreon solitario. Quebrantado el edificio con algunos terremotos, no pudo Fernan Arias restaurarle por su miseria, cuyo accidente ocasionó un total hundimiento y la muerte del mismo caballero y de su familia entre los escombros[2]. Habia Gonzalo conservado por merced de la reina á Zahara, y vivia en ella afligido con la desventura de su familia, y sin recursos para abastecer el castillo de víveres, ni sostener el necesario presidio. No dejó Muley de saber la escasa guarnicion de Zahara y el lamentable estado del alcaide, y sin arredrarse por las dificultades que oponian la altura y muros de la villa, salió de Granada con su ejército, sin desplegar ban-

---

[1] Bernaldez, *Historia de los reyes Católicos*, M. S., capítulo 48.
[2] Bernaldez, M. S., cap. 31.

dera ni sonar trompetas, y atravesó calladamente por senderos y breñas, hasta llegar al pié de los baluartes en noche oscura y tempestuosa. Validos de las tinieblas, arrimaron los moros sus escalas y treparon sin ser vistos, y apoderados del castillo y del lugar, comenzaron luego á tocar añafiles y á mezclar sus gritos de guerra con los silvidos del aire. Muchos vecinos, embargados con el sueño, recibieron el golpe de la cimitarra en su blando lecho; otros salian atemorizados de sus casas y eran acometidos y muertos en las calles, y otros pudieron escapar arrojándose por los adarves[1]. Mitigado el primer ímpetu, mandó Muley tocar una trompeta para intimar á los habitantes por medio de un pregon que se reuniesen en la plaza. Los que habian escapado con vida acudieron, y permanecieron en ella como rebaño vil, cercados por una legion berberisca, hasta que alumbró el sol: niños, mujeres, ancianos, ricos y pobres, veíanse apiñados, transidos de frio y salpicados de sangre. Indiferente Muley á sus penalidades, mandó encadenarlos y conducirlos á Granada, adonde regresó él mismo ufano y engreido.

26 de diciembre.

Aunque se disponian en Granada zambras y torneos en celebridad de este triunfo, el triste espectáculo de los cautivos de Zahara, abatidos por la fatiga del camino y dureza de la soldadesca, indispuso los ánimos. Sin embargo, los cortesanos aduladores acudieron diligentes á la Alhambra para postrarse ante las gradas del trono y felicitar al soberano: entre la turba de personajes que poblaban el salon regio, notábase un

Desagrado de los ánimos en Granada.

Adulacion de los cortesanos.

[1] Bernaldez, cap. 51. Pulgar, *Crón. de los reyes Catól.*, p. 3, cap. 1. Zurita, lib. 20, cap. 42.

anciano vestido con ropa talar, inmóbil y como embebido en meditacion profunda. Su barba cana y desaliñada, su semblante lívido y su hábito peculiar, causaron extrañeza á los circunstantes. La curiosidad comun hizo averiguar que era Alí Macer, santon austero que pasaba la vida en una ermita solitaria, á imitacion del Profeta en la cueva de Hera, y que habia alcanzado, segun la voz pública, el don de la profecía á fuerza de ayunos, de oraciones y de cilicios. Cuando esperaban los cortesanos que el santon despegara sus labios para reiterar las alabanzas, viéronle fijar en Muley sus ojos melancólicos, conmoverse como arrebatada fantasma, y exclamar en tono lastimero y lúgubre: «¡Ay, ay, ay de Granada! «La hora de tu desolacion se acerca: las ruinas de «Zahara caerán sobre nuestras cabezas: ya llegó «el fin del imperio muslímico en España. Murmuraron los cortesanos y se apresuraron á lanzar del salon al ermitaño, burlándose de sus agüeros y llamándole fanático y loco: el rey hizo un signo de desprecio y continuó recibiendo mayor incienso de la adulacion. Entre tanto el viejo profeta se paseaba por el Zacatin y Bibarrambla, dando voces y llamando la atencion del populacho con sus ademanes exagerados; seguido de una turba de ociosos recorrió luego el Albaicin excitando un terror pánico con estas palabras: «¡Ay, ay, ay de tí, Granada! La desola«cion cundirá en tus palacios; tus bravos cam«peones caerán al bote de la enemiga lanza; tus «mancebos y tus doncellas gemirán en duro cau«tiverio. Zahara es un remedo de lo que será Gra«nada [1]."

Siniestro pronóstico de un santon.

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 34.

En breve comenzó á cumplirse el vaticinio del santon. Los reyes Católicos, que se hallaban en Medina del Campo, no bien supieron la toma de Zahara, mandaron á los adelantados y alcaides de la frontera de Andalucía y de Murcia, que vigilasen asiduamente, y que adoptasen todo linaje de precaucion para rechazar las agresiones con que amenazaba Muley. D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, se situó con la caballería de su órden en Écija; el jóven D. Rodrigo Tellez Girón, maestre de Calatrava, acudió á la frontera de Jaen, y otros capitanes quedaron encargados de molestar y entretener al enemigo, haciendo excursiones en sus tierras á sangre y fuego.

Ordenes de los reyes.

Entre tanto el caballero Diego de Merlo, á quien los reyes habian nombrado asistente de Sevilla, y D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, maduraban secretamente el proyecto de tomar algun castillo importante, ya para señalarse con una hazaña en pro de la cristiandad, y ya para consolar á los reyes por el insulto recibido. Con este propósito pagaron escaladores y espías, que reconociesen algunas villas de la frontera enemiga, é informaran sobre la posibilidad de una sorpresa. Los exploradores desempeñaron cumplidamente su encargo, volviendo á Sevilla y dando noticia circunstanciada de que Málaga y Alhama podian ser escaladas por el escaso presidio que en ellas habia, y por el descuido de sus moradores y alcaides. No considerando del todo exactas estas informaciones, despachó el marqués de Cádiz á Ortega del Prado, para que practicara en la fortaleza de Alhama un reconocimiento muy prolijo, y suministrara cuantas noticias requeria la gravedad de la empresa. Era Ortega del Prado un veterano capitan de escaladores, distinguido por sus proezas en las campañas

Plan de los caballeros cristianos. A. 1482 de J. C.

del Rosellon, ejercitado en la guerra contra el moro, é incapaz de arredrarse con los peligros de semejante comision; así la aceptó como una honra, y pronto en la ejecucion llegó á los muros de Alhama en una noche oscurísima, examinó el terreno, midió alturas, calculó la extension de los baluartes, y sin que le sintieran centinelas ni escuchas, volvió á Sevilla y confirmó las noticias de los adalides.

El marqués y D. Diego de Merlo comunicaron su plan secreto al adelantado mayor de Andalucía D. Pedro Enriquez, é invitaron á D. Pedro Zúñiga, conde de Miranda, á Juan de Robles, alcaide de Jeréz, y á Sancho de Ávila de Carmona, para que cooperasen á la conquista; previniéndoles que no revelaran cosa alguna á los soldados subalternos. El duque de Medina Sidonia D. Enrique de Guzman no fué notificado, porque aun mantenia vivas sus rivalidades con el marqués; y bastaba que alguno de los dos idease alguna empresa, para que el otro se opusiera y se conjurase para destruirla. El dia señalado se reunió en Marchena la gente expedicionaria, y vino por Antequera á Archidona, cuyos alcaides se incorporaron con toda la gente disponible: en esta villa se agregó con buena hueste D. Martin Fernandez de Córdoba, hijo tercero del conde de Cabra, casado con D.ª María Ponce de Leon, hermana del marqués. Juntáronse hasta 3.000 caballeros y 4.000 peones. Los caudillos acordaron caminar de noche, ocultándose al rayar el alba en selvas espesísimas, en barrancos y en las márgenes de arroyos sombreados de árboles. El primer dia permanecieron emboscados en la dehesa del Cantaril, monte oscuro en término de Archidona, á la siguiente noche treparon las sierras del Arrecife, entre Alfarnate y Loja, andu-

Marchas secretas del ejército: 26 de febrero.

vieron con lentitud por sendas escabrosas, y horas antes que alumbrase el sol formaron las tropas silenciosamente en un valle cercano á Alhama [1].

Es conquistado por sorpresa el castillo de Alhama: 28 de febrero: jueves.

Aquí reveló el marqués á los soldados el osado proyecto, les exhortó á que pelearan con brio y á que vengaran el insulto recibido en Zahara; les encareció la riqueza de Alhama y el botin que debia premiar el arrojo del asalto. Ardieron los cristianos por trabar la pelea queriendo todos ser los elegidos para escalar; mas el marqués, el adelantado y D. Diego de Merlo refrenaron la impetuosidad de los valientes y mandaron que se apeasen 300 escuderos bajo el mando del comendador Martin Galindo, alcaide de Marchena, y que tomando escalas siguiesen á Ortega del Prado y á 30 adalides que debian dirigir delanteros la operacion. Favorecidos de la oscuridad y del silencio llegaron al pié del castillo, se cercioraron de que el sueño embargaba á los enemigos, y aplicando las escalas treparon ligeros á las almenas: el primero que subió fué Ortega, el segundo Martin Galindo, en pos sus dos escuderos Toledo y Extremera, el quinto Pedro de Valdivia, alcaide de Archidona [2], y luego otros caballeros y alcaides en número de 30. El centinela

---

[1] Este valle, segun conjeturas verosímiles, es el que entonces y aun hoy se llama de *Dona*: aunque en los sermones del aniversario de la conquista de Alhama se dice que fué el de Zafarraya, es una equivocacion, así como lo es celebrar dicho aniversario el dia 2 de febrero.

[2] Pulgar, p. 3, cap. 2. Garibay, lib. 18, cap. 22. Bernaldez (cap. 52) designa á los escaladores por el órden que hemos expuesto. El Dr. Gerónimo Gudiel (*Not. y comp. de los Giron.*, cap. 30) habla con elogio de Pedro de Valdivia,

sorprendido en su garita quiso levantar el grito para alarmar al cuerpo de guardia, pero un puñal sepultado en sus entrañas sofocó sus gritos y acabó con su vida. Los soldados que dormian inmediatos fueron degollados sin resistencia. A los ayes y quejidos de los moribundos despertaron algunos otros que tenian sus viviendas en el castillo, y acudieron á las armas; mas los 300 escuderos, que coronaban ya los baluartes, se precipitaron sobre los moros espada en mano, y despues de una encarnizada pelea los acuchillaron ó prendieron. En esta refriega recibió Martin Galindo una herida en la cabeza, que le hizo vacilar y caer en tierra.

Rasgo caballeresco.

En esta ocasion brilló la fina galantería y el respeto hácia el bello sexo, que han honrado altamente á los guerreros castellanos. Los alcaides y escaladores que discurrian con sus espadas teñidas en sangre por todas las estancias de la fortaleza, llegaron á un aposento voluptuoso, y hallaron anegada en lágrimas y transida de miedo á una mora hermosísima, hija del alcaide de la villa, ausente á la sazon en Velez-Málaga en un convite de bodas. Á la vista de los cristianos

---

y añade: «Dando crédito al letrero que este alcaide de Archidona tiene en su capilla en la villa de Porcuna, fué el primero que subió por una escala.'' En un curioso M. S. titulado *Discurso genealógico del linaje de los de Aranda que viven en Alcalá la Real, recopilado por el Ldo. Sancho de Aranda, uno de ellos, el año de* 1548, se lee al fól. 57 un elogio del alcaide Valdivia. Dicho M. S., desconocido de Argote de Molina y de todos nuestros genealogistas, es un nobiliario curiosísimo, en el cual se hallan justificados hechos notables de la historia de Andalucía: ya tendremos ocasion de citarle para comprobar sucesos dudosos ó mal referidos por nuestros compiladores.

armados quiso huir la doncella, pero enredada con sus velos y tocas cayó en tierra implorando piedad. Los alcaides alzaron del suelo á la noble señora con mucha afabilidad y cortesía, y calmaron sus temores: en el mismo instante oyeron gritos de mujeres, y vieron entrar medrosas á las esclavas y doncellas perseguidas por la soldadesca. Salieron indignados los caballeros, reprendieron tan villana conducta, y volviendo á ofrecer sus respetos á la dama, la inspiraron confianza, y colocaron una guardia, que pusiese aquellas mujeres indefensas al abrigo de ultrajes bárbaros. Segun cuentan los romances, quedó la mora tan prendada de la galantería y magnanimidad de los castellanos, que abjuró la religion mahometana y recibió con el bautismo el nombre de D.ª María de Alhama[1].

Alarma en la villa de Alhama: 1º de marzo.

Á todo esto se oia en el recinto de la villa el confuso murmullo de los vecinos que acudian á las armas: el marqués, con el aviso de estar ganada la fortaleza, mandó que saliese del valle de Dona toda la gente y que corriese cuanto fuera posible hácia la poblacion dando gritos y sonando timbales y trompetas para distraer á los moros y acobardarlos. Esta estratagema produjo eficaz resultado, porque aturdida la gente de Alhama con la algazara, no pudo impedir que los ganadores del castillo abriesen una puerta que salia al campo, ni que entrasen por ella el marqués, el adelantado, el conde de Miranda y Diego de Merlo con toda la gente que pudo caber en aquel recinto.

---

[1] Aun circulan en Granada los romances alusivos á este suceso.

Preparativos de defensa.

Recobrados ya los moros de la sorpresa, y no desalentados con la pérdida del castillo, redoblaron guardias en la puerta de la ciudad, y ocuparon las torres y adarves de la muralla. Como el principal empeño consistia en evitar que los cristianos saliesen de la fortaleza para descender á la villa, barrearon con muebles y maderos las bocacalles, aspilleraron las casas, y colocaron compañías de flecheros y espingarderos que acestaban un fuego mortífero á las puertas de comunicacion. Resistian con la esperanza de ser socorridos por el rey de Granada, á quien habian comunicado la novedad por medio de ginetes veloces.

Indecision de los cristianos en el castillo.

La situacion de los agresores era entre tanto muy apurada: apiñados unos en el castillo, formados otros en torno de la muralla, no podian pisar el recinto de la villa sin recibir la muerte. Los valientes Sancho de Ávila, alcaide de Carmona, y Nicolás de Rojas, de Arcos, fueron los primeros en aventurarse á salir por la estrecha puerta del alcázar, y quedaron en el mismo umbral despedazados por una espesa descarga de flechas y balas. La muerte de los dos alcaides acobardó á algunos capitanes, y les hizo dudar del éxito de la empresa. «El mantenimiento es «escaso, decian, la entrada en la villa imposible; «los granadinos vendrán presto y nos bloquerán «con rigor; carguemos cuanto botin hallemos á «mano, abrasemos el castillo, y emprendamos «la retirada." No fueron de este parecer el marqués de Cádiz, ni el adelantado, ni Diego de Merlo, los cuales acordaron empeñar un combate decisivo, llamando la atencion de los moros por diversos puntos: para ello idearon abrir en el muro del castillo una ancha brecha por donde saliera gran golpe de tropa sin exponerse á los

Heroismo de algunos jefes.

tiros asestados á la puerta; escogieron la gente mas arriscada y brava para saltar tapias y tejados é ir desalojando á los moros de sus casas aspilleradas; comunicaron á la tropa extramuros órden de asaltar inmediatamente por tres ángulos de la muralla; y por último, el marqués animó á la tropa, autorizándola para saquear á discrecion.

Ataque y ocupacion de la villa: 1.º de marzo.

Roto el muro, alentada la gente, las escalas á punto, se arrojaron los cristianos espada en mano por calles, casas y tejados, ganando terreno á palmos y sembrándolo de cadáveres. Decíase que los moros de Alhama vivian enervados con el uso continuo de sus baños termales, y que eran inhábiles en el manejo de las armas por su género de vida industriosa y sedentaria; mas en esta ocasion desmintieron tales aseveraciones, defendiendo con un valor heróico sus hogares y sus familias.

Durante el dia no cesó un punto la sangrienta lucha: al declinar la tarde consiguieron los asaltantes arrollar á los moros y encerrarlos en una sólida mezquita contigua al muro de la ciudad; mas los cercados continuaron tal resistencia, con dardos, arcabuces y ballestas, que no habia medio de acercarse sin recibir la muerte. Como los cristianos temian ser víctimas, si se presentasen los granadinos antes de vencer, se lanzaron cubiertos de paveses hácia aquel recinto, é incendiaron las puertas. Los moros, al ver el humo y fuego, se acobardaron, rindieron sus armas, y recibieron la cadena del cautiverio; otros salieron peleando como frenéticos y murieron entre algunos contrarios, heridos con el golpe de sus cimitarras.

Terminada la ocupacion de la villa y ganados los torreones y baluartes, reunió la soldadesca

un botin considerable y aprisionó como esclavos á cuantos habitantes de ambos sexos habian escapado del degüello. Muchas familias huyeron por una mina que salia al rio, y otras que se ocultaron en cuevas y desvanes, tuvieron al fin que entregarse acosadas de la sed y del hambre. Sumas cuantiosas de oro y plata, tanto de particulares como del rey que tenia en Alhama la tesorería de la misma region feraz, alhajas riquísimas, tejidos de seda y púrpura, cebaron la codicia de los vencedores; y provisiones abundantes de harina, miel, aceite, azúcar y frutas, aplacaron el hambre, que en todo aquel dia les habia molestado. Es incalculable el daño que hizo la tropa creida que no le era posible mantenerse en la ciudad. Rompió grandes tinajas de aceite, quemó muebles, y derramó granos. Muchos cautivos cristianos, sumidos en mazmorras, y oprimidos con el peso de las cadenas, respiraron el aire de la libertad; y por último, un pérfido renegado, espía del alcaide y culpable de muchas asechanzas contra los cristianos, fué ahorcado y puesto en el adarve para escarmiento de tales malvados.

Pavor en Granada: 2 de marzo.

Hiriendo caballos llegó á Granada un grupo de ginetes y dió la infausta noticia de la pérdida de Alhama. Muley quedó absorto, el pueblo atemorizado y confuso. Mil valientes tomaron en aquella misma noche lanzas y caballos, y al amanecer columbraron los pendones enemigos en las torres y baluartes de Alhama. Creido que los autores de tal sorpresa eran partidarios que podian ser desalojados fácilmente, se acercaron hasta los muros; mas como vieron salir una columna de caballería bien montada, y se informaron por algunos fugitivos del número y calidad de los conquistadores, volvieron riendas y entraron afligi-

dos en Granada. «Alhama cayó, decian; los «muslimes son vencidos y muertos; las mujeres «y los niños que se habian acogido débiles é iner«mes á la mezquita han sido inhumanamente de«gollados. Los muros, las calles, el templo que«dan llenos de cadáveres y bañados en sangre[1]."

Al oir estas palabras, y al recordar el vaticinio del santon cuando la toma de Zahara, prorumpieron las turbas en alaridos lúgubres. Un romance, conservado hasta nuestros dias, nos recuerda las exclamaciones de los ciudadanos por la pérdida de una plaza, á quien llamaban la llave de Granada. El acento de «¡Ay de mi Alhama!" resonó en todos los barrios, é hirió entre reconvenciones y dicterios los oidos de Muley Hacem.

Actividad del rey moro.

Quiso este hacer un esfuerzo para conjurar la tempestad que amenazaba, despachando avisos á todas las ciudades del reino, y juntó 3.000 caballos y 50.000 infantes; fiado en la muchebre rehusó llevar artillería de batir. Los dias invertidos por los granadinos en reunirse, fueron aprovechados por el marqués y los demás caudillos en circular noticia de la empresa á todos los señores y alcaides de Andalucía, y principalmente en pedir auxilio al conde de Cabra, á D. Alonso Aguilar, á Garci Fernandez Manrique, á Martin Alonso de Montemayor y al alcaide de los Donceles. Los soldados vencedores celebraron al mismo tiempo su triunfo con festines, danzas y banquetes opíparos, é hicieron á los cautivos moros cargar con los cadáveres y conducirlos á los ejidos para evitar sus exhalaciones nocivas.

Piden socorro los conquistadores: 3 de marzo.

[1] Conde, p. 4, cap. 34.

Noticias trasmitidas á D. Alonso Aguilar: 4 de marzo.

La carta del marqués de Cádiz y de sus compañeros llegó el lunes á mediodía á manos de D. Alonso Aguilar, que andaba armado y á caballo junto á Archidona, hácia el arroyo del Ciervo en la pasada de Loja[1]. Sobre la misma silla escribió cortos renglones á sus alcaides, despachó corredores á Antequera para que circulase la novedad, y mandó que se apresurase hácia Alhama un convoy que por embarazoso habian dejado los conquistadores junto á la Peña de los Enamorados. Cumplido su deseo, prosiguió el buen caballero con todo el recuaje en direccion

6 de marzo.

á Alhama, y mandó batidores que notificaran al marqués de Cádiz su proximidad. Cabalmente avanzaban ya cerca de la villa los batallones granadinos, y temiendo D. Rodrigo que su cuñado cayese en manos de Muley, le despachó mensajeros que le aconsejasen la retirada. Llegaron en esto los batidores anunciando á D. Alonso que el rey de Granada, noticioso de sus movimientos, habia pasado de Alhama y venia á paso redoblado en busca del convoy. En tales circunstancias emprendió D. Alonso su regreso hácia Archidona y Antequera, con propósito de apercibir en breve un auxilio mas eficaz. Muley, cansado de perseguir, revolvió sobre Alhama.

Lo primero que se ofreció á la vista de los granadinos, despertando en sus pechos indecible

---

[1] Aun se conserva el nombre de *Pasada de Loja* en una quiebra formada entre esta poblacion y Archidona por el arroyo del Ciervo. En dicha pasada recibió D. Alonso Aguilar la carta de los conquistadores de Alhama, segun expresa el mismo en otra carta que escribió para acelerar el socorro. La han publicado Alderete, Salazar de Castro y el Sr. Martinez de la Rosa.

rabia, fué una multitud de perros entrenidos en devorar los cadáveres insepultos de los moros. La vista de este ultraje impio les indignó de tal manera, que precipitándose sobre los voraces animales con alfanjes y ballestas, los cercaron y despedazaron. Poseidos del mismo frenesí, asaltaron por diversas partes de la muralla sin paveses ni otros pertrechos defensivos. Los cristianos, apercibidos para la defensa, colocados en almenas y adarves, descargaban piedras y flechas, y derramaban agua hirviendo con gran estrago de los sitiadores. En algunos ángulos fueron trepadas las escalas, y cuantos subian por ellas cayeron estrellados de peña en peña. El marqués salió extramuros con la gente mas escogida y trabó una sangrienta escaramuza. Ofuscados los moros avanzaban indiscretamente sin órden ni precauciones, y caian despeñados desde las escalas, ó fenecian á hierro al pisar el adarve. Muley no cesaba de enviar nuevos destacamentos en reemplazo de los que, sin lograr su intento, quedaban sacrificados; pero los esfuerzos de la muchedumbre eran estériles ante el vigor y serenidad de los cristianos.

Primer sitio de Alhama: 6 de marzo.

Desesperado Muley con el mal éxito de los asaltos y con el desacierto de no haber conducido artillería, dispuso cargar minas y hacer volar los muros. Sus soldados avanzaron á la faena con grande entusiasmo; pero las descargas mortíferas con que los cristianos les aniquilaban desde los baluartes y la salida de mayores fuerzas, interrumpieron el trabajo de los zapadores. Ideó Muley nuevo ardid para apremiar y rendir á los enemigos: como la villa estaba situada en una cumbre, carecia de manantiales, y tenian los vecinos que surtirse de agua en las márgenes del rio, que lame los cimientos de la montaña: para

Combate sangriento: 10 de marzo: domingo.

no verse privados de aquel recurso, habian los artífices moros construido una galería subterránea, por donde la villa se surtia de agua. Toda la morisma se obstinó en cortar la comunicacion; mientras unos se arrojaban al cauce cargados de estacas y palos, parapetados otros en los cerros opuestos protegian la operacion con sus flechas y espingardas. El marqués se consideró perdido si Muley lograba su intento, y destacó gente que lo estorbase: pero replegada esta y duramente escarmentada, fué necesario que los caudillos mismos animaran con su ejemplo á los soldados. Reiterado el empeño, se trabó combate al arma blanca, y los cristianos se revolvieron con los trabajadores moros para evitar así que disparasen los de los cerros. D. Rodrigo Ponce de Leon, metido en el agua hasta el pecho, descargaba certeras cuchilladas, y á cada golpe de su monopla se veia una breve onda de sangre y un cadáver arrastrado por la corriente. El heroismo de los cercados fué infructuoso: los granadinos les obligaron á encerrarse en la villa, formaron la empalizada, y asestaron todos sus tiros á la boca de la mina para lanzar la muerte contra el que osase salir á aplacar su sed.

Grande era el conflicto de los cristianos privados del mas puro elemento de vida: el solo aljibe que habia en la ciudad quedó agotado en la primera distribucion; algunos se arrojaron abrasados de sed y murieron al segundo paso sin refrescar sus labios en la corriente cristalina. La desesperacion engendraba prodigios: de dia y de noche salian los soldados por la boca de la mina con odres y cántaros, y sosteniendo un vivo tiroteo bebian agua, mezclada las mas veces con su propia sangre. El marqués y el adelantado, viendo abatida la gente y considerando la gravedad

del peligro, escribieron una circular á todos los caballeros de Andalucía, exhortándoles á que les socorriesen en aquel trance, y la trasmitieron por medio de adalides descolgados de noche por la muralla [1].

Entusiasmo en Andalucía.

La situacion de los cercados en Alhama consternó á los andaluces é inflamó á todos sus campeones. Si las campañas contra el moro constituian la gloria y la fortuna de estos ricos señores, el deber de libertar á sus amigos y parientes, amenazados por un enemigo cruel, daba ahora mayor interés á la empresa. La reina Isabel escribió desde Medina del Campo á los mayores magnates exhortándoles á que se aprestasen diligentes en socorro de Alhama, y al propio tiempo D.ª Beatriz Pacheco, esposa del marqués de Cádiz, imploró el favor de los mismos varones esforzados. Nadie que sintiese correr en sus venas sangre castellana, podia excusar un servicio en que estaban interesada la honra, la religion, y hasta la galantería. Justo será referir los nombres y la calidad de los personajes que asistieron á la expedicion, juntando en ocho dias 40.000 peones y 5.000 caballos.

Excitaciones de la reina y de la marquesa de Cádiz.

Caballeros en socorro de Alhama. El duque de Medina Sidonia.

Fué uno de ellos D. Enrique de Guzman, segundo duque de Medina Sidonia, hijo del *magnífico* señor y adelantado de Andalucía D. Juan Alonso de Guzman, conde de Niebla, que obtuvo su título de duque por merced de D. Juan I. Los Guzmanes y Ponces de Leon, dueños de grandes estados en el reino de Sevilla, habian mantenido enemistad hereditaria y desvastado la Andalucía Baja con guerra á cuchillo durante los

[1] Pulgar, p. 3, cap. 2.

últimos años del reinado de Enrique IV. Villas, iglesias, posesiones fértiles, escuadras de ambos señores, eran alternativamente incendiadas por sus ejércitos armados. La reina Isabel habia mitigado estas fatales discordias sin aplacarlas cumplidamente: resentimientos, vivos aun, fueron causa de que D. Rodrigo rehusase la cooperacion del duque rival para la empresa de Alhama.

Este, deseoso de vencer al marqués con algun rasgo de generosidad y de desprendimiento, realizó satisfactoriamente su deseo. El alcaide moro de Ronda supo por sus espías la ausencia del marqués de Cádiz en una de sus expediciones, y se presentó ante los muros de Arcos con una division numerosa: la marquesa D.ª Beatriz Pacheco, que se hallaba en la villa, habria quedado cautiva con sumo dolor de su esposo, si no hubiese corrido y salvádola espontáneamente el duque de Medina Sidonia. Para dar otra prueba de magnanimidad convocó á sus vasallos, les distribuyó pagas, armas y caballos, y se puso en marcha hácia Alhama[1].

D. Alonso Aguilar.

No fué menos diligente D. Alonso Aguilar, cuñado y fiel compañero de armas del marqués de Cádiz: llamábase por su señorío D. Alonso Aguilar, y era hijo de D. Pedro Fernandez de Córdoba y de D.ª Elvira de Herrera. Su padre, rico hombre de Castilla y señor de Aguilar, le trasmitió dilatadas posesiones en el reino de Córdoba, á las cuales agregó D. Alonso las alcaidías de Alcalá la Real y Antequera, la dignidad de juez mayor entre moros y cristianos de la fron-

---

[1] Medina, *Chron. de los duq. de Medina Sidonia*, M. S., lib. 8, cap. 16, 17 y 18.

tera, y la de alguacil mayor de Córdoba. Estaba casado con D.ª Catalina Pacheco, hermana de D.ª Beatriz, marquesa de Cádiz, hijas ambas del célebre marqués de Villena. Su educacion y sus instintos marciales le habian constituido terror y azote de la gente morisca. Desde tierna edad sacudió el miedo y no tuvo otros ejercicios que asaltar brechas, escalar muros, rendir castillos, preparar emboscadas y romper lanzas en desafíos y en batallas campales. Si treguas ó tratados vedaban estas empresas azarosas, el entretenimiento de la caza de cetrería y montería le proporcionaba vivas imágenes de la guerra.

D. Alonso, criado desde niño en el manejo de las armas, tenia probado su valor en cien batallas. En las discordias civiles del reinado de D. Enrique y en las entradas en tierra de moros se habia señalado como uno de los campeones mas formidables. La fama habia ya pregonado sus hazañas por toda la cristiandad. Montado á caballo y vestido de todas piezas, parecia un modelo de acero: á la mas leve sospecha de que amagaban los enemigos, dormia con sus corazas dobles, y en un encuentro no habia arnés que resistiera la cuchillada de su brazo armado. Gonzalo Fernandez de Córdoba, su hermano menor, aprendió á su lado la equitacion, la esgrima, las reglas de caballería y el arte de la guerra[1].

Los hermanos Girones

Acudieron tambien los dos hermanos D. Rodrigo Tellez Girón, maestre de Calatrava, y D. Juan, conde de Ureña, avisados por su prima la marquesa de Cádiz. El retrato del uno sirve pa-

[1] El abad de Rute, *Hist. de la casa de Córd.*, M. S., lib. 3, cap. 12, y lib. 5, cap. 6.

ra dar á conocer al otro; eran gemelos, y tan hermosos que en su infancia les llamaban *los dos ángeles*; ambos fueron el fruto de los amores bastardos que tuvo el soberbio y turbulento maestre D. Pedro Girón con D.ª Isabel Casaus, bellísima sevillana: nacieron en el Moral cerca de Almagro, tan semejantes que era difícil reconocerlos si vestian iguales[1]. Cuéntase una simpatía maravillosa en estos dos hermanos: cuando eran niños y estaban largo rato acostados en una misma cuna, despertaban con tal adhesion de cutis, que les era dolorosa la desunion, y tenian las dueñas que separar con bálsamo suave la *carne simpática*[2]. D. Rodrigo fué elegido maestre á la edad de 12 años, por la renuncia que de la misma dignidad hizo su padre para casarse con Isabel de Castilla, y confirmado luego por la influencia y autoridad de su tio y tutor el marqués de Villena. D. Juan sucedió en el condado de Ureña al primogénito D. Alonso, muerto á los 15 años en una partida de pelota.

El conde de Cabra, el alcaide de los Donceles.

Eran tambien de la expedicion D. Diego Fernandez de Córdoba, conde de Cabra, casado con D.ª María Mendoza, hija del duque del Infantado, y su pariente el alcaide de los Donceles, llamado tambien D. Diego Fernandez de Córdoba, señor de Espejo y Lucena y esposo de D.ª Juana Pacheco, otra hermana de la marquesa de Cádiz[3]. Educados ambos en la frontera y moran-

---

[1] Gudiel, *Not. y comp. de los Giron.*, cap. 30.

[2] Antonio de Torquemada, *Jardin de flores curiosas*, Salamanca, 1570. La noticia es algo sospechosa, si se atiende á que este autor es el mismo que escribió el libro de *D. Olivante de Laura*, uno de los hallados en el escrutinio de la librería de D. Quijote.

[3] *Hist. de la casa de Córd.*, M. S., lib. 5 y sig. Alonso

do siempre en castillos y torreones guarnecidos de tropa armada, se aventajaban en la pericia militar, y singularmente el segundo cuya dignidad de *alcaide de los Donceles* le constituia maestro de los jóvenes nobles, que militaban con el rey y llegaban á ser un plantel de héroes y caudillos[1]. D. Martin Alonso de Córdoba, señor de Montemayor y cuarto conde de Alcaudete, casado con D.ª María de Córdoba, hija del conde de Cabra, acudió con sus vasallos[2]. Garci Fernandez Manrique, corregidor de Córdoba, casado con la hija de D. Alonso Fajardo, el intrépido vencedor de los Alporchones, no pudo perseverar en su sedentario ejercicio, y empuñó la espada que manejaba con tanta firmeza como la vara de la justicia[3]: y por último, D. Lope Vazquez de Acuña, conde de Buendía, y sobrino del arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, congregó gente del territorio de Cazorla, donde era ade-

Martin Alonso, Garci Manrique y el conde de Buendía.

Lopez de Haro, *Nobiliar. genealóg.*, lib. 4, cap. 13, y lib. 9, cap. 13.

1 La dignidad de alcaide de los Donceles es desconocida en las leyes de partida, y su institucion parece posterior á la promulgacion de este código. Segun las conjeturas de Salazar de Mendoza, fué creada por D. Alonso XI, como honor y premio de la casa de Córdoba. La crónica del mismo rey, dice: «Este alcaide y estos donceles eran omes que se habian criados desde muy pequeños en la cámara del rey y en la su merced, y eran omes bien acostumbrados, e habian buenos corazones, e servian al rey de buen talante..... e eran fasta ciento de a caballo que andaban a la guerra.'' D. Diego fué quinto alcaide.

2 El abad de Rute, *Histor. de la casa de Córd.*, M. S., lib. 2, cap. 10.

3 Salazar y Castro, *Hist. de la casa de Lara,* lib. 13, cap. 1.

Fuerza total. lantado, y se unió á la hueste expedicionaria[1]. Componian las tropas de todos estos señores un ejército de 40.000 peones y 5.000 ginetes, bizarramente ataviados, y marchaban tremolando diversas banderas, entre las cuales sobresalia la de Sevilla, defendida por la hueste del duque de Medina Sidonia. Convocáronse todos para la Peña de los Enamorados y campos de Archidona, y reunidos con puntualidad, pusiéronse en marcha á levantar el cerco de Alhama.

Viaje precipitado del rey Fernando. Entre tanto el rey Católico, que habia sabido en Medina del Campo la conquista de la villa enemiga y el conflicto de sus conquistadores, tomó caballos, y acompañado del duque de Albuquerque D. Beltran de la Cueva, de D. Pedro Manrique, conde de Treviño, de D. Íñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, de D. Enrique Enriquez, mayordomo mayor de palacio, del contador D. Rodrigo de Ulloa y del conde de Cifuentes D. Juan de Silva, pasó por Toledo, llegó á Adamuz junto á Córdoba, remudó las mulas estropeadas con el continuo acicate, é impaciente por llegar al frente del ejército envió un correo acelerado á sus jefes, para que se detuviesen hasta su llegada. El duque, el conde de Cabra y D. Alonso Aguilar, conociendo que con la menor tardanza se aventuraba el éxito de la empresa, contestaron al rey, que por la premura de las circunstancias y por el peligro de que se desalentaran los soldados refrenándolos, les dispensase el cumplimiento de su mandato. Recibió D. Fernando esta carta en Puente del Maestre, y reconociendo las justas razones de aquellos ca-

22 de marzo (nota marginal junto a «tes D. Juan de Silva, pasó por Toledo, llegó á»)

---

[1] Salazar de Mendoza, *Orig. de las dignid. segl.*, lib. 2, cap. 14.

balleros, pasó á Antequera: aquí determinó esperar noticias del ejército, mostrando tal fogosidad, que propuso á los nobles que le escoltaban una cabalgada por la frontera: sus consejeros le disuadieron, no por temor, sino por interés de su real persona[1].

Muley levanta el sitio: 29 de marzo: viernes.

Muley entretanto consideraba frustrados los esfuerzos de sus huestes y veia el suelo sembrado con los cadáveres de la juventud mas bizarra de Granada. En los arrebatos de su dolor, juraba no alzar sus pabellones hasta ver degollados á los agresores. Su loca arrogancia quedó confundida, cuando vinieron las guardias avanzadas avisando que el campo comarcano se veia cubierto de soldados con banderas y cruces. Entonces Muley, devorado de despecho, atribuyó á rigor de los hados su adversidad, y dió la señal de retirada. La vanguardia del duque y de D. Alonso Aguilar al dar vista á Alhama, vió trasponer por la montaña las banderolas árabes de la retaguardia granadina, recelosa de violento ataque.

Grave escena ante los cercados y sus libertadores.

Cuando los cristianos columbraron á sus libertadores salieron á recibirlos prorumpiendo en gritos de alegría: absorto se quedó el marqués al divisar entre sus deudos y parientes al duque enemigo. Inspirados ambos por una misma idea, se desmontaron, se abrazaron cordialmente, y D. Rodrigo dijo estrechando á D. Enrique en sus brazos: «Bien parece, señor duque, que fuera «guardada mi honra en las diferencias pasadas «si la fortuna me trajera á vuestras manos, pues «me habeis librado de las ajenas." A lo cual res-

---

1 Pulgar, p. 3, cap. 3. Galindez Carvajal, *Memorial ó registro breve de las jornadas de los reyes*, M. S., año 82.

«pondió el duque: «Señor, enemistad ni amistad «no han de ser parte para que yo deje de hacer «servicio á Dios, y lo que debo á mi honra[1]." En aquel momento quedaron amigos, y ambos prometieron una union sincera y el olvido de las anteriores discordias. Abastecida Alhama, se retiró el ejército por los mismos pasos hasta Antequera. D. Diego de Merlo, D. Martin Fernandez de Córdoba y Fernan Carrillo, quedaron en la plaza con 800 hombres de refresco escogidos de la gente de las hermandades y con abundantes repuestos de víveres y agua.

Retirada del ejército: altercado.

Mientras los defensores de Alhama y sus auxiliares marchaban hácia Antequera, se suscitó entre la soldadesca un escandaloso altercado sobre el repartimiento del botin: cargados los unos de dinero y joyas, excitaban vivamente la codicia de los que habian acudido al socorro en ocasion de estar ya adjudicado todo el despojo. Las contestaciones y disputas irritaron á unos y á otros de tal suerte, que casi estaban para llegar á las armas; pero en aquel punto medió el duque de Medina Sidonia, y afeando á los suyos su avaricia sórdida y excitando en sus ánimos ideas de generosidad, les prohibió adquirir la cosa mas leve, y apaciguó el tumulto[2]. El ejército llegó á Antequera y fué revistado por el rey, en cuyo pecho rebosaban la alegría y el entusiasmo. Los diversos caballeros se retiraron desde allí á sus ciudades; el duque y el marqués partieron jun-

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 3. Salazar de Mendoza, *Chrónica de los Ponces de Leon*, elog. 17, pár. 12.

[2] «Vista la voluntad del duque, todas aquellas gentes se dejaron de aquella demanda, e cesó aquel escándalo que entre ellos se encendia." Pulgar, p. 3, cap. 4.

tos para Marchena, donde la marquesa, regocijada con la presencia de su amante esposo, y agradecida de la gentileza y cortesía del duque, hizo celebrar fiestas, procesiones y saraos, y honró al ilustre huésped con un banquete espléndido. El duque se despidió luego para Sanlúcar, y el marqués salió con gran comitiva á despedirle hasta algunas leguas.

Agradecimiento y obsequios de la marquesa de Cádiz al duque de Medina Sidonia.

La reina, que habia quedado en Medina del Campo, detúvose aquí algunos dias adoptando disposiciones relativas á la gobernacion de Castilla, y aunque se veia en delicada situacion porque estaba próxima á ser madre, emprendió su viaje por Toledo y vino á Córdoba, donde ya la esperaba el rey.

Viene á Córdoba la reina Isabel: abril.

Muley Hacem fué recibido por los granadinos con señales inequívocas de aversion y de desprecio: las familias que no veian en las diezmadas filas á sus deudos ó allegados, presumian con fundamento que habian perecido en los muros de Alhama, y mezclaban á los elogios de las víctimas las maldiciones contra el imprudente autor de sus infortunios. Los bandos turbulentos amenazaban sin rebozo, y la tempestad rugia segunda vez en el recinto de la corte. Persuadido Muley que no habia otro medio de conjurarla que el rescate de la villa y sabedor de que el marqués y los demás caballeros se habian retirado por Antequera, publicó con jactancia que los cristianos huian atemorizados de sus aprestos, y que los escasos defensores de Alhama abririan las puertas á la primera explosion de sus lombardas.

Los granadinos reciben á Muley con desagrado.

Pocos dias antes de la nueva partida contra Alhama sobrevino un terrible fenómeno que causó muy hondo pavor en los granadinos. En una tarde apacible y clara se entretenia Muley en re-

Tormenta é inundacion en Granada

vistar su ejército, ya para disciplinarle en grandes maniobras y ya tambien para imponer respeto á los conjurados. Las divisiones, extendidas en la llanura hoy llamada *Campo de los Mártires* y en los cerros contiguos, estaban empeñadas en un vistoso simulacro, cuando vieron con asombro un grupo de nubes pardas asomar por las cumbres del poniente, correr impelidas por un deshecho vendabal, y cual si los malos espíritus hubiesen arreglado su curso, posar sobre el cielo de Granada y oscurecerle. Antes que la tropa se retirase comenzaron aquellos vapores á lanzar exhalaciones y torrentes de agua, inundando, á manera de diluvio, los contornos de la ciudad. Aterrados los moros corrian á las mezquitas á implorar misericordia. El rio Darro, ensoberbecido en breves instantes, salió de madre, é invadió las calles inferiores ahogando á mucha gente sin prevencion. Obstruida una puerta que facilitaba paso al torrente junto á la Casa de la Moneda (aun se ve parte del arco en la carrera de Darro), se formó un lago en el barrio del Hajariz (hoy de S. Pedro) y sus aguas turbias subieron á una altura prodigiosa. En Granada quedó memoria de este fenómeno terrible, y para trasmitir á la posteridad un recuerdo de tan funesto accidente, mandó Muley poner varias señales en una torre que descollaba en el sitio mismo donde hoy se eleva la pared exterior del convento de Zafra. Este suceso, en vísperas de la campaña, fué considerado por los astrólogos como un presagio que anunciaba adversidades sin remedio alguno[1].

---

[1] Luis de la Cueva, *Diálogos de las cosas notables de* Granada, 2.

Sin arredrarse por este agüero, condujo Muley al pié de los muros de Alhama nuevas legiones con pertrechos y trenes de batir. D. Diego de Merlo, D. Martin de Córdoba y Fernan Carrillo adoptaron las disposiciones necesarias para la defensa, y salieron al campo con una compañía á trabar escaramuza. Los artilleros moros asestaron algunos disparos de metralla con una lombarda, é hicieron á los cristianos buscar abrigo en los baluartes. Siendo ya anochecido, y considerando Muley que cada minuto trascurrido sin comunicar á Granada la noticia de que ya era dueño de la ciudad aumentaba su deshonra y aceleraba su ruina, llamó á su tienda á una cuadrilla de jóvenes aventureros, y para estimular vivamente el amor propio de estos mancebos les vendió como un favor la eleccion que hacia de ellos para acometer una empresa «difícil (les di-«jo), pero de un éxito glorioso cual no otro.” Esta hazaña era nada menos que el asalto de la villa. Resignados los pundonorosos y leales caballeros, se apercibieron de escalas, y aprovechando las tinieblas de la noche, las aplicaron por la parte baja de la ciudad, en un paraje tan agrio é inhiesto, que los cristianos le habian dejado desguarnecido, no recelando que semejante precipicio fuese accesible á criatura humana. Para fortuna de los asaltantes tenia este tajo á regular altura un asentadero ó meseta formada por varias peñas salientes, desde donde podian apoyar segundas escalas y dejarlas asidas de los baluartes sin mucha balumba. Con este artificio subió la cuadrilla mora, sin alarma de dos guerreros cristianos encargados de la centinela por aquella parte. Rendido de sueño uno de estos, despertó con la herida de un puñal que le despachó á la eternidad: mas afortunado y listo su compañero, se salvó apretando

Segundo sitio de Alhama: defensa vigorosa de los cristianos: 20 de abril.

su carrera por las calles contiguas. Aunque despavorido con las pisadas y con las amenazas de los moros que le iban ya al alcance, tuvo aliento para prorumpir en los gritos de «¡Arma! ¡arma! ¡ca-«balleros! que la ciudad es entrada por esta par-«te.” Un cuerpo de guardia salvó la vida de aquel infeliz, y refrenó á los enemigos enfurecidos que le perseguian. Cuarenta aventureros granadinos blandian ya sus alfanjes dentro de la plaza, y las escalas no cesaban de aumentar el número de combatientes.

Los caudillos y capitanes cristianos dieron en estos momentos de sobresalto las disposiciones mas acertadas: unos acudieron al sitio amenazado para evitar la entrada de nuevos moros, y otros se abalanzaron á pelear con los que circulaban dentro de la poblacion. Los primeros, ya trepando ó cortando las escalas, ya combatiendo cuerpo á cuerpo en los adarves con los que se esforzaban por subir, frustraron completamente las esperanzas de Muley. El eco de las montañas trasmitia á sus pabellones el grito de los heridos y los ayes lastimeros de los asaltadores que iban por el aire á fenecer estrellados en las profundidades del torrente. Rotas y apartadas las escalas, cerraron todos contra sesenta granadinos, formados en estrecho círculo en medio de una plaza y resueltos á pelear con heróica perseverancia. Divididos los cristianos en tres compañías, cayeron con fiero vocerío sobre el grupo infiel y trabaron combate al arma blanca. D. Alonso Ponce de Leon, tio del marqués de Cádiz, Pedro de Pineda, su sobrino, Fernando Alvarez, Pedro Ortiz y Pedro Alcázar, ilustres sevillanos, fueron los primeros en atacar y en teñir sus espadas en sangre. Uno de sus compañeros, D. Fernando Ortiz de Guzman, jóven de

gran valor y de bizarras esperanzas, murió en esta refriega. La contienda duró encarnizada con pérdida de ambas partes, hasta que vieron los moros que no les socorrian nuevos compañeros y que estaban cortados. Con este motivo desmayaron, y desunidos y perseguidos á cuchillo rindiéronse unos, murieron otros peleando, y algunos abriéndose paso con el alfanje, corrieron á los adarves y se arrojaron desesperados[1].

Segunda retirada de Muley: 25 de abril.

Muley, al ver sacrificados sin fruto los caballeros y jóvenes mas esforzados de la corte, maldecia sus hados infaustos, y en los arrebatos de su dolor forjaba planes quiméricos para vengar su afrenta y los daños ocasionados en su ejército: tal era entre otros el de convocar á todos los musulmanes del reino y emprender contra Alhama un asedio irresistible. Con esta ilusion alzó sus reales, y corrido y pesaroso se retiró á Granada[2].

Opiniones de los consejeros castellanos sobre la ocupacion de Alhama.

D. Diego de Merlo dió parte á los reyes, que continuaban en Córdoba, del heroismo con que sus soldados habian defendido la ciudad, y reclamó refuerzo de víveres y gente para resistir á los nuevos embates con que amenazaba el moro. Los monarcas convocaron á consejo á los caballeros y capitanes de Andalucía experimentados en la guerra y prácticos en el asiento y contornos de Alhama, y les pidieron su parecer sobre

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 54. Zurita, lib. 20, cap. 43. Pulgar, p. 3, cap. 6.

[2] Estudiando con prolijidad la serie de los sucesos y atemperándose á una exacta cronología, se deduce cuántas y en qué dias fueron las embestidas que sufrió Alhama. No todos los que han escrito sobre la guerra de Granada han hablado de este particular con la claridad debida.

la oportunidad ó inconveniencia de conservar esta fortaleza. Dijeron unos, que no se podia abastecer sino con gastos y peligros incesantes, por estar enclavada en territorio hostil; que San Fernando, considerando esta misma dificultad, la habia desamparado cuando logró ocuparla en una de sus gloriosas correrías; que era necesario juntar 5.000 caballos y muchos peones y sostener encarnizada batalla cada dos meses para introducir los víveres; que solo conquistando á Loja podia sostenerse Alhama; y como esta conquista era difícil y larga, y urgia proveer al remedio de la guarnicion, conceptuaban lo mas acertado desmantelar los muros, abrasar la ciudad, y dejar con sus ruinas un testimonio de la ira castellana. Desagradó á la magnánima Isabel este dictámen, y dijo: que no desconocia los peligros y vicisitudes de las guerras, pero que habiendo resuelto con su esposo proseguir la conquista del reino de Granada, no le parecia prudente abandonar aquella ciudad, la primera que se habia ganado; que su desamparo se imputaria con razon á mengua y flaqueza, y que así todos los caballeros decididos á servirla se preparasen para reforzar la hueste, que debia marchar á abastecer á Alhama.

Decision de la reina.

Sale el rey de Córdoba y abastece á Alhama.

Ningun castellano pudo ya oponerse al partido animoso de la heroina. El cardenal de España; el duque de Villahermosa; el condestable D. Pedro de Velasco; D. Luis de la Cerda, duque de Medina-Celi; D. Íñigo Lopez de Mendoza, duque del Infantado; el duque de Alburquerque; D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago; D. Rodrigo Tellez Girón, maestre de Calatrava; el marqués de Cádiz; D. Diego Pacheco, marqués de Villena; el conde de Cabra; el de Treviño; D. Alonso Tellez Girón, conde de Ureña; el conde

de Cifuentes; el de Belalazar; D. Alonso Aguilar; D. Gutierre de Cárdenas, comendador mayor de Leon, y otros caballeros de menos renombre, juntaron muy en breve y revistaron á presencia de la reina un ejército de 8.000 caballos y 10.000 peones. El rey salió al frente de los batallones, pasó al Genil por Écija, y llegó á Alhama sin tropiezo alguno. Su primer cuidado fué reforzar los muros, construir nuevos adarves y rellenar de vituallas los almacenes; en seguida se informó de los guerreros que se habian distinguido en el último combate, les repartió diversos premios, y armó caballeros á los jóvenes Pineda, Álvarez, Ortiz y Alcázar. Mudó la guarnicion para que descansase de sus fatigas; dió gracias al caballero Diego de Merlo, á sus capitanes y soldados, por el importante servicio que habian prestado, y dejó de gobernador á D. Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma, y bajo sus órdenes á Diego Lopez de Ayala, á Pedro Ruiz Alarcon y á Alonso Ortiz, capitanes de 400 lanzas de las hermandades y de 1.000 ballesteros. La piadosa Isabel dispuso, de acuerdo con su esposo, la fundacion de tres iglesias en las tres mezquitas principales de la ciudad; la una á la advocacion de la Vírgen Purísima, la otra á la de Santiago patron de España, y la última á la de S. Miguel. El cardenal Mendoza las consagró y dotó de cruces, vasos y ornamentos remitidos por la reina. No satisfecha con estas dádivas la magnánima señora prometió bordar con sus manos algunas casullas para la iglesia de la Encarnacion [1] por ser el primer templo erigido

29 de abril.

Ereccion de parroquias en Alhama.

---

[1] Así nos lo han asegurado personas de Alhama versa-

bajo su reinado en la primera fortaleza ganada á los moros: así lo verificó, conservándose aun tan precioso regalo.

Correría por la vega de Granada.

Abastecida Alhama, no quisieron el rey ni sus caballeros volver á tierra amiga, sin provocar á Muley ó herir su orgullo. Las huestes castellanas se corrieron á la vega de Granada, llevándolo todo á sangre y fuego: molinos, cortijos, alquerías fueron incendiadas; se apresaron muchos rebaños, y las acémilas que habian provisto de vituallas á los alhameños, recibieron nuevas cargas con los granos de los trojes y silos moriscos.

Singular posicion política de Muley.

Muley Hacem ocupó el solio y mantuvo en los años primeros de su gobierno pacífico y floreciente el estado; mas este esplendor era el destello de una luz que alumbra con doble claridad antes de extinguirse. El hijo de Ismael habia heredado con el cetro una presencia gallarda y gentil, un espíritu altivo y romanesco, y un talento claro, aunque ofuscado con indiscreta fogosidad. Intrigas domésticas y planes quiméricos de engrandecimiento á costa del cristiano le robaban el tiempo, que todo buen rey está obligado á dedicar á las ocupaciones prolijas de la administracion y gobierno de sus pueblos. Pactos y exigencias de familia habian comprometido á Muley á aceptar para sultana á Aixa, prima suya, hembra no dotada de gracias personales, aunque sí de genio varonil y del aliento de heroina. Su recato rayaba en austeridad, y le habia granjeado el nombre de la Horra (Casta ú Honesta). Los príncipes Abu Abdalá ó Boabdil y Muley Abul Haxig habian sido fruto de su ma-

Su casamiento con Aixa.

---

das en su historia y antigüedades.

trimonio[1], verificado sin duda bajo fatal horóscopo, porque fermentaron con él los odios insanos y las sangrientas discordias, que aceleraron la ruina del imperio de los Alhamares.

Su divorcío por amores de una cristiana.

Tiempo habia que Aixa experimentaba los desvios del monarca, y que relegada en una estancia del harem devoraba la afrenta de un repudio tácito y sufria el aguijon de los celos. En el mismo palacio y en uno de sus mas suntuosos aposentos moraba una cristiana de hermosura tan peregrina, que no teniendo punto de comparacion entre las criaturas, era llamada Zoraya (Lucero de la Mañana). Esta mujer singular habia recibido con el bautismo el nombre de Isabel; su padre Sancho Jimenez de Solis, comendador de Bezmar segun unos, y de la Higuera de Martos en opinion de otros, pereció en una de las sangrientas entradas de los moros, defendiendo sus hogares y su familia[2]: Isabel, conducida á Granada en los primeros años de su infancia por un caballero generoso, se educó entre señoras y princesas, y habiendo crecido en años y en hermosura encendió en el pecho volcánico de Muley Hacem una pasion que degeneraba en idolatría. La tierna cautiva llegó á ser la sultana favorita y la primera dama de Granada: tímida, dulce, incapaz

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 34. Mármol, *Reb. de los mor.*, lib. 1, cap. 12. Salazar de Mendoza, *Crón. del Gran Cardenal,* lib. 1, cap. 71.

[2] La novela *D.ª Isabel de Solis,* por D. Francisco Martinez de la Rosa, estriba en este episodio histórico.

Mr. Prescott, que ha dado en la América Inglesa tan altas pruebas de exquisita erudicion histórica en todo lo concerniente á la guerra de Granada, ha incurrido en grave equivocacion confundiendo á Zoraya con la sultana Aixa y dejándose deslumbrar con la viciada compilacion, publicada bajo el

de abrigar en su corazon sencillo odios ni pasiones ruines, era la admiracion de la corte, y el contraste de la altanera y rencorosa Aixa. El rey amante velaba con tierna solicitud por rendir espléndidos homenajes á Zoraya, y poner á sus dos hijos Cad y Nazar, al abrigo de las acechanzas de la celosa y pérfida rival. La vida de Isabel se deslizaba como un sueño placentero: si se celebraban justas en Bib-Rambla, disponia el rey que Zoraya fuese la reina del torneo, y que sus manos premiasen al vencedor; si estaba triste Zoraya, turbas de músicos y juglares, de enanos caprichosos, de bailarinas y esclavas venian á divertirla con cantares y trovas, con juegos de manos, con chistes y danzas. Si Zoraya insinuaba deseos de respirar el ambiente puro del campo, mandaba el rey abrir las estancias de Generalife, y la sultana se aposentaba en aquel paraiso, como una hada entre flores. Si se aburria en esta mansion, los palacios de Aynadamar le brindaban con el divertimiento de escenas marí-

---

nombre de Conde tom. 3.º Véase *History of the reign of Ferdinand and Isabella,* tom. 2, cap. 10. Bien que no es extraño que un extranjero incurra en tales equivocaciones, cuando algunos escritores españoles suponen á los Abencerrajes amigos de Muley y rivales de Boabdil, resultando todo lo contrario de los historiadores coetáneos y de las escrituras y documentos del siglo XV.

En unos voluminosos manuscritos de historia, de genealogías y de noticias geográficas que hemos consultado, escritos por D. Fernando Osorio y Altamirano hácia los años de 1770, se lee un capítulo con el epígrafe *Zoraya, sus amores, y que fué causa de perderse el reino de Granada,* cuya narracion es curiosa y fidedigna: haciendo comparacion entre la hermosura de Florinda ó la Cava y Zoraya, dice: «Por otra dama llamada la Zoraya, se perdieron los moros y su rey Abil Hascem de la sangre real de los Alhamares.'' tom. 3, fól. 1760.

timas. Allí habia largos estanques surcados de góndolas, jardines deleitosos, bosques solitarios, cuyo silencio interrumpian puramente brisas suaves, el canto del ruiseñor, ó el suspiro de algun amante afortunado. Cuando Aixa comparaba su humillacion y los desdenes del rey con la galantería, la esplendidez y los placeres de que participaba Zoraya, sentia en su corazon el tormento de mil furias, y prorumpia en llanto de desesperacion y de venganza.

Bandos civiles en Granada.

Aunque la tímida é inocente Isabel estaba absolutamente inhibida de intrigas palaciegas, y mucho mas de borrascosas conjuraciones, prestaba sin saberlo eficaz apoyo al partido dueño del poder en Granada. Abul Cacim Venegas, fruto de los amores de D. Pedro Venegas, de la casa de Luque, y de la princesa Cetimerien[1], obtenia el cargo importante de wacir, y era el árbitro del reino. Muley Hacem, desde el dia en que se sintió arrebatado de amor hácia Isabel, aborreció como enojosos los asuntos del estado, depositó en su ministro entera confianza, y le constituyó señor de vidas y haciendas. Los bandos terribles, promovidos en tiempo del rey Izquierdo, y mitigados por la sabiduria y prudencia de Ismael, re-

---

[1] Escrituras y árboles genealógicos existentes en los archivos de la casa de Corvera y Campotejar de esta ciudad. Bernaldez confirma el mismo hecho diciendo: « E el mayor daño le vino al rey viejo por envidia que habian los caballeros de Granada por la gran privanza que con él tenia Al Boacin Venegas, alguacil de Granada, que mandaba a Granada e todo el reino mucho mejor que el rey. Este alguacil era de linaje de cristianos de los Venegas de Córdoba, e su padre e abuelos fueron cristianos; e él nació en tierra de moros, e era muy gran servidor del rey.'' *Histor. de los reyes Catól.*, M. S., cap. 56. En el capítulo XV hemos hablado de D. Pedro Venegas y de su esposa Cetimerien ó D.ª María.

nacian á la sazon en Granada con mayores enconos; y el sagaz Abul Cacim, jefe de uno de los partidos, fomentaba la pasion del rey como un resorte que apoyase sus influencias. Siendo cual Zoraya, de linaje cristiano, se granjeó la benevolencia de la inocente sultana y con ella el valimiento del rey. Reduan Venegas su hermano; Cid Hiaya, su cuñado, esposo de Cetimerien Venegas; Aben Celim, infante de Almería, padre de Cid Hiaya; el Zagal, hermano del rey, casado con Equivila hija de Aben Celim[1]; en una palabra, los hijos, nietos, deudos y amigos de los caballeros que habian colocado en el trono á Jusef IV, eran los jefes y valedores del bando agrupado en torno de Zoraya y de Muley.

Resentimiento de los Abencerrajes.

Los Abencerrajes, que no olvidaban los agravios y persecucion de sus tribus, debidos á las maquinaciones é intrigas de D. Pedro Venegas, veian á su primogénito Abul Cacim representar con Muley el mismo papel que el Tornadizo con Jusef IV: irritados con esto proferian amenazas sin rebozo alguno. Muley, deferente á los consejos del ministro, inmoló algunos alcaides y señores de aquel linaje, en la persuasion de que semejante acto de severidad produciria el buen resultado de reprimir y escarmentar á los restantes; pero en vez de contener, exasperó á toda aquella raza intrépida, y despertó en sus espíritus fogosos hambre y sed de venganza[2].

---

[1] Entre los documentos curiosos que conserva el marqués de Corvera, como descendiente de Aben Celim y de Cid Hiaya, merece citarse un magnífico árbol genealógico compuesto por el célebre escritor Alonso Lopez de Haro: cada familia tiene su linaje y explicaciones.

[2] Conviene aquí desvanecer un error grave difundido por el fabulista Ginés Perez de Hita, y adoptado ligeramente por

Aixa formó causa comun con los ofendidos, les empeñó en una conspiracion, y les hizo presente que su hijo Boabdil, aunque chico, tenia ya brios para levantar bandera hostil, y arrebatar la diadema, destinada por las afecciones bastardas de Muley á alguno de los hijos de la cristiana. La conquista de Alhama, la infelicidad de los últimos asaltos, y la correría de Fernando y de la nobleza de Castilla por la vega dieron pretexto á los conjurados para propalar voces injuriosas contra el valido y pintar al rey como un príncipe despreciable. «El amor vergonzoso de una cris«tiana, decian, domina y adormece á ese viejo; «y mientras el hijo del renegado, traidor, y mu«sulman en el nombre, le guia y le aconseja, la «cuchilla del verdugo cercena las gargantas de «los fieles Abencerrajes y la espada del cristia«no extermina los moradores de nuestras ciuda«des y campos." Intrigas de Aixa.

Tal era el estado de los ánimos en Granada al regresar Muley de su infeliz expedicion contra Alhama. Apenas se hubo aposentado en la Alhambra, llegaron las autoridades á notificarle como en el Albaicin circulaban grupos de gente armada, acaudillados por los Abencerrajes, con todos los síntomas de abierta rebelion. Muley y su favorito el wacir Abul Cacim, cerciorados de la complicidad de Aixa y de Boabdil en estos movimientos traidores, aseguraron una noche á la Amago de rebelion. Año 1482: mayo.

---

escritores de mérito, pero escasos de erudicion ó de crítica. Los Abencerrajes son pintados como amigos de Muley y perseguidores de Boabdil; todo lo contrario resulta de los testimonios de Bernaldez, de Pulgar el cronista, de Pulgar el de las Hazañas, de Zurita, del abad de Rute y de cuantos antiguos han escrito verazmente sobre la guerra de Granada.

Prision de Aixa y de Boabdil.

una y al otro, y encerrando á ambos en la torre de Comarech pusieron sobre las armas á la guardia africana y á los guerreros de tribus fieles, y subieron á atacar á los amotinados. La prision de la sultana y del infante y el aparato de fuerza, bastaron para dispersar los grupos y restablecer una calma aparente en aquel dia.

Evasion.

Bien pronto conoció Muley que un fuego oculto minaba la base de su trono: ocupado un dia en arreglar nueva expedicion contra Alhama y en escribir al rey de Marruecos pidiéndole el refuerzo de los hijos del desierto, vinieron á anunciarle que el príncipe Boabdil habia desaparecido de la torre de Comarech. Aixa, la astuta Aixa, mantenia por medio de sus esclavas activa correspondencia con los Abencerrajes, y concertada con ellos habia reunido todos los almaizares y tocas de sus doncellas, improvisado una cuerda y descolgado á su hijo, burlando así las precauciones y asechanzas del ingrato y duro monarca. Los caballeros cómplices, apostados en las enramadas del bosque que crece al pié de la torre de Comarech, aprovecharon el silencio y la oscuridad de la noche para recibir en sus brazos al jóven príncipe, le guiaron hasta las márgenes del Darro, y cabalgando en caballos prevenidos en este paraje, aplicaron sus acicates, y partieron á galope tendido hácia Guadix, cuyo alcaide estaba afiliado á su faccion[1].

Los Abencerrajes con Boabdil hacen estallar

Ó sobradamente confiados el rey y Abul Cacim, ó adormecidos con el halago del poder, no dieron la debida importancia á la evasion de Boab-

---

[1] Mármol, *Rebel.*, lib. 1, cap. 12. Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 35. Salazar de Mendoza, *Crón. del Gran Cardenal*, lib. 1, cap. 71.

dil, y hasta cierto punto la consideraron conveniente, porque así le veian alejado de la corte, foco de todas las intrigas. Muley, aunque aparentaba indiferencia, se afligia interiormente con estos desagradables acontecimientos, y procuraba disipar su melancolía en la hermosura de sus palacios solitarios. Una tarde paseaba con Zoraya por los jardines de los Alijares, y se sentia mas aliviado de su congoja con la frescura del ambiente, que llegaba allí, replegado de la vega y cargado con los sanos efluvios de las sementeras verdes y con el aroma de las flores de la montaña. Era una de aquellas horas apacibles en que el ánimo participa en Granada de un indecible deleite, contemplando las maravillas de la creacion y la armonía de la naturaleza. Muley estaba embebecido, mirando cómo los rayos del crepúsculo daban limpio barniz de fuego á un grupo de celajes suspensos sobre las sierras de Loja, cuando hirió sus oidos un rumor extraordinario en algo semejante al bramido de la tempestad. Amilanado y no sin sobresalto mandó que los oficiales de su guardia bajaran á cerciorarse del orígen de tal ruido, y no tardó en saber que la revolucion rugia en el recinto de la ciudad; que los Abencerrajes acababan de entrar en el Albaicin proclamando rey á Boabdil, á quien habian traido desde Guadix, y que su aparicion aumentaba la efervescencia de aquel barrio populoso. Los conjurados habian aparecido simultáneamente en otros puntos, y, para colmo de sorpresa, Aben Comixa, alcaide de una torre de la Alhambra, tremolaba banderas á favor del príncipe. Abul Cacim se habia lanzado sobre los revoltosos al frente de los guardias leales, y todos los clamores que poblaban el viento no eran sino alaridos de combatientes y estruendo

la revolucion.
Año 1482: mayo.

Batalla y huida de Muley y de sus parciales.

de los escuadrones que acometian y se despedazaban en calles y plazas. Muley quiso bajar á la Alhambra, creido que su presencia bastaria para calmar el tumulto y contener la efusion de sangre; pero al dar vista á las almenas de la fortaleza, las vió coronadas de tropa conjurada, que le rechazó con insultos. La pelea duró encarnizada toda la noche con pérdidas considerables por ambas partes. Al amanecer, el populacho, movido por el oro de Aixa, tomó parte en la contienda, y arrojó é hizo salir de Granada á los partidarios del rey. Abul Cacim, los amigos que no habian perecido y los diezmados escuadrones de la guardia se presentaron al monarca que permanecia con Zoraya impaciente y perplejo en los Alijares, le hicieron ver la necesidad de alejarse del alcance de los vencedores, y sirviéndole de escolta se encaminaron al castillo de Mondujar en el valle de Lecrin[1].

Ricos señores partidarios de Muley.

No bien cundieron las noticias de la sedicion de Granada, Aben Celim, su hermano Aben Jamy, Cid Hiaya, y su cuñado Reduan Venegas, que poseian grandes señoríos en Almería y Baza y tenian siempre á su devocion muchos alcaides y vasallos, y Abdalá el Zagal (el Valiente) que tambien era de este partido y arrastraba con su influencia á la mayor parte del reino, se presentaron en Mondujar, y ofrecieron á Muley sus espadas para atacar de frente á los revoltosos. La entereza y lealtad de estos caballeros sirvieron de estímulo al mismo, y le decidieron á acometer una empresa terrible. Allegada cuanta

---

[1] Mármol, *Rebel.*, lib. 1, cap. 12. Pulgar, p. 3, capítulo 11.

gente le fué dado, se vino sin alboroto ni alarma y se acercó á los muros de la Alhambra en las altas horas de la noche. Aplicada una escala por un adalid cristiano que estaba á su servicio, se introdujo en el alcázar al frente de 500 soldados degollando sordamente á cuantos halló en los torreones y en las voluptuosas estancias del palacio. No fué posible continuar en la carnicería sin promover alboroto: algunos soldados y caballeros desertaron y corrieron á las armas, y Aben Comixa se parapetó en una torre y contuvo á los agresores. Muley, no queriendo perder tiempo en la fortaleza, bajó con sus cuadrillas á la ciudad para sorprender y asesinar á los corifeos de la revolucion. El aviso del peligro habia ya circulado por todas partes, y los comprometidos esperaban en calles y plazas con sus cimitarras desnudas. Los partidarios del rey no titubearon en atacar, aprovechando las sombras de la noche con objeto de no revelar su número escaso; los ciudadanos, atónitos con los clamores lúgubres de los heridos y con el estruendo y algazara de la refriega, asomábanse á sus ajimeces con teas y faroles encendidos, y al alumbrar grupos de combatientes envueltos en sombríos albornoces, poseidos de insana furia y trabados á cuchilladas en el seno de las tinieblas, retrocedian horrorizados, y dudaban si semejante vision era realidad ó ensueño de escenas fantásticas. El populacho no tardo en apercibirse, y tomó por segunda vez parte en la batalla. Los agresores fueron deshechos y lanzados extramuros. Muley y Abul Cacim recurrieron tambien á la fuga, y al amanecer se hallaron en medio de la vega, acompañados de un corto número de valientes. Los demás eran cadáveres en las calles de la ciudad. En esta situacion desesperada

Sorpresa nocturna y segunda batalla.

Huye Muley con sus secuaces á Málaga.

dirigióse Muley escoltado por el grupo amigo á la ciudad de Málaga[1].

Resolucion y preparativos de la reina de Castilla: junio.

Mientras la sangre de los caballeros mas esforzados del reino corria por las calles de Granada, y los bandos enemigos se aprestaban para nuevos azares, la reina de Castilla, aposentada en Córdoba, reunia al rededor de su solio á la flor de la caballería cristiana y enseñaba la senda del deber y de la gloria. Resuelta á emprender una guerra incesante contra el moro, intimó á todas las ciudades de Andalucía, de Toledo y de Extremadura y al territorio de las órdenes militares, que enviasen á Córdoba en los dos meses de junio y julio provisiones abundantes de pan, vino y carnes; dirigió proclamas á sus pueblos exhortando á la juventud á tomar parte en la próxima campaña; formó depósitos de armas, y mandó traer numerosos trenes de artillería. Como llegasen avisos á la sazon de que algunos alfakis y santones de Granada habian pasado al África, y recorrian las ciudades y los aduares marroquíes reclutando gente y proporcionándose subsidios, destacaron los augustos esposos una armada á las órdenes de los marinos Diaz de Mena, Valera y Arriaran, con encargo de situarse en el Estrecho, de hacer incursiones en la costa del Riff, y de apresar ó echar á pique cuantos bajeles hubiese surtos en las playas moriscas.

Posicion de Loja.

Traidos los mantenimientos y reunida la gente convocada por la reina, púsose el rey á la cabeza, y partió de Córdoba para cercar y rendir á Loja. Su conquista era importantísima, ya porque aseguraba la posesion de Alhama, y ya

---

[1] Bernaldez, M. S. cap. 56.

porque era un punto militar, que facilitaba la entrada y las correrías de los cristianos en la vega. Ciudad rica, asentada en la garganta de una vasta cordillera, facilitaba, como hoy, la comunicacion de los reinos de Granada y Sevilla. El Genil, enriquecido con varios torrentes y riachuelos, abandona por aquella cortadura el ameno campo extendido desde la falda de Sierra Nevada. Aunque el interior de la poblacion era desagradable por sus calles tortuosas, estrechas y de piso incómodo, sus contornos eran en cambio deleitosos. El Manzanil, el Plines, el Rio-Frio y otros raudales cristalinos, desprendidos de sus vecinas montañas, corrian repartidos por mil acequias abiertas en tiempos mas felices, y regaban á levante una vega pintoresca, plantada de alamedas, de frutales, de olivares y viñedos, y á poniente un hondo valle donde los árboles florecen abrigados y las mieses maduran en estacion temprana. Su castillo sobre una roca fué construido por Abdalá, califa de Córdoba, cuando vino con su guardia á guerrear contra las facciones tremendas, que le desafiaban desde Granada de poder á poder[1]. San Fernando incendió la poblacion y desmanteló sus muros en una correría[2]; pero nueva fábrica habia restaurado aquel daño, y presentaba á los ojos del viajero un aspecto majestuoso y severo.

Cerco de la ciudad: 1.º de julio.

El ejército cristiano, compuesto de 5.000 caballos y 8.000 peones, con todos los señores y capitanes que asistieron á la última tala de la

---

[1] El arzobispo D. Rodrigo, *Historia arabum*, cap. 30.
[2] Véase la nota de la pág. 293 del tomo segundo de esta obra.

vega, pasó el Genil por el puente de Écija, llegó á la vista de Loja, y asentó sus reales entre los olivares y en los valles y cuestas á orillas del rio. Al siguiente dia comenzaron á realizarse los pronósticos del entendido marqués de Cádiz que, en contra de D. Diego de Merlo, habia desaprobado la precipitacion de esta campaña, y advertido la omision de muchas prevenciones necesarias. Las raciones de pan comenzaron á escasear, y como no hubo tiempo para construir hornos, tuvieron los soldados que alimentarse con levadura cocida sobre las brasas[1]. Todos sufrian las fatigas y privaciones con la falaz esperanza de una pronta victoria.

Ignoraban que habia quien la disputase con encarnizamiento. Era alcaide de la ciudad Aliatar, moro célebre, por haberse elevado con su valor desde el modesto ejercicio de especiero á las mayores honras de la caballería. Enriquecido con el señorío de la villa de Zagra, vivia casi siempre pobre porque aplicaba sus rentas considerables al pago de almogawares y espías y á la manutencion de un pequeño ejército. Para probar los sacrificios de este rico alcaide y su patriotismo, baste decir, que su hija Morayma, la que cautivó el corazon de Boabdil y fué su esposa, tuvo que engalanarse con joyas y vestidos prestados el dia de sus bodas con el príncipe amante. Aliatar habia sido durante años el terror del las familias cristianas, y singularmente de las de Lucena, cuyos campos convertidos en teatro de sus rapiñas llamábanse la *Huerta de Aliatar*. Como no concedia treguas ni las aceptaba, mantenia

---

1 Pulgar, p. 3, cap. 8.

guerra incesante con D. Alonso Aguilar, con el conde de Cabra y con el alcaide de los Donceles sus vecinos, y los tenia vivamente irritados con las provocaciones de su escasa pero escogida hueste. Aunque el caudillo moro parecia agoviado con el peso de los años, conservaba el espíritu y los brios de un mancebo. Su gloria estaba cifrada en hacer incursiones en territorio enemigo, en talar montes, en incendiar sus mieses, en ahuyentar á los ganaderos y labradores de las dehesas y alquerías comarcanas, y en entrar por las puertas de Loja con ricas presas de ganado y gente burlando la astucia de los cristianos fronterizos[1].

Posicion de las estancias castellanas.

El rey D. Fernando adoptó las disposiciones en su juicio oportunas para estrechar y rendir la plaza. Destacó al maestre de Calatrava D. Rodrigo Giron, á su hermano D. Juan, conde de Ureña, al marqués de Cádiz, al de Villena, y á D. Alonso Aguilar, con los continuos y gente de sus casas, á que ocuparan en el camino de Granada la cuesta y cerro de Albohacem, cuya altura dominaba á la ciudad, y era el apoyo de todo el campamento. Asentaron estos caballeros sus estancias en el punto designado, mientras otros señores se colocaban en diversos parajes con mas arrojo que acierto. Las brigadas y destacamentos separados por colinas, acequias y barrancos, ni podian observarse mutuamente ni socorrerse con oportunidad. No bien subió Aliatar á las almenas de su castillo y notó los desaciertos del enemigo, corrió á las armas y salió con 3.000 soldados. Mañoso como caudillo veterano, emboscó algu-

---

[1] Zurita, lib. 20, cap. 48. Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada,* lib. 1.º

Salida de Aliatar: 3 de julio.

nas compañías de preferencia en olivares y huertas á las faldas del cerro de Albohacem, y embistió con un escuadron á las avanzadas del maestre de Calatrava y demás señores. Acudieron estos, dejando una pequeña escolta en las estancias, con cuyo movimiento las trompetas de Aliatar dieron á los suyos el aviso de retirada. Los cristianos, sin conocer que este retroceso era un ardid, se precipitaron animosos, apartándose algun trecho de sus pabellones; y cuando esperaban ganar el primer lauro de la expedicion, se hallaron cortados á retaguardia por las compañías emboscadas, y acosados con nuevo ímpetu por los que creian fugitivos. Revolvieron los caballeros á recuperar sus tiendas, desgarradas ya por las manos ásperas de la soldadesca; pero acometidos en aquel momento por los lanceros de Aliatar, tuvieron que sostenerse apurando los esfuerzos del valor. El maestre blandiendo su lanza en primera línea, era notable por su armadura bruñida y por la divisa de su cruz colorada; y los moros, que miraban con antipatía mortal la insignia de la órden de Calatrava, constituyeron al gentil caballero en blanco de sus iras.

Muerte del maestre de Calatrava.

Una descarga de arpones envenados fué asestada contra su pecho, y aunque el arnés embotó casi todos los tiros, penetraron dos puntas por la escotadura del brazo y le penetraron hasta el corazon. El escudero de Avila Pedro de Gasca, que vió á su señor abandonar la lanza y las bridas y vacilar sobre el caballo, acudió á socorrerle y le vió espirar entre sus brazos[1]. El conde de Ureña, her-

[1] Pulgar, p. 3, cap. 8. Galindez, *Memorial ó registro breve*, M. S., año 82. En Loja se ha conservado hasta hace

mano del maestre, sus primos el marqués de Cádiz, el de Villena, y D. Alonso Aguilar, enfurecidos con esta desgracia, se precipitaron sobre la morisma, é hiriendo á unos, matando á otros y haciendo huir á los mas, despejaron el campo, y regresaron con seguridad á sus rotos pabellones.

Retirada de los cristianos.

El rey conoció por este revés cuán acertada habia sido la opinion del marqués de Cádiz, y acordó, para evitar mayores desastres, replegarse sobre Rio-Frio, camino de Archidona, y esperar los refuerzos de tropas que ya habian salido de Córdoba. Al amanecer el siguiente dia y antes que se pregonara la mudanza del campamento, se empezaron á quitar las tiendas de la cuesta de Albohacem: notándolo el perspicaz Aliatar, aceleró la operacion con un furioso ataque, que le hizo dueño de la altura. Atemorizados algunos soldados concejiles y otros aventureros de poca disciplina al columbrar las vanderolas árabes en aquella posicion, y recelosos de que la guarnicion de Loja se hubiese reforzado con gente de Granada, abandonaron armas y mochilas, y se entregaron á torpe huida. En vano acudieron los caballeros y capitanes á contener la desbandada y á evitar la afrenta y la perdicion general: vanos esfuerzos. Era tan hondo el pavor de los soldados, que hubo peon qne corrió sin detenerse hasta la Peña de los Enamorados, distante cinco leguas.

Ataques vigorosos de

Los moros, no bien observaron el desconcierto, recargaron con los brios que infunde la con-

---

poco en la cuesta del Socorro, un sencillo monumento llamado la *Cruz del Maestre*, como recuerdo de haber espirado en el mismo sitio.

los moros: 5 de julio. viccion del triunfo, y dieron reiteradas cargas á los donceles del rey y á los pundonorosos caballeros que le defendian. El esfuerzo de esta hueste leal dió tiempo á que se recogieran atropelladamente las tiendas, y se pusiesen en salvo algunos pertrechos. Aliatar mandó sacar una batería, y colocándola en una colina, asestó tan vivo y certero fuego, que hizo al enemigo replegarse fuera del alcance de los tiros: destacó entonces á la carga á un escuadron de los mas bizarros; pero en vez de sacar fruto de esta embestida, se mesó las barbas de ira al ver á Fernando, á sus continuos, á sus pages y á sus criados hacer un esfuerzo, y rechazar á los agresores hasta la orilla de Rio-Frio. El viejo alcaide, maldiciendo la torpeza de sus caudillos, condujo al ataque nuevos escuadrones, con empeño de apoderarse del rey D. Fernando; pero los caballeros castellanos presentaron sus pechos y expusieron generosamente sus vidas por salvar la de S. A. El condestable D. Pedro de Velasco recibió tres cuchilladas en la cara; el duque de Medina-Celi quedó desmontado y atropellado por la caballería; el conde de Tendilla sufrió heridas y contusiones gravísimas, y hubiera sido muerto ó preso á no haberle socorrido el jóven D. Francisco de Zúñiga, hijo del duque de Placencia. El marqués de Cádiz, que con solo 70 ginetes sostenia el peso de la batalla, derribó al primer bote de lanza á uno de los mas audaces capitanes moros, y cuando corria á ensartar á otro, perdió su caballo herido con un flechazo[1]. A pié y sin mas armas que la espada apretó contra el enemigo y le puso á raya. Can-

[1] Bernaldez, M. S., cap. 58.

sados los moros de la porfia, enriquecidos con un cuantioso botin que no pudieron cargar los fugitivos por falta de acémilas, y llevando como trofeo algunos cautivos y banderas, picaron flojamente la retaguardia cristiana.

Reflexiones. Afliccion de la reina Isabel.

El éxito de la imprudente expedicion sobre Loja hizo conocer al rey y á sus caballeros, que las reglas y los consejos de la experiencia suelen ser mas indispensables en una campaña que los arrebatos del valor. La reina, sabedora en Córdoba de que los reales se habian alzado al quinto dia del asedio, é informada de la torpe huida de sus soldados, sintió no tanto el desperdicio de los arneses y pertrechos reunidos con su economía y diligencia, como el engreimiento de los moros, y la influencia que un revés tan inesperado podia ejercer en los trances de la nueva campaña que meditaba. Prudente y magnánima se entregó á solas á las efusiones de su dolor, sin revelar en público con sus palabras ni con sus ademanes el sentimiento de que estaba poseida. Lo que mayormente la afligió fué la muerte de D. Rodrigo Giron, jóven de 26 años, que prometia muchos dias de gloria á su patria. Sus varias hazañas contra los portugueses en defensa de Castilla equivalian á sucesos novelescos, y los romances celebraban ya el valor y la gentileza de su persona. Su cuerpo fué llevado á la iglesia de S. Benito de la villa de Porcuna, propia de la órden de Calatrava, y desde allí trasladado años despues al convento de esta fortaleza[1].

Sepultura del maestre

Desaliento de la guar-

La guarnicion de Alhama que esperaba con ansiedad la conquista de Loja como el término

---

[1] Gudiel, *Noticia y compendio d los Girones*, cap. 30.

nicion de Alhama.

de sus trabajos y de sus privaciones, no bien supo la retirada del ejército, sintióse poseida de terror pánico, y creyéndose ya víctima de la ira enemiga, quebrantó las reglas de la disciplina, aconsejando la huida y desamparo de la ciudad. Apenas se enteró el gobernador D. Luis Portocarrero de semejante flaqueza, afeó á sus soldados tal cobardía, y les arengó con heróico ardimiento hasta infundir en sus pechos el vigor que rebosaba en el suyo. Todos desnudaron sus aceros, y juraron morir defendiendo los baluartes encomendados á su lealtad por la reina de Castilla; y para que el general no dudara de sus buenos deseos y constante puntualidad, le pidieron que les dejase dormir al raso y trasladar sus cuarteles sobre los mismos adarves y muros. D. Luis, para contentarlos, les distribuyó algunas raciones de pan y de carne de caballo, que fué recibida como un regalo en la situacion de escaséz y de hambre en que se hallaban.

Cerco tercero de Alhama: agosto.

Los pronósticos de la tropa no eran infundados: las legiones sarracenas presentáronse al pié de las torres de Alhama con el propósito de rendirla y de cautivar á sus defensores, á quienes suponian acobardados. Los cristianos, apercibidos ya, rechazaron los asaltos, y cobraron mayor aliento al divisar banderas castellanas en las cumbres de la montaña. La reina, sabedora del nuevo empeño de los moros, quiso probarles que su real ánimo estaba muy lejos de abatirse ó de conceder treguas; y para ello estimuló vivamente á su augusto esposo y á todos los caballeros andaluces para que saliesen en socorro de Alhama.

Socorro.

Seis mil ginetes y diez mil peones avanzaban ansiosos de medir sus armas con el enemigo y de abatir su orgullo, y escoltaban juntamente cinco mil bestias cargadas de pan, vino y carnes

saladas. Los moros, apenas vieron relumbrar los petos y ondear los pendones de las avanzadas cristianas, alzaron su campo y se retiraron hácia Granada. El ejército entró en la villa, y descargó el convoy sin quemar un cebo, ni gastar una flecha; y el monarca informado de las hambres, insomnios y peligros que habian sufrido D. Luis Portocarrero, sus capitanes y soldados, les concedió permiso para volver á sus hogares, y puso gente nueva á las órdenes del comendador D. Juan de Vera, de D. Antonio Fonseca y de D. Luis Osorio, arcediano de Astorga y obispo que fué luego de Jaen.

Retirada de los moros.

26 de agosto

Quedó en Alhama al lado de este ilustre presbítero con el destino de contador un sobrino suyo, que, como todos los jóvenes ilustres de Castilla, habia corrido con entusiasmo á las armas para defender los derechos de Isabel contra las pretenciones de Portugal: simple escudero llamó la atencion por su brio y gentileza, y obtuvo la merced de continuo de la casa real. Habia nacido con muy noble ascendencia en Ciudad-Real: por línea paterna descendia de unos señores solariegos del lugar de la Cortina, concejo de Lena en Asturias; y por la materna de la esclarecida estirpe de los Osorios. El blason de su nobleza era alusivo al nombre y hazañas de su familia y al carácter entero y enérgico con que todos los de su estirpe habian desafiado á la fortuna: representaba un guerrero armado de punta en blanco empujando con su espada el muro de una torre, y en derredor el lema de: «El pulgar quebrar «y no doblar." Aunque la fama no habia pregonado el nombre de Hernan Perez del Pulgar, que así se llamaba el hidalgo, no era difícil adivinar por su estatura vigorosa y por el temple de su espíritu, que habia de tomar parte en aventuras di-

Linaje de Hernan Perez del Pulgar.

fíciles y en hazañas muy peligrosas. Los reyes, en prenda de la seguridad de Alhama, autorizaron sucesivamente á sus tres gobernadores D. Diego de Merlo, D. Luis Portocarrero y D. Luis Osorio para repartir las casas y los heredamientos conquistados entre las personas que guardasen en ella vecindad por espacio de cuatro años; y si bien muchos codiciosos acudieron en los primeros dias, faltaron luego á su compromiso y huyeron de un recinto amenazado y embestido constantemente por los moros. Pulgar, que en vez de arredrarse por los peligros buscaba ocasiones de vencerlos, otorgó carta de vecindad, obtuvo con ella grandes repartimientos de tierras y heredades urbanas, y quedó arraigado en el pais que debia ser teatro de su gloria[1]. Abastecida Alhama, hizo el ejército castellano una incursion por la vega de Granada, y se retiró á Córdoba.

Correría de Muley por los campos de Tarifa y Gibraltar: julio.

Durante los anteriores sucesos, Muley que permanecia en Málaga con un simulacro de corte, convocó á los guerreros de este distrito que aun le era fiel, para acudir en defensa de Loja; mas como fué tan inesperado y prematuro el desenlace de la campaña, aprovechó la ocasion de hacer una correría por las comarcas de Medina Sidonia. Mil quinientos caballos y seis mil infantes bajaron por la orilla del mar, se corrieron por los campos de Estepona, y entraron á sangre y fuego en los de Algeciras y Gibraltar, hasta las márgenes del rio Celemin. Aquí, en un paraje pintoresco, mandó Muley asentar su pabellon, á cuya sombra se propuso dirigir todas

---

[1] Archivo de D. Fernando del Pulgar, marqués del Salar. El Sr. Martinez de la Rosa, *Hernan Perez del Pulgar: Bosquejo Histórico*, Madrid 1834.

las operaciones de la correría. Destacó cuatrocientos ginetes al campo de Gibraltar con encargo de observar á su alcaide Pedro de Vera, y de cortarle la retirada en caso de que intentara hacer una salida; doscientos á la campiña de Tarifa é igual número á la de Medina Sidonia. No tardaron estos últimos en regresar cargados de botin, y conduciendo cinco mil cabezas de ganado. Las avanzadas de Gibraltar y Tarifa volvieron tambien sin haber notado síntoma alguno de hostilidad; y satisfecho Muley con la buena presa, dió la órden de replegarse á la frontera.

No hubieran los malagueños recogido impunemente la riqueza pecuaria del pais, si Pedro de Vera, el intrépido alcaide de Gibraltar, hubiese contado con la fuerza de un escuadron al menos; pero limitado á mandar una compañía escasa aplicada al servicio del castillo, se abstuvo de salir por no incurrir en la nota de temerario, y sobre todo por no dejar en desamparo á la ciudadela. Por una feliz casualidad, Cárlos de Valero, que acababa de apresar en las corrientes del Estrecho algunos bajeles moriscos, ancló su escuadra en la bahía y cerciorado de las intenciones del alcaide se brindó á servir la guarnicion con sus marinos. Convenido Vera, se salió de noche con sesenta caballos, y pasó á una fortaleza inmediata, encomendada á Cristóbal de Mesa, al Castellar, por cuyas inmediaciones habian de pasar los moros con su presa. Ambos capitanes mandaron encender hogueras en los cerros, y despacharon espías en todas direcciones para prevenir á los habitantes é intimarles que acudiesen armados al castillo.

Los moros, conociendo por las ahumadas que el cristiano velaba armado, adoptaron las disposiciones requeridas en tales casos. Destacaron

250 lanceros de vanguardia á las órdenes de los alcaides de Marbella y Casares; ordenaron en medio la cabalgada, y dispusieron que el rey quedase á retaguardia con el grueso dela division. Pedro de Vera y Cristóbal de Mesa observaron desde el alto Castellar que la cabalgada y el ejército contrario caminaban en larguísima hilera al través de cuestas, barrancos y bosques espesos, y persuadidos que en esta disposicion podia ser atacado con ventaja, salieron con sesenta ginetes, y dando algun rodeo se emboscaron en una angostura. Vista la celada por ocho batidores moros que venian á la descubierta, tuvieron los dos alcaides y sus compañeros que precipitarse sobre el enemigo, y trabar atropelladamente la refriega entre breñas y derrumbaderos. Sorprendido el destacamento de vanguardia, quiso desplegarse en batalla, y como el terreno no permitia maniobra formal, se revolvieron moros y cristianos moviendo una algazara extraordinaria y levantando torbellinos de polvo. Las vacas y yeguas cerriles, espantadas con las corridas, voces y aturdimiento de sus conductores, se desbandaron en varias direcciones y estorbaron con su impetuosidad que la fila de retaguardia acudiese en socorro de los delanteros. Al fin llegó el refuerzo; y viendo los agresores la superioridad de las fuerzas moriscas, aplicaron espuelas á sus caballos, derribaron al paso de dos lanzadas á los alcaides de Marbella y Casares y se encerraron á escape violento en el Castellar. Enfurecido Muley con la audacia de aquel puñado de valientes, llegó hasta las puertas de esta fortaleza, y mandó incendiar algunos caseríos: en seguida reunió, de las 5C cabezas que vagaban dispersas, unas 3.000, y formándolas en hilera las hizo conducir muy pausadamente á la vista de Pedro de Vera y Cristóbal

de Mesa, que se burlaban de sus bravatas desde las almenas.

El cronista Palencia añade á este suceso un episodio que la pluma de W. Irving ha revestido de formas galanas. El viejo Muley era tan caballeresco como fogoso. Al pasar por el Castellar llamó á un cautivo cristiano, le preguntó en qué consistian las rentas del alcaide de Gibraltar, y habiendo sabido que en el derecho de una res de cada rebaño que pasaba, dijo con mucha gravedad: «No seré yo quien defraude á un ca-«ballero tan cumplido.” Inmediatamente mandó recoger reses muy lucidas, y las dió á un alfaki para que en nombre suyo las ofreciese á Pedro de Vera, «y decidle (añadió al emisario) que per-«done si no satisfice antes sus derechos para mí «desconocidos; pero que ya con mejores noticias «me apresuro á pagar con puntualidad; y que no «sabia yo fuese el señor alcaide tan vigilante en «la cobranza de sus alcabalas.”

No dejó de sonreirse Pedro de Vera con la ocurrencia del rey de Granada, ni de contestar con el mismo espíritu. Al regalar al alfaki un vestido de seda y un manto de escarlata, y al despedirle con la mayor cortesía, le habló de esta manera: «Decid al rey vuestro señor, que sien-«to no haber tenido las necesarias fuerzas para «que su entrada en mi territorio hubiese sido se-«gun mis deseos; pero que si se digna detener-«se, espero esta noche 300 lanceros de Jeréz, y «podré saludar debidamente á su excelsa persona «en la madrugada próxima[1].” Con esta respuesta

[1] Bernaldez, M. S., cap. 59. Washington Irving, *Crónica de la conquista,* tom. 1, cap. 9.

aceleró Muley su retirada, y entró en Málaga con una cabalgada muy considerable, á pesar de su contratiempo.

Disposiciones de los reyes en Castilla y Aragon. A. 1483 de J. C.

Provista Alhama y escarmentados los moros en esta correría, acordaron los reyes hacer con acuerdo de las cortes grandes aprestos para emprender una campaña prolongada, en la cual pudieran realizarse sus planes de conquista del reino granadino. Para ello partieron á Castilla, dejando á la mira del enemigo en todos los términos de la frontera á los caballeros notables por su prudencia y experimentados por su valor en escalamientos y batallas campales. La frontera de Jaen quedó á cargo de D. Pedro Manrique, conde de Treviño y nombrado duque de Nágera; la de Écija al de D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago; el destino de asistente de Sevilla, vacante por fallecimiento de Diego de Merlo, fué conferido á D. Juan de Silva, conde de Cifuentes; y todos los adelantados, duques, marqueses y condes y ricohombres que moraban en la línea desde Lorca á Tarifa, recibieron órdenes de estar apercibidos para hacer correrías, y de ser obedientes á los jefes ya designados.

Reunidas las cortes en Madrid, oyó la reina las quejas de los diputados, relativas á vejaciones é injusticias de algunos agentes de su gobierno; y como hubiese adoptado disposiciones enérgicas para reparar los agravios y consolar á sus pueblos, se elevaron en todos los ángulos de Castilla clamores de bendicion, y otorgaron los procuradores por complacerla un servicio de diez y seis mil bestias y ocho mil peones para los trabajos de la campaña. El papa, atendiendo á la santidad de la empresa, envió bula de cruzada con su nuncio apostólico, al cual recibieron los augustos esposos en el monasterio de Sto. Domin-

go el Real de Madrid con solemne procesion, á la cual asistieron varios prelados, muchos nobles y gran coro de frailes. La bula determinaba que los obispos, maestres de las órdenes y todo el clero de Castilla y Aragon contribuyesen con un subsidio considerable. Con estos recursos pudieron ambos soberanos satisfacer al ejército algunas pagas atrasadas y dar impulso á sus preparativos de víveres y armas[1].

Desacato y castigo del escudero Juan del Corral.

Un castellano incurrió á la sazon en una falsía y en tan grave desacato de la majestad real, que ofendió vivamente á la magnánima D.ª Isabel y la obligó á hacer un escarmiento, que prueba su desinterés y su carácter justiciero. Juan del Corral, escudero del capitan Diego Lopez de Ayala, sabía el deseo que los moros de Granada tenian de recobrar á Alhama, y creyendo muy laudable accion mentir en una corte enemiga y engañar á un soberano infiel, pidió licencia á Boabdil para entrar en la Alhambra y conferenciar con sus ministros. Otorgado el permiso, vino diligente y se comprometió á conseguir del rey y de la reina la restitucion de Alhama, si en cambio era devuelta Zahara, le aprontaban 30.000 doblas, y se concedia libertad á todos los cautivos del reino. Accedieron los moros llenos de satisfaccion, y Juan del Corral partió á Madrid á proponer á los reyes este partido. D. Fernando y D.ª Isabel impusieron para la restitucion de Alhama nuevas y mas ventajosas condiciones, y despacharon poder al escudero para que en nombre de ambos y limitado á sus instrucciones ratificase el convenio. El mentiroso Juan del Corral presentó á Boab-

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 12 y 14.

dil el documento regio, y sin ofrecerlo á leer ni explicar sus limitaciones dió por acabado el contrato. Los moros, obrando con sinceridad, entregaron algunas sumas y dieron libertad á varios cautivos; mas no bien el castellano se hubo apoderado de las primeras y puesto de acuerdo con los segundos, se escapó de la Alhambra y dejó burlada la buena fe de los granadinos. Representaron estos muy dignamente su papel, elevando una comunicacion á la reina Isabel por medio del duque de Nájera, en la cual decian: «Que no era «Juan del Corral quien les habia engañado; sino «la firma y el sello de unos reyes que se llamaban «poderosos y altos: que la guerra se hacia entre «príncipes en buena ley, y que aunque no era de «creer que una dama y un caballero fuesen cóm«plices en tal engaño, les advertian que era mu«cha ligereza confiar poderes á mensajeros tan «vulgares é indignos." El duque de Nájera no bien recibió este despacho, prendió á Juan del Corral y le remitió escoltado á Castilla. El rey y la reina, indignados altamente, mandaron incontinenti que fuesen restituidas á Boabdil todas sus doblas y dádivas, que se apreciase el importe del rescate de los cautivos cristianos, y que se satisfaciese con usura á los libertadores á costa de Juan Corral, y que si no lo verificaba en un término breve, fuese cargado de cadenas y puesto á merced del rey moro para que le castigase á su placer. El preso anduvo muy diligente en aprontar las sumas necesarias, y logró su libertad[1].

Reunion de caballeros

Los caballeros de Andalucía, no bien supieron que las notas de la corte de Granada eran ofensi-

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 17.

vas al honor castellano y á la dignidad de la reina, suponiendo que no se trataba de hacer la guerra en buena ley, resolvieron dar una satisfaccion cumplida y desmentir semejante imputacion con un hecho ruidoso. Congregados en Antequera el maestre de Santiago con los caballeros de su órden, el marqués de Cádiz, el conde de Cifuentes, D. Alonso Aguilar, D. Pedro Enriquez con sus respectivos deudos, parientes y vasallos, los alcaides fronterizos de Archidona, Moron y Jerez con lucida gente á pié y á la gineta, D. Bernardino Manrique, hijo del corregidor de Córdoba, y Mosen Bernal, aventurero francés que servia con una compañía á las órdenes del maestre, trataron en consejo de guerra del paraje á donde era mas conveniente dirigirse. El discreto marqués de Cádiz propuso el ataque de Almogía ó Zahara, ó una incursion en la Serranía de Ronda, por ser tierra poblada de ganados, y cuyo territorio conocia á palmos Luis Amar, moro converso, que ya le habia prestado útiles servicios en otras expediciones. El maestre de Santiago dijo, que segun noticias fieles de sus adalides, la Ajarquía de Málaga brindaba con un botin cuantioso y con una hazaña de honra; que además de estar mas cercana que la Serranía, era una comarca deliciosa, en cuyos abrigos]pastaban numerosos rebaños; y que aunque áspera y erizada de montes, contenia muchas aldeas y caseríos de gente industriosa y rica, cuyos ahorros servirian de incentivo y de premio al soldado. El marqués de Cádiz no pudo menos de advertir que eran equivocados estos datos; que tenia motivos para saber que la Ajarquía era una serie de precipicios encumbrados y de bosques estériles, conocidos únicamente de cabreros y leñadores; que tales riscos servian de abrigo á bandoleros, mas

andaluces en Antequera.
A. 1483 de J. C.: marzo.

bien que de morada á familias agrícolas y sociables, y que aun cuando hubiese la riqueza que se pintaba, sería muy fácil á sus dueños ocultarla prontamente en las cuevas ignoradas y en selvas inaccesibles. El plan del maestre fué á pesar de de estas observaciones aprobado por mayoría y aceptado en su consecuencia por el marqués.

Entrada en la Ajarquía de Málaga.

Apercibidos los caballeros para la marcha, ordenaron sus batallas desde Antequera en esta forma: D. Alonso Aguilar y el adelantado D. Pedro Enriquez mandaban la vanguardia, precedida de varios destacamentos de adalides y guias: á sus alcances iba el conde de Cifuentes con muchos caballeros y jóvenes bizarros de Sevilla: el marqués de Cádiz seguia luego con sus vasallos, escuderos, pages y algunos mancebos nobles que se ejercitaban en la guerra bajo sus banderas; y cerraba la retaguardia el maestre de Santiago con los cruzados de su órden, y varios hidalgos de Écija. Las bestias cargadas con equipajes y reposterías de los altos señores y con vituallas para el ejército, marchaban en la rezaga; y un tropel de judíos y de mercaderes ambulantes, atraidos por la prodigalidad del soldado y por la esperanza de lucrar comprando á precio vil joyas, telas y utensilios que debian ganarse en los saqueos, caminaba en último término.

El ejército emprendió su marcha, y llegó á unos páramos inhabitables por su fragura y esterilidad, que como habia dicho el marqués, eran terreno de la Ajarquía: prosiguieron las divisiones mientras alumbró el sol trepando cerros y desfilando por veredas estrechas en el borde de precipicios, hasta que ya anochecido dieron en unas aldeas pobres, diseminadas en los valles que forma el riñon de aquellas montañas. Ya aquí comenzaron á desvanecerse las ilusiones:

los hogares de los campesinos infelices que allí vivian, estaban desiertos: las familias, avisadas de la entrada de los cristianos, se habian refugiado con sus rebaños y utensilios domésticos á las escabrosidades de la sierra y á algunas torres y peñas bravas. Irritada la soldadesca con su malograda fortuna, incendió las chozas y cabañas, y únicamente pudo cautivar á algunos viejos á quienes sus achaques y el peso de los años no les habian permitido ponerse en salvo.

La division de vanguardia, con la esperanza de mejorar su presa, se adelantó á explorar nuevos parajes, y fué insensiblemente internándose en lo mas fragoso de la sierra; siguiéronla sin precaucion las demás batallas sucesivas, y como no era posible conservar el órden de la marcha al través de precipicios, y por otra parte la oscuridad de la noche prestaba ocasion á los soldados para derramarse en busca de víveres y de pillaje, resultó una desorganizacion completa. El maestre y los caballeros de Santiago únicamente marchaban á retaguardia con algun órden; mas al desfilar por las inmediaciones del Molinete ó Molinillo, alquería incendiada por los delanteros y cuyas hogueras esparcian una claridad lúgubre en el tenebroso valle, fueron acometidos y cortados por los vecinos de un castillo cercano. Parapetados estos en las cumbres lanzaban piedras, venablos y saetas con gran mortandad en las filas cristianas: entre los alaridos terribles de los moros y el zumbar de los peñascos rodados, oíanse los lamentos del infeliz que se sentia herido mortalmente con el harpon, ó del que arrojado al aire exhalaba quejidos lastimeros antes de hallar la muerte en el fondo del torrente. En tal apuro, y viendo el maestre caer en derredor á muchos de sus caballeros y soldados sin poder-

Conflicto y retirada: 20 de marzo.

se valer ni tomar venganza, pidió socorro á las divisiones delanteras. Acudió el marqués de Cádiz con algunos caballeros y jóvenes que pudo juntar, y maniobrando con el mayor peligro y llamando la atencion de los enemigos, pudo reunirse con el maestre y sacarle del laberinto en que estaba empeñado.

D. Alonso Aguilar, D. Pedro Enriquez y el conde de Cifuentes, que se habian internado quemando caseríos, comenzaron á experimentar los mismos daños que el maestre, y sabedores de la situacion angustiosa de este y de la urgencia con que habia pedido socorro al marqués de Cádiz, recogieron sus gentes, que andaban dispersas en busca de ganados y de cautivos, y arrostrando en los desfiladeros espesas descargas se incorporaron con aquellos dos capitanes.

En tal apuro resolvieron los caudillos abandonar por estorbosa la escasísima presa de ganados, y retirarse en busca de terreno mas abierto. Al punto se dió á los adalides la órden de dirigir; pero éstos, ó azorados por el peligro, ó poco prácticos en el terreno, erraron el rumbo, y fueron empeñando al ejército en las escabrosidades de una sierra intransitable, no solo para la caballería, sino tambien para los peones. En esto comenzó á reir el alba sin que luciese con su claridad rayo de esperanza para los cristianos. Con tristes ojos divisaron en las cumbres grandes hogueras y en torno de ellas grupos armados que las atizaban como genios fantásticos. Con tales signos eran convocados los guerreros moros de muchas leguas á la redonda.

Indignacion de Muley Hacem contra los cristianos.

A pesar de esto no habian presumido la gravedad del peligro, ni la nueva tempestad que se conjuraba. Muley Hacem, que se sostenia en Málaga con las prerogativas de soberano, al ver gi-

rar por el risueño horizonte de la ciudad pardas nubes de humo, elevadas del seno de la Ajarquía, como del foco de un volcan, se sintió arrebatado del mismo furor que le inflamó en la primavera de su vida, y frenético pidió cimitarra y caballo, diciendo que aunque su brazo trémulo con la vejez carecia de pujanza, su corazon no enflaquecia; que aun le quedaba aliento para teñir su acero en sangre cristiana. Su hermano el infante Abdalá el Zagal, los dos Venegas Abul Cacim y Reduan y los demás caballeros que componian la corte del animoso anciano, le calmaron y disuadieron porque le veian agoviado y achacoso, y tenian interés en conservarle como el candidato legítimo y el principal apoyo del partido derrotado en Granada, pero resuelto aun á disputar el poder. Convenido Muley en permanecer al lado de su Zoraya, salieron el Zagal y Reduan Venegas á la cabeza de dos divisiones aguerridas: el infante con la mayor parte de la caballería, rodeó á tomar posiciones en la desembocadura de la Ajarquía hácia el mar, con propósito de acuchillar á cuantos trataran de ponerse en salvo por esta parte; y Reduan con todos los ballesteros, con gruesos pelotones de paisanos armados y con algunos lanceros corrió por el paraje hoy llamado *Cuesta de la Reina*, á caer sobre el enemigo, empeñado segun noticias de sus corredores en mitad de los precipicios inmediatos.

El Zagal y los hermanos Venegas cortan la retirada: 21 de marzo.

En efecto, los cristianos subian por las vertientes de una sierra, interrumpida á trechos por las sinuosidades del Jabonero, riachuelo humilde que dirige su curso al mar y forma hondos barrancos y valles muy tristes. Estaba poco mas de mediado el dia sin que hubiesen adelantado mucho en su fatigosa marcha, cuando vieron des-

Estrago en los cristianos.

plegarse en todas las cumbres fuerzas numerosas, no tumultuarias y de confuso paisanaje como las que les habian atacado en la noche anterior, sino compasadas en sus movimientos y sometidas á las reglas de la disciplina militar. A la vista de esta hueste (era la gente capitaneada por Reduan Venegas) llegó á su colmo la congoja de los cristianos: cada uno atendió á su salvacion sin reconocer bandera. En esto oyose la voz de mando, y cruzó el viento una granizada de dardos, flechas y piedras, con horrible estrago de los confusos enemigos. Los que se esforzaban por huir, caian resbalados en los barrancos; unos aquejados de sed, de hambre y de cansancio, se arrojaban con desesperacion sombría; otros mas tímidos lloraban amargamente, y hasta hubo algunos que enloquecieron.

Muerte de algunos caballeros: salvacion de otros.

Entonces fué cuando el maestre, dirigiéndose á los cruzados de su órden, les dijo: «Muramos «haciendo camino con el corazon, pues no lo po«demos hacer con las armas; subamos esta sier«ra como hombres, y no estemos abarrancados «esperando la muerte y viendo asesinar á nues«tra gente como vil rebaño." Diciendo esto, picó á su caballo y arremetió seguido de un peloton de ginetes y peones. Los moros redoblaron su furia contra esta esforzada hueste y asestaron contra ella reiteradas descargas. El comendador Diego Becerra, alférez de la órden y señor de Torre Mejía, quedó tendido á los primeros pasos; mas arriba murieron Juan de Osorio, Juan de Baeza y muchos criados y parientes del buen maestre; y otros varios que no cubrieron con sus cadáveres la ladera de la sierra, fueron arrebatados por las peñas desprendidas desde la cumbre, y estrellados en el fondo de los precipicios. El maestre llegó á la cima de la monta-

ña, y cargando espada en mano sobre la línea agarena, peleó largo rato cercado por los enemigos: haciendo un esfuerzo vigoroso y derribando lastimados ó muertos á cuantos se oponian á su paso, salió á un llano, tomó delantera, y guiado por algunos almowagares tambien fugitivos, que le prestaron un caballo por haberse rendido el suyo de cansancio, se salió de la Ajarquía.

El marqués de Cádiz, D. Pedro Enriquez, D. Alonso Aguilar, y el conde de Cifuentes, que se habian replegado por consejo de los adalides en busca de la llanura, cayeron en la celada del Zagal, hácia el pueblo de Cútar. Atacados por la caballería trataron de alinear su tropa y de vender caras sus vidas; pero era tan escaso el número de combatientes, y estos se hallaban tan atemorizados y fatigosos, que no hubo medio de resistir. Los que apelaron á la fuga, fenecieron duramente alanceados: D. Diego, D. Lope y D. Beltran Ponce de Leon, hermanos del marqués, D. Lorenzo su sobrino, otros varios parientes y deudos que tuvieron á mengua volver la espalda al enemigo, fueron envueltos y despedazados. Ha quedado tal memoria de la mortandad durante aquella tarde, que se han llamado á las lomas de Cútar *Las Cuestas de la Matanza.* El marqués, considerándose perdido, aprovechó las sombras de la noche, y se salvó por sendas ocultas en compañía de algunos pocos dirigidos por el morisco Luis Amar. D. Alonso Aguilar y D. Pedro Enriquez no pudieron hallar la salida del laberinto en toda la noche, y permanecieron silenciosos con varios amigos entre unos peñascos: desde este abrigo escuchaban los alaridos con que los moros atronaban la montaña en el orgullo del vencimiento, y les veian á merced de la oscuridad pasar muy cerca, ó cargados de botin, ó condu-

ciendo atados á los vencidos, ó tremolando ebrios de placer las banderas apresadas. Al rayar el sol los vencedores se alejaron algun trecho á explorar otros parajes, y D. Alonso y sus compañeros aprovecharon esta oportunidad para escapar y recoger al paso á algunos otros que les habian imitado anonadándose en medio de zarzales y en las hendiduras de las peñas: de este número fué Pedro Valdivia, alcaide de Archidona, uno de de los escaladores de Alhama. El peloton así formado pudo salir de la Ajarquía y llegar á Antequera.

Prision del conde de Cifuentes.

No fué tan afortunado el conde de Cifuentes: aunque procuró seguir los pasos del marqués, no llevaba entre sus adalides ninguno tan práctico como Luis Amar, y esto le impidió burlar los alcances del enemigo. Extraviado en union de su hermano D. Pedro de Silva y de algunos amigos leales trató de sustraerse de la celada del Zagal, y retrocediendo vino á dar en los desfiladeros donde Reduan Venegas tenia apostada su gente. Los moros descendieron de la cumbre á cebarse en los afligidos cristianos, y una cuadrilla cercó al conde con amenazas de muerte. Afirmado este en los estribos y puesto en guardia, se defendia como un bravo leon en medio del cerco con tal serenidad, que sus enemigos giraban en torno amagando, pero sin osar ponerse al alcance de su espada. Informado Reduan Venegas de la valentía y resistencia del cristiano, vino á galope violento, apartó á los de la rueda diciendo: «Esto no es de buenos guerreros," y quedando solo con el conde, se batió con él y le rindió, é impuso pena de muerte al soldado que injuriase al vencido ó que no le prodigase las atenciones recomendadas en las reglas de caballería. D. Pedro de Silva, los alcaides de Moron y Antequera,

Bernardino Manrique, Juan de Robles, Juan de Pineda y Juan de Monsalve se entregaron á discrecion: llegó á tal punto el desaliento de los fugitivos, que habia moro desarmado que prendia cinco y seis cristianos; hasta las moras campesinas salieron y cautivaron á muchos que andaban derramados y atónitos.

Resultados de la jornada.

La pérdida, segun Bernaldez y el diligente Gerónimo Zurita, ascendió á 800 muertos y á 1.500 prisioneros, entre ellos 400 caballeros de linaje. Estos fueron tratados con suma consideracion por el Zagal y Reduan Venegas, y encerrados en el castillo de Gibralfaro para esperar su rescate: los infelices soldados y los mercaderes que habian seguido al ejército creyendo traficar con los despojos de la guerra, fueron atraillados, encerrados en mazmorras ó vendidos como rebaño vil en ferias públicas. Las banderas, los ricos arneses y los caballos de los vencidos se pasearon en triunfo por las calles de Málaga y Granada; y cuando el populacho vió al conde de Cifuentes, asistente de Sevilla, á su hermano D. Pedro y á otros guerreros esclarecidos pasar prisioneros en pos de sus estandartes humillados, prorumpió en gritos de júbilo, cual si este suceso hubiese decidido para siempre la superioridad de sus armas sobre los cristianos. Al contrario en las ciudades y villas de Andalucía, no habia ojos enjutos, segun un cronista; el espanto reinó largo tiempo en la frontera y el luto cubrió las familias mas ilustres; hasta los augustos esposos se metieron desalentados en Madrid con la primera noticia que les fué comunicada por las autoridades de Sevilla. Los pocos que se salvaron volvieron á Antequera: algunos dispersos resultaron al cabo de dias en Alhama y Archidona; y otros vagaron por los montes manteniéndose con yerbas y raices y es-

trecharon al cabo de dias á sus amigos afligidos, que ya habian elevado preces por sus almas[1].

Azares de la guerra.

«La rueda de la fortuna nunca pára ni deja «mucho tiempo en su ser las cosas mundadas; «hoy abate al que mañana ha de ensalzar; pron«to alegra al que ayer entristeció." Tal es el proverbio de un antiguo cronista, al querer consolar á los cristianos por la infausta derrota de la Ajarquía. Su vaticinio cumplióse al pié de la letra. Toda la gloria del vencimiento recayó en Muley Hacem, en el Zagal y en los Venegas. El bando de estos caballeros recobró su prestigio entre el pueblo inconstante, que dispensaba sus simpatías y su ayuda al partido mas afortunado en sus empresas contra las cristianos. Como en Granada no habia memoria de un triunfo tan señalado como el de las lomas de Málaga ni de una humillacion semejante á la sufrida por los señores andaluces, la plebe aplaudia y victoreaba á Muley Hacem y al Zagal, y murmuraba del rey Chico porque se-

Impresion en el ánimo de los moros.

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 60. Galindez, M. S., año 83. Pulgar, p. 3, cap. 19. Mármol, *Rebel.*, lib. 1, cap. 12. Salazar y Castro, *Historia genealógica de la casa de Silva*, libro 3, cap. 14, y en la *Historia de la casa de Lara*, lib. 13, cap. 2. Zurita, lib. 20, cap. 47. Garibay, l b. 18, cap. 24. El conde de Cifuentes y los demás prisioneros de familias ricas fueron tratados con finura y consideraciones por los vencedores. El conde y D. Bernardino Manrique estuvieron algun tiempo en Málaga y fueron conducidos á Granada luego que Muley Hacem recobró su trono. Desde esta corte remitió el mismo conde poder al bachiller Jimenez de Cisneros, célebre despues con el nombre de Cardenal de España y arzobispo de Toledo, para que gobernase su estado durante su cautiverio. Desde su prision mantuvo correspondencia con los amigos y con su familia, como se deduce de una carta de Pulgar: fué rescatado en 1486 por una suma exhorbitante: D. Bernardino lo fué en un millon de maravedís en el mismo año.

pultado en las delicias de la Alhambra no obraba cual á su deber cumplia, participando de las privaciones y gloriosos azares de la guerra[1]. Ofendido Boabdil con estas hablillas y estimulado por la sultana Aixa y por los Abencerrajes, á quienes interesaba desvanecer con alguna hazaña los efectos favorables que el triunfo de la Ajarquía habia producido á los intereses de Muley, resolvió salir á campaña. Con este propósito reunió un ejército de 7.000 infantes y 1.500 caballos, entre los cuales se alistaron varios señores neutrales en la discordia civil, y prontos á seguir las banderas del padre ó del hijo siempre que fuesen desplegadas en expedicion contra los cristianos. En consejo de guerra celebrado en la Alhambra se consideró oportuno entrar por la frontera de Écija y Córdoba, suponiendo que estaba indefénsa la tierra por la pérdida de muchos guerreros en la última correría y que no sería muy difícil saquear villas y ciudades opulentas. **Compromiso de Boabdil.**

Es tradicion que armado Boabdil de fino acero quiso dar el último á Dios á la hija de Aliatar. La tierna Moraima, inundada de lágrimas, no disimuló sus recelos al ver partir para la guerra á su amante esposo. En vano trató este de calmar su melancolía: separado al fin, subió la sensible mora al mirador de las Sultanas, é inmóbil como la imágen del dolor, no apartó su vista del ejército que caminaba por la florida vega, hasta que vió á un ginete cuya cimera sobresalia hermosa y gallarda entre las de todos los caballeros, trasponer por el horizonte lejano. **Sale á campaña: abril.**

No sabia Moraima los siniestros agüeros con **Agüeros.**

---

[1] Zurita, lib. 20, cap. 48.

que se marcaban los primeros pasos de su esposo. Al salir por la puerta de Elvira se espantó su caballo con las aclamaciones del populacho, recejó é hizo astillas la lanza real en una de las esquinas de la puerta. Algunos astrólogos que presenciaron este suceso, se turbaron y se pusieron á estorbarle el paso: Boabdil, desnudando la cimitarra é hiriendo los hijares de la bestia, les ahuyentó colérico, y partió á la cabeza de la primera columna diciendo: «Yo sé desafiar á la «fortuna." Á los pocos pasos ocurrió otro accidente, que se juzgó no menos aciago: al cruzar Boabdil la rambla del Beiro, apareció una zorra de pelo reluciente y poblada cola, y pasó muy cerca de su persona, escapando ilesa de las muchas flechas que emplearon los soldados para matarla. Algunos caudillos principales, aterrados con los dos agüeros, trataron de volverse á la ciudad, diciendo que semejante empresa iba á ser una jornada de perdicion; pero Boabdil, burlándose de estos pronósticos, prosiguió su camino, y pernoctó en Loja[1].

Reunion de Aliatar.

Aliatar, padre de Moraima, reforzó el ejército con parte de la guarnicion de Loja, y salió apercibido de todas armas en un caballo hermosísimo. Pensaban los moros correr con sorpresa de los cristianos los términos de Aguilar, Santaella, Cabra, Montilla y Lucena, y tomar por asalto algunas de estas poblaciones, sin saber que el jóven alcaide de los Donceles D. Diego Fernandez de Córdoba se prevenia para conjurar la tempestad. El buen mancebo invocó el auxilio de su tio

---

1 Mármol, *Rebel.*, lib. 1, cap. 12. Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 36. El P. Ruano, *Histor. de la casa de Cabrera en Córdoba*, lib, 1, cap. 11.

el conde de Cabra y señor de Baena, llamado tambien D. Diego Fernandez de Córdoba; circuló avisos á todos los alcaides de los castillos y poblaciones de la comarca, y pidió socorro á muchos amigos y parientes. Al propio tiempo acopió en Lucena víveres y municiones, distribuyó armas al vecindario, barreó calles, aspilleró casas, dobló caballos de posta en los caminos y diseminó en toda la campiña un enjambre de escuchas y centinelas con encargo de que encendiesen hogueras no bien columbraran á las avanzadas moriscas.

Prevenciones del alcaide de los Donceles.

El incauto rey Chico pasó el Genil, y extendiendo las alas de su ejército por los campos de Aguilar, Montilla, La Rambla y Santaella, robó ganados, apresó familias y abrasó aldeas y caseríos; satisfecho con su presa, y viendo oprimidos á sus soldados con el peso del botin, mandó hacer una conversion hácia los campos de Lucena, para estrechar esta ciudad y multiplicar los despojos con sus riquezas[1].

Excursion de Boabdil.

Al amanecer el dia 20 de abril, los escuchas colocados en las cumbres de Sierra Aras y en los cerros llamados El Mataosos, El Hacho y San

Cerco de Lucena: 20 de abril.

[1] Lopez de Cárdenas, *Memorias de Lucena,* p. 2, cap. 5. Esta obra contiene entre algunas especies curiosas, que hemos aprovechado, muchas y muy graves inexactitudes para cuya rectificacion nos han servido los documentos con que el abad de Rute justifica los hechos de su magnífica *Historia M. S. de la casa de Córdoba,* y otro M. S., que se nos ha remitido de Lucena, titulado: *Tardes divertidas y bien empleadas por dos amigos en tratar de la verdadera historia de su patria Lucena,* por D. Fernando Ramirez de Luque, cura beneficiado de dicha ciudad. El original, que parece autógrafo, se conserva por el P. Alonso Ortiz, carmelita exclaustrado vecino de la misma.

Cristóbal, significaron con sus hogueras que estaba cercano el enemigo. Los vecinos de la ciudad, alarmados con el lúgubre tañido de las campanas á rebato, pusiéronse sobre las armas. El alcaide de los Donceles, aunque esperaba impaciente los refuerzos del conde y del señor de Luque D. Egas Venegas, sin los cuales era muy aventurado oponerse al ímpetu de la muchedumbre infiel, se decidió á resistir y á entretener con la sola gente de Lucena, para ganar tiempo y dar ocasion á que acudieran sus auxiliares. En esto comenzó á desembocar la primera division granadina, mandada por Boabdil mismo, á la cual seguian otras dos capitaneadas por Ahmad el Abencerraje, jefe de esta tribu, y por el viejo é intrépido Aliatar de Loja. Formadas las tropas hácia la calzada y camino de Antequera, embistieron con grandes alaridos, y no hallaron resistencia hasta llegar á las tapias y casas aspilleradas. Recargados aquí los cristianos recibieron á los asaltantes con una descarga espesa de cerbatanas, espingardas y flechas y dejaron el campo sembrado de cadáveres: arremolinados los moros con el diluvio de fuego y fierro que los aniquilaba y aturdidos de ver erizadas de dardos troneras y ventanas, se replegaron con precipitacion. Aun se conservan en la comarca los apellidos y familias de algunos valientes que, segun las memorias históricas, hicieron prodigios de valor en esta defensa: fueron entre otros Fernando de Argote, Juan de Cuenca, Antonio Guerrero, Juan de Aragon, Pedro Merino, Felipe Salido, Bartolomé y Martin Sanchez Hurtado.

Asalto impetuoso.

Considerando los capitanes moros la dificultad de rendir por asalto tan bien defendida plaza, la cercaron por los parajes llamados Prado de los Caballos, Ermita de la O, Pilar de las Almenas y

Preparativos de los moros para reiterarle.

Torre Molinos. En venganza de la gente sacrificada en el asalto, destacó Aliatar varias compañías de taladores á destrozar las olivas, las viñas y las huertas cercanas.

Serenidad y astucia del alcaide de los Donceles.

Boabdil hizo además por consejo de Aliatar y de Ahmad, una intimacion dura al alcaide de los Donceles, amenazando con una entrada á degüello, si no abria las puertas de la ciudad y se fiaba instantáneamente á su clemencia. D. Diego comisionó á Fernando de Argote, que habia sido cautivo en Granada, hablaba correctamente el árabe y era amigo del Abencerraje, para que le hiciera proposiciones cautelosas y diera tiempo á que acudiese el prometido auxilio. En efecto, Argote asomado á una ventana de la muralla (hoy el Postigo Blanco) conferenció con Ahmad, y oyó de parte de Boabdil ofertas de grandes sumas de dinero y de altos honores en su corte, si entregaba la plaza. El cristiano le hizo ver que por sí solo no podia ejecutar esta entrega, que exploraria la voluntad de sus amigos, y que daria con sus opiniones una respuesta categórica. Ilusionados los moros con el resultado de la conferencia se abstuvieron de hostilizar permaneciendo acampados en las mismas posiciones[1].

El alcaide de los Donceles, decidido á imponer respeto á los moros y cerciorado de la proximidad de los auxiliares, dijo á Fernando de Argote que diera al Abencerraje una respuesta al-

[1] El abad de Rute, M. S., lib. 5, cap. 6. Ramirez de Luque, *Tardes divertidas*, M. S., semana 6.ª, tarde 3.ª En el hecho de la conferencia hay diversidad de pareceres: unos afirman que el mismo alcaide habló con el Abencerraje; otros que Argote, lo que parece mas verosímil; unos dicen, que la conferencia fué en el campo; otros, que en un postigo que hoy corresponde al arco de la plaza.

tiva y en la cual revelase la conviccion del triunfo. Cumpliendo Argote con su encargo, respondió al moro: «El eco de las trompetas andaluzas heri«rá pronto tus oidos; con la ayuda de Dios y de «las gentes que esperamos, os haremos levantar el «cerco de Lucena, y sabremos cortar la cabeza «de Boabdil y ponerla como trofeo en los adar«ves." En esto pobló el viento un confuso clamor de cajas de guerra, con el cual creyeron el Abencerraje Ahmad, Boabdil y Aliatar, que venia todo el poder de Andalucía; y no considerando oportuno esperar, ni exponerse á la pérdida de la riqueza apresada, levantaron sus reales, y se dirigieron en lenta retirada por el camino de Iznajar y Loja.

Retirada de los moros. No bien observó el alcaide de los Donceles que los moros se replegaban, arengó al puñado de valientes que le asistian, y les dijo, que aquella era la ocasion de probar la fortaleza de brazos y espíritus, y que seria vergonzoso permanecer inertes en la ciudad sin salir á batirse en campo raso ni á picar la retaguardia enemiga. Con semblante alegre, y esprimiendo sus espadas oyeron esta resolucion los defensores de Lucena, y pidieron que al punto se les condujese á la pelea. Ya estaban reunidos en la plaza para salir al campo, cuando vieron llegar enajenados de júbilo á los atalayas y escuchas, diciendo que relumbraban las armas de los auxiliares por los campos y entre los olivares vecinos.

Auxiliares del alcaide. En efecto, el conde de Cabra traia bajo el estandarte de esta ciudad, por habérsele olvidado con la premura el de su señorío de Baena, la gente belicosa de sus estados; y D. Alonso de Córdoba, señor de Zuheros, avanzaba con un escuadron por el camino de esta villa. El caballero Venegas, señor de Luque, no pudo acudir personal-

mente al socorro por su edad sexagenaria y por la falta total de su vista; pero mandó varias compañías pagadas con buen prest y acaudilladas por el alcaide Lorenzo de Porras y por otros capitanes de confianza. El conde, incorporado con el alcaide de los Donceles antes que los otros dos jefes, aconsejó que se avisase á estos que se emboscaran sin atacar, hasta tanto que sintiesen trabada la batalla. Proponíase aquel experimentado guerrero llamar la atencion del enemigo por diversos puntos, y envolverle con su muchedumbre misma. Seis batidores, despachados para practicar un reconocimiento, volvieron á poco con la noticia de que la infantería mora descansaba en el prado de Aras al pié de una colina, mientras la caballería formada en escuadrones velaba sobre las armas. El conde y el alcaide quisieron cerciorarse por sí mismos y adelantados hasta un cerro, observaron al través de una espesa niebla extendida aquel dia por el horizonte, que los enemigos disponian ya su marcha, y que sus huestes delanteras desfilaban seguidas de un grupo de prisioneros y de un considerable número de ganados y de bestias cargadas de botin. Los dos caudillos pusieron en ordenanza y arengaron á la tropa, previniendo que el ataque fuese emprendido con órden y concierto, que ninguno se desvandase á robar, ni diera grita hasta que prorumpiese en ella el enemigo, para que este no conociese su superioridad. En seguida encomendaron á Lope de Mendoza y á Diego de Cabrera, alcaide de Doña Mencía, dos tercios á pié, pusieron á retaguardia á Pedro Fernandez de la Membrilla, á Diego Clavijo y á Ramiro de Valenzuela con alguna gente de Baena autorizada para matar al cobarde que huyese, y colocados ambos en el centro á la cabeza de la

caballería, dieron el ¡Santiago!, y al toque de degüello, á banderas desplegadas y á carrera tendida arremetieron contra los moros[1].

Ataque. A. 1483: 21 de abril: lunes.

Estos, amilanados con la vista de las banderolas y estandartes cristianos y con la presencia de sus líneas, que avanzaban impávidas, formaron en un llano sus escuadrones para estar á la observacion y proteger la retirada de la infantería que marchaba pausadamente con la cabalgada; mas al ver que los agresores venian ya al alcance, aflojaron riendas y se dispararon impetuosamente á aceptar la batalla. El conde y el alcaide al observar el movimiento de las lanzas agarenas, dieron la voz de alto, y sus soldados obedientes resistieron serenos la furiosa carga y obligaron al enemigo á retroceder con la misma ó mayor celeridad que aquella con que habia acometido. Recobrados los moros reiteraron la embestida con igual brio y con éxito mas infeliz; porque destacados el gobernador de Lucena Fernando de Argote y el de Santaella Luis de Godoy con dos escuadrones á la gineta, rompieron el centro de la fila contraria, la desunieron, y obligaron á los granadinos á combatir en pelotones. El conde, viéndolos desconcertados y revueltos, dió una carga y aumentó la confusion. Boabdil y su suegro Aliatar hacian los mayores esfuerzos para restablecer el órden, y gritaban frenéticos á algunos cobardes: «No huyais; deteneos; sepamos á lo menos quiénes nos acometen.” Los Abencerrajes y algunos otros caballeros pundonoro-

---

[1] Bernaldez, *Histor. de los Rey. Catól.*, M. S., cap. 61, Pulgar, *Crón. de los Rey. Catól.*, p. 3, cap. 20. Salazar de Mendoza, *Crón. del Gran Cardenal*, lib. 1, cap. 54. P. Ruano, *Histor. de la casa de Cabrera*, lib. 4, cap. 9, párr. 3.

sos volvieron por su honra y pelearon con denuedo; pero una gritería espantosa promovida por los infantes que caminaban delanteros con la cabalgada, les amilanó é hizo conocer que no estaba solo en aquel punto el puesto del peligro. La gente del señor de Zuheros y la del de Luque habia salido de unas cañadas, donde estaba oculta, y atravezando por unos encinares habia acometido á la infantería, causando en ella tanto estrago como pavor. Para aumentar la sorpresa, Lorenzo de Porras, alcaide de Luque, se subió á un cerro y comenzó á tocar una trompeta italiana para advertir al conde y al alcaide de los Donceles que sus compañeros estaban ya empeñados en el combate: los clarines de estos dos señores correspondieron con igual música, y los moros amedrentados con los sones diversos y distraidos por flanco y retaguardia, se arremolinaron, y atropellados unos por la caballería, revueltos otros con las recuas y poseidos de terror los mas, dieron á huir torpemente por el campo.

Desbarato de los moros.

Entonces fué cuando los cristianos se précipitaron sobre los fugitivos, cebándose en ellos con implacable saña. Injustamente han agraviado la memoria de Boabdil los escritores que le pintan como pusilánime y flaco de espíritu. Si bien mostróse débil y poco feliz en sus combinaciones políticas con uno de los monarcas mas astutos que han ocupado el solio español, no era por esto irresoluto ni cobarde en el campo de batalla: fué prueba de ello su serenidad en esta desastrosa retirada. Montado á la gineta en un magnífico caballo tordo con ricos jaeces, ceñido de corazas forradas en terciopelo carmesí con clavazon dorada, cubierto con un capacete de acero cincelado y armado de espada y puñal damasquino, de lanza y adarga fuertes, no cesó un punto de pelear al fren-

te de un escuadron de nobles jóvenes de Granada hasta las márgenes del arroyo de Martin Gonzalez[1]. Aquí perdió su caballo muerto de un tiro; y mezclado con los peones en quienes herian las espadas cristianas, trató de arrojarse al agua y pasar á nado. Al llegar á la orilla encontró un parapeto de bestias encalladas en el barro y de soldados que se atropellaban por pasar. Como los lamentos de los maltratados por el enemigo lastimaban sus oidos, como los vencedores venian ya á los alcances y su persona era notable por su traje y apostura, corrió á ocultarse entre las adelfas y zarzales que crecian á las márgenes del arroyo. Martin Hurtado, regidor de Lucena, intrépido caballero que habia gemido cautivo en una mazmorra de Granada y acababa de ser cangeado por el noble moro Mohamad Aben Jabat, descubrió al fugitivo y le acometió con una pica, ignorando que fuese el rey de Granada. Boabdil se puso en guardia con su lanza y trató de evadirse; pero acosado vivamente por el cristiano, se rindió pidiendo por merced que no le matase ni injuriase, porque era persona de muy alto rango, que podia satisfacer crecido rescate. Teniéndole ya vencido Martin Hurtado, llegaron Martin Cornejo, natural de Baena, y otros soldados de las compañías del conde de Cabra, y codiciosos del rescate del gentil moro á quien veian lujosamente vestido y con todas las apariencias de rico señor, quisieron llevarle consigo. Uno de ellos tuvo la audacia de asirle, y Boabdil sintiendo un arrebato noble

Prision de Boabdil: 21 de abril.

---

[1] El abad de Rute describe puntualmente la armadura de Boabdil y añade: «Hoy se guardan y las muestran en S. Gerónimo de Córdoba, entierro de los alcaides de los Donceles.'' *Histor. de la casa de Córdoba,* M. S., lib. 5, cap. 6.

dentro de su pecho, desnudó su puñal y le dejó malparado de una cuchillada. La soldadesca no habria dejado de castigar esta insolencia, si en aquellos momentos no se hubiese trabado en contestaciones acerbas sobre la posesion del cautivo. Hurtado llamó á otra compañía de Lucena, y Cornejo á sus paisanos. Sus voces y amenazas llegaron á oidos del alcaide de los Donceles, que acudió á terminarlas con su autoridad; al presentarse, porfiaba cada una de las dos partes en que respectivamente les pertenecia el moro. Boabdil, ocultando su calidad, se dió á conocer como hijo del caballero Aben Alnayar, y se rindió á discrecion del guerrero cristiano. Este, sin conocerle aun, le trató con mucha cortesía, le ciñó al cuello una banda roja en señal de cautiverio, y ordenando á su criado Juan Bocanegra que le aprestase una cabalgadura le mandó escoltado al castillo de Lucena, diciendo que aquí se averiguaria la calidad del prisionero, y sería entregado á quien le tocase de justicia.

Huida de Aliatar: su muerte por D. Alonso Aguilar.

Los vencedores continuaron viva persecucion de los fugitivos hasta el arroyo y Ponton del Beuder á una legua de Iznajar y campos de Zagra. Aliatar escapó con algunos restos de caballería en busca del Genil, y tomó gran delantera. Su escuadron acababa de arrostrar el ímpetu de las corrientes, y se creia salvado del peligro en la orilla opuesta, cuando columbró entre las enramadas del bosque una banda de caballeros armados de punta en blanco. Apenas estos guerreros avistaron á los moros, calaron viseras, enristraron lanzas, y desgarrando los hijares de sus caballos se precipitaron furiosos al combate. En los ademanes, en el brio, en la firmeza conoció Aliatar al punto al jefe que los acaudillaba. Era D. Alonso Aguilar, que hallándose en Antequera

con algunos de los hidalgos salvados de la matanza de la Ajarquía, habia cruzado á galope por los campos de Archidona é Iznajar, y salido con aviso del alcaide de los Donceles á cortar la retirada á los moros y á vengar la afrenta que pesaba sobre su alma. Estos, aunque desalentados, trabaron con la presencia de Aliatar una lucha sangrienta; el viejo alcaide provocó las iras de D. Alonso Aguilar, y le asestó golpes que la destreza del campeon cristiano hizo infructuosos. «Ríndete", le decia este brindándole con la vida. «Ni á tí, ni á cristiano alguno se rinde Aliatar." No bien oyó esta respuesta D. Alonso, le descargó un tajo diciéndole: «Fenezca de una vez tu vi-«da y tu arrogancia"; y rasgándole la cabeza hasta las sienes, le vió caer sin exhalar quejido en las márgenes del rio. Las ondas del Genil arrebataron su cadáver, que segun Bernaldez no se pudo hallar para darle sepultura. Únicamente se supo, que, no lejos de Benamejí entre unas rocas, habian escupido las aguas un muerto, cuya mano de vigorosa musculatura apretaba un rico alfanje, y que un paisano de nombre Lucas Hurtado habia recogido esta alhaja, regalándola á D. Luis Fernandez Portocarrero, señor de Palma. El cadáver quedó sobre la arena para pasto de las aves de rapiña[1].

Resultados

Así quedó vengada la derrota de la Ajarquía, y

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 61. El P. Ruano, diligente y verídico en historias y genealogías cordobesas dice: «Recibiólas por frente con muchísimo estrago D. Alonso Fernandez de Córdoba, señor del estado de Aguilar, que venia á la batalla con la caballería y gentes de Antequera, matando por su persona á lanzadas al grande alcaide de Loja Hali Hatar, señor de Zagra, capitan general de todo el reino de Granada, suegro del rey prisionero, cuya lanza era temida en la fron-

la humillacion que en sus ásperos montes sufrieron las armas castellanas. La batalla de Lucena, llamada tambien la de Martin Gonzalez, y la de la prision del rey Chico, costó á los moros una pérdida de 5.000 hombres, entre los cuales contábanse Aliatar, el mejor general del reino, el mayordomo de casa real, el alguacil mayor y muchos jóvenes ricos é ilustres de Granada. Cayeron en poder de los vencedores 22 estandartes, ricas tiendas de campaña, las bandas de tambores y añafiles, todo el botin, 1C caballos y 900 acémilas. El conde y el alcaide pernoctaron con su gente en el lugar de la batalla para mostrarse, segun las reglas de caballería, señores del campo y de todo punto vencedores. El ayuntamiento de Lucena instituyó una fiesta religiosa en recuerdo de esta victoria, y el de Baena celebraba una procesion el dia de San Jorge 23 de abril en memoria de haber entrado en la poblacion las banderas apresadas. de la batalla.

Al siguiente dia suscitóse en las calles de Lucena una grave contienda entre los de esta ciudad y los de Baena, atribuyéndose unos y otros, como sucedió en el campo de batalla, la gloria y el premio del cautiverio del caballero moro. Recurrieron ambas partes á sus jefes, y entonces el conde y el alcaide acordaron que el mismo preso dirimiese la discordia. Boabdil, no reconocido aun, fué consultado con toda urbanidad, para que dijese si se prestaba á reconocer al sugeto que le habia preso; y habiendo respondido afirmativamente, presentáronse los competidores de Baena

Contienda y medio ingenioso con que fué dirimida: 22 de abril: martes.

---

tera, aunque ya tenia ochenta años de edad.'' Otros a utores de menos crédito aseguran que Aliatar murió al pié de una encina acuchillado por un paisano.

y preguntaron si eran ellos sus aprehensores. Boabdil no despegó sus labios, pero moviendo la cabeza con signo negativo les contradijo con expresion inequívoca. Entró en seguida el regidor Martin Hurtado, en compañía de algunas señoras estimuladas por la femenil curiosidad de conocer al apuesto mancebo, con cuya vista se levantó el moro de sus almohadones, y abrazándole manifestó haber sido este quien ejecutó su prision: tal resultado impuso silencio á los de Baena[1]. Boabdil quedó en la misma torre del Homenaje, como prisionero de Lucena, bajo la vigilancia de Alonso de Rueda, escudero del alcaide de los Donceles.

---

[1] Para justificar este hecho, obra una informacion de testigos practicada en 20 de octubre de 1520 ante Jorge de Angulo, justicia mayor de la fortaleza de Lucena, y autorizada por el escribano Alonso Perez Mercado, á instancia de Bartolomé Hurtado, hijo de Martin, á quien quiso disputarse la honra del cautiverio de Boabdil: entre otras personas declara D.ª Leonor Hernandez, esposa de D. Alonso Cortés y dama de la Sra. D.ª Leonor Arellano, madre del alcaide de los Donceles, y dice: «Que otro dia despues de preso dicho rey, que vido esta testigo juntarse el conde de Cabra y su señor el marqués y ante muchas personas que allí estaban; y que sus señorías le preguntaron al rey de Granada, que cuál de los que allí estaban le habia preso, y que el rey respondió que Martin Hurtado que estaba allí presente; y que esto vido esta testigo porque se halló en todo lo susodicho.'' Tal es una de las declaraciones: debemos observar que D.ª Leonor llama marqués al alcaide y rey á Boabdil, porque declara en tiempo en que el primero habia obtenido el título de marqués de Comares y ya se habia descubierto que el cautivo era Boabdil: el dia en que se le preguntó quién le habia preso, aun no estaba descubierta su gerarquía.

Existen además otros documentos de cuya importancia y curiosidad debemos hacer mérito. Tal es una *Historia* manuscrita de la batalla, compuesta por un anónimo: es papel entretenido que circula entre algunos literatos cordobeses.

Tambien es notable un papel M. S., que se conserva hoy en el archivo de la casa de Medinaceli, en el cual aparece la

El conde de Cabra y el alcaide de los Donceles no descubrieron hasta el jueves 24 de abril que el cautivo que se habia dado á conocer como un caballero de los Alnayares era nada menos que el rey Chico. Unos granadinos escondidos entre jarales, descubiertos y cautivados, viéronle por casualidad prisionero y despojado de sus reales vestiduras, y fueron tan expresivas sus demostraciones de sentimiento, que postrándose ante su persona comenzaron á llorar con sumo desconsuelo nombrándole su rey y señor. Boabdil quiso en un principio negar y seguir disimulando; pero al fin tuvo que descubrise. El alcaide de los Donceles escribió la noticia á su tio el conde que acababa de regresar á Baena y le hizo volver á Lucena. Subieron ambos al castillo para cerciorarse si el noble cautivo estaba alojado dignamente y prestarle todas las atenciones y consuelos posibles en su adversa situa-

El alcaide de los Donceles y el conde de Cabra visitan y consuelan á Boabdil: 24 de abril: jueves.

cuenta que Diego Ruiz, tesorero del alcaide de los Donceles, presentó de los maravedises gastados por su señor en el rebato y prendimiento del rey Chico desde el dia siguiente de la batalla 22 de abril; y otro papel que es el poder otorgado por el alcaide y el conde á Pedro Fernandez de la Membrilla y á Cristóbal de Mesa, para que repartiesen el despojo. Una de las partidas dice: «Que di á Pedro Puertollano y á unos hombres de la Rambla que venian con él el dia del desbarato mil maravedis, por mandado del alcaide mi señor, porque le dieron á su merced un pendon del rey de Granada.'' En el mismo documento se hace relacion de los heridos á quienes gratificó el generoso alcaide.

Tambien son curiosos otros dos papeles; el uno de la almoneda hecha en Lucena el dia 23 de abril con los caballos y acémilas que apresaron; y el otro de la lista de los caballeros y peones que asistieron al combate; y á los cuales, segun el tesorero Ruiz, «Su merced (el alcaide) les mandó dar á los ginetes cuatro fanegas de trigo y una lanza, y á los peones dos fanegas de trigo y una lanza.''

cion. Halláronle muy abatido, y entonces el conde le dijo con suma dulzura que considerase como hombre discreto la instabilidad y el rápido curso de las cosas humanas; que así como desaparece la prosperidad, no hay quebranto por acerbo que sea que no tenga mudanza. Mitigando su dolor con estas palabras, y guardándole las consideraciones de rey, le dejaron entregarse al reposo en la torre del Homenaje[1].

Afliccion en el reino de Granada.

Horas despues de esta derrota entró por las calles de Loja un moro jóven hiriendo los hijares de un caballo fatigado y cubierto de espuma y de polvo. El noble animal se postró rendido y su ginete que era Cid Caleb, sobrino del gran alfakí del Albaicin, pidió con impaciencia otro caballo que le condujese velozmente á Granada. El paisanaje curioso le exigio noticias del rey y de Aliatar, y Cid Caleb señalando tristemente á la frontera, dijo: «Allí quedan, que el cielo cayó sobre «ellos, y todos son perdidos ó muertos[2].» Cundió la noticia de boca en boca, y los hombres prorumpieron en tristes exclamaciones, y las mujeres de la ciudad que habian visto partir á sus esposos y amantes para la campaña y los esperaban vencedores, poblaron el viento con sus gemi-

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 20. Hemos ajustado nuestra narracion á la ya citada *Historia M. S.* del abad de Rute D. Francisco Fernandez de Córdoba: el cual prueba con documentos irrecusables sacados de los archivos de su misma familia (era descendiente de los condes de Cabra), los pormenores de la batalla, y rectifica las inexactitudes en que nuestros cronistas, incluso el puntual Zurita, han incurrido sobre la novelesca y famosa prision de Boabdil. El dia fué á no dudarlo el 21 de abril; y no el 23 como suponen Lopez de Cárdenas y otros escritores.

[2] Bernaldez, M. S., cap. 61.

dos. El jóven, acomodado en otro caballo, partió á galope, desmontó en la puerta de la Alhambra, y pasó á revelar á Aixa y á Morayma la triste nueva. Aixa oyó transida de dolor, pero con ojo enjuto, la narracion de Cid Caleb; no así Morayma, que corrió como loca los aposentos del palacio, lamentando la pérdida de su padre y de su esposo, á quien tambien creia muerto, y quejándose del hado fatal que marchitaba sus ilusiones y heria su corazon con tan acerba desventura. Voló luego por todas partes la fama del infausto suceso, y segun un cronista moro, Granada toda se llenó de luto y confusion; en una casa lloraban al padre, en otras al hermano, en esta á los hijos, en aquella al esposo ó al amante.

Desconsuelo de Morayma.

Segun las primeras noticias que circularon en Granada, Boabdil habia muerto con heroismo; mas luego se supo, que vivia cautivo en un castillo cristiano. En cualquiera de estos casos el partido que le habia ensalzado carecia de fuerza, de prestigio y de bandera para luchar con el de Muley. Así no bien supo este los resultados de la jornada, presentóse en la Alhambra, se restableció en ella sin oposicion, y depuso é hizo prestar obediencia á muchos alcaides inobedientes y hostiles. Solo Aixa, la inflexible sultana, osó provocar la cólera del viejo rey, retirándose con sus tesoros, con sus doncellas y esclavos al palacio del Albaicin, y diciendo que su dignidad de reina legítima no le permitia vivir bajo el mismo techo que abrigaba á un esposo ingrato y á la aborrecible renegada.

Recobra Muley el trono: inflexibilidad de Aixa. Mayo.

Entretanto permanecia Boabdil en el castillo de Lucena, tratado con finas consideraciones y visitado frecuentemente por el caballeresco alcaide de los Donceles; pero ni estos miramientos, ni las cartas de los reyes Católicos, que le ani-

Situacion triste de Boabdil.

maban con palabras benignas y lisonjeras, mitigaban su quebranto. La habitacion, aunque ricamente amueblada, no relumbraba con el oro, el nácar y el alabastro de la Alhambra. El cielo que descubria desde las ventanas del torreon no era tan azul ni tan claro como el que cubre la vega regada por el Genil; los dias se le hacian eternos entre cuatro paredes, y aquí no le era dado escuchar el dulce acento de su Morayma.

Es conducido á Córdoba y despues á Porcuna.

El rey Fernando, que con noticia de esta victoria habia corrido desde Castilla á Córdoba, mandó que el noble cautivo fuese trasladado á esta ciudad. El alcaide de los Donceles notificó á Boabdil el mandato, y ordenando que todos los hidalgos de Lucena y de sus estados acudiesen de gala para escoltarle, partió en compañía de su prisionero para la capital[1]. Los caballeros y las autoridades de Córdoba salieron de ceremonia á los Visos á recibir con la debida honra al alto personaje, y caminaron entre las oleadas de la muchedumbre con especial cuidado de que ningun villano profiriese insultos ni hiciera demostraciones que recordaran á Boabdil su humillacion. Con estas procauciones el nieto de Alhamar entró en la corte de los Abderramenes, y fué alojado por D. Enrique Enriquez y D. Rodrigo de Ulloa, mayordomo el uno y contador el otro de la casa del rey: á los pocos dias fué trasladado con igual respeto á la fortaleza de Porcuna, bajo la vigilancia de su alcaide Martin Alarcon.

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 36. La partida 12 de la cuenta del tesorero Ruiz consta así: « Que dí á Alonso de Rueda por mandado del alcaide mi señor, para cuando fué á llevar al rey moro á Córdoba 27.000 maravedís, de lo cual tengo conocimiento (hoy recibo).

Aquí recibió Boabdil cartas consolatorias de su familia é instrucciones de su madre Aixa: recomendábale ésta resignacion y prudencia, y le hacia prevenciones sagaces sobre la conducta que debia observar con los reyes Católicos, á quienes la astuta sultana llamaba grandes y magnánimos: «Que el temor, decia Aixa á su hijo, «no oprima tu corazon ni aflija tu semblante, pa«ra que así conozcan los poderosos príncipes de «Castilla y Aragon que nunca has dudado de su «magnanimidad: diles que ha tiempo que pensabas «ponerte bajo su proteccion y recibir de sus ma«nos el cetro de Granada, como Jusef, tu abuelo, «de las de D. Juan II padre de la augusta D.ª «Isabel.” Cartas de Aixa á su hijo.

La incomparable mora despachó al propio tiempo al rey Fernando, que estaba ya en Córdoba, una comision de magnates granadinos, para que propusiesen las condiciones de la libertad de Boabdil, y pidieran favor contra el partido de Muley Hacem y del Zagal, fomentado por los príncipes Alnayares de Almería y por los dos generales Venegas. Componian la embajada los caballeros Aben Comixa, Muley, alférez del pendon real, Ali Macer, Mahomad el Jebis, Mahomad Lentin y Aben Saad[1]. Estos, prevenidos con po- Proposiciones de Aixa y de Muley á los reyes Católicos.

---

[1] Pulgar el Guerrero ó el de las Hazañas, *Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, pág. 176, edic. del Sr. Martinez de la Rosa. Este Pulgar, diverso del cronista con quien le han confundido Argote de Molina y otros escritores, escribió una historia de Gonzalo de Córdoba su amigo y compañero de armas, de la cual hay una edicion y rara, y otra con que el Sr. Martinez ha ilustrado la vida de su autor. Siempre que citemos á Pulgar sin epiteto deberá entenderse el Cronista.

der de la sultana y de todos los grandes afiliados á su partido, pidieron al rey la libertad del príncipe, ofreciendo vasallaje á la corona de Castilla, un tributo anual del 12 doblas zahenes, la entrega de 70 prisioneros cada año, por espacio de cinco; una suma considerable por su rescate, la libertad inmediata de cuantos cautivos cristianos hubiese en las ciudades y villas que estaban á su obediencia, su presentacion en las cortes cuando fuese llamado, y por último, en seguridad de esta promesa, daria en rehenes á su hijo único y á doce jóvenes de las casas mas ilustres de Granada.

Otros embajadores, y entre ellos un opulento comerciante genovés, establecido en la Alcaicería llamado Federico Centurion, fueron despachados por Muley ofreciendo la libertad del conde de Cifuentes y de otros nueve prisioneros distinguidos, si les entregaban muerto ó vivo á Boabdil; mas esta proposicion fué rechazada como repugnante y odiosa[1].

Correría por la vega de Granada. A. 1483 de J. C. junio.

El rey, bajo pretexto de que su esposa estaba ausente y de que no le era lícito obrar sin acuerdo suyo, aplazó la respuesta y dispuso entretanto talar la vega de Granada é incendiar sus mieses ya maduras. Fernando calculó que las discordias de los moros adquiririan mayor intensidad con una incursion devastadora, y trató de evitar con ella que entrojasen los labradores sus cosechas y que los alcaides almacenasen en la corte y en sus castillos provisiones de grano que les permitieran prolongar la resistencia. Además de las legiones castellanas acaudilladas por los nobles, vinieron al servicio de la guerra tercios de suizos.

[1] Zurita, lib. 20, cap. 51.

El ejército reunido en Almodovar, siguió los mismos pasos que el de D. Juan II, cuando acompañado de D. Álvaro de Luna provocó y abatió el orgullo del rey Izquierdo. Componíase de 10.000 caballos á la guisa y á la gineta, de 20.000 peones de pelea, y de otros 30.000 pertrechados de hoces, sierras y segures y dispuestos solamente para talar. Entraron los cristianos por Íllora asolando montes, sementeras y caseríos: D. Alonso Aguilar y el conde de Cabra se corrieron con 2.000 caballos, y 10.000 taladores á los campos de Monte Frio, y destruyeron las huertas, viñas y sembrados de su circuito; destrozada esta comarca, descendió el rey con todas sus tropas por las vertientes de Parapanda á la vega de Granada, abrasó cuanto halló al paso, se vino en derechura á Tajarja ó Tajara, fortaleza intermedia de Granada y Alhama, desde la cual la guarnicion de esta ciudad se veia constantemente bloqueada. Habia en el pueblo una compañía de moros intrépidos, sin mas ejercicio que la guerra, ni mas sueldo que el merodeo y el pillaje: parapetados estos valientes en las casas aspilleradas rechazaron la embestida primera del ejército cristiano; pero acometidos luego por una compañía á las órdenes de Gonzalo de Córdoba, defendieron el terreno á palmos, incendiaron las casas en el momento de abandonarlas y se retrajeron por último al castillo. Decian algunos capitanes, que no era posible batirle sin lombardas gruesas; otros aconsejaron que se minase el muro y que se aproximasen los picadores con blindajes y bancos pinjados. El rey se decidió por ambas facciones: mandó al marqués de Cádiz, á D. Alonso Aguilar y al maestro de Santiago que atacasen de frente, mientras el duque de Nájera y D. Luis Fernandez Portocarrero llamaban la

Ataque y rendicion de Tajarja.

atencion de los cercados por la espalda. La gente del duque del Infantado, á las órdenes del capitan D. Fernando de Velasco, se encargó de combatir una de las torres que estaban á la puerta de la fortaleza, y Gonzalo Fernandez de Córdoba aceptó la peligrosa comision de arrimar los bancos pinjados al pié de muro. Comenzado el ataque hicieron los moros del castillo una defensa tenaz lanzando piedras, tiros de pólvora y saetas envenenadas; hirieron en una de sus descargas al mayordomo mayor D. Enrique Enriquez, y dejaron tendidos sobre el polvo á muchos hidalgos. Gonzalo de Córdoba estuvo á punto de perecer, porque los moros abrasaron con pellas bañadas en alquitran y en pez los maderos, bajo los cuales su gente minaba el muro, dejaron su persona en descubierto, y le hicieron abandonar la maniobra. Anocheció sin que los cristianos hubieran adelantado en su faena; mas no bien hubo amanecido, reiteraron el ataque con nuevos brios, y entrando por asalto en la fortaleza pusieron término al combate y á la libertad de los cercados. El rey mandó desmantelar los muros y asolar la villa, y pasó con todo el ejército á Alhama, para que los soldados restaurasen sus fuerzas quebrantadas con la calor y las fatigas de los dias anteriores y fuese curado D. Enrique Enriquez. Así verificado, renovó el rey la guarnicion, dando el gobierno de ella á D. Íñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, dejó un surtido abundante de víveres, y salió para hacer nuevas jornadas en la vega. El primer dia sentáronse los reales en las márgenes del rio Cacin, al siguiente en la Malá, en cuyos contornos fueron derribadas y quemadas trescientas torres y alquerías, despues en Alhendin, donde quedaron talados olivares frondosísimos é incendiadas muchas mie-

Peligro de Gonzalo de Córdoba.

El conde de Tendilla, gobernador de Alhama.

ses en pié y otras emparvadas. Cundió la devastacion hasta Huéjar, y satisfecho el rey con el daño causado al enemigo, se retiró á Córdoba; aquí repartió el sueldo á los soldados y los jornales á los taladores, y les mandó retirarse á sus hogares hasta nueva órden[1].

Consejo real sobre la libertad de Boabdil: julio.

Ejecutada felizmente la tala de la vega trató el rey en Córdoba de fijar definitivamente la suerte de Boabdil y sometió á las deliberaciones de una discreta asamblea las proposiciones de su rescate. Asistieron á ella D. Alonso de Cárdenas, maestre de Santiago, D. Garci Lopez de Padilla, de Calatrava, el duque de Alburquerque, el de Nájera, los condes de Cabra, de Belalcazar y de la Coruña, los marqueses de Cádiz y de Villena, D. Alonso Aguilar, D. Rodrigo de Ulloa y otros caballeros, doctores, prelados capitanes y alcaides de frontera.

El maestre de Santiago habló primero, y dijo: que debia rechazarse toda transaccion con los infieles; que las armas de Castilla y Aragon eran sobradamente poderosas para subyugar á los moros y expulsarlos de los dominios españoles; que no debian SS. AA. recibir de otro lo que podian tomar por sí; y que por lo tanto no opinaba por la libertad del cautivo. Aplaudieron los partidarios del maestre, y el rey imponiéndoles silencio, quiso oir á los de opinion contraria: sabiendo que era de este número el marqués de Cádiz, le exhortó á que dijese su parecer. Reducíase este á que el rey Chico fuese restituido á sus dominios,

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 53. Pulgar el de las Hazañas, *Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, pág. 146. Pulgar el Cronista, *Crón. de los rey. Catól.*, p. 3, cap. 22.

para que atizando la guerra civil en Granada, debilitando á sus partidarios y desuniéndolos, acelerase el triunfo cristiano, que de otra suerte sería, si no imposible, sangriento y porfiado. El gran cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza apoyó esta proposicion, y el rey, previo consejo de su esposa, se conformó en parte con el mismo parecer. Hizo entender á los embajadores de la sultana Aixa, que condescendia en la libertad de Boabdil con las condiciones siguientes: 1.ª habia de declararse vasallo fiel: 2.ª dar libertad á 400 cautivos, de los cuales D. Fernando y D.ª Isabel habian de designar 300: 3.ª pagar un tributo anual del 12.000 doblas zahenes (cerca de catorce mil ducados); y 4.ª mandar que todas las villas y fortalezas declaradas en su favor, diesen paso y raciones á los ejércitos cristianos cuando entrasen á hacer la guerra á Muley y al Zagal. Los soberanos ofrecian treguas por dos años para el príncipe y para todos los lugares que le eran favorables, cuyo término correria desde 30 dias despues de estar libre en su reino. Los emisarios granadinos partieron á Porcuna, é hicieron presentes á Boabdil estas condiciones: aceptólas sin vacilar y solo añadió nueva cláusula, que los reyes se apresuraron á concederle: una órden para que los marinos del Mediterráneo dejasen pasar libremente á su amigo Mohamad el Abencerraje que se habia refugiado á Fez huyendo de las acechanzas de sus rivales en Granada[1].

Condiciones de su rescate.

Celebrado el contrato obtuvo el moro libertad, y partió á Córdoba á rendir homenaje á Fernan-

[1] Pulgar, p. 3, cap. 23. Salazar de Mendoza, *Crón. del Gran Cardenal,* lib. 1, cap. 54. Zurita, lib. 20, cap 51.

do. En la duda del ceremonial con que el esposo de Isabel debia aceptar la visita del cautivo, decidieron los cortesanos que le diera á besar la mano como á otro cualquier vasallo. «Diérasela «por cierto, respondió el monarca, si estuviera «libre en su reino; e no se la daré, porque está «preso en el mio." Conocida la voluntad del rey, no se volvió á hablar de la materia.

El cautivo es presentado á Fernando: agosto.

Boabdil entró en Córdoba acompañado de todos los duques, condes, marqueses y caballeros que estaban en la corte, y asistido por los magnates moros que habian intervenido en las negociaciones. Recibido en palacio con rigorosa etiqueta, llegó á presencia del rey, é inclinando la rodilla pidió con muy finos modales qne le diera á besar la mano como el señor á su súbdito y como el autor de la libertad á su cautivo. Fernando no consintió esta humillacion, y á pesar de las instancias del moro le levantó del suelo cariñosamente. Entonces un trujaman comenzó á pronunciar en nombre de Boabdil un elogio de Fernando, ponderando su magnanimidad y dándole las mas expresivas gracias; pero el rey, no sufriendo alabanzas en su presencia, interrumpió al intérprete y dijo: «Non es necesaria esta gra«tificacion: yo espero en su bondad que fará to«do aquello que buen home e buen rey debe fa«cer"[1]. Concluidas las negociaciones y ceremonias pasó á Córdoba un caballero Abencerraje, llevando con espléndida comitiva al tierno hijo de Boabdil y de Morayma y á otros jóvenes nobles que debian quedar en rehenes para seguri-

31 de agosto.

[1]Palabras literales que inserta Pulgar el Cronista, p. 3 cap. 24.

dad de las condiciones estipuladas. El infeliz padre tuvo la amargura de separarse de su inocente hijo, y partió para la frontera escoltado por una guardia de caballeros y donceles cristianos. El rey Fernando, que habia salido dias antes para Vitoria donde se hallaba la reina, previno que en los pueblos del tránsito se rindiesen al príncipe moro los honores correspondientes á las testas coronadas.

Llega Boabdil á la frontera de su reino: setiembre.

Boabdil prosiguió su camino y halló en la frontera caballeros de su partido y pajes y esclavos enviados secretamente por Aixa, para constituir su servidumbre. Los homenajes anticipados y la benevolencia de los amigos aliviaron por un instante las amarguras que los sucesos anteriores habian engendrado en su corazon. Pronto renació su melancolía: los leales partidarios pintáronle la situacion de su bando con negro colorido. «Muchos de vuestros servidores, le dijeron, duer«men sepultados en los campos de Lucena: la «faccion de Muley ha logrado una copia del con«venio de Porcuna y la ha circulado por todas «las ciudades del reino, con una proclama en «que califica de cobarde y traicionera vuestra «conducta. Esto ha malquistado á muchos pue«blos comprometidos en un principio á favor «vuestro. La sultana Aixa es la única que no des«maya; y ya derramando el oro, ya halagando la «ambicion de unos ó excitando los rencores de «otros, mantiene en el palacio del Albaicin el nú«cleo de nuestro bando."

Su decision.

Á pesar de estas amonestaciones Boabdil se decidió á partir inmediatamente para Granada. En vano le manifestaron sus cortesanos lo aventurado de este paso, por la vigilancia de los agentes de su viejo padre, y por el peligro de tropezar con alguna de las muchas rondas y patrullas

volantes que velaban en las puertas de la ciudad y circulaban noche y dia en torno de la muralla. La impaciencia por estrechar entre sus brazos á una madre heróica y á una dulce esposa y el ansia de ver tremolado su pendon en los torreones de la puerta Monaita le hicieron arrostrar todos los inconvenientes.

Aun faltaban algunas horas para el dia, cuando Boabdil llegó sin obstáculo al pié de los muros del Albaicin, y entrando por el postigo de un huerto cruzó las calles silenciosas y recibió en sus brazos á la severa Aixa y á la afligida Morayma. Renovó ésta sus lágrimas, hizo reiteradas preguntas sobre su hijo y sobre el carácter de los caballeros que le custodiaban, y no calmó su inquietud hasta que su esposo la hubo asegurado que era servido con la mayor dulzura. Aixa convocó prontamente á sus parciales, y les notificó que se apercibiesen para tremolar el pendon de guerra, para correr á la Alhambra y prender al viejo adormecido en los brazos de la cristiana. **Se introduce en el Albaicin.**

En efecto, Muley despertó á poco con el estruendo de los atabales, con los gritos y aclamaciones que resonaban en el barrio turbulento. El vicir llegó luego despavorido anunciando que Boabdil habia entrado en la ciudad con los Abencerrajes y estaba apoderado de la Alcazaba. El rey viejo llamó inmediatamente á sus capitanes, puso sus guardias sobre las armas y reunió á todos los caballeros de su partido. **Alboroto.**

No bien amaneció presenciaron los granadinos una de aquellas escenas lamentables de que hay no pocos ejemplos en la historia de las guerras civiles. La plaza Nueva, la de Bib-Rambla, las calles del Albaicin se convirtieron en campos de batalla. Arrebatadas de furor insano las cuadrillas de Abencerrajes y Zegríes, de Mazas y Almora- **Ataques horribles.**

dies, de Gomeres y Gazules y de otras tribus y familias, se lanzaban al son de cajas de guerra y entre amenazas é insultos á tenaces combates al arma blanca. Montones de cadáveres y arroyos de sangre señalaban los parajes donde los bandos enemigos habian esgrimido sus espadas. Las tiendas del Zacatin y de la Alcaicería y las puertas de las casas estuvieron cerradas, y todas las negociaciones se suspendieron en aquel dia.

Actividad de Abul Cacim Venegas.

Abul Cacim Venegas salió de su palacio (conservado aun en la calle de la Cárcel Baja) y poniéndose al frente de la guardia africana, desalojó á los partidarios de Boabdil del centro de la poblacion y les obligó á replegarse á la Alcazaba. Atrincherados estos en las calles, que además de angostas y tortuosas estaban barreadas con muebles y maderos, y encerrados en las casas, rechazaron las embestidas de los soldados de Muley y pelearon ventajosamente desde ajimeces y troneras. Muchos nobles guerreros que habian lidiado en cien batallas contra cristianos, recibieron oscura muerte en estas malhadadas refriegas. Duró la contienda todo el dia sin notable ventaja de ninguno de los bandos, aunque sí con derramamiento de la sangre mas pura de Granada; sobrevino la noche, y si bien puso treguas á tantos horrores, preparábanse los parciales para reiterar el combate al siguiente dia[1].

Angustiosa noche para Muley.

Muley Hacem velaba en los salones de la Alhambra rodeado de los grandes y capitanes de su partido que habian escapado ilesos en aquel dia, y mostraba afliccion muy profunda con tan crueles

---

[1] Conde, *Domin.*, p. 4, cap. 37. Pulgar el de las Hazañas, *Breve parte* &c. pág. 178.

convulsiones. Zoraya, retirada en su habitacion, se deshacia en lágrimas, sin que los consuelos de sus dos hijos Cad y Nazar bastasen á calmar su dolor. «Qué importa, decia á los infantes, que vues«tro padre se llame rey de Granada, si su trono «ha de estar asentado sobre montones de cadáve«res? Ojalá abandonase las inquietudes de su tro«no, que fluctúa como nave en mar alborotado, y «se decidiese á pasar tranquilo los últimos años de «su vejez en algun paraje solitario, asilo de la paz «y de la inocencia!" La misma Zoraya estimuló á su hijo mayor para que aconsejase á Muley este pensamiento. Cuando el tierno príncipe fué á trasmitir al viejo monarca el consejo de la madre, ya amanecia, y el estruendo de los tambores y trompetas anunciaba á los infelices ciudadanos segunda jornada de calamidades. No es posible calcular la duracion de estas escenas exterminadoras, si los alfakis, ancianos y labradores respetables no hubiesen intercedido celebrando un armisticio, durante el cual Boabdil pasaria á establecerse en Almería con el aparato de corte. Aceptó la poposicion el rey Chico y salió para sus nuevos dominios en compañía de sus secuaces, de su hermano Abul Haxig y de su madre Aixa.

Consejos de su esposa Zoraya.

Armisticio.

La inconstancia del pueblo, el número de partidarios que conservaba Boabdil y sobre todo la parcialidad Abencerraje, inspiraban á Muley y á los caballeros de su bando vivas inquietudes. Ya habian conocido estos los cambios favorables que causaba en el ánimo de la plebe una correría feliz en tierra de cristianos, y la fortaleza que una victoria prestaba al trono. Muley, que conservaba ardientes amigos en Málaga y Ronda, se decidió á lanzar por las fértilos campiñas de la tierra baja las legiones duras y bizarras de ambas

Proyecta Muley una correría. Setiembre.

comarcas, con tantas mayores probabilidades de buen éxito, cuanto que el rey Fernando y muchos caballeros residian distraidos con asuntos de gobierno en las provincias Vascongadas. Juzgando propicia la ocasion, fueron comunicadas órdenes á los caudillos de las dos ciudades.

Encarga su direccion á los alcaides de Málaga y Ronda.

Gobernaba á la sazon en Málaga Bejir, general veterano, amigo y compañero de armas del malogrado Aliatar, y uno de los mas tenaces perseguidores de los cristianos en la derrota de la Ajarquia [1]. Sus soldados, ufanos con este triunfo, se creian invencibles, y muchos de ellos montaban los caballos y ceñian las espadas de los hidalgos muertos ó cautivos en aquella expedicion infausta. Gobernador de Ronda era Hamet el Zegrí, jefe de la tribu de este nombre, y el mas intrépido de su linaje; además de sus parientes tenia á su devocion una cohorte de Gomeres, moros feroces naturales de la sierra de este nombre en África, sin mas placer ni otro ejercicio que la guerra. Endurecidos desde niños en la vida del desierto, eran frugales, firmes y duros ginetes. Su táctica para pelear se asemejaba á la de los Númidas sus abuelos; disparados en veloz carrera lanzaban flechas, huian al parecer, revolvian y fatigaban y rendian al enemigo con sus escaramuzas incesantes. Sus caballos casi indómitos, nutridos en las viciosas praderas de Berbería, saltaban perapetos y fosos y ejecutaban prodigiosas marchas lo mismo por llanos que por montañas. Cumpliendo las órdenes del gobierno de Granada, reuniéronse en Ronda 4© infantes y 1.500 caballos de todos los pueblos de la provincia de

---

[1] Zurita: lib. 20, cap. 51.

Málaga. Los alcaides de los pueblos conducian sus respectivas cuadrillas, entre las cuales se distinguian por su aire sombrío y por ademanes que revelaban instintos de rapacidad, las de los lugares de la costa y las de la Serranía. Proponíanse Bejir y Hamet el Zegrí caer de improviso sobre las feraces campiñas del reino de Sevilla, hacer una cabalgada numerosa y volverse á sus riscos antes que se apercibiesen los adalides cristianos. **Proyectos.**

No sabian los astutos caudillos que el terreno estaba minado: seis almowagares enemigos, guerrilleros de oficio, que medraban como las aves de rapiña haciendo presas de ganados y cautivos en tierra de moros, estaban por casualidad al acecho en un bosque de las vertientes de la Serranía, y vieron desprenderse de la montaña la columna invasora. Inmóviles en medio de la breña observaron las fuerzas, banderas y direccion de los infieles, y separados luego por sendas excusadas corrieron á Utrera, á Jerez y á otros lugares inmediatos dando aviso[1]. D. Luis Fernandez Portocarrero armó á todos sus criados y donceles, y convocó en breves horas á los alcaides de Moron, de Osuna y de otros castillos y fortalezas, á Hernan Carrillo, capitan de una compañía de las hermandades, y á varios caballeros de Alcántara: el marqués de Cádiz hizo iguales prevenciones en Jerez. **Observaciones y avisos de seis almowagares.** **Preparativos de defensa de los cristianos.**

Los moros no bien pisaron la llanura formaron con su hueste tres divisiones: una, compuesta de toda la gente visoña y montada en caballos endebles, quedó á la falda misma de la sierra para asegurar la retirada: otra se emboscó en las márge- **Marcha de los moros.**

[1] Pulgar, p. 3, cap. 24, Bernaldez, M. S., cap. 67.

nes del rio Lopera; y la restante avanzó al pillaje por la comarca de Utrera, Coronil y los Molares. Estos corredores eran los escuadrones Gomeres de Ronda y algunos caballeros Zegríes acaudillados por el intrépido Hamet, siempre á vanguardia en lances peligrosos.

Escaramuza en los campos de Utrera.

Los africanos avanzaron hasta las inmediaciones de Utrera arrebatando rebaños y aperos de labor, y ya volvian aguijando grandes manadas, cuando al cruzar unos olivares fueron atacados por 70 ginetes y algunos peones de aquella villa. Hamet les hizo cara sin embestir, y fué plegándose lentamente hasta salir del terreno escabroso y poco favorable á las maniobras de su caballería. En esta retirada los flecheros cristianos traspasaron con sus dardos á treinta Gomeres; y engreidos con esta ventaja, y mas animosos que discretos se salieron á un llano, que era precisamente el paraje donde Hamet deseaba tenerlos. Aquí revolvieron los moros con ímpetu, y vengando la muerte de sus compañeros con la de otros tantos cristianos, hicieron á los restantes tomar abrigo en los olivares. En esto vió Hamet venir hácia sí un lancero de los de la celada dando confusos alaridos: habiéndose dejado entender al cabo de algunos instantes, le rogó que perdiendo la cabalgada acudiese á toda prisa á las márgenes del Lopera donde los cristianos se habian aparecido atacando furiosamente. Partieron los Gomeles á rienda suelta á tomar parte en la contienda, levantando una nube de polvo; pero antes de llegar al sitio de la emboscada vieron huir despavoridos por el campo á sus amigos y llegar pelotones de vencidos. Era la division escondida que fenecia acuchillada por la gente de D. Luis Portocarrero. Noticioso éste por sus espías de todos los pasos de los enemi-

Batalla del Lopera. A. 1483: 17 de setiembre: miércoles.

gos condujo su tropa con el mayor silencio hácia las márgenes del Lopera, sin desplegar pendones ni permitir que nadie resonase trompetas ni atabales, para no ser sentido. Los cristianos, al subir un collado que caia á la fuente de la Higuera donde los moros estaban reconcentrados, observaron con sorpresa que los soldados enemigos estaban muy descuidados tendidos sobre la yerba sin prevencion de guardias ni avanzadas. D. Luis repartió algunas raciones de vianda á los suyos, les mandó que cada cual reconociese sus armas y apretara monturas, y formó sus haces, encomendando los voluntarios de Écija, Moron y Osuna á Martin Galindo y Diego de Izquierdo; los de Marchena á Anton Rodriguez, y se reservó el mando de los caballeros de Alcántara y el de los hombres de armas de la Santa Hermandad. Dispuesta la línea en esta forma, se elevó el grito de ¡Santiago! y los moros despertaron con el enemigo cercano. Aunque sorprendidos tuvieron lugar de apercibirse, saltaron en sus caballos, y empuñando sus lanzas, esperaron con firme posicion y en apretado cercó á los cristianos. Estos al ver malograda la sorpresa se contuvieron; mas D. Luis, que conoció lo crítico del momento y que era perdida la batalla sin un esfuerzo vigoroso, exclamó con voz terrible: «¡Cristo y Santiago!" Estas palabras fueron para los castellanos un maravilloso resorte. Lanzados en nueva carrera, embistieron, fueron rechazados y volvieron á embestir. Revueltos con los moros, pelearon con furor: por fortuna el valiente Bejir cayó herido de una lanzada y quedó cautivo, y desalentadas sus tropas con esta desgracia, se entregaron á una fuga desordenada. Los vencedores se lanzaron en pos y acuchillaron por espacio de una legua 600 moros, entre cu-

yos cadáveres se distinguieron luego el del gobernador de Velez Málaga y los de muchos caballeros y jóvenes ricos. Además de Bejir quedaron cautivos los alcaides de Álora, de Marbella, de Comares y de Coin.

Un grupo de fugitivos, capitaneados por el alcaide del Borje, se retiró por los campos de Guadalete, teatro en otro tiempo de la empresa mas afortunada de sus abuelos. El marqués de Cádiz, que habia salido de Arcos con la gente de Jerez, salió al encuentro con tanto mayor ardimiento, cuanto que sabia que estos moros eran montañeses de la Ajarquía, los que habian asesinado á sus parientes y compañeros, y que iban ataviados con los arneses de los vencidos. Un soldado cabalgaba en el caballo mismo de su hermano D. Beltran. Frenético salió contra ellos, aumentó la mortandad, y los acosó hasta las entradas de la Serranía. Por una coincidencia singular trajéronle cautivo al alcaide del Borje, contra el cual tenia ojeriza particular. Este caudillo habia degollado bárbaramente á un destacamento de cristianos de Jerez y Arcos sorprendido junto á Montecorto, y aunque esta inhumanidad, contraria á las leyes de la guerra, autorizaba á D. Rodrigo para hacerle expiar su culpa en un cadalso, rehusó ofrecer al público tan triste espectáculo, y le condenó sin esperanza de rescate á encierro perpetuo. La pena no fué de mucha duracion, porque entristecido el moro como tigre enjaulado, murió exhalando deseos de venganza y lleno de despecho.

Retirada de Hamet el Zegrí.

El intrépido Hamet el Zegrí, detenido en su carrera por el tropel de fugitivos, quiso precipitarse sobre los cristianos y perecer matando; mas disuadido por sus compañeros emprendió su retirada. Indeciso sobre el camino que debia seguir, llamó á su presencia como práctico en el terre-

no á un renegado cristiano que habia sido panadero en Arcos[1]. Hamet hizo brillar ante los ojos del apóstata un puñado de oro, y diciéndole: «Estas doblas serán el premio de tu fidelidad si «nos pones en tierra segura," vió en sus labios la sonrisa placentera de la codicia. «Mas atiende, «añadió desnudando la cimitarra, la vez cuán «afilada está? Pues si columbro lanzas enemigas «y sospecho que nos vendes, un solo tajo te der«ribará la cabeza de los hombros." Hizo el renegado mil protestas de fidelidad, y conduciendo á Hamet y á su cuadrilla por los campos de Lebrija, en cuyos bosques se incorporaron algunos fugitivos ocultos, llegó á la Serranía sin tropiezo alguno y ganó el oro ofrecido.

Resultados de la victoria.

En la accion del Lopera quedó vengada con usura la derrota de la Ajarquía; apenas escaparon 200 moros; los restantes fueron acuchillados ó se rindieron cautivos. En el despojo de la batalla se recobraron muchas corazas, capacetes, espadas y escudos de los señores vencidos en aquella tierra; y los dueños de algunas de estas armas las reconocieron y las arrancaron despedazando á los que las llevaban.

La noticia de este triunfo alcanzó á los reyes Fernando é Isabel en Vitoria, y fué celebrada con luminarias, repiques de campanas y procesiones. El marqués les envió 15 banderas apresadas por su gente, y la reina, para premiar el esfuerzo de este tan buen caballero como fiel amante, hizo merced á su esposa del vestido que la

---

[1] «Era un traidor que habia sido cristiano e era moro, el cual sabia bien la tierra, e llamaban el Panero, e oí decir que era de Arcos." Bernaldez, M. S., cap. 67.

soberana de Castilla vistiese todos los años en el dia de la Vírgen de Setiembre é igual obsequio al marqués de Cádiz[1].

Empresas felices de los cristianos.

El triunfo de D. Luis Portocarrero y del marqués de Cádiz dejó enflaquecida la frontera por la parte de Ronda, y permitió á los cristianos realizar algunas empresas arduas con éxito feliz. Zahara, la fortaleza de memoria infausta,

28 de octubre.

fué asaltada por las fuerzas reunidas de ambos señores, y rendida en una mañana: los mismos caballeros y otros de Sevilla y Córdoba combinaron una correría por órden de les reyes, y reunidos en Antequera con fuerza de 6.000 ginetes y 12.000 peones ejecutaron una tala rigo-

A. 1484: marzo.

rosísima, que sumió á comarcas enteras del territorio enemigo en la miseria y el hambre. Los campos de Álora, Coin, Casarabonela, Almojia y Cártama, cubiertos de mieses, de olivares y viñedos, quedaron asolados y convertidos en eriales. El ejército se extendió como nube siniestra por las tierras de Pupiana y Alhendin, abrasándolo todo con la misma perseverancia. Los moradores empobrecidos salian al encuentro de los castellanos pidiendo misericordia, ofreciendo grandes sumas y el rescate de los cautivos que tenian, con tal que fueran respetadas sus huertas y sementeras, único fondo de subsistencia de sus familias inocentes; desatendidos por los inflexibles caballeros de la hueste, tomaban las armas, y salian frenéticos á vengarse. Los cristianos llegaron á la orilla del mar, donde hallaron buques despachados con víveres y municiones á costa de

[1] Pulgar, p. 3, cap. 25. Salazar de Mendoza, *Chron. de los Ponces de Leon*, elog. 17, párr. 15.

las ciudades de Sevilla y Jerez, con cuyos auxilios pudo racionarse la tropa y ser conducida hasta las inmediaciones de Málaga. El paisanaje de esta poblacion salió y dió un ataque vigoroso; pero rechazado por la caballería no pudo evitar que la fértil vega fuese destrozada á hierro y fuego. Cumplido el objeto de esta expedicion, que era privar de recursos al enemigo, regresaron los cristianos á Antequera, donde fueron notificados de parte del rey y de la reina que se dirigiesen á sus hogares y se apercibiesen para nueva campaña y abastecer á Alhama[1].

Indisciplina de la guarnicion de Alhama: heroismo del conde de Tendilla.

Ya escaseaban las vituallas introducidas en la última correría, y á pesar de este inconveniente el gobernador D. Iñigo Lopez de Mendoza, conde de Tendilla, desafiaba con su guarnicion á todo el poder del rey de Granada. Habia encontrado el buen hidalgo al aceptar la tenencia de la ciudad, una guarnicion veterana y brava, pero corrompida con el juego y el libertinaje. Las músicas nocturnas de guitarras y flautas, los galanteos de mujeros livianas, los vocerios y las riñas á cada hora le hicieron conocer que estaba relajada completamente la disciplina. Diligente en atajar el mal, prohibió los naipes, expulsó á las rameras y doctrinó á su tropa, en todo lo concerniente al ejercicio de la caballería: usando ya de blandura, ya de rigor, cambió en breves dias el espíritu de su gente, y la hizo el terror del enemigo. Para desterrar el ocio completamente y endurecer á sus soldados en ejercicios prácticos, hacia excursiones arrebatando

---

1 Bernaldez, M. S., cap. 68. Pulgar, p. 3, cap. 25.

ganados, incendiando mieses, ahorcando espías, y derribando los torreones donde los labriegos moros de algunas leguas á la redonda se acogian y guardaban sus cosechas. Hubo ocasiones, en que osó avanzar hasta las llanuras de Armilla. Los inocentes labradores de la vega afligidos con este peligro elevaron sus quejas al rey Muley Hacem, con cuyos clamores destacó éste columnas de ginetes de su guardia con órden de recorrer la vega y de facilitar las operaciones de la cosecha [1]. Otros escuadrones bloquearon á Alhama y tuvieron al conde y á sus soldados reprimidos algunos dias.

Primera hazaña de Hernan Perez del Pulgar.

Con este rigor se sintieron la escasez de víveres y la misma penuria que en otras ocasiones habia atormentado y puesto en gravísimo riesgo á los cristianos de aquella fortaleza. El socorro urgia, y solo un rasgo de audacia podia proporcionar mantenimientos y agua. En esta situacion desesperada comenzó la serie de sus hazañas memorables Hernan Perez del Pulgar, el bravo entre los muchos bravos sometidos á la autoridad del conde de Tendilla. Habia tomado parte aquel mancebo en todas las correrías anteriores, tenia probada cumplidamente su intrepidez, y aceptó sin repugnancia la peligrosa comision de trepar por los adarves, de burlar la vigilancia de las partidas moriscas, y de acudir á los pueblos de la frontera á proporcionar los auxilios indispensables. Hernan Perez salio de Alhama durante la noche, trepó cerros y cruzó barrancos, y guiado por su buena estrella llegó á Antequera, y pintó la situacion apurada de sus compañeros.

---

1 Pulgar, p. 3, cap. 26.

Los almacenes de esta ciudad abriéronse al punto para cargar un convoy de bestias embargadas; y una escolta de exploradores á caballo y de soldados concejiles con mochila y lanza á las órdenes de Pulgar, salió en breve arreando la recua por el camino de Archidona. Desde esta villa dirigióse Pulgar por los bosques del Cantaril á buscar los abrigos de la sierra de Loja, y á caer por las vertientes de Alfarnate y Zafarraya á la vista de Alhama; mas al llegar á los llanos de La Laguna en término de Archidona, comenzó la tropa delantera á arremolinarse y á buscar como parapetos los troncos de las encinas. Irritado Pulgar con esta turbacion, empnñó la lanza y aguijando á su caballo se asomó á un puerto y columbró unas colinas llamadas *Los Montecillos*, cubiertas de moros resueltos á disputar el paso. Viendo esto exhortó con su voz y con su ejemplo á la tímida soldadesca, y haciéndola abandonar la espesura del bosque, é hiriendo con su propia lanza á algunos cobardes que huian ó se hacian rehacios, trabó una escaramuza porfiada, en la cual cedieron los moros y dejaron el paso franco al convoy. Los víveres fueron conducidos á Alhama, y Pulgar mereció por este servicio el aplauso de sus compañeros, el singular aprecio del conde y los dones de los soberanos[1].

Artificios del conde

Un genio maligno parecia conjurado contra Alhama y empeñado en poner á prueba el valor

[1] Los detalles de esta hazaña constan en los MM. SS. del archivo del marqués del Salar y particularmente en la real cédula que el señor Martinez de la Rosa publicó en el apéndice de su *Bosquejo histórico*, núm. 17. Aun se conserva en término de Archidona el nombre de montes y llanos del Cantaril, como expresa el mismo documento.

de Tendilla para salvar la plaza.

de sus defensores y el carácter heróico del conde de Tendilla. Una noche oyóse un estruendo horroroso; los habitantes despertaron sobresaltados y la tropa corrió á las armas, creyendo que habia estallado alguna mina cargada por los moros. No era otra la causa de este ruido sino el hundimiento de un gran paño de muralla, ablandada por las pertinaces aguas del invierno. Este accidente puso en gran cuidado al conde y á su gente, recelando que los enemigos que bloqueaban descubriesen el gran portillo, avisasen á Granada y Loja, y emprendiesen por aquella brecha una entrada irresistible. El ingenio cauteloso del conde ocurrió á este peligro con un ardid peregrino: mandó cubrir todo el claro con un gran lienzo pintado del color mismo del muro con sus correspondientes almenas; puso guardias en torno de la ciudad para que nadie saliese á dar aviso á los moros; y en breves dias logró restaurar con mayor firmeza la parte hundida. Aunque discurrieron durante los trabajos algunas partidas moriscas por los campos de Alhama, no advirtieron el engaño.

Pulgar el Cronista nos refiere tambien otro arbitrio del mismo discreto gobernador. Se les acabó el dinero; y los soldados murmuraban del atraso de las pagas y de la imposibilidad de comprar en tiendas y abacerías utensilios y menudencias de perentoria necesidad. Para ocurrir á esta falta escribió el conde de su puño y letra sumas diversas en cartulina de naipes, las dió á la tropa en señal de moneda, y prohibió con penas rigorosas que nadie rehusase admitirlas, advirtiendo que á su tiempo pagaria sus importes en oro ó plata. Todas aquellas gentes, cercioradas de la rectitud de D. Iñigo, aceptaron los signos y cobraron sus valores con puntualidad á los po-

cos dias de ser relevado el buen caballero del gobierno de Alhama [1]. «Este es, dice W. Ir-«ving [2], el primer ejemplar del uso de papel mo-«neda, que despues se ha hecho general en el «mundo civilizado.”

Vastos proyectos de Fernando é Isabel. A. 1484 de J. C.

Fernando é Isabel habian reunido entretanto en Córdoba á la flor de la caballería española, y sometian á deliberacion de esta discreta y bizarra nobleza sus planes de campaña contra los moros. Se reconoció la necesidad de ocupar sucesivamente las fortalezas y villas menores, ó ir estrechando el círculo de las ciudades principales y no cesar en las talas é incendio de las campiñas para hacer sentir los rigores del hambre en todos los ángulos del reino enemigo. Decididos los soberanos á conquistar la Serranía de Ronda para caer luego sobre Málaga, organizaron su ejército, le reforzaron con trenes formidables de lombardas y piezas menores, y pusieron sus miras en Álora, Coin, Cártama y Setenil, como puestos importantes donde podia asentarse la planta y dar con seguridad pasos mas avanzados.

Cerco y conquista de Alora: junio.

Álora fué la primera que experimentó los rigores de la artillería: en vano oponian obstáculos para las conducciones de víveres y trenes las selvas y tortuosidad de los caminos: miles de peones armados de picos y palas ensanchaban las sendas estrechas, cortaban árboles y quitaban to-

---

[1] Salazar de Mendoza, *Crón. del Gran Cardenal*, lib. 1, cap. 55. Este conde segundo de Tendilla, fué hijo de D. Iñigo Lopez de Mendoza, primer conde, nieto del célebre marqués de Santillana, y sobrino del Gran Cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza: fué luego primer marqués de Mondejar.

[2] *Crónica de la conquista de Granada*, tom. 1, cap. 21.

dos los diques que la naturaleza oponia al aparato de la guerra. Aunque los moros repararon los baluartes é hicieron obras de defensa exterior, no pudieron resistir á los fuegos incesantes ni al daño de las baterías cristianas. Las mujeres amedrantadas y confusas pedian á voces la rendicion, y hasta algunos soldados, á quienes el alcaide obligaba á arrostrar el fuego sin alimentarles ni proporcionarles una gota de agua para apagar su sed devoradora, exigian la entrega. El gobernador hizo la proposicion, solicitando seguridad de bienes y haciendas, y habiendo sido admitida, abrió las puertas de la fortaleza. Las banderas

20 de junio.

de Castilla, de Aragon y de la Cruzada fueron tremoladas sobre los torreones por D. Gutierre de Cárdenas, comendador de Leon, y por D. Luis Fernandez Portocarrero, á quien el rey nombró gobernador con 200 caballos y buen número de peones. El ejército entró luego en solemne procesion, y la mezquita quedó convertida en iglesia por acuerdo de la reina, bajo los auspicios de la Encarnacion.

Sumision de otros pueblos: muerte del conde de Belarcazar.

Á la conquista de Álora siguió la sumision de Cártama y de los pueblos cercanos Alozaina y Casarabonela: en las inmediaciones de esta segunda villa hubo que lamentar la muerte del jóven conde de Belarcázar D. Gutierre de Sotomayor. Algunos de los que seguian sus banderas se desbandaron á robar por los cacerios, contraviniendo á las órdenes terminantes de no maltratar ni ofender á los infelices moradores que deponian sumisos sus armas en los pabellones del rey. Irritados los moros con este proceder indigno, empuñaron las armas y trabaron una escaramuza, de que fueron víctimas muchos cristianos rapaces. El conde corria con su caballo á evitar la refriega y á predicar la paz, cuando una flecha

envenenada le hizo caer exánime. Fué muy sentida la muerte del hidalgo D. Gutierre, jóven apuesto de 22 años, prudente, bravo y circunspecto, y casado con la prima del rey, hija del almirante Enriquez: prometia ser un varon perfecto. Con la noticia de esta desgracia rehusaron someterse otros pueblos de aquel valle, y el monarca para castigarlos taló y abrasó sus campos[1]. 21 de junio.

Correría por la vega de Granada.

Guarnecida Álora se vino el ejército cristiano á los prados de Antequera, y corrió á hacer nueva tala en la vega de Granada. Muchos árboles y caseríos que habian escapado de las anteriores devastaciones, desaparecieron en esta. Pulgar señala con prolijidad los pasos sucesivos de las divisiones cristianas al través de la feraz llanura. Alhendin, Gabia, Otura, Gojar, Dilar, Zubia, Armilla, hasta los molinos de la acequia Gorda y algunas parvas á tiro de ballesta de la puerta de Bib-Rambla fueron tragadas por el fuego. El rey volvió por Alhama, la abasteció, y sacando al conde de Tendilla dejó de gobernador á D. Gutierre de Padilla, clavero de Calatrava. Satisfecho de su expedicion, regresó á Córdoba.

Conquista de Setenil: setiembre.

Rehusó la reina que se disolviese la hueste sin emprender la conquista de alguna otra poblacion antes que comenzase el invierno; y habiendo comunicado sus deseos al rey, convino este. Se hicieron en su consecuencia nuevos aprestos de víveres, y se pusieron en movimiento las divisiones y los trenes de batir, cuyos buenos efectos se habian conocido en la adquisicion de Álora. Setenil fué en esta ocasion el blanco de las iras: asentada esta fortaleza sobre un peñasco habia

[1] Zurita, lib, 20. cap. 58.

resistido el terrible asalto del infante D. Fernando, el conquistador de Antequera, y los manes de los valientes sacrificados bajo sus muros debian quedar aplacados por el nieto que habia heredado su nombre, su genio y su corona. Hubo temor en un principio de que este cerco tuviese el mismo éxito malhadado, porque los proyectiles botaban en el asiento de piedra de las murallas sin hacer mella en las obras de cal y canto. El marqués de Cádiz disipó en breve todos los recelos, acudiendo á las baterías, apuntando por sí mismo las lombardas, y abriendo una brecha anchísima. Los moros acobardados izaron bandera de parlamento, pidieron libertad para trasladarse á Ronda, y concedida por el rey, abandonaron sus hogares para siempre, y fueron escoltados hasta las puertas de aquella ciudad por un destacamento de caballería[1].

20 de setiembre.

Encono de las facciones de Granada. A. 1483 de J. C.: febrero.

Mientras el ejército cristiano fijaba sus estandartes en los alcázares moriscos, traia la devastacion hasta las puertas de Granada y amagaba á Ronda y á Málaga, los bandos de Muley y de Boabdil se enconaban mas y mas y se zaherian y acusaban recíprocamente como autores de todos los infortunios. Boabdil permaneció en Almería, esforzándose por atraer á su faccion á los alcaides y personas influyentes de aquella provincia: Muley yacia postrado en cama, casi ciego, sin aptitud para hacerse respetar en situacion tan angustiosa. Solo el Zagal, apoyado por la poderosa familia de los Alnayares y Venegas, mantenia con su astucia y con su valor el prestigio de su partido.

---

[1] Pulgar, p. 3. cap. 23 y 24. Bernaldez, M. S., capítulo 71 y 74.

Decidido á apoderarse de Boabdil, ya con objeto de evitar el resultado de sus intrigas y de sus pretensiones ambiciosas, ya con el de obtener una prenda que refrenara á los Abencerrajes, sedujo á unos alfakís para que facilitaran su entrada en Almería durante la noche y partió allá con un escuadron de gente escogida y leal á toda prueba. Los traidores abrieron una puerta, y recibieron con vivas aclamaciones al infante. Él gobernador de la ciudad quiso deshacer los grupos sediciosos, y fué asesinado: el Zagal subió al alcázar en busca de Boabdil, y aunque recorrió los mas secretos aposentos no pudo hallarle. Aixa fué la que salió al encuentro de su cuñado, injuriándole con los epitetos de pérfido y asesino, y asegurando que ya su hijo estaba seguro, y que volveria con elementos para vengarse. El Zagal, en la primera explosion de ira, desnudó el alfanje, hirió de muerte al hermano de Boabdil, al tierno Aben Haxig y prendió á Aixa: con fria indiferencia entregó luego á la cuchilla del verdujo á varios caballeros Abencerrajes, sin mas delito que el ser consejeros y agentes de su sobrino[1]. Sorpresa y crueldad del Zagal.

Éste, prevenido por un espía momentos antes que estallara la revolucion, se salvó en un ligero caballo en compañía de 60 parciales, y corriendo por caminos desusados llegó á la frontera cristiana y se dirigió á Córdoba. Las autoridades de esta ciudad recibieron á Boabdil con benevolencia y aparato, y los reyes fieles á los tratados, se Fuga de Boabdil: febrero.

---

[1] Bernaldez (M. S., capítulo 69) fija este suceso en el año 1484; Pulgar, cuya relacion en esta parte es mas exacta, en el de 1485, p. 3, cap. 36.

brindaron á ayudarle para tomar venganza. Con este motivo los fronteros de Écija y Jaen hicieron entradas, y el conde de Cabra penetró en compañía de otros hidalgos y aventureros hasta las inmediaciones de Granada, y sostuvo en la alquería de Nívar una porfiada escaramuza con los varios escuadrones mandados por el Zagal.

Apresto de los reyes: marzo.

Fernando é Isabel apercibian entretanto un ejército numeroso con víveres y baterías para emprender una campaña prolongada. Constantes en atizar el fuego de la discordia en Granada, y en enervar á los moradores con sus propias desavenencias se declararon amigos de Boabdil, y dieron á los caudillos de la frontera órdenes de respetar á los pueblos y amparar á los partidarios del príncipe fugitivo. Para estrechar á los moros y reducirlos á sus propios recursos cada dia mas menguados, reforzaron las escuadras del Mediterráneo, y ya explorando las playas berberiscas, ya ejerciendo un escrupuloso registro en cuantos buques sospechosos surcaban el Mediterráneo, evitaron á los bravos marinos el paso de gente, caballos y mantenimientos de los reinos de África.

Súplicas del califa de Fez.

El califa de Fez no pudo menos de reclamar contra el rigoroso bloqueo de sus costas y envió á los reyes ricos presentes con embajadores extraordinarios, por cuya voz expuso que hasta en los desiertos mas apartados de su imperio cundia ya la fama de los altos y poderosos príncipes de Castilla y Aragon, y suplicaba que le otorgasen su buena gracia y encargasen á los marinos castellanos que no hostilizasen á sus vasallos. Los monarcas respondieron que así lo harian, con tal que los moros de la costa no ofendiesen á los cristianos ni suministrasen recursos para el reino de Granada.

Llegada la estacion propicia para la campaña, convocaron Fernando é Isabel á toda la gente de armas y á la caballería de Castilla para la ciudad de Córdoba, y en 5 de abril salió el rey al frente de 9.000 caballos y 20.000 infantes. El ejército amagó á Montefrío, cuyos defensores habian partido á reforzar la guarnicion de Málaga creidos que el enemigo se encaminaba á ella; pero los pocos vecinos que aun quedaban cumplieron lealmente rechazando con valentía las proposiciones de rendirse. Con este motivo desistió D. Fernando, y partió hácia los valles de Cártama. Los moros de Benamejí, declarados mudejares de Castilla el año anterior y despues rebelados, sufrieron primeramente los rigores de la guerra. «Yo haré, dijo el rey, que la pena de es«tos traidores sirva de temor á otros, para que «guarden lealtad por fuerza, cuando no la tuvie«sen de grado." El lugar fué en seguida tomado por asalto é incendiado: 108 de los vecinos mas notables perecieron á hierro ó ahorcados, y los restantes, los niños y las mujeres quedaron esclavos. Sin pérdida de momento fueron cercadas las dos villas de Coin y Cártama, y á la primera se le intimó la rendicion por medio de Gonzalo Arias, intérprete arábigo; pero como la respuesta fuese salir los moros á las estancias castellanas, comenzaron las baterías á desmantelar simultáneamente los muros de ambas fortalezas. El marqués de Cádiz y D. Luis Fernandez Portocarrero con sus gentes eran los encargados de esta operacion, mientras el rey, colocado con el grueso del ejército entre los dos campos, estaba para socorrer á cualquiera de los que peligrasen.

Campaña de los cristianos: abril.

Castigo ejemplar en Benamejí.

Esta disposicion fué acertadísima. Hamet el Zegrí reunió á sus fieros Gomeres y muchos guerreros de la Serranía de Ronda, para acudir al

Cerco de Coin: valor de Hamet el Zegrí.

socorro de las villas cercadas. Seguido de su hueste bizarra entró una mañana en Monda, donde supo que el muro de Coin estaba ya aportillado y que los cristianos se formaban en columnas para dar un ataque. Con esta noticia saltó sobre un caballo africano, tomó una enseña blanca, y diciendo á los suyos: «Ea, mulsumanes: ahora «quiero ver quién es aquel que se compadece de «las mujeres y de los niños de Coin, amagados de «muerte y cautiverio. Aquel á quien moviese la «piedad de Alá, sígame, que yo estoy resuelto á «morir como moro en socorro de moros[1].” Diciendo esto tremoló la bandera y salió disparado por el camino de Coin; los Gomeres y otros muchos guerreros animados con tan heróico ejemplo partieron en pos y cayendo de improviso sobre las filas de los sitiadores, se abrieron paso hiriendo á unos, matando á otros y dejando á los mas revolcados por el empuje de los caballos. Los vecinos de Coin, estimulados con este refuerzo, se prepararon para una resistencia vigorosa. El rey impaciente ya, viendo abierta una brecha en la muralla, creyó practicable el asalto, y mandó á los duques de Nájara y de Benavente que preparasen sus gentes para el ataque. Mientras se comunicaban las órdenes para ello, el capitan Pedro Ruiz de Alarcon, poseido de ardor marcial se anticipó, y poniéndose al frente de su compañía, la condujo espada en mano á la brecha, arrolló á los moros y penetró hasta la plaza de la villa. Ya se imaginaba Pedro Ruiz haber ganado el lauro de la victoria, cuando vió desembocar á los atezados africanos blandiendo sus es-

Muerte heróica del capitan Alarcon.

[1] Pulgar, p, 3, cap. 42.

padas y prorumpiendo en amenazas feroces. Al mismo tiempo recayó sobre los cristianos tal diluvio de tiros, de espingardas, piedras y flechas asestadas desde ventanas y tejados, que no hubo para ellos mas arbitrio que cejar en busca del portillo; mas ya no era tiempo: interpuestos Hamet y sus soldados cebaron sus iras acuchillando á toda la compañía castellana. Pedro Ruiz cercado en una calle, se defendia con su pavés y su espada, y como fuese requerido por uno de los pocos que ya le acompañaban para que tratase de retirarse, «yo no entré, dijo, á pelear para salir «huyendo." En breve le estrecharon los Gomeres y cubierto de heridas recibió la postrera, granjeándose, segun Pulgar, la fama de buen caballero. El heroismo de los moros y la resistencia de los vecinos de Coin fueron estériles: la artillería hundió murallas y casas, y los sitiados tuvieron al fin qne capitular, obteniendo libertad personal y seguridad de bienes muebles. Hamet el Zegrí salió entonces escarceando con su caballo por medio de las filas cristianas al frente de los intrépidos Gomeres, y no pudo menos de imponer respeto á los soldados y de excitar la admiracion de los hidalgos con su aire marcial y con la arrogancia de sus brillantes y altivas miradas.

Entrega de Coin y de otras poblaciones: abril.

Á la toma de Coin siguió la de Cártama y la emigracion de todos los vecinos de Churriana, Pupiana, Campanillas, Fadala, Alhaurin y Guaro.

Proyectos ulteriores sobre Málaga y Ronda

No satisfecho el rey con el fruto de esta campaña partió hácia Málaga para hacer una tentativa, y reconocer el campo; mas como el Zagal hubiese acudido con refuerzos y trabado una sangrienta escaramuza, en que murieron D. Fernando de Ayala y otros caballeros, desistió entonces de su propósito. Afortunadamente el marqués de Cádiz recibió una carta en que su espia Jusef el

Jerife le avisaba el desamparo de Ronda y la oportunidad de sorprenderla, por haber salido Hamet el Zegrí con los suyos á correr la campiña de Medina Sidonia. El rey con tan propicia ocasion destacó á marchas rápidas un cuerpo de 3.000 caballos y 8.000 peones á las órdenes del marqués de Cádiz y de D. Pedro Enriquez, los cuales cercaron por sorpresa la plaza. Su alteza se vino hácia Antequera y Archidona para amagar á Loja, distraer las fuerzas de Málaga y dar tiempo á que fuese conducida la artillería de Cártama y Coin: conseguido esto, contramarchó por Teba y se reunió con el marqués y con el adelantado, que continuaban un vigoroso cerco[1].

Situacion de Ronda: carácter de sus montañeses.

Ronda, asentada sobre una roca al poniente del reino granadino, era por su riqueza y poblacion la metrópoli de la montuosa comarca llamada la *Serranía*. La naturaleza y el arte habian hecho imponentes las fortificaciones de esta ciudad. Por una parte la rodea un abismo horrible, perpendicular, cual si estuviese cortado á pico, y por cuyo lecho corren, ya mansamente, ya despeñadas en forma de catarata, las aguas cristalinas del Guadaleví (Rio Hondo). Torreones y castillos nobles fabricados sobre peñas, defendian la poblacion por los parajes mas accesibles. Segun las memorias árabes, el príncipe Mohamad Aben Habed de Sevilla, rival de los señores de Granada y Málaga, fabricó los alcázares de Ronda y los pobló de hermosas esclavas, para satisfacer sus dos pasiones favoritas, el amor y la guerra[2]. Es

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 75. Pulgar, p. 3, cap. 44.

[2] Aun se conservan en Ronda tradiciones sobre este palacio.

tambien fama, que Abomalique el Tuerto, célebre emir africano que desembarcó en Andalucía y guerreó con D. Sancho el Bravo, residió enamorado en los mismos palacios. En el fondo del tajo brotaban muy claros raudales, de los que se surtia el vecindario por medio de una mina abierta en la piedra viva: los infelices cautivos cristianos, condenados á subir el agua con odres y cántaros, tenian pulimentados los escalones con el roce continuo de sus piés descalzos. La tierra cercana á Ronda es fragosa y fértil, goza de aires purísimos y abunda en ganados, en frutos y en veneros saludables. De sus vertientes bajan hácia el mar diversos arroyos y riachuelos, y forman con sus álveos valles risueños y cañadas asperísimas. Los moros de la Serranía eran vigorosos, turbulentos sobrios é indociles. Enseñados sus hijos desde tierna edad á disparar la ballesta, cobraban maravilloso acierto y tenian con este ejercicio el mejor aprendizaje para la guerra.

Sitio inesperado: mayo.

La juventud de Ronda y de su comarca habia seguido lejos las banderas de Hamet el Zegrí, cuando se presentaron inesperadamente los cristianos. Así pudieron éstos formar el cerco, constituir los reales en parajes cómodos y aproximar la artillería. La tropa de Córdoba, Écija y Carmona acampó junto la torre del Mercadillo; el marqués de Cádiz ocupó hácia el oriente las márgenes del arroyo y una ladera inhiesta, y á sus costados se extendieron las divisiones del maestre de Alcántara y conde de Benavente; una comitiva de capitanes, continuos y criados y una gran guardia indicaba el sitio donde Fernando se aposentaba, que era una torrecilla en medio de unos olivares. Completaban el cerco el condestable de Castilla con muchos guerreros de su hueste y el gran maestre de Santiago con los caba-

lleros de su órden. El marqués destacó varios escuadrones y algunas compañías de infantería ligera hácia los desfiladeros de las montañas y caminos inmediatos para evitar sorpresas y privar á los sitiados de toda esperanza de socorro. En torno de los reales se formaron fosos y trincheras y se colocaron como antemural las carretas que habian conducido los víveres.

Preparativos de defensa de los cercados.

Practicadas estas operaciones mandó el rey asestar la artillería contra tres puntos diversos de la muralla. A los primeros disparos de las baterías del marqués de Cádiz quedó descubierta la pared de la mina y se privó á los cercados del agua. Los moros, á falta del bravo Hamet el Zegrí, se apercibieron á la defensa bajo las órdenes de Abrahem Alhaquin, alwacir mayor de la ciudad, ocuparon los baluartes, apalancaron las puertas y formaron empalizadas en las calles. Los cristianos derribaron al cuarto dia los pretiles y almenas de tres torres y abrieron una brecha en la muralla; y como viesen que los cercados se esforzaban por colocar en esta abertura muebles y fagina, asestaron varios disparos de metralla y arredraron á los trabajadores.

Asalto: 12 de mayo.

El conde de Benavente y el maestre de Alcántara juzgaron oportuna la ocasion de dar un asalto, y arengando á sus peones conquistaron al arma blanca una peña que prestaba abrigo y apoyo á los moros. Estimulados los caballeros de las demás estancias con esta empresa, dieron á los suyos órden de avanzar á cuerpo descubierto hácia la brecha y de subir por escalas afianzadas á la muralla. Presente el rey á tan peligrosas operaciones, animaba á los combatientes con su noble ejemplo. Durante la refriega se elevó un aplauso estrepitoso en todo el campamento real. El alférez D. Juan Fajardo se subió con su

bandera á un tejado, rechazó con valor heróico á los que quisieron precipitarle de la altura donde le vieron encaramado, y socorrido por otros compañeros que corrieron en su ayuda, subió mas alto y plantó su enseña en la cúpula de la mezquita principal. Arredrados los moros con este suceso y perseguidos á cuchillo huyeron de sus hogares y se refugiaron al alcázar. Los cristianos se precipitaron entonces en las calles y casas llevándolo todo á saco.

Hazaña de D. Juan Fajardo.

Hamet el Zegrí, de regreso ya de su expedicion, hacia esfuerzos impotentes para abrirse paso con la espada é introducirse en socorro de sus conciudadanos. Rechazado en varias tentativas, encendió hogueras y convocó en breve á muchos serranos y á algunos voluntarios de Málaga. Esta muchedumbre fué dispersada en un segundo ataque, y el estruendo de las lombardas, y el de los torreones hundidos siguió lastimando los oidos del bizarro capitan moro. Diez dias duraron las embestidas y con ellas reinaban en el alcázar la confusion y el dolor: los almacenes y cuarteles abrasados, las torres minadas, los cadáveres insepultos, las vituallas y el agua escasos. Las mujeres y los niños atemorizados pedian llorando que se pusiese término á tantos horrores.

Desesperacion de Hamet el Zegrí y conflicto de los cercados.

En tal extremidad el alwacir mayor, los ancianos y caballeros hicieron señal de parlamento, en cuyo instante mandó el rey que se suspendiesen las hostilidades. Aquellos moros principales pidieron libertad para los vecinos, seguridad de vidas y haciendas y permiso de emigrar á África, á Granada y aun á Castilla, si algunos quisiesen establecerse en ella. Fernando accedió á estas proposiciones, añadiendo que se le habian de presentar libres todos los cautivos. Aceptada sin repugnancia esta condicion, D. Bernardino

Entrega de una torre.

de Velasco, hijo del condestable, pasó á ocupar con gente de armas una torre del alcázar, que le fué etregada.

Salida de los cautivos.

Al siguiente dia los moros mismos registraron las mazmorras, y reunieron hasta 400 cautivos: una comision de ancianos los presentó al rey, el cual mandó desatar las cadenas que oprimian sus miembros macerados. Allí aparecieron con las barbas crecidas, medio desnudos y con ojos apagados muchos prisioneros de la Ajarquía; y algunos jóvenes ilustres modelos de piedad filial recobraron la libertad perdida generosamente para rescatar á sus padres. Tales fueron entre otros dos hijos de D. Diego Lafuente, y otro de Pedro Mateo, alcaide de Espera.

Su presentacion á la reina en Córdoba.

Fernando, que conocia la exquisita sensibilidad de su magnánima esposa, envió á Córdoba á los cautivos pobres. La piadosa Isabel, enternecida con la vista de tantos desgraciados, les consoló, les dió á besar su mano, y les condujo al templo para que diesen á Dios y no á ella gracias por su libertad; en seguida les suministró vestidos y alimento y les dió dinero para que regresasen sin pedir limosna al seno de sus familias: para trasmitir á la posteridad un recuerdo de los mártires de esta guerra célebre, mandó suspender en la fachada de la iglesia de S. Juan de Toledo las cadenas que les habian abrumado. Es mas: como supiese que entre las moras prisioneras habia una de peregrina hermosura, y que un jóven cautivo cristiano la habia inspirado con el amor mas sincero el conocimiento de la fe de Jesucristo, mandó bautizarla, la dotó generosamente, é hizo que un sacerdote uniese á ambos amantes con la bendicion nupcial[1].

Amor y casamiento de un cautivo.

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 75.

Luego que los moros y moras salieron del alcázar de Ronda, entró el rey con los señores y caballeros, y dió la tenencia de la plaza á D. Antonio de Fonseca. Muchos vecinos pasaron al África, otros se establecieron como mudejares en las aldeas de la Serranía, y algunos de los principales, entre otros Abrahem Alhaquim, alwacir mayor, Mahomad su hermano, y Hamet el Cordi, alcaide que habia sido de Setenil, pidieron domicilio en Alcalá de Guadaira. Fernando é Isabel mandaron que se les hiciera honrado recibimiento y les otorgaron grandes mercedes de casas y tierras, confiscadas poco antes por la inquisicion á Gonzalo Hernandez Pichon, judío riquísimo.

Entra el rey en Ronda: recompensa de las autoridades moras: 22 de mayo: domingo.

Las mezquitas de la ciudad fueron purificadas y convertidas en templos cristianos: en la mayor se fundó una iglesia bajo los auspicios de la Encarnacion y en las otras se establecieron feligresías con la advocacion de Santiago, de Sancti Espiritus, de S. Juan Evangelista y de S. Sebastian. En breve acudieron pobladores de Córdoba, Sevilla y otros lugares de Andalucía, y los mudejares mismos, pacíficos bajo la proteccion de los cristianos, volvieron á sus labores é industrias. Alguna tropa que cometió la indiscrecion de cautivar niños y de ultrajar á algunas mujeres, hizo dudar á los vencidos de la seguridad pactada; pero sabedor el rey de tales excesos, dió satisfaccion á los quejosos, pasando á cuchillo á los agresores y restituyendo todo lo usurpado. Este acto rigoroso de justicia disipó completamente los recelos.

Conversion de las mezquitas en templos.

La conquista de Ronda infundió en los habitantes de la Serranía aquella turbacion pavorosa que es consiguiente á los infortunios grandes é inesperados. Los alcaides de las fortalezas y al-

Resultados importantes de la conquista de Ronda.

deas comarcanas se apresuraron á enviar mensajeros al vencedor implorando su clemencia. Fernando, brindándoles seguridad de vidas y haciendas y absoluta tolerancia religiosa, les atrajo discretamente y despachó partidas que se apoderaran de las fortalezas ofrecidas. Diego de Barrasa ocupó á Yunquera, Pedro de Barrionuevo al Burgo, Hurtado de Luna á Monda, Sancho de Angulo á Tolosa, Pedro Castillo á Gaucin, Sancho Saravia á Casares, Alonso de Barrionuevo á Montejaque; Cardela é Hinsualmara en la sierra de Villaluenga se entregaron al marqués de Cádiz; Benaojan, Montecorto y Audite fueron desmanteladas; diez y siete mensajeros de otras tantas villas de la sierra de Gaucin, diez y nueve de la del Haraval y doce de la de Villaluenga se apresuraron á rendir homenaje: á estas entregas siguieron la de Casarabonela y la sumision de todo el valle de Cártama y tierra de Marbella, en la cual quedó de Gobernador D. Pedro de Villandrando, conde de Rivadeo[1].

2 de junio.

Disposiciones acertadas y justas de Fernando é Isabel.

Sometida la parte mas áspera y poblada del reino granadino regresó Fernando á Córdoba, donde fué recibido por la reina y su servidumbre con grande aparato. En esta ciudad adoptaron los augustos esposos sabias disposiciones para conservar la reciente conquista. Como era urgente incomunicar á los rendidos con sus correligionarios de Málaga, se establecieron las líneas de la frontera algunas leguas mas adelante, fortificando peñas bravas y restaurando castillos desmantelados. El caballero D. Juan de Lafuente,

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 45. Galindez Carvajal, *Memorial ó registro breve de las jornadas de los reyes*, año 85.

alcalde de corte, recibió órden de partir á las poblaciones ganadas para deslindar sus términos y repartir las casas sin dueño y las heredades baldías á pobladores cristianos. D.ª Isabel le comisionó además para que practicase una pesquisa general en averiguacion de algunos robos cometidos en los infelices moros emigrados al África: descubiertos los culpables fueron castigados ejemplarmente. Es mas: el mismo magistrado se embarcó en Gibraltar con los efectos substraidos, arribó á la costa berberisca, obtuvo seguro de los jeques de los aduares, y buscando en ellos á los expulsos que suspiraban en el desierto por volver á su querida patria, les devolvió sus utensilios ó el importe de ellos en nombre de D.ª Isabel de Castilla. Este rasgo de alta integridad excitó vivamente la admiracion de las tribus bárbaras[1].

Turbulencia en Granada: julio.

Mientras los ejércitos castellanos cercenaban las comarcas occidentales de la antigua monarquía nazerita, las facciones de Muley Hacem y de su hijo perseveraban en discordias fatales y anteponian la venganza de sus agravios á la defensa de la patria. El pueblo de Granada, indignado con la toma de Ronda y con los rápidos progresos del enemigo, se congregó en las plazas tumultuariamente maldiciendo á los autores de sus infortunios, y mostrando intenciones hostiles contra los gobernantes. Logró calmar la efervescencia y reprimir los conatos malévolos un alfakí doctísimo en estudios alcorámicos y venerado por los granadinos como un modelo de piedad y de virtudes públicas y privadas. Rodeado por las turbas, habló de esta manera: «Qué lo-

Consejos de un alfakí.

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 48.

«cura es ésta, que os precipita en la senda del «mal? La sangre esclarecida de Granada se der«rama en la contienda de dos personajes que ni «pueden ni saben defender el estado. Muley, cie«go, abrumado por los años, consumido por sus «pesares, yace incapaz de salir al frente de las «banderas que en otro tiempo ondearon vence«doras en las márgenes del Guadalquivir y del «Tajo. Y ¿qué podeis esperar de Boabdil, após«tata impío, vendido al rey de Castilla y na«cido bajo infeliz horóscopo? Acábese vuestra «demencia, y elegid á un varon ilustre y nieto de «cien reyes, para que gobierne con prudencia y «reprima á los cristianos con el espíritu de un «héroe. De Abdalá, del Zagal os hablo, del walí «de Málaga, del vencedor de la Ajarquía, del «terror en fin de la frontera euemiga." Los aplausos y los vítores unánimes «¡viva el Zagal! sea «nuestro señor y caudillo," revelaron las intenciones del pueblo. Muley reunió su consejo, convino en abdicar el trono en favor de su hermano, y despachó un correo extraordinario para informarle de su resolucion. Los jefes de ambos bandos, reconciliados momentáneamente, acordaron enviar á Málaga una comision que ofreciese al príncipe la púrpura real y le invitase á trasladarse á esta ciudad. Los emisarios hallaron propicio al Zagal, el cual sin detenerse mas tiempo que el preciso para arreglar algunos asuntos de su familia, púsose en marcha asistido por Reduan Venegas, nombrado gobernador de la capital, y por 300 caballeros de entera confianza[1].

El Zagal es proclamado rey: julio.

Sorprende

El nuevo rey proseguia hácia Granada con

---

[1] Conde, p. 4, cap. 37.

su comitiva por el camino de Velez, cuando al asomar á un valle recibió de sus batidores, que venian á la descubierta de collado en collado, el aviso de tener cerca una turba de cristianos. Picó el Zagal los hijares de su caballo, subió á una colina, y columbró como un centenar de guerreros tendidos sobre la grama de una pradera, y resguardados del rigor del sol bajo la copa de unas alamedas, refrescadas por un arroyo hoy llamado de Ochichar. La gente escuderil jugaba á los dados sin prevencion alguna; los caballos pacian libremente sin bridas y las lanzas y corazas relumbraban colgadas de las ramas. Tan imprudentes militares eran 120 caballeros de Calatrava de la guarnicion de Alhama, destacados por órden del gobernador D. Gutierre de Padilla, al mando de D. Juan de Angulo, para correr la vega de Granada: fatigados de su expedicion dispusieron sestear en las frescuras de aquellas alamedas. El Zagal, regocijado con este encuentro, rodeó cautamente y desembocando con su caballería á rienda suelta en la pradera, acuchilló buen número y prendió á once de los cruzados antes que se hubiesen recobrado de la sorpresa. La cabalgada de vacas, ovejas y bestias de labor, fruto de la correría en aquella mañana, fué recobrada juntamente. El paraje de esta catástrofe se llama desde entonces el *Llano de la Matanza*[1].

y vence á un destacamento de caballeros de Calatrava: julio.

Dos corredores fueron despachados á Granada para llevar la noticia anticipada de este triunfo, y la multitud inconstante se reunió en calles y plazas enajenada de júbilo. «El cielo, decian los

Entrada triunfal en Granada.

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 76.

«alfakís, nos envia al valiente Abdalá con estre-«lla feliz y precursora de nuestras glorias.” Apenas cundió la voz de que la comitiva llegaba á la puerta de Elvira, precipitóse el populacho á recibirla con laureles y palmas. El astuto príncipe entró con estudiado aparato, para ostentar ante el pueblo los trofeos de su reciente hazaña. Abrian la marcha los once caballeros de Calatrava cautivos, seguian los caballos apresados con sus arneses y con las armas de sus ginetes; en pos un escuadron de moros con las cabezas *lívidas* de los muertos colgadas de los arzones[1]; tras estos cabalgaba el Zagal con una comitiva numerosa de nobles y donceles y cerraban la marcha las piaras recuperadas. El nuevo rey se fué derechamente á hospedarse en la Alhambra. Muley le salió al encuentro y le abrazó diciéndole: «Hace tiempo fenecieron para mí los dias de ven-«tura, y hoy cumple el último de mi reinado: «pueda tu destino ser mas propicio sobre el trono, «y logre yo en solitarios alcázares la paz que ha «largos dias está desterrada de este recinto.” En aquel instante preparó literas para su esposa la Zoraya, para sí y sus dos hijos Cad y Nazar, y cargando en mulas algunos ahorros pecuniarios se marchó á Illora. Al cabo de algunos dias se trasladó á Almuñecar, porque estando aquella fortaleza muy cerca de la frontera y amagada constantemente por los cristianos, no podia lograr en ella cabal sosiego; único bien á que aspiraba desengañado, enfermo y al borde del sepulcro[2].

Abdica Muley y abandona para siempre la corte: julio.

---

[1] Zurita, lib. 20, cap. 62.

[2] Córdoba y Peralta, *Historia de las montañas del Sol y del Aire, vulgo Alpujarras*, M. S., lib. 3, cap. 6.

En lo restante del año ocurrieron los lances ya prósperos ya adversos propios de la guerra. El conde de Cabra, que se internó con una hueste de caballeros é hidalgos hasta la vega, sufrió junto á Moclin una arremetida de la guarnicion de Granada encomendada por el Zagal á su amigo Reduan Venegas, y fué desbaratado y perseguido despiadadamente. El conde mismo estuvo á punto de perecer, y se salvó herido; muchos nobles midieron el polvo á impulsos de las lanzas moriscas y otros vinieron aherrojados á la Alhambra. La reina Isabel, que supo en Córdoba este desastre, lloró amargamente y estuvo durante algunas semanas poseida de una cruel melancolía. Sobrevinieron para consolarla otros dos sucesos favorables: los castillos de Cambil y Alhabar en la frontera de Jaen, se rindieron ante el rigor de la artillería dirigida por el ingeniero mayor Francisco Ramirez de Madrid; y la fortaleza de Zalia junto á Alhama fué ganada en una hora por los caballeros de Calatrava á las órdenes de su clavero D. Gutierre de Padilla, á quien un moro converso disfrazado de mercader para disimular su espionaje, reveló el medio de sorprender la guarnicion. Confortada con tan prósperos sucesos, partió Isabel en compañía de su esposo á invernar en Toledo y Alcalá de Henares[1].

Sucesos adversos y prósperos.

3 de setiembre.

22 de setiembre.

La muerte de Muley Hacem cambió en Granada la índole de los partidos. Se habia trasladado el viejo rey á Mondújar, pintoresca fortaleza

Muerte de Muley Hacem: octubre.

[1] Pulgar, p. 3, cap. 50, 51, 52 y 53. Mármol, *Reb.*, libro 1, cap. 12. Escritura publicada por Jimena, *Anal. de Jaen*, año 1485, fól. 433 y 434.

del valle de Lecrin, hermoseada con un palacio y con pensiles deliciosos[1]. El aire puro de la montaña no sirvió para restaurar la llama de su vida, apagada por momentos. Debilitado de dia en dia exhaló el postrer suspiro, sin que cercase su lecho mortuorio ninguno de los que se llamaban en prósperos tiempos sus servidores y amigos. Únicamente Zoraya y sus dos hijos derramaron lágrimas y celebraron la memoria del anciano infeliz con leales aunque modestos honores. Segun Bernaldez[2], el cadáver, indecorosamente conducido á Granada sobre una mula de órden del Zagal, fué enterrado sin pompa en el cementerio de los reyes por dos cautivos cristianos. Una tradicion del país, confirmada por fidedignos cronistas, nos dice lo contrario. Muley, ya moribundo, imploró que se le diese ignorada sepultura en medio de un desierto; porque era tal su aborrecimiento á la sociedad humana, que recelaba que sus manes no reposasen tranquilos, y que los pesares le alligiesen mas allá de la tumba, si era sepultado junto á otros cadáveres humanos. Zoraya y sus buenos hijos, fieles ejecutores de esta última voluntad, buscaron unos cuantos palmos de tierra en el pico mas alto de la Sierra Nevada, y aquí, donde reina un silencio eterno, sobre la pirámide contemporánea del globo y superior á los

Afectos de Zoraya y de sus hijos.

Tradicion sobre la sepultura de Muley.

---

1 D. Francisco Córdoba y Peralta, diligente investigador de antigüedades moriscas en la Alpujarra, habla de la prosperidad del reino moro en su *Historia* M. S. citada, y dice de Mondujar: «Labró Muley Hacem un famoso castillo en Mondujar, lugar del valle de Lecrin, á una legua de Tablate, con muy buenos jardines y hermosas huertas para su recreo." Lib. 2, cap. 17.

2 M. S., cap. 77.

espacios en que giran las tempestades, quedaron depositados sus despojos humanos. Tal es, segun la *Historia de las Montañas del Sol y del Aire*, el motivo de llamarse *Pico de Mulhacem* la majestuosa cumbre de la sierra Nevada[1].

Situacion de Boabdil y del Zagal.

Boabdil recibió en Córdoba con culpable indiferencia y con ojos enjutos la noticia del fallecimiento de su padre, y cartas en que Aixa le aconsejaba aprovechase la ocasion de restituirse al trono de sus mayores. Agentes pagados por la pérfida sultana para hacer odioso al Zagal, difundieron la calumnia de que Muley habia perecido con veneno suministrado por su ambicioso hermano: estas intrigas reanimaron á los partidarios de Boabdil, y los ancianos y padres de familia temian de un momento á otro ver renovados en las calles los horrores de las pasadas lides. Por fortuna un alfaki evitó la catástrofe, proponiendo una transaccion, que fué aceptada por ambos bandos. El tio y el sobrino reinarian simultáneamente; las ciudades y términos de Almería, Málaga, Velez, Almuñecar y la Alpujarra hasta el puente de Tablate, serian gobernadas por el Zagal; lo restante del territorio, como mas cercano á la frontera, se reservaba para Boabdil, creyendo evitar de este modo que el rey Católico, protector suyo, afligiese á los pueblos confederados. Ambos permanecerian en Granada, aposentándose uno

Convenio.

---

[1] «El rey Muley Hacem, siendo ya viejo, viéndose despojado del reino, se retiró á su fortaleza de Mondujar con su mujer Zoraya y sus dos hijos Cad y Nacre: aquí murió, y segun tradicion se mandó enterrar en el cerro mas alto de sierra Nevada, que hoy llaman Mulhacem.'' Córdoba y Peralta, *Histor. de las montañas del Sol y del Aire*, M. S., lib. 2. cap. 17.

en el palacio de la Alhambra y otro en el del Albaicin.

Humildad de Boabdil.

El rey Chico, disimulando su propósito de recobrar todos los dominios que llamaba suyos, accedió al convenio y se trasladó desde Córdoba á Loja. Desde esta ciudad escribió al rey Católico, noticiándole la odediencia que le rendia la mitad del reino, le reiteraba el reconocimiento de feudatario de Castilla y le pedia se abstuviese de hostilizar á sus nuevos súbditos. El astuto Fernando, en vez de compadecerse de esta humildad, la interpretó como una declaracion de guerra, y contestó á Boabdil que consideraba artificiosa y falaz su conducta; que en la confederacion con el Zagal veia un complot contra Castilla, y que no fiado ya en sus promesas ni en su amistad, le hacia responsable del estrago de las armas á que le era forzoso apelar[1]. Con esta sutil é ingeniosa política condenaba Fernando á Boabdil á la triste condicion de obtener la paz exterior, manteniendo viva en Granada la tea de la discordia. Al considerar la estrella infausta del rey Chico, y sus adversidades en cada paso de su carrera, se reconoce el acierto con que los moros le aplicaron el epiteto de *El Zogoibi*, ó *El Desventuradillo*.

Astucia del rey Fernando.

Preparativos de campaña.
A. 1486.

El rey Católico no tardó en realizar sus amenazas: acompañado de su esposa convocó para Córdoba un ejército de 12.000 caballos y 40.000 peones. Presentáronse primero con un lujo deslumbrador las compañías de D. Iñigo Lopez de Mendoza, duque del infantado; entraron luego con vistoso alarde los cruzados de Santiago, Ca-

---

[1] Zurita, lib. 20, cap. 68.

latrava y Alcántara; continuaron acudiendo divisiones y gentes aventureras de las Vascongadas, Galicia, Asturias y las dos Castillas; el cardenal de España mandó buen número de hombres de armas, y para dar complemento á la organizacion romanesca del ejército, vinieron á la empresa Gaston de Leon, senescal de Tolosa, con un refuerzo de intrépidos caballeros franceses, y lord Scales, conde de Rivers, acompañado de 100 arqueros ingleses y de 200 hombres que peleaban con alabardas.

Reunidos 40.000 peones y 12.000 caballos, y hechas prevenciones abundantes de víveres, salió el rey con sus tropas para cercar á Loja, y asentó sus reales al pié de la Peña de los Enamorados. Aquí celebró consejo, y previo el dictámen de los principales caudillos, destacó 5.000 ginetes y 12.000 infantes al mando del maestre de Santiago, del marqués de Cádiz, de D. Alonso Aguilar, de los condes de Cabra y Ureña y del adelantado de Andalucía, para que ocupasen una colina al oriente de la ciudad á la parte de Granada y cortaran las comunicaciones de los sitiados con la capital. Esta division de vanguardia formó tres brigadas, y al llegar á las inmediaciones de Loja tomó otras tantas sendas para llamar la atencion de los moros por diversos puntos. El conde de Cabra rodeó por la sierra; D. Alonso Aguilar y el conde de Ureña siguieron por las márgenes del rio: aunque llevaban pontones y calzadas de madera para salvar las dificultades de las acequias y barrancos y vadear el Plines y el Genil, se vieron empeñados en un laberinto de huertas y arboledas de las cuales pudieron salir á fuerza de vigilancia y de disciplina inalterable: el marqués de Cádiz llevó su gente á la desfilada por un camino á la falda misma de la sier-

Sale el rey con su ejército de Córdoba: mayo.

ra: desempeñada con el mayor acierto la combinacion de la marcha, desembocaron simultáneamente las tres brigadas en la altura convenida, y la cubrieron con sus pabellones y estandartes.

Incertidumbre de Boabdil.

La noticia de que el ejército cristiano marchaba sobre Loja, excitó en el ánimo de Boabdil un conflicto de pareceres varios; temia por una parte quebrantar sus juramentos é incurrir en la cólera de Fernando, y por otra despertar contra sí la animadversion pública, abandonando al rigor de las armas castellanas una de las principales ciudades encomendada á su gobierno y amparo en la reciente transaccion con el Zagal. Vino á interrumpir sus reflexiones amargas y á terminar su incertidumbre, una comision de alfakís y de militares del Albaicin, elegidos por el pueblo para hacerle presente el amago del enemigo y la apremiante necesidad de acudir al socorro de Loja. Como amigos y partidarios suyos, le aconsejaron que acelerase los preparativos de campaña, porque circulaban rumores poco favorables, y discurria por las plazas un santon diciendo á voces: «¡Ah musulmanes! guardaos de los hom«bres que quieren reinar sin valor para comba«tir. ¿Cómo ensalzais á quien os lleva por un ca«mino de perdicion?" [1] Determinado Boabdil, pidió á sus esclavos armadura y caballo, y mandando izar bandera de guerra en la puerta Monaita, se vió prontamente rodeado de 500 caballos y de 4.000 infantes bien apercibidos. Puesto á la cabeza de estos voluntarios, cruzó la vega y se presentó en la plaza de Loja horas antes que

Requerimiento de los alfakís.

---

1. Pulgar, p. 3, cap. 58.

los cristianos tremolasen sus pendones en la cuesta.

Decision y valentía de Boabdil en la defensa de Loja.

La vista del enemigo inflamó el espíritu de Boabdil, y le hizo lanzarse á la pelea con desesperacion sombría. Algunos peones y caballeros cristianos, rezagados y sumergidos en los lodazares de las huertas, fueron víctimas cruelmente inmoladas á su furor. Seguido de sus granadinos y de un escuadron acaudillado por Izam Ben Aliatar, hijo del anciano alcaide de este nombre, corrió á disputar al marqués de Cádiz, á D. Alonso Aguilar y á los demás hidalgos la posesion del campo y trabó una encarnizada pelea: los moros disparados la cuesta arriba embestian lanza en ristre, ciaban diezmados por el fuego de las espingardas y por los tiros de saetas, y reiteraban las cargas con mayor ardimiento. El suelo quedó en breve sembrado de caballos y de ginetes heridos y muertos; Boabdil mismo, notable por su gallardía y por su fina y reluciente armadura, se expuso indiscreto á la vista de los tiradores del marqués de Cádiz y recibió dos heridas: los Abencerrajes acudieron y le retiraron anegado en sangre y desmayado.

Ataque vigoroso de los Gomeros.

Firmes los cristianos en su posicion, no sin pérdida de muchos valientes, estuvieron casi á punto ser desalojados con nuevo y mas vigoroso ataque. Hamet el Zegrí, cuyo pecho soberbio no se acobardaba con los reveses de la fortuna, habia acudido desde Málaga con el residuo de sus Gomeres. Sus soldados, cetrinos y torvos y defendidos con escudos anchísimos, blandian cimitarras gruesas y manejaban hermosos caballos berberiscos: una vez metidos á la pelea, consentian morir despedazados antes que volver la espalda. Á la voz de Hamet, arremetieron con algazara los terribles africanos, y rompieron una

línea que hasta aquel momento se habia mantenido delantera. El marqués de Cádiz, el conde de Ureña, D. Alonso Aguilar y demás caballeros apiñaron su gente, y haciéndola poner las picas horizontales, opusieron un muro de acero á los ginetes bárbaros. Hamet el Zegrí animaba á los suyos con su voz y su ejemplo, pero amilanado con el eco de las trompetas cristianas tocadas á retaguardia, se distrajo y corrió á cerciorarse del orígen de este sonido. Las banderas del rey Fernando que seguian con el resto del ejército los pasos de la vanguardia, asomaban por las colinas de la otra parte de la ciudad, y los músicos reiteraban toques para confortar á los suyos y desalentar al enemigo. Hamet, sorprendido con esta novedad, se replegó á guarnecer la poblacion é impedir el peligro de un asalto repentino. La oportunidad del socorro evitó una catástrofe, tal vez mas lamentable que la ocurrida durante el anterior asedio.

Cerco de Loja.

El rey Católico asentó sus reales apoyándolos en una colina que domina á Loja por la parte de poniente y los extendió por toda la cuesta hácia el valle del Genil: para vadear este rio y dirigir los ataques contra puntos diversos, se construyeron dos puentes de madera: tambien se rodearon las estancias con fosos y empalizadas para evitar las escaramuzas continuas y la inquietud que causaban los Gomeres, y por último, se destacaron partidas de caballería con órden de rondar en torno del campamento. Tocó un dia este cargo á la gente del duque del Infantado, cuyo señor mandó á D. Pedro Carrillo de Albornoz que se situase con un destacamento de caballería en el camino de Granada. Estando los ginetes cristianos al acecho en medio de unos olivares sorprendieron un peloton de 30 aventureros granadinos

Sorpresa de unos aventureros.

que venian al socorro de Loja. Los cautivos, conducidos á presencia del rey y examinados uno á uno por intérpretes, refirieron pun ualmente las exclamaciones del santon en las plazas del Albaicin, la intervencion de los alfakís, sus reconvenciones á Boabdil por la negligencia en socorrer á Loja, y sobre todo los aprestos que hacia el Zagal con intenciones de defender la misma plaza.

Prevenciones del rey: nuevo ataque.

Con tal aviso mandó D. Fernando fortalecer las trincheras, dobló las avanzadas, distribuyó la gente en las posiciones convenientes para atacar y dispuso que la artillería se asestase por cuatro puntos simultáneamente. Cumplidas sus órdenes empezaron las lombardas á lanzar hierro y fuego sobre la ciudad y su alcázar. Exaltada la ira de Hamet el Zegrí, salió con toda la guarnicion y atacó furiosamente á los pabellones del rey. Los donceles y capitanes de la guardia Gonzalo de Córdoba, Antonio de Fonseca, Enrique de Guzman, Martin de Córdoba, Martin Alarcon, Juan de Almaraz, Luis Fernandez Portocarrero y el comendador Pedro de Rivera, aceptaron la batalla con sus compañías, y empeñaron una porfiada contienda que duró algunas horas. Fué entonces cuando el noble extranjero conde de Rivers, poseido de marcial entusiasmo con el espectáculo nuevo á sus ojos de un combate entre guerreros árabes y castellanos, quiso tomar parte en la contienda y batirse al estilo inglés. Para ello apercibió su cuadrilla, hechó pié á tierra armado en blanco con espada ceñida y una hacha de armas en la mano [1], y con admirable serenidad se lan-

Proezas del conde inglés lord Rivers.

[1] Bernaldez, M. S., cap. 79.

zó ante todos contra los moros. Hamet el Zegrí, enfurecido con la audacia del extranjero, que venia de luengas tierras á afligir al pueblo mulsuman, se empeñó en escarmentarle y arremetió bravamente contra sus arqueros; pero herido en su carrera tuvo que abandonar el campo. Las compañías de la guardia real y varios destacamentos de vizcainos y castellanos viejos al mando del marqués de Villena, acudieron á reforzar al conde inglés, y atacando con ímpetu arrollaron á los moros y entraron revueltos y confundidos con estos en las primeras calles de la ciudad.

Son ganados los arrabales de Loja.

Con tal ventaja se precipitaron los cristianos desde sus campamentos asaltando por todas partes, por puertas, por tapias, por tejados: unos y otros se animaron tan denodadamente que las calles de Loja quedaron en breve obstruidas con los cadáveres y enrojecidas con la sangre. Los granadinos se ofrecian indiscretamente á la muerte, y llegaban á herir con puñales, reputando ser salvos en la otra vida, si morian matando cristianos en esta. Tres horas duró la porfía sin que cesase entre tanto el fuego de las lombardas. Arrollados los moros y encerrados en el alcázar, se derramó la soldadesca por la ciudad, saqueando á discrecion y pasando á cuchillo á cuantos vecinos hubo á las manos. Cuenta Pulgar[1], que un pobre tejedor trabajaba en su casa sin alterarse por lo que pasaba en aquella hora: su mujer y sus vecinos le suplicaban que huyese al castillo como lo hacian los demás; pero el moro respon-

Dicho y resignacion de un tejedor.

dió: «¿Y á donde vamos que nos libertemos del «hambre y del hierro? Por no ser testigo de los

---

[1] Parte 3, cap. 58.

«males de mi patria, ni ver á Loja convertida en «sepultura de sus vecinos ó en morada de cris«tianos, quiero mas morir ahora á hierro que «despues con hierros." Con esta resolucion quedó el musulman en su telar hasta que entraron los enemigos y le degollaron. Los cristianos tuvieron mucha pérdida. Lord Rivers fue herido de una pedrada que le derribó dos dientes, y muchos de sus arqueros fenecieron en el campo y en las calles. Al dia siguiente fueron sacados y quemados en unas hazas lejanas todos los cadáveres. Ganada la ciudad, la artillería fué conducida hasta los mismos cimientos del castillo y preparada para lanzar fuego incesante contra sus torreones. Apenas podian ejercitarse en la defensa los hombres de armas, entorpecidos por el gentio refugiado en el estrecho recinto. Cada bala desplomada sobre la fortaleza acongojaba á las mujeres y á los niños, y les hacia prorumpir en alaridos lúgubres. Los maestros de artillería cristiana, que no desconocian tal afliccion, dirigieron los tiros á un torreon endeble, coronado de moros y moras, é hicieron caer á unos arrebatados por las balas y sepultaron á otros entre las ruinas. Para aumentar la turbacion tiraron con una máquina tres flechas con sacos de combustibles; los cuales cayeron brotando llamas y propagándolas por las estancias donde yacian los heridos y los enfermos.

Apuro de los cercados en el castillo.

Conociendo los sitiados la inutilidad de sus esfuerzos, afligidos con la horrible tortura á que estaban reducidos sus niños y sus mujeres, viendo heridos entre otros á Boabdil y á Hamet el Zegrí y muertos á muchos capitanes y alcaides de valor acrisolado, trataron de enarbolar bandera de parlamento. Opusiéronse á ello el príncipe Desventuradillo, sus alcaides y caballeros, por-

que temian que el rey Fernando, indignado de la infidelidad de sus promesas, saciase su cólera con un duro y ejemplar escarmiento. En esta incertidumbre Izan Ben Aliatar dijo á Boabdil: «Señor, «no se me ocultan los inconvenientes de entre«garnos á merced de los cristianos; pero los «tiempos mudan los consejos." Vencida la indecision del príncipe, se hizo señal desde el castillo, á la que correspondieron los sitiadores suspendiendo el fuego de la artillería. Gonzalo de Córdoba, que defendia una posicion junto á la torre llamada de Benjebit, fué el elegido para conferenciar con los cercados, ya porque sabia el árabe y ya tambien porque era particular amigo de Boabdil, á quien obsequió y sirvió durante su cautiverio en Porcuna. Tambien el marqués de Cádiz celebró una conferencia secreta con Hamet el Zegrí. Gonzalo subió al alcázar, y conducido á presencia del rey moro le hallo recostado sobre unos almohadones muy abatido y quejándose de sus heridas. «Muy excelente señor, «le dijo el jóven cristiano: ¿qué hace vuestra «señoría, que no se somete á la razon y todo lo «aventura á la fortuna? Cuanto mas resistais, «tanto mas perdeis, porque el monarca está de«terminado á no alzar su hueste hasta ver el fin «de su empresa. Y no crea vuestra señoría, que «su alteza abrigue odio contra vos por lo pasado; «cuanto mas en desgracia esteis, tanta mas cle«mencia hallareis en su corazon." La respuesta que Gonzalo obtuvo de Boabdil, fué esta: «Se«ñor alcaide, espero merecer hoy de vos una bue«na obra, que añadiré al número de las muchas «que de vos he recibido. Aqui estoy condenado «por mi destino no á imponer condiciones, sino «á recibirlas: en manos del rey, mi señor, pon«go mi persona y este alcázar. Lo que únicamen-

Conferencias.

«te pido á vos, Sr. alcaide, y suplico á S. A. es «que mire con ojos compasivos á los infelices «moradores y huéspedes; para mí no imploro «misericordia[1].” Hamet el Zegrí habló al marqués de Cádiz, y le hizo presente que las proposiciones de Boabdil eran demasiado vagas, y que convenia fijar definitivamente la suerte de todos los cercados. Al fin quedó concertada la entrega del castillo ofreciendo Fernando no reconvenir á Boabdil por su conducta pasada, para lo cual abdicaria éste el carácter de rey de Granada y habia de sostener guerra sin tregua con su tio; otorgarle el título de duque ó marqués de Guadix y su señorío si era ganada esta ciudad antes de seis meses; á no ser así, seguridad y grandeza en Castilla; á los vecinos y militares se les permitiria salir con sus muebles, pasar á África ó Granada, y al que quisiera, poblar en Castilla, Aragon ó Valencia. Exigidos rehenes, se dieron á merced del vencedor el alcaide de la fortaleza, los hijos de Aliatar y otros vecinos principales, y fueron aposentados cortesmente en las tiendas de los mas ricos señores; y en seguida D. Álvaro de Luna, señor de Fuentidueña, nombrado gobernador, ocupó la fortaleza. Los vecinos y moros de guerra abandonaron á Loja, y las mujeres al salir prorumpieron en tan amargo llanto por la pérdida de sus hogares, que los mismos vencedores se compadecieron. El marqués de Cádiz escoltó á los desterrados largo trecho, para evitarles en el camino robos y desmanes de la soldadesca, y no les abandonó hasta dejarlos en

Capitulacion

Entrega de la fortaleza. A. 1486 de J. C.: 29 de mayo.

---

[1] Pulgar el de las Hazañas, *Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, pág. 183.

término seguro[1]. Boabdil, lastimado con sus heridas, pálido y casi desfallecido, salió con Gonzalo de Córdoba, llegó á besar la mano del rey, y dijo por medio de su intérprete: «Creed, muy «poderoso señor, que por necesidad y no volun«tariamente he andado fuera de vuestro servi«cio: vuestra clemencia y mis infortunios me «obligan á servir para siempre á V. A." El rey le respondió con dulzura y sagacidad y le hizo trasladarse á Priego, para que físicos cristianos curaran sus heridas: cicatrizadas éstas, se trasladó á Lorca, para urdir conspiraciones contra el Zagal y fomentar por consejo de Fernando los rencores de los bandos de Granada[2].

Conducta de Boabdil.

Alegría de la reina.

La reina supo en Córdoba la conquista de Loja, y celebró este suceso repartiendo limosnas y consolando con dádivas cuantiosas á los cautivos rescatados. Sabedora de las proezas del conde inglés, le envió un regalo de doce caballos, de una magnífica tienda de campaña y de ropas y joyas de exquisito gusto. El rey le visitó en su tienda, y le consoló por la pérdida de los dientes. «Dios, dijo agudamente el inglés, que ha «hecho esta fábrica, quiso abrir en ella una ven«tana para ver mejor lo que pasa dentro."

Conquista de Illora, Moclin, el Salar y otros lugares: junio.

Á la conquista de Loja siguieron la de Íllora, donde habia una guarnicion de 200 negros, la de Moclin, Montefrío y Colomera: por los mismos dias Hernan Perez del Pulgar desalojó á los moros del Salar, fortaleza no lejos de Alhama, y en la cual fundan el título de marqueses sus ilustres

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 79.

[2] Pulgar el de las Hazañas, *Breve parte*, pág. 185. Zurita, lib. 20, cap. 68.

nietos. El rey, puso término á la campaña, ejecutando una rigorosa tala en la vega, y rechazando los ataques de los granadinos empeñados en estorbar la terrible devastacion.

Venida de la reina Isabel á los reales: 11 de junio.

El ejército, ocupado en cercar á Moclin, supo que la misma reina Isabel habia salido de Córdoba, y que se encaminaba al campamento para conocer y premiar á los valientes. Con esta noticia soldados y caballeros se sintieron arrebatados de entusiasmo. Con aviso del viaje de la heroina, se adelantaron á recibirla con gran comitiva el marqués de Cádiz y el adelantado de Andalucía, y aguardaron á la comitiva real junto á la Peña de los Enamorados. La reina saludó al marqués con singular benevolencia, porque le estimaba como á la flor y espejo de la caballería, y se encaminó por Archidona á Loja. En esta ciudad se detuvo, consolando á los caballeros heridos y socorriendo á los soldados mas infelices con dineros y ropas, y luego partió para el campamento de Moclin. Á media legua de distancia apareció el duque del Infantado con un séquito de brillantes caballeros; despues asomó una hueste de guerreros sevillanos, armados de hierro, y guiados por el pendon de su antigua ciudad; y últimamente se presentó el gran prior de S. Juan con la caballería de su órden. Al llegar la reina se pusieron todos á la izquierda del camino en batalla.

La señora venia en una mula castaña, aparejada con una silla guarnecida de plata dorada; sobre las ancas ondeaba una gualdrapa de terciopelo carmesí, bordada de oro; las falsas riendas y la cabezada del jaez eran de raso, entrelazadas con letras de oro, y bordadas de lo mismo. Vestia un brial de terciopelo y debajo una saya de brocado; traia un manto de grana á usanza

de las princesas árabes y un sombrero negro con guarniciones en la copa y ala. La infanta venia en otra mula castaña guarnecida de plata blanca; y su vestido era un brial de brocado negro y un capuz ricamente guarnecido á semejanza de los que usaban las doncellas de la nobleza granadina. Las damas cabalgaban tambien en mulas con ricos atavíos.

Ceremonia de recibimiento.

La reina al llegar á la línea avanzada, hizo una reverencia al pendon de Sevilla, mandó que le pasasen á mano derecha y saludó al duque y al prior. En seguida salieron los caballeros y donceles corriendo por el camino, y figuraron los lances de una batalla para divertir á la señora, y hacer muestras de gentileza á los ojos de las damas.

En esto salieron á recibirla algunos batallones del cerco y la saludaron humillando sus banderas acribilladas. Llegó entonces el rey, montado en un soberbio caballo castaño muy enjaezado, y asistido de muchos grandes de Castilla con trajes y monturas maravillosas. Al encontrarse los augustos esposos se hicieron tres graves cortesías; la reina se quitó el sombrero, y quedó con una cofia de seda. Fernando se acercó entonces, la abrazó y la besó en una mejilla; asimismo abrazó á la infanta, y despues de santiguarla imprimió un beso paternal en su boca.

Gallardía y lucimiento del conde inglés.

En pos del rey se presentó el conde inglés muy pomposo y en extraña manera. Venia armado en blanco y montado á la guisa en un caballo castaño, cuyos paramentos de seda, sembrados de estrellitas de oro, barrian el suelo. Sobre las armas traia un ferreruelo francés; embrazaba un broquel redondo con bandas de oro, y cubria su cabeza con una cimera vistosísima que todos admiraron. En torno suyo venian cin-

co pajes vestido de seda y oro, y montados en hermosos caballos encubertados, y ciertos gentiles hombres de Inglaterra, que desplegaban el mismo lujo. Al llegar lord Rivers saludó con mucha cortesía á la reina, á la infanta y al rey, á cuyo saludo contestaron las personas reales con singular benevolencia. En seguida picó á su caballo, y anduvo un rato saltando á un lado y á otro, y ejecutó con garbo y gentileza las posiciones mas difíciles del ginete. Los reyes y la infanta le elogiaron y se trasladaron á las tiendas que les estaban preparadas. La reina continuó con el ejército durante esta campaña, adoptando las disposiciones para la seguridad de las fortalezas conquistadas, que habia sido el principal objeto de su venida[1].

Apenas supieron los granadinos la rendicion de Loja, la humildad con que el rey Chico habia obtenido la clemencia de Fernando, su promesa de mantener guerra contra la mitad del reino, y sobre todo la debilidad de trocar su corona por el señorío de Guadix, se enardeció el Zagal y se anticipó á exterminar á todos los enemigos declarados, y aun á aquellos cuya tibieza hacia sospechar que estaban iniciados en proyectos en su sentir execrables. Empeñado en un sistema de terror, condenó á muerte á unos, encarceló á otros y confiscó sus haciendas. Los proscriptos que pudieron escapar de estas horribles venganzas, corrieron al lado de Boabdil, curado de sus

Indignacion de los granadinos contra Boabdil.

---

[1] La descripcion del recibimiento hecho á la reina y todos los demás detalles están puntualmente ajustados á la narracion de Bernaldez. *Histor. de los Rey. Catól.*, M. S., cap. 80. Véase Galindez Carvajal, *Memorial ó registro breve*, M. S., año 86.

heridas por médicos castellanos, establecido con un simulacro de corte en la villa de Vélez el Blanco, y constituido, con incursiones sangrientas de los Abencerrajes que le asistian, en azote de las comarcas sometidas á la autoridad de sus rivales. El Zagal, no reparando en los medios de perder á su sobrino, envió embajadores provistos de venenos sutiles para emponzoñarle durante una conferencia, que debian solicitar bajo pretexto de dirimir sus discordias. Advertido Boabdil de este alevoso proyecto, rehusó darles audiencia, delató á su tio ante toda la España como usurpador y asesino, y le escribió diciendo: «No «he de aplacar mi sed de venganza, hasta ver «clavada tu cabeza en una puerta de la Alam«bra[1].»

Acechanzas del Zagal contra su sobrino.

Expedicion osada de Boabdil. A. 1487 de J. C.: enero

Los Abencerrajes y demás proscriptos estimulaban vivamente á Boabdil para que se dejase de amenazas y se arriesgara á empresas graves y heróicas, sin las cuales no debia esperar su pronta restauracion. «No direis nunca que faltó á «mis deberes, respondió el rey Chico; aventuré«monos á vencer ó morir.» Con tal decision cabalgó en compañía de un corto número de valientes, y atravesando durante un dia y dos noches por solitarias selvas y por las ásperas cordilleras que se extienden desde Vélez el Blanco á Granada, llegó una madrugada al pié de los torreones del Albaicin. Escondidos los que le escoltaban en un paraje cercano, se aproximó con cuatro ó cinco de los mismos caballeros, y comenzó á golpear con resolucion en la puerta de Fajalauza. Las velas y escuchas acudieron á

[1] Pulgar, p. 3, cap. 65.

reconocer al que llamaba en hora tan intempestiva, y al columbrarle á la luz de una antorcha se sorprendieron y le facilitaron la entrada con toda su comitiva. Sin pérdida de momento corrieron Boabdil y sus amigos las calles del Albaicin, llamando en las puertas de los moradores mas influyentes, é intimándoles que saltasen de sus lechos para tomar las armas en defensa del legítimo soberano. En breve sacudieron el sueño los habitantes de aquel barrio, y reunidos muchos en su plaza elevaron vivas y aclamaciones.

Entra en el Albaicin.

No bien el Zagal supo al amanecer que su sobrino estaba apoderado del Albaicin, mandó desplegar en las almenas de la Alhambra las banderas de su divisa y despertar á todos los vecinos de Granada con el lúgubre sonido del añafil de guerra. En breve acudieron al palacio árabe los destacamentos negros, la guardia africana, la implacable tribu de los Zegríes y muchos caballeros intrépidos. Resuelto el combate, bajaron las cuadrillas por la calle de Gomeres, poblando el viento con sus amenazas y clamores, y ocuparon la explanada conocida hoy por la *Plaza Nueva*. Los Abencerrajes y habitantes del Albaicin, que esperaban atrincherados en las calles de enfrente, arremetieron con bravura, y trabaron una pelea, en que perdieron la vida centenares de jóvenes bizarros: viniendo estrecho á los combatientes el recinto de la plaza, suspendieron por un instante los horrores de la batalla para desafiarse en mitad de la vega. Ambos bandos salieron al campo, y pelearon encarnizados toda la tarde; ya oscurecido se retiraron á la ciudad, y renovaron por muchos dias sus desafíos y escaramuzas y sus refriegas bárbaras. Era tal la saña que aquejaba á estas facciones insanas, que apenas caia en manos de los contrarios un desafecto ó

Refriegas en las calles de Granada

sospechoso, moria en el mismo instante acuchillado con ferocidad[1].

Continúan las hostilidades: febrero.

El Zagal, hallándose con fuerzas superiores á las de su sobrino, resolvió bloquear el Albaicin y estrechar á sus enemigos con el cansancio y el hambre. Los moradores de aquel barrio, tintoreros, tejedores y comerciantes de sedas los mas, vieron prontamente interrumpidas sus negociaciones y su crédito, y escucharon en el seno de sus familias reconvenciones y sollozos por tan prolongados padecimientos. Boabdil, cerciorado de la mudanza en el ánimo de sus parciales, recurrió para sostener su poder efímero á un medio vulgar, que ha contribuido no poco á hacer odiosa su memoria. Escribió á D. Fadrique de Toledo, caudillo mayor de la frontera cristiana, pidiéndole pronto socorro, para evitar que sus partidarios traidores le entregasen en manos del Zagal, y por consiguiente á instantánea muerte.

Apoyo de los cristianos: marzo

D. Fadrique, que tenia instrucciones reservadas del rey Fernando para atizar la discordia en Granada, y enredar en guerra perdurable al tio y al sobrino, reunió gente á pié y á caballo, y caminó hácia Granada en pos del mensajero despachado para Boabdil con respuesta favorable. Apenas columbró el príncipe *Desventuradillo* desde los torreones del Albaicin las banderas y lanzas cristianas hácia la sierra Elvira, desechó sus temores y renovó su sed de venganza; y para dar una prueba de deferencia á los auxiliares y felicitar á D. Fadrique, dispuso que el alcaide Aben Comixa, principal corifeo de su partido, se adelantase con un escuadron.

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 68. Mármol, *Rebel.*, lib. 1, cap. 13. Conde, p. 4, cap. 38. Zurita, lib. 20, cap. 70.

Al llegar los cristianos á las inmediaciones de Granada, salió á recibirlos el mismo Boabdil; pero se detuvieron ante una respetable línea de batalla formada por la tropa del Zagal, informado de la gente que venia en auxilio de su sobrino. Sorprendido D. Fadrique tomó posicion en los olivares de unas caserías inmediatas, y recelando que hubiese algun plan de envolverle desapercibido, retuvo á Boabdil al lado suyo, y advirtió á Aben Comixa que se adelantase con su escuadron á provocar al enemigo. El Zagal se mantuvo en sus posiciones, y habiendo destacado algunas parejas en escaramuza con los Abencerrajes de Aben Comixa[1], dió con sus trompetas la órden de retirarse á la ciudad, avergonzado de que los caballeros cristianos fuesen testigos de sus discordias fratricidas; D. Fadrique se alejó algun trecho, y pernoctó no lejos del puente de Cubillas.

Lance peregrino en la Alhambra: marzo.

Á la mañana siguiente las avanzadas vieron llegar al campamento á un caballero árabe con una escolta. Sus trompetas significaron que era un parlamentario del Zalgal, que pedia audiencia, y D. Fadrique que no tenia motivos para negarla, admitió al moro en su misma tienda. Era un emisario del Zagal encargado de malquistar al caudillo cristiano con Boabdil y de proponerle una alianza con Castilla, bajo condiciones mas ventajosas que las estipuladas con el sobrino. D. Fadrique dió esperanzas al moro, y envió á la Alhambra á conferenciar con el rey á uno de los caballeros mas intrépidos y discretos de su hueste, al comendador D. Juan de Vera, al mismo elegido antes

[1] Pulgar, p. 3, cap. 68.

por los reyes para pedir las parias á Muley. Conducido el jóven cristiano al palacio fué recibido por el monarca con singular cortesía y afabilidad, y no pudo regresar al campamento ya porque hubo que platicar largamente y anocheció y ya porque el Zagal quisò aposentarle en uno de los voluptuosos salones de la Alhambra y servirle una cena espléndida.

Á la mañana siguiente un moro palaciego, que pasaba entre los suyos por chistoso y burlon, tuvo la audacia y grosería de convidar al comendador á una fiesta solemne que celebraban varios alfakís en una mezquita. «Los criados de D.ª Isa«bel de Castilla, dijo D. Juan (lanzando sobre el «moro una mirada de arrogancia y de desprecio), «que llevan sobre el arnés la enseña de Santia«go, no entran en los templos de Mahoma, sino «para echarlo por tierra y pisarlo." Agraviado el moro con el resultado de su jovial invitacion contó el lance á un renegado de Antequera, y acompañado de éste volvió á presentarse ante D. Juan, en ocasion de hallarle entretenido en una partida de ajedrez con el alcaide de la Alhambra: el apóstata y su amigo hicieron comentarios impuros sobre algunos misterios de la religion cristiana. Enardecido el comendador les dijo con mucha prudencia: «Bien hareis en dejar una plática, que «ni creeis ni entendeis." Los dos moros prosiguieron contumaces, hasta el caso de descender á comparaciones obscenas entre la purísima Vírgen María y Amina la madre de Mahoma. Frenético al oir tal blasfemia, arrojó D. Juan el tablero y trebejos y desnundando su espada con una celeridad y desenvoltura maravillosa, asestó tan *fermosa cuchillada*, segun Bernaldez, en la cabeza del moro, que el malhadado cayó sobre el pavimento como herido de un rayo, arrojando

en un punto su sangre y su alma. El apóstata de Antequera, al ver su compañero herido de muerte, y al considerarse puesto al alcance de un segundo golpe, escapó ligero por las galerías del palacio, dando alaridos y pidiendo favor. A la novedad de corridas y voces se asustaron la sultana y las damas del harem, y acudieron eunucos, negros, guardias y palafreneros, con palos, cimitarras y puñales. Azuzados por el antequerano cercaron á D. Juan con ánimo de vengar la muerte del moro; pero el cristiano lejos de arredrarse arremetió contra la villana muchedumbre, y sereno y firme dejó tendidos á sus piés á los mas osados y ahuyentó y apaleó á los restantes. En esto apareció el rey y restableció la paz; y como se hubiese informado del caso y de los motivos que habian ocasionado tal alboroto, prendió al renegado y le castigó ejemplarmente, para que en lo sucesivo ningun dependiente de palacio osase injuriar á caballeros cristianos que recibian hospitalidad en el regio alcázar.

No cesó con esto el peligro de D. Juan; cundió por la ciudad la noticia de que habia cristianos ocultos en la Alhambra é introducidos sin duda por gente traidora. El populachó alarmado con tales exageraciones corrió á la fortaleza exigiendo la muerte de cualquier cristiano que hubiese en su recinto, y de los cortesanos pérfidos que encubrian á los enemigos. El Zagal, con este compromiso, se apresuró á poner en salvo á D. Juan, proporcionándole un veloz caballo y un disfraz, y haciéndole salir con una escolta por una puerta excusada. El jóven cristiano atravesó por medio de las turbas que pedian su cabeza, y apenas salió al campo aflojó riendas, y protegido por la escolta mora llegó galopando á los pabellones de D. Fadrique. Apenas desmon-

tado despidió con protextas de amistad inalterable á los enemigos que le habian puesto en salvo genorosamente, y contó á su jefe y á sus compañeros los lances de la embajada. D. Fadrique publicó la proeza del comendador, le regaló un magnífico caballo, y escribió una carta al Zagal dándole las gracias por su fino comportamiento. La reina Isabel, á quien complacian extraordinariamente los rasgos de valor y los hechos de armas peregrinos, premió el arrojo del bravo caballero con singulares distinciones y con una merced de trecientos mil maravedís[1].

Entran en Granada varios caballeros cristianos y pelean contra el Zagal: marzo.

D. Fadrique de Toledo se retiró á Loja, y perseveró en su política sagaz prestando apoyo al partido mas débil en Granada, para que balanceadas constantemente las fuerzas, se devorasen los moros en una guerra incesante sin esperanza de terminarla por transaccion ó por victoria. Muchos partidarios de Boabdil y todos los habitantes del Albaicin, mostrábanse ya tibios, y reconociendo al Zagal como su único rey querian poner término á las convulsiones horribles que cubrian de luto á sus familias. Los cristianos, que procuraban ante todo mantener en Granada la divergencia de los partidos, no pudieron permanecer inertes con el nuevo rumbo de los negocios, y corrieron con tropas y con cargas de dinero á restablecer el equilibrio de la

---

[1] Bernaldez refiere con mucha concision este lance en el capítulo 57 de su *Historia* M. S., y varía en el año. Alonso Lopez de Haro (*Nobiliario genealógico*, lib. 5, cap. 15, en D. Juan de Vera) cita las relaciones historiales del mismo Bernaldez en las cuales están rectificadas algunas inexactitudes de dicha *Historia*. W. Irving inserta en la edicion inglesa de su *Crónica* un episodio sobre el mismo suceso, que el traductor español ha suprimido con acierto.

contienda y á reanimar los furores anárquicos del populacho. Gonzalo de Córdoba, alcaide de Íllora, Martin Alarcon, gobernador de Moclin, amigos ambos de Boabdil desde su cautiverio en Porcuna, eran los directores inmediatos de estas intrigas, auxiliados por Fernan Álvarez Sotomayor, alcaide de Colomera, por Alonso de la Peñuela y por Lope Sanchez de Valenzuela, capitanes á caballo de las guarniciones de Loja y Alhama. Asistidos estos caballeros de fuertes destacamentos y acordes con Boabdil entraron una madrugada por la puerta de Fajalauza, y pasaron á recibir órdenes al palacio de Aben Habuz. El rey Chico les recibió con placer inefable, y mostró doble regocijo cuando vió brillar el oro que Gonzalo ponia á disposicion suya para reanimar el espíritu de sus volubles partidarios. Millares de soldados atraidos por la codicia, se alistaron aquella misma noche: al siguiente dia Gonzalo de Córdoba atacó con su compañía de espingarderos la línea de trincheras formadas por los parciales del Zagal en las entradas del Albaicin, para bloquear rigorosamente é interrumpir á los de aquel barrio sus comunicaciones con la ciudad. El estruendo de las descargas vivamente contestadas no cesó de lastimar en toda la mañana los oidos de los granadinos. El Zagal reforzó su línea con bizarros destacamentos de Guadix y Baza, apostó tiradores en las casas, apagó los fuegos de los espingarderos cristianos, y obligó á Gonzalo á replegarse.

Viendo éste las ventajas del Zagal en sus combates dentro de la ciudad, acordó empeñarle en una batalla campal, por medio de una estratajema. Seguro de que apenas columbrase el rey moro tropas cristianas en corto número no lejos de la ciudad habia de atacarlas, dispuso que

Alonso de la Peñuela con la caballería de Loja, y Lope Sanchez de Valenzuela con la de Alhama, se presentaran por el camino de Armilla y Alhendin, y que Boabdil emboscase fuerzas en las alamedas y huertas para sorprender entre dos fuegos á los que saliesen. En efecto, no bien las dos compañías cristianas empezaron á caminar en la direccion indicada, vieron destacada de la ciudad una fuerte columna de caballería; y si bien el Zagal quiso trabar desde luego la pelea, no faltaron capitanes astutos que presumieron el ardid, y le obligaron á permanecer con mayores fuerzas á retaguardia. «Señor (le dijeron los gene«rales Zafarfal y Manfot), mas necesario es á «un caudillo mirar á la espalda que no á la de«lantera." Este aviso prudente hizo al rey esplorar el terreno y le proporcionó descubrir en *La Almorava* (hoy huerta de S. Jerónimo y calle de S. Juan de Dios) las tropas emboscadas de su sobrino. Las débiles batallas de Boabdil, envueltas repentinamente, fenecian á hierro y muy pocos de los suyos habrian escapado si no hubiesen acometido Gonzalo de Córdoba y Fernan Álvarez Sotomayor, que formaban con toda su caballería en el *Grande Osario* (hoy el Triunfo), para estar á la mira de cualquier peligro. Turbada la gente del Zagal con este refuerzo inesperado, corrió en pelotones á encerrarse en la ciudad por la puerta de *Bib Almazan* (placeta de la Trinidad), hasta cuyos umbrales llegó el mismo Gonzalo hiriendo fugitivos; pero reforzados éstos con numerosos voluntarios, volvieron á salir, dieron una terrible embestida y recobraron su posicion[1].

---

[1] Pulgar el de las Hazañas, *Breve parte* &c., pág. 154.

Los unos se retiraron al Albaicin y los otros á la ciudad, abandonando el campo sembrado de cadáveres. Por espacio de dos meses reinó la anarquía en la bella Granada. La faccion del Albaicin entraba en las calles y barrios hostiles, saqueaba casas, inquietaba las familias y dejaba señales de su venganza con algun cadáver; los partidarios del Zagal reiteraban la misma escena y ejercian crueles represalias.

En vano algunos alfakís, viejos y labradores honrados quisieron poner término á esta guerra fratricida, y en vano Mahomad el Jebit habló á los caudillos de ambos bandos con palabras conciliadoras. El astuto Gonzalo, que vió preparados los ánimos para una transaccion, redobló su vigilancia, sedujo al Chorrud, uno de los alfakís mas influyentes entre el populacho, y atizó mas y mas el fuego de la discordia. Para asegurar á los partidarios de Boabdil, les prometió á nombre de los reyes grandes mercedes y permiso de comerciar en Castilla, y amenazó con escarmiento ejemplar al perjuro que se mostrase inclinado á otorgar treguas ó alianza con el Zagal [1]. Sembrada así la cizaña, y dejando á los partidos engolfados en un lago de sangre, retiráronse Gonzalo de Córdoba, Fernan Álvarez, Martin Alarcon y los demás caballeros á sus fortalezas respectivas. Sagacidad é intrigas de Gonzalo de Córdoba.

El rey Fernando habia bajado á Córdoba y se ocupaba en proseguir el hilo de sus intrigas en Granada, y en emprender operaciones importantes contra las ciudades mas fuertes del mismo Preparativos militares de Fernando.

[1] Los detalles de Pulgar el de las Hazañas sobre la entrada de Gonzalo de Córdoba en Granada son prolijos é interesantísimos.

A. 1487: abril.

reino. Los grandes y capitanes de su consejo vacilaban sobre el punto adonde convendria dirigirse: unos eran de opinion que contra Baza y Guadix, por ser como dos baluartes avanzados, de cuya rendicion dependia la de Granada: otros querian ocupar la costa, para aislar al enemigo y privarle de socorros exteriores. Puso término á la incertidumbre de Fernando la noticia de que el sultan Bayaceto II, que amenazaba á la Europa de Oriente, habia suspendido sus guerras pertinaces y confederádose con el de Egipto, para renovar las glorias del imperio musulman y sostener á los moros en Granada, como posicion ventajosa en lo postrero de Europa, desde la cual la cristiandad tenia divertidas su atencion y sus fuerzas. El mismo Bayaceto preparaba una escuadra para apoderarse de Sicilia[1], comunicarse con el África, poner en efervescencia sus tribus bárbaras, y realizar los vastos planes de dominacion europea que concibieron en el siglo VIII los vencedores del Guadalete.

Recelo por el progreso y amenazas de los turcos.

Entusiasmo religioso y caballeresco en España.

Estas noticias sembraron la consternacion en toda la España, y despertaron el mismo fervor y el mismo espíritu romanesco que en siglos anteriores habia conmovido á los cruzados. Una circunstancia feliz daba á la empresa mas alto merecimiento. La primera dama de su siglo, heroina inmortal, tremolaba el pendon santo de esta guerra. Así la conquista de Granada, indispensable para la unidad de la península y para la salvacion de la Europa amenazada hácia el Oriente por la raza asiática, inspiró á la noble y generosa caballería castellana y aragonesa un es-

---

1 Zurita, lib. 20, cap. 70.

tímulo patriótico y religioso, semejante al que condujo á Godofredo de Bullon y á Ricardo Plantagenet ante los muros de la ciudad santa. Las crónicas de aquel tiempo nos refieren con una minuciosidad que sería prolijo repetir, los nombres y linajes de los caballeros reunidos á principios de abril para campaña; componian con sus gentes un ejército de veinte mil caballos y cincuenta mil infantes. Unos aconsejaban al rey que se dirigiese contra Málaga, puerto importante y emporio de un comercio activo entre los moros y judíos andaluces y sus correligionarios de Egipto y Siria: la misma ciudad era la escala por donde los marroquíes suministraban á los granadinos dinero, armas de Fez, caballos y reclutas feroces. Otros consideraban mas prudente ocupar á Vélez y sus términos para interrumpir la comunicacion entre Granada y Málaga y asegurar el buen éxito en el cerco posterior de esta plaza, cuyos elementos de resistencia eran formidables.

Opiniones sobre el plan de campaña.

Conforme el rey con esta opinion, acordó partir de Córdoba en 7 de abril. El dia mismo de la salida cerca de las dos de la madrugada, un espantoso terremoto conmovió á la ciudad é infundió muy hondo pavor en las gentes tímidas. Estas presagiaban con tal accidente, catástrofes en el ejército expedicionario; mas los ánimos esforzados lo explicaban como un fenómeno natural y aun lo aplaudian como un anuncio de que el imperio musulman se bamboleaba.

Sale el rey de Córdoba. A. 1487 de J. C.: 7 de abril: sábado.

Sin arredrarse Fernando con vulgares pronósticos, salió de Córdoba, y mandó al artillero mayor Francisco Ramirez de Madrid, acantonado en Écija, que se pusiese en movimiento: para la escolta de sus trenes fueron destacados el maestre de Alcántara, Martin Alonso de Monte-

mayor, y los alcaides de Lorca y Carmona con las gentes de su mando. El rey continuó con el ejército, dió algun respiro á la tropa en las márgenes del rio Yeguas, y asentó sus reales en la vega de Archidona. Los elementos parecian conjurados contra los cristianos: un furioso temporal de aguas y vientos arreció por aquellos dias convirtiendo en pantanos á las llanuras y en torrentes embravecidos á los riachuelos mas humildes; muchos soldados murieron yertos y hubo una considerable pérdida de acémilas ahogadas en el barro. El rey detúvose tres dias en Archidona, celebrando los oficios de Semana Santa

12 de abril: jueves santo.

y confortando á sus tropas. En la misma villa publicó la determinacion de conquistar á Vélez Málaga, y prosiguió la marcha. Al llegar á los extensos prados de la Fuente de la Lana camino de Alfarnate, mandó hacer alto y ordenó las batallas en dos divisiones. Capitaneaba la de vanguardia el maestre de Santiago, asistido por el marqués de Cádiz, D. Alonso Aguilar, el conde de Ureña, los duques de Medinaceli y de Placencia, el conde de Cabra, el clavero de Calatrava y otros grandes y ricohombres. El rey mismo acaudillaba la segunda division, acompañado por el conde Cifuentes, rescatado ya, por el comendador mayor, por D. Fadrique de Toledo, general de la frontera, y por otros muchos grandes, hidalgos y continuos de corte; en pos caminaba el recuaje escoltado por la gente de Jerez, Jaen, Úbeda, Baeza y Andújar. Ante todo el ejército marchaba de explorador el alcaide de los Donceles con 2.000 peones y muchos carpinteros y herreros, provistos de barras y picos, para facilitar el tránsito á la infantería, allanando los malos pasos, construyendo pontones en los arroyos, y clavando piedras grandes en los charcos. Ven-

Orden de las batallas y marcha difícil.

cidos no pocos obstáculos, y despeñados muchos bagajes al través de las sierras, el ejército cristiano dió vista á Vélez Málaga[1].

Situacion de Vélez Málaga.

Esta ciudad, á orillas del mar, enseñorea un valle apacible refrescado por las aguas del rio Vélez; bellas colinas reprimen los vientos incómodos y proporcionan á los habitantes un clima benigno. Su campo, cultivado prolijamente por los moros, producia granos, legumbres y frutas sabrosísimas; sus naranjas eran de singular regalo y sus dátiles almibarados como los de Zahara. En los contornos sombreaban parrales y sobresalian cipreses y árboles floridos, bajo cuyas copas los moros ricos pasaban en el seno de la paz y entre festivas zambras la estacion de la vendimia: en la cumbre de un cerro descollaba un castillo antiguo, y en su ladera se extendian la ciudad, cercada de muros, y dos arrabales defendidos tambien con albarradas y fosos. Habia entre los moros la tradicion de que la primitiva ciudad de Vélez existió en otros parajes; decíase que un príncipe árabe, amigo de Almanzor, tuvo una hija incomparable en hermosura y discrecion, y fabricó un palacio con jardines deliciosos para divertirla; el alcaide de Vélez, viejo brutal, se sintió arrebatado de amor hácia aquella beldad, pero mal correspondido, arrancó á la tímida doncella de los brazos de su familia y la ultrajó infamemente. El padre, ciego y despechado, armó sus vasallos, cercó la villa, degolló al raptor y á toda su raza, é incendiando

Tradicion morisca.

[1] Bernaldez, M. S., cap. 82. Pulgar, p. 3, cap. 69 y 70. Galindez, M. S., dice que el 19 de abril, año 87. Bernaldez, que el 16 y es lo cierto.

su alcázar y los edificios cercanos, dejó con las ruinas un testimonio de su venganza[1].

Consternacion entre los habitantes.

Los moradores de Vélez, resguardados por la sierras de Bentomis y por los castillos de Comares, Cómpeta y Benamargosa, poblados de moros fanáticos y cursados en la guerra, no habian experimentado los males de las incursiones cristianas; y por ello sintieron muy hondo pavor al ver desde sus almenas y azoteas desembocar las columnas del ejército castellano y aparecer en medio del mar muchas velas con rumbo hácia la playa. Eran las galeras del conde de Trevento y las carabelas reales mandadas por Diaz de Mena y Arriaran provistas de víveres y armas.

Disposiciones de Fernando.

Mientras llegaba la artillería retrasada en la vega de Archidona y en los pasos de la montaña reconoció el rey el terreno, asentó sus reales en las cuestas que median entre la ciudad y Bentomis, y aunque algunos capitanes le expusieron el peligro de que atacasen los moros de la sierra, rehusó mudar el campamento, diciendo que la vigilancia de sus soldados supliria la flaqueza de la posicion. Retirado á su pabellon y sentado á la mesa, sintió algazara repentina, voces, corridas y tiros de espingarda. Asomado á la puerta de su tienda vió un destacamento de infantería ed su guardia deshecho y acuchillado por los enemigos que habian salido de la ciudad. Empuñó el soberano su lanza, saltó en su caballo, sin mas armas de defensa que una coraza, y dirigiéndose con algunos criados y continuos en socorro de sus soldados, arremetió bravamente.

Sorpresa, peligro y valor.

---

[1] Vedmar, *Historia sexitana de la antigüedad y grandeza de Vélez,* lib. 1, cap. 1.

Los cristianos fugitivos revolvieron estimulados por el noble ejemplo de su monarca, y reprimieron al enemigo; Fernando se cegó tanto en la pelea, que se metió entre los moros y vió matar bajo su estribo á uno de sus palafreneros; poseido de ira se precipitó sobre el homicida y le sepultó su lanza en las entrañas. El marqués de Cádiz, el conde de Cabra, el adelantado de Murcia, Garcilaso de la Vega y Diego de Ataide, corrieron á la refriega, hicieron que el rey se alejase del peligro, y cargando en seguida contra los agresores les encerraron en la ciudad á botes de lanza.

Afectuosa amonestacion de sus caballeros y digna respuesta.

Los caballeros y soldados noticiosos del riesgo que habia corrido el soberano, acudieron á suplicarle que no expusiese su vida, de la cual pendia la salvacion de todos. «Agradezco, respondió «Fernando, vuestro interés; pero ¿cómo habia «yo de mirar con indiferencia á mis soldados en «peligro sin aventurar mi persona por salvarlos?" Todos admiraron la respuesta de su monarca, «porque veian, dice Pulgar, que como rey los gobernaba, y como buen capitan les socorria." La reina trasmitió á su esposo amantes quejas por su excesivo ardimiento, y para perpetuar la memoria de su hazaña, dió luego por armas á la ciudad de Vélez el retrato de un rey á caballo acuchillando moros en venganza del palafrenero muerto á sus piés[1].

Son asalta-

Escarmentados los moros en esta escaramuza,

[1] En el privilegio dado por la reina en 14 de setiembre de 1499 para conceder armas á la ciudad de Vélez se refiere este suceso con toda puntualidad: lo inserta Vedmar, *Histor. sex.*, lib. 1, cap. 3.

dos y ganados los arrabales: 17 de abril.

quiso Fernando combatir y ocupar los *Arrabales* (hoy de S. Sebastian), como paso adelantado para la conquista de la ciudad. Preparada la gente dió un asalto furioso, al cual resistieron intrépidamente los sitiados por espacio de seis horas: murieron los caballeros Nuño del Águila y Martin de Acuña, otros muchos quedaron heridos y entre los notables, Garcilaso de la Vega, Carlos de Guevara, Fernando de Vega y Juan de Merlo. El ataque del duque de Nájera y del conde de Benavente con sus divisiones de refresco, decidió la porfía y obligó á los moros á replegarse, dejando los Arrabales á merced de los cristianos: en sus calles se encontraron 800 cadáveres.

Nuevas disposiciones de Fernando: rigorosa disciplina.

Vencido con torrentes de sangre el primer obstáculo, mandó el rey atrincherar las posiciones ganadas, organizó desde Archidona al campamento una division volante para proteger los convoyes de víveres y ayudar al movimiento pausado de la artillería: destacó hácia los cerros superiores columnas que reprimiesen á los moros de Bentomis, Canillas, Cómpeta y Benamargosa, que molestaban con sus escaramuzas continuas, y publicó un bando rigoroso vedando los dados, los naipes, las riñas y las blasfemias: prohibió á los aventureros salir en guerrilla sin licencia de algun capitan, incendiar los montes inmediatos y sobre todo violar el seguro concedido á cualquier pueblo ó vecino moro. Estas ordenanzas engendraron tal órden, que entre tantas y tan diversas gentes como componian el real, no hubo desavenencia ni palabra descompuesta, ni el mas leve motivo de reprension.

Intimacion á los cercados.

Creyendo Fernando á los defensores de Velez atemorizados con el ordenado aparato de su ejér-

cito, les propuso la rendicion bajo condiciones ventajosas, y les amenazó con una entrada á degüello si se mostraban pertinaces. Abul Cacim Venegas, hermano de Reduan y alcaide de la fortaleza, respondió que el ánimo de S. A. era demasiado benigno para realizar amenaza tan cruel, y que debia perder toda esperanza de ocupar la plaza, porque no era posible conducir artillería y porque el rey de Granada se aprestaba con eficaz auxilio.

Inaccion violenta del Zagal en Granada.

En efecto, el Zagal, hora por hora informado del conflicto de los de Vélez, se devoraba impaciente por socorrerlos; pero le contenia el recelo de que Boabdil se hiciese absoluto dueño de Granada durante su ausencia. Los viejos y alfakís subieron á la Alhambra y vencieron su indecision con exhortaciones enérgicas. «¿Á qué te «afanas por ser rey, le dijeron, si dejas perder «la tierra de tus estados? Los enemigos poseen «las casas que edificaron nuestros padres, gozan «el fruto de los árboles que plantaron con sus «manos y sus nietos vagan por el mundo sin pa«tria ni hogar." El Zagal, decidido á salir á campaña, quiso terminar sus discordias brindando á su sobrino con una transaccion. Rechazó Boabdil con insultos sus proposiciones, las calificó de artificiosas, y tuvo una delectacion en herir con sus desprecios el amor propio de su orgulloso tio[1].

Se decide y sale contra los cristianos.

Persuadido éste de que una batalla ganada á los cristianos era el medio mas eficaz de vengarse de Boabdil y de abatirle, salió con cuanta gen-

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 72. Mármol, *Rebel.*, lib. 1, cap. 13.

te pudo allegar y acampó una tarde en las cumbres de Bentomis. Grandes hogueras encendidas en esta altura fueron para los cercados un faro de esperanza y un motivo de sorpresa para los cristianos. El conde de Cabra y otros caudillos montaron á caballo y quisieron tomar la iniciativa en el ataque, pero el prudente Fernando les reprimió, advirtiendo que por tales arrojos se habian perdido muchos ejércitos, y que convenia ante todo, adquirir noticia cierta de la posicion, de las fuerzas y de los propósitos del enemigo. Á este fin destacó á uno de los guerreros mas bizarros de España, á Hernan Perez del Pulgar, el cual escoltado por algunos escuderos cumplió satisfactoriamente tan arriesgada comision[1]. Para mayor seguridad fueron cautivados varios moros que trataban reunidos de ponerse en comunicacion con los de la ciudad, y declararon ante el rey que el Zagal pensaba dirigir fuerzas que se apoderasen de la artillería, y que aguardaba para atacar, la ocasion de ponerse de acuerdo con los cercados. Esta última circunstancia quedó confirmada por una carta hallada á un espía renegado que cayó en manos de una ronda[2], en cuyo papel el rey moro prevenia al alcaide de Vélez que á media noche, cuando viese una gran hoguera en las cumbres de Bentomis, acometiese con toda la guarnicion y le favoreciese en el ataque que debia comenzar con aquella adver-

---

[1] Bernaldez, M. S., cap. 82. Real cédula del emperador Cárlos V, á 29 de setiembre de 1526, expresiva de los servicios de Hernan Perez del Pulgar, publcda por el Sr. Martinez de la Rosa y existente en el archivo del marqués del Salar.

[2] Bernaldez, M. S., cap. 82.

tencia. Con datos tan seguros preparó Fernando su plan de batalla: mandó al comendador mayor de Leon con una fuerte columna á protejer el paso de la artillería, detenida aun en medio de la sierra bajo la salvaguardia del maestre de Alcántara, y ordenó que algunos batallones escogidos se apostasen en parajes convenientes, para envolver á los enemigos y hacerles caer en el lazo mismo que procuraban tender.

Ataque nocturno: malograda empresa del Zagal.

En efecto, la oscuridad de la noche se disipó con las llamas de una lumbre encendida por los moros, pero los cercados ignorantes del aviso no correspondieron. Resuelto el Zagal á aventurar su fortuna en aquella hora, y reforzado por la division de Reduan Venegas que regresaba sin haber podido apoderarse de la artillería, movió sus líneas hácia el campamento cristiano: antes de aproximarse empezaron los batallones emboscados por Fernando á reiterar descargas y á interrumpir la marcha de los que atacaban: al propio tiempo encendieron los cristianos hogueras ya preparadas, é iluminando cerros y valles asestaron con certeza sus tiros y cargaron sobre los puntos mas débiles. Aunque la guarnicion de la ciudad ignoraba los propósitos del Zagal, salió en socorro de sus hermanos; pero una gruesa batalla prevenida por Fernando, la obligó á ser desde los muros pasiva espectadora del combate. El amargo desconsuelo sucedió prontamente á la incertidumbre que los cercados abrigaban por su suerte. El rumor de los combatientes, se hizo cada vez mas confuso, lo cual hizo presumir de que ganaban terreno los cristianos: la luz del alba que alumbró al cabo, permitió á los moros fijar sus miradas en los cerros cercanos, donde lucian la tarde antes los pendones del Zagal: solo se columbraban partidas enemigas en busca

de despojos y fuegos amortiguados de las candelas. El ejército granadino se habia dispersado completamente.

Los vencedores, recelando que la desaparicion de unas tropas al parecer tan aguerridas, fuese una estratagema para atacar por diverso punto, velaron armados aquel dia y el conde de Cabra salió con su gente á reconocer el campo; pero adquirida la certidumbre de que los enemigos se habian desordenado, recobraron su tranquilidad y trasmitieron la feliz nueva á Córdoba, donde la reina alarmada con los aprestos del Zagal, se disponia á capitanear una cruzada de cuantos hombres hubiese en Andalucía hábiles para las armas[1].

Resultados de la batalla

Esta victoria produjo dos resultados altamente favorables á los intereses de Fernando; la rendicion de Vélez y el descrédito y la ruina del Zagal. Los sitiados, que desmayaron al ver al ejército moro desvanecerse como por ensalmo, perdieron toda esperanza al escuchar los gritos de júbilo en que prorumpió la soldadesca cristiana, recibiendo al maestre de Alcántara, que conducia (salvados obstáculos al parecer insuperables) grandes trenes de lombardas, cerbatanas y ribadoquines y 1.500 carros de municiones. El alcaide Abul Cacim Venegas, amigo particular del conde Cifuentes desde el tiempo en que este caballero estuvo cautivo en su palacio, ajustó las condiciones de la entrega con escritura pública, previo el consentimiento de la aljamía, cadí, wacir, alfakís y viejos de la ciudad. En los seis dias siguientes á la capitulacion debia que-

Capitulacion A. 1487 de J. C.: 27 de abril.

---

[1] Pulgar, p. 3, cap. 72.

dar desocupado el pueblo con entrega de armas, víveres y municiones; los cautivos que se hallasen en la ciudad ó que en treinta dias antes hubiesen salido de ella serían libres; cualquier moro que quisiese permanecer en la tierra como mudejar y vasallo de Castilla, sería protegido y respetado en sus costumbres y creencias; y á los que acomodase partir al África ó avecindarse en tierras de cristianos ó en Granada lejos de la costa, se les proporcionaria pasaje ó bestias para trasportar su familia y utensilios. Con estas condiciones entregó la ciudad Abul Cacim Venegas; el comendador de Leon tremoló sus estandartes en los torreones de la fortaleza[1], el ejército obtuvo su posesion entonando el *Te Deum* y celebró la fiesta de la Invencion de la Cruz en la mezquita principal, purificada y convertida en iglesia por los clérigos y prelados que asistian á la campaña. Ciento y veinte cristianos recibieron libertad y fueron á Córdoba á postrarse á los piés de Isabel, que los recibió en la catedral y los gratificó con su acostumbrada dulzura. Comares, Cómpeta y todos los lugares y castillos de la Ajarquía se rindieron y fueron guarnecidos por destacamentos aguerridos á las órdenes de capitanes valerosos. D. Francisco Enriquez, pariente del rey, fué nombrado alcaide de Vélez; el célebre Pedro Navarro, de Bentomis; Pedro de Cuellar, de Comares; el caballero Apolo, de

Entrega de la ciudad: 3 de mayo.

[1] Salazar y Castro, *Histor. genealóg. de la casa de Silva*, lib. 3, cap. 14. Vedmar ha publicado la escritura de capitulaciones sacada del archivo municipal: dicho documento resuelve la contradiccion de los autores que fijan la entrega de la ciudad el dia 27 de abril y de los que la dilatan basta el 3 de mayo. La escritura se otorgó el 27, á los 6 dias debian entregarse los moros y esto se verificó el dia 3. Véase *Histor. sex.*, lib. 6, cap. 3.

Canillas; Pedro de Córdoba, de Nerja; Juan de Hinestrosa, de Sedella; Luis de Mena, de Cómpeta; y Pedro de Santisteban, de Almojía. Los moradores de otras villas y alquerías de la jurisdiccion de la ciudad vinieron á ofrecerse como súbditos y juraron en su ley constante fidelidad á los reyes vencedores.

El Zagal es rechazado de Granada: mayo.

Mientras las tropas de Fernando coronaban los baluartes de Vélez, el populacho de Granada, avisado ya del contratiempo del Zagal, convirtió el entusiasmo hácia éste en menosprecio, y se inclinó al bando de Boabdil; fueron estériles las exhortaciones de algunos caballeros prudentes é interesados en restaurar la opinion de aquel bravo caudillo; los gritos de ¡viva Boabdil! revelaron las simpatías de las turbas, y muchos de los que habian peleado antes contra el rey Chico ahora le condujeron en triunfo al palacio de la Alhambra. El Zagal, despues de la dispersion de su ejército, vino á pernoctar á Almuñecar, y al dia siguiente partió para Granada; pero un grupo de amigos que huian de las venganzas de Boabdil, le detuvo no lejos de Alhendin, y le dijo con tono melancólico: «Volveos, señor; las puertas de «Granada están cerradas para vos; Boabdil ha «sido conducido al palacio de la Alhambra en «hombros del populacho.” A estas palabras torció riendas el Zagal y retiróse otra vez á Almuñecar; desde aquí se trasladó por la Alpujarra á Baza y Guadix, donde los príncipes Alnayares y sus amigos los Venegas ejercian un señorío independiente, absoluto y abiertamente hostil á su sobrino[1].

---

[1] Zurita, lib. 20, cap. 70. Mármol, *Rebel.*, lib. 1, capítulo 13. Pulgar, p. 3, cap. 73.

FIN DEL TOMO III.

INDICE

De las materias contenidas en este tomo tercero.

Cap. XIII.. *Continuacion de la monarquía nazerita.* = Abu Abdalá Jusef II.—Mohamad VI, Aben Balba.—Jusef III.—Guerra con los cristianos.—Conquista de Antequera y otros sucesos. 5

Cap. XIV... *Civilizacion granadina.* — Límites y divisiones topográficas del reino granadino.—Poblacion y riqueza.—Descripcion árabe de Granada.—Engrandecimiento progresivo de la misma ciudad.—Noticia histórica de la Alhambra.—Ordenanzas del rey Jusef.— Estado de las ciencias y de las artes entre los granadinos. — Clasificacion de escritores ilustres. 94

Cap. XV.... *Guerras civiles de Granada.* — Mohamad VII el Izquierdo.—Revolucion promovida por su primo Mohamad VIII el Zaguer.-Recupera el Izquierdo su trono y condena á muerte á su primo.—Intrigas y facciones en Granada.—Correría de D. Alvaro de Luna, campaña del rey D. Juan II de Castilla y batalla de Elvira.—Es destronado segunda vez el Izquierdo.—Jusef IV. — Por su muerte es repuesto el Izquierdo tercera vez en el trono de Granada. — Le declaran guerra sus sobrinos Aben Osmin y Aben Ismael.—Campañas.-Aben Osmin es declarado rey. — Su carácter, sus crímenes, asesinato de los Abencerrajes y fin de su reinado. 207

Cap. XVI... *Prosperidad en Granada y desventuras en Jaen.* — Aben Ismael II.—Su bondad y feliz administracion.—Carácter de D. Enrique IV de Castilla.—Sus correrías por la vega.—Treguas.—Cautiva el infante Muley al obispo de Jaen y al conde de Castañeda.—Correría del alcaide de Antequera.—D. Enrique en Jaen.—Segunda correría de Muley, batalla del Madroño y heroismo de D. Rodrigo Ponce de Leon.— Conquista de Gibraltar y Archidona. — Fallecimiento de Ismael.— Sucede en el trono su hijo Muley Hacem.—Turbulencias entre los fronteros y singularmente en Jaen.— D. Enrique en Antequera y Archidona.—Desafío célebre en Granada.— Sucesos militares.— Motin en Jaen y asesinato del condestable Iranzu. 291

Cap. XVII.. *Empresas primeras de la guerra y conquista de Granada.*— Política vigorosa de Fernando é Isabel. — Arrogancia de Muley Hacem.—Sorpresa de Zahara por los moros.—Conquista y defensa de Alhama por los cristianos.—Amores de Muley, influencia de las sultanas y bandos en Granada.—Derrota de los cristianos en Loja y en la Ajarquía.—Batalla de Lucena y cautiverio de Boabdil.—Su rescate.-Tumulto en Granada.—Correrías.—Conquista de Ronda.—Abdalá el Zagal es proclamado rey.—Muerte de Muley.—Convenio entre el Zagal y Boabdil.—Campaña de Fernando, conquista de Loja y de otras villas.—Conmociones en Granada.—Conquista de Vélez.—Destitucion del Zagal y proclamacion de Boabdil por los granadinos. 354

FE DE ERRATAS.

Pág.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
35	25	externos	eternos.
94	27	fastástica	fantástica.
100	16	Hischem Abu Mozni	Hischem, Abu Mozni.
119	1ª	mojorado	mejorado.
124	14	púlpura	púrpura.
165	16	les	le.
297	4	1457	1456.
309	7	acestando	asestando.
315	28	*duoruím*	*duorum*
315	29	*líteris*	*litteris*
343	22	pena aleve	pena de aleve.
397	10	desertaron	despertaron.
441	17	prelados capitanes	prelados, capitanes.
460	12	les	los
[illegible]	22	mujeros	mujeres.
[illegible]	25	les	le.
[illegible]	22	á los	los.
411	13	Benamejí	Benamaquiz.
474	26	nobles.	dobles.
475	1ª	Abomalique	Abomelique.
480	9	Tolosa	Tolox.
480	11	Hinsualmar	Hinsnalmara.
481	30	alcorámicos	alcoránicos.
488	32	infantado	Infantado.
494	3	mulsuman	musulman.





